

NATSUME SŌSEKI

Luz y oscuridad

Traducción de Yoko Ogihara y Fernando Cordobés

Postfacio de Kenzaburō Ōe



se

En opinión de muchos críticos, la moderna literatura japonesa comenzó con Luz y oscuridad. Así lo destaca el premio nobel japonés Kenzaburō Ōe en el postfacio de esta edición.

Luz y oscuridad está considerada la obra maestra perdida de Natsume Sōseki, el autor más importante e influyente de la literatura japonesa del siglo XX. La novela, que se publicó de manera póstuma y que quedó aparentemente inacabada, disecciona la descomposición de una pareja sometida a los convencionalismos sociales de la época y las tiranías de la vida familiar. Tsuda, el protagonista de la historia, es un oficinista algo enfermizo que acaba de casarse con la bella O-Nobu. A pesar de las apariencias, la pareja no es feliz, pues ella sospecha que su marido no la ama realmente. Poco a poco, la presión del entorno y la imposibilidad de desarrollar una vida plena y satisfactoria llevan a la pareja al borde del abismo. Repentinamente, en mitad del proceso aparece una sombra del pasado: una mujer a la que el protagonista amó y que podría dar un giro definitivo a su destino.



Natsume Sōseki

Luz y oscuridad

ePub r1.0

Titivillus 16.12.2015

Título original: 明暗 (*Meian*)

Natsume Sōseki, 1916

Traducción: Yoko Ogihara y Fernando Cordobés

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



PERSONAJES DE LA NOVELA



YOSHIO TSUDA: Joven oficinista. Casado con O-Nobu desde hace seis meses.

O-NOBU (NOBUKO): su mujer.

O-TOKI: la criada del matrimonio.

EL PADRE DE TSUDA: Vive en Kioto. Le envía dinero mensualmente a su Hijo.

YOSHIKAWA: superior jerárquico de Tsuda en el trabajo. Es un viejo amigo de su padre.

SEÑORA YOSHIKAWA: su esposa, una mujer mundana.

FUJII: el tío de Tsuda. Un intelectual bastante poco activo que se hizo cargo de la educación de Tsuda.

ASA FUJII: su mujer.

OKAMOTO: marido de la tía de O-Nobu con cuya acomodada familia se ha criado. Amigo desde hace mucho tiempo de Yoshikawa.

SUMI OKAMOTO: su mujer, la tía de O-Nobu.

TSUGIKO OKAMOTO: la hija mayor del matrimonio.

YURIKO OKAMOTO: hermana pequeña de Tsugiko.

HAJIME OKAMOTO: el hijo menor de la familia.

O-KIN: criada de la familia Fujii. Está en edad casadera. Es la hermana de Kobayashi.

KOBAYASHI: compañero de estudios de Tsuda.

O-HIDE (HIDEKO) HORI: hermana de Tsuda.

SHOTARO HORI: su marido, un libertino.

HARA: un pintor pobre. Amigo de Kobayashi.

KIYOKO SEKI: el primer amor de Tsuda. Ya casada.

Luz y oscuridad

EL DOCTOR AYUDÓ A TSUDA a bajar de la mesa de operaciones. Acababa de examinarle con la sonda.

—Como me imaginaba, llega hasta el intestino. La última vez encontré unas cuantas cicatrices en el tejido intermedio y pensé que no iría a más. Por eso le dije lo que le dije. Sin embargo, hoy me he dado cuenta de que ha traspasado ese punto.

—¿Dice que llega hasta el intestino?

—Sí. En un principio pensé que tan solo mediría un centímetro y medio, pero veo que me equivoqué. Al menos es el doble.

En la amarga sonrisa de Tsuda se dibujó una sombra de decepción. El doctor inclinó ligeramente la cabeza y cruzó los brazos sobre su amplia bata blanca. Su pose podía interpretarse como si le dijera: «Lo siento mucho. Así están las cosas. No hay nada que se pueda hacer. Como usted bien sabe, un médico no puede mentir sobre estas cosas».

Tsuda se ciñó el *obi*^[1] sin decir una palabra, alcanzó la *hakama*^[2] que había dejado sobre el respaldo de la silla y se volvió hacia el doctor:

—Si la lesión es tan profunda como dice, ¿significa eso que no me voy a curar?

—No, no necesariamente...

El doctor rebatió a Tsuda de forma directa y sencilla, como si quisiera disipar sus temores.

—Ya no bastará con que me limite a limpiarle el ano, como he hecho hasta ahora. De seguir así, la herida nunca cerrará. No me queda más remedio que cambiar el tratamiento. Debo operarle sin más dilación para cortar el problema de raíz.

—¿A qué se refiere exactamente cuando dice cortar el problema de raíz?

—Una incisión. A hacer una incisión para unir una sonda al intestino. Al hacerlo, las dos partes que ahora están separadas se soldarán de forma natural, de manera que se curará usted de una vez por todas.

Tsuda asintió en silencio. Cerca de él, bajo la ventana orientada al sur, había un microscopio colocado sobre una mesa alta de estilo occidental. Como ya disfrutaba de cierta intimidad con el doctor, nada más entrar en la consulta le había pedido permiso para curiosear y a través de la lente de ochocientos cincuenta aumentos vio, con la misma nitidez que si estuviese ante una fotografía, una bacteria coloreada con la forma de un racimo de uvas.

Terminó de ponerse la *hakama*, recogió la cartera de cuero que había dejado sobre la mesa y entonces, como por pura casualidad, se acordó de la bacteria. La asociación de ideas le inquietó. Se guardó la cartera en el bolsillo interior del quimono. Cuando se disponía a salir de la consulta, vaciló un momento.

—Si se tratase de tuberculosis, por mucho que me operase para arrancar el mal de raíz, como usted dice, y cortase hasta el intestino, no me recuperaría del todo, ¿verdad?

—Si se tratase de tuberculosis no habría nada que hacer, pues la herida no dejaría de abrirse. No serviría de nada curar únicamente la parte más superficial.

Tsuda frunció el ceño involuntariamente.

—¿No es tuberculosis, verdad?

—No. Ese no es su caso.

Para tratar de descubrir hasta donde llegaba la verdad de sus palabras, Tsuda miró al doctor fijamente a los ojos durante unos instantes. El doctor ni se inmutó.

—¿Cómo puede usted estar tan seguro con un simple examen rutinario?

—Así es. Me basta con examinarle. Fíese de mí.

La enfermera esperaba ya en el umbral de la puerta. Llamó por su nombre al siguiente paciente, que entró justo en cuanto Tsuda atravesó la puerta. Tendría que irse, qué remedio. Pero antes se volvió por última vez.

—Entonces, ¿cuándo podrá usted operarme?

—No hay prisa. Cuando le venga a usted bien.

Así que pensó en el día más oportuno y cerró la cita. Después salió de la consulta.

2

NADA MÁS SUBIR AL TRANVÍA, notó que las fuerzas le abandonaban. A pesar de que el vehículo iba tan lleno que apenas podía moverse, se descubrió incapaz de pensar en otra cosa que en sí mismo. Se agarró a la correa de cuero del pasamanos y entonces a su mente, con toda nitidez, acudieron escenas de intenso dolor, que se remontaban a un año atrás. Vislumbró su desdichada figura tendida sobre una cama blanca, escuchó sus gemidos, como los de un perro incapaz de zafarse de la cadena que le retiene. El gélido brillo de las cuchillas, el sonido que producían al chocar entre ellas, la terrible y súbita presión capaz de exprimir hasta la última gota de aire de sus pulmones, el dolor, el violento e interminable dolor que le impedía llenarlos de nuevo... Recuerdos que le asaltaron de improviso sin que pudiera hacer nada por evitarlos.

Sintió un profundo malestar. Miró a su alrededor: todos los que le rodeaban parecían indiferentes a su sufrimiento. «¿Por qué razón tuve que soportar todo aquello?», se preguntó.

No tenía la más mínima idea de por qué había empezado todo, de cuál era la causa de su mal. La enfermedad le había atacado sin previo aviso un día en que regresaba a casa tras contemplar la floración de los cerezos en las riberas del río Arakawa. El origen de la dolencia que le afligía parecía estar más allá de su conocimiento. Era más que un enigma para él: era algo que le aterraba.

«No existe forma de saber, de prever cuándo se operará un cambio súbito en el cuerpo de uno. Peor aún, quizá en este mismo instante esté sucediendo algo en mi interior y puede que yo ni siquiera me esté dando cuenta de nada. Da pánico pensarlo...»

La cabeza le daba vueltas y más vueltas. No era capaz de detenerla. Sentía como si una enorme

fuerza le empujara de atrás hacia delante, como si lo impulsara a caer. En lo más profundo de su ser escuchó una voz que le decía: «En las cosas del amor sucede exactamente lo mismo. Nunca sabemos exactamente cuándo cambiarán nuestros sentimientos. En cambio, yo sí que me di cuenta cuando sucedió».

Apretó los labios involuntariamente y miró a su alrededor con los ojos de una persona con el orgullo herido. Los demás pasajeros, sin embargo, no podían saber nada de lo que bullía en su interior. Nadie parecía prestar atención a sus cuitas.

Parecía que su mente, como el tranvía en el que viajaba, avanzaba sobre sus propias vías. Se acordó de una historia que le habían contado sobre el filósofo francés Poincaré. Había sido dos días antes, cuando un amigo suyo trataba de explicarle el significado de la palabra «casualidad»: «A menudo decimos que algo es una casualidad, pero casualidad, según la teoría de Poincaré, es el término que utilizamos cuando las causas son demasiado complejas como para poder descubrirlas o entenderlas. Por ejemplo, para que naciese Napoleón se necesitaba cierta combinación específica entre un óvulo y un espermatozoide, pero cuando tratamos de descubrir todos los elementos imprescindibles para que se dieran esas condiciones, la tarea se convierte virtualmente en un imposible».

No quería tomarse la anécdota de su amigo como un pasatiempo, que le entrase por un oído y le saliese por el otro. Buscaba la forma de aplicarla a su caso particular y, al hacerlo, tenía la impresión de que una fuerza oscura y misteriosa le empujaba hacia la izquierda cuando en realidad tenía que ir a la derecha; le obligaba a retroceder cuando debía avanzar. Hasta entonces, nunca se había sentido coartado por nada ni por nadie en sus acciones, nunca había dudado de que todo lo que decía y hacía era el puro resultado de su voluntad.

«¿Por qué tuvo que casarse con él? Sin duda porque quería. Sin embargo, no debería haberlo hecho. ¿Y por qué tuve que casarme yo con esta mujer? Porque quise, igual que ella, aunque nunca pensé que lo haría. ¿Casualidad? ¿La consumación de la complejidad, como asegura Poincaré? No tengo ni idea.»

Y así, sin abandonar esos pensamientos que tan confuso le tenían, se apeó del tranvía y se encaminó en dirección a su casa.

3

NADA MÁS DOBLAR LA ESQUINA y enfilar por el estrecho callejón, Tsuda reconoció la figura de su mujer junto a la puerta. Estaba mirando en dirección a él, pero en cuanto le vio aparecer giró la cabeza. Levantó su delicada mano blanca a la altura de los ojos para darse sombra, e hizo como si estuviera interesada en algo. No cambió el gesto hasta que Tsuda llegó a su lado.

—¿Qué miras?

Al escucharle, la mujer se volvió hacia él, como si la hubiera sorprendido.

—¡Ay, qué susto! Ya has vuelto.

Sus ojos refulgieron con todo su brillo. Se inclinó ligeramente con una reverencia. Tsuda quiso

responder a su coquetería, pero vaciló y al final se contuvo.

—¿Qué demonios haces aquí fuera?

—Te esperaba.

—¿Y qué mirabas tan interesada?

—Esos gorriones de allí. Están haciendo un nido en el alero del segundo piso de la casa de enfrente.

Tsuda miró de soslayo al tejado, pero no vio nada que se pareciese remotamente a un gorrión. Su mujer extendió la mano.

—¿Quieres algo? —preguntó Tsuda.

—Tu bastón.

Fingió que acababa de darse cuenta de que lo llevaba. Ella se le adelantó, le abrió la puerta y le dejó pasar en primer lugar. Le siguió al interior de la casa, le ayudó a cambiarse de ropa y, cuando estaba a punto de sentarse junto al brasero, salió de la cocina con una pastilla de jabón y una toalla.

—¿Por qué no vas a darte un baño? Si te sientas luego te dará pereza.

Sin más opción que obedecer, Tsuda extendió la mano para alcanzar la toalla. Sin embargo, no se levantó en seguida de su sitio.

—Quizá no vaya hoy a bañarme.

—¿Por qué no? Te sentará bien. La cena estará lista cuando vuelvas.

Así que no le quedó más remedio que levantarse. Antes de salir de la habitación, se dirigió de nuevo a su mujer:

—Al salir del trabajo he ido a que me examinase el doctor Kobayashi.

—¿En serio? ¿Qué te ha dicho? Creía que ya te habías recuperado.

—La verdad es que no. De hecho, la cosa se ha complicado.

Y salió de casa sin responder a las preguntas de su mujer que, obviamente, quería saber más del asunto. El mismo tema volvió a salir nada más terminar de cenar, bien entrada ya la noche, justo antes de que Tsuda se retirase a su estudio.

—Que te operen no debe de ser agradable. Da miedo solo de pensarlo. ¿No podría dejar ese doctor que siguieras como hasta ahora?

—En su opinión no hacer nada sería aún más peligroso.

—No me gusta la idea de que te operen. ¿Y si algo sale mal?

Miró a su marido. Enarcó ligeramente sus cejas. Las tenía bien formadas. Tsuda se rio, pero no respondió. Su mujer le dijo entonces, como si acabase de reparar en ello por pura casualidad:

—Si tienes que operarte, supongo que caerá en domingo, ¿verdad?

Unos familiares suyos les habían invitado al teatro al domingo siguiente.

—No pasa nada si rechazas la invitación. Aún no han reservado los asientos.

—Pero eso sería de muy mala educación. Encima de que se han tomado la molestia de invitarnos.

—No lo creo. Tenemos una buena razón para declinar su ofrecimiento.

—Pero a mí me gustaría ir.

—Si quieres ir tú, adelante.

—Precisamente por eso. Ven tú también. ¿No te apetece?

Al contemplar la cara de su mujer, Tsuda no pudo reprimir una amarga sonrisa.

4

LA MUJER DE TSUDA tenía la piel muy blanca, lo cual hacía que sus cejas tan bien proporcionadas destacasen especialmente en el conjunto de la cara. Tenía, además, la costumbre de moverlas mucho. Por desgracia, sus ojos eran demasiado rasgados y sus párpados no poseían ningún atractivo. Sin embargo, de su mirada emanaba un fulgor de un negro profundo y ella sabía sacarle buen partido. De vez en cuando incluso, adquirían una expresión que podía calificarse de despótica. Sin darse cuenta, Tsuda se dejaba atrapar en ocasiones por la luz que nacía en aquellos pequeños ojos. Otras, en cambio, sin ninguna razón particular, le repelían. Levantó la vista, miró a su mujer y, en un destello fugaz, observó que poseían una extraña fuerza. Su brillo singular no armonizaba con las dulces palabras que había pronunciado hasta ese momento. Trató de pensar en una respuesta adecuada, pero su mente había quedado obnubilada por la fuerza de aquella mirada. Ella sonrió descubriendo unos hermosos dientes perfectamente alineados. En ese mismo instante, la expresión de su mirada se desvaneció.

—Es broma, el teatro no me importa... Me he comportado como una niña caprichosa.

Tsuda guardó silencio. No podía dejar de mirarla.

—¿Por qué me miras con esa cara tan seria...? —continuó ella—. Ya he renunciado al teatro. Hala, vete a ver al doctor Kobayashi y que te opere. ¿Eso es lo que quieres, no? En un par de días escribiré a los Okamoto. O mejor, iré yo misma a verles.

—Ya que nos han invitado, ve tú al menos a la función.

—No, no voy a ir. Es más importante tu salud que una obra de teatro.

Finalmente, a Tsuda no le quedó más remedio que sincerarse con su mujer y explicarle los detalles de la operación a la que iban a someterle.

—Una operación así no es algo tan simple como sajar un forúnculo. Antes de nada, tienen que administrarme un laxante para limpiar por completo los intestinos. Después de que me corten, corro

el riesgo de desangrarme por lo que me tienen que colocar un drenaje y debo guardar cama cinco o seis días. Aunque decida operarme el domingo que viene, no te creas que me libraré de tener que faltar a mis obligaciones durante la semana. Si lo pospongo al lunes o al martes no hay mucha diferencia. Si lo adelanto, y me opero mañana o pasado mañana, es lo mismo. Visto desde esa perspectiva, al menos, no parece una cosa tan grave...

—No sé, la verdad. Si tienes que guardar cama durante una semana sin moverte...

La mujer de Tsuda arqueó las cejas. Tsuda, indiferente a su comentario, estaba a otra cosa. Apoyó el codo derecho sobre el borde de la mesa del brasero. Se quedó absorto en la tapa de la tetera de hierro que había encima y escuchó el borboteo del agua que hervía dentro.

—En ese caso, tendrás que pedir una semana de permiso en el trabajo.

—Sí. Tengo que arreglar las cosas con el señor Yoshikawa y decidir la fecha. No creo que pase nada si me tomo unos días libres sin decir nada, pero prefiero hacer las cosas como es debido.

—Sí, mejor habla con él a ver qué te dice. Después de todo, siempre se ha comportado muy bien contigo.

—Seguro que en cuanto se lo diga me obligará a ingresar inmediatamente.

Al escuchar la palabra «ingresar», ella abrió todo cuanto pudo sus ojos rasgados.

—¿Ingresar? No vas a ingresar, ¿verdad?

—Me temo que sí.

—¿No dijiste que el doctor Kobayashi pasaba consulta en una clínica y que sus pacientes no ingresaban?

—Bueno, cierto, no es un hospital al uso, pero disponen de una habitación en la planta de arriba y el doctor me dijo que puedo quedarme allí durante todo el tiempo de mi convalecencia.

—¿Está limpia?

Tsuda sonrió amargamente a su mujer.

—Puede que incluso más limpia que nuestra propia casa.

En esa ocasión le correspondió a ella devolverle un gesto amargo mezclado con su sonrisa de circunstancias.

5

TSUDA TENÍA LA COSTUMBRE de pasar una o dos horas en su estudio antes de irse a dormir. Se levantó y dejó a su mujer cómodamente sentada junto al brasero.

—¿Vas a estudiar otra vez? —le preguntó ella sin dejar de mirarle.

Siempre repetía la misma pregunta en cuanto su marido se ponía en pie, y Tsuda no podía evitar percibir en ella un tono de insatisfacción. A veces quería halagarla por su actitud; otras, en cambio,

quería escapar de su lado por pura aversión, a pesar de que no lo quería reconocer abiertamente. En cualquier caso, tenía una vaga conciencia de que la menospreciaba con su actitud, como si cada vez que lo hacía le estuviera diciendo: «No puedo perder el tiempo con una mujer tan insulsa como tú. Tengo cosas mucho más importantes que hacer».

Abrió el *fusuma*^[3] y en el preciso momento en el que estaba a punto de pasar a la habitación contigua, ella dijo:

—Entonces, dejamos lo del teatro, ¿verdad? Iré a ver a los Okamoto para disculparme.

Tsuda se giró a medias.

—Ya te he dicho que vayas si quieres al teatro. Ni yo sé lo que va a pasar.

Ella no le miró a la cara. Tampoco le contestó. La empinada escalera que llevaba al piso de arriba crujió bajo los pasos de Tsuda.

Sobre la mesa del estudio había un libro relativamente grueso de un autor occidental. Nada más sentarse, lo abrió y comenzó a leer a partir de la señal que había dejado la última vez. Había abandonado su lectura durante tres o cuatro días, por lo que le costó trabajo empezar a comprender el sentido del pasaje. Se sentía molesto por la perspectiva de tener que releer todo el capítulo para retomar el hilo. Acarició el lomo con los dedos, como si el propio grosor del volumen tuviera el efecto de sumirle en un profundo tedio. Se preguntó cuánto tiempo le llevaría terminarlo. Recordaba perfectamente el momento en que lo había abierto por primera vez. Sería tres o cuatro meses después de contraer matrimonio. Desde entonces, ya habían pasado al menos otros dos y ni siquiera había logrado completar dos tercios de la obra. Cuando estaba delante de su mujer, solía ridiculizar a los hombres necios y vulgares que, según él, se alejaban de los libros en cuanto empezaban a trabajar. Ella escuchaba una y otra vez el mismo comentario, y a base de repetirlo se había convertido en una especie de letanía. Tsuda supuso que su mujer pensaría de él que debía de ser un verdadero estudioso, habida cuenta de la cantidad de tiempo que pasaba encerrado en su estudio del piso de arriba.

Además de la constatación de lo que aún le quedaba por leer, surgió en Tsuda un sentimiento de vergüenza que tuvo el curioso efecto de alentar su orgullo, a pesar de darse cuenta de que los conocimientos que se esforzaba por aprehender de aquel libro abierto frente a él no le serían de ninguna utilidad en su vida diaria. Era un texto demasiado especializado, incluso podría decirse que excesivamente erudito. Ni siquiera lo que había aprendido en la universidad le servía ni guardaba relación alguna con el trabajo que desempeñaba. Así que menos aquella lectura. Quizá lo único que quería conseguir leyendo ese libro era reafirmar su autoestima, levantar ese libro como si fuera un decorado para llamar la atención de los demás sobre su valía. Sin embargo, al tomar conciencia de la dificultad de la tarea que se había impuesto, no le quedó más remedio que preguntarle a su orgullo: «¿Las cosas no son tan fáciles como parecen, verdad?».

Se fumó un cigarrillo en silencio. Dejó el libro boca abajo y se levantó como si se acabara de acordar de algo. Bajó aprisa. La escalera crujió de nuevo bajo sus pies.

—¡ESCUCHA, O-NOBU! —le dijo Tsuda a su mujer través del *fusuma* cerrado. Lo recorrió de un golpe y entró a la habitación donde se encontró con toda la gama de vistosos colores del *obi* y del quimono que su mujer tenía desplegados frente a ella. El súbito cambio de la oscuridad del pasillo al resplandor de la habitación, provocó que los colores le resultaran aún más vivos de lo normal. Se detuvo un instante. Observó alternativamente a O-Nobu y a los exuberantes estampados de su ropa.

—¿Por qué sacas eso ahora?

O-Nobu, con el extremo del *obi* de una pieza decorado con dibujos de lirios salvajes apoyado sobre su rodilla, le miró distante.

—Solo quería verlo, eso es todo. Me pregunto por qué nunca me he puesto este *obi*.

—¿Quiere eso decir que te lo vas a poner el domingo, cuando vayas al teatro?

En las palabras de Tsuda había frialdad aderezada con cierto sarcasmo. Ella bajó la mirada sin responderle. Arqueó sus cejas negras en un gesto que Tsuda había aprendido a apreciar como característico de su mujer. Un gesto que a veces le inquietaba y otras, inexplicablemente, le irritaba. Salió al *engawa*^[4] sin decir nada y se dirigió al baño. Después regresó a su estudio, pero antes de subir escuchó como O-Nobu le llamaba.

—Espera un momento. —O-Nobu estaba junto a la puerta—. ¿No estarás buscando algo? —le espetó.

Lo que le tenía tan preocupado era bastante más importante para él que el *obi* y el quimono de su mujer.

—¿Aún no ha llegado la carta de padre, verdad? —preguntó.

—No. Si hubiera llegado la habría dejado encima de tu mesa, como hago siempre.

Era una carta que esperaba desde hacía tiempo. Al no encontrarla sobre la mesa, pensó bajar ex profeso para preguntar por ella, y luego se arrepintió.

—¿Quieres que le pida a la chica que mire en el buzón?

—No. Será uno de esos envíos certificados. No lo dejarán ahí sin más.

—Tienes razón. Aun así, déjame que salga a echar un vistazo.

O-Nobu abrió la puerta corredera que daba a la entrada principal, bajó al *genkan*^[5] y se puso los zapatos.

—No tiene sentido que salgas. Nunca dejan el correo certificado en el buzón.

—Bueno. Aprovecharé. Quizá haya alguna otra carta.

Tsuda volvió al salón. Se sentó frente al brasero con las piernas cruzadas sobre el mismo cojín que había utilizado a la hora de la cena. Observó los intensos colores del estampado, estilo *yuzen*^[6].

O-Nobu regresó en seguida con una carta en las manos.

—Mira, había una carta. Te lo dije. Puede incluso que sea la de tu padre.

Acercó el sobre a la luz.

—¡Justo lo que imaginaba! Es la de tu padre.

—¿Cómo? ¿No la ha mandado certificada?

Tsuda rasgó el sobre, extrajo la carta y comenzó a leer en silencio. En cuanto terminó, dobló la carta de nuevo con un movimiento mecánico y volvió a introducirla en el sobre. No reparó en la cara de expectación de O-Nobu. Estaba absorto en el estampado de su quimono.

—¡Vaya problema! —dijo en un susurro, como hablando para sí.

—¿Qué sucede? —preguntó ella.

—No. Nada importante.

Tsuda parecía demasiado preocupado por las apariencias y no tenía muchas ganas de compartir los detalles de la carta con la mujer con la que acababa de casarse. Sin embargo, se trataba de un asunto que antes o después debía tratar con ella.

7

—DICE QUE ESTE MES no va a poder enviarme el dinero de mi asignación, así que tendré que arreglármelas por mi cuenta. Ya sabemos que es imposible prever cómo van a actuar las personas mayores, pero si ya lo tenía decidido, ¿por qué demonios no me lo ha dicho antes? Hacerlo así, de repente, cuando más falta me hace...

—¿Te ha dado alguna razón?

Tsuda sacó la carta y la desplegó sobre sus rodillas.

—Al parecer, lleva un par de meses sin recibir la renta de dos casas que tenía alquiladas. Por si fuera poco, sus otros inquilinos no le pagan tan puntualmente como debieran, y encima ha tenido que hacer unos arreglos urgentes en la valla y en el jardín. En resumen, dice que ahora no tiene dinero.

Le acercó la carta a O-Nobu, que estaba sentada al otro lado del brasero. Ella la alcanzó sin decir palabra. Ni siquiera hizo ademán de leerla. Tsuda temía esa actitud fría tan propia de su mujer.

—Si realmente quisiera enviarme el dinero, podría hacerlo. Por muchos imprevistos que le surgieran. Además, ¿cuánto puede costar el arreglo de una simple valla? ¡Ni que fuera un muro de ladrillo!

Tsuda no exageraba. Su padre no era rico precisamente, pero su situación tampoco era tan desesperada como para suspender de la noche a la mañana la asignación mensual que enviaba a su hijo recién casado, y que tanta falta le hacía para poder complementar sus magros ingresos.

Su padre era una persona muy sencilla. En opinión de Tsuda, demasiado sencilla, y según O-Nobu, que de lejos era mucho más dada a los lujos que su marido, su afán ahorrador rozaba la

tacañería.

—Tu padre debe de creerse que vivimos en la abundancia, que no pasamos necesidad, que derrochamos en exceso. ¡Estoy convencida!

—Sí. Eso fue más o menos lo que me insinuó la última vez que fui a verle a Kioto. La gente mayor no hace más que echarnos en cara lo mal que vivían cuando eran jóvenes y piensa que los demás tenemos que aguantarnos, como hacían ellos. Es posible que entre mis treinta años y los suyos no haya una gran distancia, pero el mundo ha cambiado por completo. Personalmente, hoy en día me resultaría imposible vivir como él. No hay más que acordarse de aquella vez que fuimos juntos a una conferencia. Me preguntó cuánto costaba la cuota de inscripción y le dije que cinco yenes. No te imaginas la cara que puso.

Tsuda temía el día en que O-Nobu llegara a menospreciar a su padre, pero no podía evitar reprocharle secretamente su actitud. Sus palabras eran sinceras, expresaban realmente lo que sentía, eso estaba claro. Al pronunciarlas, teniendo en cuenta la animadversión de su mujer, su actitud se podía interpretar tanto como una disculpa por su parte, como por la de su progenitor.

—Entonces, ¿qué hacemos este mes? En condiciones normales no nos alcanza el dinero y por si fuera poco tienes que ingresar una semana en el hospital. No sé cómo vamos a hacer frente a ese gasto.

Al desviar la conversación hacia problemas de orden práctico, O-Nobu evitaba criticar abiertamente a su suegro delante de su marido. Tsuda, en cambio, no tenía muy clara la respuesta a la pregunta que acababa de plantearle su mujer. Al cabo de un rato se limitó a decir en voz baja:

—Si al menos el tío Fujii tuviera algo de dinero, iría a verle, pero...

O-Nobu le atravesó con la mirada.

—¿No es mejor que se lo pidas a tu padre? De paso puedes hablarle de tu enfermedad.

—A lo mejor le escribo. No me apetece escuchar la retahíla de lamentos que me va a soltar cuando se entere. Como me atrape en ese juego, la cosa no acabará nunca.

—No tenemos otra opción.

—¿No te acabo de decir que le voy a escribir? Intentaré explicarle la situación lo mejor que pueda, pero no creo que el asunto quede zanjado con eso.

—Supongo que tienes razón.

Tsuda miró su mujer. En un arranque de osadía le preguntó:

—¿Crees que podrías ir a ver a los Okamoto? A lo mejor nos prestan algo...

—¡POR SUPUESTO QUE NO!

O-Nobu miró a su marido intentando que no se notara que lo estaba reprobando. Aun así, en sus

palabras no hubo la más mínima vacilación. El tono de su respuesta, más allá de toda consideración o reserva, agarró a Tsuda por sorpresa, como un vehículo a toda velocidad que se detiene en seco. Aunque no estaba herido por la actitud de su mujer, le asombró su arrojo.

—Por supuesto que no pienso a ir a ver a los Okamoto para hablar de eso.

—De acuerdo. No hace falta que vayas obligada, pero...

No le dejó continuar.

—Me sentiría muy incómoda. —En la respuesta de O-Nobu había cierta frialdad—. Cada vez que voy a verles no hacen más que repetirme que me he casado con el hombre más bueno del mundo. Se alegran por mí porque no tengo preocupaciones ni apuros financieros. Si voy ahora y les hablo de dinero, seguramente les resultará extraño.

Tsuda comprendió al fin la razón por la que había rechazado de una forma tan categórica su petición. No es que no sintiera compasión hacia él. Se trataba más bien de mantener las apariencias ante los Okamoto. El brillo gélido en los ojos de Tsuda se apagó.

—No quiero que vayas por ahí pregonando lo acomodada que es nuestra vida. No está mal que la gente le sobreestime a uno, pero eso también entraña sus peligros.

—Yo no recuerdo haber pregonado nunca nada de nada. Son ellos los que lo han interpretado así.

Tsuda no insistió. O-Nobu tampoco se tomó la molestia de continuar con sus explicaciones. La conversación quedó interrumpida durante unos instantes. Entonces abordaron de nuevo los problemas de orden práctico que les acechaban. Como Tsuda no había tenido que prestar demasiada atención a su economía hasta ese momento, no se le ocurría cómo enfrentarse a su nueva realidad. Tan solo se limitaba a repetir una y otra vez que su padre le había dejado a los pies de los caballos.

O-Nobu, distraída, se fijó en el *obi* y en el quimono que seguían extendidos sobre el tatami.

—¿Quieres que haga algo con todo esto?

Alcanzó el extremo del grueso *obi* bordado en oro y lo puso bajo la luz para que su marido pudiera apreciar su brillo. Tsuda no supo interpretar el significado de su gesto.

—¿Hacer algo? ¿A qué te refieres?

—Si lo llevo a la casa de empeños, algo nos darán, ¿no crees?

Tsuda no podía creerse lo que estaba viendo. Darse cuenta de que su mujer, una chica joven con la que llevaba poco tiempo casado, estaba al tanto de semejantes artimañas para superar las dificultades económicas, algo, por cierto, en lo que él no contaba con ninguna experiencia, y que constituyó para él un descubrimiento de lo más desconcertante. Y valioso.

—¿Es que has empeñado ropa alguna vez? O cualquier otra cosa...

—No, nunca —respondió O-Nobu en un tono burlón.

—Entonces no sabes cómo funcionan esas cosas...

—No, no lo sé, pero no creo que sea muy difícil, puestos a hacerlo...

Tsuda no tenía intención de permitir que su mujer se viese obligada a hacer algo así, a no ser que se dieran unas circunstancias extraordinarias. O-Nobu se explicó:

—Toki sí que tiene experiencia. Me contó que mientras vivía con nosotros, a menudo llevaba fardos de ropa a la casa de empeños. También me explicó que incluso puedes escribirles una carta, y entonces vienen ellos y se hacen cargo de todo.

El hecho de que O-Nobu estuviera dispuesta a deshacerse por él de su valioso *obi* y de su kimono le alegró en cierto modo. Sin embargo, le resultaba muy doloroso tener que obligarla a hacerlo. Vaciló. En realidad, le pesaba más el daño que pudiera infligir a su orgullo de marido, que la compasión que pudiera sentir por ella.

—Mmm... ¿Te parece que nos lo pensemos tranquilamente?

Y así, sin haber encontrado ninguna solución aparente a su difícil situación financiera, Tsuda salió del salón y lentamente regresó a su estudio.

9

AL DÍA SIGUIENTE, Tsuda fue a trabajar como de costumbre. Antes del mediodía se encontró por casualidad con Yoshikawa en las escaleras, pero, dado que uno subía y el otro bajaba, se limitaron a intercambiar unos cordiales saludos y Tsuda no tuvo oportunidad de decirle nada. Hasta que poco antes de la hora del almuerzo, finalmente se armó de valor y llamó tímidamente a su puerta. Asomó apenas la nariz, un tanto inseguro. Yoshikawa estaba con un cliente. Miraba displicente al techo mientras fumaba un cigarrillo. El hombre era un total desconocido para él. La súbita irrupción de Tsuda pareció interrumpir la animada conversación que mantenían. Ambos se volvieron hacia él.

—¿Quieres algo, Tsuda?

La pregunta de Yoshikawa dejó a Tsuda petrificado en el umbral de la puerta.

—Bueno, en realidad...

—¿Se trata de algo personal, acaso?

La verdad es que rara vez Tsuda entraba en su oficina por cuestiones de trabajo. Antes de responder, en su gesto se dibujó una cierta incomodidad.

—Sí, bueno...

—En ese caso, ¿te importaría venir más tarde? Ahora no es buen momento...

—De acuerdo. Les pido sinceras disculpas por haberles interrumpido.

Cerró la puerta sin hacer ruido y regresó a su mesa. Después del almuerzo, se acercó al despacho de su jefe en dos ocasiones más. Ninguna de las dos veces estaba allí para recibirle.

«¿Se habrá marchado?»

Tsuda bajó a la recepción para preguntarle al botones. El muchacho, joven y bien parecido, extendió la mano para acariciarle el pelaje a un perro marrón que estaba dormido bajo las escaleras de mármol. Le dio un silbido para que se levantara.

—Sí, salió hace poco. Con un cliente. Es posible que ya no regrese hoy.

El muchacho, cuya única responsabilidad, aparentemente, consistía en comprobar quién entraba o salía del edificio, era, al menos en eso, un profeta de lo más certero. Tsuda regresó a su mesa. Dejó en la entrada al perro marrón de dueño desconocido. El chico parecía incapaz de lograr que le obedeciera. Tsuda volvió a concentrarse en el trabajo hasta que llegó la hora de salir.

Dejó atrás el enorme edificio de oficinas, un edificio algo más grande que el resto de los del barrio, caminó hasta la parada del tranvía y sacó el reloj de su bolsillo. Su único interés en aquel momento era decidir qué dirección tomar, como si se preguntase si debía ir o no a casa de Yoshikawa.

Finalmente, tomó el tranvía que iba en dirección contraria a su casa. Sabía que Yoshikawa no estaba casi nunca en la suya y no estaba en absoluto seguro de encontrarlo si iba. Además, en caso de que estuviese y no fuera el momento oportuno, no le iba a recibir, y a pesar de todo, sentía la necesidad de pasar por delante de su puerta. Era algo que le ocurría de vez en cuando. Era una especie de cortesía, una obligación, quizá un acto interesado tras el cual se escondía el ansia por satisfacer su vanidad: «Tsuda no solamente es un empleado de Yoshikawa. Es un conocido especial suyo». Le gustaba asumir ese papel, mostrarle a todo el mundo que disfrutaba del privilegio de la amistad de su jefe. No tenía la más mínima intención de cambiar de actitud respecto a aquello, no se daba cuenta de la vanidad que escondía.

Así que, poco después, el tranvía le dejaba junto a la casa de Yoshikawa. Se plantó delante de la puerta con la ambivalencia de una persona que, por una parte, pretende esconder algo a ojos de los demás y, por otra, mostrarlo sin reservas. Sin embargo, se justificó con el argumento de que había ido allí con el firme propósito de solucionar un asunto importante.

10

LA PUERTA PRINCIPAL DE LA CASA (bastante majestuosa, por lo demás) estaba cerrada a cal y canto. Tsuda se puso de puntillas y se asomó por la gruesa celosía que remataba la parte superior de la fachada. En el interior del *genkan* había una gran piedra de granito. Supuso que la gente que entraba la utilizaba para descalzarse. De la parte central de la estancia colgaba una lámpara de hierro de color negro azulado. Dado que nunca había llegado a poner los pies en aquel lugar privilegiado de la casa, se dirigió hacia uno de los laterales del edificio, en busca de la otra entrada. Pronto llegó a una puerta de servicio abierta, probablemente la de la habitación donde se alojaba el *shoshei*^[7].

—El amo aún no ha regresado —le dijo el chico. Parecía bastante joven y avisado.

Vestía una bonita *hakama* de Kokura^[8]. Se arrodilló frente a él, como si supusiera que Tsuda se marcharía enseguida. Esta constatación le perturbó.

—¿Y la señora? ¿Está la señora en casa?

—Sí.

En realidad, Tsuda tenía más relación con la mujer que con el propio señor Yoshikawa, y cuando les visitaba prefería verla a ella en lugar de a su marido.

—Bien. Dile que me gustaría verla.

No recordaba haber visto nunca a aquel *shoshei*. El chico entró en la casa. A su regreso, se dirigió a él en un tono muy formal:

—La señora le recibirá ahora. Le ruego que me acompañe.

El muchacho guio a Tsuda hasta un salón de estilo occidental. Nada más sentarse, antes incluso de que le ofrecieran té o tabaco como era la costumbre, la mujer de Yoshikawa apareció por la puerta.

—Vaya, ¿ibas de camino a casa? —le preguntó.

Tsuda se levantó para saludarla.

—¿Cómo está tu mujer? —continuó ella después de devolverle el saludo con una leve reverencia. Se sentó en una de las sillas que había en el salón.

Tsuda sonrió amargamente. No supo muy bien qué contestar.

—Desde que te has casado ya casi ni vienes por aquí.

En sus palabras no había ni la más mínima reserva. La mujer parecía ser perfectamente consciente de que Tsuda ocupaba una posición social inferior a la suya.

—Me imagino que aún eres feliz con tu mujer.

Tsuda permaneció en silencio, como si un viento repentino hubiera levantado un velo de arena y no le quedase más remedio que esperar a que el polvo se posara de nuevo en el suelo.

—¿Cuánto hace ya que te casaste?

—Algo más de medio año.

—¿Cómo pasa el tiempo! Tengo la impresión de que fue ayer mismo. ¿Qué tal te van las cosas últimamente?

—¿A qué se refiere?

—A tu matrimonio.

—Bien. Va bien, simplemente.

—¿Quieres decir que ya se os ha pasado la época de la felicidad? ¡No me mientas!

—No sé qué decirle. Supongo que para nosotros nunca ha existido ese momento del que usted habla.

—Bueno, no hay que preocuparse. En algún momento os llegará. Si no lo has disfrutado aún,

estoy segura de que será pronto.

—Gracias. Espero que así sea.

—Por cierto, ¿cuántos años tienes?

—Demasiados.

—No me respondas así. Te lo pregunto en serio, así que contéstame en serio.

—De acuerdo. Treinta años.

—Entonces, el año que viene cumplirás treinta y uno.

—Si todo va bien...

—¿Y O-Nobu-san?

—Veintitrés.

—¡Veintitrés! ¿El año que viene?

—No, este.

11

LA SEÑORA YOSHIKAWA a menudo se dirigía a Tsuda en un tono de broma. Si estaba de buen humor, sus burlas eran más evidentes. Él entraba a veces en su juego, pero siempre tenía la impresión de que en su actitud había algo que era de todo menos jocoso, aunque tampoco parecía que hablara en serio. Cuando ella se dirigía a él de ese modo, le incomodaba. No era muy amigo de esa clase de sutilezas. Sin embargo, Tsuda tenía un carácter perseverante y, si la situación lo permitía, se esforzaba por descubrir las verdaderas intenciones que animaban tales comentarios. Cuando la compostura le impedía llegar más allá, se limitaba a escrutar su expresión en silencio, y casi siempre le ocurría que una tenue bruma de duda se instalaba frente a sus ojos. En algunas ocasiones eso le hacía parecer cobarde, cauteloso en exceso. Con todo, creaba a su alrededor una atmósfera que se podía describir como de prudente ansiedad. Siempre que se encontraban, la mujer de Yoshikawa le empujaba, como mínimo, una o dos veces hasta ese extremo. Tsuda, consciente de lo que hacía, se dejaba arrastrar hasta el fondo.

—Es usted una mujer muy ladina.

—¿Por qué? ¿Por preguntar vuestra edad?

—No, no se trata de eso, sino por la manera que tiene de hacerlo. Es como si quisiera dar a entender algo sin llegar a afirmarlo del todo.

—Yo no quiero dar a entender nada. Lo que pasa es que eres demasiado suspicaz, Tsuda. Puede que esa actitud te sea útil a la hora de investigar, o de estudiar, pero no te servirá de nada en las relaciones sociales. Créeme: cuando abandones esa mala costumbre tuya, te convertirás en una persona mucho más agradable.

El comentario de la señora le dolió profundamente a Tsuda. Notó que el corazón se le encogía.

Su mente, al contrario, se limitó a analizar con frialdad las palabras de la mujer. Ella sonrió.

—Si crees que me lo invento, pregúntale a tu esposa cuando vuelvas a casa. Estoy segura de que O-Nobu compartirá mi opinión. Y no solo ella. Sé de uno más que también la compartirá, sin duda.

De pronto, la expresión de Tsuda se endureció. Apretó los labios, agachó la cabeza y se quedó mirando al suelo.

—¿Sabes de quién hablo, verdad?

La mujer no apartaba los ojos de él. Por supuesto que lo sabía, pero no tenía ninguna intención de confirmárselo. Volvió a levantar la cabeza y la miró en silencio. Ella no comprendió el significado de su mirada.

—Te ruego que me disculpes si te he ofendido. No era mi intención.

—No pasa nada.

—¿De verdad?

—De verdad. No pasa nada.

—En ese caso, me quedo más tranquila.

En seguida la conversación recuperó el tono animado del principio.

—Aún hay algo de niño en ti. ¿No crees? Cuando te hablo de esta manera, quiero decir. Todo el mundo piensa que los hombres cuentan con cierta desventaja con respecto a las mujeres, pero en realidad sucede lo contrario. Acabas de decir que tienes treinta años y O-Nobu veintitrés. Hay una considerable diferencia de edad entre vosotros, pero ella, en cambio, parece más madura que tú. Quizá sea una forma poco cortés de decirlo, pero no sé de qué otro modo explicarlo...

Parecía como si la señora Yoshikawa, en efecto, se esforzase en encontrar las palabras adecuadas para describir la forma de ser de O-Nobu. Tsuda esperó con cierta curiosidad a que continuara.

—Bueno, podría decirse que se trata de una mujer muy madura para su edad. Una persona inteligente. De hecho, casi nunca me he topado con alguien así. Cuídala bien...

Por su tono, Tsuda no era capaz de discernir si la señora Yoshikawa le aconsejaba que cuidase a su mujer, o que tuviese cuidado con ella.

LA LÁMPARA QUE COLGABA sobre sus cabezas se encendió. El *shoshei* entró en silencio en la habitación, bajó la persiana sin hacer el más mínimo ruido y salió sin hacerse notar. Desde que entró en el salón, Tsuda no había despegado los ojos de la estufa de gas. Tenía un color cada vez más intenso, así que solo vio la espalda del *shoshei* cuando ya se marchaba. Le pareció que era el momento oportuno de dar por finalizada la conversación. Apuró la taza de té esforzándose por evitar la raja de limón que flotaba tristemente en su superficie. Como si obedeciera a una señal, supo que era el momento de hablarle del asunto que le había llevado hasta allí. Supuso que ella no

podía disponer de su tiempo a su antojo.

—Te da igual cuándo, siempre que puedas arreglarte con tus cosas, ¿verdad?

Su tono era amable e informal. Se notaba que le caía simpático.

—Por supuesto, ya lo tengo todo arreglado...

—Bueno, entonces está todo listo para la operación. Quizá deberías tomarte libre a partir de mañana...

—Sí, pero al menos debería preguntar antes...

—No te preocupes, cuando vuelva mi marido hablaré con él. No debes preocuparte por nada.

Ella asumió la responsabilidad de buena gana. Parecía alegrarse de serle de utilidad a otra persona. A Tsuda le satisfizo su buena predisposición. Era consciente de que era su actitud y su comportamiento los que motivaban que ella actuara así, lo cual le alegró doblemente.

En cierto sentido, le gustaba que le tratase como si fuera un niño. De ese modo podía disfrutar de una intimidad especial con ella. Si lo analizaba detenidamente, entendía que ese tipo de relación solo se puede dar entre un hombre y una mujer. En sentido figurado, se trataba de un sentimiento placentero muy similar al que experimenta un hombre cuando es objeto de las atenciones de una mujer en una casa de té.

Se daba perfecta cuenta, en cambio, de que no era correcto que alguien en la posición de la mujer de Yoshikawa le tratara así, aunque se esforzaba por apartar ese pensamiento de su mente en cuanto aparecía. En la superficie, actuaba con toda naturalidad cuando ella le tomaba el pelo, pero él sabía que, en el fondo, siempre estaba protegido en el sólido y robusto muro que tanto tiempo le había costado construir en torno a sí.

Una vez resuelto el asunto que le había llevado allí, se dispuso a levantarse de la silla, pero la señora le retuvo.

—Hazme caso. Con un cuerpo tan robusto como el tuyo, no deberías gimotear ni llorar como un niño.

Tsuda no pudo evitar el recuerdo del intenso sufrimiento que había padecido el año anterior.

—Por aquel entonces era una persona más débil. El simple ruido del *fusuma* al abrirse hacía que me doliera todo el cuerpo, hasta el extremo de que me despertaba sobresaltado. En esta ocasión todo irá bien.

—¿Estás seguro? ¿Cómo lo sabes? No creo que nadie pueda ofrecerte una garantía. Espero ir yo misma a confirmarlo.

—No es la clase de lugar donde me gustaría que viniera nadie a visitarme. Me van a ingresar en una habitación pequeña, poco acogedora, extraña.

—Me da exactamente igual.

No estaba seguro de si hablaba con sinceridad o de si estaba de nuevo burlándose de él. Quería decirle que, dado que el doctor estaba especializado en dolencias como la suya, propias de hombres, no era conveniente que una mujer se dejara ver por allí, pero renunció al no encontrar las palabras adecuadas. Ella se aprovechó de su silencio.

—Quizá aproveche la visita. Tengo algo importante que contarte. Se trata de un asunto que no puedo tratar delante de O-Nobu.

—En ese caso no hace falta que venga usted. Volveré yo dentro de unos días.

La señora le dedicó una sonrisa y le despidió. Cuando Tsuda se levantó de la silla le dio la sensación de que lo hacía como si deseara escapar de allí.

13

SALIÓ A LA CALLE y se alejó lentamente de la casa de los Yoshikawa. Su mente, sin embargo, no pudo abandonar aquel salón tan rápidamente como lo había hecho su cuerpo. Caminó por las calles medio desiertas al atardecer con la imagen del luminoso interior de la habitación muy viva en su recuerdo.

La textura fría y reluciente del jarrón esmaltado, sus colores que parecían fluir por su suave superficie, la bandeja plateada redonda en la que les habían servido el té, los terrones de azúcar, las jarritas de leche haciendo juego, las pesadas cortinas de un tejido negro azulado con un arabesco de color marrón, el panel decorativo con tres de sus esquinas rematadas en oro... Todos aquellos detalles revivían desordenados en su memoria, después incluso de que la luz resplandeciente del recuerdo se hubiera desvanecido en la oscuridad de la calle.

No podía olvidar, por supuesto, la figura de su anfitriona sentada en mitad de aquel tumulto de colores. Recordó algunos fragmentos de la conversación que acababa de mantener con ella y los saboreó con sumo cuidado, como si disfrutara del gusto de las judías de soja secas que tanto le gustaban.

«Es probable que quisiera hablar conmigo, cierto, pero la verdad es que no quiero saber nada a pesar de que una parte de mí lo desea con todas sus fuerzas.»

La contradicción evidente que había en la confesión que se hacía a sí mismo, le provocó un sonrojo notable a pesar de la oscuridad reinante. Sintió como si hubiera dejado al descubierto su punto más débil. Apretó el paso para escapar de aquel imprevisto fallo en sus defensas.

«Me pregunto cuál será su verdadero propósito.»

No estaba en disposición de encontrar la respuesta a esa pregunta en ese momento.

«¿Burlarse de mí?»

No tenía forma de saberlo. Se notaba a la legua que era de las que disfrutaban tomándole el pelo a los demás. Por si fuera poco, la relación entre ambos era lo suficientemente estrecha como para que se permitieran semejantes libertades. Asimismo, su posición social le dejaba margen para actuar de una manera un tanto inconsciente. Era capaz de ir más allá de los límites del decoro, aunque solo fuera por el simple placer que le proporcionaba incomodarle.

«Supongamos que no se trata de eso... ¿No será que me tiene lástima? Quizá solo se trata de la predilección que siente por mí.»

Tampoco tenía respuestas concretas a esas hipótesis. No dudaba de que siempre había sido amable con él mostrándole su favor.

Salió a una calle ancha y tomó el tranvía. Al otro lado de la ventana, solo pudo ver un foso, el agua negra que lo llenaba, el oscuro muro de contención, los pinos sombríos que lo flanqueaban.

Ocupó un asiento en un rincón del vagón y contempló la fría estampa de la noche de otoño en el exterior. Su pensamiento se extendió hacia otras cuestiones, como por ejemplo las monetarias, un asunto que había apartado desde el día anterior simplemente porque le resultaba problemático. Pensó de nuevo en la señora Yoshikawa.

«Con solo habérselo mencionado, todo habría resultado más fácil...»

Se arrepintió de haberse marchado de la casa tan precipitadamente. Eso no quería decir, en cambio, que tuviera el suficiente coraje de volver a verla solo con ese propósito.

Nada más bajar del tranvía y cruzar el puente, vio a un mendigo agachado al pie de una reja, como una sombra oscura en movimiento. Tsuda llevaba puesto un ligero sobretodo. Acababa de disfrutar del calor de una estufa encendida quizá demasiado pronto para la temporada y, a pesar de todo, no sentía que le separase una gran distancia de ese vagabundo. Era dolorosamente consciente de lo apurado de su situación. El hecho de que su padre no le hubiera enviado su asignación mensual constituía, sin lugar a dudas, un enorme inconveniente.

14

SUMIDO EN SUS PENSAMIENTOS, Tsuda caminó hacia su casa. Cuando estaba a punto de abrir la cancela, la puerta corredera interior se deslizó de golpe e, inesperadamente, apareció frente a él la figura de Nobuko. Sorprendido, contempló el perfil de su cara ligeramente maquillada.

Desde que se casaron, ella le sorprendía a menudo de ese modo. A veces con el desagradable efecto de cortar su iniciativa, otras, en cambio, dándole la impresión de que estaba siempre atenta a todo, aunque él no se diese cuenta. Desde luego, su carácter era de lo más peculiar, a pesar de que ella intentase disimularlo tras su aburrida rutina diaria. Él, por su parte, sentía que esa forma suya tan teatral de aparecer por sorpresa, tan fulgurante como el reflejo de un cuchillo, iluminaba su día a día al tiempo que suponía una amenaza.

Se preguntaba cómo era capaz de anticiparse siempre a su regreso, pero prefirió no decirle nada al respecto. Hacerlo, y que ella se tomase a broma su curiosidad, habría equivalido a una derrota.

Entró en casa con aire de indiferencia. Se quitó el traje de trabajo y se vistió con su ropa tradicional japonesa. Frente al brasero, en el cuarto de estar, había una bandeja lacada en negro sobre un pie de madera, sobre el que su mujer había tendido un mantel. Es como si ella supiese el momento exacto en que él iba a regresar.

—¿Te has entretenido también hoy al salir del trabajo?

Cada vez que se le ocurría no volver a su hora de costumbre, ella siempre le preguntaba lo mismo. Tsuda se veía obligado a responder alguna excusa, pero como sabía que ella no se tragaría lo del trabajo como sempiterno motivo de sus retrasos, solía inventarse evasivas deliberadamente ambiguas. En esas ocasiones evitaba mirarla a la cara que ella se maquillaba con esmero para él.

—¿Quieres que lo adivine?

—Inténtalo.

Aquel día Tsuda se sentía muy calmado.

—Has estado en casa de los Yoshikawa.

—Eso es.

—Lo sé por tu forma de comportarte.

—¿En serio? Ayer te dije que debía hablar con el señor Yoshikawa para cerrar la fecha de la operación. Así que no creo que te haya resultado muy difícil deducirlo.

—Aunque no me hubieras dicho nada, lo habría adivinado igual.

—¿Tan segura estás? ¿Eres muy inteligente, verdad?

Tsuda le contó entonces lo que había hablado con la señora Yoshikawa.

—¿Cuándo te operarás entonces?

—No parece que importe mucho la fecha...

Lo que más le preocupaba era la necesidad de reunir algo de dinero antes de empezar con el tratamiento. No necesitaba una gran cantidad, pero el hecho de no ser siquiera capaz de juntar esa pequeña suma le molestaba.

Le dijo que estaba considerando incluso la posibilidad de pedírselo a su hermana pequeña que vivía en Kanda^[9], aunque desde luego no tenía ninguna intención de hacer el viaje hasta allí. En realidad, toda la culpa la había tenido su matrimonio. A causa de los numerosos gastos ocasionados por su boda, se decidió que su padre le pasaría desde Kioto una pequeña asignación mensual a fin de compensar las carencias de su sueldo, pero a condición de que devolvería parte del dinero nada más recibir las bonificaciones de la empresa, que llegaban en verano y a final de año. Pero llegó el verano y no pudo cumplir con su compromiso, así que su padre se sintió herido en sus sentimientos. Y ni que decir tiene que su hermana, ante cualquier divergencia, invariablemente se ponía del lado de su progenitor. Tsuda, además, consideraba una tremenda humillación tener que mencionar el problema del dinero en presencia del marido de ella. Se negaba a pasar por ese trago. No le quedaba más remedio que seguir el consejo de O-Nobu: escribir una carta a Kioto para explicarle la situación a su padre. Pensó que sería una buena estrategia mencionar su enfermedad, exagerarla para que pareciera más grave de lo que en realidad era. Adornar los hechos crudos con un ligero barniz, sin llegar al extremo de preocupar a sus padres. Es lo que haría cualquiera. No sentía remordimientos de conciencia por ello.

—O-Nobu, creo que te haré caso. Escribiré a mi padre.

—¿De verdad lo harás?

Buscó su mirada, pero él ya no le prestaba ninguna atención. Había empezado a subir las escaleras para encerrarse de nuevo en su estudio.

15

ACOSTUMBRADO A UTILIZAR ARTÍCULOS DE ESCRITORIO de estilo occidental, extrajo del cajón de su mesa un papel de color azul lavanda y un sobre. Destapó su pluma estilográfica y empezó a escribir a grandes trazos. Recordó entonces que a su padre le desagradaba mucho recibir cartas suyas escritas a pluma en un tono coloquial y con una caligrafía descuidada. A pesar de la distancia que les separaba, le pareció vislumbrar su cara. Sonrió con un deje de ironía y dejó a un lado la pluma. Lo más probable es que aquella carta no sirviera para nada. Volvió a agarrar la pluma y en el margen del grueso papel vegetal garabateó el rostro enjuto de su padre rematado por una barba de chivo. Se preguntó qué debía hacer a continuación.

Se levantó. Abrió la puerta corredera, salió al rellano de la escalera, se asomó y llamó a O-Nobu.

—¿Tienes papel de carta japonés y sobres?^[10] Déjame algunos, por favor.

—¿Papel de carta japonés y sobres? —Aquello le sonó extrañamente cómico—. Sí, pero es del que usamos las mujeres.

Poco después ella subió. El papel era más fino que el suyo, y decorado con un delicado motivo floral.

—Me pregunto si resultará conveniente que le escriba en este papel —dijo él.

—Mientras el contenido de la carta esté redactado de una manera comprensible, ¿qué importancia tiene el papel?

—Lo cierto es que sí que tiene su importancia. Padre es muy especial para este tipo de detalles.

Tsuda puso a la luz el papel y lo analizó. En las comisuras de los labios de O-Nobu se dibujó una sonrisa imperceptible.

—¿Quieres que mande a Toki a comprar otro más adecuado?

—Sí, creo que sería lo mejor...

Aunque nada le aseguraba que un papel tradicional en blanco y sin motivos decorativos fuera a ayudarlo en lo más mínimo.

—Aguarda. No le llevará más de un minuto.

O-Nobu bajó las escaleras con ligereza. Tsuda escuchó el ruido de la puerta y los pasos de la criada al salir de la casa. Decidió esperar allí sentado fumando tranquilamente un cigarrillo.

No era capaz de borrar de su mente la amenazadora imagen de su padre. Nacido y criado en

Tokio, no dejaba pasar la más mínima oportunidad de hacer algún comentario insidioso sobre la región de Kansai^[11], donde vivía ahora. Sin embargo, entre unas cosas y otras, había terminado por instalarse en Kioto con la intención de pasar allí el resto de sus días. Cuando Tsuda se compadeció de su madre, que tampoco tenía ningún apego por esa región, su padre le enseñó la tierra que había comprado y las casas que había construido: «¿Qué crees que debería hacer ahora con todo esto?», le espetó. Por aquel entonces, Tsuda no era más que un jovencuelo que a duras penas llegaba a entender lo que su padre quería decir. Pensaba que podía disponer de sus propiedades como quisiera. Su padre, en cambio, le repetía a menudo: «Todo esto no es para cualquiera, ya lo sabes. Es todo para ti». También le decía: «Quizá aún no seas capaz de apreciar lo que significa esto, pero espera a que me muera. Llegará el día en el que aprecies todo lo que he hecho por ti».

Tsuda pensaba en las palabras de su padre, en su forma de dirigirse a él. Parecía muy seguro de sí mismo, como si sostuviera en una mano la felicidad y en la otra el futuro de su hijo. Se le antojaba un profeta al que difícilmente podía acercarse. Sin embargo, a Tsuda le hubiera gustado decirle: «En lugar de esperar tanto, me resultaría más sencillo agradecerte lo que has hecho por mí poco a poco, mes a mes, a lo largo de mi vida».

Tras diez minutos de vacilaciones, finalmente empezó a redactar la carta. Decidió adoptar un tono sumamente formal. El papel era tan poco sofisticado que difícilmente ofendería su sensibilidad. Planeó con sumo cuidado cómo redactar las frases para convencerle de que le enviase el ansiado dinero. A pesar de todo, el asunto concreto le hacía sentir incómodo. Cuando al fin terminó de redactar la carta, la releyó y se quedó consternado por la torpeza de su caligrafía. A sus ojos, el contenido de lo escrito había pasado a un segundo plano. Difícilmente podría esperar que su padre le hiciera caso. E incluso en el caso de que aquello surtiese algún efecto, lo más probable era que el dinero no llegase a tiempo.

Cerró el sobre, bajó del estudio, le pidió a la criada que fuese a echar la carta, se encaminó a su dormitorio, se deslizó en silencio bajo el edredón que cubría el futón y cerró los ojos convenciéndose de que ya haría frente al problema cuando se le planteara.

16

A MEDIODÍA DEL DÍA SIGUIENTE, Yoshikawa le llamó a su despacho.

—Tengo entendido que ayer fuiste a mi casa.

—Sí. Usted estaba fuera, así que vi a la señora.

—¿No estarás enfermo otra vez?

—Eso parece...

—No es bueno caer enfermo tan a menudo. ¿Qué te pasa ahora?

—En realidad se trata de la misma enfermedad.

Yoshikawa le miró sorprendido. Extrajo con dos dedos, con mucho cuidado, el palillo que tenía entre los dientes, rebuscó en uno de sus bolsillos y sacó una pitillera. Tsuda se apresuró a encender

una de las cerillas que había junto al cenicero. Al actuar con tanta impaciencia, la cerilla se consumió antes de que hubiera podido servir a su propósito. Sin perder tiempo encendió otra y la acercó con cuidado hasta la boca del señor Yoshikawa.

—Si estás enfermo, no tienes más remedio que aceptarlo y seguir adelante. Pero creo que deberías tomarte algo de tiempo libre para cuidar de ti mismo.

Tsuda le dio las gracias y se dispuso a salir del despacho. Yoshikawa, envuelto en el humo del tabaco le dijo:

—Supongo que ya se lo habrás explicado a Sasaki.

—Sí. Ya he hablado con el señor Sasaki y con los demás. Lo han dispuesto todo para mí.

Sasaki era su superior inmediato.

—Si vas a tomarte un tiempo, supongo que cuanto antes lo hagas mejor. Cuídate y ponte bien rápido. Piensa que después tendrás que trabajar duro para recuperar el tiempo perdido.

Yoshikawa no podía evitar revelarse tal como era.

—Si te resulta conveniente, hazlo mañana.

—¿De verdad?

Al decírselo de ese modo, Tsuda pensó que quizá podría ingresar en el hospital también al día siguiente.

Ya había atravesado el umbral de la puerta cuando Yoshikawa le llamó de nuevo:

—Por cierto, Tsuda, ¿cómo se encuentra tu padre últimamente? Espero que tan bien de salud como siempre.

Tsuda se giró para responderle. Sus orificios nasales se vieron invadidos por el selecto aroma del cigarro de Yoshikawa.

—Sí, se encuentra perfectamente. Muchas gracias.

—Me lo imagino allí, en Kioto, ya medio retirado, dedicado a escribir poesía. Una actividad relajante y placentera. Anoche precisamente me encontré por casualidad con Okamoto y estuvimos hablando de él. Okamoto también le tiene cierta envidia, por cierto. En los últimos tiempos él también está menos ocupado que de costumbre. Pero dudo que tenga las mismas aficiones que tu padre.

A Tsuda, desde luego, nunca se le había ocurrido pensar que nadie pudiera sentir envidia de su padre. Estaba convencido de que si a alguien le ofrecieran cambiarse por su padre, sin duda soltaría una carcajada y pediría que le dejaran como estaba al menos otros diez años. Aunque aquello no era más que una suposición.

—No lo crea. Mi padre está muy chapado a la antigua. De alguna forma, se siente obligado a vivir como lo hace.

Sin darse cuenta, Tsuda había ido introduciéndose de nuevo lentamente en el despacho, hasta ocupar el mismo lugar que antes, en el centro mismo de la habitación.

—Yo no diría que tu padre está chapado a la antigua. Más bien creo que se puede permitir ese tipo de vida porque está por encima de los acontecimientos.

Tsuda se sintió en la obligación de añadir algo a la apreciación de su jefe. En ese preciso instante, se dio cuenta de lo que le pesaba su ineptitud al hablar si la comparaba con la indudable labia del señor Yoshikawa. Atrapado en su torpeza, no le quedó más remedio que contemplar como el humo del cigarro se desvanecía en el aire.

—No preocupes a tu padre. Aquí te conocemos mejor que nadie. Si te sucede algo malo, no dudes que seré yo mismo en persona el que le comunique la noticia. ¿Te parece bien?

Era como si su jefe se estuviera dirigiendo a un niño. Ensayó una sonrisa forzada. No fue capaz de discernir cuánto había de broma en aquellas palabras y cuánto de consejo.

17

AQUEL MISMO DÍA, DE REGRESO A CASA, Tsuda se bajó del tranvía un par de paradas antes de lo habitual. Siguió adelante por la concurrida avenida por donde corrían las vías, hasta que de pronto torció y se internó por una calle lateral. A izquierda y derecha se abrían varias tiendas de empeño, con los escaparates cubiertos de pesados cortinones. Vio el letrero de un club de *Go*^[12], y tras él los barrotes de madera de una oficina de préstamo, probablemente la guarida de algún siniestro usurero. Se detuvo en la mitad del callejón, junto a una puerta corredera de cristal esmerilado, la abrió y entró. En el mismo momento en que la campanilla de la parte superior de la puerta repicó con su sonido agudo, se clavaron en él las miradas de cinco hombres que le observaban desde la estrecha habitación que quedaba frente a la entrada. La habitación era tan oscura como angosta. Carecía de ventanas. Al entrar desde la calle a aquel cuchitril sin apenas transición, tuvo la sensación de hacerlo a un sótano. Se sentó en el extremo de un sofá que había junto a la puerta y les devolvió la mirada a los hombres. Estaban arremolinados en torno a un gran brasero de porcelana que había en el centro de la habitación. Dos de ellos estaban de brazos cruzados, otros dos con las manos extendidas encima de la mesa y el último, algo alejado de los demás, se concentraba en la lectura de un periódico cuyas páginas estaban desperdigadas de cualquier manera, excepto la última, extendida ante su cara. De hecho, el tipo del periódico estaba sentado con las piernas cruzadas al otro extremo del sofá donde Tsuda acababa de acomodarse.

Tras estudiarle de arriba abajo, todos ellos recuperaron su postura a la vez, en un gesto que parecía acordado de antemano. Nadie hablaba. Cada uno parecía absorto en sus propios pensamientos. Más que ignorar su existencia, es como si quisiesen obviar su presencia, aunque todo indicaba que no solamente le hacían a él objeto de su indiferencia. Se notaba a la legua que en realidad les desagradaba saberse percibidos por los demás, y era por eso que apartaban la vista hacia otra parte.

Tsuda supo que, casi sin excepción, aquel sombrío grupo estaba formado por hombres con un pasado similar. Todos, como él, esperaban en silencio en la oscura antesala a que llegase su turno, y

era el resplandor de ese pasado común el que proyectaba sobre ellos sombras de la más siniestra negrura. Ninguno tenía el coraje suficiente para mirar de frente a ese destello. Por eso se encerraban en sí mismos, se encogían en lo más oscuro procurando no hacer un solo movimiento que los delatara.

Tsuda se apoyó en el reposabrazos del sofá y se sujetó la frente con la mano, como un monje en pleno estado de meditación. Su mente viajó a ese mismo lugar, unos meses antes. Había sido a finales del año anterior, y se había topado con dos personas a las que jamás se habría imaginado que vería allí.

Uno de ellos era el marido de su hermana pequeña. Tsuda se había sorprendido mucho al reconocer su presencia en aquella oscura habitación. Aunque su cuñado se mostraba en general despreocupado por ese tipo de cosas, también pareció inquietarse sin saber muy bien qué decir o hacer ante la reacción de sorpresa de Tsuda.

El otro tipo era un amigo suyo. Estaba convencido de que a Tsuda le aquejaba la misma enfermedad que a él, y se le acercó sin reservas desde el otro lado de la sala. Al terminar, salieron juntos de la consulta y mientras cenaban tuvieron una conversación bastante embarazosa sobre los indeseables problemas que podía acarrear el amor.

El encuentro con su cuñado constituyó tan solo una sorpresa momentánea, y no le dio más importancia. No así el que tuvo con su amigo. Pensó que la cosa acabaría ahí, pero más tarde sucedió algo muy extraño.

Cuando Tsuda relacionó lo que le había dicho con las circunstancias de su amigo, abrió los ojos y retiró la mano de su frente, como si de pronto hubiera sufrido una sacudida.

Un hombre de unos treinta y pico años, vestido con un traje de sarga azul, salió de la sala de consultas y se dirigió a la ventanilla del dispensario. Extrajo de su bolsillo posterior una cartera y deslizó por la ventanilla unos billetes. Una enfermera salió de la consulta y se acercó a la puerta. Tsuda la conocía de otras veces. Llamó al siguiente paciente. Antes de que entrase de nuevo en la sala de consultas, Tsuda se dirigió a ella.

—Disculpe que no espere mi turno. ¿Podría preguntarle al doctor si le vendría bien que viniera mañana o pasado a operarme?

La enfermera entró en la consulta. Poco después, reapareció en la oscuridad de la sala de espera, envuelta en su bata blanca.

—La habitación de la planta de arriba acaba de quedarse vacía. Me ha dicho el doctor que puede venir usted cuando más le convenga.

Tsuda salió de allí como alma que lleva el diablo. Se calzó a toda prisa, abrió la puerta y la luz inundó la sala de espera que hasta ese momento había estado sumida en las sombras.

cortos, así que ya casi estaba oscuro en la calle. Era la época del año, además, en la que la fría y agonizante luz, que solo alcanzaba a iluminar tenuemente las calles, desaparecía como si hubiera sido barrida bruscamente de la faz de la tierra.

Las luces de su estudio en la planta de arriba de la casa no estaban encendidas. También la entrada estaba completamente a oscuras. Las brillantes luces de la parada de los *rickshaw*^[13] le hicieron sentirse algo decaído. Abrió la puerta bruscamente. A pesar del ruido que estaba montando, O-Nobu no salió a recibirle. El día anterior no le había agradado que su mujer, más o menos a la misma hora, le sorprendiera como si le tendiera una emboscada, pero ahora que estaba allí de pie en mitad de la entrada, oscura como la boca del lobo, sin nadie que le recibiese, pensó que después de todo la sorpresa del día anterior no había estado tan mal. Llamó a O-Nobu dos veces. Inesperadamente, la respuesta le llegó desde el segundo piso. Al poco escuchó los pasos de su mujer que bajaba las escaleras. La criada también salió de la cocina.

—¿Qué diablos estabas haciendo?

Su tono era de ligero descontento. O-Nobu no contestó. La miró y no le quedó más remedio que reconocer que con su habitual sonrisa, ella trataba de cautivarle. Sus ojos quedaron atrapados por la blancura y la perfección de sus dientes.

—¿No está muy oscuro ahí arriba?

—Sí, pero pensaba en mis cosas y no me he dado cuenta de que habías vuelto.

—¿Estabas dormida?

—¡Por supuesto que no estaba dormida!

La criada interrumpió la conversación con una sonora carcajada.

Aquella noche, antes de que se marchara al *sentō*^[14], O-Nobu le pidió a Tsuda que esperase un momento. Le dio la toalla y el jabón, como de costumbre, pero le detuvo cuando estaba a punto de levantarse de su sitio junto al brasero. Se dio la vuelta, sacó una bata de seda forrada de franela del cajón inferior de la cómoda y la colocó frente a él.

—Pruébatela un momento. Quizá aún no esté bien planchada del todo.

Tsuda, desconcertado, contempló la ancha bata de rayas verticales con cuello deformado. Desde luego, él no la había comprado. Tampoco le había pedido a nadie que lo hiciese.

—¿De dónde has sacado esto?

—La he hecho yo misma. Para que te la pongas cuando vayas a la clínica. Debes ir adecuadamente vestido.

—¿Y se puede saber cuándo la has hecho?

Tan solo habían pasado unos pocos días desde que le dijo que se pasaría una semana fuera de casa por culpa de la operación y, desde entonces, no la había visto sentada ni un solo momento en su mesa de costura. Le extrañó. O-Nobu, en cambio, se tomó su sorpresa como una recompensa por su

trabajo, y no se sintió obligada a añadir explicación o comentario alguno.

—¿Y dónde has comprado la tela?

—Es de un quimono viejo. Pensé que estaría bien para el invierno y la guardé.

Era obvio que no era un diseño apropiado para una mujer joven, pues las rayas eran demasiado anchas y su color demasiado vivo. Se lo puso, estiró los brazos como si fuera un *Yakko-dako*^[15], miró a O-Nobu con aire incómodo y dijo:

—He decidido operarme mañana o pasado.

—¿De verdad? ¿Y yo puedo hacer algo?

—No tienes por qué hacer nada.

—¿Puedo ir contigo al hospital?

No parecía en absoluto preocupada por el poco dinero que les quedaba.

19

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Tsuda se despertó más tarde de lo normal. La casa estaba sumergida en el silencio una vez que las mujeres terminaron con la limpieza. Atravesó el recibidor, abrió el *fusuma* del salón y entró al cuarto de estar donde estaba O-Nobu tranquilamente sentada junto al brasero leyendo el periódico. La tetera de acero emitía un borboteo que parecía simbolizar la paz doméstica.

—Si me dejo llevar, duermo más de lo que debería —dijo a modo de excusa.

Miró el reloj que colgaba sobre el calendario. Las agujas indicaban que eran cerca de las diez de la mañana.

Después de lavarse la cara, se sentó con aire de despreocupación junto a la bandeja lacada en negro del desayuno, que parecía cansada de esperarle. Alcanzó la servilleta que había encima y de pronto pareció acordarse inesperadamente de algo.

—¡Vaya! No debería.

El doctor le había indicado algunas precauciones que debía tomar antes de la operación, pero no era capaz de recordar claramente cuáles eran.

—Iré a preguntar —le dijo a O-Nobu.

—¿Ahora? —le preguntó ella sorprendida.

—Llamaré por teléfono. Eso bastará.

El hecho de ponerse en pie perturbó momentáneamente la tranquila atmósfera del cuarto. Salió por la puerta principal y se apresuró hasta el teléfono público que estaba a media manzana de distancia, en la acera de la derecha de la misma calle por donde pasaba el tranvía. Regresó precipitadamente y al llegar a la puerta dudó. Entonces llamó a O-Nobu.

—Por favor, dame mi cartera. Está en el piso de arriba. O mejor tu monedero.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella, que no tenía ni idea de lo que pretendía.

—Date prisa, por favor.

Se metió el monedero de su mujer en el bolsillo y volvió a salir disparado, sin perder un segundo. O-Nobu lo vio subir al tranvía. Cuando regresó ya era casi mediodía.

—No tenías mucho dinero —le dijo—. Pensé que había más en tu monedero.

Dejó un paquete que llevaba bajo el brazo sobre el tatami del cuarto de estar.

—¿No tuviste suficiente? —le preguntó ella. Quería que él supiera que no permanecía indiferente ni siquiera al más pequeño de los asuntos que le afectaban—. ¿Qué es eso que has comprado? Pensé que ibas al barbero.

El comentario de O-Nobu le hizo caer en que no se había cortado el pelo desde hacía al menos dos meses. De hecho, lo tenía tan crecido que su sombrero, más bien pequeño, crujía un poco cuando se lo ponía. Esa misma mañana le había ocurrido, sin ir más lejos.

—Te has marchado tan precipitadamente que ni siquiera me ha dado tiempo a subir a por tu cartera.

—Tampoco yo tengo mucho dinero, no te creas. No habría solucionado gran cosa.

Pensó que, habida cuenta de las circunstancias, no estaba en situación de desdeñar el magro contenido de su monedero.

O-Nobu abrió el paquete y sacó una lata de té *Oolong*^[16], algo de pan y mantequilla.

—No me digas que has salido solo para comprar eso... De haberlo sabido habría mandado a Toki.

—No, no lo habría entendido. Tenía que asegurarme.

O-Nobu le preparó un té y unas tostadas. El aroma que desprendían era delicadísimo.

Nada más terminar su frugal almuerzo, que en realidad no era ni desayuno ni comida realmente, Tsuda dijo como si hablara para él mismo:

—Había pensado ir esta mañana a hacerle una visita al tío Fujii para explicarle lo de mi operación. Pero me temo que ya se me ha hecho tarde.

En realidad a lo que se refería es a que debería haber ido antes de que el mediodía se lo llevase por delante.

FUJII ERA EL HERMANO MENOR del padre de Tsuda. Como había sido funcionario, se había visto obligado a mudarse en varias ocasiones a lo largo de su carrera. Pasó tres años en Hiroshima y dos en Nagasaki, y después de darse cuenta de lo desventajoso que resultaba para la educación de Tsuda

pasarse la vida vagando de un destino a otro, decidió confiárselo a su hermano menor, que vivía en Tokio, con el propósito de que se hiciera cargo de su educación. Tsuda había crecido, pues, al amparo de su tío y tenía una relación con él que iba más allá de la habitual entre familiares cercanos. Al margen de las diferencias de temperamento y profesión, cualquiera hubiera dicho que eran en realidad padre e hijo. Si hubiera que definir de algún modo la relación que mantenían, bien se podría hablar de que Fujii era para Tsuda un segundo padre, y este para aquel un segundo hijo.

Su tío, al contrario que su padre, nunca había abandonado Tokio. Aunque solo fuera en ese aspecto, comparado con su hermano mayor, que durante gran parte de su vida disfrutó con sus viajes de un destino a otro, Fujii era muy diferente. Al menos a Tsuda le parecía una diferencia sustancial.

«Un lento viajero de la vida.» El tío de Tsuda había usado alguna vez esa expresión para definir a su hermano y él se había apropiado de ella sin casi darse cuenta. De hecho, a partir de cierto momento empezó a pensar en él mismo bajo ese prisma. Tsuda, cuya mente no estaba desarrollada del todo, no había entendido bien el significado de la frase cuando su tío la pronunció por primera vez. Aun así, ahora que ya era mayor y que estaba casado, seguía sin entenderla en toda su complejidad. De hecho, ya no pensaba tanto en ello cuando se reunía, de tanto en tanto, con su padre. Su figura, su barba rala como la de un vidente colgando de la barbilla de su cara demacrada, eran sin embargo el espejo de las palabras de su tío.

Diez años antes, su padre, cansado de sus andanzas, abandonó los círculos gubernamentales y se consagró a los negocios. Después de vivir ocho años en Kobe, se mudó a una propiedad adquirida en Kioto donde se construyó una casa. Antes de comunicárselo a su hijo, decidió que la antigua y tranquila capital no solo sería el lugar de su retiro, sino que sería allí donde pondría fin a sus días. Cuando Fujii lo supo, arrugó la nariz.

—Parece ser que mi hermano ha amasado una considerable cantidad de dinero. Como el globo de un niño que pierde altura lentamente, el peso del dinero tira de él hacia abajo.

A Fujii, en cambio, el peso del dinero nunca le había arrastrado a ninguna parte. Nunca se había movido del sitio, siempre había vivido en Tokio, siempre había sido pobre. Ni siquiera recordaba si había recibido un salario mensual en alguna ocasión. No era que le desagradase esa posibilidad, sino que se obstinaba en no someterse a la disciplina de un trabajo diario, algo imprescindible para recibirlo. Era, por principio, contrario al trabajo rutinario. Incluso después de hacerse viejo, después de que sus opiniones se relajasen de algún modo, persistía tericamente en esa actitud. De no ser así, solo habría obtenido desprecio, algo que no le habría reportado ningún beneficio.

Aunque su tío no tenía mucha experiencia en las cuestiones prácticas de la vida ni en el forcejeo diario con los hechos crudos, no podía evitar ser un crítico mordaz del mundo, y no por ello dejaba de ser un agudo observador. Es más, su agudeza era resultado directo de cierta insensatez. En otras palabras, actuaba en ciertos asuntos con ligereza, pero decía y hacía cosas que en otros habrían sido consideradas ingeniosas e inteligentes.

Sus conocimientos eran abundantes, pero al mismo tiempo deshilvanados. Consecuencia de ello es que le gustaba tratar sobre asuntos de lo más diversos, si bien nunca abandonaba del todo la

actitud de observador. Tal comportamiento no solo se lo exigía su posición, sino también su temperamento. A pesar de estar dotado de cierta inteligencia, carecía de los medios para aplicarla e incluso, en el caso de haber contado con ellos, normalmente optaba por no sacarles partido. En un sentido literal y figurado, lo que más le gustaba del mundo era pasarse el día con las manos en los bolsillos. El hecho de convertirse en una especie de estudioso había despertado en él al haragán que llevaba dentro. Su destino, en suma, no era otro que el de ganarse el pan con la palabra escrita.

21

DESDE HACÍA SEIS O SIETE AÑOS, Fujii llevaba una vida bohemia similar a la de otros hombres que, como él, vivían en los barrios altos al noroeste de la ciudad. A su alrededor se construían, año tras año, cada vez más casas en el vecindario, y eso era malo, porque le quitaban las excelentes vistas de que se solía disfrutar antaño en la zona. Un buen día, al darse cuenta del poco espacio libre del que disponía, levantó la mano con que arrastraba la pluma y se le ocurrió la feliz idea de pedirle algo de dinero a su hermano para construirse una casa lejos, en otro lugar, aunque luego pensó que era muy poco probable que le hiciese un préstamo. Además, en el caso de que estuviera de acuerdo, en realidad no tenía verdadera intención de aceptarlo. No en vano era, como él, un «lento viajero de la vida», solo que más inestable económicamente. Y como solía ocurrir en la mayoría de esos casos, la inquietud económica daba paso en él al desasosiego espiritual.

Para ir a casa de su tío podía tomar un tranvía que discurría la mitad del trayecto a lo largo de la ribera del río, pero si iba a pie no tardaba más de una hora. Amante como era de los vagabundeos, decidió no recurrir al ruidoso y atestado transporte público e ir caminando.

Salió de casa poco antes de la una. Decidió ir por el paseo que discurría junto al río. El cielo estaba despejado. La luz del sol lo inundaba todo. El intenso color del bosquecillo que tapizaba la colina de la rivera de enfrente resplandecía con tal intensidad que parecía un relieve estampado contra el cielo.

De pronto se dio cuenta de que se había olvidado de comprar el aceite de ricino que el médico le había recetado para que le sirviera de purga antes de la intervención. Debía tomarlo a las cuatro de la tarde, así que decidió buscar una farmacia. Cuando llegó al final de la línea del tranvía, no giró a la derecha para cruzar el puente como acostumbraba, sino que caminó hacia la zona comercial que quedaba en dirección contraria. La calle estaba cortada debido a las obras de ampliación del transporte público. Se detuvo en la esquina de una calle que estaban construyendo a la par que derribaban sin miramientos las casas medio en ruinas; literalmente, las estaban borrando del mapa. Se fijó entonces en un grupo de gente congregada en semicírculo alrededor de un individuo. Calculó que debía de tener su edad.

El hombre era más bien robusto. Por lo que Tsuda pudo ver, vestía un *obi* rígido sobre el kimono, un *haori*^[17] doble de algodón y calzaba unas *geta*^[18]. No llevaba sombrero de juncia ni de bambú. Sirviéndose, a modo de escenario, de un sauce que se había salvado de la devastación, sostenía con ambas manos una bolsa grande de algodón forrada de franela.

—Señoras y señores —anunció a la concurrencia—, esta bolsa está vacía. Pero ante ustedes

haré un prodigio. De esta bolsa vacía extraeré un huevo y se lo mostraré a todos ustedes. No se asusten.

Hablaba en un tono de voz altisonante, como hacían a menudo los charlatanes de su clase. Se llevó las manos al pecho y las fue abriendo a medida que las introducía en la bolsa.

—¡Un prodigio! ¡Y ahora el huevo está dentro de la bolsa! —exclamó.

Su engaño no dio resultado, porque todo el mundo se había dado cuenta ya de que el huevo no había salido en ningún momento de la bolsa. Lo agarró con el índice y el pulgar y, después de mostrárselo a la audiencia, lo depositó en el suelo.

Tsuda estiró el cuello. A pesar de que sentía curiosidad por el espectáculo, no pudo reprimir una sensación de asco ante los burdos trucos del charlatán. Entonces notó que alguien le empujaba por detrás. Se dio media vuelta, dispuesto a emprenderla a palos con el inoportuno que lo había molestado, y se dio de bruces con el hijo de su tío Fujii, que se reía con su cara de pícaro. La gorra rematada con una insignia, los pantalones cortos, la mochila que llevaba a cuestas, bastaron para que Tsuda supiera de dónde venía.

—No me digas que vas a tu casa...

—Mmm... —contestó el muchacho, elusivo.

22

—¿CÓMO ESTÁ TU PADRE?

—Ni idea.

—Como siempre, supongo.

—Ni idea.

A Tsuda, que había olvidado por completo cómo era cuando tenía diez años, la respuesta le pareció más bien extraña. Sonrió irónico, pero no dijo nada. El chico, por su parte, no quitaba ojo al mago que, a juzgar por su atuendo, no debía de ser más que un simple amateur. En ese momento vociferaba con todas sus fuerzas:

—¡Señoras y señores! No solamente he sacado un huevo de esta bolsa vacía. ¡Ante sus incrédulos ojos me dispongo a extraer uno más!

Abrió la bolsa a toda prisa, como intentando distraer a los espectadores para que no se diesen cuenta de que estaba arrojando algo en su interior, y luego, ostentosamente, volvió a meter la mano en la bolsa y extrajo un segundo huevo. Aquel hombre no parecía cansarse de la farsa. Puso la bolsa del revés, mostró al público el interior forrado de franela y extrajo un tercer huevo, que depositó en el suelo con sumo cuidado, como si se tratara de un objeto precioso.

—¿Qué les ha parecido? Puedo sacar tantos huevos como me parezca, pero no pretendo aburrirles. Ahora, para su deleite, sacaré a la gallina vivita y coleando.

Tsuda se giró hacia su joven primo.

—Oye, Makoto, ¿por qué no nos vamos? En realidad es a tu casa a donde iba...

Pero, al parecer, para Makoto la gallina parecía más importante que para Tsuda.

—Ve tú delante si quieres. Yo quiero quedarme un poco más.

—Todo esto no es más que una tontería. No va a sacar ninguna gallina viva de ningún sitio.

—¿Por qué no? ¿No acaba de sacar tres huevos?

—Sí, pero no va a sacar ninguna gallina. Es solo un truco para que la gente no se vaya.

—¿Y qué va a hacer entonces?

Tsuda no tenía ni la más remota idea de cuáles eran las intenciones de aquel hombre. Estaba cansado del espectáculo y quería seguir su camino. No le importaba dejar allí a Makoto, pero antes de marcharse este le agarró por la manga.

—Cómprame algo, anda.

Cada vez que el chico se lo pedía, Tsuda se excusaba con la promesa de que no llevaba nada encima y de que ya le regalaría algo en otra ocasión. Pero siempre se le olvidaba, así que no le quedaba más remedio que sufrir los constantes ataques de su sobrino.

—¡Quiero un coche de juguete!

—Eso es demasiado caro.

—¿Qué dices? Es muy barato. Solo siete yenes con cincuenta céntimos.

Incluso esa cantidad constituía una considerable suma para Tsuda. Empezó a caminar en silencio mirando al suelo.

—La última vez me prometiste que me ibas a comprar algo. Eres un mentiroso. Eres más mentiroso que ese hombre de ahí.

—Puede que ese hombre de ahí, como tú dices, saque huevos de una bolsa, pero lo que está claro es que no va a sacar una gallina.

—¿Por qué?

—¡Yo que sé! Sencillamente no se puede. Es imposible.

—¿Como tú, que no puedes comprarme un coche?

—Sí, tienes razón. Un coche no, pero te compraré otra cosa.

—Vale. Quiero unos zapatos de cuero.

Tsuda se quedó desconcertado. Estuvo a punto de articular una respuesta, pero siguió caminando sin decir nada, mirando al suelo. Se fijó en los pies de Makoto. Sus zapatos no estaban estropeados, pero habían perdido el color y no eran ya ni negros ni marrones.

—Eran marrones, pero mi padre los tiñó de negro.

Tsuda se echó a reír. Que su tío Fujii tiñera los zapatos de su hijo le resultó de lo más extravagante. Cuando se enteró de que el colegio obligaba a los niños a calzar zapatos negros, no se le ocurrió que podía comprar unos, y prefirió coger los marrones y teñirlos. Makoto se lo explicó y Tsuda no pudo reprimir la risa ante las medidas desesperadas que su tío se veía obligado a tomar. Miró de nuevo los zapatos del chico. El evidente ingenio de su tío le hizo reírse casi a carcajadas.

23

—PERO ESOS SON UNOS ZAPATOS ESTUPENDOS, MAKOTO.

—En la escuela nadie lleva zapatos de este color.

—El color es lo de menos. Hay muy pocos chicos que tengan unos zapatos teñidos por su propio padre. Deberías estarle agradecido por lo mucho que se preocupa por ti.

—Todos se ríen de mí. Dicen que son de piel de perro.

La yuxtaposición de la imagen de su tío Fujii con la de la piel de un perro, fue un nuevo motivo de regocijo para Tsuda. No obstante, el segundo ataque de risa le dejó un sutil poso de tristeza.

—No es piel de perro, te lo aseguro. No es piel de perro en absoluto. Es de un estupendo...

Tsuda fue incapaz de detallar de qué estupendo material estaban hechos y Makoto, que no era de los que dejaban pasar las cosas sin más, preguntó:

—¿Es de un estupendo qué?

—Quiero decir que es un estupendo par de zapatos.

De haber podido, le habría comprado a Makoto los zapatos de piel que tanto deseaba, lo cual habría constituido, sin duda, una muestra de gratitud hacia su tío. Calculó mentalmente la cantidad que tenía en la cartera, pero de ningún modo alcanzaba para permitirle semejante dispendio. De haber recibido el dinero de Kioto, podría haberle dado el capricho al crío, pero desde una perspectiva egoísta, juzgó inadecuado gastar nada antes de tener los fondos en la mano.

—Makoto, si tanto deseas esos zapatos de cuero, pídeselos a mi mujer la próxima vez que vayas a casa. Tu tío es pobre, así que confórmate con algo más modesto.

Agarró al niño de la mano, como si con ese gesto pudiera persuadirle, tranquilizarle de algún modo. Caminaron despacio por la calle en dirección a la última parada del tranvía. Era un lugar muy transitado, y las tiendas de la zona desprendían un innegable aire de prosperidad. En los escaparates lucían todo tipo de artículos de la mejor calidad. Makoto cruzó la calle corriendo. Se detuvo frente a una tienda de dulces coreanos y luego se quedó plantado bajo el tejadillo de un puesto que vendía peces de colores. Cada vez que se movía, Tsuda escuchaba un tintineo de canicas en su bolsillo.

—Las he ganado hoy en el colegio —le explicó a Tsuda.

Se metió la mano dentro y sacó un montón de pequeñas bolitas de cristal. Eran tantas que se le cayeron unas cuantas al suelo, de color verdoso y púrpura. Makoto se lanzó tras ellas muy excitado.

—¡Ayúdame a recogerlas! —gritó a su tío.

El enérgico Makoto arrastró entonces a Tsuda al interior de una juguetería y le obligó a comprarle una escopeta de aire que costaba un yen con cincuenta céntimos.

—A los gorriones de acuerdo, pero ni se te ocurra disparar a la gente.

—¿Cómo voy a disparar a los gorriones con una escopeta tan barata? Con esto no hay quien les dé.

—Eso es porque no apuntas bien. La calidad del arma es lo de menos.

—¿Tú disparas bien? Vamos a casa y me enseñas.

Tsuda, consciente de que había hablado sin pensar, pero obligado a demostrar lo que decía, le dio una respuesta evasiva y trató de cambiar de tema. Makoto enumeró la lista de sus amigos: Toda, Shibuya, Sakaguchi... de quienes, obviamente, su tío no sabía ni una palabra. Cada nombre iba acompañado de su correspondiente comentario desdeñoso.

—Okamoto es un retorcido. —De ese sí que había oído hablar Tsuda—. Ha obligado a su padre a que le compre tres pares de zapatos.

La conversación volvía de nuevo al asunto de los zapatos. Tsuda comparó mentalmente al chico de los Okamoto, perteneciente a una familia con la que su mujer, O-Nobu, mantenía una relación estrecha desde hacía años, con su primo, que le criticaba como si fuera su peor enemigo.

24

—¿HAS IDO ÚLTIMAMENTE A JUGAR A CASA DE LOS OKAMOTO?

—No.

—¿Qué pasa? ¿Has vuelto a pelearte con tu amigo?

—No.

—¿Entonces?

—Nada especial.

Tsuda tenía la impresión de que iba a añadir algo y quería saber de qué se trataba.

—Me imagino que cuando vas allí te dan muchas cosas...

—No.

—Al menos te darán cosas ricas de comer...

—¡El otro día comí arroz al curry, pero estaba muy picante!

Por muy picante que pudiera estar el arroz, no parecía motivo suficiente para dejar de ir a casa de los Okamoto.

—¿No es esa la razón por la que ya no vas, verdad?

—No. Papá ha dicho que no puedo ir, aunque me gusta el columpio que tienen.

Tsuda inclinó la cabeza. Se preguntaba cuál sería la razón de que su tío prohibiera a su hijo volver a casa de los Okamoto. Se le ocurrieron varias posibilidades: diferentes temperamentos, costumbres familiares y formas de vida que no tenían nada en común... Fujii estaba sentado todo el día frente a sus manuscritos. No era tan poderoso en el mundo real como lo era en el que creaba con su pluma. En el fondo, era consciente de esa discrepancia y darse cuenta de ello le convertía en una persona más testaruda, en alguien abiertamente hostil con los extraños. Si se aventuraba en un mundo gobernado por la riqueza y el poder, temía que los demás le tomaran por un insensato. Se dejaba dominar por la precaución, no fuera a ser que esa riqueza y ese poder amenazaran el dominio que mantenía en su mundo particular, una posibilidad que le resultaba insoportable.

—Makoto, ¿por qué no preguntas a tu padre la razón por la que no te deja ir?

—Ya se lo he preguntado.

—¿Y qué te ha dicho? Aunque me imagino que no habrá querido contestarte...

—Sí, sí me contestó.

—¡Vaya! ¿Y qué te dijo?

Makoto parecía avergonzado, pero respondió muy serio, aunque de modo entrecortado.

—Bueno... Cuando voy a casa de los Okamoto... Hajime tiene de todo... y cuando vuelvo a casa... le digo a papá que quiero lo mismo que él... y dice que por eso no debo ir allí más.

Tsuda comprendió al fin. Era la diferencia de riqueza entre aquellos dos hombres la causa del conflicto.

—Vaya, granuja, ya entiendo yo por qué siempre me andas pidiendo cosas que cuestan un montón de dinero, coches de juguete, zapatos de cuero... Supongo que son las cosas que tiene Hajime.

Tsuda levantó la mano en broma e hizo ademán de darle una palmadita en la espalda. Adivinó en el niño la expresión de un adulto cuyos verdaderos sentimientos han quedado embarazosamente descubiertos, pero al contrario de lo que haría una persona mayor, Makoto no hizo nada para defenderse.

—¡Eso no es verdad, no es verdad!

Echó a correr en dirección a casa con su escopeta de un yen y cincuenta céntimos colgada al hombro. Las canicas de su bolsillo sonaban como cuentas de un rosario budista, mientras la fiambarrera vacía y los libros de texto rebotaban violentamente dentro de su mochila.

Se detuvo un momento junto a una valla de madera negra que había en una esquina de la calle y se volvió para mirar a Tsuda. Como una comadreja, se deslizó por el callejón que daba a su casa y se escondió. Cuando Tsuda estaba a punto de atravesar la puerta de la casa de su tío justo al final del callejón, sonó el disparo de una escopeta de juguete a unos pocos metros de donde se

encontraba. Reconoció la oscura silueta de Makoto que le apuntaba desde el seto del lado derecho. Su sonrisa se congeló atenazada por la tensión.

TSUDA ESCUCHÓ A SU TÍO hablando con alguien en el salón. Pudo ver unos zapatos desconocidos a través de la celosía de la puerta. Obviamente, tenían un invitado. No abrió la puerta. Se dirigió al *engawa* que conectaba el cuarto de estar con el jardín, que lucía tan arreglado como si en él hubiera trabajado un jardinero profesional. No había puerta de madera, ni una simple valla de bambú que lo circundase, y se podía acceder a él sin problemas desde la puerta de la cocina de la casa de alquiler que habían construido recientemente en la misma parcela. Pasó por encima de dos o tres arbustos de té, aún demasiado bajos como para servir de separación, y bajo un caqui, que recordaba de su infancia, antes de encontrar a su tía tranquilamente sentada. En cuanto vio su reflejo en el cristal de la puerta corredera, la llamó.

Su tía le abrió de inmediato.

—Hola. ¿Qué haces ahí? —le preguntó, y clavó en él sus ojos burlones.

En ningún momento mostró gratitud por el regalo que acababa de hacerle a su hijo: la amabilidad de su tía, que ya rondaría los cuarenta y tres o cuarenta y cuatro años, era bastante escasa. Bien por el momento, bien por el lugar en el que se encontraba, la mujer actuaba con una naturalidad ajena a la reserva habitual de las mujeres de su clase. Tsuda la comparaba siempre con la señora Yoshikawa, y al hacerlo le sorprendía la enorme diferencia que existía entre ellas. No podía dejar de preguntarse por qué dos personas, dos mujeres de edades similares, provocaban impresiones tan distintas.

—No parece muy animada.

—Si lo estuviera a mi edad, sería una inconsciente.

Tsuda se sentó en el *engawa*. Su tía deslizaba una y otra vez una plancha liviana sobre una pieza de seda roja que sostenía entre las rodillas. O-Kin, la criada, apareció desde la habitación de al lado con otras piezas del mismo vestido, y se inclinó con una reverencia. Tsuda se dirigió a ella.

—¿Ya han decidido con quién te van a casar? Si no es así, yo mismo te recomendaré a un buen partido que conozco.

La muchacha se sonrojó, rio tontamente y le acercó un cojín para que estuviera más cómodo. Él levantó la mano para detenerla. Entró y se sentó con ellas en el cuarto de estar.

—¿Le parece bien, tía?

—Supongo que sí —se limitó a responder indiferente. Cuando O-Kin le sirvió el té, levantó ligeramente la cabeza—. O-Kin, pregúntale a Yoshio^[19] si lo deseas. Es muy amable y lo que dice es cierto.

O-Kin no sabía qué hacer. No parecía tener intención de marcharse, y Tsuda se vio obligado a decir algo más.

—No bromeo. Lo digo en serio.

Su tía no pareció molestarse. En ese momento se escucharon los disparos de la escopeta de Makoto en la parte trasera de la casa. Ella aguzó el oído.

—O-Kin, ocúpate de Makoto, por favor. Es peligroso que se ponga a disparar por todas partes.

El comentario le dejó claro a Tsuda que desaprobaba su regalo.

—No pasa nada. Ya le he prevenido —dijo la muchacha.

—No, al contrario, claro que pasa. Estoy segura de que acabará disparando a las gallinas de los vecinos por pura diversión. O-Kin, no le hacen falta las balas. Ve y quítaselas —añadió.

O-Kin aprovechó para salir del cuarto de estar y la tía de Tsuda continuó en silencio con la plancha que había dejado sobre el brasero. Tsuda observó distraído como la fina y arrugada seda se transformaba en un tejido suave y elegante. Mientras tanto, le llegaron fragmentos de la conversación que tenía lugar en el salón.

—Por cierto, ¿quién es el invitado? —preguntó Tsuda.

Su tía, sorprendida, levantó de nuevo la cabeza.

—¿No lo sabes? No tienes un oído muy fino, ¿verdad? ¿No le has reconocido?

26

SENTADO, TSUDA INTENTÓ AVERIGUAR de quién se trataba. De pronto, se dio un golpe en la rodilla.

—¡Ya lo sé! Es Kobayashi.

—Claro —dijo su tía lacónicamente, sin esbozar siquiera una ligera sonrisa.

—Así que se trata de él. Me preguntaba quién estaría haciéndose pasar por alguien importante exhibiendo sus zapatos marrones nuevos. Si llego a saber que era él, habría entrado sin más.

Recordó la figura maltrecha de Kobayashi, sin duda demasiado estropeada para su edad, y la extraña ropa que llevaba puesta cuando se encontraron el verano anterior. Llevaba un kimono al estilo de Satsuma^[20] con un alzacuellos de crepé blanco. El atuendo, además de la *hakama* marrón a rayas y el fino *haori* de seda, le confería el aspecto de un comerciante que regresara de un funeral. Aquel día, Kobayashi le explicó que le habían robado su traje occidental y aprovechó para pedirle prestados siete yenes. Al parecer, cierto amigo suyo se había apiadado de él y le había prestado su ropa de verano a condición de que la desempeñara.

Tsuda sonrió.

—¿Por qué se ha sentado en el salón con tantos aires? —le preguntó a su tía.

—Quería hablar con tu tío de algo. Algo difícil de tratar en este cuarto.

—Mmm... Así que se trae algo importante entre manos. ¿Se trata de dinero? Quizá...

Antes de que su mente comenzase a divagar, notó la expresión seria de su tía y calló.

—También está lo del compromiso de O-Kin, ya sabes —le explicó ella en un tono de voz que armonizaba con su actitud calmada—, pero si lo tratamos abiertamente, la chica se siente incómoda.

Por esa razón la voz de Kobayashi sonaba tan caballerosa, lejos de su habitual estridencia, y por ello Tsuda no habría sospechado nunca de quién se trataba.

—¿Lo han decidido ya? —inquirió él.

—Parece que la cosa marcha bien.

Un brillo expectante iluminó su mirada. Tsuda, animado, no dejó pasar la oportunidad.

—En ese caso, ya no tengo que preocuparme por mis recomendaciones.

Ella le miró sin decir nada. La actitud desenfadada y superficial de Tsuda, si bien no era frívola, se oponía por completo a la visión que tenía su tía de la vida.

—Yoshio, ¿acaso te comportaste de ese modo cuando te casaste?

La pregunta no solo le sorprendió, sino que fue incapaz de interpretar lo que quería decir.

—Lamento no poder contestarle, pero ignoro a qué se refiere al preguntar por mi comportamiento durante mi boda.

—No me importa en absoluto lo que puedas decir, pero espera y verás cuando te toque casar a una hija. Te aseguro que no se trata de algo banal.

Cuatro años antes, cuando se casó su hija mayor, no tenían dinero suficiente para afrontar los preparativos de la boda y tuvieron que pedir prestada una suma considerable. Justo en el momento en que terminaron de pagar la deuda, se casó su segunda hija. Por tanto, si el compromiso de O-Kin llegaba a cerrarse, tendrían que afrontar el mismo gasto por tercera vez. A pesar de que no era su hija y de que trataban de ahorrar lo máximo posible, aquello iba a suponer, sin duda, una nueva y pesada carga en su día a día.

27

SI HUBIERA PODIDO HACERSE CARGO de, al menos, la mitad de los gastos, habría compensado parcialmente la ayuda que el matrimonio le había prestado durante años. Su solidaridad con ellos en términos financieros, se podría limitar, como mucho, a comprarle a Makoto los zapatos de cuero que tanto deseaba, e incluso para eso no le quedaba más remedio que analizar antes el estado de sus cuentas. En ningún caso podía considerar la posibilidad de pedirle prestado dinero a su padre para ayudar a la pareja a aliviar sus cargas. Sabía que por mucho que le explicase la difícil situación de su tío, su padre no haría nada y, en el improbable caso de que lo hiciera, su tío nunca aceptaría ese dinero. No obstante, Tsuda estaba demasiado preocupado por su situación, por recibir cuanto antes su dinero, como para que le afectara lo que le decía su tía.

—Yoshio, dime, ¿cuál era tu estado de ánimo cuando te casaste?

—Desde luego no me lo tomé ni a broma ni a la ligera. No me gusta que me consideren un hombre trivial por mucho que a veces pueda parecerlo.

—Por supuesto que te comportarse con la debida seriedad y estoy convencida de que fuiste sincero. Aun así existen distintos grados de sinceridad.

Esa frase, que de habérsela dicho a otro podría haberse interpretado como un insulto, él la recibió con curiosidad.

—De acuerdo. ¿Qué opinión le causé entonces? Le ruego que me lo diga con toda honestidad.

Ella bajó la mirada, preocupada por unir de nuevo todas las piezas del quimono. Sonrió ligeramente. No le veía la cara, lo que pareció inquietarla. En cualquier caso, no tenía la mínima intención de matizar sus palabras.

—Cuando la ocasión lo exige, creo que puedo ser todo lo serio que se espera de mí.

—Por supuesto. Eres un hombre y si no hubiera algo sólido en tu comportamiento, ni siquiera podrías ir todos los días a la oficina. A pesar de todo...

Antes de terminar la frase pareció cambiar de idea.

—Está bien, olvidémoslo —prosiguió—. No sirve de nada que te lo diga a estas alturas.

Dobló con cuidado la pieza de seda roja que acababa de planchar y la guardó en una caja de cartón. Miró a Tsuda, en cuyo gesto apreció la decepción causada por no haber escuchado lo que en realidad pensaba. Le habló como si hubiera hecho un repentino descubrimiento.

—Yoshio, tengo la impresión de que eres demasiado extravagante.

Tsuda le oía repetir lo mismo desde que terminó la escuela y pensaba que era cierto, lo cual no le parecía un defecto grave.

—Sí. Soy un poco extravagante.

—No me refiero exclusivamente a tu forma de vestir o de alimentarte. Todo tu ser está construido sobre la exuberancia y la extravagancia. Parece que tu único objetivo en la vida es buscar en cuerpo y alma el siguiente festín.

—En ese caso, más que extravagante debería considerarme una especie de mendigo.

—No, no eres un mendigo. Eres una persona que no es lo suficientemente natural ni seria. Para un hombre, es un gran logro estar sereno.

Tsuda vio la imagen de su prima casada y con dos hijos. Después de la boda se había marchado a Formosa^[21] con su marido y aún vivía allí. Su prima pequeña, casada recientemente, casi al mismo tiempo que Tsuda, se había mudado a Fukuoka justo después de la ceremonia. Fukuoka era la ciudad donde Mayumi, la mayor de las dos, había estudiado en la universidad.

De haber querido, Tsuda podría haberse casado con alguna de las dos, pero ninguna le pareció adecuada. Se mostró indiferente hasta que todo terminó sin que él se viera implicado. Pensó en su actitud de entonces. A la luz de las palabras de su tía, no sintió culpa alguna. No podía evitar experimentar una gran indiferencia hacia todo aquello.

Su tía se levantó. Abrió la tapa de una caja china y colocó dentro otra de cartón, que sujetaba con las manos.

MAKOTO, CON LA AYUDA DE O-KIN, repasaba sus lecciones en la habitación de la parte de atrás de la casa. Le arrebató de un golpe el libro de francés que ella era incapaz de entender. A Tsuda le divertía el tono forzado con el que solían leer en voz alta los alumnos de segundo grado, con largas pausas detrás de cada palabra: *Je... suis... poli...* o *Tu... es... malade...*^[22] El reloj de pared dio las cuatro. Sin perder un segundo sacó el aceite de ricino de su bolsillo y contempló el extraño color de aquel jarabe tan poco apetecible. Escuchó la voz de su tío que le llegaba desde el salón. Había en ella un tono de urgencia, motivado también por las campanadas del reloj.

—Está bien, vamos.

Los dos hombres se dirigieron al cuarto de estar por el *engawa*. Tsuda, después de cambiar ligeramente de posición para saludar a su tío, se giró hacia Kobayashi.

—Vaya, vaya. Parece que la vida te sonrío. Te has hecho un traje estupendo —le dijo.

En realidad llevaba una chaqueta áspera de lana de fabricación casera que más bien parecía de andar por casa. La raya de sus pantalones estaba muy marcada, lo cual evidenciaba que estaban recién estrenados. Se sentó frente a Tsuda esforzándose por esconder sus calcetines chillones.

—¡Deja ya tus bromas! Eres tú más bien al que parece sonreírle la fortuna.

Después de ver el precio de un traje de tres piezas expuesto en el escaparate de unos grandes almacenes, Kobayashi había encargado que le hicieran uno por el mismo precio.

—Solo cuesta veintiséis yenes. Muy barato. No sé lo que le parecerá a alguien con gustos caros como los tuyos, pero para mí es suficiente.

Tsuda no tuvo valor de hacer otro comentario mordaz delante de su tía. Alcanzó en silencio la taza de té y se tragó la pócima sin poder evitar fruncir el ceño. Su comportamiento extraño a todos.

—¿Qué diablos es eso? Tomas cosas muy raras. ¿Es una medicina?

Su tío nunca había padecido ninguna enfermedad grave. Lo ignoraba todo sobre medicinas. Incluso después de explicarle que se trataba de aceite de ricino, no entendió por qué tenía que tomarlo. A Tsuda no le quedó más remedio que recurrir a las palabras «operación» y «hospitalización» para dar debida cuenta del estado en el que se encontraba, lo cual no provocó reacción alguna en su saludable tío.

—Supongo que has venido para contárnoslo.

Fujii se acarició la barba entrecana, como si así mostrara lástima por él. Aquella barba, que parecía crecer salvaje, sin cuidado alguno, provocaba que su cara pareciese tan descuidada como un jardín abandonado.

—Fíjate bien en lo que te digo. La gente joven de nuestros días no está bien. Siempre tienen no

sé qué clase de enfermedades tontas.

La tía de Tsuda le miró y le dedicó una amplia sonrisa. Él comprendía perfectamente el sentido de aquella frase, «la gente joven de nuestros días», por eso le devolvió la sonrisa en un gesto de complicidad. Se acordó de que su tío no dejaba nunca de repetir, con un tono de orgullo, que las enfermedades físicas y mentales venían de la misma fuente, que todas las dolencias eran resultado de la maldad del hombre. Sabía que sus declaraciones grandilocuentes no eran sino fruto de jactarse por no haberse puesto nunca enfermo, lo que le hizo parecer aún más cómico. Volvió a sonreír ligeramente. Miró a Kobayashi, que no dejó pasar la oportunidad de tomar la palabra. Dijo algo, en cambio, muy distinto a lo que Tsuda esperaba.

—¿Qué quiere decir con que la gente joven está siempre enferma? Muchos no lo están. Yo, sin ir más lejos. Llevo mucho tiempo sin estarlo. Si quiere saber mi opinión, yo creo que la gente no enferma cuando no tiene dinero.

Tsuda quiso demostrar que su afirmación le parecía ridícula.

—¿Cómo puedes ser tan necio?

—Estoy profundamente convencido de lo que digo. Tu caso, por ejemplo. Si últimamente has estado enfermo tantas veces, es porque dispones de un margen económico suficiente como para permitírtelo.

Tsuda no encontró lógica alguna en su razonamiento. Tan solo tuvo el efecto de provocarle risa, más aún teniendo en cuenta la seriedad con la que lo afirmaba. Su tío, sorprendentemente, estuvo de acuerdo con Kobayashi.

—Eso es cierto. En mi caso, el día que una enfermedad me deje postrado, no sé cómo demonios me las voy a arreglar.

La cara de su tío se ensombreció en la penumbra de la habitación más que la de ningún otro de los presentes. Tsuda se levantó para encender la luz.

29

NO SE HABÍA DADO CUENTA de que su tía se había levantado para ir a la cocina. Desde allí le llegaba el ruido del trajín de platos y cuencos que se traía entre manos con O-Kin y otra criada. Al cabo de un momento regresó al cuarto de estar.

—Yoshio, hace mucho tiempo que no te vemos. ¿Por qué no te quedas a cenar con nosotros?

Preocupado por su operación del día siguiente, declinó la invitación. Pensó que era el momento de regresar a casa.

—No te esperábamos y solo habíamos preparado cena para Kobayashi. A lo mejor no sobra la comida, pero nos las arreglaremos —intervino su tío.

Tsuda no estaba acostumbrado a que su tío insistiese en que se quedase a cenar, lo cual le hizo sentir incómodo. No le quedó más remedio que volver a sentarse.

—¿Celebran algo especial?

—En efecto. Kobayashi va a ser a partir de ahora...

Antes de terminar la frase, su tío miró a Kobayashi, que se sonrió como si estuviera muy orgulloso de sí mismo.

—¿Ocurre algo, Kobayashi?

—No, nada. Cuando todo se decida iré a verte para hablarte de ello.

—Ya sabes que mañana me ingresan en el hospital.

—No importa. Iré a verte.

Le preguntó la dirección del hospital y el nombre del médico como si fueran informaciones imprescindibles para él. Al enterarse de que el médico tenía su mismo apellido, exclamó:

—¡Ah! Entonces se trata de ese tipo al que fue Hori...

Se calló antes de terminar la frase. Hori era el marido de la hermana pequeña de Tsuda. Kobayashi le conocía bien. Había contraído una enfermedad rara y había acudido a ese médico cuya clínica no estaba muy lejos de allí.

Tsuda, por su parte, quería descubrir cuál era ese misterio que concernía a Kobayashi. Estaba casi seguro de que se trataba del matrimonio de O-Kin, aunque bien podía ser otra cosa. Su curiosidad se excitó ante la desconcertante actitud de Kobayashi, aunque no llegó a pedirle que fuera a verle al hospital.

No pudo probar la carne ni la guarnición, ni siquiera el arroz con setas que tanto le gustaba y que su tía había preparado expresamente para la ocasión. Debía seguir las indicaciones del médico. No le quedó más remedio que excusarse. Su tía se lamentó y mandó a O-Kin a comprar algo de pan y leche. No dijo nada, pero a Tsuda no le gustaba el pan que compraban porque se le quedaba pegado entre los dientes. No quería dar motivos para que volvieran a llamarle extravagante y se limitó a observar en silencio a O-Kin cuando salía del cuarto de estar.

En cuanto la chica se marchó, su tía aprovechó para decirle a su marido delante de todos:

—Me imagino que se alegrará mucho cuando se arregle finalmente lo de su matrimonio.

—No te preocupes, pronto estará todo resuelto.

El tío de Tsuda contestó a su mujer sin darle mucha importancia.

—A mí me parece muy buen partido.

El comentario de Kobayashi resultó un tanto frívolo. Los únicos que guardaban silencio eran Tsuda y Makoto.

En cuanto supo el nombre del futuro marido de O-Kin, Tsuda se dio cuenta de que se había cruzado con él en un par de ocasiones en casa de su tío, aunque no conservaba un recuerdo especial.

—¿O-Kin le conoce?

—Sabe qué aspecto tiene, pero nunca ha hablado con él.

—Supongo que tampoco él ha hablado nunca con ella.

—Naturalmente.

—Es sorprendente que incluso en esas circunstancias la gente se case.

Tsuda estaba convencido de que tenía suficientes razones para hablar de ese tema como lo hacía. Quería hacérselo entender a todo el mundo, por eso adoptó una expresión con la que evidenciaba que los matrimonios de conveniencia le resultaban tan anacrónicos como ridículos.

—De acuerdo, ¿cómo crees entonces que deberían arreglarse estas cosas? ¿Quieres decir que todo el mundo debería hacer como tú?

Su tío se dirigió a él obviamente ofendido por su comentario. En realidad Tsuda se lo había dicho a su tía y le decepcionó darse cuenta de que ella lo había pasado por alto.

—No quiero decir eso. De ninguna manera he pretendido decir que me parezca mal que O-Kin se case en esas circunstancias. De hecho, creo que así está bien. No importa cómo se organice su matrimonio siempre y cuando resulte bien.

30

A PESAR DE TODO, cierta frialdad se instaló en la atmósfera. La conversación, que hasta ese momento se había desarrollado en un tono agradable, quedó interrumpida. Nadie hizo suyas las palabras de Tsuda y nadie las comentó tampoco.

Kobayashi clavó los ojos en el vaso de cerveza que tenía justo enfrente. En voz baja, como si lo que tuviera que decir fuera algo privado, se dirigió Makoto que estaba sentado a su lado:

—¿Quieres un poco? Prueba un sorbito.

—Está amarga, no quiero.

Makoto rechazó su ofrecimiento. Kobayashi no tenía verdadera intención de darle de beber nada, pero aprovechó la reacción del niño para reír de buen grado. Makoto debió de pensar que había encontrado en él un buen amigo.

—Tengo una escopeta de aire de un yen con cincuenta céntimos. ¿Quieres que te la enseñe? —le preguntó.

Se levantó sin perder un segundo y corrió hasta la habitación pequeña de la parte trasera. Nada más regresar al cuarto de estar con su juguete recién estrenado, Kobayashi se sintió en la obligación de hacer algún comentario sobre la flamante escopeta.

—No deja de dar la lata a su pobre padre para que le compre un reloj o una pluma estilográfica. Está agotado. Sin embargo, somos afortunados porque, al menos, ha renunciado a la idea de tener un caballo —intervino la tía de Tsuda.

—Un caballo es barato, ¿sabes? Si vas a Hokkaido puedes comprar uno estupendo por cinco o seis yenes.

—No hables como si hubieras estado allí.

La escopeta del niño provocó que la conversación volviera a fluir entre ellos, y retomaron el asunto del matrimonio donde lo habían dejado, pero esta vez flotaba entre ellos un humor distinto.

—Me parece muy extraño. Dos personas que nunca se han visto, que no saben siquiera que van a casarse, no tienen por qué terminar necesariamente convertidas en un matrimonio infeliz. Al contrario, dos personas en sus cabales que se casan por amor, no tienen ninguna garantía de que vayan a vivir felices su vida en común.

Era inevitable que la tía de Tsuda sintetizase de esa manera la institución del matrimonio. Era, al fin y al cabo, la forma en la que ella la concebía. Su intento de colocar el matrimonio de O-Kin dentro de un marco general de seguridad, fue más una aclaración que un gesto defensivo. Para Tsuda, en cambio, su explicación era incompleta, resultaba incluso peligrosa. Al poner en evidencia sus dudas sobre la seriedad de todo lo relacionado con el matrimonio, demostraba que ella misma carecía del rigor necesario para juzgarlo.

—De lo que tú hablas, Yoshio —le dijo—, es de cosas que hace la gente acomodada. ¿Puede acaso gente como nosotros permitirse el lujo de hablar de extravagancias como noviazgos o compromisos? Como mucho nos damos por satisfechos con que la otra persona nos acepte como esposo o esposa.

Por consideración hacia los presentes, Tsuda no quiso hacer comentario alguno sobre el caso de O-Kin. No tenía una relación demasiado estrecha con ella y tampoco demasiado interés. Para rebatir los reproches que le hacía su tía por no considerarle lo suficientemente serio, se vio en la obligación de hablar, de acusarla de lo mismo. No pudo permanecer callado. Con la cabeza inclinada hacia delante y el gesto grave, como si pensara en algo importante, dijo:

—No tengo ninguna intención de comentar nada sobre el matrimonio de O-Kin. Solo me pregunto si se trata de algo que uno pueda tomarse tan a la ligera. Tengo la impresión de que es usted la que no se toma esto en serio, y lo desapruebo.

—Si la joven que se convierte en prometida se lo toma en serio, si el chico también lo hace, ¿cómo es posible que pienses que no hay seriedad en todo este asunto, Yoshio?

—Me imagino que el problema está, precisamente, en que se lo tomen tan en serio.

—¡Claro que lo hacen! Yo misma, cuando vine a esta casa como prometida, ¿no me lo tomaba también en serio?

—Por supuesto que sí, pero la gente joven de hoy en día...

—De hoy en día o del pasado... ¿Acaso cambia la gente? Ellos ya han tomado su decisión.

—En ese caso ya no hay ninguna necesidad de discutir nada.

—Discutamos o no es evidente que mi punto de vista siempre prevalecerá en relación al tuyo. Estoy convencida de que la gente como yo es mucho más seria que todos esos otros que se creen tan especiales, que piensan que pueden elegir a su prometida libremente y que incluso después de casarse siguen insatisfechos, son incapaces de sentar la cabeza.

El tío de Tsuda, que durante un buen rato pareció interesado en la conversación, levantó los ojos del plato consciente de que había llegado el momento de hablar.

31

—CREO QUE ESTÁIS DEMASIADO ACALORADOS. Os escucho y no parece la conversación entre una tía y su sobrino.

El tío de Tsuda medió en la discusión sin llegar a actuar ni como juez ni como árbitro.

—Parecéis enfadados el uno con el otro. ¿Por qué os peleáis?

En realidad no esperaba una respuesta a su pregunta, que tan solo era una advertencia en forma interrogativa. Kobayashi, entretenido con las canicas de Makoto, les lanzó entonces una mirada furtiva. Tsuda y su tía guardaron silencio. Al final, a Fujii no le quedó más remedio que optar por el papel de árbitro.

—Yoshio, quizá no sea fácil para una persona joven como tú entenderlo ahora, pero te aseguro que tu tía no miente. La primera vez que vino aquí no me conocía en absoluto, pero ya había tomado la decisión de convertirse en una buena esposa. Es algo que se tomó muy en serio desde el primer momento.

—Soy muy consciente de ello.

—Pero para ti el problema está en saber por qué motivo tomó esa decisión. ¿No es así?

Su tío empezaba a sentir poco a poco los efectos del alcohol. Quería refrescarse la cara sonrojada con agua fría. Alcanzó el vaso de cerveza y lo apuró de un trago.

—La verdad es que no se lo he dicho a nadie hasta el día de hoy. ¿Por qué no decírtelo a ti ahora?

—Le escucho —respondió Tsuda con gesto adusto.

—Lo cierto es que tu tía se sentía atraída por mí. En otras palabras, quería casarse conmigo a toda costa. Por eso estaba decidida a ser una buena esposa.

—¡No digas bobadas! ¿Qué mujer en su sano juicio se iba a sentir atraída por un hombre tan feo como tú? —se burló ella.

Ni Tsuda ni Kobayashi pudieron reprimir una carcajada. Makoto, el único que parecía extrañado, se volvió hacia su madre.

—Mamá, ¿qué quiere decir sentirse atraída por alguien?

—Tu madre no tiene ni idea. Anda, pregúntale a tu padre.

—¿Qué quiere decir eso, papá?

Fujii se rio. Se atusó su cabeza calva. No sabía si eran imaginaciones tuyas, pero a Tsuda le pareció que estaba más roja de lo normal.

—Mira Makoto, sentirse atraído por alguien significa... De hecho, quiere decir... Bueno, significa que te gusta alguien.

—¡Ah! ¿Y eso no es bueno?

—Nadie ha dicho que sea malo.

—Pero todos os habéis reído.

O-Kin regresó justo en mitad de la charla y la tía de Tsuda aprovechó para pedirle que preparase la cama de Makoto. Fujii, que había logrado animar la reunión con sus ocurrencias, continuó:

—Ha habido muchas historias de amor en el pasado. No importa que mi mujer piense lo contrario, os aseguro que las ha habido. Me extraña que los jóvenes de hoy no lo entiendan. Antes eran las mujeres las que se enamoraban, no los hombres. ¿No es así, O-Asa?

—No tengo ni idea, te lo aseguro.

La tía de Tsuda ocupó el sitio que Makoto había dejado libre y empezó a comer con apetito el arroz con setas que había preparado.

—No te hará ningún bien enfadarte así. Hay mucha verdad en lo que digo. También una importante dosis de filosofía. Voy a explicártelo.

—Me las puedo arreglar perfectamente sin tener que escuchar tus aburridas explicaciones —le replicó ella.

—Está bien. Entonces se lo diré únicamente a los jóvenes. Yoshio, Kobayashi, escuchad atentamente lo que voy a deciros porque os puede resultar de mucha ayuda en el futuro. Pero primero, dejadme que os pregunte algo: ¿qué pensáis que es la hija de alguien?

—Una chica.

Tsuda contestó con la única intención de interrumpir a su tío.

—Justo lo que pensaba. Tú crees que solo se trata de una chica, no de una hija. Algo muy distinto de lo que piensa un hombre como yo. Yo nunca he visto a la hija de alguien simplemente como a una chica independiente de sus padres. No importa en qué situación pueda estar. Siempre he considerado que está unida a ellos o, por así decirlo, que les pertenece. Antes no importaba cuán enamorado pudieras estar. Sobre los hombres como yo siempre pesaba esa restricción que hacía imposible el amor. Si me preguntáis por qué, os diré que encapricharse de una chica, que dos personas se enamoren, se traduce en que el hombre debe poseer a la chica por completo, ser su dueño. Pero alargar la mano para tomar lo que ya pertenece a otras personas es actuar como lo haría un ladrón. ¿No? Esa es la razón de que los hombres de antes, con su estricto sentido de la familia,

nunca se enamorasen. Por supuesto que las mujeres lo hacían. Incluso O-Asa, a la que tenéis aquí enfrente mientras se come el arroz con setas, se enamoró de mí. Yo, en cambio, no recuerdo haberla querido antes de casarnos.

—Me da igual todo lo que digas. Déjate ya de charlas y come.

La tía de Tsuda llamó a O-Kin. Le pidió que les sirviese. Tsuda se vio obligado a roer el pegajoso e insípido pan.

32

DESPUÉS DE LA CENA, la conversación no volvió a animarse, aunque tampoco se apagó por completo. Sucedió más bien que el pilar que soportaba los intereses comunes de la charla se derrumbó de repente y los participantes se dieron cuenta de que ya habían dicho todo lo que tenían que decir.

El tío de Tsuda había bebido tanto que hincó los codos en la mesa y bostezó dos veces seguidas. Su tía llamó a la chica y le ordenó que retirase la mesa. Tsuda sentía desde hacía rato una atmósfera opresiva. Las palabras de su tío tuvieron el efecto de proyectar una sombra en su corazón, como una nube que ocultara de pronto la luna. En ocasiones así, se esforzaba por perseguir el sentido oculto de las palabras, precisar su significado, como si tuvieran un sentido más profundo del que en realidad tenían. A cualquier otro le habrían parecido sonidos vacíos, insustanciales, como la espuma en un vaso de cerveza. No pudo evitar la tristeza al ser consciente de lo fútil de sus esfuerzos, ni tampoco el recuerdo de la discusión con su tía. Todo el tiempo había tratado de contenerse, de esforzarse por no mostrar lo que en realidad sentía hasta que terminó por darse cuenta de que su comportamiento, además de su orgullo mostraban su latente desagrado.

Aquella visita había consumido ya más de la mitad del día y se hacía excesivamente larga para él, más aún si sopesaba el placer o el disgusto que le había proporcionado. Comparó la escena que tenía ante sí, con su reciente visita a la alegre señora Yoshikawa en su elegante salón. Recordó también la cara de O-Nobu, que últimamente había empezado a recogerse el pelo con el moño característico de las mujeres casadas.

Se levantó y le preguntó a Kobayashi:

—¿Te quedas?

—No, yo también me tengo que ir.

Kobayashi se guardó apresuradamente en uno de los bolsillos de su chaqueta el paquete medio vacío de cigarrillos Shikishima que había fumado sin parar durante toda la velada. Cuando estaban a punto de salir, Fujii le preguntó en un tono casual:

—¿Cómo está O-Nobu? Siempre pienso que tengo que ir a verla, pero aún no he podido porque, como suele decirse, no hay descanso para el pobre. Dale recuerdos de mi parte, por favor. Seguro que se aburre mucho mientras estés ingresado. Me pregunto en qué va a entretenerse.

—Lo cierto es que no tiene nada especial que hacer.

Tsuda respondió distraído. Enseguida añadió, como si acabara de recordar:

—A pesar de su aparente despreocupación, dice que va a venir conmigo a la clínica. En realidad, es tan estricta como la tía en lo que se refiere a mi corte de pelo, a mis baños diarios y demás.

—¿No la admiras precisamente por eso? ¿Dónde vas a encontrar a otra mujer capaz de hacerse cargo de un dandi como tú?

—Sí, lo sé. Soy afortunado.

—¿Y el teatro? ¿Va a menudo?

—De vez en cuando. La han invitado los Okamoto, pero por desgracia está lo de mi operación.

Tsuda miró a su tía.

—¿Qué le parece tía? ¿Quiere que la lleve uno de estos días al Teatro Imperial? Es muy estimulante ir de vez en cuando a lugares así, sabe. Sin duda es algo que levanta el ánimo.

—Te lo agradezco, pero no sé si quiero ir a un lugar así con alguien como tú.

—¿Por qué? ¿Acaso le desagrada la idea?

—No se trata de eso. Simplemente no sé cuándo podría suceder tal cosa.

Tsuda enfrentó sin ambages la respuesta de su tía que parecía no apreciar mucho el teatro. Se rascó la cabeza algo sorprendido.

—Bueno, si esa es toda la confianza que tiene en mí, es muy probable que nunca ocurra.

Ella respondió con una risita.

—Da igual lo del teatro, Yoshio. ¿Cómo van las cosas por Kioto?

—¿Tiene usted noticias?

Tsuda miró a su tía con gesto serio. Después a su tío. Ninguno de los dos dijo nada.

—Lo cierto es que no me han enviado mi asignación mensual y padre me ha dicho que debo arreglármelas lo mejor que pueda. ¿No les parece muy injusto por su parte?

Fujii se rio.

—Supongo que está enfadado —comentó su tío.

—Es culpa de O-Hide y de sus comentarios innecesarios.

A Tsuda pareció molestarle incluso la sola mención a su hermana.

—O-Hide no hace nada malo. Está claro que eres tú, Yoshio, al que hay que culpar —intervino su tía.

—Podría ser, pero ¿hay alguien que devuelva hasta el último céntimo del dinero que recibe de su padre?

—En ese caso no deberías haberle prometido que lo harías. Además...

—Está bien, ya lo entiendo, tía.

Tsuda se levantó con una expresión que evidenciaba lo inútil que le parecía tratar con ellos sobre ese tema. Para darse ánimos, se llevó a rastras a Kobayashi y juntos salieron de la casa.

33

FUERA NI SIQUIERA CORRÍA UNA LIGERA BRISA. El aire enfriaba sus mejillas a pesar de caminar con brío. Un invisible rocío parecía precipitarse desde el cielo, donde las estrellas titilaban en la distancia. Tsuda se sacudió las hombreras del abrigo. Con la yema de los dedos palpó la fría humedad que penetraba desde abajo. Se volvió hacia Kobayashi.

—Por el día aún hace calor, pero por la noche refresca mucho.

—Sí. El otoño ya está aquí. Da igual lo que diga la gente. Ya hace frío como para llevar abrigo.

Kobayashi no llevaba nada encima de su traje nuevo de tres piezas. Su forma de caminar ruidosamente con sus rudos zapatos de estilo americano, especialmente gruesos y cuadrados, y el movimiento deliberado de su bastón le daban el aspecto de un manifestante que protestara contra el frío.

—¿Qué ha sido del abrigo que tenías cuando eras estudiante, ese del que tan orgulloso estabas?

Kobayashi formuló su inesperada pregunta y a Tsuda no le quedó más remedio que recordar la época en la que alardeaba de aquella prenda.

—Aún lo tengo.

—¿Lo usas?

—De acuerdo, soy pobre, lo admito. ¿Pero crees que aún me sirve el abrigo que usaba en mi época de estudiante?

—¿No? En ese caso dámelo a mí.

—Si realmente lo quieres, te lo daré.

Tsuda respondió con frialdad. Le resultaba muy incongruente que un hombre que se había comprado calcetines nuevos quisiera el abrigo viejo de alguien. Era un síntoma, sin duda, de la precaria situación económica de esa persona. Al cabo de un rato le preguntó:

—¿Por qué no te has hecho un abrigo al mismo tiempo que el traje?

—No deberías pensar en mí en tus mismos términos.

—¿Cómo te las has arreglado entonces para hacerte el traje y comprarte los zapatos?

—Tu forma de preguntar me ofende. No lo he robado, no te preocupes.

Tsuda se calló de inmediato.

Llegaron a lo alto de una colina considerablemente elevada. Otra más pequeña, visible al otro lado del valle que mediaba entre ambas, se extendía en la oscuridad como si fuera la espalda de

alguna especie de monstruo. En las noches de otoño, los puntos de luz dispersos aquí y allá apenas lograban crear una sensación de calidez.

—Escucha, por qué no tomamos algo de regreso.

Antes de responder, Tsuda miró a Kobayashi e hizo todo lo posible por ignorar su propuesta. A su derecha había un muro de contención completamente cubierto por un exuberante bosquecillo de bambú. Como no corría el viento, las varas erectas no crujían al entrecrochar, pero la imagen de las hojas dormidas que coronaban la parte superior bastó para que a Tsuda le asaltara esa sensación de soledad propia del otoño.

—¿No te resulta sombrío este lugar? Es la parte trasera de la finca de un noble. Supongo que está así desde siempre. Al menos espero que lo limpien pronto.

Tsuda hablaba de cualquier cosa para evitar responder a la pregunta que el otro acababa de hacerle, aunque cosas tales como los bosques de bambú que poblaban los rincones de la ciudad quedaban completamente al margen de los intereses de Kobayashi.

—¿Entonces no vienes? Hace mucho tiempo que no bebemos juntos.

—¡Si acabamos de hacerlo!

—¿Qué dices? Eso ni siquiera se puede considerar un trago.

—Lo has rechazado cuando te han ofrecido más.

—Quería comportarme con los Fujii. No podía emborracharme en su casa. Si no hubiera bebido nada en absoluto no me importaría, pero beber tan poco es aún peor porque me obliga a seguir hasta emborracharme. De lo contrario es malo para la salud.

Kobayashi, que se había construido un razonamiento a su medida para complacerse, trataba de arrastrar a Tsuda por todos los medios. Resultaba un compañero verdaderamente molesto. Tsuda le preguntó medio en broma:

—¿Me estás invitando?

—No me importaría.

—¿Y dónde pretendes ir?

—A cualquier parte. Un restaurante de *oden*^[23] me vale.

Descendieron la colina en silencio.

DE HABER TOMADO CADA CUAL SU CAMINO, Tsuda habría girado a la derecha y Kobayashi habría continuado recto, pero antes de separarse miró a Tsuda que ya levantaba la mano educadamente para despedirse.

—Creo que yo también tomaré ese camino —le dijo.

A unos trescientos metros, había dos o tres edificios donde seguro podrían encontrar un lugar donde beber algo. Nada más ver el interior iluminado tras las puertas de cristal de lo que parecía una taberna, Kobayashi se detuvo.

—Este lugar está bien. Entremos.

—No me gusta.

—Por aquí no hay sitios elegantes como los que frecuentas. Entremos aquí.

—Te advierto que estoy enfermo.

—No te preocupes, yo me ocupo de ti.

—No me tomes el pelo. Te repito que no me gusta este lugar.

—Tranquilo. Yo se le explicaré a tu mujer.

A Tsuda le molestó el comentario. Apretó el paso y dejó detrás a Kobayashi que se apresuró a seguirle. En cuanto le alcanzó, insistió con un tono diferente en esa ocasión.

—¿Tanto te desagradaba la idea de beber conmigo?

En realidad sí le desagradaba. Tsuda se detuvo y se dirigió a él con unas palabras que contradecían abiertamente sus sentimientos.

—De acuerdo. Vamos a beber algo.

Finalmente abrieron la puerta de cristal y entraron dentro. Aparte de ellos dos, no habría allí más de cinco o seis clientes, pero como el lugar era más bien angosto parecía lleno. Se dirigieron a una mesa en un rincón donde nadie les molestaría y se sentaron el uno frente al otro. No pudieron evitar las miradas de curiosidad a su alrededor mientras esperaban a que les sirvieran.

A juzgar por el aspecto de los parroquianos, no había uno solo que pareciera ocupar una posición social destacada. Uno de ellos acababa de salir del *sento*. Llevaba una toalla húmeda en los hombros por encima del sobretodo. Otro lucía una faja rígida sobre una prenda de algodón. Había colocado una imitación de jade en la parte plana del cordón trenzado que remataba su *haori*. Era, sin duda, el que parecía ocupar un rango más elevado. Otro más, de dudosa reputación, tenía aspecto de trapero, y había un último que llevaba puesto un chaleco de trabajo y unos pantalones ceñidos.

—¿Qué te parece? ¿No te resulta maravillosamente plebeyo?

Kobayashi lanzó su pregunta a bocajarro mientras servía sake a Tsuda. Su traje chillón recién estrenado, en clara disonancia con el lugar y el propósito de sus palabras, ocupó de inmediato el campo de visión de un Tsuda ausente.

—Al contrario que tú, yo siento una enorme simpatía por las clases más bajas —continuó.

Kobayashi actuaba como si aquellos hombres fueran sus hermanos de sangre. Les miró uno a uno.

—Fíjate en ellos. Sus rostros son más dignos que los de la mejor burguesía.

Tsuda no tenía el ánimo suficiente para responder a sus comentarios. Se limitó a escrutar a su interlocutor que en seguida añadió:

—Al menos pueden permitirse un trago.

—Los burgueses también.

—Sí, pero su manera de beber es diferente.

Tsuda no quiso preguntarle cuál era esa diferencia, pero Kobayashi no se daba por vencido. Volvió a servirle.

—Desprecias a esta gente, ¿verdad? Siempre les has mirado por encima del hombro, como si ni siquiera fueran dignos de tu compasión.

Sin esperar siquiera a la respuesta de Tsuda, llamó la atención de un joven con aspecto de lechero sentado justo frente a ellos.

—Estás de acuerdo conmigo, ¿verdad?

El joven giró su fornido cuello. Kobayashi le alcanzó una copa de sake.

—Vamos, compañero, un brindis.

El joven sonrió. Entre ellos mediaba cierta distancia. No se sintió obligado a levantarse para brindar y se limitó a sonreír sin moverse del sitio. Kobayashi se dio por satisfecho. Recogió el brazo con el que sujetaba la copa y la apuró de un trago.

—Ves, justo lo que te digo —le dijo a Tsuda. Aquí no hay una sola persona altanera como las de los círculos burgueses.

35

UN HOMBRE DE ESCASA ESTATURA, ataviado con una capa, entró en el local y pasó junto al que vestía uniforme de trabajo que llevaba la cabeza rapada al uno. Se sentó en una mesa relativamente alejada. Sin quitarse su gorro de caza con visera, les lanzó una mirada de soslayo y se llevó la mano al bolsillo, de donde sacó un cuaderno pequeño que empezó a leer con suma atención. No hizo ademán de quitarse la capa. De igual manera, el gorro continuó sobre su cabeza. El cuaderno, por el contrario, no permaneció abierto por mucho tiempo. Después de volver a guardárselo, se dedicó a observar la escena mientras apuraba su vaso, aunque en realidad parecía no beber. De tanto en cuanto, sacaba su mano pequeña de debajo de la capa y se atusaba un fino mostacho.

Cuando el campo de visión de Tsuda y Kobayashi, que no le habían quitado ojo desde que entró, se cruzó con el del recién llegado, se volvieron y se miraron directamente a la cara. Fue Kobayashi el primero en hablar.

—¿Quién crees que es?

Tsuda no se movió. El tono de su respuesta quería dar a entender que aquello no le interesaba en

absoluto.

—¿Cómo demonios voy a saberlo?

Kobayashi bajó aún más la voz.

—Ese hombre es un detective.

Tsuda no dijo nada. Sin duda, había bebido más que su compañero, aunque parecía menos afectado que él por el alcohol. Vació su copa en silencio. Sin perder un segundo, Kobayashi la llenó de nuevo hasta el borde.

—Fíjate en la expresión de sus ojos.

Tsuda sonrió irónico. Finalmente se decidió a hablar.

—Si alguien se empeña con tanto afán como haces tú en criticar a la burguesía, seguro que le toman por un socialista. Haz el favor de tener más cuidado.

—¿Un socialista?

Kobayashi levantó la voz a propósito. Miró hacia el lugar donde se encontraba el hombre de la capa.

—¡No me hagas reír! Da igual lo que yo pueda parecer. Yo solo soy un hombre que simpatiza con el corazón noble de la gente humilde. Comparado conmigo, la gente como tú, siempre tan ocupada en darse aires, en mantener las apariencias, es mucho peor. Pregúntate quién de los dos merece ser arrestado por la policía.

El hombre con el gorro de caza seguía callado sin levantar la vista. A Kobayashi no le quedó más remedio que acercarse a Tsuda.

—Estoy seguro de que nunca has tenido la más mínima intención de tratar a estos jornaleros y peones como si fueran de verdad auténticos seres humanos.

Kobayashi volvía a la carga. Miró a su alrededor. Por desgracia, allí no había jornaleros ni peones por ninguna parte, lo cual no le impidió continuar con su diatriba.

—Eres incapaz de entender lo natural que resulta para ellos albergar un espíritu más humano y noble que el tuyo o que el de cualquier detective de tres al cuarto. Lo único que ocurre, es que su cálida belleza humana está recubierta de pobreza y suciedad. En otras palabras, piensas que son gente sucia solo porque no pueden permitirse el lujo de un baño diario. ¿Cómo puedes ser tan insensible?

El tono de Kobayashi se parecía más al de alguien que hablara en defensa propia que el de quien lo hace en defensa de los pobres. Tsuda prefirió evitar una discusión con él. Kobayashi, en cambio, no se rendía.

—No dices nada, pero no me crees, ¿verdad? Estoy seguro. En ese caso, te explicaré lo que quiero decir. Supongo que has leído novelas rusas.

Tsuda no había leído en su vida una sola novela rusa y guardó silencio.

—La gente que ha leído novelas rusas, en especial las de Dostoievski, saben perfectamente a qué me refiero. Todos deberíamos saber que no importa cuán abajo pueda estar alguien. De vez en cuando brotan de sus bocas, como si de fuentes se tratasen, preciosos sentimientos, puros e inocentes, totalmente espontáneos, capaces de llenarle a uno los ojos de lágrimas. ¿Crees que digo estupideces?

—Como no he leído a Dostoievski, me temo que no sé qué responder a esa pregunta.

—Si preguntas a tu tío te dirá que es mentira, que no es más que una artimaña del autor para dotar a la gente humilde de un tipo de emociones que suscita la compasión del lector. Dostoievski lo logró, de eso no hay duda. Muchos otros autores han tratado de imitarle con el único resultado de transformar ese recurso en una técnica vacía, absurdamente degradada. Yo no estoy de acuerdo con tu tío. Cuando le oigo decir esas cosas me pongo furioso. No entiende a Dostoievski. Da igual lo mayor que pueda ser, la edad no es excusa para la incompreensión. No importa lo joven que pueda ser yo.

Las palabras empezaban a fallarle a Kobayashi. Incapaz de controlar sus emociones, terminó por derramar lágrimas sobre el mantel.

36

POR DESGRACIA, A TSUDA no le había afectado tanto la bebida como para sumergirse también en el inesperado sentimentalismo de su compañero. Incapaz de cualquier tipo de compasión, su mirada no podía evitar la crítica. Se preguntaba si era el sake o las palabras de su tío lo que había hecho llorar a Kobayashi. Tampoco sabía si era Dostoievski o la triste situación de las clases bajas de la sociedad japonesa lo que tanto le afectaba. Fuera lo que fuera, no veía en ello ninguna relación con él, no apreciaba qué trascendencia podría tener en su caso particular y, a pesar de todo, le inquietaba. La visión de las lágrimas derramadas por ese hombre que tenía enfrente, tan inesperadamente emocional, le molestó.

El supuesto detective con capa y gorro de caza volvió a sacar la libreta de su bolsillo. Concentrado en su tarea, se puso a escribir. Su comportamiento felino, no solo por su sigilo, sino también por la atención que prestaba a cuanto le rodeaba, extrañó a Tsuda. En su borrachera, Kobayashi había sobrepasado ya toda preocupación. Ni los detectives le afectaban. Estiró el brazo casi hasta rozar la nariz de Tsuda para mostrarle una mancha en su traje nuevo.

—Fíjate en mi traje sucio. Me desprecias por eso, verdad. Si llevo ropa limpia, me desprecias por ir limpio. ¿Qué diablos se supone debo hacer? ¿Cómo tengo que comportarme para que me respetes? ¡Dímelo, por favor! Quiero que me respetes.

Tsuda forzó una sonrisa al tiempo que apartaba el brazo de Kobayashi que, extrañamente, no opuso resistencia. Toda la fuerza de la que hacía gala tan solo un momento antes, pareció desaparecer. Recuperó la posición sin rechistar, aunque su boca no se mostró tan dócil como su brazo.

—Sé perfectamente lo que piensas. Te ríes de mí por la incoherencia que observas entre la compasión que siento por las clases más humildes, a pesar de ser yo mismo pobre de necesidad, y mi traje nuevo. Dime si me equivoco.

—Da igual si eres pobre. Es lógico que te hayas hecho un traje nuevo, si no tendrías que caminar por la calle completamente desnudo. Me alegro por ello. No creo que nadie tenga nada que decir al respecto.

—Eso no es cierto. Solo piensas que intento adecentarme, lo interpretas como un signo de coquetería por mi parte. En realidad no me consideras más que un petimetre.

—¿De verdad lo crees? En ese caso, lo siento.

Tsuda no podía soportar más a Kobayashi y comprendió la conveniencia de capitular. Empezó a hablarle de otro modo, lo cual produjo en él un efecto similar.

—Yo también me he comportado mal, lo siento. Ha sido una equivocación por mi parte. Admito que quería ponerme elegante por una vez. Me doy cuenta, pero a pesar de todo sigues sin querer saber por qué razón me he hecho el traje para un día como hoy.

De ningún modo podía esperar que Tsuda adivinase esa razón. Ciertamente, este tampoco quería saberla, pero dadas las circunstancias no le quedó más remedio que preguntárselo. Kobayashi extendió los brazos y contempló su traje.

—Me marcho pronto de Tokio. Me voy a Corea —dijo sin entusiasmo.

Tsuda miró a Kobayashi, sorprendido por primera vez. Le interrumpió para señalarle que tenía la corbata mal colocada, un detalle que le molestaba. Le pidió que se la arreglara y continuó escuchando su historia.

Kobayashi trabajaba desde hacía tiempo como editor y corrector de pruebas en la revista del tío de Tsuda. También escribía artículos con los que trataba de ganar un dinero extra. Siempre estaba ocupado, y eso acabó con su paciencia, por lo que decidió marcharse a Corea para probar suerte en un periódico de allí.

—Da igual lo mucho que me haya esforzado para arreglármelas con esta vida que llevo. No puedo más. Es atroz. No puedo quedarme en este lugar sin futuro.

Quería dar a entender que en Corea le esperaba un futuro prometedor, pero se contradijo de inmediato.

—Después de todo, es posible que alguien como yo haya nacido para errar por la vida. No puedo establecerme en ningún sitio. Es terrible. Por mucho que quiera, el mundo no me lo permite. No me queda más opción que convertirme en una especie de fugitivo.

—No eres el único que encuentra dificultades para establecerse. A mí tampoco me resulta fácil, no puedo tomarme un minuto de descanso.

—¡No digas sandeces! En tu caso solo es un lujo que te permites. En el mío, es algo doloroso.

Significa que estoy obligado a ganarme el sustento hasta el mismo día que me muera.

—La dificultad de establecerse es un rasgo común del hombre moderno. No eres el único que sufre por eso.

Kobayashi no encontró consuelo alguno en las palabras de Tsuda.

37

LA CAMARERA, que desde hacía un rato observaba el comportamiento de ambos, se acercó sin previo aviso y empezó a recoger la mesa de malas maneras. Como si fuera la señal que llevaba tiempo esperando, el hombre de la capa se levantó en silencio. Aunque llevaban un rato sin beber, enfrascados como estaban en su conversación, no pudieron pasarlo por alto. Tsuda aprovechó para levantarse. Antes de hacer lo propio, Kobayashi alcanzó el paquete de tabaco que había encima de la mesa, sacó un cigarrillo de esos nuevos con el filtro dorado, lo encendió y volvió a dejarlo en el mismo sitio. Su actitud exasperó a Tsuda, que se guardó de inmediato el tabaco en el bolsillo.

Todavía no era demasiado tarde, pero las calles estaban extrañamente silenciosas en aquella noche de otoño. Los tranvías circulaban a lo lejos con un ruido imperceptible en la agitación diurna. Las tenues sombras de los dos hombres, cada cual sumido en sus propios pensamientos, se deslizaban por la ribera del río sin llegar a separarse.

—¿Cuándo te marchas a Corea?

—Es posible que aún estés ingresado.

—¿Tan pronto?

—No lo sé. No sabré nada hasta que tu tío hable con el editor del periódico de allí.

—¿Quieres decir que aún no sabes qué día te vas, ni siquiera si vas a ir de verdad?

—Más o menos.

Sus respuestas eran muy imprecisas y Tsuda no preguntó nada más. Apretó el paso. Fue Kobayashi quien habló de nuevo.

—Lo cierto es que no tengo especial interés en ir.

—¿Te obliga mi tío?

—No, por supuesto que no. No se trata de eso.

—¿En ese caso, por qué no renuncias?

Tsuda hería con su lógica aplastante los sentimientos de su compañero que tan solo reclamaba un poco de compasión.

—Tsuda, estoy muy solo —le dijo de improviso.

No hubo respuesta. Continuaron su camino en silencio. El agua corría somera por el cauce del río para desaparecer bajo un puente apenas visible en la penumbra. Se escuchaba su débil murmullo

en los intervalos de silencio entre tranvía y tranvía.

—Iré a Corea después de todo. Creo que es lo mejor.

—En ese caso, ve.

—Sí. Me marchó definitivamente. Es mucho mejor ir a Corea o a Formosa que quedarme aquí para que todo el mundo me desprecie.

Su tono de voz era cada vez más estridente. Tsuda trató de calmarle.

—No deberías ser tan pesimista. Una persona joven y sana como tú no debería tener demasiados problemas para arreglárselas allá donde vaya. Antes de que te marches te organizaré una fiesta de despedida. Eso te animará un poco.

Fue Kobayashi quien en esa ocasión no supo dar una respuesta adecuada. Tsuda se sintió obligado a añadir algo.

—Si te marchas, será muy duro cuando O-Kin se case.

Hasta ese mismo instante, Kobayashi no había pensado en su hermana pequeña. Miró a Tsuda sorprendido.

—Sí. No es bueno para ella, pero no puedo hacer nada. No le queda más remedio que resignarse, aceptar la desgracia de tener un hermano inútil como yo.

—Bueno, si tú no estás, supongo que mi tío y mi tía se harán cargo de todo.

—Mucho me temo que no hay otra posibilidad. También puede rechazar la propuesta y quedarse como criada en casa de tus tíos. Lo mismo da una cosa que la otra. Sin embargo, no es esa la única razón por la que estoy en deuda con tu tío. Si me marchó, no me va a quedar más remedio que pedirle dinero prestado para los gastos.

—¿No te lo envían desde tu nuevo puesto?

—No parece.

—¿No hay otra forma de conseguirlo?

—Eso mismo me pregunto yo.

Sobre ellos cayó un manto de silencio que se extendió durante más de un minuto.

—Tengo que pedirle a tu tío dinero para el viaje —dijo Kobayashi al fin como si hablara para sí— y a ti un abrigo viejo. Me veo obligado a abandonar a su suerte a mi única hermana. Es el colmo.

Fueron sus últimas palabras aquella noche. En cuanto se separaron, Tsuda se apresuró a volver a casa sin mirar atrás.

LA PUERTA PRINCIPAL estaba cerrada como de costumbre. Se dirigió a la puerta lateral, pero por alguna razón tampoco se abría. Lo atribuyó a que estaba mal hecha y trató de forzarla un par de

veces sin resultado. Tiró una última vez con todas sus fuerzas y escuchó en el interior el sonido apagado del candado. No le quedó más remedio que darse por vencido.

Perplejo ante la inesperada situación, se quedó inmóvil frente a la puerta. No había pasado fuera una sola noche desde que se casó y aun cuando volvía tarde en alguna ocasión, nunca se había encontrado con las puertas cerradas.

Le hubiera gustado volver tan pronto como oscureció pero, dadas las circunstancias, se vio obligado a quedarse a cenar en la de su tío. Haberse entretenido en contra de su voluntad en una taberna para beber sake, lo consideraba una suerte de obligación hacia Kobayashi. Después de anochecer, se había visto arrastrado a hacer cosas que no quería; sin embargo, en ningún momento se quitó a O-Nobu de la cabeza. Aterido por el frío, añoraba las luces cálidas de su casa, todo su ser se concentraba en alcanzar ese objetivo y cuando se topó con las puertas cerradas, como un caballo con orejeras que se choca contra un muro, todas sus expectativas se vieron frustradas. No era para él, en verdad, un problema menor determinar si había sido O-Nobu quien había cerrado a cal y canto o si tan solo se trataba de un simple accidente.

Levantó la mano y golpeó dos veces con fuerza en aquella puerta lateral que se le resistía. Sus golpes parecían decir «¿por qué me dejas fuera?» en lugar de «¡abre!». En la creciente oscuridad de la calle, resonaron con estrépito. Desde el interior escuchó un débil «¿quién es?». El sonido de la voz llegó a sus tímpanos casi al mismo tiempo que el de sus porrazos. No era la criada, sino O-Nobu. Se calmó. Aguzó el oído desde su lado de la puerta. Escuchó el clic del interruptor de la luz de la entrada que solo usaban cuando era imprescindible. La puerta corredera se abrió con estrépito. En ese momento se convenció de que la entrada principal no estaba cerrada con llave como había supuesto.

—¿Quién es?

La pregunta desafiante de O-Nobu, acompañada del ruido de sus pasos, le impacientó aún más.

—¡Quién va a ser! Soy yo, Yoshio. Abre de una vez.

—¡Eres tú! ¡Ay, lo siento mucho! —exclamó ella.

Tsuda se la encontró más pálida de lo normal. No quería perder un segundo. Se dirigió al cuarto de estar recogido y ordenado como de costumbre. La tetera humeaba sobre el brasero. Enfrente había un cojín de muselina que parecía esperar su regreso. En el lado donde normalmente se sentaba O-Nobu, había un tintero de mujer. La tapa de nácar con el grabado de un ciruelo en flor, estaba colocada a un lado. El tintero estaba dentro de una caja lacada que desprendía un reflejo húmedo. La prueba irrefutable de que su propietaria se había levantado precipitadamente, era que la punta del pincel con el que escribía goteaba sobre el papel y emborronaba el final de una carta de la que tan solo había completado siete u ocho líneas.

O-Nobu volvió a cerrar la puerta con llave. Entró en la habitación detrás de Tsuda y se sentó. A su lado. Encima del camisón se había puesto el *haori*.

—De veras lo siento.

Tsuda miró el reloj de pared. Acababan de dar las once. Aunque no era frecuente, tampoco era la primera vez que volvía a casa a esas horas desde que se casaron.

—¿Por qué has cerrado? ¿Acaso pensabas que no iba a volver?

—No. Te he esperado mucho rato. Me preguntaba a qué hora volverías. No soportaba la soledad y he empezado a escribir una carta a casa.

Los padres de O-Nobu, como los de Tsuda, vivían en Kioto. Contempló la carta desde la distancia. A pesar de todo, no llegaba a entender por qué también estaba cerrada la puerta lateral.

—Si me esperabas, ¿por qué has cerrado la puerta? ¿Acaso no te sientes segura?

—Yo no la he cerrado.

—Pues cerrada estaba como has podido comprobar.

—Debió cerrarla Toki anoche, seguro. Siempre se olvida de todo.

O-Nobu frunció el ceño en un gesto muy suyo. Su explicación no era descabellada.

—¿Qué hace Toki?

—Le he dicho que se acostara.

Tsuda no creyó necesario despertar a la chica para averiguar qué había ocurrido en realidad. Dejó el asunto en ese punto y se fue a dormir.

39

A LA MAÑANA SIGUIENTE, antes incluso de lavarse la cara, le sobresaltó una extraña visión en la que no había reparado en absoluto la noche anterior cuando se acostó.

A las nueve en punto se dirigió hacia el vestíbulo para atravesar después el cuarto de estar de camino a la cocina. Allí encontró a O-Nobu magníficamente vestida, radiante, sentada con aire de suficiencia. Se quedó desconcertado. Sonrió satisfecha al comprobar la reacción de su marido, al que parecían haber echado un jarro de agua fría en su cara somnolienta.

—¿Te levantas ahora?

No pudo evitar parpadear repetidamente. Contempló el sofisticado peinado de su mujer rematado en un moño ceñido por una cinta de seda roja, el intrincado bordado del cuello de su kimono, su rostro blanco maquillado con esmero. La miró con una expresión insólita en él, como si contemplara algo extraordinario.

—¿Qué demonios te has hecho? Y tan temprano...

—¿Cómo? No me he hecho nada... ¿No tienes que ir hoy al médico?

Tanto la *hakama* como el *haori* que la noche anterior había dejado de cualquier modo en la habitación, estaban ahora perfectamente doblados sobre un papel de color oscuro.

—¿Acaso pretendes venir conmigo?

—Por supuesto. ¿Te molesta?

—No se trata de eso, es que...

Contempló despacio una vez más el atuendo de su mujer.

—¿No te parece que vas vestida de una manera un tanto excesiva?

Se acordó de la lóbrega sala de espera en la que había estado recientemente. El siniestro grupo de pacientes allí sentados y la resplandeciente joven que tenía frente a él en ese momento, no casaban en absoluto.

—Hoy es domingo.

—En cualquier caso, no se trata de ir al teatro o a contemplar la floración de los cerezos.

—Pero yo...

En lo que concernía a Tsuda, que fuera domingo era aún más grave, pues se traducían en muchos más pacientes desde temprano por la mañana.

—Ir contigo engalanada con esa ropa tan llamativa me resulta un poco... ¿Cómo decirte?

—¿Ostentoso?

Que su mujer hubiera elegido una palabra tan infrecuente, le resultó cómico. No pudo evitar la risa. Ella arqueó las cejas en un gesto sutil. Un instante después le habló en un tono más persuasivo.

—Si tengo que cambiarme de ropa me llevará un buen rato, una pesadez, vamos. Ya que hoy me he vestido así, intenta por favor no poner esa cara.

Tsuda tuvo que admitir su derrota. Fue a lavarse la cara y escuchó como su mujer apremiaba a la criada para que llamase unos *rickshaws*, como si fuera ella la que tenía prisa.

Dado que le habían prescrito no comer lo que acostumbraba, su desayuno apenas le llevó cinco minutos. Se levantó y, sin lavarse los dientes siquiera, se dispuso a subir a su estudio.

—Tengo que guardar algunas cosas que debo llevar a la clínica.

Antes de que terminase de hablar, O-Nobu abrió la puerta del armario que tenía detrás.

—Las he metido todas aquí. Compruébalo tú mismo, por favor.

Tsuda tendría que haber sido más considerado con ella después de tomarse la molestia de vestirse con sus mejores galas. Sacó del armario una pesada maleta y un pequeño fardo de tela. Dentro estaba la bata y el cinturón que llevaba puestos tan solo un momento antes. De la maleta salió un revoltijo de cosas como un cepillo de dientes, pasta dentífrica, el papel perfumado con lavanda en el que acostumbraba a escribir, sobres del mismo color, una pluma estilográfica, tijeras pequeñas, pinzas... Sacó un voluminoso libro de un autor occidental, sin duda el objeto más pesado de todos los que había allí, y se volvió hacia O-Nobu.

—Mejor lo dejo.

—¿En serio? Está siempre encima de tu mesa señalado con un marca páginas. Pensé que lo estabas leyendo, por eso lo he metido.

Sin decir nada, dejó sobre el tatami el grueso tratado sobre economía alemana que no había sido capaz de terminar en dos meses.

—Pesa mucho. No creo que pueda leerlo en la cama.

Era razón suficiente para no llevarlo consigo, pero aun así se sintió mal.

—Tienes razón. No sé entonces cuál quieres. Elígelo tú mismo.

Bajó del estudio dos o tres novelas ligeras y las guardó en lugar de aquel grueso tomo.

40

COMO HACÍA UN BUEN DÍA, mandaron recoger la capota de los *rickshaws* y, después de colocar el equipaje, se pusieron en marcha. Doblaron la esquina del callejón y avanzaron dos o tres manzanas por la misma calle por donde circulaba el tranvía. El conductor del *rickshaw* de O-Nobu, llamó al de Tsuda. Ambos se detuvieron.

—¡Es terrible! He olvidado algo.

Desde su *rickshaw* Tsuda se volvió hacia O-Nobu sin decirle nada. No era el único sorprendido por el tono apremiante de aquella mujer joven tan pomposamente vestida. El conductor también la miró sin soltar las barras de madera de las que tiraba del vehículo. Incluso los transeúntes no pudieron evitar la curiosidad que les despertaba aquella pareja.

—¿Qué pasa ahora? ¿Qué has olvidado?

O-Nobu tenía un semblante preocupado.

—Espera un momento, por favor. No tardaré mucho.

Su *rickshaw* dio media vuelta. Tsuda se quedó allí como suspendido en el aire, incapaz de hacer otra cosa que contemplar en silencio su figura en retirada. Nada más reaparecer por la esquina del callejón, el conductor apretó el paso hasta alcanzar una considerable velocidad. Cuando se detuvo frente a Tsuda, O-Nobu sacó una cadena metálica de unos treinta centímetros de su *obi* y la agitó delante de sus ojos. En el extremo colgaba un anillo además de cinco o seis llaves de diferentes tamaños. Mientras lo sostenía en alto para mostrárselo, un tintineo metálico llegó hasta sus oídos.

—Me había olvidado. Las dejé colgadas en la cómoda.

Cuando salían los dos y se quedaba la criada sola en casa, tenían la precaución de guardar bajo llave los objetos valiosos.

—Hazte cargo tú.

O-Nobu se guardó las llaves en el *obi*, dio una palmadita para asegurarse de que estaban a buen recaudo y sonrió a Tsuda.

—Está bien.

Los dos *rickshaws* reemprendieron la marcha.

Llegaron a la clínica con un poco de retraso, si bien no tan tarde como para perder su turno en la consulta de la mañana. A Tsuda le resultaba embarazoso entrar en la sala de espera con su mujer, por lo que fue directamente a la ventanilla del dispensario.

—¿Puede ingresar ahora este paciente?

El *shoshei* que atendía preguntó a una enfermera a la que Tsuda conocía de vista. La chica, que no tendría más de dieciséis o diecisiete años, sonrió e inclinó ligeramente la cabeza a modo de saludo. En cuanto se apercibió de la presencia de O-Nobu, en cambio, pareció abrumada por su imponente apariencia, como si se preguntara de dónde venía aquel pavo real. Fue O-Nobu quien tomó la iniciativa. Saludó a la chica con unas palabras de cortesía, «siento haberle causado tantas molestias», a lo que la enfermera respondió con una reverencia.

—¿Puede hacerse cargo de esto?

Tsuda le entregó la maleta y se dirigió a las escaleras que conducían al segundo piso.

—O-Nobu, es por aquí.

Su mujer estaba frente a la entrada de la sala de espera donde había otros pacientes. Le siguió enseguida escaleras arriba.

—Es una sala muy lúgubre.

Por fortuna, la habitación estaba orientada al sureste y era muy luminosa. O-Nobu abrió la ventana corredera que daba acceso a la galería. Se fijó en el tendedero que había allí y se volvió hacia Tsuda.

—Es todo lo contrario que ahí abajo, ¿no te parece? Es muy agradable a pesar de que el tatami está un poco sucio.

Aquella habitación había sido en su día el apartamento de la querida de un constructor y el doctor había mandado reformarla cuando instaló allí la clínica. A pesar de todo, conservaba cierta atmósfera alegre del pasado.

—Es un poco antigua, aunque sin duda más confortable que la planta de arriba de nuestra casa.

Después de la observación, a Tsuda le embargó la sensación que le provocaba el incipiente otoño. Contempló la blancura de una colada tendida al sol y después el techo del cuarto y las columnas de la alcoba ligeramente ennegrecidas por el paso del tiempo.

LA MISMA ENFERMERA DE ANTES subió con una bandeja de té y les sirvió.

—Pronto estará todo dispuesto. Les ruego un poco de paciencia.

No tuvieron más remedio que sentarse con toda formalidad el uno frente al otro mientras bebían el té.

—No sé por qué estoy tan nerviosa. No soy capaz de calmarme.

—Tengo la sensación de que somos sus invitados.

—Sí, es cierto.

O-Nobu se sacó el reloj del *obi* para mirar la hora. Las preocupaciones de Tsuda se centraban más en la operación a la que iba a ser sometido en breve que en la hora.

—Me pregunto cuánto tiempo le llevará al doctor. Aunque no vea nada, el simple sonido del bisturí me va a revolver.

—¡No digas eso! Vas a conseguir asustarme.

O-Nobu arqueó las cejas. Parecía realmente asustada.

—Solo tienes que esperar aquí. No hace falta que me acompañes hasta la mesa de operaciones para presenciar una cosa tan desagradable.

—En ocasiones así, pensaba que alguien de la familia tenía que estar cerca.

La seriedad de su gesto le dio a Tsuda ganas de reír.

—Eso solo ocurre cuando se trata de enfermedades realmente serias, si la intervención es a vida o a muerte. ¿Cómo iba a pedirte nadie que asistas a una operación menor como esta?

Tsuda siempre evitaba cuestiones desagradables con las mujeres. En especial, le incomodaba mostrar aspectos que juzgaba desafortunados de sí mismo. Le molestaba incluso verse obligado a contemplar sus propias miserias.

—Está bien, me quedaré aquí —dijo O-Nobu mientras miraba de nuevo la hora—. Supongo que a mediodía habrá terminado.

—Sí, aunque ahora ya no hay prisa.

—Es cierto. En cualquier caso...

O-Nobu no terminó la frase. Tsuda no le preguntó qué quería decir.

La enfermera apareció de nuevo en el rellano de las escaleras.

—Está todo dispuesto. Acompáñeme, por favor.

Tsuda se levantó de inmediato. O-Nobu hizo ademán de seguirle.

—¿No has dicho que me ibas a esperar aquí?

—No, no voy al quirófano. Solo quiero usar el teléfono un momento.

—¿A quién tienes que llamar precisamente ahora?

—No tiene importancia. Pensé que debía llamar a O-Hide para decirle lo de tu operación.

La hermana de Tsuda no vivía muy lejos. Él, que no había relacionado en ningún momento su enfermedad con su hermana, detuvo a O-Nobu cuando estaba a punto de levantarse.

—No te preocupes por eso. No hace falta que le digas nada. Si lo haces parecerá más grave de lo que es en realidad y si aparece por aquí, va a ser más una molestia que otra cosa.

A su hermana, con un carácter opuesto al suyo, la juzgaba una persona de trato difícil a pesar de ser más joven.

—Si después nos reprocha no haberle dicho nada, me voy a sentir avergonzada —insistió O-Nobu a medio levantar.

Tsuda no encontró ninguna razón de peso para impedir que la llamara.

—Está bien. No me importa que llames, pero no tiene por qué ser ahora. Ten en cuenta que vive cerca y seguro que se presenta de inmediato. Me tienen que operar, tengo los nervios a flor de piel. No quiero que venga y empiece a decirme lo que debo o no debo hacer, que empiece a decir cosas de nuestro padre.

O-Nobu trató de acallar su risa para que nadie pudiera oírlo, pero Tsuda pudo ver con toda claridad su blanca dentadura enmarcada por su amplia sonrisa, como si en lugar de preocuparse por él se divirtiera.

—De acuerdo. No la llamaré.

Se acercó a él.

—¿Tienes intención de llamar a alguien más?

—Sí, a los Okamoto. Les prometí que lo haría antes del mediodía. ¿No te molesta, verdad?

Bajaron las escaleras uno detrás del otro y al llegar abajo cada cual se fue por su lado. Mientras O-Nobu estaba de pie frente al teléfono, Tsuda tuvo que subir a la mesa de operaciones del quirófano.

42

—¿HA TOMADO USTED EL ACEITE DE RICINO?

El almidonado de la bata del doctor, dispuesta y recién planchada para la operación, crujió mientras le preguntaba.

—Sí, pero parece que no ha surtido tanto efecto como pensaba.

Lo cierto era que el día anterior no había disfrutado del tiempo libre necesario para notar sus efectos. Ocupado en una y otra cosa, no solo había anulado la percepción psicológica del laxante, sino que su efecto fisiológico había resultado extrañamente insignificante.

—De acuerdo. Le aplicaré un enema.

Tampoco produjo el resultado esperado.

Tsuda se tumbó desnudo boca arriba. Nada más sentir el frío de la tela impermeable en contacto con la piel, se estremeció en un acto reflejo. Sobre su cabeza, que apoyaba en una almohada rígida, caía a plomo una luz cegadora. Igual que le hubiera sucedido a cualquiera en su situación, fue

incapaz de relajarse. Parpadeaba incesantemente y miraba al techo. La enfermera llegó entonces con una especie de bandeja cuadrada de níquel en la que estaban dispuestos todos los instrumentos quirúrgicos. Al pasar junto a él percibió un frío brillo metálico. Allí tumbado, con todos los sentidos alerta, solo era capaz de apercibirse de las cosas en el mismo momento en que sucedían. Prueba de ello fue que alcanzó a ver el amenazador instrumental que supuestamente no debía ver. Desde la recepción le llegó el sonido del timbre del teléfono. Se acordó de O-Nobu, a la que había olvidado por completo. Cuando ella terminó de hablar con los Okamoto, empezó la operación.

—Voy a inyectarle cocaína. No creo que le duela. Si no le hace efecto, lo intentaremos con otros calmantes a medida que avance, pero creo que esto servirá.

El doctor le hablaba mientras desinfectaba el área de la intervención. Tsuda le escuchó con una extraña mezcla de miedo e indiferencia.

La anestesia surtió efecto. Tsuda, concentrado en no apartar la vista del techo, apenas notaba lo que ocurría por debajo de su pecho. Tan solo sentía de vez en cuando una presión en algún lugar en lo más profundo de su cuerpo, a la que se añadía una apagada resistencia localizada en ese mismo punto.

—¿Qué tal? ¿Le duele?

El doctor hacía gala de una considerable confianza en sí mismo. Tsuda contestó sin dejar de mirar al techo.

—No, no duele. Solo tengo una sensación pesada.

No sabía cómo describirla con más exactitud. Se le ocurrió que debía ser lo mismo que sentía la tierra cuando las manos humanas cavaban en ella.

—Es muy extraño. No sé cómo explicárselo.

—¿Lo aguanta?

El doctor estaba preocupado por si sufría una anemia cerebral o alguna complicación similar en el transcurso de la operación. Tsuda, que hasta ese momento no se había preocupado especialmente, se inquietó. No sabía si, llegado el caso, le obligarían a beber un vaso de sake, pero no quería que le dispensaran un trato especial.

—Estoy bien.

—¿Está seguro? Terminó pronto.

En los gestos del doctor, que movía incesantemente las manos mientras hablaba con su paciente, se apreciaba la destreza de un profesional con mucha experiencia. La operación, en cambio, duró más de lo que había previsto en un principio.

Tsuda escuchaba cada cierto tiempo el sonido metálico de los instrumentos al chocar contra la bandeja, el sordo clac de las tijeras cuando cortaban la carne, ruidos que en sus oídos se magnificaban. Visualizó el reguero de sangre que limpiaban con la gasa. El doctor le había pedido

que no se moviera lo más mínimo, pero acumulaba tal tensión que aquella quietud le resultaba de los más dolorosa. Era como si se le hubieran metido insectos trepadores por las arterias que provocaban que todo su cuerpo se agitara.

Abrió los ojos. Una vez más miró al techo. O-Nobu le esperaba en la habitación que estaba justo encima de su cabeza. No tenía ni idea de lo que hacía o pensaba en ese momento. Quería llamarla a gritos, pero antes de hacerlo el doctor le habló.

—Hemos terminado.

Experimentó la terrible sensación de que embutían dentro de su cuerpo una extraordinaria cantidad de gasas. El doctor le habló de nuevo.

—La cicatriz es más grande de lo que esperaba. Hay riesgo de hemorragia. Tiene que tumbarse y procurar estar tranquilo.

Le ayudaron a bajar de la mesa de operaciones.

43

NADA MÁS SALIR DEL QUIRÓFANO la enfermera le preguntó:

—¿Cómo se encuentra? ¿Se siente mal?

—No, pero tengo la impresión de que estoy muy pálido.

Tsuda estaba tan preocupado que no pudo evitar preguntárselo en varias ocasiones.

El hecho de que le hubiesen tapado la incisión con tanta gasa le hacía sentirse más incómodo de lo que nadie podía imaginar. No le quedaba más remedio que caminar muy despacio, a pesar de lo cual sintió una fricción en su carne rasgada.

O-Nobu le esperaba en lo alto de la escalera.

—¿Ya está? ¿Qué tal te encuentras? —le preguntó nada más verle.

Entró en la habitación sin darle una respuesta clara. La cama estaba dispuesta con el edredón y las sábanas blancas bien extendidas. Se quitó el *haori* y se tumbó. O-Nobu quiso ayudarle a ponerse una bata acolchada, pero Tsuda la rechazó. Decepcionada, sonrió amargamente, la dobló y la colocó a los pies de la cama.

—¿Tiene que tomar alguna medicina? —le preguntó O-Nobu a la enfermera.

—De momento no es necesario. Le preparo la comida y se la subo enseguida.

Antes de que se marchara, Tsuda, que se había tumbado sin decir una sola palabra, habló inesperadamente:

—O-Nobu, si quieres comer algo deberías decírselo.

—Supongo que sí —respondió ella dubitativa—. Me pregunto qué debería hacer.

—¿Ya es más de mediodía, verdad?

—Sí, las doce y veinte. La operación ha durado exactamente veintiocho minutos.

O-Nobu abrió la tapa de su reloj de bolsillo para confirmar la hora exacta. En ese intervalo de tiempo en el que Tsuda, como un pez en la tabla de un pescadero, había resistido pacientemente la intervención, O-Nobu se había dedicado a medir el tiempo como si jugara a *niramekko*^[24].

—¿No vas a casa, verdad? No tiene sentido —le dijo él.

—No, supongo que no.

—En ese caso, ¿por qué no almuerzas aquí mismo?

—Debería, pero...

Sus respuestas eran muy ambiguas. La enfermera se marchó escaleras abajo. Tsuda, exhausto, cerró los ojos para evitar la luz. O-Nobu le habló de nuevo. Se inclinó sobre su cabeza y a él no le quedó más remedio que volver a abrirlos.

—¿Te encuentras mal?

—No, estoy bien.

Ella quería estar segura.

—Los Okamoto te mandan recuerdos. Dicen que pronto vendrán a verte —añadió.

—¿De verdad?

Tsuda se limitó a ofrecerle una vaga respuesta. Cerró los ojos una vez más.

—Por cierto, los Okamoto insisten en que vaya al teatro con ellos. Por supuesto les he dicho que no es el día más apropiado.

El extraño comportamiento exhibido por O-Nobu desde por la mañana temprano, se aclaró en su mente atenta: su ropa, demasiado elegante para acompañar a un enfermo al hospital, su insistencia en que era domingo, su impaciencia por telefonar cuando ya estaban en la clínica... Todo encajaba, todo podía explicarse a la luz de una sola palabra: teatro. Su afán por medir el tiempo de una manera tan precisa, también respondía a ese motivo. Apartó la vista de ella sin decir nada. Unos sobres, el papel, las tijeras y los libros amontonados llamaron su atención. Las cosas que había llevado en la maleta estaban ahora colocadas junto a la alcoba.

—Le he pedido una mesa a la enfermera para ordenarlo como es debido, pero aún no la ha traído. ¿Quieres leer un rato?

O-Nobu se levantó y le alcanzó un libro.

TSUDA NI SIQUIERA LO TOCÓ.

—Les habrás dicho a los Okamoto que no podías ir, ¿verdad?

Se dio media vuelta hasta quedar boca arriba con una expresión más de desagrado que de

desconfianza. El suelo, que no parecía sólidamente construido, crujió como si se hiciera eco de sus sentimientos.

—Se lo dije.

—¿Y ellos insisten a pesar de todo?

La miró con ojos inquisitivos, pero en su expresión no se reflejaba nada de lo que Tsuda esperaba encontrar. En lugar de eso sonreía.

—En efecto, insistieron a pesar de que les dije que no podía ir.

—Pero...

Tsuda se sintió en un punto muerto. Quería añadir algo más, pero se daba cuenta de que su mente no funcionaba tan rápido como deseaba.

—Si les has dicho que no, ¿por qué insisten?

—Ya te lo he dicho. Los Okamoto son muy obstinados.

Tsuda guardó silencio. No sabía cómo continuar con esa conversación.

—¿Dudas de mí, verdad? No me gusta que sospeches de mí.

O-Nobu arqueó las cejas claramente contrariada.

—No dudo de ti, solo me resulta extraño. Eso es todo.

—Está bien. Dime entonces qué te parece tan extraño. Te explicaré todo lo que quieras.

Sin embargo, no le ofreció ninguna explicación satisfactoria.

—Lo ves, en el fondo sospechas de mí.

Tsuda tenía la impresión de que si no negaba su acusación, eso afectaría a su papel de marido. Por otro lado, le molestaba profundamente mostrarse indulgente con una mujer. Ambas opciones pugnaban por abrirse paso en su mente, aunque a ojos de un observador imparcial Tsuda pareciera muy calmado.

—¡Oh...! —O-Nobu dejó escapar un ligero suspiro antes de levantarse. Abrió la puerta corredera y salió a la galería orientada al sur. Apoyó las manos en la barandilla y contempló distraída el despejado cielo otoñal. Blusas y sábanas se secaban al aire en los tendederos del vecindario, que mecía un viento seco.

—¡Qué bueno hace hoy!

Al escuchar el comentario de su mujer, Tsuda tuvo la sensación de escuchar el lamento de un pajarillo enjaulado. Sintió lástima por ella, por mantenerla atada a él. Quería hablarle, pero no sabía qué decir. O-Nobu tardó un rato en regresar a la habitación.

La enfermera entró con la comida.

—Siento mucho haberles hecho esperar.

En la bandeja de Tsuda tan solo había dos huevos, un pequeño cuenco de sopa y algo de pan. Sin consultarle siquiera, habían decidido que la cantidad de pan que podía comer se limitaba a unos pocos gramos.

Tsuda se comió su frugal almuerzo tumbado en la cama.

—¿Vas a ir o no? —le dijo finalmente.

Ella dejó caer la mano con la que sujetaba el tenedor.

—Depende completamente de ti. Si dices que vaya, iré. Si dices que no, no iré.

—¿Eres muy obediente, verdad?

—Siempre he sido obediente. Los Okamoto me han dicho que si me dabas permiso vendrían a recogerme para ir al teatro, siempre y cuando, claro está, tu enfermedad no sea grave.

—¿Pero no has sido tú la que has llamado por teléfono?

—Sí. Les prometí que lo haría. Ya he declinado su invitación en una ocasión, pero insistieron en que les llamase a mediodía si no te encontrabas demasiado mal.

—¿Te lo pidieron por carta?

—Sí.

Nunca le había enseñado esa carta.

—Está bien, volvamos al asunto. ¿Quieres ir o no quieres ir?

O-Nobu se esforzó por interpretar el significado de la expresión de su marido y al cabo de un rato contestó:

—¡Por supuesto que sí!

—Al final te has delatado. ¿Te das cuenta? De acuerdo, ve.

Su conversación terminó en el mismo momento en que acabaron sus respectivos almuerzos.

DEJÓ A SU MARIDO EN CAMA y bajó aprisa las escaleras. Ya llegaba tarde a su cita. Se limitó a decir al conductor del *rickshaw* el nombre del teatro y subió al vehículo. Le había hecho esperar todo ese tiempo frente al hospital. Era el más nuevo de todos los que había en la parada del distrito.

En cuanto las ruedas de caucho dejaron atrás la calle en la que se encontraba la clínica, enfilaron la amplia avenida por la que discurría el tranvía. El trote brioso del conductor se aceleraba a medida que se acercaba al distrito de negocios, como si se comunicara con ella. El cuerpo del hombre subía y bajaba, como le sucedía a ella, que sentía en su cabeza una oscilación suave y placentera: el reconfortante alivio que suponía dirigirse al fin al destino ansiado mientras la gente, en el ajetreo de su vida cotidiana, se arremolinaba a su paso.

Durante el trayecto no tuvo tiempo de pensar en asuntos domésticos. La imagen de Tsuda, a

quien había dejado confortablemente instalado en la habitación de la clínica, le aseguraba que podía olvidarse de él durante el resto del día, pues no iba a causarle ya ninguna molestia. Solo su futuro más inmediato parecía acompañarse con el movimiento del *rickshaw*. En realidad, nunca le había interesado mucho el teatro. Estaba más preocupada por llegar puntual a la cita que por perderse el comienzo de la representación. Siguiendo esa misma lógica, le estimulaba más viajar sola en aquel *rickshaw* reluciente que el mero hecho de llegar.

El vehículo se detuvo frente a una casa de té. Respondió con un lacónico «Okamoto» a la pregunta de la mujer que salió a recibirla. Quedó deslumbrada con las luces de la tienda, con los ideogramas del *noren*^[25], con las flores artificiales rojas y blancas que decoraban la entrada. Nada más bajar, la guiaron por un pasillo que conectaba la casa de té con el teatro sin darle tiempo siquiera a ordenar, por forma o color, todas las imágenes que aparecían ante sus ojos. Cuando quiso darse cuenta, estaba en el interior de un edificio en el que se desplegaban motivos y dibujos mil veces más ricos y complejos que los que acababa de ver en el exterior. Al menos eso fue lo que sintió cuando un empleado de la casa de té le abrió la puerta y le dijo «por aquí», o cuando vio a través de una abertura el decorado a lo lejos. Le gustaba ir a ese tipo de lugares: la sensación que le producían no le resultaba del todo desconocida y, sin embargo, también le resultaba siempre nueva. Abrió los ojos como si emergiera de la oscuridad para entrar en un mundo luminoso. El saberse parte de aquel ambiente excitaba sus nervios. Se sentía como si fuera un elemento más del enorme decorado viviente que tenía frente a ella. Todo lo que hiciera a partir de ese momento, quedaría allí enmarcado.

El señor Okamoto no estaba en su asiento, pero sí su mujer y sus dos hijas. O-Nobu tenía sitio de sobra para sentarse, pero Tsugiko, la mayor de las dos chicas, parecía empeñada en impedirle la vista.

—¿Ves bien? ¿Quieres que cambiemos de sitio un rato?

—No, gracias. Estoy bien —dijo O-Nobu, negando con la cabeza.

La menor, Yuriko, tenía solo catorce años. Estaba sentada justo delante de ella y sujetaba con su mano izquierda unos anteojos de marfil. Sin retirar los codos de la barandilla forrada de fieltro rojo donde se apoyaba, se giró hacia ella.

—Llegas tarde. Pensé que te habías ido a casa.

Dada su juventud, carecía aún del tacto necesario para preguntarle por la enfermedad de Tsuda.

—¿Tenías algo que hacer?

—Sí.

O-Nobu prefirió no extenderse en la respuesta y miró al escenario como hacía la madre de las dos chicas, quien no apartaba la vista de él. Al verse, se habían limitado a una educada reverencia sin llegar a cruzar palabra.

—ME ALEGRO MUCHO DE QUE HAYAS VENIDO. Precisamente le decía a Tsugi que hoy te iba a resultar complicado —dijo Yuriko.

En cuanto bajó el telón, la señora Okamoto se relajó y se dirigió a O-Nobu.

—¡Lo ves! Justo lo que yo decía.

Tsugiko miró a su madre con aire triunfal. Se giró hacia O-Nobu y añadió:

—Hemos apostado si vendrías o no. Mi madre decía que no, yo que sí. ¡He ganado!

—¿Lo dices en serio? ¿Ya has estado otra vez con los oráculos?

Tsugiko tenía una pequeña caja de oráculos para predecir el futuro, cuya tapa lacada en negro lucía unos caracteres impresos con tinta dorada en un estilo muy anticuado. «Oráculo sagrado», anunciaban pomposamente. En su interior había cien cuentas hechas de finas tiras de marfil. Tsugiko a menudo le preguntaba: «¿quieres que te lea el futuro?». Con una mano sostenía la cajita y con la otra sacaba del interior una de las cuentas. Dentro de cada una había un papelito enrollado con dichos y refranes. Estaban escritos con unos caracteres diminutos, del tamaño de la cabeza de una mosca. De una funda de algodón rematada con un bordado de seda, la chica sacaba unas gafitas y se ponía a escrutar el texto minuciosamente, dándose muchos aires.

Cuando O-Nobu y Tsuda estuvieron en Asakusa^[26], le compraron aquel elaborado pasatiempo en una de las galerías comerciales. Aún recordaba que habían pagado por él la nada desdeñable cantidad de cuatro yenes. Para Tsugiko, que iba a cumplir veinte años, no era sin embargo más que un entretenimiento inocente que añadía un poco de misterio a su imaginación de chica soltera. A veces, se guardaba la caja debajo del *obi* y salía a la calle con ella.

—¿La has traído? —le preguntó O-Nobu medio en broma.

Tsugiko le dedicó una sonrisa pícara y sacudió la cabeza. Fue su madre quien respondió en su lugar.

—La predicción de hoy no tiene nada que ver con la cajita de oráculos. Es algo mucho más importante.

—¿De verdad?

O-Nobu estaba intrigada. Observó a madre e hija. En cuanto la señora Okamoto se dispuso a explicar lo que quería decir, su hija la interrumpió bruscamente.

—¡No sigas, por favor! No está bien decir esas cosas aquí.

Yuriko, la menor de las dos, que hasta ese momento había escuchado la conversación sin decir nada, se echó a reír.

—Yo sí que puedo decirte de qué se trata.

—¡Cállate! No seas estúpida. Si se lo dices no volveré a ir contigo a clase de piano —le espetó su hermana, visiblemente contrariada.

La madre se rio discretamente para no llamar la atención de la gente que había a su alrededor. O-Nobu también se divertía. A pesar de todo, quería saber cuál era el motivo de la pelea.

—Dímelo a mí, por favor. Da igual si Tsugiko se enfada contigo. Yo te ayudaré, no te preocupes.

Yuriko miró a su hermana, que levantó la barbilla con un gesto con el que pretendía impresionar a su oponente y darle a entender que era ella la única que otorgaba el derecho a contestar o no.

—De acuerdo, Yuriko. Adelante, haz lo que quieras.

Nada más decirlo, se levantó y salió al pasillo.

—¿Se ha enfadado? —preguntó la niña.

—No, solo está avergonzada.

—No tiene por qué avergonzarse por una cosa así.

—Tienes que decirme de qué se trata.

Como O-Nobu conocía bien la psique infantil de Yuriko, seis años menor que su hermana, trató de sacar partido de ello, pero el desplante inesperado de Tsugiko la había enfadado, de modo que su estrategia no resultó. Fue la señora Okamoto la que tuvo que intervenir finalmente.

—En realidad no es tan importante. Tsugi estaba segura de que ibas a venir porque dice que Yoshio es un hombre tierno y considerado que hace todo lo que tú le pides.

—¿En serio? ¿Esa es la opinión que tiene de Yoshio? Me alegra mucho escuchar eso. Tengo que agradecerse.

—Yuriko le ha dicho que lo que tiene que hacer es casarse con alguien como él. Le daba vergüenza explicártelo, por eso ha salido corriendo.

—¡Vaya! —exclamó O-Nobu en un tono más bien apagado.

A O-NOBU LE DIO POR PENSAR DE PRONTO que Tsuda era un hombre muy egoísta. Desde hacía tiempo albergaba la sospecha de que, a pesar de abrirle su corazón, de convertirle en único destinatario de sus amables atenciones, no parecían tener límite los sacrificios que demandaba de ella. Aquello fue como un fogonazo que iluminó su mente con un color muy intenso. Se dio cuenta de que la única persona capaz de arrojar luz sobre aquel asunto estaba justo allí, delante de ella. Miró a la señora Okamoto. O-Nobu, cuyos padres vivían en la distante Kioto, solo podía confiar en su tía de Tokio.

—Me pregunto si un marido no es como una especie de esponja que solo existe para absorber el afecto de su esposa.

Ese era el problema que en realidad quería discutir con su tía, aunque, por desgracia, su orgullo innato, que podía entenderse bien como una forma de resistencia o bien como una especie de engreimiento, la frenaba a la hora de sincerarse con ella. De algún modo, su relación con Tsuda se parecía a la de dos luchadores de sumo enfrentados en el *dohyo*^[27]. Eran oponentes que a veces

llegaban a convertirse en enemigos. A pesar de todo, cuando se trataba de enfrentarse al mundo exterior, O-Nobu sentía que a menos que su marido la apoyase por completo, solo lograría exponer las debilidades de dos personas unidas únicamente como marido y mujer, lo cual le haría sentir una profunda vergüenza. Incluso en los momentos en los que tenía ganas de hablar con su tía, a la que incluía en la categoría de personas del mundo exterior, no era capaz de decirle nada por miedo a que Tsuda lo juzgase escandaloso.

Siempre había temido que si su marido no correspondía sus atenciones, los demás lo interpretarían como la consecuencia lógica de su ineptitud. De entre todas las posibles críticas que pudieran achacarle, la que rechazaba con mayor intensidad, de la que huía como si escapase del fuego, era la de ser considerada una estúpida.

«Hay montones de mujeres jóvenes capaces de manejar a su antojo a hombres mucho más difíciles que Tsuda con un simple chasquido de sus delicados dedos. Si eres incapaz de hacerlo a pesar de tus veintidós años, será porque careces de la inteligencia suficiente.»

Para O-Nobu, inteligencia y virtud eran sinónimos. La posibilidad de que su tía pudiera hacerle un reproche de esas características, le resultaba insoportablemente dolorosa. Admitir como mujer que no tenía la habilidad suficiente para manejar a un hombre habría sido un golpe mortal para su autoestima, una humillación equivalente a confesar su nulidad como ser humano. Por tanto, incluso en el caso de no haber ido al teatro, donde ni el tiempo ni las circunstancias le permitían afrontar una conversación de semejante calado, se habría visto obligada a guardar silencio. Lanzó a su tía una mirada cargada de significado, pero un instante después desvió sus ojos a otra parte.

El telón que ocultaba el escenario se movió ligeramente. A través de una pequeña ranura en una de sus costuras, alguien observaba a los espectadores. O-Nobu tuvo la impresión que la miraban a ella y apartó la vista. Abajo, en la platea, se desató de repente un movimiento general: la gente se levantaba de sus sitios y otras personas volvían a ocupar los suyos, así como algunos se dedicaban a pasear de acá para allá. A pesar de que la mayoría no se había movido del sitio, la gente cambiaba de postura sin cesar, se inclinaba hacia atrás, hacia delante, a izquierda o a derecha. Nadie permanecía quieto un solo momento. Las incontables cabezas negras se asemejaban a un remolino. El brillo intermitente provocado por las galas de algunos espectadores le causaba una sensación placentera e inquietante a la vez.

Apartó la vista del foso de la orquesta y miró indiferente hacia el lado opuesto a ella. Yuriko, que hasta ese momento le había dado la espalda, se volvió y le dijo:

—¿Has visto? Allí está la señora Yoshikawa.

O-Nobu miró sorprendida hacia el lugar donde indicaba la niña.

—Tienes muy buena vista, Yuriko. ¿Cuándo la has visto?

—No la he visto. Siempre he sabido que estaba ahí.

—¿Tu madre y Tsugiko también lo sabían?

—Lo sabe todo el mundo.

Ella era en verdad la única que no lo sabía. Con la vista fija en ese punto, vio que la señora Yoshikawa apuntaba sus anteojos hacia ella.

«No me gusta que me observen.»

O-Nobu hizo ademán de esconderse. Los anteojos, en cambio, no perdían detalle desde el otro lado del teatro.

«En ese caso no me queda más remedio que escapar.»

O-Nobu salió al pasillo para buscar a Tsugiko.

48

LA ESCENA EN EL PASILLO estaba igual de animada, como era de esperar en un día así. Gente desconocida iba y venía incesantemente de un lado a otro. O-Nobu se apoyó contra una columna en un rincón tranquilo hasta que encontró a Tsugiko, lo que le llevó un tiempo considerable. Nada más verla en la cola de uno de los puestos que había en lado opuesto al suyo, bajó las escaleras y caminó presta a su encuentro.

—¿Qué compras? —le preguntó antes de que notara su presencia.

Tsugiko se dio media vuelta, casi se rozaron. Las dos jóvenes se sonrieron.

—Hajime me dijo que le llevara un recuerdo, pero no encuentro nada. Al menos nada que le guste.

Tsugiko pensaba equivocadamente que allí podría encontrar un juguete adecuado para un niño, y delante de todos aquellos artículos no sabía si quedarse con alguno o renunciar por completo a la idea. Dudaba entre unas horquillas decoradas con unas flores, un estuche para pañuelos, una toalla de mano... Todos los artículos llevaban impresos los emblemas de actores famosos. Miró a O-Nobu suplicante, en busca de respuestas.

—¡Nada de eso sirve! A ese niño no le gustan más que las pistolas, las espadas de madera y cosas por el estilo. No vas a encontrar nada para él en un lugar tan elegante como este —le dijo O-Nobu.

El hombre del puesto se rio. O-Nobu agarró a Tsugiko por la mano.

—¿Por qué no se lo compras después de consultarlo con tu madre?

—Siento mucho no poder ayudarlas —se excusó el hombre.

—Quizá volvamos luego —adujo la mayor.

O-Nobu arrastró a Tsugiko hasta el final del pasillo y, a pesar de su resistencia, la obligó a renunciar a la idea del regalo. Se detuvieron al lado de una columna que usaron para separarse de la gente.

—¿Por qué no ha venido tu padre?

—Pronto llegará.

O-Nobu pensó que si un hombre tan corpulento como él iba a ocupar su sitio en un espacio atestado ya por cuatro mujeres^[28], el espectáculo no iba a pasar inadvertido a nadie.

—Si se sienta a mi lado me va a aplastar.

—Puedes cambiarle el sitio a Yuriko.

—¿Por qué?

—Mejor así. Después de todo a Yuriko le da igual haber venido o no.

—Entiendo. En ese caso imagina que Yoshio no estuviera enfermo, que hubiera venido conmigo. ¿Qué haríamos entonces?

—Seguro que habríamos encontrado un remedio. Podríamos haber reservado un sitio más grande, incluso habernos sentado con los Yoshikawa.

—¿Estabais ya citados con ellos?

—Sí.

Tsugiko no dijo nada más. O-Nobu no sabía que ambas familias tuvieran una relación tan estrecha. Se preguntaba si la fecha tenía algún significado especial, pero se sentía inclinada a pensar que tan solo era una más entre los compromisos sociales de la gente acomodada. No quiso preguntar más y la conversación se desvió al tema de los anteojos de la señora Yoshikawa.

—Me ha mirado directamente. ¿Puedes creerlo?

—Supongo que es muy descarado por su parte, pero es lo que se hace en Occidente. O eso dice mi padre.

—¿Quieres decir que en Europa y en América a la gente no le importa? En ese caso no le importará que la mire yo a ella, aunque no sé si debo hacerlo.

—Hazlo. Es probable que le guste y piense que eres una mujer inteligente y elegante.

Las dos mujeres se rieron. Un joven se acercó y se detuvo un momento a su lado. Llevaba un emblema de dos colores cosido en su *haori* y vestía una *hakama* de sarga sin dividir. Se disculpó con un gesto respetuoso y pasó de largo. Tsugiko se sonrojó.

—Volvamos dentro —urgió a O-Nobu.

Entraron juntas y volvieron a ocupar sus asientos.

LA ATMÓSFERA EN EL INTERIOR DEL TEATRO no había cambiado. O-Nobu y Tsugiko vieron a los hombres y mujeres caminando en mitad de una gran confusión, como si unos pasaran sobre las cabezas de otros. Todos gesticulaban exageradamente para atraer la atención sobre ellos. En un instante, los aspavientos desaparecieron para dar paso a gestos más sutiles. Para O-Nobu aquello no era más que un microcosmos desordenado, aunque al mismo tiempo resplandeciera.

De entre bambalinas, llegaba de tanto en tanto el ruido sordo de los martillos de los tramoyistas, que parecían despertar la curiosidad general. El sonido de los clavos al hundirse en la madera, era como un aviso para concentrar la atención dispersa en un punto concreto.

Lo más extraño de todo era el comportamiento de los espectadores. Durante el largo intermedio en el que no había nada que hacer, nadie se quejó, como si no se aburrieran. Todos aguardaban con calma, llenaban sus estómagos vacíos y se divertían como si se emborracharan con cada nueva bocanada de aire. De vez en cuando se giraban para observar la expresión de los demás, y sus sentimientos compartidos se transformaban en un nuevo motivo de embriaguez.

O-Nobu y Tsugiko volvieron a ocupar sus respectivos asientos, mirando a su alrededor. Como de mutuo acuerdo, miraron en la dirección donde estaba sentada la señora Yoshikawa. Sus anteojos, en cambio, ya no enfocaban hacia ellas. La señora se había ido.

—¡Mira, no está!

—Tienes razón.

—¿La busco?

Yuriko se acercó los anteojos a la cara.

—No está, no está. Se ha marchado. Está tan gorda como dos mujeres, así que no tardaría mucho en encontrarla.

Mientras hablaba, Yuriko apartó a un lado los anteojos de marfil. A pesar de ir muy formalmente vestida, con el *obi* bien subido hasta casi esconder el estampado de seda de la espalda de su kimono, habló en un tono muy despreocupado, casi maleducado. Su hermana, haciendo gala de la dignidad propia de su edad, se esforzó en disimular la risa y la regañó.

—¡Yuriko!

La niña no se dio por aludida. Levantó un poco la nariz, gesto habitual, y la apuntó hacia su hermana, dando a entender que no había dicho nada fuera de lugar.

—Me quiero ir a casa. Espero que papá venga pronto.

—Si quieres irte no hace falta que le esperes.

—Acabo de cambiar de idea. Me voy a quedar.

Yuriko no se movió del sitio. En contraste con su petulante puesta en escena, como solo una niña sabía hacer, O-Nobu se giró hacia su tía haciendo gala de toda su discreción.

—¿Debo ir a saludar a la señora Yoshikawa? No me parece adecuado quedarme aquí sentada sin decir nada.

Lo cierto era que no le gustaba la señora Yoshikawa. Estaba convencida de que el sentimiento era recíproco. Es más, tenía la vaga impresión de que si la infelicidad se había instalado en su matrimonio, era porque nunca le había gustado a esa mujer pese a no haberle dado motivos para ello. Cuando se había dado cuenta de que la miraba con los anteojos, supo que debía acercarse para

decirle algo, si bien fue incapaz, sin embargo, de reunir el coraje necesario. Por eso, al formular su inquietud en forma de pregunta, realmente lo que esperaba era que su tía la acompañara.

—Me parece bien. Ve ahora.

—No está en su sitio.

—Habrá salido al pasillo. Seguro que la encuentras ahí.

—Está bien. ¿No vienes conmigo?

—¿Quieres que vaya?

—¿Eso quiere decir que no va a venir?

—Sí, supongo que sí. Después de todo, ya es casi la hora de cenar y puesto que vamos a hacerlo todos juntos, pensaba ir ahora.

—¿Tenían un compromiso con ellos? No sabía nada. ¿Van a cenar juntos?

—Todos nosotros vamos a cenar juntos.

—¿Yo también?

—Por supuesto.

O-Nobu se sentía abrumada. Tras una breve pausa volvió a hablar.

—En ese caso luego hablaré con ella.

EL SEÑOR OKAMOTO llegó al cabo de un rato. El mismo hombre de la casa de té que poco antes había acompañado a O-Nobu le abrió la puerta del palco. El señor Okamoto miró dentro y pidió a Yuriko que saliera al pasillo, donde hablaron en voz baja para no molestar a los demás. Después de intercambiar tres o cuatro palabras, Yuriko se marchó del teatro acompañada por el hombre de la casa de té. El señor Okamoto ocupó el sitio que había quedado libre, pero dada su corpulencia, no le resultó sencillo acomodarse en un lugar tan estrecho. Una vez acomodado, se dio media vuelta como si acabara de recordar algo.

—O-Nobu, ¿quieres que te cambie el sitio? Debe de ser un fastidio que te quite toda la vista.

De hecho, la joven tenía la sensación de que le habían colocado una montaña delante. Preocupada por no molestar a los demás espectadores, absorbidos con la representación, prefirió no moverse. El señor Okamoto, que nunca llevaba el quimono interior de lana en contacto directo con la piel, cruzó sus brazos desnudos y miró en la misma dirección que el resto de la gente, como si asumiera que eso era lo esperable dada su condición social. Sobre el escenario, un hombre extraño, muy pálido, caminaba incansable bajo unos sauces. El joven galán vestía un elegante quimono a rayas y lucía un *obi* de Hakata^[29] caído sobre las caderas y calzaba unas sandalias de suela de cuero que al caminar hacían un ruido que parecía molestar a Okamoto. El joven miraba el puente que había sobre el escenario, los sauces, los almacenes encalados alineados a ambos lados... En un momento dado miró a los espectadores, cuyas caras se tensaron. Los movimientos de aquel joven que caminaba por el escenario golpeando sus sandalias contra el suelo, parecían tener un significado oculto. La audiencia se había sumido en un silencio tal que ni siquiera se escuchaba su respiración. Tal vez porque acababa de llegar de la calle, al señor Okamoto le resultó muy difícil adaptarse a la tensa atmósfera, aunque también podría resultarle tonta la escena que a todos sobrecogía. Al cabo de un rato se volvió para dirigirse a O-Nobu, de nuevo en voz baja.

—¿Qué tal la obra? ¿Es interesante? ¿Cómo está Yoshio?

La joven respondió a sus tres preguntas en orden. Tras escuchar sus respuestas, Okamoto le hizo una nueva, que acompañó con una mirada muy significativa.

—¿Cómo ha ido hoy? ¿No te ha puesto pegas Yoshio para venir? Seguro que se ha quejado. ¿A que sí? Seguro que ha dicho lo atroz que le parece que vengas al teatro mientras él tiene que quedarse en cama.

—No, no. Nada de eso.

—¡Algo habrá dicho! Como poco que soy una compañía poco conveniente. Estoy seguro. Cuando hablamos por teléfono te noté rara.

Nadie a su alrededor hablaba, ni siquiera susurraba. Por ello, extenderse con las respuestas le parecía muy inoportuno. En su lugar, se limitó a sonreírle.

—Da igual. Ya hablaremos más tarde. No te preocupes.

—No estoy preocupada.

—¿De verdad? A mí me parece que ha tenido que ser molesto verte obligada a lastimar los sentimientos de tu marido al poco de casaros.

—No he herido sus sentimientos.

O-Nobu frunció el ceño en un gesto de fastidio. El señor Okamoto dio por finalizadas sus bromas y adoptó un gesto serio.

—La razón por la que te hemos pedido que vinieras hoy, no es solo para que pudieras disfrutar de la obra. Tu presencia es imprescindible, y por eso te hemos obligado a venir pese a la enfermedad de Yoshio. Te lo explicaré todo más tarde. Y tranquila, también se lo explicaré a él con todo detalle.

Los ojos de O-Nobu se apartaron del escenario.

—¿De qué hablas?

—No puedo decírtelo ahora. Te lo diré más tarde.

A O-Nobu no le quedó más remedio que guardar silencio.

—Hoy vamos a cenar con los Yoshikawa. ¿Lo sabías? Mira, el señor acaba de llegar —añadió.

O-Nobu vio, en efecto, al señor Yoshikawa, a quien no había visto hasta ese momento.

—Ha venido conmigo del club.

Su conversación se interrumpió en ese punto. O-Nobu se concentró de nuevo en el escenario. Sin embargo, antes de que transcurrieran diez minutos, el hombre de la casa de té volvió a distraerla. Le susurró algo a su tía. Ella se inclinó hacia su marido.

—Los Yoshikawa dicen que está todo dispuesto para la cena. Nos piden que vayamos en el siguiente intermedio.

El tío de O-Nobu transmitió su respuesta al mensajero.

—Por nuestra parte no hay problema.

El hombre se retiró con sumo cuidado. O-Nobu no podía dejar de preguntarse qué iba a suceder, pero esperó aquella cena en silencio.

51

UNA HORA MÁS TARDE, O-Nobu se levantó de su sitio y caminó junto a Tsugiko detrás de sus tíos hasta el restaurante que había en la segunda planta.

—¿Qué va a pasar ahora? —le susurró a su prima mientras caminaba pegada a ella por el estrecho pasillo.

—No lo sé.

—¿Se trata solo de una cena?

—Supongo que sí —contestó la chica sin levantar la vista del suelo.

O-Nobu tenía la impresión de que cuanto más le preguntase más vagas iban a ser sus respuestas, por lo que decidió no insistir. Quizá se sentía cohibida por la presencia de sus padres o quizá era cierto que no sabía nada, aunque tampoco era descabellado pensar que, aunque lo supiera, no quería decírselo y por ello se limitaba a responderle con lacónicos susurros.

Una multitud atestaba el pasillo. Miradas furtivas se clavaban en las dos jóvenes, si bien se centraban más en Tsugiko. La diferencia entre ambas se hizo evidente a ojos de O-Nobu. A pesar de que aventajaba a su prima en líneas generales, no le quedaba más remedio que rendirse ante la superioridad de Tsugiko en cuanto a la vestimenta o sus rasgos faciales. Sentía celos de aquella prima suya, que parecía dotada de una inextinguible timidez infantil, una ingenuidad y frescura virginales. Era condescendiente con ella por ser tan inocente, pero al mismo tiempo la envidiaba hasta el extremo de haber intercambiado sus papeles de ser esto posible. «¿Era yo también así de cándida antes de casarme?», se preguntó.

Por fortuna o por desgracia, ya no se acordaba de aquella época. Nunca lo había pensado hasta entonces, pues no solía compararse con Tsugiko. Sin embargo, ahora que caminaban hombro con hombro a lo largo de aquel pasillo iluminado con resplandecientes candelabros, sintió el golpe de una repentina tristeza que nunca antes había experimentado. Era una sensación dulce, pero capaz de transformarse rápidamente en lágrimas. Sintió un fuerte deseo de agarrar la mano de aquella a quien tanto envidiaba.

Desde el fondo de su corazón quería gritarle: «Eres mucho más inocente de lo que yo fui nunca, por eso te envidio. Pero toda esa inocencia es un arma que no te servirá de nada con tu futuro marido. Aunque hagas como yo, aunque le trates de una manera irreprochable, jamás te apreciará como desearías. Pronto sacrificarás esa pureza para conservar su amor y, a pesar de todo, por mucho que te entregues a él en cuerpo y alma, te seguirá tratando sin el cariño que buscas. Te envidio, pero también siento lástima por ti. Tienes ahora, sin saberlo, un precioso don que pronto perderás. Por suerte o por desgracia, yo siempre he carecido de esa virtud tuya, por lo que mi pérdida no ha sido tan grande. Tú eres distinta. Tan pronto como te cases te arrebatarán tu inocencia. Eres mucho más digna de lástima que yo».

Las dos jóvenes caminaban despacio. Cuando la multitud ocultó a sus tíos, la tía de O-Nobu se dio media vuelta.

—¡Daos prisa! ¿Por qué os quedáis tan rezagadas? Los Yoshikawa ya han llegado. Nos esperan.

Solo miró a Tsugiko. Sus palabras parecían dirigirse exclusivamente a ella. En cuanto O-Nobu escuchó el apellido Yoshikawa, desapareció de golpe la melancolía a la que se había abandonado. No le gustaba la señora Yoshikawa. Estaba segura de que el sentimiento era mutuo. No le quedaba más remedio, en cambio, que hacer gala de sus mejores modales, pues aquella era la esposa de un hombre importante que siempre había tratado a su marido de modo excepcional. Se esforzó por mantener la calma a pesar de la evidente tensión que la atenazaba, adoptó una expresión impasible y entró en el restaurante detrás de los demás.

TAL COMO HABÍA ANUNCIADO SU TÍA, el señor y la señora Yoshikawa habían llegado a la cita antes que ellos. La mujer que tanto preocupaba a O-Nobu hablaba con su tío de pie junto a la entrada. La enorme figura de la mujer desbordaba la ya de por sí considerable corpulencia de su tío, de espaldas a ella. La señora Yoshikawa, con las mejillas hinchadas por una amplia sonrisa, clavó sus ojos en O-Nobu. El destello de una repentina chispa, desapareció casi en el mismo momento de nacer. Las dos mujeres no quisieron advertir la presencia de la otra hasta que se vieron forzadas a cumplir con las formalidades del saludo.

Concentrada en su presencia, O-Nobu no vio al joven que estaba a su lado. Era, sin lugar a dudas, el mismo que la había sorprendido en el entreacto cuando hablaba con Tsugiko y criticaba, medio en broma pero descortésmente, a la señora Yoshikawa y sus anteojos. No pudo evitar que un ligero estremecimiento le recorriera el cuerpo.

Durante el intercambio de saludos, esperó en un discreto segundo plano, y cuando llegó su turno, le presentaron al desconocido simplemente como Miyoshi. La encargada de hacerlo no fue otra que la señora Yoshikawa, que se limitó a repetir la misma fórmula de cortesía que había utilizado con los Okamoto y con Tsugiko. No averiguó mucho más de él.

La señora Yoshikawa se sentó entre el tío de O-Nobu y Miyoshi. Su tía lo hizo en una esquina, y Tsugiko enfrente de Miyoshi. O-Nobu, vacilaba en ocupar el asiento que había quedado libre delante de la mujer del señor Yoshikawa, junto a este.

—Siéntese, por favor —le dijo el señor Yoshikawa mirándole directamente a los ojos para presionarla.

—Sí, por favor, tome asiento —añadió su esposa con voz suave pero mirada severa—. Siéntese, no sea usted tan reservada.

No le quedó más remedio que ocupar el sitio que quedaba frente a ella. Decidió comportarse con una discreción inspirada por la cortesía. En el otro extremo de la mesa, estaba la cándida Tsugiko, con una actitud diametralmente opuesta a la suya. Verla así reforzó su decisión.

Tsugiko se mostraba aún más sumisa de lo normal. Hablaba sin apenas levantar los ojos, con una expresión cercana al dolor. O-Nobu la miraba con lástima. Se fijó después en la señora Yoshikawa: una mujer como ella, acostumbrada las relaciones sociales, no era de las guardan silencio. Intercambiaron unas palabras de cortesía, nada que trascendiera aquel instante. A O-Nobu le pareció que podía recurrir a Tsuda, un asunto de interés para ambas, pero mientras dudaba si hacerlo o no, la señora se dirigió a Miyoshi, sentando a su lado:

—No te quedes callado, Miyoshi. Cuéntale a Tsugiko algo interesante de tu estancia en el extranjero.

Miyoshi, que hablaba con la señora Okamoto, se volvió para contestarle.

—De acuerdo, como usted desee —respondió dócil, en voz baja.

—Cuéntale lo que quieras, lo que se te ocurra. No te quedes mudo.

Su imperativo provocó la risa general.

—¿Por qué no nos cuentas otra vez lo de tu huida de Alemania?

El señor Yoshikawa se apresuró a concretar la imprecisa orden de su mujer.

—Ya lo he contado muchas veces. No quiero aburrirles con la misma historia.

—No te preocupes, nos encantará volver a oírlo. Me imagino que incluso para una persona tan tranquila como tú, tuvo que ser algo muy emocionante.

—Un poco de emoción no habría estado mal, pero el miedo me impedía disfrutar. De hecho, no recuerdo con claridad lo ocurrido.

—¿No llegaste a pensar que te iban a matar?

—Desde luego que sí.

Miyoshi se esforzaba por revivir el episodio con la ayuda del señor Yoshikawa.

—Estoy convencido de que no te habrían matado, y menos un tipo como aquel.

—¿Por qué? ¿Porque soy más audaz?

—No exactamente. Más bien por tu ansia de vivir.

Tsugiko soltó una risita sin llegar a levantar la vista. O-Nobu solo pudo entresacar de su historia, que había tenido que abandonar Alemania más o menos cuando empezó la guerra.

53

LA CHARLA SOBRE LA ESTANCIA DE MIYOSHI en el extranjero, animó la velada durante un buen rato. O-Nobu se admiraba de la habilidad de la señora Yoshikawa para alargar la conversación con frases ingeniosas que añadía de vez en cuando. Sus esfuerzos para que el joven desconocido les complaciera resultaban evidentes. El joven, de carácter más bien taciturno, le seguía el juego sin ser totalmente consciente de que se dejaba engatusar por aquella señora que se empeñaba en alardear de sus virtudes.

En el transcurso de la conversación, O-Nobu no tuvo oportunidad de decir una sola palabra. Desde el momento en que se vio obligada a asumir el silencioso papel de espectadora, su ojo crítico operó de forma mucho más eficiente. Escrutaba cada gesto de la señora Yoshikawa, analizaba su estrategia, que había construido con una mezcla de franqueza e indiscreción sin que por ello dejase ver artificio alguno. Se veía obligada a admitir la enorme distancia existente entre el temperamento de ambas. Una distancia que, sin embargo, no entendía en sentido vertical, sino horizontal. En cualquier caso, aquello no implicaba que la mujer no le inspirase respeto. En algún lugar de su interior latía una señal de alarma, la intuición de un peligro que la acechaba. Si la actitud autoritaria de la mujer podía atribuirse a la posición dominante que ocupaba en ese momento, ¿eso no significaba que era potencialmente dañina?

«Quizá sean solo imaginaciones mías», se decía O-Nobu cuando la señora Yoshikawa se volvió hacia ella.

—Nobuko, ¿probablemente le sorprenda lo mucho que hablo?

O-Nobu se sintió desamparada. Aunque en presencia de Tsuda nunca se había quedado sin palabras, ahora no supo cómo comportarse. Una leve y apagada sonrisa llenó el silencio, si bien apenas era una mueca encantadora carente de propósito alguno.

—En absoluto, la escucho con sumo interés —contestó, pese a saber que su respuesta llegaba demasiado tarde.

Se apoderó de ella la amarga sensación de que lo había echado todo a perder. El entusiasmo que albergaba ante la posibilidad de congraciarse con la señora Yoshikawa quedó anulado. Esta cambió de tono inmediatamente, hasta que su voz adquirió un matiz cruel.

—Ya ha pasado tiempo desde que volvió usted del extranjero, ¿no es cierto señor Okamoto? —preguntó a su tío.

—Desde luego, fue hace mucho.

—¿Cuánto exactamente? ¿Hace un año?

—Veamos, fue en...

—¿En la época de la guerra franco-prusiana?

—¡No diga tonterías! No soy tan viejo. Aún recuerdo que hice de guía para su marido en Londres.

—¿Entonces no le sorprendió el asedio de París?

—¡Déjese de sinsentidos!

La señora Yoshikawa desvió la conversación de la estancia de Miyoshi en el extranjero hacia otro tema con el que guardaba relación. El señor Yoshikawa se sintió en la obligación de unirse a la charla con su amigo Okamoto.

—Era la época en la que los automóviles constituían aún toda una novedad, cuando todo el mundo se volvía a mirarlos.

—Sí, la época de esos autobuses lentos y terribles que no quedaba más remedio que utilizar.

Sus recuerdos no significaban nada para los demás, pero ellos compartían cierta nostalgia por aquel tiempo pasado. Okamoto miró a Tsugiko y a Miyoshi. Después, con una sonrisa irónica, le dijo a Yoshikawa:

—Nos hacemos viejos, ¿no te parece? Soy consciente de ello, pero no puedo evitar verme como el ocupado joven que fui, siempre de un lado para otro. Ahora que estoy aquí sentado al lado de mi hija Tsugiko, en cambio, no me queda más remedio que reconsiderarlo todo.

—En ese caso deberías estar siempre sentado a su lado.

La señora Okamoto no dejó pasar la oportunidad de lanzar una puñalada a su marido.

—Tienes razón —contestó él—. Cuando regresé de mi estancia en el extranjero ella era apenas una... —Hizo una breve pausa para reflexionar—. ¿Cuántos años tenías?

Su mujer guardó silencio, dándole a entender que no se sentía obligada a llenar los huecos de su memoria.

—Me temo que dentro de poco comenzarán a llamarnos abuelos. Lo mejor es que nos preparemos —le dijo el señor Yoshikawa.

Tsugiko se sonrojó y bajó la mirada. La señora Yoshikawa se giró deprisa hacia su marido.

—Deberías estar contento de tener en el señor Okamoto un reloj biológico que te recuerda tu edad. Tú, al contrario que él, careces de alarma alguna que te recuerde que el tiempo pasa. Por eso eres tan insoportable.

—Pero gracias a eso va a ser siempre joven, ¿no os parece? —intercedió el señor Okamoto. Su ocurrencia hizo reír a todos.

54

LOS DEMÁS CLIENTES, no tan numerosos y mucho más silenciosos, miraban de vez en cuando al grupo de O-Nobu, que se hallaba inmerso en una animada conversación, como si hubiera perdido el interés por lo que sucedía en el escenario. A su mesa no dejaban de llegar platos y más platos mientras que los demás comensales, que tan solo habían pedido algo ligero para no perder tiempo, ya empezaban a marcharse. No era el momento de dejar las servilletas encima de la mesa acuciados por la prisa. El grupo de O-Nobu disfrutaba del sosiego de quienes han ido al teatro a pasarlo bien en lugar de a disfrutar de la representación.

—¿Ha empezado ya? —preguntó Okamoto a una camarera vestida con un uniforme blanco después de echar un vistazo a su alrededor.

—Sí, señor. Acaba de empezar en este momento —le contestó la chica mientras colocaba un plato caliente frente a él.

—Da igual. En ocasiones así el estómago es más importante que la vista.

Se abalanzó sobre un pedazo de pollo sin quitarle la piel. El señor Yoshikawa tampoco parecía muy interesado en lo que ocurría en el escenario. Como su amigo, habló de algo que no tenía absolutamente nada que ver con la representación.

—¿Aún disfrutas con la comida, verdad? —le espetó—. Señora Okamoto —añadió volviéndose hacia ella—, ¿conoce usted la historia de cuando a su marido tuvo que subirle a hombros un extranjero? Le aseguro que entonces estaba mucho más gordo que ahora.

La señora Okamoto no sabía nada. Yoshikawa le preguntó también a Tsugiko, que tampoco había oído nada al respecto.

—¿De verdad? Supongo que guarda el secreto porque lo considera bochornoso —dijo

Yoshikawa.

—¿Qué dices?

Okamoto levantó los ojos del plato y miró a Yoshikawa con una expresión extraña. Fue la mujer de este, en cambio, quien tomó la palabra.

—Es probable que pesara demasiado y terminase por aplastar a ese pobre extranjero.

—De haber sido así, seguro que se sentiría muy orgulloso, pero en realidad se quedó plantado sobre los hombros de aquel hombre en medio de una multitud en pleno centro de Londres mientras todo el mundo le miraba perplejo. Se subió para ver la procesión.

Okamoto no se reía.

—¿Qué estás contando? ¿Cuándo diablos se supone que ocurrió eso?

—En la coronación de Eduardo VII. Estábamos frente a Mansion House. Tratábamos de ver el desfile. Los ingleses son mucho más altos que nosotros, así que no te quedó más remedio que pedirle al dueño de la pensión donde te alojabas que te subiera a hombros.

—¡No digas sandeces! No era yo. Se trataba de otra persona. Lo recuerdo perfectamente, era Cara de Mono.

La explicación de Okamoto sonó convincente, pero cuando dijo «Cara de Mono» provocó una risa general.

—Es verdad, la historia encaja a la perfección con él. Por muy grandes que sean los ingleses, no pueden serlo mucho más que tú —le reconoció Yoshikawa—. Sin embargo, ese Cara de Mono era un tipo minúsculo.

¿Había fingido que no sabía la verdad o realmente la ignoraba? Yoshikawa había comprendido al fin cómo había ocurrido la historia y no dejaba de repetir una y otra vez el mote de aquel pobre hombre.

—¿Quién diablos es ese Cara de Mono del que habláis? —preguntó la señora Yoshikawa sin ocultar su desaprobación.

—Alguien a quien no conoces.

—No se preocupe, señora Yoshikawa. Incluso en el caso de que estuviera aquí presente, no le importaría que se lo dijésemos a la cara. Tampoco a mí me importaría que me llamase Cara de Cerdo, como solía hacer a menudo.

En el transcurso de la absurda conversación, O-Nobu fue incapaz de aportar nada. Parecía que se le escapaba la oportunidad de agradar a la señora Yoshikawa y ella no le prestaba la más mínima atención; más bien la evitaba. Solo hablaba con Tsugiko, sentada algo más lejos en el mismo lado de la mesa. Se esforzaba por colocarla en el centro de la atención general, aunque solo fuera por un minuto. Tsugiko, en lugar de agradecersele, parecía fastidiada, lo que excitaba los celos O-Nobu.

«¡Si yo estuviera en su situación!» A pesar de la envidia, no podía evitar compadecerse por

ella: «¡Pobre chica!», se repetía una y otra vez.

CUANDO EN LOS CENICEROS se hubieron acumulado dos centímetros de ceniza de los cigarrillos que los hombres habían encendido después de cenar, decidieron levantarse. Alguien preguntó la hora, lo que provocó de manera fortuita que O-Nobu cambiase de posición. La señora Yoshikawa aprovechó la oportunidad para dirigirse a ella antes de que se levantara.

—¿Cómo se encuentra su marido?

La inesperada pregunta la sorprendió. Sin esperar su respuesta, se apresuró a añadir:

—Quería preguntártelo desde hace rato, pero por alguna razón no consigo hablar más que de cosas banales.

A O-Nobu la excusa le sonó falsa, no tanto por su forma de hablar, ni siquiera por su actitud, como por algo más profundo. O-Nobu recordaba perfectamente las palabras que había escogido para saludarla cuando entró al restaurante. Había hablado más en nombre de su marido que en el suyo propio. Ella, por su parte, se inclinó con una reverencia y le dijo: «Le agradezco mucho sus atenciones con mi marido». La señora Yoshikawa, sin embargo, no le preguntó nada sobre el estado de salud de Tsuda. O-Nobu era la última persona del grupo a quien saludaba. Había tenido el tiempo suficiente de acordarse de él. En cambio, nada más cumplir con las formalidades se dio media vuelta como si se hubiera olvidado por completo de la visita de Tsuda unos días antes.

O-Nobu no interpretó su comportamiento como consecuencia del desprecio que despertaba en ella. Debía de haber otra razón. De no ser así, no entendía por qué evitaba pronunciar el nombre de Tsuda delante de ella. Sabía perfectamente que la señora Yoshikawa estaba muy orgullosa de su marido. ¿Por qué evitaba entonces hablar de él con su mujer? No lo entendía. Pese a intentar comenzar una conversación sobre Tsuda, lo único que ambas tenían en común, durante el transcurso de la cena y aprovechar así la oportunidad para desplegar sus encantos femeninos, tan apreciados por el resto, vio su tentativa frustrada: sus esfuerzos solo encontraron la fría respuesta de la señora Yoshikawa. Cuando finalmente se levantaron de sus asientos y la señora se dirigió a ella, O-Nobu no se dio por satisfecha con aquellas explicaciones que juzgaba falsas. Se preguntaba si aquella mujer no estaría tramando algo más al margen de los acostumbrados formalismos.

—Está muy bien, gracias.

—¿Ya le han operado?

—Sí, hoy mismo.

—¿Hoy? ¿Y pese a todo has venido?

—No era tan grave.

—Pero imagino que estará en cama...

—Sí.

La actitud de la señora Yoshikawa mostraba su completa desaprobación. Su silencio parecía querer reprocharle que no se ocupara mejor de su marido. Para O-Nobu, la señora Yoshikawa, tan franca y directa con los demás, se comportaba con ella de una forma ladina.

—¿Está en el hospital?

—No se le puede llamar hospital. Disponen de una habitación en el piso de arriba que casi siempre está desocupada. El doctor le ha dicho que se quede allí cinco o seis días.

La señora Yoshikawa le pidió la dirección. No le dijo si iría a visitarle o no, pero O-Nobu se preguntó si no había sacado el tema precisamente para eso. Por primera vez creyó entender los propósitos de aquella mujer.

El señor Yoshikawa, que, al contrario que su mujer, en ningún momento se mostró preocupado por Tsuda, se dirigió también a ella:

—Me dijo que su enfermedad es consecuencia de la que padeció el año pasado. Es una desgracia que caiga enfermo tan a menudo, tan joven como es, pero no tiene por qué estar ingresado solo cinco o seis días. Dígale de mi parte, por favor, que se cuide, que se tome todo el tiempo que necesite.

O-Nobu le dio las gracias.

Los siete salieron del restaurante y tomaron caminos separados en el pasillo.

56

O-NOBU PASÓ EL RESTO DEL DÍA con la familia de su tía sin que nada más la turbara. La imagen de Tsuda tumbado en la cama con el camisón que le había hecho ocupó su mente pese a no despegar la vista del escenario. En su visión, su marido dejaba boca abajo el libro que leía y la observaba desde la distancia. Ella trató de responder a su inquisitiva mirada con alegría, pero la imagen cambió por otra que expresaba un mensaje distinto: «No, no me malinterpretes. He venido aquí para ver lo que haces. No tengo nada especial que decirte». O-Nobu se quedó petrificada. Se sintió como una tonta y se preguntó qué clase de estupidez era aquella. La imagen de Tsuda se desvaneció como la de un fantasma. La segunda vez que se le apareció, fue O-Nobu quien se adelantó: «No estoy pensando en ti». La tercera vez, le dieron ganas de chasquear la lengua en señal de molestia.

Desde antes de entrar en el restaurante, no había vuelto a pensar en su marido. Aquel inesperado pensamiento solo era fruto de los caprichos de su mente. O-Nobu comparó su estado mental antes y después. No podía dejar de escuchar una y otra vez el nombre de la señora Yoshikawa, a quien consideraba responsable de aquel cambio brutal en su estado de ánimo. Si no se hubiera visto obligada a compartir cena con ella, aquello no habría pasado, estaba convencida de ello. Se preguntó qué elemento concreto había hecho fermentar aquel licor amargo, cómo se había infiltrado en su mente, y no supo qué responder. Tan solo disponía de algunos datos imprecisos, y, si bien había llegado a una conclusión bastante obvia, al dudar de las premisas no pudo darla por buena. A pesar de todo, creía firmemente que la causa de sus problemas era la señora Yoshikawa.

O-Nobu temía que una vez terminada la obra fuesen a la casa de té donde, con toda seguridad, se

volvería a encontrar con ella. Si se daba el caso, trataría de sondearla un poco. Con la confusión de aquella precipitada despedida, estaba convencida de que no tendría oportunidad, pero su curiosidad la acuciaba.

Por fortuna, fueron a distintas casa de té. No hubo rastro de la señora Yoshikawa por ninguna parte. Cuando el señor Okamoto se ponía su abrigo con cuello de piel, le preguntó:

—¿Quieres quedarte esta noche en casa?

—Es muy amable por su parte —dijo ambigua.

Miró a su tía y sonrió. Ella miró a su marido con una expresión como si le dijera: «Me sorprende lo poco perspicaz que eres». ¿No se daba cuenta, o sí lo hacía y prefería no darle importancia? Okamoto repitió su ofrecimiento en un tono más serio.

—Si quieres quedarte a dormir en casa, hazlo. No tienes por qué ser tan reservada con nosotros.

—¿No te das cuenta de que no puede? —intercedió su mujer—. La criada espera que regrese. Le estás pidiendo un imposible.

—¡Ah, sí! Cierto, no es buena idea que la chica esté sola.

Le dio a entender que era mejor así, aunque en realidad se lo había propuesto sin que le importara mucho su respuesta.

—Ahora que lo pienso. Desde que me casé no he vuelto a pasar una noche en su casa —dijo O-Nobu.

—Es cierto. Tu conducta ha sido admirable, irreprochable.

—No me adule... Yoshio tampoco ha pasado una sola noche fuera.

—¡Espléndido! Los dos os comportáis como es debido.

—Esa es la fuente de toda dicha en el matrimonio. —Tsugiko completó las palabras de su padre. Era lo mismo que acababa de escuchar sobre el escenario en boca de un actor. Al darse cuenta de su atrevimiento, se sonrojó.

—¿Qué has dicho? —preguntó su padre elevando la voz.

Tsugiko, avergonzada, simuló no haberle escuchado. Se apresuró hasta la entrada y los demás la siguieron hasta la calle.

Cuando se subían a los *rickshaws*, Okamoto se volvió nuevamente hacia O-Nobu.

—Si no puedes quedarte hoy no pasa nada, pero ven a vernos dentro de dos o tres días, ¿de acuerdo? Hay algo de lo que me gustaría hablar contigo.

—También hay algo de lo que me gustaría hablar a mí. Iré pronto. Le agradezco su amabilidad, tío. Si me las arreglo, iré mañana mismo para no demorarlo más.

—*All right.*

Su tío utilizó una expresión inglesa para contestarla. Los *rickshaws* se movieron, como si aquellas palabras en inglés fueran la señal acordada.

LA CASA DE LOS OKAMOTO estaba en la misma dirección que la suya, aunque algo más alejada. El *rickshaw* con ruedas de caucho en el que viajaba O-Nobu, siguió un trecho a los otros tres hasta alcanzar una desviación donde giró por un callejón. Antes de separarse, O-Nobu se despidió nuevamente de ellos, pero no supo si la habían escuchado. El conductor cruzó la calle que atravesaba el tranvía. En el silencioso callejón donde estaba su casa, se sintió de pronto abrumada por la soledad, como alguien que pierde el paso involuntariamente y queda fuera de la formación a la que pertenece. Entró en la casa con la vaga impresión de haber perdido su principal apoyo.

La criada debió de escuchar el ruido de la puerta corredera, pero no salió a recibirla. En el cuarto de estar, ni siquiera la lámpara estaba encendida. Tampoco la tetera borboteaba con su familiar sonido. Contempló la habitación: estaba exactamente igual que cuando había salido por la mañana. Ella, en cambio, había cambiado considerablemente. El frío se sumó a la soledad que la abrazaba, la cual degeneró en inquietud al cabo de un rato. Quería tumbarse y aliviar el cansancio de un día agradable, pero en lugar de eso se acercó a la puerta de la cocina desde donde llamó a la chica dos veces. Tras ello, abrió la puerta del cuarto de O-Toki.

La muchacha tenía la costura desplegada en mitad de la habitación de dos tatamis y estaba tumbada con un gesto infantil. En cuanto vio aparecer a O-Nobu, levantó la cabeza y respondió con toda formalidad en lugar de hacerlo con la naturalidad acostumbrada. Se puso en pie, y al hacerlo se golpeó la cabeza con la lámpara que la alumbraba. La bombilla se movió en todas direcciones, lo que la confundió aún más.

O-Nobu no se rio. Tampoco quiso reprenderla. No quería ponerse en su piel e imaginar qué habría hecho ella en su caso. En el estado en el que se encontraba, estaba agradecida de tenerla a su lado a pesar de que estuviera medio dormida.

—Cierra la puerta de la entrada y acuéstate. Ya he cerrado yo la lateral.

O-Nobu mandó a la chica a la cama antes de acostarse ella, antes incluso de cambiarse de ropa. Se sentó frente al brasero, removió con un gesto mecánico las cenizas y echó un poco de carbón sobre las mortecinas ascuas. Puso agua a hervir en la tetera, como si fuera indispensable. Mientras el silbido de la tetera de acero rompía el silencio de una noche cada vez más cerrada, se apoderó de ella la amenazadora soledad que la acechaba desde su regreso. La comparó con la que sentía cuando se cansaba de esperar a Tsuda, pero esta le pareció mucho más profunda. Se sintió triste al recordar la figura de su marido tendido en la cama de la clínica.

«Tengo que admitir que todo esto es porque no estás aquí.»

Se lo decía a la imagen de su marido que revivía en su mente. Decidió que lo primero que haría al día siguiente sería, sin importar nada más, ir a verle. Un momento después, sin embargo, su mente ya no estaba de acuerdo. Algo se había interpuesto entre ambos. Se esforzaba por traerle de vuelta,

pero cuanto más lo intentaba, más se interponía aquel obstáculo. Imaginó a Tsuda despreocupado e indiferente. A pesar de su obstinación, terminó por darse por vencida y, de hecho, quiso darle la espalda.

Entonces, sus pensamientos viraron hacia la señora Yoshikawa. La intuición que había tenido en el teatro reforzaba su convicción de que nunca habría pensado nada malo de su marido de no haber visto a esa mujer.

Quería desahogarse con alguien. Pensó continuar con la carta que había empezado a escribir a su familia la noche anterior. Sin embargo, era consciente de que nunca podría plasmar sus verdaderos sentimientos en el papel; tan solo podía decirles que no se preocupasen, que Tsuda y ella eran felices juntos. Eso era lo que debía decir, aunque aquella noche le resultara muy difícil hacerlo. Exhausta por el esfuerzo de intentar poner orden en sus pensamientos, apartó a un lado la carta. Se fue a la cama y dejó el quimono tirado en el suelo sin molestarse en recogerlo. Las escenas fragmentadas de la velada se reprodujeron en su mente con colores mucho más vivos, estimulándola e inquietándola, como le sucedería a alguien abrumado por un problema. No pudo conciliar el sueño.

58

CON LA CABEZA APOYADA EN LA ALMOHADA, escuchó como el reloj daba la una, las dos... Abrió los ojos confundida por la luz de la mañana. La claridad que se colaba por los postigos de las ventanas le dio a entender que había dormido más de lo que tenía por costumbre.

Contempló el quimono, el *obi* y la ropa interior, que yacían en completo desorden sobre el tatami. Estaba todo amontonado y formaba un bulto en el que los colores se confundían unos con otros, así como la parte de delante con la de detrás, la superior y la inferior... Bajo el montón, asomaba el *obi* bordado con flores de mora que se extendía hacia el futón.

La escena la asombró. Siempre había mantenido que la pulcritud era una de las virtudes femeninas más importantes, y darse cuenta de que ella, y no otra, era la responsable de aquel caos, le hizo sentir vergüenza. Desde que se casara, no recordaba haber mostrado nunca a Tsuda semejante desaliño. Al menos él no estaba, y eso la alivió.

Su negligencia no se limitaba a la ropa. De no haber estado Tsuda ingresado en la clínica, jamás se habría permitido dormir hasta tan tarde por mucho que hubiera trasnochado. Se despreció por holgazana, por no haber saltado de la cama tan pronto como abrió los ojos.

A pesar de todo, no pudo desperezarse con facilidad. Escuchó los pasos de O-Toki en la cocina, y con la idea de que se había levantado temprano para remediar su descuido de la noche anterior, se refugió de nuevo bajo el agradable calor de la ropa de cama.

La obligación de levantarse y el remordimiento de conciencia por no haberlo hecho a su debido tiempo fueron desapareciendo poco a poco. Cualquier mujer podía permitirse el lujo de levantarse tarde al menos una o dos veces al año. Sus miembros se relajaron con ese pensamiento y la tensión disminuyó. Disfrutó de una libertad que no había conocido en su vida de casada, y todo gracias a la

ausencia de Tsuda. Saborear su soledad le pareció una bendición, y le sorprendió no haberse dado cuenta hasta ese momento de lo estricta que era en su día a día con él, haber ignorado la enorme carga que aquello le suponía. Sin embargo, el efecto de tan fortuito hallazgo no duró mucho. Bajo la nueva luz con la que se contemplaba, pensó en la enorme presión que había soportado el día anterior. Finalmente se levantó de la cama, aunque con una resolución bien distinta.

Cumplió con sus obligaciones domésticas, tarde pero eficazmente, como siempre hacía. El hecho de que Tsuda no estuviera la libraba de una considerable cantidad de problemas. No quiso molestar a la chica y dobló ella sola el quimono. En cuanto terminó, se puso uno de diario y salió a la calle. Fue directa al recién estrenado teléfono público que estaba situado a media manzana de la calle principal.

Hizo tres llamadas. La primera a Tsuda, de quien solo supo indirectamente, pues estaba en cama y no podía atenderla: confirmó su sospecha de que todo estaba en orden. Se aseguró, hablando con la persona que la atendía, sin duda la enfermera, de que todo iba bien y no había complicaciones, y le pidió que subiera a la habitación para preguntarle si no le importaba que no fuera a verle para comprobar hasta qué punto la necesitaba. Tsuda le pidió a la enfermera que le preguntara por qué no podía ir, y O-Nobu, quien no podía ver la expresión de su marido, ni tampoco escuchar su voz, retiró el auricular sin saber qué decir. Tsuda no iba a suplicarle nada, no era esa clase de hombre. Sí era, en cambio, de los que se ofendía si ella no cumplía, lo cual tampoco significaba que se alegrase en caso de que lo hiciera. Si la obligaba a mostrar consideración hacia él, era solo para mirarla con aire de suficiencia, para demostrarle que cumplía con la obligación de una mujer hacia su esposo. Al final, adoptó la misma actitud que la señora Yoshikawa había tenido con ella la noche anterior.

—Dígale por favor que no puedo ir porque tengo que ver a los Okamoto.

No perdió un segundo en hacer su segunda llamada, en este caso a los Okamoto. La última fue para la hermana de Tsuda, a quien comunicó sin mayor detalle su hospitalización. Después regresó a casa.

59

POR PRIMERA VEZ DESDE QUE SE CASÓ, O-Nobu dejó que O-Toki le sirviera el desayuno a la hora del almuerzo. Todos esos cambios inesperados, motivados por la ausencia de Tsuda, provocaron en ella la ilusión de ser una reina, de disfrutar de una libertad que, al contrario de lo que ocurría en su día a día, parecía confinarla aún más. Su cuerpo estaba relajado, pero en su fuero interno seguía siendo incapaz de alcanzar la serenidad buscada.

—Resulta extraño que no esté aquí mi marido, ¿no te parece, Toki?

—Es cierto, se le echa de menos.

O-Nobu aún no había expresado lo que realmente quería decir.

—Es la primera vez que me quedo dormida.

—Sí, pero normalmente madruga usted mucho. No está mal poder desayunar tarde alguna vez.

—No quiero que pienses: «Como no está su marido, fíjate lo que hace».

—¿Quién?

—Tú.

—¡Jamás pensaría eso!

El tono forzado de la respuesta de O-Toki, le dolió a O-Nobu mucho más que su honestidad. Se quedó callada.

Media hora más tarde se dispuso a salir. Se calzó las *geta* que la chica había dispuesto para ella en la entrada. O-Nobu le habló de nuevo:

—Hazte cargo de todo. Si te vas a la cama no lo dejes todo como anoche. No es seguro, ya lo sabes.

—¿Va a volver tarde también hoy?

O-Nobu no había pensado en la hora de su regreso.

—Hoy no tengo intención de quedarme hasta tan tarde.

A pesar de todo, quería aprovechar la inusual ausencia de Tsuda para disfrutar de su visita a los Okamoto.

—Intentaré volver tan pronto como pueda.

Salió a la calle y, sin perder un minuto, se dirigió a casa de sus tíos. Como estaba en la misma dirección que la de los Fujii, durante una parte del trayecto tomó la línea de tranvía que circulaba junto al río. Se bajó una o dos paradas antes del final de trayecto, cruzó un pequeño puente de madera y caminó calle abajo por la otra orilla del río. Era la misma calle que habían recorrido apenas unos días antes Tsuda y Kobayashi después de salir de la taberna, la misma en la que ambos, preocupados por sus asuntos personales, movidos por temperamentos distintos, habían discutido sobre la partida de Kobayashi a Corea y sobre el inminente matrimonio de O-Kin. Tsuda no le había contado nada a su mujer y ella recorrió el mismo camino sin pensar en ellos. Avanzó mecánicamente, enfiló la larga y estrecha pendiente de la colina que llevaba hasta la casa de su tío. Se encontró por casualidad con Tsugiko que bajaba en dirección contraria.

—Hola. Me alegró mucho verte ayer —le dijo la chica.

—¿Dónde vas? —le preguntó O-Nobu.

—A practicar un rato.

Su prima había terminado la escuela de chicas el año anterior y desde entonces tomaba clases en su tiempo libre. O-Nobu conocía sus gustos variopintos: el piano, la ceremonia del té, el *ikebana*^[30], la acuarela, la cocina... Cuando escuchó que iba a practicar tuvo ganas de reír.

—¿A practicar? ¿El qué? ¿Bailes de salón?

Su relación era tan estrecha que podían permitirse ese tipo de bromas. Sin embargo, el

comentario de O-Nobu no estaba exento de cierto sarcasmo, derivado del hecho de que Tsugiko disfrutaba de más tiempo libre que ella. Su prima, por su parte, no notó el veneno que ocultaba la pregunta.

—No, claro que no.

Su respuesta fue sencilla y honesta, acompañada como siempre de una sonrisa. Daba igual lo exigente que fuese O-Nobu, no le quedaba más remedio que admitir que en esa sonrisa solo había inocencia. Tsugiko no le dijo, en cambio, dónde iba o qué iba a practicar.

—No deberías reírte de mí.

—¿Has empezado algo nuevo?

—Ya sé que piensas que soy una ansiosa por las cosas nuevas, pero me gusta aprender.

Sin duda, en su casa la juzgaban ansiosa en lo que a tomar lecciones se refería. Ansiosa era un adjetivo desafortunado que había usado por primera vez su hermana pequeña y que pronto pasó al resto de la familia. Hasta la propia Tsugiko había empezado a repetirlo sin darle mayor importancia.

—Espérame. Vuelvo enseguida.

O-Nobu se dio media vuelta para observar la figura de su prima mientras descendía la colina a paso ligero. Sintió por ella una mezcla de respeto y desdén.

60

SU TÍO ESTABA JUNTO A LA ENTRADA PRINCIPAL DE LA CASA. No llevaba puesto el *haori*, tenía el *obi* caído a la altura de las caderas, las manos detrás de la espalda a la altura del nudo que apenas lo sujetaba. Le hablaba al jardinero en un tono impaciente mientras este se afanaba con la azada. Nada más verla la llamó.

—¡Has venido! Yo estoy aquí ocupándome del jardín.

Una gran parra de akebia^[31] yacía en el suelo junto al jardinero.

—Le estaba diciendo que me gustaría que trepase por la puerta principal del jardín. Es buena idea, ¿no crees?

O-Nobu miró las vigas y los pilares de madera sin cepillar que sostenían la puerta que se abría en mitad de la valla de bambú trenzado.

—¡Anda! Lo has arreglado.

—Sí, he instalado una sólida valla de bambú *meseki*^[32] con moldura.

El tío de O-Nobu disfrutaba de tiempo libre desde hacía poco y se había hecho construir una casa a su medida. Su vocabulario de términos arquitectónicos había aumentado considerablemente, pero para O-Nobu, en cambio, el término *meseki* no significaba nada. Tan solo dejó escapar una ligera exclamación de sorpresa como única respuesta.

—Es un buen ejercicio para después de cenar. Al menos le ayuda a hacer la digestión —añadió.

—¿Qué dices? ¡Ni siquiera he almorzado!

Agarró a O-Nobu del brazo y juntos entraron al salón de invitados desde el jardín.

—¡Sumi! ¡Sumi! —llamó a su mujer—. Me muero de hambre. Dame algo de comer.

—¿Entonces por qué no has comido con los demás?

—El mundo no gira al antojo de uno, ya lo sabes. ¿Has olvidado que hay momentos en los que no queda más remedio que afrontar nuestras obligaciones? —respondió con sorna.

La tía de O-Nobu trataba a su ufano marido de forma petulante y él respondía con la tozudez acostumbrada. Por primera vez en mucho tiempo, O-Nobu volvía a respirar el aire familiar de su antigua casa. No podía evitar la comparación de aquel viejo matrimonio con el suyo propio, aún en el umbral de una nueva vida, con apenas un año de existencia. Dada su inmadurez, su futuro se le planteaba como una suerte de acertijo. Quería averiguar si, en el caso de que vivieran lo suficiente, Tsuda y ella terminarían por parecerse a ellos o si, por el contrario, sus temperamentos seguirían chocando entre sí. No era capaz de imaginar que el día de mañana pudiera sacar algo positivo de una situación que no le satisfacía, como sí lo lograba, en cambio, su tía. Si ese era el destino que le esperaba, se esforzaría por mantener la ilusión del romance tanto como le fuera posible, hasta que no le quedase más remedio que aceptar el cruel golpe de la desilusión. A sus ojos, perder sus habilidades femeninas y convertirse simplemente en la esposa de alguien sería algo atroz.

Difícilmente podía imaginar su tío la enorme distancia que mediaba entre los pensamientos de aquella joven y los suyos, y la observó mientras se sentaba en el suelo, acomodándose frente a la mesa que tenía delante.

—¿Por qué estás tan ausente? Es como si siempre estuvieras rumiando algo.

—Permítame que le sirva, tío —contestó ella sumisa—. Hace mucho tiempo que no lo hago.

No veía la arroceras por ningún sitio. Hizo ademán de levantarse para ir a buscarla, pero su tía la detuvo.

—Mucho me temo que no vas a poder servirle arroz porque ahora solo come pan.

La criada trajo un pan oscuro en un plato.

—O-Nobu, me ha ocurrido algo terrible. Tu pobre tío ya no puede comer arroz a pesar de haber nacido en Japón.

El médico de la familia le había diagnosticado diabetes y le había prohibido exceder cierta cantidad de almidón al día.

—Ahora no me queda más remedio que alimentarme a base de tofu, como puedes comprobar.

Le habían servido tal cantidad de tofu, de hecho, que parecía imposible que un único hombre pudiera comérselo. Su cara de pena, no solo no suscitó lástima en ella, sino que le dio ganas de reír.

—¿No le parece una excelente idea controlar un poco las comidas? A cualquiera le resultaría molesto estar tan gordo como usted.

Su tío miró a su mujer.

—O-Nobu siempre ha tenido esa lengua viperina, pero desde que se ha casado su veneno duele mucho más. ¿No te parece?

61

CRIADA A SU CARGO DESDE QUE ERA UNA NIÑA O-Nobu conocía mejor que nadie el peculiar carácter de su tío y las distintas formas en que se manifestaba.

Tenía un temperamento nervioso poco acorde con su corpulencia, no exento, sin embargo, de cierta calidez. Se encerraba a veces en su estudio y permanecía allí un día entero sin hablar con nadie, pero en muchas otras ocasiones no podía toparse con un conocido sin enfrascarse de inmediato en una conversación sobre cualquier tema. Se desvivía por complacer a su compañero de charla, sin dudar cómo hacerle sentir bien. Evitaba su torpeza hablando de cualquier cosa, hasta que surgía algo que cautivaba la atención de quien le escuchaba. Sus habilidades sociales, que habían contribuido de forma notable a su éxito, adquirirían un mayor lustre gracias al don natural de su sentido del humor; don que había heredado O-Nobu, unida a él desde su más tierna infancia.

Si su ánimo era el oportuno, replicaba con ingenio y naturalidad sus observaciones hasta cambiar las tornas. Sin embargo, tras casarse con Tsuda cambió. Dejó sus comentarios ingeniosos movida por un sentido de la discreción desconocido hasta entonces: de hecho, en casa de su tío no volvieron a escuchar ninguno hasta transcurridos dos o tres meses desde que se casara. Se convirtió en una persona distinta de la que era cuando vivía con ellos, como si aquella fuera la forma de hacer frente a su marido; un cambio que no la satisfacía en absoluto, pues no podía evitar la sensación de que le engañaba. Cuando veía a su tío, el mismo hombre de siempre, en él encontraba algo que le recordaba la libertad de la que otrora había disfrutado.

Le contempló con aire nostálgico, allí sentado en el suelo con las piernas cruzadas frente al tofu crudo. Su gesto vivaz era la viva imagen de un tiempo mejor.

—La mala lengua de la que me acusa, ¿no es el resultado de su educación? Desde luego, no creo haber aprendido algo así de Yoshio.

—Mmm... Puede que tengas razón, pero no sé muy bien qué clase de zarandajas son esas.

A su tío le gustaba usar expresiones vulgares del dialecto de Tokio. Cuando lo hacía, miraba con ojos pícaros a su mujer, a la que molestaba especialmente y que se empeñaba en no permitirle en casa. Ella sabía, no obstante, que si le prestaba demasiada atención las usaría más a menudo, por tanto actuaba como si no le escuchara, como si no se diera cuenta de nada. Después de perder su oportunidad de molestar a su mujer, se dirigió de nuevo a O-Nobu:

—¿Tan severo es Yoshio?

O-Nobu se limitó a sonreír sin decir nada.

—¡Lo ves! Vuelves a sonreír. Eso me alegra.

—¿Por qué?

—¿Qué pregunta es esa? Lo sabes perfectamente. Dime la verdad, ¿tan severo es Yoshio?

—No lo sé. ¿Por qué insiste tanto?

—Tengo preparado un pequeño plan en función de tu respuesta.

—¡Qué dice! No me asuste. De acuerdo. Sí, Yoshio es un hombre estricto. ¿Qué va a hacer ahora?

—¿Es la verdad?

—¡Por supuesto que sí! Mire que es usted terco.

—Te lo resumiré de una forma sencilla. Si es tan estricto como dices, no es el hombre adecuado para alguien tan brillante como tú, especialmente cuando se trata de usar la ironía.

Mientras hablaba, levantó la barbilla y apuntó a su mujer que estaba sentada en silencio.

—Si tu tía se hubiera casado con él, habrían encajado a la perfección.

Un sentimiento de soledad, como una brisa de un lugar distante, atravesó el corazón de O-Nobu. Le sorprendió la facilidad con que la atrapaba la tristeza.

—Me alegra mucho comprobar que su sentido del humor no ha cambiado, tío.

Al reírle la gracia, hecha desde la presunción de que ella y Tsuda se llevaban a las mil maravillas, al asumir su comentario como algo banal que decía solo con el fin de entretenerse, O-Nobu sintió el enorme abismo que se abría entre lo que podía decir y sus verdaderos sentimientos. Pensó que debía cerrar ese abismo, mostrarse ante los demás como una esposa intachable que no ponía una sola pega a su marido. No dijo nada más a su tío. Las lágrimas, sin embargo, estaban a punto de brotar de sus ojos. Parpadeó repetidamente para hacerlas desaparecer.

—Da igual si encajo con él o no. A mi edad esas cosas ya no importan.

Cuando su tía la miró con aquellos ojos despiertos y brillantes suyos, no fue capaz de decirle nada, pero aprovechó para disimular sus verdaderas emociones con una encantadora sonrisa.

O-NOBU PREFERÍA A SU TÍO por la afinidad que tenía con él en detrimento de su tía, a la que estaba unida por lazos de sangre. Estaba convencida de que el sentimiento era recíproco. Entendía a la perfección la predisposición de su tío a disfrutar de las diversiones de la vida a pesar de su carácter nervioso. Dado que había sido él quien había moldeado su carácter, en el que también coexistían esos dos rasgos, O-Nobu sabía cómo complacerle. Ella era flexible, entusiasta y disfrutaba de las mismas cosas que él sin necesidad de esforzarse. Lo admiraba, y por eso le extrañaba cuando se mostraba impasible y rígido.

Gracias a él había aprendido a tratar con el sexo opuesto. Siempre estuvo convencida de que, al margen de con quién se casara, las cosas le irían bien si se comportaba de ese modo. Cuando finalmente se casó con Tsuda, por primera vez se sintió fuera de lugar, y la nueva experiencia la dejó perpleja. A menudo se enfrentaba a situaciones en las que no sabía si esforzarse por cambiar a

Tsuda para convertirlo en alguien parecido a su tío, o modificar su propia personalidad, ya asentada, para adaptarla a la de él. El objeto de su amor, obviamente, era Tsuda, aunque sus simpatías se inclinaban más hacia hombres como su tío. Muchas veces pensaba que si Tsuda hubiera sido como él, habría sido muy feliz.

Una fuerza misteriosa le empujaba a contárselo, pero era lo suficientemente obstinada como para actuar en contra de sus deseos, y al final no le confesó aquello que aún no había revelado a nadie.

Confiaba en su ardid. Tenía la certeza de que ellos se habían dejado engañar y, sin embargo, perspicaz como era, se daba cuenta de que su tío, como ella, escondía algo en relación a Tsuda, un secreto que no osaba decirle aunque se muriera de ganas. Conocía el corazón de su tío. Sabía que no le gustaba su marido, lo que era fácil de suponer si les comparaba, si analizaba sus distintos temperamentos. Nada más casarse, O-Nobu se había dado cuenta. Disponía, además, de una información adicional en la que basar su juicio. A su tío, que parecía áspero cuando en realidad era un hombre delicado, indiferente a pesar de ser sensible, brusco cuando en su corazón solo albergaba amabilidad, Tsuda le disgustó desde que se conocieron. En aquel momento él le había preguntado: «¿Realmente te gusta ese hombre?». Detrás de esas palabras, sin embargo, yacía oculta una afirmación bien distinta: «En ese caso, no te gustan los hombres como yo». Darse cuenta de ello la dejó desconcertada, pero cuando le preguntó su opinión, él se limitó a decir en un tono cariñoso: «Cásate con él si eso es lo que quieres. No te preocupes por la opinión de los demás».

Pero tenía otra evidencia sobre los sentimientos de su tío, que le contó su tía: «¿No te da la impresión de que ese tipo se pavonea como si todas las mujeres de Japón tuvieran que caer rendidas a sus pies?», le había dicho él a ella.

El comentario no le enfadó. Estaba convencida de ser capaz de amar a Tsuda con todo su corazón, de la misma manera que estaba convencida de que él correspondería ese amor. Su primera reacción fue juzgar las palabras de su tío como si fueran uno más de sus ácidos comentarios, lo que la hizo sonreír. Más tarde, se sintió eufórica al pensar que estaba celoso. De algún modo, su tía se lo confirmó cuando dijo: «Parece que ya se ha olvidado de su propia presunción cuando era joven».

Allí, sentada frente a su tío, no pudo evitar pensar en todo aquello, y descubrió algo más oculto bajo la aparente banalidad de la pregunta de aquel sobre si su marido era o no estricto.

«Si no es así, me alegro, pero si ocurre algo en el futuro, no dudes en decírmelo.» O-Nobu podía incluso leer ese pensamiento en su mente con solo mirarle a los ojos.

SE ESFORZÓ POR OCULTAR SUS SENTIMIENTOS con una sonrisa y les preguntó por el asunto que tanto la había confundido el día anterior.

—¿Se puede saber cuál fue el motivo de la cena de ayer?

De alguna manera, exigía la explicación que su tío le había prometido, pero en lugar de eso él contestó con otra pregunta.

—¿A ti que te parece?

Puso un interés especial en su opinión, y él la miró como si adivinase sus pensamientos.

—No estoy segura, pero no debería hacerme esa pregunta a mí. No le parece, tía Sumi.

Su tía soltó una risilla.

—Tu tío piensa que una mujer como yo no entiende nada, pero tú, en cambio, sí. No deja de repetir lo lista que eres.

La única respuesta de O-Nobu fue una sonrisa sin brillo. Obviamente, tenía una ligera idea del significado de la reunión de la noche anterior, pero no quería demostrar lo inteligente que era por mucho que la obligaran.

—De verdad, no lo sé.

—¡Vamos, di algo! Seguro que no estás muy descaminada.

Comprendió que su tío no iba a soltar prenda hasta no obtener algo de ella. Se resistió, pero al final tuvo que decir lo que pensaba.

—¿No era un *miai*^[33]?

—¿Cómo? ¿Eso te pareció?

Antes de confirmar las sospechas de su sobrina, le formuló varias preguntas y al final soltó una sonora carcajada.

—¡Lo has adivinado! ¡Lo has adivinado! Lo que yo decía. Eres mucho más lista que Sumi.

Las dos mujeres parecieron ponerse de acuerdo para ridiculizarle.

—Si solo se trata de eso, estoy segura de que tía Sumi también lo sabía.

—No creo que te gusten demasiado esos elogios que te dedica tu tío, ¿verdad O-Nobu?

—No.

O-Nobu pensó en la señora Yoshikawa y en su diligente forma de manejarlos a todos.

—Me di cuenta de que esa mujer no dejaba de intentar que Tsugiko y aquel joven se entendieran.

—Tsugiko, en cambio, no se dejó arrastrar por ella. Cuanto más alardeaba de sus virtudes, más retraída se mostraba, como un gato en retirada. En una situación así, tú sí habrías sabido cómo comportarte. Al menos reaccionaste de manera muy positiva.

—Dice eso porque me lo tomé a la ligera y no sé si es un halago o una crítica. Lo cierto es que cuando veo a una chica dócil como Tsugiko me da envidia.

En la respuesta de O-Nobu se intuía la amargura y la insatisfacción que le había provocado la reunión de la noche anterior. Ella no creía haber tenido lo que su tío llamaba una «reacción positiva»; de hecho, pensaba que todo había acabado en un absoluto fracaso.

—¿Por qué era tan necesaria mi presencia?

—Porque eres la prima de Tsugiko.

Si la única razón era el parentesco, podían haber recurrido a muchas otras personas. De hecho, por parte del eventual prometido, solo asistió el propio interesado además del señor y la señora Yoshikawa. Nadie más actuó en su representación.

—Si Yoshio no estuviera enfermo, también él podía haber asistido como pariente.

—Eso es otro asunto que habría significado una cosa completamente distinta.

Uno de los objetivos de su tío al invitarla fue que estrechara lazos con los Yoshikawa. Cuando lo confesó abiertamente, pensó que aquello era muy propio de él. A la vez que agradecía su amabilidad, se preguntaba, apesadumbrada, por qué no se había esforzado más en intimar con la señora. Había dispuesto que ambas mujeres se sentaran una frente a otra, pero aparte de eso, ignoraba por completo la psicología femenina, lo que provocó que las cosas acabaran peor de lo que estaban. Por mucho que un hombre se esforzara, pensó O-Nobu, no era más que un hombre después de todo, un ser carente de la perspicacia que la mujer poseía para abordar esos asuntos. A pesar de todo, se mostró indulgente con él y suspiró. Si no era capaz de apreciar la sutil y difícil relación que mantenía con la señora Yoshikawa, difícilmente podría ayudarla.

64

O-NOBU DEJÓ A UN LADO ESE TEMA, para esclarecer lo que quedaba pendiente de otro más importante que aún no era capaz de entender.

—Lo entiendo y le agradezco que piense en mí, pero hay algo más, ¿verdad?

—Sí, pero, aunque no lo hubiera, lo que te acabo de decir es razón suficiente para que estuvieras presente.

—Gracias, tío.

No le quedaba más remedio que darle la razón, pero en su interior le reprochaba que la hubiera obligado a acudir a la cita. Su tío, con el último as en la manga, sintió que había llegado el momento de ponerlo sobre la mesa.

—Quería conocer tu opinión sobre el joven. Es importante para mí porque eres capaz de ver en el interior de la gente. ¿Qué piensas de él? ¿Te parece un candidato oportuno para Tsugiko?

El extraño comportamiento de su tío le hacía dudar de su seriedad.

—¡Menuda responsabilidad! Me honra que confíe tanto en mí...

Sonrió y buscó la mirada cómplice de su tía. Su aparente calma, en cambio, la obligó a cambiar de tono.

—Sería una impertinencia por mi parte opinar sobre ese joven. Tan solo estuve una hora allí sentada. ¿Quién puede formarse un juicio en esas condiciones? A menos que tuviera poderes psíquicos, claro.

—Precisamente a eso me refiero. Tú tienes ese don, por eso todo el mundo te pide consejo.

—¡No se burle de mí!

O-Nobu se hizo la ofendida y se calló. Sin embargo, en su fuero interno disfrutaba el dulce placer de sentirse adulada. Se daba cuenta de que la tenían por una mujer perspicaz, aunque pensar en su marido lo desmintiera de algún modo. Antes de casarse, estaba convencida de haber intuido el carácter de Tsuda con la seguridad que le confería ese sexto sentido suyo, pero después de su matrimonio y hasta aquel preciso instante, esa confianza en sí misma, como las manchas que se veían en la radiante esfera del sol, se desvanecía, se ocultaba ensombrecida por los malentendidos, por los juicios erróneos. La experiencia que le daban los años, le forzaba a corregir esa primera impresión de su marido y ya no se sentía tan joven como para dejarse llevar por los juegos de su tío.

—Sabe bien que no se puede conocer a una persona a menos que se haya tenido cierto contacto con ella.

—Todo el mundo sabe eso. No necesitamos que nos lo recuerdes.

—Precisamente por ello, porque solo le he visto una vez, no puedo decir nada de él.

—Eso es lo que diría un hombre. Una mujer, en cambio, con un simple vistazo ya se puede formar una opinión ¿O acaso no es cierto que normalmente acertáis? Por eso te pido tu opinión. Quiero formarme un juicio por el que me pueda guiar. No te preocupes, no pretendo cargarte con ninguna responsabilidad.

—Pero no me parece justo que me pida una cosa así. Yo no soy capaz de formular profecías. ¿No le parece tía?

Su tía no se puso de su parte como solía, lo cual tampoco la convertía en aliada inesperada de su marido. No pretendía forzar a O-Nobu a decir nada, pero tampoco le pidió a él que dejara de insistir. Si O-Nobu podía ofrecerles algo que les permitiera evaluar al candidato, era suficiente, por muy superficial que pudiera ser su observación. O-Nobu se vio en la obligación de hacer unos inocuos e inofensivos comentarios.

—Tiene buenas maneras y parece muy preparado para lo joven que es.

Su tío, ansioso por escuchar algo más, insistió.

—¿Eso es todo?

—Ya le he dicho que ni siquiera me senté a su lado. Apenas pude verle la cara.

—Está bien, de acuerdo. Quizá fue un error sentar a nuestra adivina en ese sitio, pero habrá algo más. Quiero decir, algo que te sugiera la intuición, una palabra, algo que revele un punto vulnerable en Miyoshi.

—Lo que me pide es imposible. Le repito que solo le he visto una vez.

—Supón que a pesar de todo tienes algo que decir: estoy convencido de que es así.

—No, no tengo nada que decir.

—¿Nada de nada? ¿Entonces tu intuición ya no funciona?

—Así es. Desde que me casé, se ha consumido. No solo he perdido la habilidad para formarme una primera impresión, también para una segunda.

65

ABSORBIDA POR LA INTERMINABLE CONVERSACIÓN con su tío, su cabeza discurría, sin embargo, por otros derroteros.

No dudaba que él consideraba que su matrimonio era un buen ejemplo de la armonía conyugal, pero también sabía que su marido no le gustó desde la primera vez que le vio y que no existía razón alguna para que hubiera cambiado de opinión desde entonces. Intuía cierto escepticismo en su mirada. De hecho, vista desde otro ángulo, la sorpresa que le provocaba que una mujer como ella pudiera amar a alguien como Tsuda, se debía a la confianza en su propio atractivo. La convicción de que no era él, sino ella quien había cometido un error, estaba arraigada en lo más profundo de su ser a la espera de una oportunidad para salir a la luz.

—¿A qué viene esto? ¿Por qué insiste tanto en conocer mi opinión sobre ese joven?

O-Nobu era incapaz de entender su propósito, pues sabía que él pensaba que había elegido mal a su marido, y como lo sabía, no tenía el coraje de responder a su pregunta. Se veía obligada a guardar silencio, pero a su tío, acostumbrado durante años a su franqueza, tanta reserva le sorprendía.

—La personalidad de esta niña parece haberse transformado desde que se casó. ¿No crees? —preguntó a su mujer—. Se ha convertido en una mujer muy tímida. Me pregunto si es por influencia de su marido. Es muy extraño.

—Eso es porque te burlas de ella. A cualquiera le molesta que le pinchen constantemente para sonsacarle.

Al reprobar a su marido, su tía salía en defensa de O-Nobu, quien, sumergida en sus pensamientos, apenas se percató de ello.

—¿Acaso no es problema de Tsugiko? Para resolverlo solo deberían tener en cuenta su opinión. Yo no tengo nada que decir al respecto.

O-Nobu no podía evitar el recuerdo del momento en el que eligió a su marido sin contar con nadie. Se enamoró de él la primera vez que le vio y no ocultó a sus tíos su deseo de casarse. De hecho, tan pronto como obtuvo su consentimiento, lo hizo. Desde el primer momento hasta el último, había sido dueña de su vida, única responsable de sus actos: nunca había renunciado a sus ideas empujada por la opinión de otra persona.

—¿Qué ha dicho Tsugiko?

—No ha dicho nada. Se muestra incluso más cauta y retraída que tú.

—Si es así como se comporta la persona directamente afectada, no creo que se pueda hacer mucho al respecto.

—En efecto. No hay nada que hacer mientras mantenga esa actitud.

—No se trata de que sea tímida o retraída. Hace lo que debe.

—Sea como sea, no hay nada que hacer porque no ha dicho una palabra. Aunque quizá no puede. Es posible que no tenga suficientes argumentos para formarse una opinión.

Una unión de conveniencia entre Tsugiko y Miyoshi le parecía a O-Nobu que dificultaba seriamente su posible felicidad conyugal. Y no tenía que mirar muy lejos para llegar a esa conclusión. Su matrimonio no era satisfactorio en absoluto, y no es que comparase su caso con el de su prima, sino que las sombras que la asaltaron la noche anterior le impedían verlo de otro modo.

Clavó en su tío sus ojos rasgados.

—Es inútil —dijo él—. Tsugiko se niega a decir nada. Por eso queríamos que vinieses.

—¿Y qué esperaban de mí?

—Fue Tsugiko la que lo sugirió. Te admira. Estaba convencida de que si no era capaz de formarse una opinión, al menos tú sí lo harías.

—Si me lo hubieran explicado desde el principio, mi actitud habría sido bien distinta.

—Fue ella quien nos pidió que no lo hiciéramos. Dijo claramente que no debíamos decirte nada sobre el propósito real del encuentro.

—¿Por qué?

O-Nobu miró a su tía.

—Por vergüenza —dijo antes de que su marido la interrumpiera.

—No solo por vergüenza. Pensaba que si te lo decíamos, no podrías juzgar las cosas con claridad. En otras palabras, quería conocer tu opinión objetiva, libre de prejuicios.

O-Nobu entendió al fin por qué su tío se había esforzado tanto en sonsacarle lo que supiera.

TSUGIKO OCUPABA UNA POSICIÓN SINGULAR a ojos de O-Nobu. La preocupación de su tía por el bienestar de su hija no era comparable con la que experimentaba por ella, pese a la evidente complicidad que le unía a su tío, quien no por ello se desentendía de Tsugiko. Como si así quisiera compensar la poca intimidad que disfrutaba con su tía y la buena relación que mantenía con su tío, motivada por la diferencia de sexo, su prima y ella tenían muchas cosas en común.

Al enfrentar los problemas que agitaban sus jóvenes corazones, estrecharon su relación hasta límites insospechados. No obstante, O-Nobu siempre estaba un escalón por encima de Tsugiko debido a su carácter, pues al menos en cuestión de experiencia la aventajaba.

Su joven admiradora tenía la costumbre de dar por bueno todo lo que le decía O-Nobu. Haber vivido juntas en la misma casa durante tanto tiempo había terminado por influirle, convirtiéndola en una mujer tozuda en exceso, demasiado optimista tanto de acción como de palabra.

«Una mujer debe ser capaz de juzgar a un hombre a primera vista.»

En más de una ocasión se lo había dicho a una sorprendida Tsugiko, como si esta fuera lo suficientemente audaz como para actuar de ese modo. Cuando la envidia que sentía por su prima mayor se transformó en una admiración rayana en la idolatría, O-Nobu vivió su historia de amor con Tsuda, lo cual reafirmó la confianza que tenía en sí misma y la hizo brillar más resplandecientemente a ojos de Tsugiko, como una llama misteriosa: sus palabras se volvieron una verdad inmutable para la inocente chica. En apariencia, O-Nobu había triunfado, especialmente a ojos de Tsugiko, con quien tenía que esforzarse por mantener esa imagen.

La idea que O-Nobu se formó de Tsuda, se la transmitió de inmediato a Tsugiko, quien, al no tener contacto diario con él, hubo de terminar de configurar su idea del joven rellenando los huecos con los datos que le daba su prima: así fue como idealizó a Tsuda.

La opinión que O-Nobu tenía de su marido después de casi medio año de casados, sin embargo, había cambiado sustancialmente. La de Tsugiko, al contrario, no. Creía a pies juntillas lo que le había dicho de él. O-Nobu, por su parte, no era de las que se desdecía delante de nadie. Se mostraba delante de su prima como siempre, como una de esas pocas mujeres afortunadas que reciben del Cielo el don de la felicidad como recompensa por su clarividencia.

O-Nobu, obligada a enfrentarse a la realidad, estaba más triste que afligida. Creía que todos conspiraban contra ella, la condenaban, la obligaban a confesar sus puntos débiles. Así, sumados a los tormentos que ella misma se infligía, estaban también los de los demás.

«Debería bastar con pagar por mis propios errores.»

Trataba de justificarse consigo misma, lo cual no le servía para enfrentarse a su tío, a su tía o a la propia Tsugiko, ignorantes de lo que hervía en su interior. Hacerlo hubiera sido lo mismo que atacarles sin necesidad, como acusar al mismísimo Cielo de su infortunio.

Su tío vació los platos que tenía enfrente y se tomó el té que su mujer acababa de servirle. No podía intuir el desconcierto que dominaba el espíritu de su sobrina. Contempló el jardín recién terminado y cruzó unas palabras con su mujer sobre la disposición de ciertos árboles y piedras.

—Creo que el año que viene plantaré un arce junto al pino. Visto desde aquí, queda un espacio libre que me resulta extraño.

Sin ningún interés por lo que decía, O-Nobu miró hacia donde señalaba. Había un montón de tierra amontonada junto al muro que daba a la casa del vecino. Ciertamente, allí quedaba un hueco que desentonaba con el resto del jardín. O-Nobu, que esperaba la oportunidad de cambiar de tema, no desperdició la oportunidad.

—Tiene razón, tío. Si no tapa ese hueco quedará raro.

A partir de ese momento, la conversación fluyó por otros derroteros, si bien terminó regresando al punto inicial y no le quedó más remedio que afrontar entonces una pendiente aún más inclinada que la anterior.

OCURRIÓ DESPUÉS DE QUE EL JARDINERO llamara a su tío y este volviera a entrar en el salón.

O-Nobu y su tía hablaban de Yuriko y Hajime, que aún no habían regresado de la escuela. Era previsible, pues, que volviesen a hablar de Tsugiko.

—La señorita Metomentodo tendría que haber vuelto hace rato. Me pregunto en qué andaré metida ahora.

La tía de O-Nobu usó a propósito el adjetivo con el que Yuriko había llamado una vez a su hermana. O-Nobu conocía bien la avidez de su prima por aprender cualquier cosa. Tsugiko disfrutaba de una total libertad en el pequeño mundo en el que se movía, pero tan pronto como daba un paso fuera de él, inmediatamente se paralizaba, esclava de la discreción. En casa, bajo la atenta mirada de sus padres, era un pajarillo que cantaba alegre dentro de su jaula, pero si la puerta se abría, no se atrevía a salir y levantar el vuelo, se olvidaba incluso de cantar.

—¿Dónde crees que ha ido hoy? —preguntó su tía.

Antes de que pudiera responder, la mujer sació la curiosidad que la embargaba desde que ambas primas se encontraran en lo alto de la colina. Tsugiko había ido a sus clases de lengua extranjera, a cuyo estudio se había entregado en cuerpo y alma desde hacía poco. O-Nobu se maravilló por la amplitud y la variedad de los temas que interesaban a su prima, aunque se preguntaba la razón de que le interesaran tantas cosas.

—El caso de los idiomas, al menos, tiene un propósito concreto.

Su madre parecía justificarla. Como guardaba relación, aunque fuera tangencial, con su inminente matrimonio, no le quedó más remedio que poner gesto serio y asentir a cuanto decía.

Sin duda, para una mujer anticiparse y averiguar cómo era su futuro marido, prever lo que iba a necesitar en relación con su profesión y aprenderlo antes de casarse, constituía todo un gesto de consideración hacia él. Era, además, una estrategia para complacerle, para despertar su interés. Pero los intereses de Tsugiko iban por otro camino y aún le quedaban muchas otras lecciones que aprender, como ser humano y como esposa. O-Nobu creía que todos esos caprichos suyos no iban a ayudarla a convertirse en una mujer más entregada, sino en otra más inteligente, lo cual acabaría por volverse cruelmente contra ella. Eran lecciones que O-Nobu había aprendido gracias a su tía y que con su tío había logrado poner en práctica. Los Okamoto parecían satisfechos con el resultado de la educación que habían dado a su sobrina.

«¿Cómo pueden esos mismos ojos mirar satisfechos a Tsugiko?»

No entendía por qué nunca se habían quejado de su hija. Si se esforzaba por hallar una explicación, encontraba que se empleaban raseros distintos con la hija y con la sobrina. Esa idea la

irritaba y asaltaba su mente con violencia, pero terminaba por desaparecer cuando recordaba la actitud abierta de su tío con ella a lo largo de los años o la amabilidad imparcial con la que siempre la había tratado su tía. O-Nobu juzgaba que la psique de ambos era un enigma sin solución. A menudo se tapaba la cara con la manga del quimono para ocultar su frustración.

—Tsugiko es afortunada. No es de las que se angustian, como yo.

—Lo cierto es que esa chica se angustia mucho más que tú, pero en casa no tiene nada de qué preocuparse.

—Después de todo el tiempo que he vivido aquí, pensaba que soy más propensa a angustiarme que ella.

—Bueno, Tsugi y tú...

Su tía se detuvo antes de continuar. No parecía tener muy claro qué quería decir. O-Nobu se quedó callada. Pensaba que se refería a sus diferentes temperamentos, a sus distintas posiciones. Estaba desconcertada. De pronto fue consciente de que se había topado con algo que hasta entonces ignoraba.

«Me pregunto si no me obligaron a ir a la cita de anoche para parecer menos atractiva que Tsugi, para realzar sus virtudes por contraste.»

Ese pensamiento iluminó su mente como un fogonazo. Sintió cómo presionaba su voluntad con mucha más fuerza de lo normal. Al final pudo dominar sus emociones y reprimió el sonrojo.

—Tsugiko es afortunada. Gusta a todo el mundo.

—No te creas. Los gustos de la gente difieren. Incluso una insensata como ella...

La tía de O-Nobu se calló cuando su marido volvió a entrar en la habitación.

—¿Qué pasa con Tsugiko? —preguntó en voz alta.

68

LA EMOCIÓN QUE O-NOBU había tratado de ocultar hasta ese momento agitó su corazón. La cara de su tío, normalmente desbordante de jovialidad, de ganas de vivir y despreocupación, se transformó de repente en un gesto que la ofendía.

—Tío, es usted muy astuto, ¿verdad?

Sintió que debía decírselo. No era un intercambio nuevo entre ellos, pero su voz sonó distinta de lo normal, sus rasgos no fueron los de siempre. Su tío no apreció las fluctuaciones emocionales que se habían apoderado del corazón de su sobrina. Siguió a lo suyo con una candidez e inocencia que desentonaron con su acostumbrada agudeza.

—¿Tan mala persona me consideras?

Se fingía ignorante a propósito. Sin inmutarse, llenó de tabaco la cazuelilla de su pipa.

—Algo te ha dicho tu tía de mí mientras estaba fuera.

O-Nobu no contestó, pero su tía no dejó pasar la oportunidad.

—Ella ya sabe perfectamente lo horrible que eres sin necesidad de que yo se lo recuerde.

—Cierto. Todos sabemos que O-Nobu tiene una gran intuición. No puedes bajar nunca la guardia con ella, porque es la clase de mujer que solo con ponerte el ojo encima, es capaz de adivinar cuánto dinero llevas encima y dónde exactamente.

Las bromas de su tío no tuvieron el efecto esperado. O-Nobu bajó la mirada. Parpadeó al tiempo que arqueaba las cejas. En el borde de sus pestañas se amontonaron las lágrimas. Los comentarios jocosos de su tío habían provocado una reacción inesperada en ella. No dijo nada más. Una atmósfera opresiva se instaló entre ellos.

—¿Qué le pasa? —preguntó a su mujer visiblemente preocupado—. Para llenar el silencio, dio unos golpes secos al cenicero con la pipa. La tía de O-Nobu sintió que debía decir algo y se esforzó por poner buena cara.

—Te comportas como una cría. ¿Cómo puedes llorar por semejante tontería? ¿Es que no conoces de sobra las bromas de tu tío?

Su tía no la reprendía únicamente por no demostrar la debida consideración a su marido. Conocía la posición que ocupaba entre ellos. Su actitud, por tanto, se podía juzgar del todo imparcial. O-Nobu sabía que tenía razón y por eso sentía más ganas de llorar. Sus labios temblaron. Incapaz de controlarlas, sus lágrimas terminaron por desbordarse. La invisible barrera que contenía sus palabras, cedió.

—¿Por qué tiene que tomarme el pelo de esa manera? —sollozó.

Su tío estaba perplejo.

—Yo no te tomo el pelo, al contrario, te alabo. Antes de casarte con Yoshio te formaste tu propia opinión de él y todos te admiramos por ello. Precisamente por eso...

—¡Ya basta! ¡No quiero oír más! Fue un error que me obligasen a ir al teatro.

El silencio ocupó de nuevo el espacio de la habitación.

—Todo ha salido mal, es cierto. ¿Son mis bromas lo que tanto te ha molestado?

—No. Todo es culpa mía.

—No digas eso. Te lo pregunto para descubrir qué ha salido mal.

—Ya se lo he dicho, fue culpa mía.

—Dame alguna razón.

—No la hay.

—¿No la hay o simplemente estás triste?

O-Nobu rompió a llorar aún más fuerte. Su tía estaba muy disgustada.

—No entiendo a esta chica, la verdad. Ya no es una niña caprichosa. Cuando vivía con nosotros podías bromear con ella todo lo que quisieras y nunca se ponía así. Es una verdadera lástima que las chicas de hoy en día se comporten así tan pronto como se casan y empiezan a preocuparse por sus maridos.

O-Nobu dejó de llorar y se quedó callada. Su tío, al contrario que su mujer, seguía convencido de que tenía la culpa de todo. La miró con lástima.

—No hay por qué regañarla. Me he equivocado con mis bromas, lo siento, me he excedido... Se trata de eso, ¿verdad, O-Nobu? Sí. Estoy seguro. De acuerdo. Voy a darte algo bueno en lugar de hacerte llorar.

A medida que su llanto cesaba, O-Nobu se preguntaba qué hacer para evitar que su tío la incomodase tratándola como a una niña.

69

EN ESE MOMENTO, TSUGIKO, ignorante de cuanto sucedía, regresó de su clase de idiomas.

—He vuelto.

Avergonzados por una situación que se les había ido de las manos, aprovecharon su regreso para reconciliarse y salir del atolladero en el que se habían metido.

—Nos alegramos mucho —respondieron casi al unísono.

—Has vuelto tarde, te esperábamos hace rato.

—Sí, estábamos impacientes. Nos preguntábamos dónde estabas.

La actitud nerviosa de sus padres evidenciaba su esfuerzo por redimirse, algo poco frecuente en ellos.

—Queríamos que volvieras para hablar contigo.

Con su declaración, O-Nobu pensó que su tío iba a lograr justo lo contrario de lo que pretendía; no parecía darse cuenta de nada. Por fortuna, sin embargo, apareció la criada y anunció que el baño estaba listo. El hombre se levantó sin perder un segundo.

—No puedo bañarme. Aún tengo cosas que hacer en el jardín. Pasad vosotras primero si queréis.

Salió al jardín con las últimas luces del día y aprovechó para plantar algunas cosas con el jardinero, de quien parecía sentirse especialmente orgulloso. Antes de salir, se volvió hacia las mujeres.

—O-Nobu, date un baño, por favor, y quédate a cenar con nosotros.

Salió, caminó cinco o seis metros, deshizo el camino. O-Nobu observaba llena de admiración aquella inquietud tan propia de él, como si pensara en muchas cosas a la vez.

—Ya que estás aquí, ¿qué te parece si invito a Fujii? —le preguntó.

A pesar de que tenían ocupaciones completamente distintas, eran viejos conocidos de la escuela y gracias al matrimonio de O-Nobu con Tsuda, habían tenido la oportunidad de intimar aún más. O-Nobu sabía que solo quería ser amable con ella, pero la idea no la hizo muy feliz. Ella no disfrutaba de tanta intimidad con la familia de Fujii como su marido.

—Me pregunto si podrá venir... —añadió en voz baja, como si hubiera intuido las reservas de su sobrina.

—Últimamente no dejan de recordarme que me he retirado de la vida activa —prosiguió—, pero comparado con él, yo soy la persona más activa del mundo. ¿Qué piensas, O-Nobu? ¿Crees que vendrá si le invito?

—No sé qué decirte.

Su tía aprovechó para expresar su opinión de forma indirecta.

—Probablemente no venga.

—Sí. Tienes razón. Está bien, renuncio. Aunque lo mejor es que le llame, solo por si acaso.

O-Nobu se rio.

—¿Y cómo vas a llamarle? Seguro que no tiene teléfono.

—Es verdad. Enviaré a alguien.

En realidad, le molestaba tener que dedicar tiempo a escribir una nota. Salió de nuevo al jardín y la tía de O-Nobu se levantó.

—En ese caso, yo me bañaré primero^[34].

Consciente de la personalidad de su tío sabía que nadie se atrevería a bañarse antes que él. Solo su tía tomó al pie de la letra las palabras de su marido. Su actitud le resultaba a O-Nobu envidiable y detestable a un mismo tiempo. Desde el punto de vista femenino era deplorable, desde el punto de vista masculino, loable. Los dos sentimientos, contradictorios, chocaron en su corazón como le sucedía a menudo con tantas otras cosas. Ella quería comportarse así, pero sabía que por muy vieja que fuera, nunca se lo iba a permitir.

Miraba distraída a su tía que se retiraba y Tsugiko le preguntó:

—¿Por qué no vienes a mi cuarto?

Salieron del cuarto de estar sin recoger nada.

LA HABITACIÓN DE TSUGIKO había sido también la de O-Nobu antes de casarse con Tsuda. El recuerdo de su pasado, cuando ambas tenían sus escritorios uno junto al otro, permanecía adherido a las paredes. Una muñeca tallada en madera, ataviada con un elegante kimono y protegida con mimo dentro de una urna de cristal, seguía sobre una de las estanterías. El alfiletero y la cestita decorada con un bordado de rosas donde estaba guardado era el mismo, como el florero de porcelana

decorado con arabescos que habían comprado juntas en Mitsukoshi.

Mientras O-Nobu la contemplaba, sintió el perfume de su infancia, que impregnaba cada uno de los rincones de la habitación. Cuando aquel perfume lleno de promesas se concretó en la persona de Tsuda, la alegría de descubrir que sus sentimientos se transformaban en una llama intensa la desbordó. Pensó que había prendido con tanta facilidad porque ya existía en ella un elemento inflamable, aunque invisible. Concluyó entonces que no tenía por qué distinguir entre fantasía y realidad. Habían pasado seis meses y en ese tiempo había empezado a sentir que la fantasía se quedaría en eso, en un sueño que nunca se concretaría en la realidad por mucho tiempo que viviera, y cada vez le parecía más difícil verlo cumplido. En su corazón comenzaba a gestarse la resignación.

«¿No era acaso un sueño pasajero que se aleja cada vez más de mi vida?» Sin poder quitarse esa idea de la cabeza, miró a su prima sentada frente a ella. Seguramente tendría que recorrer la misma senda que ella había transitado, o quizá tendría que encarar un futuro que se alejara aún más de sus expectativas. El destino de aquella chica se terminaría decidiendo en unos pocos días, tan pronto como su tío diera su consentimiento o su desaprobación al pretendiente.

—Tsugiko, ¿quieres que consulte el oráculo? —le preguntó con una sonrisa.

—¿Por qué?

—Por nada en especial. Simplemente porque sí.

—Si es solo por eso, no. Tiene que haber un motivo concreto.

—Está bien. ¿Qué puede ser?

—No lo sé. Te toca a ti decidir.

Tsugiko no era capaz de hablar con naturalidad del asunto de su matrimonio. Parecía molestarle que O-Nobu lo pusiera encima de la mesa y, sin embargo, era evidente que esperaba que lo hiciera. O-Nobu, por su parte, lo tenía claro, quería complacerla, pero le disgustaba asumir una carga que más tarde podría resultarle muy pesada.

—Está bien. Sacaré uno, pero tú eliges la pregunta que quieres contestar. ¿De acuerdo? Seguro que hay algo concreto que quieres saber. Es tu elección, eres libre de hacer lo que quieras. ¿Te parece bien?

O-Nobu trató de alcanzar el oráculo que Tsuda y ella le habían regalado. Estaba encima de la mesa, como de costumbre, pero Tsugiko se le adelantó y apartó su mano.

—No, no quiero.

O-Nobu se resistió.

—¿Por qué no? Déjate de bobadas y déjame un minuto. Seguro que saco la respuesta que te hace feliz.

Aunque O-Nobu no tenía especial interés en los oráculos, tenía ganas de divertirse un rato con

Tsugiko. Al fin y al cabo, era una forma de recordar su etapa de soltera. Pilló por sorpresa a su prima y se aprovechó de su mayor fuerza. Quería apoderarse por todos los medios de la caja, aunque en realidad era una excusa para pelearse con ella. En ningún momento dejaron de soltar extraños gritos que añadían mayor interés a su disputa. Le dieron sin querer un golpe al jarrón con flores que había en la mesa y este se salió de su base de madera de sándalo y derramó toda su agua sobre el tatami. La pelea cesó. Miraron atónitas el valioso jarrón y después se miraron ellas. Movidas por un impulso irrefrenable, empezaron a reírse a carcajadas.

71

EL INESPERADO INCIDENTE provocó que O-Nobu volviera a sentirse como una niña. Una libertad que nunca había sentido en presencia de Tsuda renació en su interior por unos instantes, y se olvidó por completo de todo.

—¡Corre, Tsugiko! Ve a por un trapo para limpiar este desastre.

—¿Qué dices? Lo has tirado tú. Ve tú.

Ninguna de las dos parecía dispuesta a ceder.

—En ese caso lo echamos a suertes: ¡Piedra, papel o tijera! —propuso O-Nobu mientras extendía su delicada mano hacia Tsugiko, que aceptó el reto de inmediato. Dedos adornados con joyas resplandecientes brillaron entre ellas. Volvieron a reírse.

—¿Te crees muy lista, verdad?

—¿Qué dices? Tú eres la lista.

O-Nobu perdió. El agua derramada ya había empapado los faldones de la mesa y se había colado por las ranuras del tatami. Limpió los restos de humedad con un pañuelo que sacó de la manga de su quimono.

—No hace falta ningún trapo, con esto será suficiente. Ya casi se ha secado.

Volvió a colocar el jarrón en su lugar y dispuso las flores esparcidas por el suelo. Se olvidó de la actitud desenfadada de la que había disfrutado hasta ese mismo instante y recuperó su compostura habitual. Su inesperada seriedad debió de resultarle muy divertida a Tsugiko, que no dejó de reírse durante un buen rato.

En cuanto pasó el alboroto, Tsugiko sacó el oráculo que había escondido en su *obi* y lo guardó en el cajón de la estantería. Cerró con llave y se volvió hacia O-Nobu. Esa emoción juguetona sin sentido, que en el caso de Tsugiko podría haber continuado indefinidamente, terminó desapareciendo. A pesar de que se había abandonado a ella por completo, Tsugiko podía volver a la normalidad mucho más deprisa que O-Nobu.

—Tsugiko, es una suerte encontrarte siempre así de relajada.

Su prima le devolvió la mirada, incapaz de interpretar sus inofensivas palabras.

—Y tú, ¿acaso estás preocupada por algo?

El tono de voz de su prima confirmaba las sospechas sobre lo que Tsugiko pensaba de ella, así como dejaba entrever una cierta insatisfacción motivada por el hecho de que todo el mundo la consideraba una joven distinguida al margen de la dura vida real.

—¿Exactamente en qué nos diferenciamos tanto?

Sus edades diferían. También sus temperamentos. Sin embargo, Tsugiko nunca había reparado en las inhibiciones y las dificultades de la vida.

—De acuerdo. ¿Pero qué te preocupa tanto, Nobuko? Dímelo, por favor.

—Nada en especial.

—Lo ves, te lo dije. ¿No ves lo tranquila que eres?

—Puede ser, pero de un modo muy diferente al tuyo.

—¿En qué sentido?

O-Nobu era incapaz de explicárselo. Tampoco tenía verdadera intención de hacerlo.

—Pronto lo entenderás.

—Solo nos llevamos tres años, no es gran cosa.

Tsugiko no tenía en cuenta el hecho de que O-Nobu estaba casada y ella no.

—No se trata solo de una cuestión de edad, como muy bien sabes. Es más bien un cambio en las circunstancias. Una chica soltera se convierte un día en esposa. Luego, cuando pierde a su marido, en viuda.

Tsugiko miró a O-Nobu con una expresión ligeramente incrédula.

—¿Cuándo estabas más tranquila, Nobuko, aquí en casa o después de casarte con Yoshio?

—Bueno, la verdad...

O-Nobu se quedó sin palabras. Tsugiko ni siquiera le dio opción de pensar en una respuesta.

—Ahora. ¿Verdad? ¿Te das cuenta?

O-Nobu se sintió obligada a responder de algún modo.

—No, no necesariamente.

—¿No era Yoshio el hombre al que tú querías?

—Sí, y eso me hace feliz.

—No lo dudo, pero al igual que yo eres una mujer confiada.

—Sí, supongo que sí.

—¿Y a pesar de todo dices que tienes preocupaciones?

—Cuando me presionas de esa manera, me agotas.

—No es mi intención. Es solo que... no lo entiendo.

LA CONVERSACIÓN LLEGÓ A UN PUNTO DELICADO y derivó hacia el matrimonio de Tsugiko. O-Nobu, que quería evitar ese tema por encima de todo, sintió que, dadas las circunstancias, debía abordar lo inabordable. Una chica joven e inexperta seguro que esperaba de ella algún tipo de predicción, de consejo, y no era que como mujer mayor con un conocimiento más profundo de la realidad de las relaciones entre hombres y mujeres no quisiera dárselo. Prefería dar un gran rodeo a tan delicado asunto para no ofenderla.

—No puedo decirte gran cosa. En el caso de Yoshio sí porque me concierne directamente, pero en el de los demás, mucho me temo que no.

—¡Vamos, te lo pido por favor! No temas decirme lo que piensas.

—No se trata de eso.

—Entonces es que te da igual.

O-Nobu guardó silencio hasta encontrar una respuesta.

—Tsugiko, sabes perfectamente a qué me refiero. La intuición femenina solo funciona cuando se trata de algo que afecta directamente a la interesada. Es el único momento en el que se puede entender más en un segundo que en diez años. Te aseguro que no se presentan muchas ocasiones así en la vida. De hecho, hay muchas mujeres que nunca tienen esa suerte. Por eso te digo que me siento ciega.

—¿Pero no acabas de decir que tienes esa intuición? ¿Entonces por qué no la usas conmigo?

—No es que no quiera, es que no puedo.

—¿No se dice siempre que los espectadores ven más que los jugadores? Tú eres espectadora, deberías ser capaz de ver el asunto con más objetividad que yo.

—¿Quieres decir que vas a permitir que una extraña decida tu vida?

—No, no se trata de eso, pero lo que tú me digas me sería de gran ayuda porque confío plenamente en ti.

O-Nobu volvió a callar antes de abordar el asunto desde una perspectiva distinta.

—Tsugiko, antes te he dicho que era feliz...

—Sí.

Hizo una breve pausa y continuó antes de que Tsugiko pudiera interrumpirla.

—La razón de mi felicidad es simple. Yo pude elegir a mi marido por mí misma. No me casé por lo que me dijeran los demás. ¿Lo entiendes?

Tsugiko parecía inquieta.

—¿Quieres decir que en ese caso alguien como yo no tiene ninguna esperanza de ser feliz?

O-Nobu se sintió obligada a explicarse, pero no fue capaz de hacerlo de manera inmediata. Al final, las palabras le brotaron en un tono excitado, como de involuntaria urgencia.

—¡No! Lo serás. Estoy segura de que serás feliz, pero solo si amas a un hombre y logras que también él te ame. Solo con eso, tendrás infinitas posibilidades de ser feliz.

Mientras lo decía, en la mente de O-Nobu solo había espacio para Tsuda. En ningún momento pensó en Miyoshi. Por suerte, Tsugiko interpretó que sus palabras se referían exclusivamente a ella.

—¿Amar a quién? —preguntó Tsugiko un tanto sorprendida—. ¿Te refieres al hombre que vimos anoche?

—No importa quién pueda ser siempre que sea un hombre de tu elección. Sobre todo si logras que te quiera.

Poco a poco empezó a revelarse una faceta del carácter de O-Nobu que normalmente permanecía oculta. La dócil Tsugiko se replegaba a medida que se enfrentaba a ella. Al darse cuenta de la distancia que las separaba, dejó escapar un leve suspiro. O-Nobu elevó de nuevo el tono de voz.

—¿Acaso dudas de lo que digo? Te aseguro que es cierto. No te miento. Soy muy feliz. ¿Lo entiendes, verdad?

Quería forzar a Tsugiko a estar de acuerdo con ella.

—Le sucede lo mismo a todas las mujeres —añadió como si hablase para sí misma—. Por muy infeliz que pueda ser alguien, basta con adoptar una idea distinta de la vida para acabar con eso y lograr la felicidad. Es necesario tomar decisiones propias. Estoy convencida de ello. Una mujer una puede alcanzar la felicidad por sí misma. ¿No te parece, Tsugiko?

Su prima no sabía lo que se agitaba en ese momento en el corazón de O-Nobu. Su única alternativa era la de aplicar sus palabras a su caso particular, aunque difícilmente podía comprender su significado.

EN ESE MOMENTO SE ESCUCHARON unos apresurados pasos en el pasillo y la persona que venía tras ellos abrió la puerta de un golpe. Era Yuriko que regresaba de la escuela. Entró sin ceremonias. Dejó sobre mesa la bolsa que colgaba de su hombro y saludó a su hermana y a su prima con un escueto: «He vuelto».

Su mesa estaba a la derecha de la habitación, en el mismo sitio donde O-Nobu había tenido la suya tiempo atrás. Para ella había sido una suerte que su prima se casara y le dejase espacio libre. O-Nobu lo sabía bien.

—He vuelto para molestarte —le dijo a propósito—. Espero que no te importe.

Yuriko no contestó. Subió la pierna derecha a la mesa, se acarició el dedo del pie enfundado en

una media negra donde se formaba un pequeño agujero y volvió a colocarla sobre el tatami.

—Si vienes solo de visita, no pasa nada. A no ser que Tsuda te eche de casa —respondió.

—¡Mírala! —exclamó O-Nobu con una sonrisa—. Desde luego no se te puede acusar de mentirosa. Si Yoshio me echa de casa, espero que al menos te apiades de mí.

—Sí.

—¿Me dejarías volver a ocupar mi sitio en este cuarto?

—Supongo.

Yuriko se quedó pensativa.

—Está bien, te dejo, pero después de que se case Tsugiko.

—No, no. Antes de que se case.

—¿Quieres decir que Yoshio te va a echar de casa? ¿No puede esperar un poco? ¿Dónde me voy a meter yo?

Después de mostrar cuál era su verdadera preocupación, no le quedó más remedio que sumarse a la carcajada que había provocado con su comentario. Sin quitarse la ropa de calle, se sentó en el suelo junto al brasero, alcanzó el cuenco de madera que le había llevado la criada y se comió el pastel de arroz que contenía.

—¿Es tu merienda? Me recuerda a cuando vivía aquí.

O-Nobu rememoró la época en la que tenía la edad de Yuriko. El recuerdo de la vuelta de la escuela, cuando alargaba la mano para alcanzar el plato que dejaban frente a ella, revivió con fuerza en su memoria. Tsugiko también sonrió al ver como disfrutaba su hermana.

—¿Tú meriendas todavía, Nobuko?

—Sí, de vez en cuando, pero me da pereza preparármela y ya no me sabe tan rica como antes.

—A lo mejor no tienes hambre porque no haces suficiente ejercicio.

Las dos jóvenes continuaron con su charla mientras Yuriko se comió todo lo que había en el plato.

—¿Sabías que Tsugiko se va a casar muy pronto? —interrumpió inesperadamente.

—¿En serio? ¿Y con quién se va a casar?

—No lo sé, pero se va a casar.

—Está bien, pero cómo se llama el afortunado.

—No sé cómo se llama, pero de todos modos se casa.

O-Nobu repitió una tercera vez la misma pregunta.

—¿De quién se trata?

—Alguien que se parece mucho a Yoshio —respondió desenfadada—, porque a Tsugiko le gusta mucho Yoshio. Siempre está diciendo lo buen marido que es, que hace todo lo que tú quieres.

Tsugiko, avergonzada, se volvió hacia su hermana, que echó a correr.

—¡Oh no! ¡Se me ha escapado...! —gritó cuando alcanzó la puerta.

Se marchó de la habitación y dejó solas a O-Nobu y Tsugiko.

74

SE LEVANTARON cuando la criada anunció que la cena estaba servida.

La familia entera se reunió en el luminoso comedor con caras resplandecientes. Incluso Hajime, que un momento antes parecía enfadado por algún asunto sin importancia y se había escondido bajo el *engawa* hasta que su padre le convenció para que saliera, hablaba ahora alegremente.

—Hajime se comporta como un perro —dijo Yuriko.

O-Nobu se fijó como la boca de su prima pequeña se abría hasta dar un considerable mordisco a un pastel de arroz que quedó medio colgado de la punta de su nariz de lo pegajoso que era. Le hacía gracia la cháchara del niño al que comparaban con un perro.

—Padre, cuando se ve un cometa es que va a pasar algo malo, ¿verdad?

—Antiguamente la gente creía eso, sí, pero la ciencia ha progresado mucho y esas supersticiones ya han desaparecido.

—¿Y en otros países?

El tío de O-Nobu no sabía si en Occidente habían llegado alguna vez a creer esas cosas.

—¿En otros países? En fin... No, nunca lo han creído.

—¿Pero dicen que se vio un cometa justo antes de que muriera el César?

—Quieres decir antes de que le asesinaran —puntualizó su padre para guardar las apariencias—. Pero eso era muy distinto en Occidente.

A Hajime no le quedó más remedio que aceptar la explicación de su padre. Sin embargo, pronto se le ocurrió una nueva pregunta mucho más complicada que la anterior, que formuló brillantemente por medio de un silogismo.

—Puesto que al cavar un pozo, uno termina encontrando agua, eso significa que bajo tierra hay agua y, por tanto, debido a esta agua subterránea, la tierra debería derrumbarse. ¿Por qué no lo hace entonces? —concluyó.

La confusa respuesta de su padre tuvo el efecto de provocar una carcajada generalizada:

—Tienes razón, no se derrumba.

—Pero hay agua subterránea, entonces ¿por qué no lo hace?

—Porque las cosas no suceden de ese modo.

Las mujeres no pudieron evitar reírse de nuevo. Hajime se animó entonces con una nueva pregunta.

—¿No sería mejor que nuestra casa fuera un buque de guerra?

—Yo prefiero una simple casa a un buque de guerra.

—Pero si hay un terremoto se caerá y un barco no.

—Entiendo lo que quieres decir. Por muy fuerte que sea un terremoto un barco nunca se hundirá... Nunca lo había pensado, la verdad. Tienes razón.

Al comprobar la sorpresa que le provocaban a su tío los comentarios de su hijo, O-Nobu sonrió. Parecía haber desistido de su intención de invitar a Fujii a cenar. Tampoco su tía parecía acordarse. O-Nobu aprovechó para preguntarle algo a Hajime.

—Estás en la misma clase que el hijo de Fujii, ¿verdad? Si no me equivoco, se llama Makoto.

La respuesta del niño satisfizo plenamente su curiosidad. En sus palabras, en las que se adivinaba cierta crítica, se entrelazaban los datos y algunas conclusiones acertadas de esa forma particular en la que los niños juzgan a las personas. Todos los presentes escucharon atentos, y de entre todas las anécdotas, una les hizo especial gracia. De regreso a casa después de salir de la escuela, un día Makoto y Hajime se toparon con un gran agujero en medio de la calle y echaron un vistazo dentro. Debía de ser de alguna obra pública y para atravesarlo habían colocado un poste de madera de cedro. Hajime le dijo a Makoto que le daría cien yenes si se atrevía a cruzarlo. El temerario Makoto, con su mochila a la espalda y los famosos zapatos de piel de perro, le preguntó si hablaba en serio. Inmediatamente se subió al rugoso y resbaladizo poste. Hajime pensó que se resbalaría y caería dentro del agujero. A cada paso que daba su amigo, el miedo le atenazaba por el evidente riesgo que este corría. Le dejó allí solo y salió corriendo tan rápido como pudo. Makoto, absorbido por la única preocupación de dónde colocar los pies, no se dio cuenta hasta que logró cruzar al otro lado. Culminada su proeza, buscó a Hajime para cobrar los cien yenes de la apuesta, pero había desaparecido sin dejar rastro.

—¡Chico listo! —le felicitó su padre.

—Por eso hace tanto que no viene por aquí a jugar —añadió su mujer.

SUMADO AL HECHO DE QUE SUS HIJOS estaban en la misma clase, ahora también estaban vinculados gracias a O-Nobu, por lo que entre Okamoto y Fujii se había desarrollado una relación especial. Les gustará o no, por suerte o por desgracia, iban a encontrarse con frecuencia. Ambos reconocían, por tanto, la conveniencia de intimar tanto como las circunstancias se lo permitieran. Algo especialmente cierto en el caso de Okamoto, ya que él representaba los intereses de su sobrina. Además, él contaba con la ventaja de sus habilidades sociales, tan características de los hombres de éxito, y por si eso no bastara, su carácter amistoso y extrovertido suponían otro punto, nada desdeñable, a su favor, aunque le preocupaba que los nervios pudieran jugarle una mala pasada en

algún momento. En realidad lo que más le inquietaba era que le juzgasen arrogante, como le ocurría a menudo a la gente adinerada cuando se encontraba ante alguien menos afortunado. Ya que se había retirado recientemente para atender su salud, deteriorada por los largos años de trabajo, disponía de tiempo libre suficiente. Para ocupar su tiempo libre, había empezado a encargarse de las cosas que le gustaban como si construyera un mosaico, y atendía a las personas que hasta ese momento había pasado por alto por no mantener una relación estrecha.

Todas esas razones eran las que le empujaban de vez en cuando a tomar la iniciativa de ir a visitar a Fujii a su casa. Fujii, por su parte, era un misántropo considerable que ni siquiera fingía devolverle la cortesía, pero a quien al menos no parecía desagradarle su presencia. De hecho, charlaban de buen grado. No abordaban asuntos íntimos, sino que intercambiaban noticias de sus respectivos mundos que, por alguna extraña razón, llegaban a entremezclarse. Algunas cosas, que vistas desde el punto de vista de uno podían parecer muy banales y desde la perspectiva del otro de lo más edificantes, se convertían así en inesperados descubrimientos.

—Supongo que a Fujii se le podría considerar un crítico, pero no creo que todo lo que hace sea equiparable a un verdadero trabajo —dijo el tío de O-Nobu.

Ella no entendía bien a qué se refería con crítico. Pensaba que al no tener un verdadero propósito, simplemente se dedicaba a tratar de confundir a la gente con frases grandilocuentes. «Me pregunto para qué demonios sirve esa gente incapaz de hacer un trabajo normal y solo dedica su tiempo a complicados juegos mentales. ¿No es lógico que sean incapaces de ganar dinero, que anden siempre escasos?» O-Nobu era incapaz de ir mucho más allá de ese razonamiento. Sonrió y le preguntó a su tío:

—¿Has ido a verle últimamente?

—Sí, el otro día estuve un buen rato con él cuando volvía de mi paseo diario. Su casa es el lugar perfecto para tomarme un descanso.

—¿Tuvisteis otra de vuestras interesantes conversaciones?

—Sí, andaba liado con sus reflexiones sobre no sé qué cosa extraña. Él es así. ¡Ah, sí! Ahora lo recuerdo, hablamos de cómo los hombres andan siempre en persecución de las mujeres y viceversa.

—¡Qué cosa de tan mal gusto!

—Más bien qué absurdo. ¡Y a su edad!

O-Nobu y Tsugiko expresaron respectivamente sorpresa y desaprobación. Tsugiko apartó la vista.

—Fue muy extraño. Me impresionó mucho su manera de razonar. Según él lo normal es que en las familias sean los hijos varones los que más quieren a sus madres y, al contrario, las niñas a los padres. Me di cuenta de que tenía razón.

O-Nobu sentía una predilección por su tío político que no sentía por su tía de sangre. Después de escucharle, su actitud cambió y se hizo más seria.

—¿Y qué conclusión saca de eso?

—En su opinión si hombres y mujeres no estuvieran eternamente en persecución unos de otros, no serían seres humanos completos. En otras palabras, hay algo de lo que carecemos, que no somos capaces de lograr por nosotros mismos.

El interés de O-Nobu decreció. Lo que decía su tío era algo que ella ya sabía perfectamente.

—¿No es eso acaso la armonía del *ying* y el *yang*?

—Sí, ¿pero no te parece interesante que mientras para esa armonía resulta imprescindible el opuesto, la discordia entre ambos también es necesaria?

—¿Por qué?

—Escúchame. Hombres y mujeres se atraen porque tienen distintas cualidades, como te acabo de decir...

—Sí y qué.

—Como se trata de uno o del otro, es imposible que estén juntos, así que por mucho tiempo que pase no pueden estar más que separados.

Su tío se echó a reír a carcajadas como si hubiera logrado vencer a su sobrina que se resistía a darse por vencida.

—Todo eso no es más que la teoría.

—Evidentemente, una teoría aceptada en todas partes.

—No me vale. Hay algo que no encaja en todo esto. Simplemente parece una de esas argucias de Fujii.

O-Nobu no era capaz de convencerle, pero tampoco daba por bueno lo que le decía su tío.

OKAMOTO CONTINUÓ CON SUS ARGUMENTOS medio en broma.

—El hombre alcanza la sabiduría de Buda a través de la mujer, de igual manera que le sucede a la mujer cuando ama a un hombre. Pero es una verdad limitada a antes del matrimonio. Tan pronto como se establece entre ellos una relación de marido y mujer, esa verdad se invierte para dar paso justo a lo contrario. En otras palabras, si el hombre no está separado de la mujer no puede alcanzar la paz. Y si una mujer no está separada del hombre, lo mismo. Lo que hasta determinado momento ha sido atracción, se transforma en repulsión. No queda más remedio que reconocer un dicho que ha permanecido inalterable desde tiempos inmemoriales: que el hombre y la mujer deben permanecer con los de su sexo. El concepto de armonía del *ying* y el *yang* se creó únicamente para comprender la verdadera dimensión del principio de la discordia que le sigue...

O-Nobu no era capaz de determinar qué palabras eran de su tío, de su propia cosecha, y cuáles de Fujii. Tampoco sabía hasta dónde hablaba en serio y hasta dónde en broma. Aunque su tío no

tenía el don de la escritura, sí tenía el de la oratoria. Sobre la más endeble de las bases, era capaz de construir la más complicada y original de las estructuras. De su boca salían toda suerte de ocurrencias y comentarios. Cuanto más le llevaba la contraria O-Nobu, más se entusiasmaba él con su argumento, mayor entusiasmo le dedicaba. Fue ella quien finalmente tomó la decisión de poner punto final a la discusión.

—Lo que nadie puede negarte es la labia —dijo O-Nobu, y miró a su tía.

—Es imposible seguirle la corriente, O-Nobu. Lo mejor es que lo dejes estar. Cuanto más lo contraríes, más obstinado se pondrá.

—La verdad es que actúa como si quisiera crear adrede esa discordia entre el *ying* y el *yang* de la que tanto habla —respondió la joven.

Durante el intercambio de comentarios, Okamoto observaba a las dos mujeres con una sonrisa, pero tan pronto se produjo un silencio, aprovechó para decir algo en voz baja.

—De manera que os dais por vencidas. En ese caso lo dejo. No quiero presionar a quien se da por vencido. En ese aspecto los hombres, al margen de lo insensibles que podamos parecer, tenemos la enorme virtud de compadecernos de los más débiles.

Se levantó con expresión victoriosa, abrió la puerta corredera y salió de la habitación seguido por el presuntuoso ruido de sus pasos. Se dirigió a su estudio y desapareció. Al cabo de un rato, en cambio, volvió con cinco o seis libros no muy voluminosos.

—Tengo un encargo para ti, O-Nobu. Si vas mañana a la clínica, haz el favor de llevárselos a Yoshio.

—¿De qué tratan?

O-Nobu los alcanzó y miró las cubiertas. Los títulos en inglés la dejaron desconcertada, pues no era muy ducha en lenguas extranjeras. Los leyó uno a uno, saltándose palabras por aquí y por allá.

—*Libro... de... bromas. Ingenio inglés... y... humor. ¿Qué es todo esto?*

—Solo entretenimiento. Son compilaciones de bromas y acertijos, ese tipo de cosas que te ayudan a pasar el rato en la cama antes de dormir. No te preocupes, no suponen un desafío para tu inteligencia.

—Ya. Es decir, son cosas de tu gusto.

—Me imagino que le gustarán a él también. Da igual lo estricto que sea. No creo que se moleste por enviárselo.

—Por supuesto que no.

—Está bien. Son buenos para la armonía del *ying* y el *yang*. Llévaselos y a ver qué pasa.

Le dio las gracias y los dejó sobre su regazo. Su tío sacó un trozo de papel que llevaba en la otra mano.

—Esto es una pequeña compensación por haberte hecho llorar antes. Prométeme que lo aceptarás.

O-Nobu sabía de qué se trataba antes incluso de aceptarlo. Su tío lo agitó adrede delante de ella.

—Cuando se desequilibran el *ying* y el *yang*, esta es la mejor medicina. En la mayoría de los casos, una sola dosis basta para recuperar la salud.

Su tío estaba de pie frente a ella que se resistía ligeramente.

—El nuestro no es un caso de discordia entre el *ying* y el *yang*. Nosotros estamos en completa armonía, te lo aseguro.

—Mejor aún. Si tomas esta medicina te harás más fuerte. De hecho, no importa cómo vayan las cosas. Es un remedio infalible.

Cuando O-Nobu alcanzó el cheque, le miró fijamente y sus ojos se llenaron de lágrimas.

77

O-NOBU NO ACEPTÓ EL *RICKSHAW* que su tío quería llamar para que la llevase de vuelta a casa. Sin embargo, no pudo declinar su amable ofrecimiento de acompañarla al menos hasta la parada del tranvía. Los dos juntos bajaron la colina en dirección al río.

—El ejercicio es lo mejor para mis dolencias, ¿no te parece? Me gusta mucho caminar, no te preocupes por mí.

Estaba gordo y le costaba trabajo respirar. A O-Nobu le divertía verle resoplar de esa manera mientras se esforzaba por subir la colina. Sin embargo, no dejó de hablar en ningún momento, como si hubiera olvidado que aún debía volver a casa.

Hablaron de lo ocurrido el día anterior. O-Nobu le contó también que O-Toki se había quedado dormida mientras la esperaba. Anteriormente, había trabajado para él y no pudo evitar sentirse responsable de ella ahora que estaba al servicio de los recién casados.

—Tu tía conoce bien ese hábito suyo, pero está convencida de que es una chica buena y honesta. De hecho, la cree perfectamente capaz de quedarse a cargo de la casa mientras tú estás fuera. De todos modos, no está bien que se duerma mientras está sola. No es seguro. Hay que reconocer que es muy joven y supongo que cuando uno tiene sueño poco o nada se puede hacer.

La juventud no era una excusa para O-Nobu. Ella nunca se habría quedado dormida en una situación así. Sonrió a su tío y se limitó a escucharle. La verdadera razón de que volviera a casa tan pronto, era que no quería volver a encontrarse en la misma situación del día anterior.

Subió al tranvía nada más llegar a la parada. Se volvió hacia su tío para decirle adiós, y este le dio recuerdos para Yoshio. Apenas tuvieron tiempo de decirse nada más antes de que el tren se pusiera en marcha y el traqueteo ocupara por completo los pensamientos de O-Nobu.

Durante el trayecto no pudo pensar con claridad. Las caras y las siluetas de la gente que había visto el día antes, pasaron frente a ella en rápida sucesión mientras el tranvía se deslizaba por las

vías. Sin embargo, existía un hilo conductor, un elemento común, en todas aquellas imágenes fragmentarias que poblaban su mente. Quería identificarlo, pero todos sus esfuerzos fueron en vano. Se apeó del tranvía después de reconocer únicamente los pedazos de *dango*^[35], sin llegar a identificar el pincho que los mantenía unidos.

Tan pronto como O-Toki escuchó que O-Nobu abría la puerta corredera de la entrada, salió de la cocina y se inclinó en una profunda reverencia hasta casi dar con la cabeza en el tatami. La diligencia exhibida, tan distinta del descuido del día anterior, eran en gran medida merito suyo.

—Hoy he vuelto muy pronto.

A O-Toki no le parecía que hubiera vuelto especialmente pronto, pero al contemplar su expresión se sintió obligada a decir que sí. A partir de ese momento, O-Nobu adoptó una actitud más conciliadora.

—He tratado de volver antes, pero los días se han acortado de repente y se me ha hecho de noche antes de darme cuenta.

O-Toki doblaba diligente el quimono que O-Nobu acababa de quitarse.

—¿Ha pasado algo especial desde que me marché? —preguntó a la chica.

O-Toki le contestó que no, pero O-Nobu quería asegurarse.

—¿No ha venido nadie?

O-Toki elevó el tono de voz hasta casi dar un grito, como si acabase de recordar algo.

—¡Ay, sí! Ha venido alguien. Un hombre que decía llamarse Kobayashi.

No era la primera vez que O-Nobu escuchaba el nombre de ese conocido de su marido. Recordaba incluso haber hablado con él en dos o tres ocasiones. No le gustaba. Sabía que tampoco Tsuda le tenía un gran aprecio.

—Me pregunto qué querría... —dijo molesta. Antes de que aquello quedase en nada, le preguntó directamente—: ¿Había algún asunto del que quisiera hablar conmigo?

—Sí, vino para llevarse el abrigo.

No entendía nada. Tsuda no había mencionado el asunto.

—¿El abrigo? ¿El abrigo de quién?

O-Nobu le hizo varias preguntas a O-Toki para descubrir qué era lo que quería aquel hombre, pero todo su esfuerzo fue inútil, pues conforme las respuestas de esta sucedían a sus preguntas, más se adentraban ambas en tan sinuoso laberinto. Al final, concluyeron que lo extraño era Kobayashi, no ellas dos, y rompieron a reír. La palabra inglesa *nonsense*^[36], que su marido usaba tan a menudo, se le vino a O-Nobu a la cabeza. Al relacionarla con Kobayashi, se rio de nuevo. Disfrutó de su inesperado buen humor y se olvidó durante un rato del importante problema que traía consigo al volver a casa.

AQUELLA MISMA NOCHE O-NOBU se propuso terminar la carta a sus padres que había empezado dos días antes. Eso no quería decir, sin embargo, que la preocupación por sus padres en Kioto fuera lo único que ocupaba su mente.

No era capaz de calmarse. Para aplacar la inquietud que la atenazaba, debía centrar su atención en algo. Ansiaba resolver las dudas que la habían asaltado nada más subir al tranvía y pensó que si terminaba la carta al menos sería capaz enfriar sus turbulentos sentimientos.

Tomó su pincel de caligrafía y empezó con los saludos de cortesía en los que hacía mención a la estación del año, pero en cuanto quiso pedirles disculpas por su prolongado silencio, su mano se detuvo. Cada vez que escribía a sus padres, procuraba poner el énfasis en su relación con Tsuda. En realidad era lo único que ellos querían saber de sus hijas recién casadas, algo de lo que tenía el deber de informarles. O-Nobu sabía que si no mencionaba a Tsuda, no tenía por qué escribirles. Con el pincel en la mano, no le quedó más remedio que reflexionar sobre su relación en los últimos tiempos. No estaba obligada a detallar todo lo ocurrido entre ellos, más bien sintió la profunda necesidad de analizar su relación desde la ambigua perspectiva de una mujer cualquiera casada con cualquier hombre. Le dedicó mucho tiempo al asunto, pero no por ello el pincel retomó su movimiento. Era un problema insoslayable y cuanto más se esforzaba por determinar la verdad, más incapaz se sentía de garabatear los caracteres con firmeza.

Antes de ponerse a escribir, la oprimía la ansiedad. Ahora que había empezado a hacerlo, logró calmarse, pero otro asunto vino a añadir aún más turbación. Todas las imágenes que había visto en el tranvía, estaban enfocadas en una misma dirección, gracias a lo cual O-Nobu terminó llegando a la raíz misma de la ansiedad que la atormentaba, aunque no comprendió su naturaleza. Por tanto, no le quedó más remedio que posponer la solución del problema...»

«Si no soy capaz de resolverlo hoy, lo haré mañana. Si mañana tampoco, lo dejaré para pasado y si tampoco entonces...»

Era su forma de razonar. Era también su esperanza, su decisión final. De hecho, ya se la había comunicado a su prima Tsugiko: «No importa de quién se trate, pero al amar con todo tu ser a un hombre de tu elección, debes lograr que también él te ame a ti».

En lo más profundo de su corazón, juró que lo haría y así se lo ordenó a su voluntad con el fin de recuperar la serenidad perdida.

Su humor mejoró sensiblemente. Volvió a deslizar el pincel sobre el papel para complacer a sus padres con noticias sobre su relación con Tsuda. Describió con todo lujo de detalle su vida en común. Se deleitaba al contemplar las suaves evoluciones del pincel sobre la superficie en blanco del papel, ajeno a su voluntad, como si estuviera inspirado por la emoción. Terminó la extensa carta sin detenerse, aunque no se dio cuenta de todo el tiempo que le había llevado hacerlo.

Dejó el pincel sobre la mesa para releer desde el principio lo que había escrito. El humor que la dominaba, se había apoderado también de su mirada. No vio necesidad de hacer correcciones ni de

añadir nada. Tampoco se preocupó de si estaban bien escritos los complicados ideogramas que recordaba solo apenas. Cuando escribía, usaba el diccionario *Genkai*^[37] para comprobar que eran correctos. Cambió algunos trazos donde se había equivocado y que podían llevar a confusión y dobló la carta. En un tono solemne declaró: «Todo lo aquí escrito es cierto. No hay falsedad, evasivas ni exageración. Si alguien duda de mí, le aborreceré por ello, le despreciaré y le escupiré, pues yo conozco la verdad mejor que nadie. He descrito el estado real de las cosas, no su apariencia externa. Es posible que en este momento yo sea la única que conoce esa verdad, pero en el futuro todo el mundo lo sabrá. De ningún modo engaño a nadie. Si alguien asegura que he falseado la realidad con esta carta solo para tranquilizarme a mí y a mis padres, es que está ciego. Mentiría. Solo pido que me crean porque el Cielo ya lo hace».

Dejó la carta cerrada y sellada junto a su almohada y se acostó.

RECORDÓ LA ÉPOCA DE SU PRIMER ENCUENTRO con Tsuda en Kioto. Había regresado a casa de sus padres después de una larga ausencia y dos o tres días después de su llegada, su padre le pidió que llevase una carta y unos volúmenes de textos chinos guardados en una caja a casa de Tsuda, seis o siete manzanas más allá. Recientemente había sufrido una ligera neuralgia, y como no le había quedado más remedio que convalecer en casa sin nada que hacer, le pidió al padre de Tsuda algunos libros para aliviar el aburrimiento. Tenía que devolvérselos y traerle unos nuevos.

O-Nobu se quedó de pie en la entrada y pidió permiso para entrar. Había un biombo grande de una sola hoja con unos extraños caracteres impresos que le sorprendieron, pues parecían bailar en su superficie blanca. La persona que apareció detrás del biombo no fue la criada ni el chico de los recados, sino Yoshio. Igual que ella, había regresado unos días a su casa.

Nunca antes se habían visto. O-Nobu solo había oído mencionar su nombre. Sabía por su padre que había vuelto a Kioto o que se disponía a hacerlo, aunque solo lo mencionó de pasada mientras le hablaba de su interés por otros libros, motivo por el cual la enviaba a ella con una carta.

Yoshio se hizo cargo de los libros. Por alguna misteriosa razón miró un buen rato el título de la obra escrito con unos imponentes ideogramas: *Antología de la poesía Ming*. Ella no dejó de observarle todo el tiempo que se quedó allí delante, absorto en sus pensamientos. Cuando al final levantó los ojos, sus miradas se cruzaron. O-Nobu tenía que esperar una respuesta antes de irse y no pudo evitar quedarse allí plantada. Él dijo: «Por desgracia mi padre no está en casa». O-Nobu se dispuso a marcharse, pero él la retuvo y abrió la carta que iba dirigida a su padre sin siquiera disculparse. Su actitud decidida despertó el interés en ella. Sus maneras resultaban ciertamente bruscas, pero al mismo tiempo denotaban firmeza y decisión. De ningún modo habría concluido que era un joven poco delicado o rudo.

Cuando terminó de leer la carta, se retiró a buscar los libros que pedía el padre de O-Nobu, aunque por desgracia no pudo encontrarlos. Regresó al cabo de diez minutos. Se disculpó por haberla hecho esperar en vano. Le dijo que se los haría llegar tan pronto como regresara su padre y le dijese dónde los guardaba. Ella se excusó porque no quería crearle ninguna obligación. Le dijo

que volvería al día siguiente y se marchó a casa.

Aquel mediodía, sin embargo, Yoshio se acercó con los libros. Fue ella quien le abrió la puerta por pura casualidad. Volvían a encontrarse cara a cara. En esa ocasión se reconocieron al instante. Llevaba al menos el triple de libros que ella por la mañana. Iban envueltos en un papel de algodón y no dejaba de balancearlos, como si llevara una jaula con un pájaro en lugar de los pesados volúmenes. Se los mostró.

Aceptó su invitación y pasó al cuarto de estar. Aprovechó para saludar a su padre, un hombre mayor con un carácter completamente opuesto al suyo, acostumbrado a repetir fórmulas de cortesía que a un joven como él debían de resultarle tópicas y vacías de significado. En cualquier caso, no pareció incómodo. No sabía nada de los libros que le llevaba y menos aún de los que le habían devuelto. Se disculpó por su incapacidad de leer esos textos abarrotados de complicados ideogramas caídos en desuso. Al menos sí había podido leer el título, *Poesía de Wu Mei-ts'un*, para encontrarlo en la biblioteca de su casa. El padre de O-Nobu le agradeció su amabilidad sinceramente.

La imagen de Tsuda en aquel primer encuentro seguía viva en su recuerdo. No es que fuera una persona distinta de la que había sido entonces, pero tampoco era la misma. Sin duda, había cambiado. Al conocerle, le dejó indiferente, pero pronto ese sentimiento se transformó en atracción. ¿Acaso le sucedía ahora lo contrario? No tenía claro si era una duda o una certeza. Quería despejarla y para lograrlo no le quedaba más remedio que darle la vuelta a la realidad.

80

UNA FIRME DETERMINACIÓN se apoderó de O-Nobu. Al despertar por la mañana del día siguiente, no quedaba en ella rastro de cobardía. Se levantó sin perder un minuto, como si se hubiera olvidado de lo mucho que le había costado hacerlo la mañana previa. Retiró la ropa de cama y le sorprendió la fuerza inusitada de sus brazos. El estimulante frescor de la mañana ayudó a que todos sus músculos se pusieran en tensión.

Abrió las contraventanas. Era más temprano de lo habitual, lo que la llenó de felicidad: lo interpretó como una compensación por su pereza, por haberse quedado dormitando hasta tan tarde el día anterior.

Dobló el futón, lo guardó en el armario, barrió la habitación y cuando hubo terminado sus tareas, se sentó frente al tocador. Se deshizo el peinado que llevaba desde hacía tres días. Al pasarse el cepillo en repetidas ocasiones por las zonas más grasientas, se dio cuenta de que no tenía forma de domarlo. No le quedó más remedio que recogerlo en un moño bajo. Nada más terminar despertó a la chica. Ayudó a O-Toki hasta que el desayuno estuvo listo y se sentó delante de su bandeja.

—Hoy se ha levantado usted muy temprano.

O-Toki no tenía ni idea de lo que pasaba por la mente de O-Nobu. La chica parecía realmente sorprendida de lo mucho que había madrugado y quería disculparse por haberse despertado después que ella.

—Hoy tengo que ir a ver a mi marido a la clínica.

—¿Tan temprano?

—Sí. Ayer no fui, así que mi intención es ir lo antes posible.

O-Nobu hablaba con más corrección y formalidad de la que tenía por costumbre. Así creía expresar cierta calma y firmeza, si bien en sus palabras se adivinaba algo que contradecía aquella seguridad fingida. El humor que la dominaba se hizo evidente poco a poco.

No obstante, no se apresuró a salir. Contó a O-Toki con todo detalle cuanto ocurrió durante su visita a los Okamoto el día anterior, sin que la chica llegara a dejar la bandeja que tenía entre las manos, ni tuviera tiempo siquiera de recogerse las mangas del kimono. Ya que para la criada la casa de los Okamoto constituía también uno de sus temas favoritos de conversación por los muchos años que había trabajado allí, las dos mujeres hablaban a menudo de ello hasta que se daban cuenta de que se repetían. Preferían hacerlo cuando Tsuda estaba ausente, porque así no parecían excluirlo de su charla. En dos o tres ocasiones, mientras hablaban de cualquier nimiedad, O-Nobu había llegado a sentirse incómoda por culpa de él. Quería evitar que pensase que estaba orgullosa de tener unos tíos tan acaudalados, por eso advirtió a O-Toki que no sacara el tema de los Okamoto en presencia de Tsuda.

—¿Aún no se ha comprometido Tsugiko?

—Están en ello, pero no sé qué va a resultar de todo eso.

—Sería estupendo que se comprometiera con algún caballero atractivo, ¿verdad?

—Es más que probable que suceda muy pronto. Mi tío es muy impaciente, ya lo sabes, y Tsugiko es tan atractiva... Justo lo contrario que yo, ¿no te parece?

O-Toki quiso decir algo al respecto, pero como a O-Nobu le hubiera resultado muy embarazoso que le adulase la criada, se adelantó a ella.

—Alcanzar un compromiso es muy difícil para una mujer si no es atractiva. Da igual lo inteligente o lo sensible que pueda ser. Si es fea ningún hombre se fijará en ella.

—No es el caso.

O-Toki reaccionó como si quisiera defenderse a sí misma.

—Es cierto lo que te digo —enfaticó O-Nobu—. Los hombres actúan así, te lo aseguro.

—Es posible, pero no creo que actúen de ese modo cuando se hacen mayores.

A pesar de su firme convicción, O-Nobu no añadió nada.

—En serio. Si una mujer tan fea como yo no vuelve a nacer con una cara encantadora, no hay ninguna esperanza para ella.

O-Toki la miró muy sorprendida.

—Si usted es fea, señora, ¿entonces qué podría decirse de alguien como yo?

Las palabras de O-Toki encerraban verdad y adulación a un tiempo. Consciente del alcance de cada cosa, O-Nobu se dio por satisfecha con su comentario y se levantó.

Mientras se cambiaba de ropa para salir, escuchó un ruido de pasos que se acercaba por la calle. Sonó el timbre de la puerta. Escuchó que alguien preguntaba a la chica si podía ver un momento a la señora. O-Nobu aguzó el oído para tratar de descubrir la identidad de quien hablaba.

81

O-TOKI TRATÓ DE OCULTAR la sonrisa de su rostro con la manga del quimono, avergonzada por ser incapaz de repetir el nombre del invitado que llamaba a la puerta. Corrió hasta el salón y balbuceó torpemente un apellido que, después de todo, no era tan infrecuente: «Kobayashi».

O-Nobu no sabía cómo recibir a tan inesperado visitante. Tenía el *obi* a medio ceñir y no podía salir inmediatamente, pero tampoco podía cometer la descortesía de no hacerle pasar, como si fuera un simple cobrador. De pie frente al espejo de cuerpo entero, se estremeció, frunció el ceño por la sorpresa. Le dijo a O-Toki que advirtiera al hombre que no podía atenderle mucho tiempo porque se disponía a salir y le pidió que le acompañara al salón. Cuando le vio, supo que no podía escuchar simplemente lo que tenía que decir y dejarle marchar sin más: a la hora de ignorar la debida consideración y respeto hacia los demás, Kobayashi era un maestro insuperable, dotado de un raro talento. A pesar de la evidente prisa de su anfitriona, parecía decidido a no marcharse hasta que ella le obligara a hacerlo.

Parecía saberlo todo de la enfermedad de Tsuda. Le habló también de que pronto se marcharía a Corea donde esperaba obtener un empleo. Era un trabajo importante que le iba a ofrecer excelentes posibilidades. Le explicó que le seguía un detective. Se había dado cuenta la noche que regresaba con Tsuda de casa de los Fujii. Kobayashi observó divertido la sorpresa de O-Nobu y parecía sentirse orgulloso de que le siguieran por si acaso era socialista.

Algunas de las cosas que decía podían llegar a impresionar a una mujer. O-Nobu lo ignoraba todo, pues Tsuda nunca le había dicho una palabra al respecto. Sus historias la embaucaron hasta el punto de hacerle perder la noción del tiempo. No podía dejar de prestarle atención pese a que, al hacerlo, le dominaba una gran inquietud. Se limitaba a asentir dócilmente a todo lo que decía, a pesar de que parecía no tener fin. Al final no le quedó más remedio que preguntarle qué era lo que le había llevado allí. Pareció molesto, pero se lo explicó. Se trataba ni más ni menos que del abrigo viejo de su marido.

—Tsuda prometió dármelo, sabe.

Quería probárselo antes de marcharse, mandar arreglarlo en caso necesario.

O-Nobu quiso sacarlo inmediatamente del cajón donde estaba guardado, pero como Tsuda no le había dicho nada dudó.

«No creo que vuelva a ponérselo», pensó. Sin embargo, conocía bien el carácter de su marido, lo maniático que podía llegar a ser en asuntos como ese. Sería una calamidad si llegaba a acusarla de negligente por culpa de esa prenda raída.

—No hay problema, se lo aseguro. Él en persona me prometió que me lo daría. No le miento.

Kobayashi la ponía en una situación difícil. Si no se lo daba, sería lo mismo que llamarle mentiroso.

—No importa lo borracho que pudiera estar, le aseguro que estaba perfectamente consciente. Yo no soy de esos que olvidan las cosas.

O-Nobu tomó al fin una decisión.

—Le ruego que espere un momento, por favor. Le diré a la chica que llame a mi marido a la clínica.

—Lo hace usted todo como es debido, ¿no es cierto, señora Tsuda? —le preguntó Kobayashi con una sonrisa irónica.

La expresión de infelicidad en su rostro, que tanto había turbado a O-Nobu, desapareció por completo.

—Es solo para asegurarme. No quiero que me reproche nada —se excusó ante Kobayashi para no herir sus sentimientos.

En el intervalo de tiempo que O-Toki tardó en ir hasta el teléfono público y regresar con la respuesta de Tsuda, no les quedó más remedio que seguir con su conversación. Un inesperado comentario, sin embargo, provocó que el corazón de O-Nobu diera un vuelco. Se trataba de algo que nunca habría imaginado.

82

—TSUDA HA MADURADO MUCHO ÚLTIMAMENTE, ¿VERDAD?

Aprovechando la ausencia de la criada, Kobayashi se tomó la licencia de hablarle de ese modo. Era su invitado después de todo, así que O-Nobu se sintió obligada a ofrecerle una respuesta por muy inocua que fuera.

—¿Lo dice en serio? Siempre he pensado que en ese aspecto no he ejercido en él la más mínima influencia.

—¿Por qué dice eso? Es un hombre distinto, se lo aseguro.

Kobayashi se expresaba de un modo notablemente exagerado. O-Nobu quería refutar sus palabras, dejarle en evidencia, pero su orgullo le obligó a guardar silencio y él no era de esos que piensan dos veces lo que han dicho. Su charla saltaba de un tema a otro sin orden ni consecuencia, vagaba errática de aquí para allá, avanzaba a veces en línea recta hasta casi rozar la mala educación.

—Después de todo no hay hombre vivo capaz de hacerle frente a su mujer. Obviamente, un soltero como yo no tiene muchos argumentos de peso para afirmar estas cosas, pero estoy convencido de que tengo razón.

O-Nobu no pudo contenerse más y empezó a reír.

—Sí, creo que tiene razón. Suceden infinidad de cosas misteriosas entre un marido y su mujer que gente como usted es incapaz de entender.

—Le ruego que me ilumine con algunos ejemplos.

—Eso no le haría ningún bien a un soltero como usted.

—Se lo pido solo a modo de información.

Un destello resplandeció en los rasgados ojos de O-Nobu.

—¿No sería mejor que en lugar de eso se casara usted?

Kobayashi se rascó la cabeza.

—Aunque quisiera no puedo hacerlo.

—¿Por qué?

—No hay mujer que me quiera. ¿Con quién me voy a casar entonces?

—¡Oh, vamos! Japón es un país plagado de mujeres. Puede encontrar usted una a su gusto, no tiene más que chasquear los dedos.

Al escucharse, O-Nobu sintió que quizá había llevado las cosas demasiado lejos, pero Kobayashi no se inmutó. Acostumbrado desde hacía mucho tiempo a contestaciones más duras y crueles, se había transformado en un hombre insensible.

—Da igual el excedente de mujeres que pueda haber en el país. Estoy a punto de marcharme a Corea y no hay mujer dispuesta a fugarse conmigo.

La mención a una fuga, le recordó a O-Nobu la de los amantes de la obra que había visto en el teatro recientemente. Aquella fascinante escena de kabuki, representaba para ella la esencia de un amor imperecedero. Sonrió a Kobayashi, que al contrario que los personajes de sus románticas fantasías, estaba allí sentado con el único objetivo de llevarse el abrigo viejo de otra persona.

—Si huye usted, lo mejor sería que se fueran dos.

—¿Dos?

—Quiero decir, su mujer y usted, por supuesto. Sin duda encontraría a una dispuesta, estoy convencida.

—¿De verdad lo cree?

Kobayashi se lo preguntaba en serio. Tenía la espalda muy erguida, no se movió un ápice del cojín donde estaba sentado. Una actitud, desde luego, muy distinta a la que esperaba encontrar en él. Se sorprendió, pero al mismo tiempo el giro inesperado que había dado la conversación le resultó de lo más interesante. Kobayashi se puso de repente serio. Tras una breve pausa, volvió a decir cosas extrañas, como si hablara para sí mismo.

—Si realmente hubiera una mujer dispuesta a huir conmigo para empezar una nueva vida en

Corea, quizá no me habría convertido nunca en el hombre que soy. No se trata solo de que no tenga mujer, en realidad no tengo nada, ni parientes, ni amigos: nada. No hay lugar para mí en este mundo. Nadie se preocupa por mí.

O-Nobu nunca en su vida se había topado con alguien como Kobayashi. Tampoco había escuchado jamás cosas semejantes en boca de nadie, y le resultaba difícil comprenderlas incluso a nivel superficial. Ignoraba cómo manejar a aquel hombre que tenía enfrente.

—Señora Tsuda, yo solo tengo una hermana —insistió él en un tono afectado—. A nadie más, por eso me es tan querida. No puede usted imaginarse cuánto más preciosa me resulta precisamente por no vivir una situación normal; y a pesar de todo, me veo obligado a abandonarla. Ella quiere venir conmigo allá donde vaya, pero de ninguna manera puedo aceptarlo. Es preferible para ella que nos separemos y no continuar juntos. Es más seguro. Así no correrá el riesgo de que la maten.

O-Nobu se sentía cada vez más incómoda. Se impacientaba por el regreso de O-Toki que se retrasaba. No le quedó más remedio que cambiar de tema para escapar de la presión que aquel hombre ejercía sobre ella. Lo logró, pero al hacerlo se vio envuelta en una situación extraordinaria.

83

FUE O-NOBU QUIEN el rumbo de la conversación, que de pronto tomó un cariz extraño.

—Me pregunto si es realmente cierto eso que dice usted.

En un abrir y cerrar de ojos, Kobayashi abandonó su actitud plañidera y, como ella esperaba, contestó a su pregunta con otra.

—¿A qué se refiere exactamente? ¿A lo que le acabo de decir?

—No, eso no.

O-Nobu supo meterle hábilmente en un callejón de dirección única.

—A lo que me decía antes sobre que Tsuda ha cambiado mucho últimamente.

Kobayashi había caído en la trampa. Se vio obligado a retomar una conversación que ya daba por terminada.

—En efecto. Lo he dicho porque es cierto.

—¿Tanto ha cambiado?

—Sí.

La actitud de O-Nobu le dio a entender que ignoraba a qué se refería. Kobayashi, por su parte, la miró como si tuviera pruebas de lo que afirmaba. Se observaron en silencio. A él se le escapó el esbozo de una sonrisa que se desvaneció antes de convertirse en una verdadera. En cambio, O-Nobu demostró que no estaba dispuesta a bromear ni con él ni con nadie.

—Es probable que usted misma se haya dado cuenta, ¿no es cierto, señora?

En esa ocasión fue él quien logró arrinconarla. Claro que se había dado cuenta del cambio

operado en su marido, pero el que ella percibía era de una naturaleza completamente distinta, sin ninguna relación con los detalles que señalaba Kobayashi. Desde que se casaron, ese cambio, sutil al principio, empezó a hacerse evidente como una imagen que, tenue y difusa, fuera poco a poco cobrando textura y forma. Un observador ajeno, por muy sagaz que fuera, nunca habría sido capaz de apreciarlo. Era el secreto de O-Nobu. ¿Cómo podía un hombre como Kobayashi conocer la existencia de esa mutación invisible en el hombre que ella amaba? ¿Cómo podía ver aquel hombre los cambios en el corazón de su esposo, los mismos que la separaban cada vez más de él? ¿Acaso sabía que en realidad desde el primer momento había estado emocionalmente separado de ella?

—No me he dado cuenta de nada. Supongo que se refiere a que ha cambiado en algunos aspectos.

Kobayashi soltó una risotada.

—Señora Tsuda, demuestra usted una inteligencia sublime al fingirse ignorante a este respecto. Me resulta imposible ponerme a su altura.

—¿No es precisamente eso lo que hace usted?

—Está bien. Lo dejaremos así, pero debo admitir que es usted realmente hábil. Ahora entiendo por qué ha cambiado tanto Tsuda. Me resultaba de lo más extraño.

Ella ignoró su comentario; sin embargo, no pareció especialmente molesta, incluso se relajó. Kobayashi, por su parte, dio un paso más allá.

—Hasta los Fujii están sorprendidos.

—¿Por qué?

Nada más escuchar el apellido Fujii, O-Nobu clavó sus ojos rasgados en los de su invitado. A pesar de ser perfectamente consciente de que aquel hombre hacía todo cuanto estaba al alcance de su mano para llevarla a su terreno, no le quedó más remedio que preguntar.

—Me refiero a su habilidad, por supuesto, a su brillante forma de hacerse con él, de dominarle por completo.

A pesar de la crudeza de sus palabras, Kobayashi las expresó con cierto encanto.

—¿Tanto poder tengo sobre él? —replicó O-Nobu cortante. No tenía ni idea, pero si los Fujii lo dicen supongo que será verdad.

—¡Por supuesto que es verdad! Para mí resulta evidente y para los demás también. Solo tiene que aceptarlo.

—Gracias.

Su agradecimiento fue más bien desdeñoso. El tono amargo de su voz pareció sorprender a Kobayashi, que se dirigió de nuevo a ella con la intención de calmarla.

—Usted no le conocía antes de casarse, señora Tsuda. Es posible que no sea consciente de lo mucho que le ha influido, pero...

—Por supuesto que conocía a mi marido antes de casarme.

—Pero no sabía nada de él.

—Es obvio que no.

—Sin embargo, yo le conozco desde mucho antes que usted.

La conversación volvía una vez más al pasado de Tsuda.

84

OBVIAMENTE, A O-NOBU le interesaba mucho averiguar el desconocido pasado de su marido. Estaba dispuesta a escuchar de buen grado lo que Kobayashi se disponía a contarle, pero poco a poco se dio cuenta de que en realidad aquel hombre nunca decía nada verdaderamente importante, y cuando lo hacía, omitía a propósito las partes más significativas. Mencionó solo por encima, por ejemplo, la ocasión en que los dos se encontraron atrapados por un cordón policial en plena noche, pero no le explicó dónde ocurrió ni por qué, como si evitara a propósito hablar de ello. Ella se lo preguntó, pero él se limitó a sonreír con un gesto que pretendía molestarla.

No dejó de mirarle en ningún momento por encima del hombro. Tras ese desdén, nacido en parte por la opinión de su marido, pero también por su propia intuición, había algo más que no podía expresar abiertamente ante nadie: Kobayashi era pobre. Ni más ni menos que eso, era una persona sin estatus. Su responsabilidad de editor en una revista que no se vendía, no se podía considerar un verdadero trabajo. Kobayashi, desde la perspectiva de O-Nobu, era un holgazán que solo daba tumbos por ahí sin propósito alguno, un tipo con aspecto de vagabundo que no dejaba de quejarse de no disponer siquiera de un techo donde cobijarse.

Mezclado con el desprecio había también cierto desagrado. Algo especialmente cierto en una mujer joven e inexperta como ella, en absoluto acostumbrada a gente de esa clase. Así se sentía sentada frente a aquel hombre. No es que nunca antes se hubiera topado con gente pobre, sino que los que iban de vez en cuando a casa de los Okamoto eran claramente reconocibles como tales. Entendían las diferencias de rango, las tenían asumidas, y solo osaban a entablar relación con ellos dentro de unos límites estrictamente establecidos. O-Nobu nunca había tenido contacto con una persona tan insolente como Kobayashi. Nunca había conocido a nadie que le hablara con tan poca reserva, alguien que, sin dinero ni posición, osara tratar asuntos importantes y encima se atreviera a criticar sin tapujos a las clases altas.

«¿No es acaso este hombre el insensato e ingobernable infeliz que siempre he pensado que era?», se preguntó.

De una manera abrupta emergieron a la superficie los aspectos más desagradables que latían bajo su desdén y su actitud cambió de inmediato. Para demostrarle que, a pesar de ser consciente de ello, le resultaba totalmente indiferente, empezó a reírse.

—Aún quedan más cosas, señora Tsuda. Cosas que le gustaría saber, quiero decir.

—¿De verdad? Pienso que por hoy ya es bastante. Si me entero de tantas cosas en un solo día,

perderá mi interés la próxima ocasión.

—Entiendo. No le diré nada más. Ya que he herido sus sentimientos y he logrado enfadarla, Tsuda me va a odiar por ello. Todo ha sido culpa mía.

O-Nobu se dio media vuelta. Detrás solo estaba la pared. A pesar de todo, dada la proximidad de la cocina, aprovechó para darle a entender que quería saber si O-Toki había regresado o no. La esperaba en cualquier momento, pero la chica aún no estaba en casa.

—Me pregunto qué le habrá pasado.

—No se preocupe. Volverá en un minuto. Es imposible que se haya perdido.

Kobayashi no daba muestras de querer marcharse. A O-Nobu no le quedó más remedio que levantarse para preparar más té, pero él la detuvo.

—Si aún está dispuesta a escucharme, le puedo contar muchas más historias para pasar el rato. Al fin y al cabo, a un inútil como yo lo mismo le da hablar que estar callado y usted no tiene por qué tener ninguna reserva conmigo. ¿Qué le parece? Me imagino que hay muchas cosas sobre las que Tsuda no se ha sincerado con usted o a lo mejor ni siquiera se las ha mencionado. ¿Cierto?

—Quizá.

—No importan las apariencias. La verdad es que no es un tipo sincero.

Inesperadamente, O-Nobu se dio cuenta de algo. En lo más profundo de su ser no le quedaba más remedio que estar de acuerdo con las críticas de Kobayashi, que herían sus sentimientos precisamente a causa de su precisión. Miró a Kobayashi. Le parecía una persona grosera en grado sumo, sin ninguna conciencia de su inferior posición social. Él, indiferente a todas aquellas consideraciones, insistió aún más sobre lo mismo.

—Se lo aseguro, señora. Hay muchas cosas que usted no sabe.

—Sin embargo, eso no me supone ningún problema.

—Lo cierto es que hay muchas cosas que debería saber.

—Me da igual.

—Como quiera. ¿Y si le digo que «debería» saberlas? ¿Aun así le da igual?

—Sí. Así y todo me da igual.

OLEADAS DE SARCASMO fluyeron por la cara de Kobayashi. En su gesto se dibujó una expresión de victoria que evidenciaba que no le importaban sus requiebros, pues sabía que la tenía atrapada, y quería saborear su triunfo, deleitarse con él.

«¡Qué hombre tan infame!», pensó O-Nobu. Sostuvo su mirada unos instantes hasta que Kobayashi empezó a hablar de nuevo.

—Hay cosas que debo decirle. Son la prueba irrefutable de lo mucho que ha cambiado Tsuda. Sin embargo, creo que le asustan, así que dejaré el tema para más adelante y en lugar de eso le diré en qué no ha cambiado. ¿Qué me dice? ¿Quiere escucharlo?

—Como desee —se limitó a responder O-Nobu fríamente. Kobayashi agradeció su respuesta con una sonrisa.

—Tsuda me desprecia desde hace mucho tiempo y aún hoy lo hace. Como le decía, ha cambiado mucho, pero en lo que se refiere al desdén que siente por mí, sigue siendo el mismo de siempre. En eso todo sigue igual; no hay nada que hacer a pesar de la más que evidente influencia de su inteligente esposa. Como es natural, estoy convencido de que para usted esto es algo normal.

Llegado a ese punto, Kobayashi se detuvo y miró a O-Nobu, que sonreía con un gesto amargo.

—No pretendo que cambie en eso —continuó—. No albergó ninguna esperanza y tampoco confío en su ayuda. No se preocupe. A decir verdad, Tsuda no es el único que me desprecia. Todo el mundo lo hace, incluso la más vil de las mujeres de vida alegre. De hecho, el mundo entero parece haberse puesto de acuerdo para despreciarme.

Los ojos de Kobayashi no se despegaban de ella. O-Nobu fue incapaz de decirle nada.

—Es la pura verdad. Usted bien lo sabe.

—¡No sea usted ridículo!

—Sé muy bien que se siente obligada a excusarse de algún modo.

—¡Es increíble! Es usted un suspicaz redomado.

—Sí, quizá lo sea, pero un hecho es un hecho. En realidad no importa. Ya que nací para ser un inútil, supongo que el desprecio es su consecuencia más lógica. En cambio, no es esa la razón de mi resentimiento. ¿Puede entender los sentimientos de un hombre al que todo el mundo menosprecia?

Kobayashi miró a O-Nobu largo rato a la espera de una respuesta. Ella no tenía nada que decir. No empatizaba con él, no entendía cómo podían estar relacionadas sus emociones con las de ella. Sus problemas ya la tenían bastante absorbida, así que no tenía la más mínima intención de pararse a averiguar los de aquel hombre. Kobayashi, consciente de su actitud, volvió a la carga:

—Señora Tsuda. Yo existo para desagradar. Digo y hago cosas a propósito que desagradan a la gente. No hacerlo me resulta doloroso, no puedo resistirlo. No sé vivir de otra manera. En caso contrario, la gente ignora mi existencia. Soy un ser despreciable y no me importa lo mucho que la gente pueda odiarme. No hay afán de venganza en mí, simplemente, me esfuerzo en resultar desagradable: eso es lo que realmente deseo.

La psicología de ese hombre, nacido en un mundo completamente ajeno al suyo, le resultaba incomprensible. Su deseo como mujer no era otro que el de ser amada por todos, y comportarse en consecuencia para lograrlo. Especialmente si se trataba de Tsuda. Es más, siempre había creído firmemente que ese mismo deseo era compartido sin excepción por todas las personas del mundo.

—Parece usted muy sorprendida. Nunca ha conocido a alguien como yo, ¿verdad? Debería saber que hay todo tipo de gente en este mundo.

Kobayashi tenía una expresión satisfecha.

—Sé que le desagrado a usted. No ha dejado de desear en todo momento e intensamente que me marchase lo antes posible, pero como la criada, por alguna extraña razón, aún no ha vuelto, se ha visto obligada a hablar conmigo. Soy consciente de ello, se lo aseguro. Usted, en cambio, solo puede pensar en mí como en un tipo desagradable, y no es capaz de explicarse cómo me he convertido en alguien así. Es lo que he tratado de explicarle por encima. No nací odioso, aunque en realidad tampoco puedo estar seguro de eso.

Una vez más, rio con todas sus ganas.

86

O-NOBU ESTABA MUY CONFUNDIDA en presencia de aquel hombre. En primer lugar, no le entendía en absoluto; además, no sentía ninguna lástima por él y, por si fuera poco, dudaba de su sinceridad. Hostilidad, miedo, desdén, desconfianza, ridículo, odio, curiosidad... Era incapaz de poner en orden todos esos sentimientos que se atropellaban en su mente y la incomodaban cada vez más.

—¿Reconoce que ha venido aquí con el único propósito de molestarme? —le preguntó al fin.

—¡Oh, no! En absoluto era mi intención molestarla. Solo he venido a por el abrigo que me prometió su marido.

—Entonces viene a por el abrigo y aprovecha para molestarme.

—No. No se trata de eso. Piense usted lo que piense de mí, creo que soy un hombre sincero. Me parece que soy mucho menos calculador que usted.

—Me da igual lo que piense, pero sigue sin contestar claramente a mi pregunta.

—Acabo de decirle que soy muy sincero y es precisamente mi sinceridad lo que ha terminado por molestarla.

—En otras palabras, ese era su propósito.

—No, no lo era, aunque es posible que sí constituyese un deseo profundo.

—¿Y cuál es la diferencia entre un propósito y un deseo profundo?

—¿No lo sabe?

Un fulgor de odio surgió de los ojos de O-Nobu. En ellos refulgía claramente la advertencia de que no iba a dejar que la tratase como si fuera estúpida solo por ser mujer.

—No debería enfadarse —dijo Kobayashi—. Solo intento explicarle que no pretendo vengarme por motivo mezquino alguno. Quiero que entienda que no puedo hacer nada por evitar ser la persona que el Cielo ha querido que sea, alguien que siempre molesta a los demás. Me gustaría que entendiera que no albergo malas intenciones, que le quede claro que en ningún momento tuve un

propósito concreto al venir aquí, aunque quizá el Cielo sí tenga uno y por ello me utiliza. Es posible que mi deseo más profundo sea el de convertirme en un instrumento del Cielo.

Las palabras de Kobayashi resultaban muy confusas, pero O-Nobu no disponía de las herramientas intelectuales necesarias para detectar los fallos de su lógica. Tampoco sabía si debía aceptar tal cual lo que acababa de decirle o no. Sin embargo, era lo suficientemente inteligente como para captar el punto fundamental alrededor del cual giraba toda su argumentación, por lo que fue capaz de resumir en unas pocas palabras sus intenciones.

—Muy bien. Lo que dice usted es que se siente libre de molestar a la gente como le venga en gana, pero que de ninguna manera acepta la responsabilidad de sus actos.

—Sí, exactamente. Eso es lo que quiero decir.

—Es una actitud muy cobarde.

—No es cobardía. No soy un cobarde por carecer de sentido de la responsabilidad.

—¡Desde luego que lo es! En primer lugar, no recuerdo haberle hecho a usted el más mínimo daño. En caso contrario, le ruego que me lo diga. Estaré encantada de escucharle.

—Señora Tsuda, soy un hombre al que todo el mundo trata como un vagabundo.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo o con Tsuda?

Kobayashi se rio, como si hubiera estado esperando esa pregunta.

—Desde su perspectiva, probablemente nada, pero desde la mía, tiene mucho que ver.

—¿Por qué?

No respondió en seguida. En lugar de hacerlo, adoptó una expresión que parecía incitarla a reflexionar, a encontrar por sí misma la respuesta, como si fuera una especie de ejercicio. Se encendió un cigarrillo. A O-Nobu le colmó un profundo desagrado: deseaba pedirle que se marchara, pero antes tenía que descubrir lo que quería decir. Kobayashi, mientras tanto, la ignoraba a propósito, consciente de su ansiedad, y aquello la molestó aún más.

O-Toki, a la que esperaba impaciente desde hacía un buen rato, regresó al fin. El desconcierto de O-Nobu se desvaneció antes de que tuviera oportunidad de concretarse.

LA CRIADA SE ARRODILLÓ en el *engawa* y abrió la puerta corredera desde el exterior.

—Le pido disculpas. Sé que vuelvo muy tarde, pero he tenido que ir en tranvía hasta la clínica.

O-Nobu la miró con un gesto furioso.

—¿Quieres decir que no has llamado por teléfono?

—Sí, sí. He llamado.

—Entonces, ¿has llamado pero no has podido hablar con mi marido?

Después de varias preguntas y respuestas, O-Nobu comprendió al fin la razón por la que había ido hasta allí. En un primer momento le había resultado imposible comunicarse por teléfono y cuando al final lo logró, no pudo cumplir el encargo de O-Nobu. Preguntó por la enfermera para pedirle que transmitiera el mensaje a Tsuda, pero no lo consiguió. Habló con el chico de los recados, o con el farmacéutico, no lo sabía bien, y a pesar de sus esfuerzos por hacerse entender no fue capaz de lograrlo. El chico se expresaba mal y no decía más que incoherencias. Al final, nadie transmitió el mensaje a Tsuda por lo que no le quedó más remedio que renunciar y colgar el teléfono. No quería volver a casa con las manos vacías. Sin dudarle dos veces, se subió al tranvía y fue personalmente hasta allí.

—Pensé que debía preguntarle si ir o no, pero eso me hubiera hecho perder mucho más tiempo y no quería que su invitado esperase tanto.

El razonamiento de O-Toki era perfectamente comprensible. O-Nobu debía habérselo agradecido, pero por su culpa había tenido que pasar por aquella desagradable experiencia y no pudo evitar reprochárselo a pesar de que solo había tratado de ser útil.

O-Nobu se levantó. Se dirigió a la habitación contigua, abrió el cajón inferior de la cómoda adornado con unos tiradores brillantes de cobre, sacó del fondo el abrigo y se lo llevó a Kobayashi.

—¿Es este, verdad? —le preguntó mientras lo dejaba delante de él con desprecio.

Kobayashi asintió. Sin perder un segundo agarró la prenda con las manos. Le dio la vuelta para examinarlo con la misma minuciosidad de un vendedor de ropa de segunda mano.

—Está mucho más sucio de lo que esperaba.

O-Nobu quería gritarle que ya estaba bien de impertinencias, pero se limitó a contemplarlo sin abrir la boca. Ciertamente tenía el color muy desvaído, algo evidente al compararlo con la tela de debajo del cuello.

—En fin, ya que me lo regala supongo que no puedo quejarme.

—Si no resulta de su agrado, le ruego que no se sienta obligado a aceptarlo.

—Está bien.

No renunció a él. O-Nobu le dedicó una mirada mordaz.

—¿Le importa si me lo pruebo un momento?

—Adelante —dijo contradiciendo lo que en realidad sentía.

Sin moverse del sitio, con una mirada sarcástica, se deleitó al ver cómo se retorcía para introducir los brazos en unas mangas obviamente demasiado estrechas para él.

—¿Qué aspecto tengo?

O-Nobu se fijó en las numerosas arrugas que se formaban en los pliegues. En lugar de decirle la verdad, se limitó a comentar:

—A mí me parece que le sienta muy bien.

Lamentó que no hubiera allí nadie más para reírse del aspecto tan lamentable que ofrecía aquel hombre.

Kobayashi se giró hasta quedar frente a ella. Sin quitarse el abrigo, se sentó pesadamente y cruzó las piernas.

—Señora, no importa lo extraña que pueda resultar la ropa de un hombre, ni lo mucho que se rían de él si al menos le permite mantenerse caliente y con vida.

—No me diga.

O-Nobu guardó silencio.

—Supongo que una mujer como usted, que nunca ha conocido las dificultades de la vida, es incapaz de entenderlo.

—Es probable. Yo soy de la opinión de que si un hombre solo vive para que los demás se rían de él, sería mucho mejor que estuviera muerto.

Kobayashi no respondió de inmediato, pero poco después dijo de improviso:

—Gracias. Con su ayuda podré resistir otro invierno.

Se levantó y ella le siguió. Cuando estaban a punto de salir al *engawa* desde el cuarto de estar, Kobayashi se giró abruptamente.

—Señora Tsuda, con esa actitud debería cuidarse mucho de que nadie se ría de usted.

88

SUS CARAS QUEDARON APENAS a un centímetro de distancia. O-Nobu hizo ademán de moverse hacia delante y Kobayashi se dio la vuelta, lo que causó que se vieran obligados a interrumpir sus movimientos. Se detuvieron bruscamente y se miraron el uno al otro; más bien, se observaron.

Las cejas pobladas de Kobayashi destacaban en el conjunto de su cara. De alguna manera interrumpían la línea de visión de O-Nobu. Las pupilas negras que había debajo, no se movieron para nivelarse a la altura de los ojos de ella. Fue O-Nobu la primera en hablar.

—Su observación es del todo innecesaria. Lo que menos necesito es un consejo por su parte.

—No creo que se trate de que no lo «necesite». Más bien se trata de que no tiene ninguna intención de escucharlo. Sé que es usted una señora respetable, pero a pesar de todo...

—¡Ya basta, por favor! Le ruego que se marche ahora mismo.

Kobayashi no dijo nada. No obstante, se produjo un nuevo intercambio entre ambos cuando aún estaban a pocos centímetros de distancia.

—Me refería a Tsuda, no a usted.

—¿Insinúa usted que Yoshio ha hecho algo inapropiado, que no se comporta como un caballero?

¿Es eso lo que quiere decir?

—No tengo la más mínima idea de qué significa ser un caballero. De hecho, para mí no existen semejantes distinciones.

—Lo que usted haga es asunto suyo, pero insisto: ¿insinúa que Yoshio ha hecho algo?

—¿Quiere saberlo?

En sus ojos rasgados estalló un relámpago.

—¡Tsuda es mi esposo!

—Exactamente. Por eso quiere usted saberlo, ¿verdad?

O-Nobu apretó los dientes.

—¡Váyase de aquí!

—Está bien, me voy. De hecho ya me marchaba.

Kobayashi no tardó ni un segundo en darse media vuelta. Dio dos o tres pasos por el *engawa* en dirección al jardín. O-Nobu le observaba desde atrás. No pudo controlarse y le gritó que se detuviera.

—¡Espere un momento!

—¿Qué ocurre?

Kobayashi se detuvo. Se giró hacia ella con un gesto rudo. Sacó las manos de los bolsillos de aquel viejo abrigo demasiado largo para él, se contempló y sonrió a O-Nobu. La voz de ella sonó aún más aguda.

—¿Por qué se marcha usted sin decir nada?

—Creo que ya le he dado las gracias.

—No me refiero al abrigo.

Kobayashi, con gesto inocente, se fingió desorientado y fue incapaz de responderle. O-Nobu se dirigió a él con severidad:

—Es su deber explicarse ante mí.

—¿Explicar qué?

—Lo que ha insinuado sobre Tsuda. Es mi marido. Poner en entredicho a un hombre frente a su mujer, y hacerlo, además, de una forma tan retorcida, es imperdonable. Es su obligación aclarar lo que insinúa.

—O al menos retirarlo, supongo. Ya que mi sentido del deber está tan poco desarrollado, me resulta muy difícil explicarle las cosas tal y como desea. Sin embargo, como hombre que no conoce el significado de la palabra vergüenza, creo que será más fácil que retire mis palabras. De acuerdo entonces, reconozco que me he ido de la lengua con respecto a su marido y lo retiro. También le

pido disculpas a usted. ¿Está bien así, verdad?

En su interior se daba por satisfecha, aunque no pronunció una sola palabra que lo demostrara. Kobayashi se irguió.

—Una vez más, trataré de explicarme con claridad: Tsuda es un hombre excelente, un caballero, quiero decir, si tal cosa existe en nuestra sociedad.

O-Nobu no contestó. Kobayashi aprovechó su silencio para continuar:

—Se lo he dicho antes, señora. Debe cuidarse de que no se rían de usted, pero le da igual mi consejo. Ni siquiera lo tiene en consideración. Como es natural, no pretendo insistir. De hecho, ahora me doy cuenta de que me he ido de la lengua. Lo retiro todo. Si la he ofendido con algo más, le pido disculpas y lo retiro también. Todo esto solo ha sido consecuencia de mis malos modales.

Se calzó los zapatos debidamente colocados en el *genkan*, abrió la puerta corredera y antes de salir de la casa se dio media vuelta.

—Adiós, señora Tsuda.

O-Nobu le contestó con una inclinación de cabeza apenas perceptible, lo suficiente para no resultar grosera. Se quedó allí erguida durante un tiempo considerable. Después subió a toda prisa las escaleras y tan pronto como se sentó a la mesa de Tsuda, rompió a llorar desconsoladamente.

89

POR FORTUNA, O-TOKI no la siguió escaleras arriba por lo que pudo dar rienda suelta a su frustración y llorar a placer sin que nadie la viera. Cuando estuvo satisfecha, el torrente de lágrimas se detuvo de inmediato.

Se guardó el pañuelo empapado en el bolsillo, abrió violentamente los cajones de la mesa y, tras una minuciosa investigación, tuvo que admitir que allí no había nada relevante, lo cual no era extraño, pues tan solo dos o tres días antes, cuando Tsuda fue ingresado, ya hurgó en ellos con la excusa de recoger lo que hacía falta. Contempló los sobres, las reglas, los recibos de las cuotas de un club, todo lo que guardaba allí. Lo colocó todo con esmero en el mismo lugar donde estaba. Encontró un panfleto de sombreros de paja Panamá que le trajo a la memoria una tarde de principios de verano que fueron juntos de compras a Ginza^[38]: se lo habían dado a Tsuda en una tienda donde compró un sombrero de verano. Aquel pedazo de papel estaba inextricablemente unido a un pasado que ella se negaba a abandonar, a un día en el que las azaleas que habían florecido en el parque de Hibiya deslumbraban a los transeúntes, en el que los exuberantes sauces proyectaban sus generosas sombras a ambos lados de la avenida Kasumigaseki hasta donde se perdía la vista. O-Nobu se abandonó al recuerdo sin soltar el panfleto. Y entonces, en un arrebato, cerró con decisión los cajones de la mesa.

Al lado había una estantería con dos cajones. Los tiradores metálicos no opusieron resistencia y se abrieron con suma facilidad. Aquello, pese a no esperar que algo que se abría tan fácilmente ocultase secreto alguno, la decepcionó aun antes de comprobar su contenido. Hojeó en vano en

varios cuadernos que le habría llevado una eternidad leer enteros, pero incluso en el caso de hacerlo, dudaba que pudiera encontrar algo que satisficiera su curiosidad. Conocía la meticulosidad de su marido: era demasiado cauteloso como para guardar algo importante en un lugar que no estuviera debidamente cerrado con llave.

Abrió el armario y echó un vistazo tratando de descubrir si había algo escondido en su interior. No encontró nada; en las baldas superiores solo había objetos sin interés, que se amontonaban desordenadamente. La parte inferior del armario estaba ocupada por un arcón alargado.

Volvió a la mesa, sacó las cartas del archivador y las examinó una a una. No esperaba encontrar nada sospechoso en ellas, y sin embargo, algunas de las que no había tocado hasta el momento captaron su atención. Se convenció de que debía asegurarse.

Abrió todos los sobres, sacó las cartas de su interior y las colocó en orden. Leyó en silencio aproximadamente la mitad de ellas, y nada más terminar, las guardó y las puso en su sitio.

Una oscura sospecha ensombreció su ánimo. La imagen de Tsuda en el patio echando aceite en un manojo de cartas antiguas para quemarlas, se le vino a la cabeza. Las empujaba con una vara de bambú para que los pedazos que lograban escapar de la hoguera fueran pasto de las llamas. Aquello ocurrió un día de principios de otoño, cuando el viento ya enfriaba la piel; un domingo por la mañana. Unos cinco minutos después de terminar su desayuno, bajó las escaleras del estudio con un manojo de cartas atado con un cordón fino y salió al patio desde la cocina, donde le prendió fuego. Cuando ella se acercó para ver qué sucedía, el montón ya estaba prácticamente carbonizado y los restos apenas eran visibles. O-Nobu le preguntó la razón por la cual las quemaba, a lo que él respondió que no sabía qué hacer con tanto papel. Al mencionarle que podría habérselas dado a ella para que reutilizara el papel, Tsuda no contestó y se limitó a empujarlas con la vara de bambú para que no escaparan de la hoguera. Un humo espeso, que no llegaba a transformarse en llama, serpenteaba alrededor de la vara y ocultaba tanto lo que estaba allí escrito como el verde intenso del bambú. Su marido apartó la cara, sofocado por el humo.

O-Nobu, sumida en el recuerdo de aquello, permanecía sentada en la mesa del estudio de su marido como una muñeca rígida, petrificada por la impresión. No hizo nada hasta que O-Toki subió para avisarle de que el almuerzo estaba listo.

YA ERAN PASADAS LAS DOCE. Una vez más, O-Nobu estaba sola frente a la bandeja con el almuerzo mientras O-Toki esperaba a que terminase. En ese aspecto, al menos, no se apreciaba diferencia alguna con respecto a lo que hacía a diario cuando Tsuda se iba a trabajar a la oficina; sin embargo, aquel día era distinto. Estaba muy tensa y confundida. El quimono que llevaba puesto no hacía sino incrementar la sensación de que aquel era un día especial.

Si O-Toki no se hubiera dirigido a ella, O-Nobu habría terminado de comer sin decir una sola palabra. De hecho se había sentado solo por la fuerza de la costumbre, pues no tenía apetito. Le molestaba que O-Toki la observara y que no dejara de preguntarse por qué no comía.

O-Toki evitó molestarla esforzándose por parecer más reservada de lo que en realidad era. Sin embargo, cuando O-Nobu terminó de comer y dejó los palillos junto al plato, no resistió más.

—¿Ocurre algo, señora? —preguntó sin retirar la bandeja para así no tener que volver de inmediato a la cocina.

—Siento mucho los problemas que le he causado —se disculpó de nuevo por haber tomado la iniciativa de ir a la clínica.

—¿Antes he organizado un buen escándalo, verdad? ¿No me has oído?

—No.

O-Nobu la observó incrédula.

—Ese invitado era ciertamente... —dijo para evitar su mirada inquisitiva.

O-Nobu no le siguió la corriente. Se quedó a la espera de lo que iba a decir a continuación y O-Toki se vio obligada a terminar. La conversación se animó.

—El señor Tsuda se sorprendió mucho. Me dijo que el señor Kobayashi era un hombre muy mal educado, ese tipo de persona que no espera que le digan cuándo puede ir, sino que se presenta cuando le viene en gana, habla con usted directamente y ni siquiera se disculpa por ello. Al parecer, le había dicho que iba a estar ingresado.

O-Nobu esbozó un gesto de desprecio sin añadir nada.

—¿Dijo algo más? —se limitó a preguntar.

—Sí, que debía darle el abrigo y librarse de él lo antes posible. Me preguntó si el señor Kobayashi hablaba con usted y cuando le contesté que sí arrugó el gesto.

—¿De verdad? ¿Eso es todo?

—No. Me preguntó de qué hablaban.

—¿Y?

—Le dije que no lo sabía.

—¿Qué hizo entonces?

—Pareció que eso le molestaba aún más. Me explicó que había sido un grave error dejarle pasar al cuarto de estar.

—¿Eso dijo? Se supone que son viejos amigos. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Eso mismo dije yo. Le expliqué que cuando llegó usted se cambiaba de ropa y no pudo atenderle inmediatamente.

—Por supuesto. ¿Qué más?

—Según él, como he trabajado para los Okamoto, siempre me pongo de su parte, señora, y se burló de mí.

O-Nobu se rio con amargura.

—Lo siento por ti. ¿Eso es todo?

—No. Aún hay más. Me preguntó si el señor Kobayashi estaba bebido. La verdad es que no me fijé, pero como aún estamos en la época de Año Nuevo, no me parece muy probable que un hombre se ponga a beber desde por la mañana temprano y además vaya de visita a casa de alguien.

—¿Le dijiste que no estaba borracho?

—Eso es.

O-Nobu le dio a entender que continuara.

—El señor Tsuda me pidió que se lo dijera nada más volver.

—¿Qué me dijeras el qué?

—Que el señor Kobayashi es ese tipo de persona que dice lo que piensa sin importarle nada más, y que cuando está borracho resulta especialmente peligroso. Insistió mucho en que no hiciera usted caso de nada de lo que le dijera, que si pensaba que todo era falso, seguramente acertaría.

—¿De verdad?

O-Nobu no tenía ganas de seguir con aquello, pero O-Toki dejó escapar una risita antes de añadir:

—La señora Hori estaba con él. También se rio.

Fue entonces cuando O-Nobu se enteró de que la hermana pequeña de Tsuda había ido a verle aquella mañana.

LA HERMANA DE TSUDA, tan solo un año mayor que O-Nobu, ya era madre de dos niños y la maternidad había despertado su conciencia de sí misma. Durante los cuatro años de vida de su hijo mayor, solo había sido madre; no había pasado un solo día en que descuidase su principal obligación.

Su marido llevaba una vida desenfadada y tenía ese carácter generoso que tan frecuente es en los hombres como él. Como se permitía todo tipo de licencias, no exigía mucho a O-Hide, su mujer, aunque tampoco la trataba con gran afecto. Simplemente, su actitud con ella suponía un freno, la disciplina necesaria para equilibrar aquella vida caótica y libertina, y esta restricción era algo de lo que se sentía tremendamente orgulloso. Si tenía una «filosofía de vida», esta era, ni más ni menos, que la de tomárselo todo a la ligera, despreocupada e informalmente. Todo lo pasaba por el tamiz de una sonrisa, y era absolutamente incapaz de comprometerse con nada, por lo que se paseaba por el mundo de la forma más relajada que le era posible, irresponsable incluso, indiferente, generosa, afable. A esto lo llamaba conocimiento. Como nunca había sufrido penurias económicas, había podido poner en práctica sus ideas sin importarle dónde, puesto que nunca le había faltado nada. Su éxito en ese sentido había acrecentado su optimismo. Confiado, estaba seguro de gustarle a todo el

mundo y, por supuesto, también a O-Hide, y al menos en eso no se equivocaba, ya que a ella no le disgustaba su comportamiento.

O-Hide, a quien había elegido como esposa por encontrarla físicamente atractiva, solo llegó a conocerle de verdad después de casarse. Poco a poco, fue comprendiendo los gustos de aquel hombre que parecía bañado en el mismo sake del que tanto disfrutaba cuando salía. Al principio se preguntó qué necesidad tenía un hombre tan disoluto como él de casarse con una mujer como ella, pero no tardó en desechar sus inquietudes. No era, en todo caso, una mujer de carácter tan firme como O-Nobu, y por ello, antes de llegar a comprender sus razones, se apartó de él como esposa para concentrarse en el hijo recién nacido.

No era ese el único aspecto en el que O-Hide difería de O-Nobu. Al contrario que su cuñada, cuyo hogar solo lo conformaban ella misma y Tsuda, y cuyos parientes más próximos vivían en la lejana Kioto, O-Hide tenía a su suegra en casa, así como a sus hermanos menores, e incluso sus padres abusaban a menudo de su hospitalidad. Era lógico, por tanto, que dadas sus circunstancias no pudiera entregarse en exclusiva al cuidado de su marido. De entre todos los familiares que vivían con ellos, su suegra era, sin ninguna duda, la que más molestias le causaba.

Como era de esperar en una mujer que había sido desposada por su belleza, O-Hide aún parecía joven, incluso más que O-Nobu, y era difícil considerarla madre de un chico de cuatro años. Las particulares circunstancias de su vida durante los últimos años la habían ayudado a adquirir ciertas habilidades, por lo que a pesar de su aparente juventud, podía considerarse una mujer madura, si bien, quizá no por su forma de hablar o por su comportamiento, pero sí por su mentalidad. En otras palabras, se había acostumbrado a la vida familiar, a las responsabilidades que llevaba implícitas.

O-Hide veía el matrimonio de Tsuda desde la experiencia, más amplia que la de ellos, y aquello le causaba tal insatisfacción que, en caso de producirse alguna disputa entre los hermanos, la convertía en la aliada más firme de sus padres. En cualquier caso, trataba por todos los medios de evitar enfrentamientos directos con Tsuda, pues sabía que un comentario que no agradara a su cuñada sería aún peor que un enfrentamiento directo con él, y por ello medía siempre sus palabras. Sin embargo, recelaba más profundamente de O-Nobu que de su hermano, quien a menudo se dirigía a ella con brusquedad. O-Hide nunca quiso que Tsuda se casara con aquella extravagante mujer, pero ignoraba que aquel desagrado era fruto de su amor por él y de la desconfianza que le inspiraba O-Nobu.

O-Hide estaba convencida de haber analizado en profundidad la situación, y era consciente de que, a pesar de no haberles molestado, no la apreciaban mucho. Sin embargo, no veía la necesidad de cambiar ante ellos: precisamente porque les disgustaba, se resistía a cambiar; su rechazo la obligaba a mantenerse en sus trece. Estaba convencida, además, de que tenía razón, y por eso no admitía las objeciones de los demás, ya que todo lo hacía por el bien de su hermano. En realidad, envidiaba a su extravagante cuñada. ¿Por qué? No lo sabía, pues ella disfrutaba de mucho más tiempo libre que O-Nobu y podía permitirse mayores lujos. Sin embargo, tampoco se lo cuestionaba. Ella tenía a su suegra en casa mientras que O-Nobu, salvo por su marido, era la única dueña y señora del hogar. O-Hide no se daba cuenta de que quizá aquello suponía la verdadera

razón de sus discrepancias.

O-Nobu la había llamado por teléfono para hablarle de la operación de Tsuda, por lo que al día siguiente fue a verle. Llegó una hora antes que O-Toki, justo en el momento en el que Kobayashi había ido a casa de su hermano a buscar el abrigo y se había sentado en el cuarto de estar.

92

COMO NO HABÍA DORMIDO BIEN la noche anterior, Tsuda apenas tocó la comida que le llevó la enfermera. Se tumbó boca arriba, cerró los ojos y trató de conciliar el sueño. O-Hide llegó justo en el momento en el que empezaba a adormilarse. El ruido de la puerta le despertó. Se dio media vuelta y vio a su hermana. Por consideración hacia él, se esforzó en no hacer ruido al abrir.

Ninguno de los dos era de los que perdía el tiempo en cortesías, y tampoco se alegraron especialmente al verse. Para Tsuda, las formalidades con ella habrían rayado en la hipocresía. En ese sentido, existía un tácito entendimiento entre ellos, como solo puede existir entre hermanos, algo difícil de compartir con otra persona, pues era el resultado de los muchos años de relación y la consecuencia de consumir todas sus fuerzas en detalles superficiales, como le sucede a quienes se esfuerzan únicamente en demostrar a los demás lo bien que le van las cosas. Ninguno de los dos estaba dispuesto a empezar de nuevo. Por tanto, habían decidido prescindir de esfuerzos estériles y de engaños absurdos, para tratarse simplemente como quienes eran, dos personas que se comunicaban entre sí sin dejar traslucir por ello sus verdaderos sentimientos; dos personas carentes de afecto.

Como todos los hermanos, tenían una relación estrecha, y al no sentirse cohibidos por reserva alguna, sus exabruptos no les molestaban especialmente. Había algo en lo que no coincidían y que constituía una inagotable fuente de disputas, pero cuando salía a la superficie, hacían todo lo posible por evitarlo.

Al levantar la cabeza y ver allí a su hermana, Tsuda sintió que la pereza y la indiferencia resultantes de su relación estaban también presentes en ella. Apoyó de nuevo la cabeza en la almohada tras haberla levantado ligeramente. O-Hide no prestó atención al gesto de su hermano y entró en la habitación en silencio.

Se fijó en el desorden de la bandeja donde le habían servido la comida. Junto a la botella de leche, vuelta del revés, había una cáscara de huevo y al lado, aplastado por el peso de la botella, un trozo de tostada a medio comer. La otra mitad seguía intacta en el plato.

—¿Has terminado, Yoshio?

Sus hábitos con la comida eran tan caprichosos que no sabía a qué atenerse.

—He terminado.

O-Hide arqueó las cejas y llevó la bandeja hasta el rellano de las escaleras. Los restos del desayuno llevaban allí mucho tiempo, por lo que la enfermera debía de estar ocupada. Acababa de salir después de limpiar y recoger la casa, y aquella visión no le resultó agradable.

—¡Qué desorden!

No se lo reprochaba a nadie, en realidad. Hablaba consigo misma. Volvió junto a Tsuda, que seguía sin decir nada, empeñado en no seguirle la corriente.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—Por teléfono.

—¿Quieres decir que te ha llamado O-Nobu?

—Sí.

—¿A pesar de que le dije que no lo hiciera?

En esa ocasión fue ella quien no le siguió la corriente.

—Intenté venir en seguida, pero ayer, por desgracia estaba ocupada y...

O-Hide no terminó la frase. Después de casarse había desarrollado la costumbre de dejar las frases a medias. En función de la situación, ese hábito le afectaba de una manera u otra. A veces con ello quería decir: «Yoshio, desde que te casaste te has convertido en un extraño para mí». Tsuda sabía que el reproche estaba justificado, pues ambos estaban casados, y albergaba la secreta esperanza de que O-Nobu se comportase igual. Sin embargo, no le gustaba que O-Hide se mostrase tan distante, aunque omitía el detalle de que él actuaba de forma parecida.

Tsuda habló sin esperar siquiera a que terminase lo que tenía que decir.

—No tenías que haberte molestado en venir, especialmente si estás tan ocupada como dices. Después de todo no es nada serio.

—Pero O-Nobu insistió en que lo hiciera.

—¿De verdad?

—Además, hay un pequeño asunto del que te quiero hablar.

Tsuda giró la cabeza hacia su hermana.

UNA SENSACIÓN EXTRAÑA comenzaba a molestarle en la zona donde le habían practicado la incisión. La sentía cada vez que los músculos próximos al corte que cubrían las gasas se contraían. Una vez empezaban a moverse, continuaban haciéndolo de forma regular, como la respiración o el pulso.

Lo había sentido por primera vez dos días antes, en el mismo instante en que O-Nobu bajó las escaleras y se marchó al teatro. No era nuevo para él, por lo que no pudo evitar pensar: «¡Vaya, ya empieza de nuevo!». El palpito continuó con regularidad. Al principio, la carne se contraía como si se frotara contra el drenaje. Después, la sensación de fricción parecía ir debilitándose y el cuerpo recuperaba su estado natural hasta relajarse. Sin embargo, en un segundo, como olas que golpeasen con fuerza la playa, la contracción regresaba violentamente, Tsuda perdía el control sobre esa parte de su anatomía y cuanto más se impacientaba, más se negaba su cuerpo a obedecer.

Así era el estado en el que le sumía el dolor.

No sabía qué relación podía haber entre ese estremecimiento y O-Nobu. Se compadecía de ella por tratarla como a un pájaro enjaulado. No podía retenerla eternamente a su lado, por lo que al final terminó liberándola y la dejó volar libre. Pero tan pronto como ella, agradecida por su amabilidad, se alejó de su lecho de convaleciente, se arrepintió al verse allí solo. Aguzó el oído ansioso por escuchar algún sonido humano. Escuchó sus pasos al bajar las escaleras, el ruido de la puerta principal cuando salió a la calle, el sonido brusco de la campana de aviso. El dolor empezó de nuevo. Era la respuesta a un estímulo, la consecuencia de su excesiva susceptibilidad. ¿Podía afectarle el comportamiento de O-Nobu hasta tal extremo? A pesar de que su actitud le disgustaba, no era capaz de afirmarlo rotundamente y tampoco podía asegurar que todo aquello tan solo fuera una mera coincidencia. Encontraba una clara relación entre las dos cosas. Quería hablarle de ello en cuanto pudiera. Quería hacerlo para que se arrepintiera de dejarle allí mientras ella disfrutaba del teatro, aunque no sabía qué palabras escoger. En el caso de que llegara a decírselo, dudaba que ella le comprendiera, y en caso de que lo lograra, no sabía cómo hacerla sentir como él quería. Por tanto, no le quedaba más remedio que permanecer callado y soportar en silencio la angustia que le provocaba aquella situación.

La contracción muscular se repitió tan pronto como miró a O-Hide, cuya imagen le trajo a la memoria lo ocurrido. En su rostro se reflejaron el dolor y la amargura.

Ignorante respecto a todo lo relacionado con aquel episodio, O-Hide no podía entender lo que se escondía en la dolorida expresión de su hermano, pues en él solo veía el gesto que habitualmente acompañaba sus encuentros.

—Si te molesto, mejor lo dejamos para cuando salgas del hospital.

En realidad no se compadecía de él, pero al menos se sentía obligada a mostrar cierta preocupación.

—¿Te duele algo?

Él se limitó a asentir con la cabeza. O-Hide se quedó en silencio un rato, observándole. Los músculos de Tsuda empezaron a contraerse de nuevo, pero ninguno rompió el silencio reinante. La cara de Tsuda seguía deformada por el dolor.

—Debe de ser muy doloroso. ¿Por qué no me lo dijo O-Nobu cuando me llamó?

—Porque no lo sabía.

—¿Quieres decir que empezó a dolerte después de que O-Nobu se marchara?

Aunque no dijo expresamente: «el dolor empezó precisamente porque se marchó», tuvo la impresión de comportarse igual que un niño mimado y se avergonzó por no actuar como el hermano mayor que era.

—¿Qué demonios quieres de mí?

—Ya te he dicho que es mejor que lo dejemos para otro momento si tanto te duele. La próxima

ocasión...

Tsuda podía engañarse a sí mismo, pero no quería hacerlo. El dolor se alivió, tenía sus características específicas. Si dejaba de pensar en él desaparecía y al hacerlo, también se olvidaba de ella.

—No importa, di lo que sea.

—Está bien, pero como soy yo la que tiene que hablarte de esto, debo advertirte que no es un tema agradable. ¿Estás seguro de que es un buen momento?

Tsuda tenía una idea aproximada de lo que su hermana estaba a punto de decir.

94

—SE TRATA DE «ESO» OTRA VEZ, ¿VERDAD? —le espetó Tsuda tras un breve silencio. Un instante después, sin embargo, volvió a fingir su habitual falta de interés. Esa contradicción irritó a O-Hide.

—¿Acaso no te he dicho que era mejor dejarlo para otra ocasión? Si me presionas, entonces no me queda más remedio que sacar el tema.

—Puedes hablar tan libremente como quieras. Después de todo, para eso has venido, ¿no?

—Pero te molesta tanto que no sé...

O-Hide no era de las que se echaban atrás por algo tan insignificante como molestar a su interlocutor, y menos si este era su hermano. Tsuda no sentía ninguna lástima por ella, al contrario, pues pensaba que, como de costumbre, su hermana aprovechaba para criticarle por cualquier nimiedad.

—¿Has vuelto a saber algo de padre o de madre?

—Bueno, sí. De hecho se trata de eso.

Entre ellos existía una suerte de ley no escrita según la cual las noticias de Kioto le llegaban a él a través de su padre y a ella a través de su madre. No sintió la necesidad de preguntarle quién se lo había dicho en esa ocasión y a juzgar por las circunstancias recientes, no le parecía que una carta de su madre se distinguiera demasiado de la que él había recibido de su padre. Desde que les escribió por segunda vez para pedirles dinero, su única preocupación era si se lo enviarían o no. A pesar de todos sus esfuerzos por no mencionar el asunto, a lo que siempre se referían como «eso», no podía dejar de pensar en el enorme problema que suponía para él reunir la cantidad necesaria para llegar a fin de mes y hacer frente a la factura de la clínica. Es más, conocía mejor que O-Hide la interrelación que unía ambos factores, por eso tenía que ser el primero en hablar de ello.

—¿Y qué decía?

—Tú ya sabes algo por parte de padre, ¿verdad?

O-Hide no contestó a su pregunta. Tan solo se limitó a sonreír con una leve mueca de su bien formada boca, lo cual molestó a Tsuda, que lo interpretó como un signo del orgullo del vencedor. La belleza de O-Hide, insignificante para él como hermano, solo le afectaba en ocasiones como aquella

y lo hacía siempre de una manera muy negativa. En varias ocasiones había llegado a preguntarse si por ser más hermosa de lo normal, no le resultaba más fácil herir a los demás. A menudo tenía ganas de decirle: «Supongo que siempre estarás orgullosa de haberte casado por tu aspecto físico».

O-Hide le contempló con un gesto perfectamente compuesto.

—¿Qué vas a hacer al respecto, Yoshio?

—No hay nada que pueda hacer. ¿O acaso sí?

—¿No le has dicho nada a padre?

Tsuda guardó silencio unos instantes. Después habló en un tono con el que quería demostrar que solo lo hacía porque se veía obligado.

—Sí, lo hice.

—¿Y qué ocurrió?

—Aún no he recibido respuesta. Quizá ha llegado, pero no lo sabré hasta que venga O-Nobu.

—Pero tú ya sabes lo que te va a responder padre, ¿verdad, Yoshio?

No contestó a su pregunta. Se limitó a jugar con un mondadientes. O-Hide le repitió la misma pregunta con palabras distintas.

—¿Crees que padre te enviará dinero?

—No tengo ni idea.

Su respuesta fue seca, abrupta. Inmediatamente después, añadió con tono irritado:

—¿Y tú qué crees? ¿Qué te ha dicho madre?

O-Hide apartó deliberadamente los ojos de él y miró por la ventana. Su única intención era esquivarle.

—No quería decírtelo, pero es probable que no.

95

FINALMENTE, SE ENTERÓ de lo que su madre le había escrito a O-Hide. Según ella, el enfado de su padre era mucho más grave de lo que él había supuesto. Le parecía bien que Tsuda llegase a fin de mes por sus propios medios, pero si no era capaz de hacerlo, dejaría de enviarle dinero durante un tiempo a modo de castigo.

Supo en ese momento que los imprevistos a los que debía hacer frente su padre, el alquiler que no cobraba y las reparaciones aducidas, no eran más que mentiras o, si acaso, excusas. Se preguntaba por qué había recurrido a una justificación tan endeble. Si de verdad quería castigarle, ¿por qué no se comportaba como un hombre?

Pensó en ello. Recordó la cara de su padre rematada con la perilla de chivo y su manía de exagerarlo todo. También a su madre, una mujer que sentía fobia por los peinados occidentales y se

recogía siempre el pelo en moños tradicionales japoneses. Todas aquellas peculiaridades de sus progenitores, sin embargo, no le eran de ninguna ayuda para entender lo que estaba sucediendo.

—Después de todo —dijo O-Hide—, fuiste tú quien incumplió lo prometido.

Lo que menos deseaba era escuchar aquel discurso, que su hermana repetía una y otra vez. Ya lo sabía sin necesidad de que se lo recordasen. Simplemente, no veía la necesidad de devolver el dinero que su acaudalado padre le enviaba y esperaba que los demás lo aceptasen sin tantos aspavientos.

—Es poco razonable, ya lo sabes —continuó O-Hide—. Aunque no sea más que un asunto entre padre e hijo, una promesa es una promesa, y si solo os concerniera a vosotros dos habría forma de arreglarlo, pero...

Para O-Hide, que su marido estuviera implicado era, sin duda, lo que más le importaba de aquel asunto.

—Mi marido está consternado por la carta de nuestra madre.

Gracias a la intermediación de Hori, su marido, Tsuda había logrado evitar que su padre dejara de enviarle dinero tras haber terminado sus estudios. Gracias a él, consiguió también un buen trabajo, organizó su propia casa y dejó de depender de esa ayuda, por lo que pudo vivir por sus propios medios. Tsuda le había pedido que hablase con su padre y su cuñado aceptó de inmediato. Enumeró una serie de razones, tales como la subida imparable de los precios, la necesidad de mantener el estatus social, el cambio vertiginoso de los tiempos o la significativa diferencia existente entre la vida en Tokio y en otras ciudades, para convencer a su padre, ahorrador compulsivo, de seguir ayudando económicamente a su hijo. Hori asumió que Tsuda devolvería una parte de ese dinero al margen de los extras que recibía de la empresa en verano y a finales de año. Después de que las partes llegaran a un acuerdo, Hori asumió la responsabilidad de llevarlo a buen término. Era un hombre muy predispuesto a ese tipo de arreglos. Desde el primer momento pensó que Tsuda cumpliría su parte y, confiado, se olvidó del tema. Cuando recibió la carta del padre de Tsuda, redactada como una severa reprimenda, se sorprendió mucho pues apenas recordaba aquel asunto. Cuando supo que Tsuda no iba a devolverle el dinero porque se lo había gastado, se dio cuenta de que no podía hacer nada al respecto. Optimista por naturaleza como era, se limitó a disculparse ante su suegro y pensó que así quedaría todo zanjado. Sin embargo, el padre de Tsuda le enseñó que el mundo no se ajustaba a su incompetencia: le consideraba responsable del cumplimiento del contrato, sin importar el tiempo que hubiera transcurrido desde su firma.

Aproximadamente en la misma época, un anillo espléndido que Tsuda no habría podido permitirse de ningún modo, empezó a brillar en el dedo de O-Nobu. Fue O-Hide la primera en darse cuenta. La curiosidad femenina dotaba a sus ojos de una excepcional agudeza. Al tiempo que se admiraba por la belleza de aquella joya, intentaba descubrir cuándo y dónde la había comprado su hermano. O-Nobu no sabía nada del acuerdo entre Tsuda y su suegro, ni de la garantía que había ofrecido Hori. Ajena a su cautela habitual, inocentemente mostró a su cuñada aquella prueba del amor de Tsuda: fue ella quien le contó todo sobre el anillo.

O-Hide siempre había desdenado a O-Nobu porque la consideraba una manirrota. Sin perder un minuto, escribió a sus padres para contárselo todo. En su carta llegó incluso a insinuar que fue O-Nobu quien convenció a Tsuda para que no enviase el dinero de vuelta. O-Hide estaba convencida de que la vanidad de su hermano le había impedido revelar a su mujer la verdad sobre su situación económica, y era esa misma vanidad la que demostraba O-Nobu. Todas sus malinterpretaciones llegaron a Kioto, tras lo cual ya no hubo marcha atrás. Hablaba de O-Nobu como si en lugar de su hermano fuera ella su rival.

—¿Qué pretende O-Nobu?

—Todo esto no tiene nada que ver con ella. Aún no se lo he dicho.

—¿De verdad? Supongo que da igual; no tiene que preocuparse por nada. —O-Hide sonrió con sarcasmo.

Tsuda revivió la imagen de su mujer la noche previa al teatro, cuando le mostró el *obi* resplandeciente y el quimono bajo la luz de la lámpara y le preguntó si debía empeñarlos.

96

—¿QUÉ PODRÍAMOS HACER?

La pregunta de O-Hide se podía interpretar bien como un reproche a su imprudente hermano, bien como una muestra del desagrado que le causaba ver a su marido implicado. Por debajo de todo aquello, no obstante, se ocultaba la ansiedad originada por su suegra, con la que debía mostrarse aún más cautelosa que con su marido.

—Hori se metió en todo esto porque se lo pediste tú y no creo que nunca haya considerado en serio la posibilidad de tener que asumir toda la responsabilidad. Con eso no pretende decir que no asuma su parte de culpa. En el peor de los casos, al menos no ha firmado un documento que le exija nada. Padre lo interpreta todo desde un punto de vista tan estrictamente legal que no puedo evitar sentir lástima por él.

Tsuda reconocía la validez del argumento de su hermana, pero era incapaz de sentir la más mínima compasión por ella, lo cual provocaba que O-Hide reaccionase de forma adversa. Pensaba que su hermano era extremadamente insolente y tenía la certeza de que lo único que le preocupaba de verdad eran sus intereses o, si acaso, la mujer con la que recientemente se había desposado. Pensaba que la había malcriado al consentirle tantas libertades, y que para satisfacerla, él mismo se había vuelto mucho más egoísta.

O-Hide tampoco sentía compasión por él. Se mostraba categórica, como si le dijera: «Tus problemas, Yoshio, son el resultado de tus actos. No se puede hacer nada al respecto. ¿Cómo vas a solucionar los inconvenientes que me has ocasionado?».

Tsuda no dijo lo que iba a hacer, ya que en realidad no tenía intención de hacer nada. En lugar de eso, solo mencionó cuán difícil era descubrir las verdaderas intenciones de su padre.

—Me pregunto qué demonios pretende. Quizá piensa que con sus amenazas voy a lograr

arreglármelas solo.

—Exactamente —contestó O-Hide con una mirada expresiva—. Por eso te digo que padre me ha colocado en una posición delicada con mi marido.

La sombra de una sospecha cruzó la mente de Tsuda, como los relámpagos que iluminan las noches tormentosas a principios del otoño. Fue un fogonazo lejano, aunque no por ello menos apreciable. Aquello era propio de su padre. La presencia de su mano en todo aquello podía ser ignorada o ser vista como algo remoto, pero una vez advertida, era imposible negarla. En su corazón escuchó un grito que decía: «¡No puede ser!». Un instante después, en cambio, pensó que sí era posible.

La psicología de su padre, según las conjeturas de Tsuda, se configuraba por etapas que le condujeron a elaborar las siguientes hipótesis: en primer lugar, su padre rechazó enviarle más dinero, por lo que Tsuda se vio en serias dificultades y se sintió forzado a explicarle todo a Hori. Este, por su parte, movido por el sentido del deber hacia sus suegros, asumió su obligación como garante ayudándole a superar las adversidades. De ese modo, era Hori quien se hizo cargo del pago de sus asignaciones mensuales, por lo que al padre de Tsuda no le quedó más remedio que expresarle su agradecimiento sin que por ello dejara de comportarse fatuamente.

Apreciaba su astucia. Era su lógica y, por supuesto, su habilidad. Su franqueza, en cualquier caso, brillaba por su ausencia. Sin llegar a considerarle mezquino, sí tenía razones suficientes para acusarle de taimado. Su apego al dinero, por poco que fuera, era evidente. En resumen, se manejaba en todo aquello con sus peculiares maneras.

Al margen de lo mucho que pudieran chocar en otros asuntos, en cuanto a la antipatía que les despertaba la actitud de su padre, Tsuda y O-Hide estaban completamente de acuerdo. Ella apoyaba a su padre en casi todo, pero cuando se trataba de hacer frente a su carácter, solo podía arquear las cejas hastiada. Ese era el verdadero problema. A Tsuda, en cambio, no le agradaba que su hermana saliera en su defensa, pues no sentía predilección alguna por él o por O-Nobu. Por si fuera poco, además estaba obligada por sus deberes como esposa y como nuera.

Al no saber cómo resolver aquel asunto, ambos se sentían incómodos, pero ninguno mostraba coraje suficiente para afrontar la esencia del problema: las verdaderas intenciones de su padre nunca se explicitaron en la conversación.

COMO NO PODÍAN DEVANAR aquella madeja de emociones e ideas, fueron pasando de un tema a otro durante un buen rato. Conforme abordaban y evitaban al mismo tiempo la raíz del problema, sus nervios se fueron crispando. A pesar de todo, eran hermanos y, sin duda, lo suficientemente astutos como para achacar al otro su falta de sinceridad sin mostrarse por ello demasiado tajantes. Solo al final, Tsuda, mayor que ella y hombre al fin y al cabo, pudo centrar la conversación.

—Con todo eso quieres decir que no sientes ninguna simpatía por mí, ¿verdad?

—No se trata de eso en absoluto.

—En tal caso, no aprecias a O-Nobu. Da igual cómo lo plantees, al final es lo mismo.

—¿Cómo es posible? ¡Yo no he dicho nada sobre O-Nobu!

—Entonces, supongo que la cosa se reduce a que yo soy el único culpable. Lo sé sin necesidad de escuchar tus explicaciones. Está bien. Dejémoslo correr. Me resigno a recibir mi castigo. Me las arreglaré para vivir lo que queda de mes sin el dinero de padre.

—¿Podrás hacerlo? ¿Estás seguro?

La burla de O-Hide provocó su inmediata respuesta.

—En el caso de que no pueda, tendré que morirme, ¿no crees?

O-Hide relajó la presión en la comisura de sus labios y apenas dejó entrever su blanca dentadura. La figura de O-Nobu con el reluciente *obi* bajo la luz de la lámpara, se le volvió a aparecer a Tsuda. «Lo mejor es que le explique mi situación financiera», pensó.

No era una solución fácil para él. A juzgar por sus experiencias pasadas, era consciente de que iba a ser una confesión muy difícil de hacer. Sabía lo vanidosa que era, e intentar satisfacerla no implicaba sino satisfacer su propia vanidad: socavar la confianza que tenía en su marido, lo más importante para una mujer, equivalía a golpearse a sí mismo. Lo que más lo angustiaba era el efecto que algo así podría tener en el afecto de su esposa, no tanto el apuro en el que se hallaban. En realidad era una situación insignificante que muchos considerarían cómica, aunque él no se la tomara a la ligera. Su familia tenía dinero suficiente, mucho más del que Tsuda necesitaba para mantener a salvo el orgullo frente a su mujer, pero el egoísmo lo dominaba todo.

No importaba cuán grave fuera la situación, él no era de esos hombres que perdían la compostura. Consideraba de muy mal gusto perder el control de uno mismo: de hecho, era incapaz de perder la noción de sí mismo cuando se enojaba.

Después de decirle a su hermana que no le quedaba más remedio que morirse, observó su expresión. No le avergonzaba que no fuera cierto; en lugar de eso, valoró el asunto fríamente. Sopesó tanto la humillación que supondría explicarle la situación a O-Nobu como lo desagradable que sería aceptar la ayuda de O-Hide. Consideró el resultado de elegir la segunda opción. A O-Hide, lo suficientemente fuerte como para aceptar el reto, le desconcertó ver que su hermano no se mostraba en absoluto arrepentido. Odiaba pensar que tras él estuviese la ufana e idealizada O-Nobu. Le dolía profundamente que su padre considerara responsable de todo a su marido y le usara para andarse a vueltas con su hermano. Dominada por tan incómodas circunstancias, una vez supo las verdaderas intenciones de Tsuda, fue incapaz de mostrar una mínima amabilidad.

De igual manera, la actitud de Tsuda hacia su hermana, que había accedido a una familia acomodada solo gracias a su físico, traslucía un resentimiento considerable. La juzgaba una advenediza y se le enfrentaba vistiendo la coraza que le brindaba su estatus de hermano mayor, por lo que no podía ceder ante ella.

Llegados a ese punto, ninguno mencionó el dinero, pese a ser el verdadero objeto de su discusión. Mientras hablaban, apareció O-Toki por sorpresa y, sin pretenderlo, mitigó la tensión

ANTES DE QUE O-TOKI ENTRASE repentinamente en la habitación, había llamado por teléfono. El chico a cargo de la farmacia gritó desde la entrada: «Llamada para el señor Tsuda». Este, interrumpiendo la conversación con su hermana, respondió: «¿Quién es?». Desde abajo volvieron a gritar: «De su casa, parece». El brusco intercambio distrajo a Tsuda del importante asunto que se traía entre manos. Que O-Nobu hubiera ido al teatro el día antes y aún no se hubiera molestado en ir a verle, le desagradó profundamente. «Trata de librarse de sus obligaciones y encima lo hace por teléfono», se dijo. Le había llamado el día anterior y volvía a hacerlo ahora. Era probable que volviera a hacerlo a la mañana siguiente y se presentase solo cuando no le quedara otra alternativa. A juzgar por la actitud de su mujer, aquella suposición no era descabellada. Veía su cara sonriente cuando se deslizaba sin avisar en el estudio. Tsuda era consciente de cómo le afectaba esa sonrisa: gracias a esa poderosa arma suya, que refulgía tan solo un instante, O-Nobu siempre lograba derrotarle. Su humor cambió. Sintió como si hubiera caído irremediabilmente en su trampa.

O-Hide parecía preocupada por la llamada de teléfono, pero él prefirió no prestarle demasiada atención.

—No será nada importante. Déjalo correr.

A su hermana le sorprendió el comentario. No encajaba con el comportamiento de su hermano, que odiaba la negligencia. Además, no era normal que ignorase a O-Nobu. Concluyó que si actuaba así era para ocultarle el ascendiente que sobre él tenía su esposa. En el fondo, aquello le encantaba. Después de escuchar al chico, se levantó y bajó las escaleras, pero al llegar abajo ya habían colgado. Volvió junto a Tsuda y retomaron el diálogo que había quedado en suspenso. En ese mismo momento, en otro lugar, O-Toki, impaciente por no haber cumplido su encargo, subió desesperada al tranvía: en menos de quince minutos se hallaba hablando con su sorprendido señor de un asunto completamente inesperado.

Cuando la criada se marchó, le costó recobrar el ánimo. Conocía bien a Kobayashi, pero en ningún momento había pensado que se presentaría en su casa de aquella manera y, además, se atrevería a charlar con su mujer, a quien apenas conocía. No solo le sorprendió, sino que se vio obligado a reflexionar sobre ello con sumo cuidado. El problema no consistía en darle o no el abrigo; no tenía nada que ver con eso. Era lógico, si tenía presente su natural descaro, que se presentase en casa sin avisar para pedir algo a una mujer a la que apenas conocía. Estaba relacionado, además, con otra faceta de su personalidad. Si daba un paso más allá, ¿cómo actuaría él con O-Nobu? Estaba muy preocupado, desesperado incluso. Kobayashi juzgaba mal a la gente a la que él juzgaba bien. Entre esas personas podían encontrarse tanto él como su mujer, una pareja de recién casados que podía convertirse en objeto de su ira. Tsuda era consciente de que su desprecio por él suponía el caldo de cultivo ideal para que Kobayashi perpetrara su venganza.

—No sé qué puede llegar a decirle.

El miedo le atenazaba. O-Hide, al contrario, se rio. No podía entender por qué su hermano temía

tanto a ese individuo.

—¿Qué más da lo que diga! Después de todo, nadie se toma en serio a alguien como él.

O-Hide conocía bien a Kobayashi, pero solo por la relación que mantenía con su tío Fujii, con quien se mostraba afable, muy distinto de quien era cuando se excedía con el sake.

—No es el caso.

—¿Hace mucho que se comporta así?

Con su pregunta quería demostrarle que no daba crédito a sus temores.

—No creo que se pueda prender fuego a una casa con una simple cerilla —dijo O-Hide.

—Aunque el fuego no se extienda, eso no significa que no exista.

—No importa cuántas cerillas lleve encima, O-Nobu no se dejará provocar por un hombre así; o quizá...

99

TRAS ESCUCHAR LA ÚLTIMA FRASE DE O-HIDE, Tsuda evitó mirarla de frente. Esperó en silencio lo que fuera a decir a continuación, y miró a otra parte. Sin embargo, ella, consciente de que había dicho algo que le molestaba, cambió de tema.

—¿Por qué te preocupas tanto por algo tan nimio? ¿Por algún motivo en especial?

Tsuda seguía sin mirarla. No quería darle una sola pista de lo que pasaba por su mente, no quería que leyera la expresión de sus ojos, pero aquel comportamiento, anormal en él, le hacía parecer un cobarde.

—No me preocupa nada especialmente, pero...

—Entonces ¿estás nervioso?

Ella le presionaba con sus continuas preguntas para dejarle en evidencia. Tsuda se calló.

La contracción muscular que le causaba la ansiedad volvió a atacarle en la misma zona. Resistió como pudo dos o tres acometidas, hasta que se dio cuenta de que no iba a parar y se rindió.

O-Hide no sabía lo que le ocurría a su hermano, pero se negó a dejar el tema así como así: volvió sobre lo mismo aproximándose desde un ángulo distinto.

—¿Qué clase de mujer crees que es O-Nobu, Yoshio?

—¿Por qué me lo preguntas? Es ridículo.

—Está bien. No te lo preguntaré entonces.

—¡Ya lo has hecho! Me gustaría saber por qué insistes tanto.

—Porque quiero saberlo, quiero escuchar tu respuesta.

—¿Por qué?

—Por tu propio bien.

Tsuda adoptó un gesto extraño. O-Hide continuó casi sin interrupción.

—Estás muy preocupado por Kobayashi. ¿No te parece raro?

—Ese es un asunto del que no sabes nada.

—Sí, supongo. Lo cierto es que no lo entiendo. En ese caso te lo preguntaré de otro modo: ¿Qué le puede haber dicho Kobayashi a O-Nobu que tanto temes?

—Yo no he dicho que haya sucedido tal cosa. ¿Acaso lo he hecho?

—Has dado a entender que te preocupaba que pudiera decirle algo. Es lo mismo, expresado de otra manera.

Tsuda no contestó. O-Hide creyó haber encontrado una grieta en sus defensas.

—No puedo imaginar qué podría decirle que fuera tan grave. ¿Tú sí? Piensa en ello un momento. ¿Qué más da lo que diga ese Kobayashi?

Tsuda se negaba a hablar, pero O-Hide no dejaba de presionarle para obtener una respuesta.

—Incluso en el caso de que tuviera algo que decir, con no seguirle la corriente bastaría.

—Desde luego no necesito que vengas aquí para decirme eso.

—Por eso te lo pregunto, Yoshio. ¿Qué piensas de O-Nobu? ¿Confías en ella?, ¿sí o no?

O-Hide no cejaba en su intento, pero Tsuda no entendía lo que pretendía en realidad. No obstante, se sentía en la obligación de contrarrestar el aguijonazo implícito en sus preguntas.

—¡Hay que ver! ¡Menuda insistencia! Es como si me estuvieras interrogando.

—Contéstame, no intentes cambiar de tema.

—¿Qué pretendes?, dime.

—Soy tu hermana.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Yoshio, tu problema es que no eres sincero conmigo.

Tsuda movió la cabeza, perplejo.

—Esta conversación se ha complicado demasiado y creo que estás equivocada. En ningún momento me he tomado a Kobayashi tan en serio. Tan solo he dicho que es un hombre imprevisible y que en mi ausencia podría contarle a O-Nobu cualquier cosa.

—¿Eso es todo lo que querías decir?

—Sí, eso es todo.

O-Hide pareció decepcionada. No pudo reprimirse.

—Yoshio, imagina que alguien viene a mi casa para hablar conmigo cuando no está mi marido. ¿Tú crees que él se preocuparía tanto como tú?

—No tengo ni idea de lo que haría Hori. Me imagino que no se preocuparía en absoluto.

—Exactamente.

—Espléndido... Y entonces ¿qué?

—Es todo lo que quería decir.

Los dos se vieron obligados a guardar silencio.

A PESAR DE TODO, estaban totalmente comprometidos con la conversación y no se darían por satisfechos a menos que pudieran extraer algo del otro, lo que solo sería posible si seguían con ella. De hecho, para Tsuda aquello representaba una necesidad imperiosa. Tenía ante él una posible solución a los problemas económicos que tanto le acuciaban, y por ello no quería dejar pasar su oportunidad, puesto que podía no volver a presentársele. Por esta razón sentía que estaba en desventaja con respecto a O-Hide y se preguntaba cómo podría retomar el único tema que realmente le importaba.

—¿Por qué no comes algo antes de marcharte? —le preguntó finalmente.

Le pareció que era el momento preciso para mostrar cierta cortesía. La familia de O-Hide se había marchado a visitar a unos parientes de su suegra en Yokohama, por lo que la invitación resultaba de lo más oportuna.

—No tienes nada que hacer en casa —insistió.

Aceptó su ofrecimiento y retomaron la charla como solo podrían haberlo hecho dos hermanos, si bien no parecían en absoluto satisfechos con la situación. Esperaban su oportunidad para sondear al otro.

—Yoshio, he traído algo.

—¿De qué se trata?

—De algo que necesitas.

—¿En serio?

Tsuda estuvo a punto de no seguirle la corriente. Su frialdad era directamente proporcional a su orgullo. No tenía la más mínima intención de rebajarse ante ella, ya fuera de manera real o figurada, pero necesitaba su dinero. A O-Hide, en cambio, el dinero no le preocupaba tanto como humillar a su hermano. Le mostró el dinero como si fuera carnada y esperó a fin de ver cumplido su objetivo, aunque lo único que consiguió, sin embargo, fue impacientarle más aún.

—¿Quieres que te lo de?

—Como quieras.

—Padre no te va a enviar nada.

—Cierto, no creo que lo haga.

—Madre lo decía claramente en su carta. Quería traértela, pero la he olvidado.

—No hace ninguna falta; me hago cargo de la situación. ¿Acaso no me lo has dicho antes?

—Por eso he traído este dinero para ti.

—¿Para tentarme con él o para dármelo?

O-Hide se quedó callada. Tenía la impresión de haber recibido un golpe real y tangible. Las lágrimas asomaron a sus hermosos ojos, lo que para Tsuda solo supuso una muestra más de su irritación.

—No sé por qué te has convertido en una persona tan mordaz, Yoshio. No entiendo por qué no aceptas sin más la gratitud de otra persona, como hacías antes.

—Yo no he cambiado un ápice. Al contrario, eres tú quien lo ha hecho.

En esa ocasión fue O-Hide la sorprendida.

—Dime cuándo y en qué he cambiado. No sé a qué te refieres.

—Eres perfectamente capaz de descubrirlo por ti misma sin que te lo explique nadie.

—No, no lo soy. Así que dímelo, por favor.

Tsuda observó a su hermana, que parecía interrogarle con sus ojos fríos e inquisitivos. Llegado a ese punto, se preguntaba si lo mejor sería retirar las palabras que tanto la habían ofendido o enfrentarse a ella de una vez por todas. Al final se decidió por un camino intermedio.

—O-Hide —dijo, esforzándose por hablar despacio—, puede que no te des cuenta, pero en mi opinión has cambiado mucho desde que te casaste.

—¿No es eso precisamente lo que se espera de una mujer? ¿Quién no cambia después del matrimonio y de tener dos hijos?

—Por eso, es normal.

—Pero lo que sugieres es que he cambiado en mi relación contigo. Quiero que me lo expliques.

—Bueno, en ese sentido...

Tsuda dejó a medias lo que iba a decir para que O-Hide comprendiera. Ella esperó y al poco añadió:

—¿Crees que he ido con historias a padre y a madre, verdad?

—Eso no me importa lo más mínimo.

—No es cierto. Es la razón de que siempre me mire con recelo.

—¿Quién? ¿A quién te refieres?

Sus palabras evitaban a propósito el nombre de O-Nobu, como si estuviera censurado, como si ni siquiera pudiera mencionarlo. Se limitó a agitarlo delante de él como una antorcha.

—Eres tú el que ha cambiado. Desde que te casaste con ella eres una persona completamente distinta. Cualquiera puede darse cuenta de eso.

en relación con esto y lo otro, y ella interpretaba su disgusto como la demostración de que únicamente actuaba en pro de sí mismo y, como mucho, también de su mujer.

—No soy el marido calzonazos que imaginas.

—Es posible, porque acaba de llamarte y ni siquiera has sido capaz de atenderla como es debido.

En el mismo momento en el que pronunció esas palabras, Tsuda estuvo a punto de olvidar sus intereses más inmediatos: estaba exasperado. «¡Le insistí en que no me llamara por teléfono!» Para aplacar su estado de nervios, empezó a arrancarse uno a uno los pelos del bigote. El gesto se le endureció hasta expresar su amargura. Cada vez hablaba menos.

Su actitud tuvo un efecto inesperado en O-Hide, quien dedujo que se avergonzaba de dejar al descubierto, uno tras otro, sus puntos débiles, por lo que actuó con mayor firmeza en ese sentido, como si pensara que con un pequeño esfuerzo lograría forzar su arrepentimiento.

—Antes de casarte con ella eras mucho más honesto, Yoshio. Al menos, más sincero. Pero no quiero que pienses que hablo por hablar, así que te explicaré las cosas como son. Quiero que contestes a mis preguntas con franqueza. ¿Recuerdas haber mentido a nuestro padre alguna vez antes de casarte con O-Nobu?

Tsuda se vio atrapado. Lo que decía su hermana era irrefutable, pero no tal y como ella lo entendía. Para él no era más que una simple coincidencia.

—Lo que quieres decir es que consideras a O-Nobu responsable, ¿verdad?

O-Hide reprimió una respuesta afirmativa.

—Yo no digo nada sobre O-Nobu. Lo único que hago es poner de manifiesto lo mucho que has cambiado.

Tsuda se vio obligado a admitir su derrota.

—Si tanto te empeñas... De acuerdo, he cambiado. Lo acepto. ¿Qué hay de malo en ello?

—Te lo diré. Tu actitud con nuestros padres.

—¿De verdad? —se apresuró Tsuda a replicar—. Suponiendo que eso sea cierto, no creo que tenga tanta importancia —añadió en un tono frío.

O-Hide le demostró cuánto le irritaba su falta de arrepentimiento pese a ser consciente de sus defectos.

—Aún tengo más pruebas de que has cambiado, Yoshio.

Él fingió una total ignorancia. O-Hide no estaba dispuesta a abandonar.

—¿Acaso no te inquieta que haya venido O-Toki para decirte que Kobayashi se ha presentado en tu casa sin previo aviso? ¿No te preocupa que le haya podido decir algo a O-Nobu?

—¡Eres realmente molesta! ¿No te he dicho antes que me da igual?

—Pero la verdad es que sí estás preocupado.

—Puedes interpretar las cosas como más te plazca.

—Ya veo. ¿No es esa, precisamente, la prueba de que has cambiado?

—¡No seas ridícula!

—Es una prueba, te lo aseguro. Una prueba real, tangible. Temes tanto a O-Nobu...

Con la cabeza todavía apoyada en la almohada, Tsuda clavó los ojos en O-Hide. Arrugó la nariz en señal de desprecio. Ella no había podido prever que reaccionara con semejante autocomplacencia. A pesar de sus esfuerzos por arrodillarle, por hacerle caer en el profundo valle del arrepentimiento, se preguntó si lo había logrado, si lo había colocado tan cerca del precipicio como pensaba. En cualquier caso, no podía renunciar ahora.

—¿No has tratado siempre a Kobayashi con un total desprecio? ¿Acaso no le ignoras al margen de lo que pueda decir? En ese caso, ¿por qué le tienes tanto miedo? ¿No es porque está a solas con O-Nobu?

—De acuerdo, como quieras. Pero eso no significa que no cumpla con mis deberes con padre y con madre.

—¿Quieres decir que no es asunto mío?

—Supongo que es lo que me ronda la cabeza; sí.

O-Hide se enfureció. Al mismo tiempo, un destello de perspicacia relampagueó en su mente.

102

—ENTIENDO —repuso O-Hide con brusquedad. Sin embargo, su cambio de actitud no tuvo el efecto esperado en Tsuda, que ya no parecía dispuesto a responder a sus continuos desafíos.

—Ahora lo veo todo claro, Yoshio —continuó.

O-Hide se dirigía a él como si le zarandease por los hombros. Al final, no le quedó más remedio que contestarle.

—¿Qué es lo que ves tan claramente?

—¿Te refieres a tu prudencia con O-Nobu?

Tsuda sentía curiosidad por su respuesta.

—Sí, dime.

—No, no tengo por qué hacerlo. Me basta con que sepas que conozco la razón.

—En ese caso no hacía falta que me lo preguntases. Guárdate tus secretos si quieres.

—Mejor así. Tú no me consideras tu hermana. Piensas que, a menos que se trate de algo relacionado con padre o madre, no tengo derecho a decirte nada. Por eso no te lo voy a decir. Pero aunque no lo haga, te aseguro que lo veo todo con una total nitidez. Te equivocas si piensas que no

lo sé. Por eso te he dicho lo que te he dicho.

Lo único que podía hacer Tsuda era cortar de inmediato la discusión. A partir de ese momento tuvo la impresión de que cuanto más se enredasen en ella, más complicado y problemático sería todo. Desde luego, no tenía intención alguna de rebajarse ante ella. Arrepentirse era la última opción de su lista, y de hacerlo, nunca sería delante de su hermana. Siempre la había despreciado, siempre se había mostrado muy orgulloso delante de ella. De hecho, ese orgullo salía a la superficie con suma facilidad cada vez que la veía, lo que no le sucedía con otras personas. Daba igual cuán conciliador pudiera mostrarse, pues no ayudaba gran cosa y su desdén terminaba por salir a la luz, aunque fuera sutilmente.

—¿Acaso no tiene una hermana derecho a opinar sobre el carácter de su hermano? De acuerdo. Supongamos que no es así. Si a pesar de todo confía en su juicio, ¿no es el deber de su hermano aclararle lo que ocurre? Mejor retiro la palabra «deber» porque no es adecuada para mí. Como hermana, me siento profundamente triste por estar frente a un hermano que no está dispuesto a hacer nada.

—¿Cómo te atreves a ser tan insolente? ¡Cállate de una vez! No tienes ni idea de lo que dices.

Por primera vez, el fastidio que le provocaba O-Hide estalló en forma de rabia.

—¿Acaso tienes idea de que lo significa el carácter? ¡Solo has ido a una escuela de chicas y pese a todo tienes la osadía de usar esa palabra conmigo!

—No me importan las palabras, sino los hechos.

—¿Qué hechos? ¿De verdad crees que una mujer con una educación tan limitada como la tuya puede entender lo que sucede en mi cerebro? ¡Eres una necia!

—Si me insultas te diré algo a modo de advertencia. ¿Estás preparado?

—No tengo por qué contestar a tus estúpidas amenazas. ¿Qué diablos te ocurre? ¡Venir con esas a visitar a un enfermo! ¿Y tú te llamas hermana?

—¡Es porque tú no actúas como hermano!

—¡Cállate de una vez!

—No me voy a callar. Voy a decir lo que tengo que decir. Le dejas a O-Nobu hacer lo que le viene en gana. Te preocupas más por ella de lo que te preocupas por nuestros padres o por mí.

—Ocuparse primero de la esposa de uno antes que de la hermana es lo más natural del mundo.

—Si eso fuera todo no importaría. Pero en tu caso, Yoshio, no es así. Hay alguien más de quien te preocupas aparte de O-Nobu.

—¿De qué demonios hablas?

—Por eso la temes tanto. Es más, al tenerle tanto miedo...

Cuando O-Hide se disponía a hablar, la puerta corredera de la habitación de deslizó lentamente

y la cara pálida de O-Nobu apareció ante ellos.

APENAS HABÍA LLEGADO AL VESTÍBULO de la clínica dos o tres minutos antes. Las horas de consulta estaban divididas entre la mañana y la tarde, y ya que las de la tarde no empezaban hasta las cuatro para ajustarse a los horarios de oficina, entró sin hacer ruido pues habían silenciado la campanilla de la puerta de la calle.

No advirtió en el *genkan* los zapatos de cordones ni las *geta* que había visto unos días antes. A esa hora, obviamente, no había pacientes. No entendía lo que pasaba y miró desconcertada a su alrededor, como si se encontrara en un lugar desconocido.

Después de observar con más atención, descubrió unas *geta* de mujer debidamente colocadas junto a la piedra que servía para descalzarse. La visión de las sandalias, que a juzgar por su aspecto no podían pertenecer a la enfermera, le provocó un vuelco en el corazón. Sin lugar a dudas eran de una mujer joven. Como las palabras de Kobayashi habían inoculado en ella el veneno de la sospecha, no pudo apartar la vista de ellas.

La cara del chico de los recados apareció tras el ventanuco que daba al recibidor. Nada más reconocer su figura inmóvil, se preguntó qué hacía allí a aquellas horas. El chico le explicó que Tsuda tenía una visita. No pudo resistirse a preguntarle si se trataba de una mujer joven. No quiso que la acompañara a la habitación. Entró y se dirigió hasta el pie de la escalera, donde se detuvo para mirar hacia arriba.

Le llegaban las voces entrecortadas de una conversación. No parecía un intercambio natural y fluido. En la habitación se desataban fuertes emociones; reinaba una notable agitación. Desde donde estaba, percibía claramente sus esfuerzos por aliviar la tensión existente entre ambos. Aquellas palabras, que no deben escuchar los extraños, pusieron sus nervios a flor de piel. Su tensión aumentó al recordar las *geta* de la entrada. Aguzó el oído cuanto pudo.

La habitación de Tsuda quedaba justo encima de la sala de consultas. Al subir las escaleras uno se topaba directamente con la pared. A la derecha había una habitación pequeña de cuatro tatamis y medio. Para llegar hasta la de Tsuda había que atravesar un pasillo. La conversación que O-Nobu se esforzaba por escuchar le llegaba, por tanto, desde su espalda, lo que suponía un inconveniente.

Subió despacio las escaleras. Los pasos de su cuerpo esbelto y grácil eran sordos como los de un gato y, como el de un felino, su sigilo fue recompensado con el éxito.

A un lado del rellano había un pasamanos de aproximadamente un metro de longitud. O-Nobu se apoyó en él y escuchó a su marido. De pronto, la voz estridente de O-Hide le golpeó los tímpanos con especial intensidad. Al darse cuenta de su equivocación, se vio obligada a reflexionar en ello, pero antes de que la extraordinaria tensión que había acumulado se calmara, la asaltó de nuevo. Tenía que saber por qué su cuñada atacaba a Tsuda. Aguzó el oído cuanto pudo.

El volumen de sus palabras aumentaba. Obviamente discutían y ella se iba a inmiscuir en la disputa sin saber de qué trataba: esa era precisamente la razón de que lo hiciera.

Sin embargo, al no saber de qué hablaban no pudo decidir la postura que debía adoptar. Por si fuera poco, las palabras caían como bolas de granizo, especialmente las de O-Hide. Apenas tenía tiempo de recoger los pedazos, recomponerlos y examinarlos, no dejaban de caer fruto de aquella intensa tormenta. Frases a medias, como «carácter», «te preocupas más por» o «lo más natural del mundo», rebotaban en su cabeza una tras otra mientras permanecía allí en pie.

Podía quedarse inmóvil, en completo silencio, hasta descubrir la naturaleza de la pelea, pero tan pronto como escuchó que O-Hide decía: «al tiempo que te preocupas tanto por O-Nobu, también lo haces por alguien más», sintió que le atravesaban el corazón. No había nada en el mundo más importante que esa frase, y la había escuchado perfectamente. Sin embargo, provocó en ella una profunda confusión. Incompleta, aquella sentencia por sí misma no tenía sentido. Costara lo que costase, no se iba a dar por satisfecha hasta descubrirlo, y aunque lo intentó no pudo escuchar nada más. La disputa, que con cada nueva palabra crecía en intensidad, había alcanzado su máximo apogeo. De continuar, habrían llegado a las manos. Para evitarlo, decidió entrar.

Conocía perfectamente la relación entre los hermanos y sabía que ella era el origen de tanta discordia. Aparecer en ese momento exigía de ella una considerable destreza, aunque estaba convencida de que la poseía. Tomó su decisión en un segundo y abrió la puerta corredera en silencio.

104

TSUDA Y O-HIDE SE QUEDARON CALLADOS. Su silencio era como el de la calma que precede a la tormenta, y no auguraba descanso alguno. Al quedar sus pasiones enmudecidas y reprimidas de forma antinatural, sobrevoló sus cabezas una sombra aterradora.

Por la posición que ocupaban en la habitación, fue Tsuda el primero en ver a O-Nobu. Tenía la cabeza recostada en dirección a la galería, orientada al sur, por lo que la vio en cuanto entró. O-Nobu percibió en él dos estados de ánimo bien diferenciados, la angustia y el alivio: angustia al verla aparecer inesperadamente; alivio al contemplar su rostro familiar. Ambas emociones se manifestaron al unísono en sus rasgos antes de que pudiera ocultarlas. Concordaban con las expectativas que O-Nobu se había formado al entrar en la habitación. En parte, la expresión de Tsuda fue la prueba que necesitaba para cerciorarse de que sus vagas sospechas estaban totalmente justificadas. Su sonrisa fue un tanto forzada. Una arruga se dibujó en sus pálidas mejillas. O-Hide se dio cuenta e interpretó su gesto como una señal de ese acuerdo tácito entre marido y mujer que la excluía a ella. Se sonrojó de repente.

—¡Vaya! No sabía...

—Buenas tardes, O-Hide.

Las mujeres se limitaron a intercambiar formalidades a las que no siguió una conversación normal. Ninguna podía evitar la incomodidad y el bochorno que les producía aquello. O-Nobu, cautelosa, deshizo un fardo de tela que llevaba consigo y sacó los libros que su tío enviaba a Tsuda. En uno de sus dedos lucía el anillo que tantos quebraderos de cabeza daba a O-Hide.

Tsuda alcanzó los volúmenes uno a uno. Después de hojearlos por encima, los dejó junto a la almohada. No tenía ganas de leer en ese momento y tampoco se sentía con fuerzas para hacer ningún comentario al respecto. Simplemente no dijo nada. En ese intervalo de tiempo, O-Nobu intercambió con O-Hide unas cuantas palabras. Era ella la que llevaba la iniciativa, la que se veía prácticamente obligada a arrancar las respuestas a su cuñada.

O-Nobu sacó una carta de su bolsillo.

—Cuando venía para acá, miré en el buzón y encontré esto. Pensé que lo mejor sería traerla.

Hablaba con mucho tacto, en un tono formal. En vivo contraste con su conducta en la intimidad, se mostraba muy correcta, hasta el extremo de comportarse como una persona completamente distinta a la que en verdad era. En el fondo, no le gustaba aquella formalidad fría y distante, pero en presencia de otra gente, especialmente de O-Hide, se sentía obligada a actuar así.

La carta era del padre de Tsuda. Como la anterior, la enviaba por correo ordinario. O-Nobu, que no había escuchado a O-Hide, adivinó que se trataba de la respuesta a sus acuciantes necesidades.

Tsuda se dirigió a ella antes de romper el sello de lacre.

—No creo que traiga buenas noticias.

—¿De verdad? ¿A qué te refieres?

—No importa lo mucho que le haya implorado el dinero a mi padre.

Tsuda hablaba con una extraña sinceridad. Del tono de rencor que usaba para dirigirse a O-Hide, había pasado a otro, directo y franco, al hablarle a su mujer. Era consciente de ese cambio. Esa actitud tan poco afectada alegró a O-Nobu, que le respondió cálidamente, como si quisiera consolarle. Con su forma de hablar demostró que volvía a ser la de siempre aunque él no se diera cuenta.

—Si es así no te preocupes. Nos las arreglaremos de algún modo.

Tsuda abrió el sobre en silencio. La carta no era muy larga. Además, estaba escrita con grandes caracteres, de manera que cualquiera de los presentes en la habitación podría haberla leído de un solo vistazo. Las mujeres no hicieron comentario alguno. Se limitaron a observar el papel anticuado en el que estaba escrita. Cuando Tsuda terminó de leerla, la guardó en el sobre y la dejó junto a la almohada. Ambas se habían formado una idea aproximada de su contenido. No obstante, O-Hide preguntó:

—¿Qué dice, Yoshio?

Tsuda, con expresión alicaída, respondió con un murmullo apenas audible.

O-Hide añadió:

—Justo, lo que yo decía.

La carta confirmaba punto por punto lo que ella había anticipado. Tsuda no podía soportar su presunción, que parecía repetirle: «¡Te lo dije! ¡Te lo dije!». Todo lo ocurrido entre ellos hasta ese

momento le había enervado de tal manera que le incapacitaba físicamente para responder.

O-NOBU PODÍA INTERPRETAR sin dificultad los sentimientos de Tsuda. Temía un segundo enfrentamiento y se preguntaba cuáles serían sus verdaderas intenciones. Tsuda, según creía, era capaz de mantener el control sobre sí mismo, pero además, mantenía la cabeza perfectamente fría cuando se enfrentaba a alguien a quien despreciaba. Sin embargo, también era consciente de que, a pesar de ese rasgo suyo tan característico, había algo en él que era incontrolable. Aunque desconocía lo que era, confiaba en ser capaz de manejar la situación sin demasiadas dificultades si se daba el caso. De cualquier modo, definir a Tsuda con unas simples palabras no le resultaba complicado: «Es alguien que no se enfada fácilmente». Entonces, por qué un hombre como él, que, como decían los ingleses, no era de los que perdían la compostura, había explotado al enfrentarse a su hermana pequeña. ¿A qué se debía la violencia que percibió antes de entrar en la habitación? Pensó que lo mejor sería colocarse entre ambos, a modo de escudo, y evitar que la tormenta arreciara. Para lograrlo, no dudó en enfrentarse a su adversaria.

—¿Tienes noticias de tu padre, Hideko?

—No, de mi madre.

—Ya veo. ¿Sobre este mismo asunto?

—Sí.

O-Hide no dijo nada más. O-Nobu continuó:

—Supongo que se debe a que en Kioto deben afrontar muchos gastos y porque en realidad esto es culpa nuestra desde el principio.

A ojos de O-Hide la gema que lucía el anillo de O-Nobu resplandecía más que nunca. O-Nobu, con un aire inocente, extendió la mano hacia ella.

—No es el caso —dijo O-Hide—. La gente mayor a veces se comporta de manera extraña, y en este caso nuestros padres están convencidos de que Yoshio es capaz de solucionar sus problemas por sí mismo: creen que reunirá el dinero que necesita por otros medios.

O-Nobu sonrió.

—Si las cosas se complican estoy segura de que sabremos arreglárnoslas, ¿verdad, Yoshio?

O-Nobu miró a su marido con tal intensidad que le obligó a responder afirmativamente, pero Tsuda, a pesar de darse cuenta de su gesto, no llegó a entenderlo del todo. Se limitó a repetir las mismas cosas que había dicho hasta ese momento.

—No digo que no seamos capaces de arreglárnoslas, pero la justificación de mi padre me resulta absurda. Dice que tiene que reparar una valla y que la renta del alquiler de la casa aún no le ha llegado. ¿Acaso eso no son simples nimiedades?

—No es tan sencillo. Lo entenderás cuando tengas tu propia casa.

—¿Pero de qué estás hablando? Nosotros ya tenemos nuestra propia casa.

En esa ocasión fue O-Nobu quien dedicó a O-Hide una sonrisa cargada de significado, que ella no tuvo reparos en devolverle.

—Yoshio duda de la sinceridad de nuestro padre y está convencido de que hay una mano oculta detrás de todo.

—Eso no está bien. ¡Dudar de tu propio padre! ¿Y qué motivo puede tener para pensar que hay una mano oculta? ¿O acaso sí lo hay? ¿Tú qué dices, Hideko?

—Él piensa que es una conspiración que implica a más personas aparte de padre y madre.

—¿Más personas?

O-Nobu parecía sorprendida.

—Sí. Piensa que hay alguien más comprometido.

O-Nobu se volvió hacia su marido.

—¿Y eso por qué?

—Ha sido O-Hide quien lo ha dicho. Pregúntaselo a ella.

O-Nobu sonrió tensa, a la espera de lo que dijera O-Hide.

—Yoshio cree que mi marido y yo hemos incitado a nuestros padres a actuar así.

—Pero...

O-Nobu no pudo terminar la frase. O-Hide se apresuró a llenar el silencio.

—Por eso estaba tan enfadado hace un rato. Siempre que estamos juntos acabamos discutiendo, especialmente si abordamos este tema.

—¿Qué situación tan complicada! —exclamó O-Nobu y suspiró antes de preguntar de nuevo—: ¿Es eso cierto? Estoy segura de que no eres tan mezquino.

—No tengo ni idea de qué va todo esto, pero supongo que O-Hide tiene razón.

—Si de verdad piensas que O-Hide y su marido actúan así, ¿por qué lo crees?, si se puede saber.

—Probablemente para darme una lección, aunque no estoy seguro.

—¿Una lección sobre qué? ¿Qué crimen has cometido?

—No tengo ni idea —respondió Tsuda enfadado.

O-Nobu miró a O-Hide como si no supiera qué hacer. En sus ojos rasgados apareció una expresión de súplica: «Por favor, ayúdame con esto».

—¡MIRA QUE ERES TERCO, YOSHIO! —intervino O-Hide.

Obligada a tener que explicarse delante de su cuñada, sintió que su odio hacia ella crecía mientras hablaban. En ese momento no podía imaginar una mujer más falsa e insolente que O-Nobu.

—Desde luego —dijo O-Nobu mientras se volvía hacia Tsuda—, eres un terco, como dice tu hermana. Eres un cabezota; deberías abandonar esa actitud de una vez por todas.

—¿Por qué soy tan testarudo?, si se puede saber.

—Lo cierto es que no sabría decir exactamente por qué.

—¿Es por mi insistencia en que padre me envíe dinero?

—Sí, supongo que es por eso.

—Pero nunca te he hablado de ese tema, ¿o sí?

—Tienes razón. Nunca lo has hecho. Si no te lo envía no hay nada que podamos hacer.

—¿Entonces por qué soy un terco?

—No me lo preguntes a mí porque no lo sé. Pero de un modo u otro lo eres.

—¡No seas estúpida!

A pesar de sus rudas palabras, O-Nobu le dedicó una sonrisa. O-Hide no pudo soportar la situación por más tiempo.

—Yoshio, ¿por qué no aceptas lo que te he traído sin montar tanto alboroto?

—Alborote o no, lo acepte o lo rechace, ese no es el problema. Todavía no me lo has ofrecido. ¿Me equivoco?

—No puedo ofrecértelo sencillamente porque no has dicho que vayas a aceptarlo.

—A mi modo de ver, yo no lo he aceptado porque no me lo has ofrecido.

—Ni siquiera te molestas en fingir que vas a aceptarlo, y eso me desagrada profundamente.

—De acuerdo. ¿Qué tenemos que hacer entonces?

—Ya lo sabes.

Ninguno de los tres dijo nada durante un rato hasta que Tsuda habló de nuevo.

—¿Por qué no te disculpas con O-Hide, O-Nobu?

O-Nobu le miró sorprendida.

—¿Disculparme por qué?

—Solo discúlpate y así nos dará lo que ha traído. Ese es su plan al fin y al cabo.

—No tengo ningún problema en disculparme. Si tú me lo pides lo haré tantas veces como quieras, pero...

O-Nobu miró con ojos suplicantes a O-Hide, que la interrumpió antes de que pudiera seguir.

—¿De qué diablos hablas, Yoshio? ¿Cuándo he dicho yo que quería que O-Nobu se disculpase conmigo? Lo único que pretendes es avergonzarme delante de ella.

Un incómodo silencio se instaló de nuevo entre ellos. Tsuda se negaba a hablar. O-Nobu no sentía ninguna necesidad de hacerlo. O-Hide, sin embargo, preparaba su siguiente asalto.

—Yoshio, lo único que pretendo es cumplir con mis obligaciones con vosotros. Yo...

Antes de terminar lo que iba a decir, Tsuda la interrumpió con una pregunta:

—Espera un momento. ¿Es deber o es amabilidad? ¿En qué sentido lo dices?

—Para mí son la misma cosa.

—¿De verdad? En ese caso no hay nada que hacer. ¿Y ahora qué?

—No se trata de un «y ahora qué». Esa es la razón fundamental. No soporto que pienses que he ido a escondidas a padre y a madre para ponerles en tu contra, para causaros problemas a ti y a O-Nobu. Te repito que he traído el dinero con la única intención de dártelo. Es la misma cantidad que te habría dado padre. De hecho, cuando O-Nobu llamó ayer por teléfono pensé venir de inmediato, pero tenía cosas que hacer por la mañana y por la tarde fui al banco. Por eso no vine. Obviamente, no es más que una pequeña cantidad y con esto no pretendo decir que me ha resultado difícil reunirlos, pero me arrepiento profundamente de mi generosidad porque ni siquiera te ha conmovido un poco.

O-Nobu miró a Tsuda, que guardaba silencio.

—Di algo, por favor.

—¿Qué quieres que diga?

—¡Que le des las gracias! Agradece a O-Hide su amabilidad.

—No quiero cargar con ese peso sobre mis hombros por una suma tan ridícula.

O-Hide se defendió en tono de enfado.

—¿No acabo de decirte que no quiero que te sientas en deuda conmigo?

O-Nobu se esforzó por no alterar la calma en su tono de voz.

—Yoshio, insisto, no seas tan terco. Dale las gracias. Si no aceptas su dinero, de acuerdo, no lo hagas, pero al menos agrádecele el gesto.

O-Hide puso cara de asombro. Con su actitud, Tsuda demostraba a su mujer que consideraba ridículo cuanto decía.

más y marcharse cada uno por su lado. Mientras estuvieran allí no les quedaba más remedio que resolver el problema de una u otra forma.

Objetivamente, no tenía importancia: alguien que viera la situación desde la distancia, solo podría concluir que todo aquello era absurdo. También ellos lo sabían sin necesidad de que nadie se lo dijera. Sin embargo, estaban obligados a pelearse, como si una fuerza ajena les controlara, como si extendiera su mano desde un remoto e insondable pasado para manipularles a voluntad.

La tensa conversación entre Tsuda y O-Hide se reanudó.

—Si me hubiera quedado callada desde el principio, no habría habido ningún problema, pero ahora que he empezado no puedo marcharme sin darte lo que he traído para ti, así que te ruego que lo aceptes.

—Si quieres dejarlo aquí, ¿por qué no lo haces ya?

—Entonces, por favor, actúa como deberías, ¿quieres?

—¿Qué diablos se supone que debo hacer para complacerte? Te aseguro que no lo sé. ¿No sería mejor que me explicases qué condiciones me vas a imponer tras aceptarlo?

—No hay ninguna condición. Acéptalo gentilmente, es todo lo que te pido, como haría un hermano. Nada más. Y si te disculpas con padre de corazón, no habrá ningún problema.

—Se lo dije hace mucho tiempo. Seguro que ya lo sabes. Y no una ni dos veces...

—No me refiero a ese tipo de disculpas formales. Me refiero a un arrepentimiento sincero.

Tsuda pensaba que su hermana hacía una montaña de un grano de arena, y no se podía sentir más lejos de algo semejante al arrepentimiento.

—¿Quieres decir que mis disculpas no fueron sinceras? Puede que necesite el dinero, pero no por ello he dejado de ser un hombre. ¿De verdad has llegado a pensar en algún momento que voy a humillarme de esa manera?

—Y, sin embargo, quieres el dinero, ¿verdad?

—No he dicho que no lo quiera.

—Y dices que le has pedido disculpas a padre por todo este asunto.

—Si no es por esto, ¿por qué otra razón podría ser?

—Esa es exactamente la razón por la que ha dejado de enviártelo. ¿No lo entiendes, verdad?

Tsuda no contestó.

—Mientras continúes actuando así —continuó O-Hide—, padre no será el único que te dé la espalda.

—Haz lo que quieras. No seré yo, desde luego, quien vaya a obligarte.

—¿Pero no acabas de decir que lo necesitas urgentemente?

—¿Cuándo he dicho yo nada semejante?

—¡Hace un momento!

—¡No hagas acusaciones falsas!, ¡idiota!

—¡No es una acusación! ¿Acaso no llevas todo este tiempo repitiéndolo sin parar? No eres sincero, por eso no dices las cosas abiertamente.

Tsuda clavó sus ojos en O-Hide. En su furia resplandecía el odio; no había un solo ápice de vergüenza escondido en las profundidades de su corazón. Cuando empezó a hablar de nuevo, incluso a O-Nobu le sorprendió su intensidad. Su tono fue lo más frío y sarcástico posible y dijo exactamente lo contrario de lo que ella esperaba.

—O-Hide, lo reconozco, es como tú dices. Lo confieso. Necesito desesperadamente el dinero que me has traído. Una vez más, no me queda otro remedio que admitirlo sin ambages: eres la mejor hermana del mundo. Tu hermano te da las gracias por ello, por tu amabilidad; así que deja el dinero junto a la almohada y márchate.

Las manos de O-Hide temblaron de rabia. La sangre se le subió a la cabeza y se le encendieron las mejillas como si la indignación fuera a instalarse en ellas para siempre. Dado que nunca perdía la compostura ni la blancura de su piel se alteraba, su enfado resultaba aún más evidente. Sin embargo, no dejó entrever nada de ello en sus palabras. Fue capaz incluso de sonreír en medio de la tempestad que se había desatado en su interior. Apartó la vista de Tsuda y posó sus penetrantes ojos en O-Nobu.

—¿Qué debo hacer? ¿Cómo puede hablarme así? ¿Tengo que dejar el dinero aquí y marcharme?

—No lo sé. Tú decides.

—Entiendo. Y sin embargo, dice que lo necesita imperiosamente.

—Sí. Quizá sea así para Yoshio, pero yo lo veo de forma opuesta.

—¿Quieres decir que vais por separado en todo esto?

—En absoluto. Estamos muy unidos.

—Pero no acabas de decir que...

O-Nobu le atajó.

—Si hay algo que mi marido necesita de verdad, yo soy perfectamente capaz de ofrecérselo — dijo mientras sacaba de su *obi* el cheque que le entregara su tío el día anterior.

SEGÚN LE DABA EL CHEQUE A TSUDA, se esforzó por mostrárselo a O-Hide con un gesto con el que quería evidenciar el control que ejercía sobre su marido, un dominio que revelaban tanto su forma de hablar como su temperamento. Imploró al Cielo para que Tsuda actuase en consonancia y aceptara el cheque de buen grado. Si sonreía, si inclinaba la cabeza en señal de agradecimiento y lo

guardaba bajo la almohada, o si por el contrario tan solo pronunciaba una palabra que expresara su más sincera gratitud, en ambos casos disfrutaría enormemente, pues O-Hide sería testigo de la solidez de su matrimonio.

Por desgracia, la actitud de O-Nobu y la inesperada aparición del cheque cogieron completamente desprevenido a Tsuda. El dramatismo de la situación tuvo en él un efecto bien distinto del que su mujer esperaba. Miró el talón sorprendido y preguntó en voz baja:

—¿De dónde has sacado esto?

Su tono frío y su pregunta, igualmente gélida, hicieron trizas la ilusión de O-Nobu, cuyas expectativas se vieron así frustradas.

—Lo necesitabas y lo he conseguido, eso es todo.

A pesar de su voz suave, en su fuero interno no podía dejar de temblar: si Tsuda continuaba con sus preguntas, revelaría a O-Hide las diferencias existentes entre ellos.

—No necesitas ninguna explicación mientras estés enfermo. No te preocupes. Cuando te recuperes, lo entenderás todo.

A pesar de sus tranquilizadoras palabras, se sintió muy incómoda y antes de que Tsuda pudiera responder, continuó:

—No importa si lo entiendes ahora o no. No es una cantidad tan grande después de todo. Lo que de verdad importa es que cuando necesitemos dinero, puedo conseguirlo.

Tsuda dejó el cheque junto a la almohada. Era un hombre al que le gustaba el dinero, aunque sin excederse demasiado. Pese a su amor por el lujo, despreciaba el modo de alcanzarlo. En eso, su temperamento coincidía plenamente con lo que O-Nobu pensaba de él. No hizo comentario alguno y, por la misma razón, no pronunció una sola palabra de agradecimiento.

Se sentía muy frustrada: aunque no le dijera nada a ella, al menos sí debía agradecersele a su hermana para solucionar sus diferencias.

O-Hide, atenta al comportamiento de ambos, se dirigió a su hermano mientras se sacaba del quimono un elegante monedero de mujer.

—Yoshio, voy a dejarte aquí lo que te he traído.

Sacó un sobre de papel blanco y lo colocó junto a la almohada, en el mismo lugar donde estaba el cheque de O-Nobu.

—¿Aquí está bien, verdad?

Aunque se dirigía a Tsuda, parecía esperar en realidad una respuesta de su cuñada, quien no tardó en satisfacerla.

—En serio, Hideko, no es necesario. No te molestes, por favor. Si no fuéramos capaces de arreglárnoslas por nosotros mismos, sería distinto, pero ya hemos resuelto nuestro problema.

—Soy yo la que se sentirá mal si no lo deajo. Lo he guardado en este sobre a propósito. Os ruego que lo aceptéis.

Las dos se esforzaban por mantener las apariencias. Mientras se repetía el mismo intercambio, Tsuda escuchaba pacientemente. Al final, hubieron de recurrir a él para que tomase una decisión.

—Yoshio, acéptalo. Te lo ruego —pidió O-Hide.

—¿Crees que debemos? —le preguntó O-Nobu.

Tsuda esbozó una sonrisa burlona.

—Eres una mujer muy extraña, O-Hide. Antes te mostrabas tan firme y ahora me suplicas que acepte tu dinero. ¿Cuál de los dos es tu verdadero rostro?

O-Hide le miró con ojos duros y respondió:

—Los dos.

A Tsuda su respuesta le resultó muy seca, y la desaprobación implícita quebró su frialdad. O-Nobu estaba aún más desconcertada. Miró a O-Hide asustada. La cara de su cuñada volvía a estar encendida por la ira y, sin embargo, en su fría mirada titilaba una luz que no solo era de rabia: junto a una amarga y violenta hostilidad se agitaba algo desconocido. Para descubrir de qué se trataba, no les quedaba más remedio que dejarle hablar. En cierto sentido, la idea les fascinaba, pero para ello era preciso que cambiaran antes de actitud. Sin intención de interrumpirla, se dispusieron a escuchar su vehemente explicación.

109

—DESDE HACE TIEMPO me pregunto si debo decirte esto o no, pero me has puesto en evidencia, Yoshio, y no puedo seguir callada. Voy a decir lo que tengo que decir, pero déjame aclarar antes que no lo haré en un tono distinto al que he usado hasta ahora. Si persistes en tu actitud, mucho me temo que volverás a molestarme y no solo porque detesto que me malinterpreten, sino porque eso significará que he vuelto a fallar a la hora de mostrarte lo que siento.

El preámbulo de O-Hide intensificó las curiosidad de Tsuda y O-Nobu, cuya actitud, de hecho ya era otra. Esperaron en silencio lo que vendría a continuación, pero O-Hide se detuvo nuevamente.

—Vais a escuchar atentamente lo que tengo que decir, ¿verdad? Os lo pregunto porque voy a ser muy honesta.

Su penetrante mirada se desplazó de Tsuda a O-Nobu.

—No quiero decir con eso, por supuesto, que no lo haya sido desde el principio. En cualquier caso, si te quedas aquí con nosotros, O-Nobu, mejor, porque eso evitará la clásica pelea entre hermanos.

O-Nobu sonrió, pero ella no respondió a su gesto.

—He querido decirte esto desde hace mucho tiempo, antes incluso de que te casaras, pero nunca

he encontrado la oportunidad y hasta el día de hoy no he podido hacerlo. Ahora, en cambio, tengo la ocasión de decíroslo a los dos juntos. ¿Estáis dispuestos a escucharme? Vuelvo a preguntarlo porque sé que solo pensáis en vosotros mismos. Si disfrutaseis de una situación privilegiada, os daría igual lo mucho que los demás pudieran sufrir o las necesidades que atravesaran, simplemente, miraríais a otro lado.

Tsuda era incapaz de aceptar sus críticas porque estaba convencido de que se expresaba mediante tópicos y no hacía alusión a algo que le concerniera directa y específicamente a él. Para O-Nobu, en cambio, su crítica era puramente gratuita. Estaba perpleja, no daba crédito a lo que oía. Por suerte o por desgracia, O-Hide continuó antes de que tuviera la oportunidad de abrir la boca.

—Yoshio, tú solo te quieres a ti mismo. Y tú, O-Nobu, tan solo persigues que él te quiera a ti; eso es lo único que te importa. La hermana de un hombre así no existe, como no existen tampoco su padre o su madre.

Llegados a ese punto, O-Hide se apresuró para evitar que pudieran interrumpirla.

—Me limito a exponer los hechos tal y como los veo. No pretendo con ello que actuéis de una manera determinada; ya no albergó ese deseo. A decir verdad, esta situación termina aquí. De hecho, termina en este preciso instante. Termina y vosotros ni siquiera os dais cuenta. Solo me queda la resignación. Sin embargo, creo que tenéis que escuchar lo que pienso de vosotros.

De nuevo, O-Hide dejó de mirar a su hermano para dirigirse a O-Nobu. Ninguno de los dos tenía una idea clara de lo que estaba hablando. La curiosidad les espoleaba, pero ninguno dijo nada.

—La conclusión es sencilla —dijo O-Hide al fin—. Tan simple que podría ser resumida, aunque es posible que así no la entendierais. Seguro que nunca os habéis fijado en que sois incapaces de aceptar la amabilidad de los demás. A pesar de que os lo digo ahora, es muy probable que sigáis sin comprenderlo. Lo repetiré: no podéis pensar en nada salvo en vosotros mismos, habéis perdido la virtud de responder a la amabilidad de los demás. En resumidas cuentas, os habéis rebajado hasta el punto de ser incapaces de experimentar agradecimiento alguno. Quizá pensáis que sois autosuficientes. Puede que tengáis la impresión de que no os hace falta absolutamente nada, pero desde mi punto de vista eso es tremendamente triste: es como si el Cielo os hubiera negado la capacidad de ser felices. Yoshio, dices que necesitas el dinero que te he traído, ¿no es cierto? Pero al mismo tiempo aseguras que no necesitas la amabilidad que me empuja a traértelo. A mí, en cambio, me parece que sucede justamente lo contrario. Como ser humano, repito. Creo que esto es una terrible desgracia de la que ni siquiera eres consciente. O-Nobu, tú también piensas que tu marido hace bien en no aceptar el dinero que le he traído. Has tratado desesperadamente de evitar que lo aceptara porque al rechazarlo, rechazabas también mi amabilidad. Era tu objetivo, ¿verdad? Vuestros principios son erróneos. Si hubierais agradecido mi gesto de buen grado, eso os habría hecho mucho más dichosos que vuestro empeño en rechazarlo, aunque esto sea algo que ignoráis.

O-Nobu no podía permanecer callada por más tiempo, pero O-Hide no estaba dispuesta a permitirle intervenir, por lo que reprimió el intento de su cuñada con un gesto impetuoso. No iba a darse por satisfecha hasta que terminase su discurso.

—O-NOBU, SI TIENES ALGO QUE DECIR te escucharé atentamente en cuanto termine, pero por el momento te ruego que me permitas terminar por muy desagradable que te resulte lo que aún voy a contaros. Pronto habré acabado. No me llevará mucho tiempo.

La forma en la que O-Hide se disculpaba resultaba extraña. En claro contraste con su anterior disputa con Tsuda, adoptaba ahora una actitud muy distinta: su incontenible agitación dio paso a una tranquilidad absoluta. Ese cambio, que por sí mismo ya constituía un fenómeno extraordinario, se reflejó en la mirada de sorpresa de sus dos interlocutores.

—Yoshio —continuó O-Hide—, ¿por qué crees que he tardado tanto tiempo en traerte esto? ¿Por qué crees que no hay mala intención en ello? Piénsalo un poco. Tú también, O-Nobu. Pensadlo.

Sin un segundo siquiera para reflexionar sobre lo que les decía, se vieron obligados a aceptar sin más la casuística de O-Hide, especialmente O-Nobu. A pesar de todo, O-Hide no cambió lo más mínimo su adusto gesto.

—Con este dinero pretendía que te comportases como un hermano. Puedes ridiculizarme si quieres por entregarte una cantidad tan pequeña, pero en lo que a mí respecta la cantidad no es lo verdaderamente importante. Si alguna vez me tratases como a una hermana, aunque fuera por un asunto menor, creo que sabría reconocértelo. Hoy he tratado de hacerlo lo mejor que he podido y he fracasado. Tras la llegada de O-Nobu, mi fracaso se ha hecho aún más evidente. En ese momento no me ha quedado más remedio que renunciar a todo afecto que haya podido sentir por ti como hermana. O-Nobu, te lo ruego, aguanta un poco más hasta que termine.

Al hablarle de ese modo, O-Hide impidió que su cuñada la interrumpiese.

—Entiendo perfectamente tu actitud y no pretendo escuchar durante horas y horas tus explicaciones. A partir de lo que he visto hoy aquí, lo entiendo todo mucho mejor y no te pediré nada más. En cualquier caso, creo que debo explicarme y por eso quiero que me escuchéis a cualquier precio.

O-Nobu no dijo nada, pero no podía evitar pensar que O-Hide era una mujer excesivamente perseverante. No obstante, como desde el principio disfrutaba del sabor de la victoria, fue capaz de guardar silencio sin que ello le supusiera menoscabo alguno.

—Yoshio —retomó O-Hide su monólogo—, mira esto por favor. Lo he envuelto con sumo cuidado^[39]. Es la prueba evidente de que tu hermana se preocupa por ti y se ha tomado la molestia de traértelo desde casa. Este sobre encierra todo el sentido de lo que te quiero decir.

O-Hide acercó a Tsuda el dinero cuidadosamente envuelto y se lo mostró.

—Esto es amabilidad. Ya que eres incapaz de comprender el sentido de esa palabra, me veo obligada a explicártelo yo misma. A pesar de que no te comportas como un hermano, me veo obligada también a dejarte aquí esta muestra de «amabilidad». ¿Amabilidad? ¿Deber? Antes me lo has preguntado y te he respondido que se trata de ambas cosas. Si rechazas mi gesto a pesar de mi

insistencia, ¿en qué se diferencia entonces esto del deber? ¿Acaso no has sido tú el que lo ha convertido en una obligación?

—Entiendo lo que quieres decir —dijo Tsuda.

El significado de las palabras de su hermana le había quedado perfectamente claro, pero la reacción que ella esperaba de él no tuvo lugar. Todo lo que había hecho hasta ese momento era soportar sus irritantes modales y escuchar sus quejas. Según él, su hermana no era ni amable ni sincera y tampoco poseía encanto o nobleza; sencillamente, era un incordio.

—Te he entendido. Basta ya. Es más que suficiente.

Como O-Hide había aceptado tiempo atrás a la derrota, la respuesta de su hermano no le molestó y se limitó a decir:

—No es dinero de mi marido. Desde que rompiste el acuerdo con padre, él se siente responsable. Si fuera su dinero, no podrías aceptarlo de ningún modo. Yo tampoco pretendo molestarle más con este asunto. Te lo diré simple y llanamente: este dinero no tiene nada que ver con él. Es mío. Puedes aceptarlo sin más. Si rechazas mi gratitud, quédate al menos con el dinero. No tienes por qué darme las gracias a medias. Sería mucho mejor que lo aceptases en silencio. Esto ha dejado de ser un problema que te concierna solo a ti. Ahora se trata también de mí. Yoshio, te lo pido por favor: acéptalo.

O-Hide se levantó. O-Nobu miró a Tsuda pero no pudo descifrar en su expresión lo que esperaba que hiciese. No obstante, se sintió obligada a bajar las escaleras para acompañar a su cuñada. En la entrada intercambiaron las cortesías de costumbre y se separaron.

EL HECHO DE ENCONTRARSE CON SU CUÑADA en la clínica, pese a lo inesperado, no sorprendió en absoluto a O-Nobu. Era consciente de la actitud que O-Hide siempre había tenido con ella, pero de ningún modo habría sospechado que iba a transformarse en su enemiga mediante una escena como aquella. Incluso después de convertirse en oponentes, interpretaba que todo había sido el resultado de una desafortunada coincidencia. A sus ojos, ella carecía de culpa alguna; toda la responsabilidad era de O-Hide. Su espíritu, por tanto, estaba sereno: no tenía cargo de conciencia alguno.

O-Nobu extrajo dos conclusiones de su encuentro. Una la constituía el regusto amargo que le quedó al despedirse, la sospecha de que continuarían enfrentadas. Se sentía perfectamente capaz de afrontar el desafío, por supuesto, pero solo a condición de que Tsuda le brindase todo su apoyo, lo que la tranquilizaría en gran medida. El verdadero problema era, justamente, cómo calmar su inquietud, aunque al menos había adquirido una importante confianza en sí misma tras demostrarle a su marido su fidelidad, en un intento de recuperarlo.

De cuanto había sucedido, aquello era lo más importante y suponía una ventaja natural lograda casi sin darse cuenta, si bien era consciente de su carácter temporal. Por fortuna se había librado de las sospechas de su marido, cuya mirada no dejaba nunca de escrutarla. El Tsuda anterior a la visita de O-Hide, por quien tanto había padecido, y el actual eran personas completamente distintas no

solo en cuanto a su actitud, sino también en lo que respecta al objeto de sus atenciones. Que ella apareciera en el momento crítico de su transformación y ampliara el alcance de sus preocupaciones, había sido un alivio para él.

Por si esto fuera poco, O-Nobu también se había librado de tener que explicarle a Tsuda por qué su tío había insistido tanto en que fuera al teatro y por qué había ido a su casa después, sin que, además, le hubiera preguntado sobre su entrevista con Kobayashi. Después de marcharse O-Hide, sus mentes estaban pendientes de aquello.

Lo sabían por la expresión en la cara del otro desde el momento en que O-Nobu regresó y entró por la puerta. Sonrió y Tsuda le devolvió el gesto. En ese momento solo eran conscientes de sí mismos. Sus respectivas sonrisas calaron en lo más profundo del alma del otro. Al menos, O-Nobu tenía la impresión de que, por primera vez en mucho tiempo, sentía ante sí al verdadero Tsuda. No podía saber lo que su sonrisa auguraba, pero la mueca de sus labios constituyó un motivo de alegría tal que se esforzó por conservarlo dentro de su corazón.

Aquellas sonrisas abrieron sus bocas, mostrando los dientes antes de desembocar en una violenta carcajada. Pronto se transformaron en algo más.

—¡Vaya! Estoy muy sorprendida... —dijo O-Nobu acercándose a la almohada de Tsuda.

Él le respondió con calma:

—Por eso te dije que no la llamas.

No podían evitar volver a la discusión que acababa de tener lugar.

—Hideko nunca podría ser cristiana, ¿no crees?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Por muchas razones.

—¿Lo dices por el dinero?

—No. No es solo por eso.

—Puede que por el sermón que nos ha soltado.

—Supongo que sí. Es la primera vez que la escucho hablar de esa manera.

—Le encanta discutir. No se da por satisfecha hasta que no se sale con la suya.

—No sé. Yo solo digo que es la primera vez que la veo así.

—Puede que para ti lo sea, pero no para mí; te lo aseguro. No sé cuántas veces he tenido que soportar esa monserga insoportable. Siempre ha tenido la manía de dar lecciones a los demás sobre cualquier cosa, y es mucho peor desde que está bajo la influencia de su marido.

—¿Por qué?

—Todo este tiempo con él, con un hombre al que le gusta tanto discutir, la ha hecho más hábil a

la hora de darle a la lengua.

Tsuda demostraba con sus comentarios que no consideraba a su hermana más que una estúpida. O-Nobu se rio.

112

O-NOBU ESTABA FELIZ DE HABLAR CARA A CARA con su marido después de tanto tiempo. Respiraba esperanzada al comprobar como la fina cortina que se interpusiera entre ambos había caído al fin.

Ella le quería y tenía que lograr de cualquier modo que él la amase. Era una decisión que la incitaba a realizar grandes esfuerzos que, por fortuna, no habían sido en vano. Al final había recibido su recompensa: al menos ahora podía albergar cierta esperanza. La ruptura con O-Hide, totalmente imprevista, la hacía renacer. Intuía ahora un resplandor en el horizonte y, con esa dulce ilusión, se olvidó de las posibles consecuencias. Pese a todo, un vago temor, cuya naturaleza era incapaz de comprender y que había sido cruelmente destapado por Kobayashi, se agitaba aún en su interior. Además, O-Hide también había dicho algo inquietante que no tardó en transformarse en una duda capaz de oscurecer su ánimo. No obstante, todas aquellas cuestiones tan desagradables acabaron perdiéndose en la distancia: se tornaron inofensivas y dejaron de agitarse en sus entrañas.

«Aunque sucediera algo terrible, sería capaz de arreglármelas.» O-Nobu sentía una confianza ilimitada en sí misma, en su futuro con Tsuda. Tenía la impresión de que disponía de los recursos necesarios para hacer frente a cualquier contratiempo. También le ayudaba pensar que si tenía que enfrentarse a su rival, podría hacerlo sin problemas.

Si le preguntasen: «¿Qué clase de adversaria tienes?», ¿qué habría respondido ella? Que se trataba de una vaga y gris silueta de suaves contornos femeninos, de alguien que le robaba el amor de su marido. No sabía mucho más, solo era consciente de que merodeaba cerca. Si el reciente conflicto con O-Hide había concluido sin perjuicios, ahora era el momento de enfrentarse a aquella contrincante que parecía ocupar el corazón de Tsuda.

El orden de prioridades había cambiado y se sintió feliz por ello. En cualquier caso, su preocupación ya no era tan insoportable. Pensó que sería mejor aprovechar las circunstancias para grabar en la mente de su marido la imagen de sí misma como la esposa entregada y obediente que debía ser.

Tan pronto como decidió su nuevo rumbo, le mintió. Era poca cosa, pero como estaba convencida de que su cheque había rescatado a Tsuda de un apuro de consecuencias impredecibles, tanto materiales como espirituales, tuvo su trascendencia.

Tsuda alcanzó el cheque y lo contempló de nuevo. La cantidad que detallaba cubría con creces sus necesidades, pero antes de hacer ningún comentario le dio las gracias a su mujer.

—Muchas gracias, O-Nobu. Gracias por haberme sacado de este lío con O-Hide.

La mentira de O-Nobu llegó después, como si se escapara casualmente de su boca:

—Ayer fui a casa de los Okamoto y se lo pedí a mi tío.

Tsuda la miró sorprendido. ¿Era esa la misma O-Nobu que se había negado de plano a pedirle dinero a su tío cuando él se lo había sugerido? ¿Cómo era posible que en el intervalo de una semana hubiera nacido en ella semejante predisposición y tan buena voluntad? Su comportamiento le resultó de lo más extraño.

—Sí —continuó—, no diré que me haya resultado fácil molestarle con un asunto monetario, pero no podía hacer otra cosa. Si en caso de emergencia no tengo el coraje de hacerlo, ¿estoy acaso cumpliendo con mi deber de esposa?

—¿Le dijiste a tu tío para que lo necesitamos?

—Sí, aunque me resultó muy difícil como te podrás imaginar.

Los dos sabían bien que fue él quien se hizo cargo de la mayor parte de su dote y del ajuar cuando se casaron.

—Hasta ayer mismo nunca le había dicho una palabra sobre nuestras necesidades. Eso me hizo sentir mucho peor.

Teniendo en cuenta su carácter, Tsuda entendía bien los sentimientos de su mujer.

—Hiciste bien.

—Estaba segura de que me lo daría. Después de todo, no tiene dificultades financieras, pero me resultó muy difícil hacerlo.

—En este mundo hay personas muy difíciles, como O-Hide o mi padre... —Tsuda adoptó una expresión de orgullo herido. O-Nobu le habló como si quisiera ayudarle:

—No es esa la única razón por la que me dio el dinero. Me había prometido un anillo y llevaba un tiempo diciéndome que puesto que no me lo compró cuando me casé, iba a hacerlo ahora. Es posible que ya tuviera apartada esa cantidad. No tienes por qué preocuparte.

Tsuda miró a su mujer. El anillo que él le había regalado resplandecía en su dedo.

EXPERIMENTARON UNA SUERTE DE COMUNIÓN como rara vez habían sentido. El corazón de Tsuda, muy cauto hasta entonces a la hora de mantener la dignidad frente a su mujer, se ablandó inconscientemente. Todas las precauciones que tomaba para disimular la relación con sus progenitores, tanto por temor a que considerase a su padre un avaro, como por el miedo a que le menospreciara por ser más pobre de lo que había esperado, se disiparon de repente, aunque no fue consciente de ello. Simplemente, se vio arrastrado, sin esfuerzo e involuntariamente, por la fuerza de la naturaleza. Era como si esta le hubiera levantado del lugar donde se refugiaba, siempre receloso, para llevarle hasta O-Nobu, quien no cabía en sí de gozo al ver como se iban desarrollando las cosas: la actitud de su marido había mudado de forma natural, sin que él lo pretendiera.

En O-Nobu también se produjo un cambio similar a ojos de Tsuda. Al margen de otros asuntos,

desde que se casaron siempre había existido entre ellos un extraño conflicto relacionado con el dinero. Era una especie de lucha que seguía un esquema predeterminado: Tsuda, como la mayor parte de la gente adinerada y orgullosa de su posición, había insinuado a O-Nobu que la situación de su padre era mucho más desahogada de lo que en verdad era, y que por ello podría pedirle la cantidad que quisiera cuando fuera necesario, e incluso sin necesidad, pues nunca había tenido la más mínima preocupación con los gastos mensuales. Al casarse con ella, tuvo que asumir la responsabilidad de respaldar esas afirmaciones con hechos concretos. Inteligente como era, al poner tanto énfasis en el dinero sabía que O-Nobu, debido a su carácter, no le iba a ir a la zaga, e incluso podría superarle. Para ser más exactos, creía que el amor nacería gracias al dinero y por eso se apoderaron de él la ansiedad por mostrarle cuán próspera era su situación y el temor a que ella terminara despreciándole. La razón última por la que había pedido a Hori el aval para que su padre le asignase una suma mensual era que le preocupaban demasiado las apariencias. A pesar de todo, se sentía bastante inseguro, pues eran muy distintas su conducta con O-Nobu y lo que en realidad sentía por ella. Su sagaz esposa lo sabía bien, y ser consciente de ello, la frustraba. Sin embargo, más que reprocharle su falsedad en sí, lo que detestaba era su falta de sinceridad. Consideraba su reserva demasiado irritante, y le dolía no entender por qué Tsuda no le mostraba sus puntos débiles, como haría cualquier otro hombre. Finalmente, había decidido que si él se mostraba tan distante y se negaba a exponerse tal como era, a ella no le quedaba más remedio que resignarse, pero su actitud, no obstante, producía cierta reverberación, una especie de eco en el espíritu de Tsuda. Daba igual lo lejos que hubieran llegado en su relación; nunca habían sido capaces de tratar directamente el uno con el otro. Los dos eran reservados y siempre habían sido muy cautos a la hora de abordar los temas más delicados. El desacuerdo con O-Hide, en cambio, había abierto por casualidad esa puerta sellada en el alma de O-Nobu. Sin hacer ningún esfuerzo consciente, terminó abriéndose a él de forma natural. De ahí que a Tsuda también su mujer le pareciera distinta.

Sus corazones entraron en sintonía como nunca antes lo habían hecho. Afrontaron con total libertad un problema hasta entonces soslayado y discutieron las medidas que debían adoptar para resolver la relación de Tsuda con sus padres en Kioto.

Ambos compartían un mismo presentimiento. Temían que el incidente con O-Hide no terminaría ahí. Su hermana movería alguna ficha más, sin duda, y con toda seguridad implicaría a sus padres. Estaban convencidos de que aquel encuentro les terminaría siendo perjudicial. En ese punto estaban de acuerdo. No obstante, lo fundamental era encontrar un remedio; aspecto este en el que tardaron en limar sus diferencias.

O-Nobu sugirió a Fujii, el tío de Tsuda, como mediador. Tsuda, en cambio, se negó: sabía muy bien que sus tíos estaban de parte de O-Hide. En su lugar propuso que Okamoto se hiciera cargo, pero en esa ocasión fue O-Nobu quien se mostró contraria, objetando al final que lo más sencillo sería tratar de reconciliarse con O-Hide. Tsuda apenas objetó nada: después de todo, aunque no lo lograsen y dado que no esperaban que la ruptura hubiera sido completa, creían que, al menos, así podrían restablecer las relaciones entre las dos familias. En cualquier caso, discutieron durante un buen rato las distintas alternativas.

Finalmente, ambos mencionaron el mismo nombre: Yoshikawa. Su posición social, la relación con el padre de Tsuda, el hecho de que hubiera aceptado de buen grado hacerse cargo de su hijo... De un modo u otro, todo auguraba el éxito a la empresa salvo por un notable inconveniente: Yoshikawa era un hombre inaccesible, más aún si se trataba de un tema tan íntimo y delicado. Habría que hablar primero con su esposa, a pesar de que a O-Nobu le parecía una mujer sumamente difícil. Antes de aceptar la propuesta de su marido, negó con la cabeza, pero la buena relación de Tsuda con la señora le hizo albergar grandes esperanzas. Tras insistirle a su mujer para que aceptase, al final, esta no pudo sino ceder.

Tras abrirse uno al otro y unirse gracias a aquel desagradable episodio con O-Hide, se separaron cariñosos.

114

LA FATIGA, POR NO HABER DESCANSADO BIEN la noche anterior, contribuyó a que Tsuda conciliara un profundo sueño. A la mañana siguiente, cuando el resplandor del cielo despejado que se colaba por la venta de la habitación hirió sus ojos adormilados, escuchó el ajeteo familiar en una tintorería no muy lejana e inhaló el frescor de la atmósfera del otoño, que lo invadía todo.

«... si vas allí, no lo dudes, pónitelo, *shi, shi, shi.*»

Los hombres de la tintorería insertaban ese *shi, shi, shi*, sin sentido a intervalos regulares en mitad de una canción popular, lo que ayudaba a Tsuda a imaginar el ritmo de su intenso trabajo.

Unos cuantos aparecieron cargados con ropa por un extraño agujero que había en el tejado de enfrente. Continuaron hasta el tendedero situado un poco más arriba, y lo extendieron todo bajo el cielo otoñal sin apenas espacio entre las prendas. Sus gestos, que Tsuda observaba desde el día que ingresó, eran monótonos y rutinarios. No entendía bien lo que querían decir.

Tenía cosas más importantes en las que pensar. Se acordó de la señora Yoshikawa. Siempre que se esforzaba por intuir su futuro, algo que se le aparecía como extremadamente vago e informe, veía la imagen de la señora Yoshikawa, un punto de referencia que en aquella ocasión tenía un significado distinto.

En primer lugar, estaban las cuestiones que habían quedado en suspenso tras su reciente visita. Fue ella quien sacó sin previo aviso un tema que hasta entonces había estado vetado entre ellos. Tsuda se esforzó por no preguntarle nada a pesar de que deseaba hacerlo con todas sus fuerzas. Consideraba que ya que era ella quien había roto el pacto de silencio, él tenía todo el derecho de saber más al respecto.

En segundo lugar, la relación con sus padres le preocupaba. Si hubiera tenido que decidir cuál de los dos problemas era más importante, no le quedaba más remedio que reconocer que este último era el más urgente. Lo mejor que podía hacer era ir a ver a la señora Yoshikawa lo antes posible. De hecho, era tan apremiante que como no iba a poder moverse en los próximos cuatro o cinco días, había tratado de convencer a O-Nobu para que fuera ella en su lugar. Como se negó, Tsuda vio desmoronarse su estrategia, pero no por ello dejó de tramar posibles soluciones.

Le extrañaba que a O-Nobu le disgustase tanto ir a verla. Especialmente porque estaba convencido de que a todas las mujeres les gustaba ir a casa de la gente acomodada incluso en el caso de que no tener una razón concreta para hacerlo. Insistió una y otra vez, como si lo hubiera preparado todo para facilitarle la visita, pero como se negó de plano sin ocultar cuán desagradable le resultaba su propuesta, no se vio con fuerzas para obligarla. La razón de que no insistiera también podía guardar relación con la creciente armonía de su matrimonio, pero era más probable que se debiera a la rotundidad de su rechazo. O-Nobu estaba segura de que, de ir ella, sus planes fracasarían. No le explicó por qué, sin embargo. Insistió en que si se hacía cargo él, el éxito estaba garantizado. No podría hacerlo hasta que le dieran el alta, le explicó él, lo cual podía ser demasiado tarde. Ella respondió a sus temores con una extraña afirmación: con toda seguridad la señora Yoshikawa iría a verle a la clínica. Esa sería la ocasión perfecta para tratar el asunto sin mayores complicaciones.

Contemplaba la ropa tendida al sol y pensaba en ello. A su mente volvieron todas y cada una de las frases dichas el día anterior. En efecto, la señora Yoshikawa podía presentarse en cualquier momento, aunque a veces lo dudaba. No entendía por qué O-Nobu estaba tan segura de que iría. Pensó en la tarde en la que habían coincidido en el teatro, en la cena que compartieron en el restaurante. Trató incluso de reproducir, como si fuera el diálogo de una novela, la conversación que habían mantenido. Sin embargo, el momento crucial en el que O-Nobu había abrigado esa intuición, se mantenía fuera de su alcance. Asumía sus presentimientos, un don con el que, obviamente, él no estaba dotado. Era un aspecto de ella que le provocaba cierto temor y que no se veía capaz de abordar de directamente. Al mismo tiempo, como no podía confiar en su propio instinto, se preguntaba cómo podía asegurarse de que la señora Yoshikawa iría a verle. Pensó llamarla por teléfono, pero no sabía cómo pedírselo de una manera natural, sin que resultara insolente. Por mucho que se afanara, sus esfuerzos resultarían estériles: ni más ni menos, trataba de conseguir un imposible. Sonrió con amargura y miró de nuevo por la ventana.

Fuera se había levantado viento. Las ramas del sauce solitario que había frente a la lavandería se mecían suavemente acompañadas con el movimiento de la ropa tendida. Los cables eléctricos con los que casi rozaban, seguían el ritmo de todos los integrantes de la escena.

EL DOCTOR SUBIÓ LAS ESCALERAS y se encontró a Tsuda profundamente aburrido. Le preguntó cómo se encontraba. A modo de consuelo le dijo: «Aguante un poco más». Después, le cambió las vendas.

—Es peligroso forzar la incisión. Es mejor esperar.

Advirtió a Tsuda que por su propio bien no tocara el vendaje que presionaba la zona afectada, pues podía sangrar. Lo aflojó un poco y, de hecho, sangró.

Solo cambió una parte del vendaje. Tsuda se dio cuenta de que no estaba en condiciones de volver a casa si, solo con rozar la herida, esta podía abrirse.

—Supongo que no puedo hacer nada aparte de quedarme aquí inmóvil.

El doctor le miró con lástima.

—Deje que las cosas sigan su propio curso y no tendrá que preocuparse después.

De cualquier modo, el doctor le trataba como a un paciente que no tuviera preocupaciones de tiempo o dinero.

—¿Tiene que atender algún asunto importante?

—No, no pasa nada si me quedo una semana, pero ha ocurrido algo y...

—Entiendo. No se preocupe. Pronto podrá marcharse. Aguante solo un poco más.

Quizá porque aún no tenía muchos pacientes externos, se sentó un rato con él y le contó un par de historias para distraerle. Una de ellas, de cuando aún no había terminado su residencia en un gran hospital, le hizo reír: un hombre sospechaba que un paciente había muerto por culpa de una enfermera que le había suministrado una medicina equivocada. Se abrió paso a trompicones hasta la oficina del director y exigió que la azotaran como castigo. A Tsuda le resultó una historia divertida. Su personalidad era completamente opuesta a la de ese hombre. En su comportamiento no podía ver más que insensatez y debilidad. Se alegró de poseer un notable autocontrol. Sin embargo, en su análisis pasó por alto sus defectos.

Después de que el doctor le examinara, Tsuda le dio vueltas a su situación. Iba a estar confinado en aquella habitación durante una semana por culpa de una enfermedad ominosa. Quizá se debiera a su humor, pero en ese momento, el tiempo le resultaba un bien precioso. Se lamentó de no haber pospuesto la operación un poco más.

Volvió a pensar en la señora Yoshikawa, en cómo lograr que fuera a verle. Al fin y al cabo, le agradaría que le visitara. A pesar de que a menudo menospreciaba la intuición de O-Nobu, pues temía que gracias a ella pudiera descubrir sus verdaderas intenciones, en aquel momento deseó con todas sus fuerzas que estuviera en lo cierto.

Alcanzó uno de los libros que le había llevado su mujer. Sabía que lo había tomado prestado de la biblioteca de Okamoto. Por desgracia, no alcanzaba a entender el humor que supuestamente encerraba. A pesar de que comprendía el sentido de lo escrito, su ánimo no respondía al estímulo de la lectura, quizá porque había muchas palabras cuyo significado se le escapaba. Al no sentirse obligado, pasó deprisa las páginas en busca de algo que le interesara realmente. Al final se topó con el siguiente párrafo:

«El padre de la chica se enfrentó al joven, y cuando le preguntó si amaba a su hija, le respondió que aquello no era simplemente amor, pues de buen grado estaba dispuesto a morir por ella. Con solo una mirada de sus ojos amados, él moriría a placer, se arrojaría por un precipicio, se destrozaría a voluntad contra las rocas, le aseguró. El padre de la chica meneó la cabeza: “Me confieso un poco mentiroso, pero en una familia tan pequeña como la mía me pregunto si hay espacio para dos”.»

Aquella palabra, «mentiroso», provocó en Tsuda más amargura de la normal. Él también era un mentiroso que aceptaba las mentiras de los demás sin cuestionarlas, hasta el extremo de que no le

afectaban lo más mínimo. Estaba convencido de que uno tenía que mentir para vivir. Nunca hasta ese instante se había dado cuenta de que vivía de acuerdo a una filosofía de vida bastante oscura. Simplemente, lo hacía, pero cuanto más pensaba en ello, más siniestra le parecía su existencia.

«Amor y falsedad.»

Las dos palabras que le sugería la lectura de aquella pequeña historia, le dejaron perplejo al no saber cómo explicar la relación existente entre ambas. En ese momento de su vida sentía sobre sus hombros el peso de un problema decisivo. Tenía que resolverlo como fuera, imperiosamente, pero al no poder ensayar una solución, solo podía formular vanas conjeturas. No era un filósofo, por lo que se sentía incapaz de organizar sus ideas de modo que pudieran considerarse una filosofía de vida propiamente dicha, pese a haberla practicado hasta entonces.

116

PENSABA EN TODO ELLO DE FORMA ALEATORIA. Antes de darse cuenta, le dieron las doce del mediodía. Estaba cansado de tanto pensar y no tenía energía suficiente para seguir haciéndolo. Sin embargo, los días del incipiente otoño todavía eran largos, demasiado como para quedarse allí amodorrado. El aburrimiento le venció. Sus pensamientos se concentraron entonces en O-Nobu, quien esperaba que fuera a verle pronto. Se había agotado de tanto pensar en lo que podía o no decir delante de ella y no era capaz de advertir la ironía oculta tras aquel anhelo de tenerla ante él lo antes posible: se dijo que no era responsable de las ideas que espontáneamente se colaran en su mente. Igual que O-Nobu a veces podía parecerle incomprensible, él simplemente le había ocultado cosas que ella ignoraba; nada más. Quizá esa idea le rondara a ella desde la distancia, pero no se concretaba en términos claros en su espíritu si no sentía la necesidad.

O-Nobu no aparecía. La señora Yoshikawa, a quien esperaba aún con mayor impaciencia, tampoco. Estaba molesto. Cerca de allí alguien ensayaba pasajes de teatro Noh que le resultaban profundamente desagradables y solo conseguían exasperarle aún más. Recordó que había visto el letrero de una escuela de Noh en el edificio de dos plantas que quedaba frente a la lavandería. Las clases se impartían en el segundo piso y, a pesar de la considerable distancia, se escuchaba demasiado. Sabía que no tenía derecho a decirle a nadie lo que debía o no hacer, pero no podía evitar sentir un creciente desasosiego. Quería marcharse de allí tan pronto como le fuera posible.

Contempló desganado a través de la ventana, con una mirada incapaz de interpretar el significado de lo que veía, un ideograma, que parecía el nombre de una empresa, que se componía de un único trazo horizontal debajo del contorno de una montaña. Estaba impreso en la pared del almacén de ladrillo rojo que quedaba justo detrás del sauce. También había allí algo parecido a unos enormes ganchos cuya finalidad no alcanzaba a comprender, y que sobresalían a ambos lados del emblema. Entretenido en la vista del paisaje urbano, escuchó unos pasos que se apresuraban en la escalera. Se sorprendió. El sonido de las pisadas le dio una idea aproximada de quién se trataba.

Su presentimiento pronto se confirmó. Casi en el mismo instante en el que dirigía la mirada hacia la entrada de la habitación, Kobayashi apareció de forma repentina. Llevaba puesto el abrigo que había ido a buscar a su casa el día anterior.

—¿Cómo te encuentras?

Se sentó sin más ceremonias directamente sobre el tatami con las piernas cruzadas. En lugar de saludarle, esbozó una leve sonrisa. Su visión le resultó muy molesta. Se preguntó qué razón tendría para ir a verle.

—Aquí está —dijo Kobayashi estirando hacia Tsuda los brazos para mostrarle el abrigo—. Te lo agradezco. Gracias a tu ayuda podré pasar este invierno.

Eran las mismas palabras que le había dicho a O-Nobu, pero como su mujer no le había comentado nada sobre su visita, no captó el sarcasmo que encerraban.

—Tu mujer ha venido a verte, ¿verdad? —preguntó Kobayashi.

—¡Por supuesto! No podría ser de otra manera.

—Algo te contaría.

Tsuda vaciló entre el sí y el no. Por encima de todo, quería saber qué le había dicho él. Con tal de que se lo dijera le daba igual qué contestarle, pero en la tensión del momento no era capaz de decidir cuál de las dos produciría el efecto deseado. Aquel extraño comportamiento hizo reaccionar a Kobayashi.

—Estaba muy enfadada. Estoy seguro.

La inesperada respuesta no le dejaba más alternativa que tirar del hilo.

—Será porque conseguiste molestarla.

—Yo no la molesté. Es posible que le tomara el pelo más de lo debido y lo lamento, pero tampoco se echó a llorar por eso. ¿O sí lo hizo?

Tsuda estaba cada vez más asombrado por sus palabras.

—¿Dijiste algo que la hiciera llorar?

—¿Cómo voy a saberlo? Ya sabes que cuando me pongo a hablar puedo decir cualquier cosa. Lo que pasa es que se ha criado en casa de los Okamoto, que son gente de bien, y no sabe que en el mundo existe gente como yo. Por eso cualquier cosa que venga de mí le molesta, por pequeña que sea. Tenías que haberle advertido que no hiciera caso a un insensato como yo.

—Eso es exactamente lo que hice —replicó Tsuda sin el más mínimo atisbo de vergüenza.

Kobayashi respondió con una risotada.

—Por lo visto tus métodos como profesor dejan mucho que desear.

Tsuda cambió el tono de inmediato.

—¿Qué demonios le dijiste para enojarla tanto?

—Te lo habrá dicho ella.

—No.

Se escrutaron como si trataran de descubrir qué pensaba el otro.

EL ESFUERZO QUE HACÍA TSUDA para que Kobayashi revelara sus verdaderas intenciones atendía a un propósito específico. Conocía muy bien el carácter de su mujer en todas sus facetas y, al contrario que O-Hide, O-Nobu siempre se mostraba dócil y femenina, capaz de rehuirte cuando le convenía. Su sensibilidad era una sola, pero en la práctica presentaba dos caras bien distintas. Cuando se trataba cosas de las que no quería hablar con su marido, que era mejor ocultarle, era ingobernable. Cuanto más obediente se mostraba, menos sacaba en claro de ella. No sabía nada de lo que había ocurrido con Kobayashi en su casa y, debido a la discusión con O-Hide, ni siquiera había tenido oportunidad de preguntarle los detalles. Por otra parte, dudaba de que, de no haberse producido tan desagradable incidente, ella hubiera contestado a sus preguntas sin guardarse nada. A juzgar por su comportamiento, estaba seguro de que le ocultaba algo. Si Kobayashi le había hablado de cosas que no debía, era más que probable que ella fingiera no saber nada y guardase silencio ante él. Tsuda sabía que así era O-Nobu. Se había resignado a no escuchar nada de ella: la única fuente de información que le quedaba era Kobayashi, y este, de algún modo, se daba cuenta de ello.

—En realidad no le dije nada. Si crees que miento, pregúntale a ella. Cuando me marché pensé que quizá me había excedido y le pedí disculpas, pero lo cierto es que no sé por qué lo hice.

Se rio como si no supiera nada. Sacó la mano del bolsillo del abrigo y alcanzó el libro que había junto a la almohada de Tsuda.

—¿Así que ahora te dedicas a leer estas cosas? —le preguntó con tono despectivo después de hojearlo. Pasó las páginas hacia atrás y hacia delante sin ningún cuidado. Cuando vio el sello de Okamoto impreso en la primera página, exclamó—: ¡Vaya! ¿Te lo ha traído O-Nobu, verdad? Ya me extrañaba. Por cierto, ese Okamoto es muy rico, ¿verdad?

—No tengo ni idea.

—¿Qué quieres decir? ¿No se crió O-Nobu con ellos?

—No me casé por el dinero que pudiera tener Okamoto.

—¿De verdad que no?

El comentario ofendió a Tsuda. Lo interpretó como si en realidad hubiera querido decir: «¿Te habrías casado de no ser así?».

—Okamoto es el tío de O-Nobu. ¿Acaso no lo sabes? No son sus padres.

—¡Ah, sí! ¿No me digas?

El tono impertinente de Kobayashi escondía la misma intención de antes. Tsuda se irritó aún más.

—Si tanto te interesa saber cuánto dinero tiene, ¿quieres que vaya yo mismo a preguntárselo?

Kobayashi sonrió a medias.

—Cuando eres pobre como yo no puedes evitar interesarte por la situación de otra gente.

Tsuda no le siguió la corriente. Pensó que ya había terminado con el tema, pero pronto se dio cuenta de su error.

—Me pregunto cuánto dinero tendrá en realidad.

Esa actitud era propia de Kobayashi y admitía distintas interpretaciones. Aunque la más tentadora era la de tomarle por un estúpido y dejar el asunto correr, cuando uno se convertía en el objeto de sus burlas ya no sabía con qué carta quedarse. En cuanto a la seriedad de Kobayashi, Tsuda se debatía entre la duda y la convicción. Sin embargo, en una situación como aquella, en la que estaba implicada su propia debilidad, no podía dejar de pensar que era él quien era tomado por un estúpido. Solo podía procurar ser lo más precavido posible para que no se volviera aún más insolente.

—¿Quieres que te lo preste? —le preguntó con una sonrisa.

—Desde luego que no. Si me lo prestara directamente Okamoto lo aceptaría. No, mejor pensado, ni siquiera en ese caso lo haría. De todos modos esa posibilidad no se va a plantear nunca, así que no tengo nada de lo que preocuparme. Si no tuviera más remedio, se lo robaría.

Kobayashi soltó una carcajada antes de continuar.

—Sí, es posible que antes de irme a Corea trace un plan ingenioso para robarle algo a Okamoto.

Tsuda aprovechó la ocasión para desviar la conversación hacia el tema de Corea.

—Por cierto, ¿cuándo te vas?

—Todavía no lo sé.

—Pero te vas, ¿no es así?

—Sí, me voy; tranquilo. Me iré cuando llegue el momento; no hace falta que me lo recuerdes.

—Yo no te lo recuerdo. Solo pensaba en organizarte una fiesta de despedida si aún hay tiempo.

Quizá pudiera sonsacarle si tenía la oportunidad de celebrar esa fiesta. Por eso se lo sugería, aunque lo que de verdad pretendía era sacarle todo lo que sabía y no contaba.

SEMEJANTES ARDIDES RESULTABAN IMPRESCINDIBLES, ya que Kobayashi no se iba a mover fácilmente hacia donde quería Tsuda. Parecía como si respondiera a sus preguntas cuando en realidad no lo hacía en absoluto. Al contrario, era muy celoso a la hora de proteger sus intereses, que guardaban una estrecha, aunque indirecta relación, con lo que Tsuda quería saber, lo cual irritaba a este al tiempo que le incitaba. Tsuda llegó incluso a sentir como si le chantajeara veladamente.

—¿Están relacionados de algún modo los Yoshikawa y los Okamoto? —preguntó Kobayashi.

De ningún modo podía pensar que una pregunta así fuera inocente.

—No, solo son amigos. Ya me lo preguntaste en una ocasión y te respondí lo mismo. ¿No te acuerdas?

—¿De verdad? Esa gente está tan lejos de mi posición que me habré olvidado. De todos modos, no creo que sean amigos. ¿Me equivoco?

—¿Se puede saber qué diablos quieres decir?

A Tsuda le hubiera gustado añadir detrás de su pregunta: «tú, maldito necio».

—Nada. Solo digo que deben de ser íntimos, eso es todo. No tienes por qué enfadarte.

Sin duda era cierto lo que decía. La pregunta desnuda era esa, pero Tsuda la interpretaba al mismo tiempo de otra manera, como si en su reverso se refiriera a O-Nobu y a él.

—Eres un hombre afortunado —le dijo Kobayashi—; mientras cuides de O-Nobu no vas a tener ningún problema.

—Es lo que hago. No hay ninguna necesidad de que me lo digas.

—¿En serio?

Kobayashi volvió a usar esa misma expresión. Cada vez que lo hacía se volvía más burlón, lo cual podía interpretarse como una amenaza.

—Eres muy distinto de mí. Eres muy astuto. Todo el mundo piensa que has capitulado por completo ante O-Nobu.

—¿A quién te refieres exactamente cuando dices todo el mundo?

—¡Oh! A gente como Fujii y a su mujer.

Tsuda también pensaba que sus tíos compartían esa perspectiva acerca de su matrimonio.

—Ya que he capitulado completamente, no hay nada que hacer.

—¿Eso crees? Un hombre honesto como yo jamás podría comportarse como lo haces tú. Desde luego, mereces mi respeto.

—Así que tú eres el honesto y yo el falso. Y mi falsedad me hace más digno de respeto mientras que tu honestidad te convierte en un estúpido. ¿No es eso lo que quieres decir? ¿Desde cuándo practicas esa pseudo filosofía?

—Desde hace mucho tiempo. En este momento solo la utilizo en relación con mi viaje a Corea.

Una vaga sospecha se apoderó de Tsuda.

—¿Ya tienes el dinero para el viaje?

—Tengo muchas formas de conseguirlo.

—¿La empresa se hace cargo?

—No, he decidido pedirselo prestado a Fujii.

—¿De verdad? ¿Es lo más conveniente?

—En absoluto. Me siento muy mal por recibir tanta ayuda de su parte.

A pesar de su aparente arrepentimiento, lo cierto es que también le había pedido a su tío que se hiciera cargo del matrimonio de su hermana O-Kin.

—Da igual lo desvergonzado que pueda parecer. Lo que más me molesta es importunar a Fujii con el tema del dinero.

Tsuda no contestó. Kobayashi habló entonces con un tono más inocente, como si le consultara.

—¿No conocerás a alguien a quien pueda sacarle un poco de dinero, verdad?

—Me temo que no —contestó Tsuda rotundo, apartando la vista de él.

—¿De verdad que no? Alguien debe haber.

—No lo hay. Últimamente las cosas no andan bien.

—¿Qué me dices de ti? Da igual lo mal que le pueda ir al resto del mundo. Parece que a ti las cosas siempre te van bien.

—¡No seas ridículo!

Le había entregado a O-Nobu el cheque de Okamoto y el de su hermana. Su monedero estaba completamente vacío, pero incluso en el caso de que no hubiera sido así, en absoluto estaba dispuesto a derrochar su dinero con un tipo como él. Como no se sentía obligado, no creyó necesario contestarle.

Extrañamente, Kobayashi no le presionó más. Miró a Tsuda y sacó a relucir un asunto que no guardaba relación alguna con lo que habían hablado hasta ese momento.

Aquella misma mañana había ido a ver a Fujii y, después de almorzar, habían pasado un buen rato revisando textos para la revista. En un momento dado, la puerta de la entrada se abrió y salió a ver quién era. Le sorprendió mucho encontrar allí a O-Hide.

Tsuda pensó, antes de escuchar nada más: «¡La muy infeliz! ¡Ya ha empezado a vengarse de mí!». La historia de Kobayashi no terminaba ahí. Aún guardaba más sorpresas.

LA ESTRATEGIA QUE KOBAYASHI había elegido para amedrentarle tenía su propia lógica.

—Así que has tenido una buena pelea con tu hermana, ¿verdad? —le dijo como si quisiera tomarle el pelo—. O-Hide se lo contó todo a Fujii y a su mujer. ¡No dejaba de repetirlo!

—¿Estabas allí? ¿La escuchaste?

Kobayashi se rascó la cabeza y sonrió forzosamente.

—En fin, no es algo que quisiera hacer, pero sucedió y ya sabes cómo son las cosas cuando O-Hide habla y Fujii pregunta.

O-Hide tenía una vena tozuda e insistente en su carácter. Ante determinados estímulos, al contrario que Tsuda, perdía la calma por completo y se apoderaba de ella una violencia tan inusual que Fujii no se daba por satisfecho hasta que llegaba al fondo del asunto. No se preocupaba entonces de que sus preguntas fuesen formales, al contrario, le mostraba a su interlocutor su intención de asegurar la consistencia de lo dicho, y lo hacía de una manera coloquial. No cejaba en su empeño hasta que todo encajaba. Su costumbre de escribir y ocuparse de cuestiones de orden intelectual, había llegado a dominar su vida entera y en momentos así se hacía evidente. Obligaba a la persona que tenía enfrente a hablar sin parar, la bombardeaba a preguntas. Una vez llegados a un determinado punto, lo que parecía un interrogatorio pasaba a ser una especie de conainterrogatorio.

Tsuda lo imaginaba todo claramente. Veía a su tío y a su hermana sentados el uno frente al otro. Se preguntaba si no habría ocurrido algo más, pero para guardar las apariencias con Kobayashi, se esforzó por tomarse el episodio a la ligera.

—Me imagino que dijo todo tipo de cosas sobre mí.

Kobayashi respondió con una sonrisa socarrona.

—¿No es lo mismo que haces tú cuando te peleas con ella?

—Solo lo hace conmigo, te lo aseguro. Si se trata de su marido es mucho más reservada, créeme.

—Así son las cosas. Siempre dicen que maridos y mujeres se pelean a menudo, pero supongo que las peleas entre hermanos son mucho más frecuentes. Aún no tengo experiencia con una esposa, así que no puedo decir nada al respecto, pero como tengo una hermana... ¿Qué te parece, Tsuda, un tipo como yo que no recuerda una sola ocasión en la que se haya peleado con su hermana?

—Eso depende por completo de quién sea la hermana.

—Supongo que también dependerá de quién es el hermano.

—Da igual. Por muy comprensivo que sea un hermano, hay ocasiones en las que no puede evitar enfadarse.

Kobayashi sonrió.

—¿Supongo que incluso tú consideras que no es una buena política enfrentarse a O-Hide?

—Por supuesto que no. ¿A quién le gusta pelearse porque sí, especialmente con alguien como ella?

Kobayashi se rio abiertamente. Cada vez se mostraba más relajado, más despreocupado.

—Supongo que es inevitable, pero fíjate en mí, por ejemplo. Me da igual con quién pueda pelearme: derrotado y vencido de antemano, no tengo nada que perder. Cualquier desenlace que pueda tener la pelea no puede ser malo para mí, pues no me va nada en ello: al contrario, todo resultado me será beneficioso. Casi puedo decir que deseo encontrar a alguien con quien pelearme.

Pero tu caso es distinto, Tsuda. Tus disputas nunca pueden traerte nada bueno. No hay muchos hombres en este mundo que conozcan tan bien como tú los pros y los contras; aunque tampoco se trata de eso. Eres consciente de ello desde la mañana hasta la noche, dormido o despierto. Siempre piensas que debes actuar de tal o cual manera. A mí no me importa lo que pueda pasar, pero en tu caso...

Tsuda, molesto, le interrumpió:

—Es suficiente. Ya entiendo lo que quieres decir. En otras palabras, me estás advirtiendo. Pelearme contigo no me puede traer más que problemas, así que tu consejo es que resolvamos nuestras diferencias de la manera más amistosa posible.

Kobayashi fingió ignorancia y adoptó un gesto más serio.

—¿Pelearnos? Nada más lejos de mi intención.

—Acabo de decirte que sé a dónde me quieres llevar.

—Si quieres hacerlo, por mi parte no hay problema, pero déjame que te diga antes una cosa para que no me malinterpretes: me refería a O-Hide, te lo aseguro.

—También lo sé todo sobre eso.

—Quieres decir que lo sabes todo sobre el problema con tus padres. Me imagino que ya cuentas con su desaprobación.

—Por supuesto.

—Eso no es lo único, Tsuda. Si no te andas con cuidado puede ir a más.

En ese punto Kobayashi se detuvo para observarle y evaluar el efecto de sus palabras. Tsuda no pudo mantener por más tiempo su indiferencia.

120

KOBAYASHI APROVECHÓ LA OPORTUNIDAD.

Al hablarle de su hermana, Tsuda estaba a su merced.

—En cuanto a O-Hide, Tsuda... Antes de ir a ver a Fujii estuvo en otro sitio. ¿Imaginas cuál?

De ninguna manera podía imaginarlo. No se le ocurría ningún otro lugar aparte de la casa de los Fujii.

—No imagino un sitio en todo Tokio al que pudiera haber ido.

—Mucho me temo que ese lugar existe.

A Tsuda no le quedó más remedio que barajar varias posibilidades, pero por mucho que se esforzara no lograba descubrir nada que le resultara factible. Kobayashi se lo dijo entre risas y su respuesta espontánea fue un grito de sorpresa:

—¿A casa de los Yoshikawa? ¿Por qué demonios ha tenido que ir ahí? ¡Ellos no tienen nada que

ver con todo esto!

Solo había que relacionar a Yoshikawa con Hori, algo que el propio Tsuda podía haber hecho fácilmente. No necesitaba para eso la ayuda de una fértil imaginación. Todo el mundo tenía claro que desde que se casó, el señor y la señora Yoshikawa, que habían asumido el papel de intermediarios, habían entablado relaciones con O-Hide y con Hori, su marido. Sin embargo, no era capaz de entender por qué con tan simple pretexto había ido su hermana a verles para tratar sus asuntos.

—Quizá fue solo una visita de cortesía —aventuró Tsuda.

—Parece que no se conformó solo con eso. Al menos eso deduje después de escucharla.

Tsuda se interesó por lo que había dicho, pero en lugar de satisfacer su curiosidad Kobayashi le previno:

—Un hombre como tú, tan cuidadoso, olvidó un detalle. Te esfuerzas tanto en no dejar nada al azar que al final es normal que algo escape a tu control. Todo este asunto se reduce a eso. En primer lugar, enfadas a O-Hide; un desatino, visto desde tu perspectiva. Cuando lo has logrado, es como si la empujaras para que corra a ver a los Yoshikawa y les cuente lo estúpido que eres. Estabas convencido de que nunca lo haría y por eso te lo tomaste tan a la ligera. ¿No te parece impropio de ti?

Testigo casual de aquel encuentro, a Kobayashi le resultaba muy fácil encontrar los puntos débiles de Tsuda.

—Yoshikawa y tu padre son amigos, después de todo. Fue tu padre el que le pidió que se hiciera cargo de ti. ¿No te parece lógico, por tanto, que O-Hide haya ido a verle?

Tsuda recordó las palabras de Yoshikawa en su despacho el día antes de ingresar en la clínica. Insistió en que no debía preocuparse por su padre: estaba al tanto de todo lo que hacía en Tokio. Si ocurría algo grave, él en persona se encargaría de decírselo. Le despidió advirtiéndole que tuviera cuidado. Por mucho que pugnaba por reinterpretar lo que dijo en ese momento, seguía sin parecerle nada más que una advertencia medio jocosa, pero si alguien tenía en su mano la capacidad de trocársela en algo más serio, esa era O-Hide.

—¡Esa mujer es una excéntrica!

La excentricidad a la que hacía referencia Tsuda con su comentario era inversamente proporcional a su ausencia en la historia de su familia.

—¿Qué diablos tenía que decirle a los Yoshikawa? Yo soy el único capaz de contrarrestar el dañino efecto de sus palabras: cuando habla con otras personas lo enreda todo de tal forma que después me es imposible salir del atolladero.

Además de las consecuencias directas de lo que O-Hide pudiera haber dicho, Tsuda preveía otros efectos colaterales. No sabía cómo podía afectar aquello al amparo que le brindaban los Yoshikawa, a la relación del señor con Okamoto, a la confianza de la que disfrutaba O-Nobu con su

tío. Y todo por la actitud de su hermana.

—Las mujeres son unas criaturas tremendamente estúpidas.

Kobayashi no pudo contener la risa. Una risa más sonora que las anteriores sorprendió a Tsuda, quien por primera vez se daba cuenta de lo que realmente había dicho.

—Sea como sea, ¿qué ha podido decirles? Si lo sabes, dímelo, te lo ruego.

—Algo que es cierto, pero tan tedioso que al final no le presté la debida atención.

Al llegar al punto crítico, Kobayashi pretendió ignorarlo todo y apartar aquel asunto a un lado. Tsuda estaba muy enfadado y al final Kobayashi volvió a sacar el tema.

—No te impacientes. Para bien o para mal, pronto lo sabrás todo, te lo aseguro.

A Tsuda le pareció sumamente improbable que O-Hide volviera otra vez.

—No, no me refiero a O-Hide. Ella no va a volver. La señora Yoshikawa sí. No pienses que me lo invento. Lo escuché, te lo aseguro. O-Hide llegó a decir cuándo vendría. Lo más probable es que sea dentro de un rato.

Al final, la predicción de O-Nobu se hizo realidad y la señora Yoshikawa llegó poco después.

121

DOS IDEAS ESENCIALES se apoderaron sucesivamente del espíritu de Tsuda. La primera, la de enfrentarse a la señora Yoshikawa, que estaba a punto de llegar, y hacerlo de la mejor manera posible. El hecho de que fuera a verle por iniciativa propia era, sin duda, lo que más deseaba y cumplía sus expectativas, pero su visita había adquirido un nuevo matiz, por lo que su actuación tendría que ser distinta de la prevista. Trató de imaginar la conducta de ella en una ocasión así y se vio asaltado por una gran inquietud. En su opinión, había una considerable diferencia entre la señora Yoshikawa, a quien habían confundido con ideas arbitrarias, y aquella otra señora que no albergaba antipatía alguna hacia él. La confianza en sí mismo también jugaba un papel importante: solo con verla, sería capaz de superar cualquier prejuicio o animadversión que pudiera experimentar hacia él; estaba convencido. Tenía la certeza de que si no intentaba algo ahora, su futuro corría peligro. Esperó su llegada, más confiado que intranquilo.

La otra idea que le dominaba era la conveniencia de cambiar una vez más su actitud con respecto a O-Nobu, aunque solo fuera temporalmente. Por aburrimiento, había deseado que apareciera lo antes posible, pero de repente se apoderó de él una angustia surgida de otra parte: O-Nobu ya no era necesaria para lograr lo que él quería. De hecho, si apareciera ahora, perjudicaría sus planes. Había un asunto importante del que quería hablar en privado con la señora Yoshikawa solos los dos: tenía que evitar por todos los medios que la casualidad reuniese allí a las dos mujeres.

Otra precaución insoslayable, era la de librarse lo antes posible de Kobayashi. Fue él quien le había anunciado que la señora podía llegar en cualquier momento, pero no hacía el más mínimo gesto de marcharse. No era, desde luego, el tipo de hombre al que preocupara si su presencia

resultaba molesta. De hecho, en función del tiempo y de las circunstancias, consciente de lo pesado que podía llegar a ser, actuaba en consecuencia. Es más, en ese aspecto era particularmente irritante pues, llegado el caso, se comportaba con una total desinhibición, sin preocuparse de lo incómodo que podía resultar, como si no se diese cuenta de nada.

Tsuda bostezó. Con ese gesto, que no correspondía en absoluto a su ánimo, dejó entrever su ambivalencia. Su actitud nerviosa y a la vez indiferente hacia Kobayashi, traicionaba esa escisión interior. Kobayashi no demostró en modo alguno que se hiciera cargo de la situación. Tsuda alcanzó el reloj que había junto a la almohada. Cuando lo volvió a dejar en su sitio, se sintió obligado a preguntarle:

—¿Hay algo en especial de lo que quieras hablarme?

—No especialmente. En cualquier caso, no tiene por qué ser ahora.

Tsuda intuyó lo que quería decir en realidad, pero no iba a capitular ante él, aunque tampoco tenía el coraje suficiente para despedirle en aquel preciso instante. No le quedó más alternativa que esperar y guardar silencio.

—Me pregunto si no debería quedarme para saludar a la señora Yoshikawa —sugirió Kobayashi.

Tsuda se dio cuenta de que no lo decía en broma.

—¿Tienes algún asunto que tratar con ella?

—No dejas de hablar de asuntos y más asuntos. No es necesario nada de eso para ver a alguien, ya lo sabes.

—¿Acaso la conoces?

—No, en absoluto. Precisamente. Me gustaría aprovechar la ocasión, ver qué aspecto tiene. No suelo tener oportunidad de frecuentar las casas de la gente rica, ni siquiera tengo tratos con ellos. Solo serán unos minutos.

—No es un cuadro de una exposición.

—Lo sé. Es solo curiosidad. Además, no tengo nada que hacer.

A Tsuda no podía desagradarle más de lo que ya lo hacía. Hubiera sido muy desafortunado por su parte permitir que, de entre todas sus amistades, la señora Yoshikawa tuviera que conocer precisamente a ese infeliz. Temía incluso que le menospreciara por relacionarse con semejante tipo, y que su futuro quedara comprometido de algún modo.

—Eres muy desconsiderado, ¿no crees? Sabes perfectamente a qué viene hoy aquí.

—Sí, lo sé. ¿Sugieres que debería marcharme?

No le dejó más opción que darle el golpe de gracia.

—¡Por supuesto que sí! Márchate antes de llegue, por favor.

A Kobayashi no pareció molestarle su comentario.

—Ya veo. No tengo inconveniente en marcharme ahora mismo, pero antes creo que debería decirte algo que me ronda la cabeza. Después de todo, me he tomado la molestia de venir hasta aquí.

Tsuda se sentía cada vez más incómodo. Al final no había podido evitar que mencionase el verdadero propósito de su visita.

—Se trata de dinero, ¿verdad? Si tanto lo necesitas, veré lo que puedo hacer, pero ahora no tengo un céntimo y, desde luego, no estoy dispuesto a que vuelvas a mi casa en mi ausencia.

Kobayashi sonrió como si le preguntara qué debía hacer entonces. Tsuda quería sonsacarle algo más antes de que se marchara a Corea, pero la clínica no era el lugar apropiado. No quería que O-Nobu y él volvieran a encontrarse. Después de fijar la fecha, la hora y el lugar de su cita con el pretexto de una despedida formal, Tsuda pudo al fin librarse de su molesta presencia.

122

TSUDA ADOPTÓ DE INMEDIATO la segunda precaución que debía tomar. Puso sobre la cama su estuche de tocador, sacó el papel de lavanda con el que solía escribir sus cartas, los sobres del mismo color y redactó una nota a vuela pluma. Apenas le llevó un minuto. Iba dirigida a O-Nobu, a quien pedía posponer su visita porque tenía un pequeño asunto que atender. Tenía tanta prisa que ni siquiera se tomó la molestia de releerla. Cerró el sobre sin valorar siquiera las sospechas que podría despertar en su mujer una nota tan apresurada. Sin embargo, las circunstancias le obligaban a prescindir de su habitual cautela. No solo actuó imprudentemente, sino que lo hizo con una única idea en mente. Con la carta en la mano, bajó despacio las escaleras y llamó a la enfermera.

—Se trata de algo urgente. Por favor, llámé al hombre del *rickshaw* y dígame que la lleve inmediatamente a mi casa.

La enfermera soltó una exclamación de sorpresa. Alcanzó la carta y puso un gesto de asombro, como si se preguntara qué emergencia podía haber surgido de forma tan repentina. Leyó la dirección escrita en el sobre. Tsuda calculó mentalmente el tiempo que le llevaría al hombre ir y volver.

—Dígale que mejor tome el tranvía.

Temía que pudiera cruzarse de camino con O-Nobu. Si ella llegaba a la clínica antes de recibir la nota, todo su esfuerzo habría sido en vano.

Volvió a su cuarto pensando que O-Nobu ya había salido de casa e iba de camino a la clínica en el tranvía. Kobayashi también se infiltraba en sus pensamientos. Si no lograba su objetivo y su mujer aparecía en lo alto de las escaleras, toda la culpa sería de Kobayashi. Le había hecho perder en vano su precioso tiempo y cuando al fin se marchó, a punto estuvo de pedirle que se hiciera cargo de todo aquello. «¿No te importaría acercarte un momento a mi casa y decirle a O-Nobu que no venga hoy?» Le sorprendió mucho que la insinuación de esas palabras en su mente llegara a alcanzar la punta de su lengua. Al menos pudo retirarlas antes de que cobraran consistencia. De no haberse tratado de Kobayashi, la idea no hubiera sido tan descabellada.

Tenía los nervios a flor de piel, aunque se esforzaba por controlarse. Esperaba que la señora Yoshikawa apareciera de un momento a otro y nunca imaginara el destino de la nota.

La enfermera entregó la carta al hombre del *rickshaw*, que partió de inmediato, como le ordenaban. Tomó el tranvía, se apeó en la parada indicada, caminó una corta distancia, dejó atrás la avenida, enfiló por una calle estrecha y encontró sin ninguna dificultad la placa con el apellido Tsuda en una vivienda de dos plantas. En la entrada principal entregó la carta a O-Toki, que había salido a recibirle.

Hasta ese instante las cosas se desarrollaron según los planes de Tsuda, pero a partir de entonces entraron en juego factores que no habría podido imaginar cuando escribía su nota. De hecho, esta no acabó en manos de O-Nobu pese a todo.

La razón de que no estuviera en casa, como él temía, no era porque estuviera, en cambio, de camino a la clínica; su destino era otro. Aquel cambio de rumbo era consecuencia de su interés por demostrarle que era perfectamente capaz de sacar partido a una situación tan delicada.

Desde bien temprano por la mañana, O-Nobu había hecho lo que tenía por costumbre. Se levantó, se hizo cargo de las tareas de la casa como si Tsuda estuviera allí y disfrutó del poco tiempo libre que le sobraba aquella tranquila mañana. Después de almorzar, fue al *sentō*. Quería acicalarse antes de salir de casa. Se tomó su tiempo y regresó con el ánimo renovado y la piel resplandeciente. En ese momento, O-Toki le anunció algo que no podía creer.

—La señora Horii ha estado aquí.

O-Nobu estaba tan perpleja que no podía creer lo que escuchaba. Justo el día después de la terrible discusión había ido a verla a su casa. Una visita como esa resultaba tan inesperada como extraña. Le preguntó a O-Toki dos o tres veces para estar completamente segura de que era cierto. Le disgustó que la chica no hubiera averiguado la razón de su visita y volvió a interrogarla una y otra vez. O-Toki, sin embargo, no sabía nada de lo ocurrido el día antes. O-Hide solo le dijo a la criada que había aprovechado para pasar a ver a O-Nobu a su regreso de casa de los Fujii.

O-Nobu cambió todos sus planes en un abrir y cerrar de ojos. Renunció a ir a la clínica para, en lugar de eso, devolverle la visita a O-Hide. Su decisión solo pretendía cumplir la promesa hecha a Tsuda, y aquella era la oportunidad perfecta de lograrlo sin forzar las cosas. Volvió a salir de casa en persecución de O-Hide.

YA QUE LA CASA DE HORII estaba en la misma dirección que la clínica, O-Nobu subió al mismo tranvía que hubiera tomado para ir a ver a su marido, aunque se apeó dos estaciones antes. Nada más bajarse, giró a la derecha, caminó cuatro o cinco manzanas y apareció frente a la puerta. Al contrario que la casa de los Fujii o la de los Okamoto, la de Horii no estaba en las afueras y no tenía nada digno de ser considerado un patio delantero donde un carruaje pudiera dar la vuelta. Tan solo mediaba un pequeño espacio entre la puerta y la vivienda de dos plantas, que estaba construida prácticamente a pie de calle; el empedrado no dejaba ver el color de la tierra por ninguna parte.

Debido a los planes de reurbanización, la calle había sido ensanchada tiempo atrás para dotarla de una anchura difícil de encontrar en otras partes de la ciudad. Sin embargo, había pocas tiendas en la zona y solo se veían las placas de los despachos de los abogados y de los gabinetes médicos, lo que daba una idea de tranquilidad y prosperidad.

A ambos lados de la calle, habían plantado dos hileras de sauces. Conforme a la estación, cuando arreciaba un viento que sería difícil tildar de poético, se creaba una atmósfera distinguida al colarse bajo el arco vegetal que formaban las ramas de los árboles que se mecían a ambos lados. El más grande de todos, en diagonal a la puerta de entrada, extendía sus ramas justo hasta el muro de la casa de Hori. Era tan majestuoso que cualquiera habría pensado que lo habían plantado allí para que diese sombra a la casa.

Otro de los detalles que caracterizaban la residencia, era un gran cubo de acero para recoger agua de lluvia situado justo delante de la puerta. Era un objeto inútil que podía confundir a quien lo viera y hacerle pensar que en lugar de una casa estaba ante una tienda de empeños. La acera de la entrada, relativamente ancha, daba a una austera puerta corredera.

Por su aspecto exterior, se podía deducir que se trataba de la residencia de un rico comerciante retirado de gustos refinados, aunque lo cierto era que su actual propietario no se preocupaba en absoluto de las conjeturas y habladurías en que pudiera abundar la gente. Era un hombre que no prestaba atención a aquellas cosas, pues no le importaba lo que los demás pensaran sobre él o sus ocupaciones. No tenía un gran amor propio, lo que lo diferenciaba significativamente de otros ricos sin educación. En vista de su carácter, quizá no era la persona ideal para vivir en aquella casa que parecía encajar mejor con los gustos de un actor. En términos más crudos, se podía decir de él que era un hombre sin personalidad. Se limitaba a seguir los usos establecidos sin cuestionarse nada, pues ni siquiera tenía la voluntad de cambiar el modo de vida de su familia. Se daba por satisfecho con habitar aquella casa con aspecto de almacén, construida, según su madre, por sus ancestros, y más digna del gremio del espectáculo. Si alguna virtud tenía, era la modestia: no se vanagloriaba de nada; a sus ojos, su casa era demasiado antigua como para enorgullecerse de ella.

Cada vez que O-Nobu la veía, sentía que no encajaba con ella y se veía asaltada por aquella disyunción incluso después de entrar. En su opinión, la única que armonizaba con la casa era la madre de Hori, precisamente la persona que más le disgustaba de toda la familia o, para ser más precisos, la de trato más difícil. Pertenecían a épocas distintas, a mundos distintos. Por si eso no bastara, sentía una enorme falta de afinidad con ella, pues era consciente de sus distintos orígenes, aunque al final todo se redujera a lo mismo.

El mismo Hori era un problema. En su opinión, se adaptaba a la casa y, al mismo tiempo, no lo hacía, lo cual le ocurría en cualquier lugar. Esa ambigüedad expresaba perfectamente la mezcla de sentimientos que O-Nobu albergaba con respecto a él, pues tan pronto le agradaba como le disgustaba.

Si se trataba de O-Hide, podía resumir en una sola frase lo que pensaba: ella era quien menos afinidad tenía con la casa. Si se profundizaba en aquella afirmación, era evidente que O-Hide nunca se integraría bien en la familia. Pensaba en ella y en su suegra, lo que la conducía a una paradoja

inherente, si bien no era capaz de decidir si el resultado de esta le era cómico o trágico.

Mientras buscaba las correspondencias entre la casa y sus habitantes, había algo que le resultaba muy extraño: «Si la madre de Hori, que encaja a la perfección con la casa, es la que me resulta más antipática, O-Hide, que es todo lo contrario, es la única capaz de hacerme sufrir».

El fuerte sonido de la campanilla de la entrada, despertó en su conciencia esa idea, que dormitaba en algún rincón olvidado de su mente.

124

CUANDO FUE LLEVADA AL SALÓN, O-Nobu constató que la madre de Hori aún no había regresado con sus nietos de su visita a unos parientes en Yokohama. El que no estuviera esa mujer con la que tanto le costaba relacionarse podía resultar, dependiendo del enfoque, conveniente o inconveniente. En esa ocasión supuso una desventaja, pues no le quedó más remedio que enfrentarse directamente con O-Hide.

Aquel imprevisto alteró su compostura. La madre de Hori, con su pelo siempre recogido en un moño, solía dejar lo que tenía entre manos para dedicarle las cortesías de rigor. En su lugar apareció únicamente O-Hide: no había rastro de su suegra. Reaccionó como quien ve frustradas sus expectativas, y en el primer intercambio de miradas que se dirigieron, O-Hide interpretó correctamente su confusión: no era arrepentimiento por lo que había ocurrido el día anterior, sino la incomodidad ligada a su orgullo de vencedora, un ligero temor a la posible venganza de su cuñada. Le preocupaba cómo superar aquel escollo de la mejor manera posible.

Cuando O-Nobu miró a O-Hide, se dio cuenta de que estaba en sus manos. Sin embargo, su mirada desprendía un destello nacido desde las alturas sobre el que no tenía ningún control. Nacido en una zona insondable de su ser, producto de fuerzas ajenas a ella, no le quedó más remedio que esperar mansamente sus consecuencias. Y de hecho las tuvo en O-Hide, aunque su reacción fue de lo más inesperada. La calma de su cuñada era incomprensible tras haberse aliado el matrimonio con el fin de destruirla. O-Nobu, confiada en su propia destreza, nunca habría imaginado que las cosas pudieran arreglarse sin provocar más daños. Ese y no otro era el motivo de su sorpresa.

O-Hide se sentó y, al contrario de lo que esperaba, la saludó con mayor calidez de lo habitual. O-Nobu se quedó tan perpleja que llegó a dudar de que se tratara en realidad de la misma persona. Su amabilidad fue tal, que parecía querer despejar las dudas que pesaban sobre su sinceridad. La situación era increíble. Superada la sorpresa inicial, nació en ella un profundo desasosiego.

O-Hide no explicó en ningún momento los motivos de tan calurosa acogida, a pesar del ansia de O-Nobu por conocerlos. Tampoco dijo una palabra sobre la desafortunada discusión del día anterior. Como parecía evitar a propósito cualquier mención sobre ello, O-Nobu, a quien le violentaba hacerlo, tampoco dijo nada: no había necesidad de abordar tan delicado tema, pero pese a ello, si no despejaban sus recelos, si no se sinceraban en algún momento, no habría tenido sentido su visita. Si podían deleitarse con los frutos de la reconciliación sin haber pasado realmente por ella, sería una insensatez sacar a colación lo que había ocurrido.

O-Nobu era una mujer inteligente, pero la situación no dejaba de sorprenderla: cuanto más suave fluía su charla, más frustrada se sentía. Finalmente, decidió que debía romper las defensas de O-Hide a fin de escrutar su interior. A pesar de su decisión, incluso de su notable coraje, no por ello ignoraba los peligros derivados de su fracaso. Sin embargo, su confianza en sí misma era lo suficientemente grande como para mitigar sus recelos.

Albergaba la esperanza, si la ocasión lo permitía, de descubrir por boca de O-Hide algo crucial. Lo que pudiera decirle al respecto no constituía el propósito fundamental de su visita, tal y como la había planificado con Tsuda, pero para ella significaba mucho más que una simple reconciliación.

Esa visita, que debía ocultar a su marido, se asemejaba a ese asunto que O-Hide se esforzaba por ocultar a O-Nobu. Lo mismo que Tsuda con respecto a su conversación con Kobayashi. Igual que O-Hide con la de su hermano.

Estudió por dónde atacar a su cuñada. Lo mejor sería mencionar su visita de regreso de casa de los Fujii. Sin embargo, nada más sentarse ya le había dicho: «Creo que has venido a verme antes, aunque por desgracia estaba en el *sentō*». No tuvo más remedio que recurrir a otra alternativa.

—¿Hay algo de lo que me quieras hablar?

O-Hide sonrió. Contestó con un «no» seco, con el que repelió su primer asalto.

125

O-NOBU TRATÓ ENSEGUIDA de abordar el asunto desde otra perspectiva y le preguntó por su visita a los Fujii. O-Hide había admitido que esa misma mañana había ido a visitar a su tío, lo cual le brindaba la oportunidad perfecta, pero seguía tan firme en su posición como antes. Solo cuando la necesidad era acuciante se abría, salía de sí misma y se volvía a ella para tratarla con amabilidad. Sabía que O-Hide se sentía profundamente agradecida a su tío por muchas razones. Había influido mucho en su forma de entender la vida y, por tanto, tenía que hacer uso de toda su destreza, halagar su carácter, su forma de vivir para, de ese modo, complacerla. O-Hide, en cambio, juzgaba falsa cada palabra de O-Nobu, exagerada, poco sincera; no sabía cómo tomársela en serio, y además, de seguir así no podría evitar mostrarle el verdadero desagrado que le provocaba. En cuanto la sagaz O-Nobu se dio cuenta de que había subestimado a O-Hide con sus elogios, los dio por finalizados y volvió a cambiar de tema. Llegó entonces el turno de O-Hide y llevó la conversación a los Okamoto. A pesar de que O-Nobu mantenía con su tío una relación parecida, aunque mucho más estrecha que la de O-Hide con Fujii, para su cuñada no era más que un perfecto extraño por el que no sentía ningún afecto. Sus palabras eran, por tanto, como una superficie pulcra y reluciente bajo la cual no había sustancia real alguna. A O-Nobu, sin embargo, no le quedó más remedio que tragárselas, lo cual le proporcionó un considerable placer a su adversaria.

Cuando llegó de nuevo su turno, O-Nobu ya no estaba dispuesta a seguir por ese camino y cometer la insensatez de iniciar un segundo asalto. En lugar de eso, se esforzó por poner punto y final y llevar la conversación hacia la señora Yoshikawa. No obstante, temía darse de bruces al usar la misma estrategia, por lo que evitó todo juicio de valor y esperó ver el efecto que producía en O-Hide para dar su siguiente paso.

Lo único que sabía O-Nobu era que O-Hide había ido a su casa, de regreso de casa de los Fujii, mientras ella estaba en el *senjo*. De ningún modo sospechaba que antes había ido a ver a la señora Yoshikawa. Es más, nunca habría pensado que su enfrentamiento del día anterior fuera la causa de tanta molestia. En ese aspecto era tan ingenua como Tsuda. De igual modo que su marido se había quedado atónito tras contárselo Kobayashi, ella se sorprendió cuando se lo dijo O-Hide. Sin embargo, la forma de sorprenderse era muy distinta: Kobayashi se limitó a enunciar los hechos desnudos; O-Hide, en cambio, optó por un elocuente silencio, que acompañó de un gesto ligeramente altivo.

La primera vez que O-Nobu mencionó el nombre de la señora Yoshikawa, tuvo la impresión de que del cielo caía una gota de una poción mágica entre ambas. Pudo comprobar el efecto con sus propios ojos, pero por desgracia, no estaba segura de si había sido positivo o todo lo contrario. O-Hide pareció sorprendida al escuchar ese nombre, pero tan pronto como lo mencionó, O-Nobu supo que no debía haberlo hecho.

La segunda sorpresa del día se produjo a continuación. Al darse cuenta de que O-Hide apartaba la vista de ella, se dio cuenta de que debía enmendarse. El cambio de color en su cara no se debía al enfado. Su sonrojo, que O-Nobu consideraba un rasgo muy característico de ella, prueba de su mal humor, no la sorprendió. Reconoció algo más detrás de él, aunque sin sus explicaciones no tenía forma de conocer su significado exacto.

O-Nobu no sabía qué hacer. O-Hide, un tanto forzada, cambió de tema para hablar de algo que no guardaba ninguna relación con lo que habían dicho hasta el momento. El cambio fue tan súbito que logró sorprender a O-Nobu por tercera vez, quien se esforzó por mantener la compostura y le siguió la corriente como pudo.

126

EN LA EXTRAÑA FRASE DE O-HIDE, lo primero que llamó la atención de O-Nobu fue la palabra «amor». Aquella palabra tan manida aparecía allí como emboscada, sola y descontextualizada: nunca había salido entre ellas.

Comparada con O-Nobu, O-Hide era muy aficionada a discutir, lo cual exigía una explicación. O-Nobu era una mujer que llevaba sus teorías al terreno de la acción. La razón de que normalmente no discutiera, no residía, por tanto, en su incapacidad al respecto, sino más bien en que le parecía innecesario. En cuanto al conocimiento que se adquiere con la lectura, no había acumulado en realidad gran cosa. Desde hacía tiempo, rara vez hojeaba las revistas que acostumbrara a leer en sus días escolares, lo cual no la hacía sentirse inferior intelectualmente. La razón principal de su desinterés no era la falta de tiempo libre o el hecho de que no tuviera con quien hablar, sino que no apreciaba carencia alguna en sí misma.

O-Hide, para empezar, había recibido una educación completamente distinta. La lectura era prácticamente todo lo que le había permitido convertirse en quien era. Al menos eso le habían hecho creer. La educación de su tío Fujii, él mismo un lector ávido, había provocado en ella un efecto curioso, tanto positivo como negativo: O-Hide terminó por darle más importancia a los libros que a

sí misma; pero aunque se infravalorase, no le quedaba más remedio que vivir y trabajar a su manera. Por tanto, su distancia con los libros no dejaba de aumentar día tras día. Dicho de otro modo, eso quería decir que había adquirido la costumbre de hablar de cosas que le superaban. A partir de cierto momento, sin embargo, y dada su capacidad reflexiva, se daba cuenta de que discutía por discutir, sin propósito alguno. Era testaruda y tenía un ego considerable. En resumidas cuentas, extraía de los libros razonamientos convenientes a pesar de no adecuarse a su personalidad, como si así pudiera protegerse tras el poder de las palabras. En ocasiones, eso creaba situaciones tan ridículas como si un cañón se cargase con un cuchillo en lugar de hacerlo con una bala.

La disputa entre ellas surgió por culpa de cierta publicación mensual. La pregunta de O-Hide, que había leído las opiniones de varios autores publicadas en aquella revista, no interesaba especialmente a O-Nobu, pero al darse cuenta de que no la había leído, le picó la curiosidad. Decidió sacar provecho de aquello como mejor le conviniera.

O-Nobu conocía bien los puntos débiles de O-Hide, que tenía tendencia a enredarse en vanas discusiones. No había nada que le molestase más que afrontar un problema práctico y discutir por discutir. Lo mejor era evitarlo desde el principio. Tenía que mantenerla a ras de suelo, pero por desgracia, O-Hide había logrado debilitar la tierra firme bajo sus pies. El amor del que hablaba no era el de Tsuda, ni el de Hori, ni el de O-Nobu o el de ella misma, sino un amor que volaba por el cielo libre, una abstracción. Todos los esfuerzos de O-Nobu, tenían que centrarse en tirar de O-Hide hacia abajo para evitar que se elevara como un globo.

O-Hide, a pesar de sus dos hijos y de ser mucho más casera, era más idealista en ese aspecto. O-Nobu asentía a cuanto decía y su impaciencia iba creciendo en su interior. Le hubiera gustado decir: «Basta ya de palabras bonitas. Di lo que tengas que decir y nos pelearemos con las manos vacías, como dos luchadores de sumo». No dejaba de preguntarse cómo podía llevar a O-Hide a su terreno.

Finalmente, O-Nobu tomó una decisión. Para que toda esa charla tuviera sentido, solo tenía dos alternativas: sacrificar a O-Hide o sacrificarse ella misma. De lo contrario, no lograría nada. Sacrificar a su oponente no era complicado, pues con solo ensanchar una grieta en sus defensas, sería suficiente. Si ese punto débil era real o imaginario, no le preocupaba, especialmente si tenía en cuenta el resultado buscado. No podía evitar, en cambio, el presentimiento de un cierto peligro derivado. O-Hide se iba a poner furiosa, de eso no le cabía ninguna duda. Era su objetivo y al mismo tiempo no. O-Nobu aún no sabía qué hacer.

Finalmente, aprovechó la primera ocasión que se le presentó y se sacrificó a sí misma.

—DESPUÉS DE LO QUE ME HAS CONTADO, no sé qué decir. Ya lo ves, estoy muy preocupada por si Yoshio me ama o no. En ese aspecto, Hideko, tú eres mucho más afortunada, ¿no crees? Desde el primer momento has tenido una garantía sobre la que apoyarte.

Ya antes de casarse con Tsuda, O-Nobu sabía que Hori se había casado con O-Hide por su belleza. Para la mayor parte de las mujeres, especialmente para O-Nobu, eso constituía un motivo

de envidia. Cuando Tsuda se lo dijo por primera vez, sintió celos incluso antes de conocerla. Sin embargo, cuando supo que toda aquella historia no era totalmente cierta, experimentó un malsano placer y exhibió una sonrisa sarcástica. A partir de ese momento, adoptó una actitud desdeñosa con su cuñada en lo tocante al amor. Cuando hablaron de ello como si fuera un motivo de felicidad y se fingieron amadas, en realidad, O-Nobu solo la adulaba, escondiendo su crueldad, ya que de aquel modo solo buscaba ridiculizarla.

O-Hide, inconsciente, no se daba cuenta y tenía una buena razón para no hacerlo. A O-Nobu le daba igual su retórica, porque cuando se trataba de la experiencia real del amor, su cuñada no era una adversaria digna. O-Hide no sabía lo que era amar apasionadamente y tampoco había sido objeto de un amor tal; no conocía la inmensa fuerza que podía impulsarla hasta las alturas, la violencia que podía llegar a desatar semejante pasión. Sin embargo, era una esposa satisfecha. El adagio «quien ignora, se convierte en Buda» la describía a la perfección. Después de haber grabado en su corazón el concepto de amor de su marido, que este había escrito en él con su puño y letra, como si tan solo fuera un contrato, se convirtió en una ingenua incapaz tomarse al pie de la letra las ácidas réplicas de O-Nobu.

O-Hide, que no había llegado a saborear la verdadera esencia del amor, no solo se convertía en el objeto de la aguda e inquisitiva mirada de O-Nobu cada vez que mencionaba el término, sino que también lo hacía por su ingenuidad a la hora de juzgar la relación de su hermano y su cuñada en relación con la suya propia. Era evidente, dada la expresión de genuina sorpresa que ponía al escuchar las palabras de O-Nobu, como si le preguntase por qué le preocupaba tanto si Tsuda la amaba o no. Además, ¿qué sentido tenía esa angustia viniendo de la mujer de Tsuda? Más aún, ¿por qué se lo decía precisamente a ella? En la expresión de O-Hide se podían leer aquellos interrogantes.

O-Hide consideraba a su cuñada una mujer exigente que no sabía conformarse con el amor que su marido le profesaba. Si su juicio era incorrecto, entonces era una falsa que tenía atrapado a Tsuda entre sus delicados dedos mientras se fingía ignorante.

—¿Qué pretendes? —replicó O-Hide—, ¿que te quiera más de lo que ya lo hace?

Era la clase de comentario que a O-Nobu le hubiera complacido en condiciones normales, pero en ese momento difícilmente podía satisfacerla. Tenía que decir algo que mostrara sus verdaderas intenciones. De hacerlo abiertamente, diría: «Sí, sospecho que ama a otra mujer y eso no es suficiente. ¿O acaso sí?». Sea como fuere, se daba cuenta de que decir eso arruinaría su estrategia. Comenzó, por tanto, con comentarios carentes de significado: «Pero... De verdad...». Titubeaba, incapaz de abordar el asunto.

—¿Crees que aún te falta algo?

Al preguntárselo, O-Hide miró la mano de O-Nobu. Su anillo brillaba allí con insolencia. La dureza de sus ojos, sin embargo, no produjo ningún efecto en ella. En relación a la cuestión del anillo, O-Nobu no había cambiado desde que O-Hide se irritara tanto al descubrirlo.

—¿Acaso no eres feliz, Nobuko? Puedes tener lo que quieras de Yoshio, pedirle que te lleve a

cualquier sitio al que quieras ir...

—Sí, en ese sentido soy feliz.

O-Nobu se daba cuenta de que si no admitía ante los demás cierto grado de felicidad y regocijo, su reivindicación podía volverse contra ella y dejar expuestas sus debilidades. Para ocasiones así tenía siempre un comentario guardado en la recámara. De todos modos, era consciente de que había llegado a un punto muerto. Había repetido exactamente las mismas palabras que había usado con Tsugiko el día después del teatro, pero ahora hablaba con O-Hide, cuyo reproche se congelaba en la expresión de su cara: «Si ya estás contenta con eso, ¿acaso no es suficiente?».

O-Nobu no le dio a entender en ningún momento que dudara de Tsuda, pero tampoco quería fingirse inconsciente y que la tomase por tonta. Tenía que encontrar la respuesta adecuada, afanarse en alcanzar su objetivo. No se daba cuenta de que sus esfuerzos jamás obtendrían una recompensa. Una vez más cambió de estrategia.

128

DIO UN AUDAZ SALTO ADELANTE, decidida a acabar con toda esa cháchara, que se mezclaba con sus opiniones personales, para así enfrentarse finalmente a O-Hide. No obstante, aunque sus palabras habrían de ser abstractas, valdría la pena discutir si lograba su objetivo.

—¿Crees que un hombre puede amar a más de una mujer al mismo tiempo?

Ante aquello, O-Hide no tenía preparada ninguna respuesta. Su conocimiento al respecto, sacado de la lectura de ciertos libros y revistas, versaba únicamente sobre el amor en general y de ninguna manera se ajustaba al caso. No tenía en su mente nada semejante a lo que pudiera recurrir, pero simuló meditar su respuesta. Al final, no le quedó más remedio que ser sincera:

—Me temo que no sé qué decir.

O-Nobu sentía lástima por ella. ¿Acaso no era su propio marido un ejemplo perfecto? ¿No veía la actitud que tenía con otras mujeres, pese a pasar día y noche con él?

—¿No esperabas una respuesta de mí, verdad? —le preguntó O-Hide—. Después de todo, yo también soy una mujer.

A O-Nobu le pareció una respuesta absurda. Si aquello era lo que pensaba, era fácil imaginar la lentitud con que operaba su mente. No obstante, tuvo que seguirle la corriente para animarla a continuar.

—De acuerdo. Enfoquémoslo desde el punto de vista de una mujer. ¿Puede una mujer imaginarse a su marido enamorado de otra?

—¿Quieres decir que tú no puedes? —respondió O-Hide, desconcertándola de forma ostensible.

—Supongo que no me queda más remedio.

—No tienes nada de qué preocuparte —se apresuró O-Hide a tranquilizarla.

—¡No tengo que preocuparme!

Su exclamación se podía interpretar también en un sentido interrogativo. Ni siquiera O-Nobu lo tenía claro del todo.

—No tienes nada de qué preocuparte —repitió O-Hide.

O-Nobu apreció un imperceptible gesto en los labios de su cuñada, que desapareció de súbito.

—Es fácil decir eso para ti, Hideko. Sabes por qué tu marido se casó contigo.

—¿Y tú, Nobuko? ¿Acaso no estaba Yoshio completamente encaprichado de ti cuando os casasteis?

—Eso no es cierto. Encaprichado es un adjetivo que describe mejor la actitud de Hori contigo; lo sabes.

O-Hide no respondió enseguida. O-Nobu evitó insistir en llevar la conversación a un terreno tan peligroso que no le iba a aportar nada.

—Me pregunto qué clase de ideas tiene Yoshio sobre las mujeres.

—Supongo que una esposa debe saberlo mejor que una hermana.

El rechazo de O-Hide, le dio a entender que había formulado una pregunta sin sentido.

—Supongo que como hermana tienes una opinión distinta de él.

—Es posible, pero por muy bien que le conozca no creo que eso te sirva de ayuda, Nobuko.

—¡Por supuesto que sí! Aunque lo cierto es que lo sé desde hace mucho tiempo.

La treta de O-Nobu había tocado un punto sensible. O-Hide le siguió la corriente.

—No tienes por qué preocuparte, te repito. No tienes ningún motivo.

—No lo tengo, pero lo hago. Me gustaría saber qué tienes que decir al respecto, Hideko.

—¡Oh, vaya! Yo no sé nada, te lo aseguro —contestó O-Hide sonrojada.

O-Nobu no entendía la causa. No se había olvidado de la impresión que le produjo aquel rubor al comienzo de su visita. Hábil a la hora de detectar esos detalles, no veía la relación entre el sofoco que le había provocado escuchar el nombre de la señora Yoshikawa y el que tenía lugar ahora. Ardía en deseos de entenderlo, pero por mucho que lo intentara, no lo lograba. Lo que más le hacía sufrir, era suponer que existía una relación entre ambos hechos que sobrepasaba su entendimiento. Presentía que esa conexión tenía una gran importancia para ella y no tenía más recursos a su alcance que insistir al respecto.

MOVIDA POR UN IMPULSO REPENTINO, O-Nobu no pudo evitar mentirle.

—La señora Yoshikawa me dijo algo...

Solo después de hacerlo, fue consciente de su audacia. Tuvo que detenerse en ese mismo

instante para comprobar el resultado de su atrevimiento. O-Hide respondió con una pregunta, con un gesto de sorpresa completamente distinto a su turbación de un momento antes.

—¿Qué es lo que te dijo?

—Sobre eso...

—¿Sobre qué? ¿A qué te refieres?

O-Nobu no dijo nada más. O-Hide insistió.

—¿No hablas en serio, verdad?

—Por supuesto que sí. Te lo acabo de decir. Es sobre Yoshio.

O-Hide no contestó, pero una mueca se dibujó perfectamente en la comisura de sus bien formados labios, un gesto mucho más significativo que el anterior. O-Nobu sintió que perdía el equilibrio, como si se sumergiera en el lodo. De no haber sido tan terca, tendría que haber inclinado la cabeza ante O-Hide y pedirle ayuda.

—Es extraño —dijo su cuñada—. No encuentro un solo motivo por el que la señora Yoshikawa fuera a hablarte de Yoshio. ¿Qué sucedió para que lo hiciera?

—Te digo que es verdad, Hideko.

Por primera vez, O-Hide se rio en voz alta.

—Seguro que es verdad. Nadie lo duda, pero dime de una vez de qué se trata.

—Es sobre Yoshio.

—De acuerdo, sobre Yoshio. ¿Qué más?

—No te lo puedo decir. No hasta que escuche lo que tienes que decirme.

—¡Hay que ver! Eres una insensata. Insistes en que te diga algo sobre lo que no tengo ni la más remota idea.

O-Hide se mostraba muy tranquila, preparada ante el siguiente movimiento de O-Nobu, que había roto a sudar.

—Hideko, ¿eres cristiana, verdad? —le preguntó a bocajarro.

O-Hide estaba atónita.

—No.

—Si no lo eres, no entiendo cómo pudiste decir ayer lo que dijiste.

Sus papeles se habían intercambiado con respecto al encuentro mantenido en la habitación de Tsuda. O-Hide tenía ahora todos sus nervios relajados, como una persona que se sabe por encima.

—¿De verdad lo piensas? Está bien, como quieras. Quizá te disgusta el cristianismo.

—Al contrario. Lo apruebo. Por eso te pregunto. Por eso quiero que me compadezcas, que

sientas lástima por mí desde la posición elevada y noble de ayer. Si me equivoqué, inclino mi cabeza ante ti. Te pido perdón de todo corazón.

O-Nobu colocó sus ensortijadas manos sobre el tatami y se dobló en una reverencia.

—Hideko, por favor, sé franca conmigo, no me ocultes nada. Te suplico que me lo digas todo. Soy honesta contigo. Mi arrepentimiento es sincero.

Tras el habitual parpadeo de sus ojos rasgados, dejó escapar unas lágrimas, que terminaron cayendo en su regazo.

—Yoshio es mi marido, tú eres su hermana. Él es importante para ti como lo es para mí. Por favor, dime todo lo que sepas. Es por su propio bien. Yoshio me quiere. Te quiere a ti como hermana y me quiere a mí como esposa. Por eso tengo que saberlo todo; por su bien. Y como tú también le quieres, me lo dirás todo, ¿verdad? Si no sientes afecto por mí, no te lo reprocho. Estoy segura de que siempre te has comportado con él como una buena hermana. Sé que conservas intacto tu afecto por él. No te considero una persona fría o cruel. Eres amable, como bien dijiste ayer.

O-Nobu apreció un cambio significativo en el gesto de O-Hide. En lugar de sonrojarse, palideció y se dirigió a ella en un tono vehemente, como si quisiera rechazar todas sus palabras tan rápido como le fuera posible.

—No recuerdo haberte hecho nunca nada malo. Siempre he demostrado mi buena disposición hacia ti y Yoshio. Jamás ha habido malicia en mí. Te ruego que no malinterpretes nada de lo que haya podido hacer o decir.

130

LAS PALABRAS DE O-HIDE fueron tan repentinas como inesperadas. O-Nobu estaba perdida. No sabía qué podía haber provocado una reacción semejante. Se preguntó qué había en realidad detrás de las maneras dulces de O-Hide, que podían confundirla con una mujer caritativa. O-Nobu quiso sondear un poco más y la tercera mentira escapó de sus labios.

—Me hago cargo, Hideko. Entiendo perfectamente lo que has hecho y el ánimo con el que lo has hecho. Por eso te suplico que no me escondas nada, que me lo digas todo aquí y ahora. ¿Lo harás?

O-Nobu usó todo el poder de seducción que tenían sus ojos rasgados. Un recurso efectivo con el sexo opuesto, sin duda, pero carente de sentido con otra mujer. O-Hide le preguntó muy sorprendida:

—Nobuko, ¿has ido por casualidad a la clínica antes de venir aquí?

—No.

—¿A cualquier otra parte?

—No, he venido directamente desde casa.

O-Hide pareció aliviada y no añadió nada más. O-Nobu volvió sobre lo mismo.

—¿Te parece bien, Hideko? Te ruego que me digas todo lo que sepas.

Los ojos de O-Hide le devolvieron una mirada cruel.

—¿Eres muy testaruda, verdad? No te vas a quedar saciada hasta que sientas que tú eres la única a la que aman total y apasionadamente.

—Es evidente. ¿Acaso no te importa a ti?

—Echa un vistazo a mi marido y responde tú a esa pregunta —dijo O-Hide como si quisiera apartarla a un lado. O-Nobu sacó intencionadamente a Hori de la conversación.

—Tu marido no tiene nada que ver con esto. Seamos sinceras y dejémosle aparte. Dudo que te guste un hombre tan voluble que se dedique a correr detrás de todas las mujeres. ¿Me equivoco?

—¿No te parece improbable que exista un hombre tan fiel en este mundo que actúe como si no existiera otra mujer más aparte de la suya?

O-Hide, que se veía obligada a echar mano de lo que decían libros y revistas al respecto, única fuente de su conocimiento, se mostraba ante O-Nobu como una mujer práctica que se esforzaba por ocultar sus contradicciones.

—Ese hombre existe, te lo aseguro. Tiene que existir un marido entregado y sincero.

—¿De verdad crees eso? Dime, ¿dónde vas a encontrar semejante dechado de virtudes?

O-Hide la miró con ojos burlones. O-Nobu no se atrevía a pronunciar el nombre de Tsuda. En lugar de eso, no le quedó más salida que ofrecerle una respuesta ambigua.

—Es mi ideal, en todo caso. No me daré por satisfecha hasta que Yoshio lo cumpla.

Si O-Hide se había convertido en la mujer práctica, O-Nobu era ahora la idealista. Las posiciones que habían mantenido hasta ese momento se invirtieron y continuaron así hasta donde se vieron arrastradas por sus emociones. De ese modo, la conversación se convirtió en una lucha sin resultado teórico ni práctico.

—Da igual tu ideal. Las cosas no funcionan así. Si llegara a realizarse, todas las mujeres deberíamos perder nuestras cualidades como tales.

—Pero yo creo que una pareja solo puede encontrar el amor perfecto precisamente en ese punto. En caso contrario, no podrán sentir el amor verdadero en toda su vida.

—Yo no sé nada de eso, pero no parece muy razonable que te consideres la única mujer digna de ello.

O-Hide terminó por encenderse. Toda su rabia se concentró en ese ataque directo contra O-Nobu que, en cambio, no le prestó ninguna atención.

—No sé qué es razonable o qué no lo es, pero si mi marido piensa que yo soy la única mujer en el mundo, tanto mejor para mí.

—Quieres que piense en ti como en su mujer. Hasta ahí lo entiendo. Pero si dices que no debe pensar en otras mujeres, eso es un suicidio. Si existe un solo hombre que se las arregle para vivir

sin pensar nunca en otra, sin duda dejará de verte a ti como una de ellas. Es lo mismo que asegurar que solo las flores que florecen en tu jardín son las verdaderas, que todas las demás no son más que hierbajos muertos.

—En lo que a mí respecta, me da igual si todo lo demás no es más que un hierbajo muerto.

—Puede que a ti te de igual, pero no a un hombre, así que no hay nada que hacer. ¿Por qué no te conformas con ser la mujer a la que más quiere entre todas las demás? Eso es lo que significa en realidad ser amada.

—Quiero que me ame de una manera absoluta. Quiero lograrlo por todos los medios. Nunca me han gustado las comparaciones.

O-Hide gesticuló con desdén. En el fondo de sí misma sentía que O-Nobu carecía de criterio.

—De todos modos —volvió O-Nobu a la carga apasionadamente—, como soy una insensata, no entiendo nada de lógica.

—Solo tienes que mostrarme un ejemplo de ese marido ideal. Eso bastaría.

En ese punto, O-Hide cortó la conversación en seco. O-Nobu se quedó desconcertada, mortificada hasta lo más profundo de su ser. Todos sus esfuerzos habían sido en vano. Se marchó de allí sin saber que en su ausencia había llegado a casa una nota de Tsuda.

131

EN EL MISMO MOMENTO EN QUE TENÍA LUGAR la confrontación entre O-Nobu y O-Hide, en la clínica se producía otro encuentro, tal como había previsto Tsuda.

La señora Yoshikawa apareció antes de que el conductor del *rickshaw* regresara de su encargo, apenas diez minutos después de que se marchara Kobayashi.

Cuando Tsuda escuchó que la enfermera pronunciaba el nombre de la señora, sintió un enorme alivio al constatar que no se había encontrado con Kobayashi: a su lado, en aquella estrecha habitación, casi habrían parecido pertenecer a especies distintas. No tuvo tiempo de pensar en el sacrificio material que se había visto obligado a hacer para que las cosas ocurrieran de ese modo.

Tan pronto como vio la figura de la señora Yoshikawa, Tsuda trató de levantarse de la cama, pero ella se lo impidió. La enfermera la había acompañado a la habitación y llevaba un bonsái en las manos. La chica se dirigió a ella para preguntarle dónde debía ponerlo. A Tsuda le pareció que las hojas rojas que brotaban de las tres ramas del arbolito producían un hermoso contraste con el uniforme blanco de la chica. Bajo las finas ramas, arregladas con gusto y equilibrio, habían colocado unas piedras. La enfermera lo colocó en el *tokonoma*^[40] y la señora Yoshikawa se sentó.

—¿Cómo te encuentras?

Tsuda no había dejado de observarla desde que entró, y pudo al fin constatar cuál era su disposición hacia él. De su gesto desapareció de un plumazo la preocupación que había alimentado hasta ese instante. No se mostraba tan encantadora como de costumbre, pero tampoco parecía

displicente. De hecho, su humor era una incógnita. Por un lado, parecía tranquila; por otro, altiva y distante. Le sorprendió mucho, aumentando su confusión. No había animadversión hacia él, pero tampoco sabía qué le inquietaba, ni siquiera si tenía algo que temer. De ningún modo podía prever cómo iban a evolucionar sus emociones a medida que se desarrollara la conversación. Siempre había asumido que la señora, muy acostumbrada a ganarse el favor de la gente, cambiara de humor a placer, y no pensaba que aquello fuese algo malo. Se sentía obligado a mostrarle respeto, como si fuera la versión femenina de un tirano. Por decirlo así, cada gesto, cada sonrisa, se convertían en motivo de preocupación para Tsuda. Algo especialmente cierto entonces.

—Hideko ha venido hoy a verme.

La hermana de Tsuda se convertía así en su primer tema de conversación. No le quedaba más remedio que contestar, pero ya tenía algo preparado. Consciente de que esa visita se había producido, fingió no saber nada. Si la señora le preguntaba cómo se había enterado, no quería verse obligado a nombrar a Kobayashi.

—Mmm... ¿De verdad? Supongo que hacía tiempo que no iba a verla y al fin se ha decidido.

—No, no ha sido por eso.

Al escuchar su respuesta, preparó su siguiente añagaza.

—No creo que tuviera nada concreto que tratar con usted.

—De hecho, sí.

—Qué extraño.

Tsuda guardó silencio a la espera de lo que estaba por venir.

—Adivina de qué quería hablar conmigo.

Fingió no entenderla.

—¿Qué asunto podría tener O-Hide con usted...?

—¿No lo sabes?

—Me temo que no. A pesar de que somos hermanos, somos muy distintos, ya lo sabe.

Mencionó a propósito la difícil relación que mantenían para defenderse de las críticas que, con toda seguridad, le había dedicado O-Hide, pero también para descubrir cómo reaccionaba su visitante.

—Es una mujer a la que le encanta discutir, ¿verdad?

No dejó pasar la oportunidad después de escuchar el comentario de la señora.

—Le aseguro que a pesar de ser su hermano mayor, es demasiado para mí. Lo cierto es que nadie puede aguantarla mucho tiempo. Por eso me peleo siempre con ella hasta que al final tengo que cortar la conversación como buenamente puedo. A ella las discusiones parecen complacerla y se dedica a ir contando a todo el mundo las cosas como le convienen, como si se ella fuera siempre

una pobre víctima.

La señora Yoshikawa sonrió. Tsuda lo interpretó como una muestra del afecto que sentía por él, lo que desmintieron de inmediato sus palabras.

—¡Por favor! Eso no es cierto. Tiene una mente privilegiada y muy ordenada. ¿No te parece? Me gusta mucho.

Tsuda forzó una sonrisa.

—Por supuesto. No creo que sea tan insensata como para ir a su casa a mostrar su verdadero rostro.

—Te equivocas. Fue muy sincera. Mucho más que la mayoría de la gente.

La señora Yoshikawa no precisó a quién se refería exactamente.

132

A TSUDA LE PICÓ LA CURIOSIDAD. Se hacía una idea, pero seguir ese camino era contrario a sus intenciones e intereses. Le bastaba con pensar en el encuentro entre la señora Yoshikawa y O-Hide. La razón por la que había ido a visitarle a la clínica era, sin duda, para discutirlo. Sin embargo, ella se comportaba de forma peculiar en esas ocasiones. Dado que disponía de una cantidad ilimitada de tiempo, no dejaba pasar la oportunidad de entrometerse en los asuntos de sus protegidos, gente que estaba por debajo de ella en la escala social, y aconsejarles sobre esto y lo otro, aunque no le hubieran pedido opinión. Al mismo tiempo, aprovechaba la más mínima oportunidad para hacer gala de su sibaritismo: a veces, se impacientaba al querer resolver un problema lo antes posible; otras, hacía justo lo contrario. Jugaba conscientemente con la gente, le daba igual mostrar preocupación o desinterés en un asunto dado. Actuaba como un gato que se divierte con un ratón, y no le importaba lo que pudieran decir de ella. Ese era su privilegio, un estímulo que añadía emoción e interés a su desahogada existencia. Para el que caía entre sus garras, la paciencia era lo más importante. Si no cejaba, sería recompensado sin ninguna duda. Es más, ella sabía cuando calmar a su presa, cómo mostrarle el camino. Lo consideraba un reflejo de su posición moral.

El tácito acuerdo que mantenían, no había procurado a Tsuda más que grandes pérdidas. A pesar de todo, era lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de que ella se sentía responsable de él en buena medida. Aunque la voluntad de la señora Yoshikawa lo dominaba todo, en secreto Tsuda confiaba en esa ventaja sobre ella. Era un as que tenía guardado en la manga, solo en caso de emergencia. Normalmente se contentaba con ser su ratón, con permitirle jugar con él a su antojo. También en esa ocasión, la señora se tomó su tiempo para llegar al quid de la cuestión.

—Supongo que Hideko vino ayer. A verte, quiero decir.

—Sí.

—Nobuko también, me imagino.

—Sí.

—¿Y hoy?

—Aún no.

—Pero vendrá.

Él no lo sabía con certeza, y no podía decirle que había enviado a alguien para impedirle hacerlo. De hecho, estaba preocupado porque aún no había recibido su respuesta.

—No lo sé.

—¿Quieres decir que no sabes si vendrá o no?

—Eso es. No estoy seguro, pero no creo que venga.

—¡Cuánta indiferencia! —exclamó con una risa burlona.

—¿La mía?

—No, la de ambos.

Antes de que la risa amarga de Tsuda se extinguiera por completo, añadió:

—Nobuko y Hideko se encontraron ayer aquí, ¿verdad?

—Sí.

—Y pasó algo, según tengo entendido. Algo extraño, quiero decir.

—No especialmente.

—No te hagas el inocente. Si ocurrió algo, dímelo abiertamente; hazlo como un hombre.

La señora Yoshikawa manifestó al fin su verdadero carácter, el lenguaje que le era propio. Tsuda no sabía qué responder. Pensó que lo mejor sería guardar silencio, esperar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

—Hideko ha venido a verme para quejarse de lo mal que la tratasteis vosotros dos.

—¡Nada de eso! Ninguno hicimos nada semejante. Fue ella quien se enfadó y se marchó dando un portazo.

—Es cierto, también me lo contó. Pero os peleasteis, ¿verdad? Cuando digo «pelea» no quiero decir que llegaseis a las manos, pero...

—Sí, pero no fue tan exagerada como O-Hide cree.

—Es muy posible, pero aunque fuese algo menor, os peleasteis, ¿sí o no?

—Bueno, tuvimos un pequeño desencuentro.

—Y supongo que Nobuko y tú la atacasteis juntos.

—Nosotros no la atacamos. Fue ella la que se puso a sermonearnos con ese parloteo cristiano sin sentido.

—En cualquier caso, no me negaras que vosotros erais dos y ella solo una.

—Es posible, pero...

En la conclusión de la señora Yoshikawa no había lógica alguna. Por tanto, Tsuda no comprendió en qué se había equivocado, pero se sentía irremediamente sujeto a los caprichos de la señora Yoshikawa. No le quedaba más opción que agachar dócilmente la cabeza y aceptar sus reproches.

—No unimos fuerzas contra ella. Supongo que sucedió de una forma natural.

—No digas «supongo». Di que ocurrió. Perdona que te lo diga, pero me parece que te tomas demasiadas molestias con Nobuko.

Tsuda estaba desconcertado.

133

A PESAR DE SU PERSPICACIA, Tsuda no alcanzaba a entender totalmente la relación de la señora Yoshikawa con O-Nobu. Una respetaba los convencionalismos y la otra no se tomaba tantas molestias. Eso le confundía y le impedía comprenderlas. En condiciones normales, no se tomaba demasiado en serio los comentarios del sexo opuesto, pero en aquella situación era incapaz de descubrir qué se escondía detrás de la actitud de ambas. Aceptaba la opinión que la señora Yoshikawa tenía de O-Nobu, de igual manera que la de su mujer respecto de aquella; también los elogios de ambas.

Sea como fuere lo que sentían realmente la una hacia la otra, se tomaban muchas molestias para evitar airearlo. Sin embargo, el misterio se despejaba poco a poco para Tsuda, como la bruma que se levanta con el calor del sol.

—No es el tipo de esposa del que uno tenga que estar pendiente todo el tiempo, no se preocupe por eso.

—Creo que eso no es verdad. Todo el mundo piensa que te ocupas demasiado de ella.

La expresión «todo el mundo», obviamente una exageración, le sorprendió. La señora Yoshikawa se vio obligada a explicarse.

—Con «todo el mundo» me refiero, como es natural, a la gente que te conoce.

A pesar de todo, Tsuda no supo a quién se refería en concreto. Dedujo que solo enfatizaba aquello con la intención de llevar las cosas a su terreno. Tsuda se rio.

—Con «todo el mundo» se refiere usted a O-Hide, supongo.

—Bueno, O-Hide incluida; por supuesto.

—¿Es una de ellos y, además, su representante?

—Quizá.

Se rio de nuevo, pero se dio cuenta, si bien demasiado tarde, de que aquello no le convenía: su

risa pareció molestar a la señora. Le convenía encajar su observación sin rechistar, por lo que rápidamente cambió de actitud.

—A partir de ahora, prestaré más atención.

La señora Yoshikawa no se dio por satisfecha.

—Estás muy confundido si piensas que Hideko es la única. Tus tíos piensan lo mismo.

—¿En serio?

O-Hide le había hablado de los Fujii, pero eso no era todo. Tsuda se limitó a mostrar su sorpresa hasta que las palabras que había imaginado salieron por boca de la señora:

—A decir verdad, yo soy de la misma opinión.

Ante su tono autoritario, ya no sintió la necesidad de mostrar coraje alguno para enfrentarse a ella. Había cometido un error de cálculo. «Me pregunto por qué razón cambia de actitud tan repentinamente. Si me acusa de ser demasiado considerado con mi mujer, ¿acaso no la acusa también a ella?», reflexionó.

Esa suposición era nueva para él. A partir de ahí, no podía imaginar cuáles eran las verdaderas intenciones de la señora Yoshikawa. Antes de afrontar el problema, le formuló una pregunta que no dejaba de rondarle la cabeza.

—Me pregunto si el señor Okamoto también comparte esa opinión.

—El señor Okamoto es un caso distinto. No me interesa lo que piense.

La aspereza de su respuesta dejó perplejo a Tsuda. «Entonces, ¿significa eso que no están de acuerdo en ese aspecto?», se preguntó como si la interrogase a ella.

Lo cierto era que no se ocupaba tanto de O-Nobu como «todo el mundo» suponía. Si tenía que aclarar el malentendido, lo haría, aunque para ello tuviera que expresarse mediante razonamientos complejos. En su mente tenía una idea clara de la situación, entendía todos los pormenores y era capaz de discernir todo con claridad.

La primera responsable era O-Nobu. Era ella la que no había dudado en desplegar sus artes con los demás por muy tortuosas que fueran, la que había anunciado a los cuatros vientos lo mucho que él la amaba, lo libre que se sentía. La segunda responsable era O-Hide: a su tendencia natural a la exageración y al juicio que tenía de su hermano y su cuñada, había que añadir cierta envidia. Tsuda no sabía de dónde provenía esa envidia, pero desde que se casara, notó que O-Hide intentaba siempre entrometerse, pero, al no entender sus razones, no supo nunca manejar la situación. El tercer responsable era en realidad un grupo de personas entre los que se encontraban sus tíos, los Fujii. En ellos no había envidia ni exageración, pero sí una sincera aversión por las extravagancias. Como resultado de todo ello surgía aquel lamentable malentendido.

precisamente, la que había apuntado Kobayashi. Por conveniencia, se había esforzado en mantener el favor de los Okamoto, como era de esperar. Al mostrarse tan considerado con O-Nobu, alimentaba el favor de toda su familia y, puesto que el señor era íntimo de los Yoshikawa, eso habría de serle beneficioso en el futuro. Estaba orgulloso de su sagacidad, de la atenta vigilancia de sus intereses. No era tan insensato como para contentarse con el simple honor de que los Yoshikawa hubieran actuado de intermediarios en su matrimonio. Para él, en aquello había algo mucho más importante que la honra.

Todo eso solo era, sin embargo, la consecuencia natural de ese tipo de relaciones; pero si indagaba en profundidad, descubriría algo distinto. Para que las cosas hubieran llegado al punto en el que se encontraban, Tsuda y la señora Yoshikawa tenían que estar unidos en una relación que los demás no entendían. Habían pasado por muchas situaciones difíciles que solo ellos conocían, y juntos tuvieron que afrontar la nueva relación con O-Nobu que, con tan solo medio año de existencia, demandaba una actitud más compleja que otras.

Dicho de otro modo: Tsuda había amado a otra mujer antes de casarse con O-Nobu, y la responsable del romance no era otra que la señora Yoshikawa. Había usado a placer sus numerosas artimañas y su buen oficio para juntar a los dos jóvenes, y no dudaría en emplear sus artes, si fuera necesario, para separarlos. Cada vez que lo hacía, disfrutaba alternativamente con la emoción o el desconcierto que suscitaba en los demás. Tsuda nunca había dudado de su buena predisposición a la hora de asegurarles un destino feliz, y ella tampoco. Es más, esperó la oportunidad de unirles para siempre, pero en el momento crítico, sus esperanzas se vieron frustradas. El orgullo de Tsuda no salió indemne. De un solo golpe, los dos terminaron deshechos. Aquella rara ave a la que Tsuda tanto amaba, se alejó para no regresar nunca.

La señora Yoshikawa culpaba a Tsuda. Tsuda, por su parte, la culpaba a ella. Ella, en cambio, se sentía responsable, y él no: desconocía el significado de esa palabra. Deambulaba perdido en un laberinto, pero en mitad de su confusión surgió el compromiso con O-Nobu. De nuevo, la señora Yoshikawa se empleó a fondo, y con la ayuda de su marido pudo concretar el feliz desenlace del que ellos fueron intermediarios. Durante todo ese tiempo, Tsuda estudió a su benefactora sin perder detalle: «Supongo que es la forma que tiene de arreglar las cosas», se decía.

De todo ello trataba de inferir su nuevo rumbo, y estaba tan convencido de que vivir en buenos términos con O-Nobu era uno de sus deberes hacia la señora Yoshikawa, que llegó a pensar que con no pelearse con ella bastaría para asegurar su futuro.

Era natural que Tsuda, que desde el primer momento había decidido que con la señora no podía equivocarse, se sorprendiera al constatar que esta acusaba a O-Nobu directamente. Antes de cambiar de postura para complacerla, debía comprobar una cosa.

—Si además de su reproche por ocuparme demasiado de ella, piensa que O-Nobu tiene algún defecto, le ruego que me lo diga con toda sinceridad.

—De hecho, esa es la razón por la que he venido hoy.

Tsuda sintió una enorme curiosidad. La señora continuó:

—Te lo voy decir porque no hay otra persona capaz de decírtelo a la cara. Pero no me gustaría que pensaras que me limito a repetir como un loro las palabras de O-Hide. Si le dices algo, si le causas problemas, me sentiré terriblemente avergonzada. Me entiendes, ¿verdad? Esa es, sin duda, la razón por la que O-Hide vino a verte el otro día, aunque su primer objetivo pudiera ser otro. Su preocupación fundamental son vuestros padres, pues todo esto afecta mucho a tu padre, algo que no deberías olvidar. Mi marido no puede quedarse cruzado de brazos sin hacer nada. Ten en cuenta que se le pidió expresamente que se hiciera cargo de ti. Pero eso solo es una consecuencia más. La raíz del problema es otra. Creo que sería mucho más útil abordar esto en primer lugar. En caso contrario, surgirá otro malentendido, lo que no sería tan grave si quedara ahí, pero es seguro que O-Hide vendría a verme de nuevo y yo no sabría qué decirle.

Tsuda no dudaba que cuando la señora Yoshikawa hablaba de la esencia de su dilema, en realidad se refería a O-Nobu. ¿Por qué decía que había que atacar la raíz? No era ninguna enfermedad. No podía usar ese término a menos que pensara en el divorcio o en separarlos de alguna otra forma.

135

NO LE QUEDÓ MÁS REMEDIO QUE PREGUNTAR:

—En ese caso, ¿qué cree que debería hacer?

Ante una pregunta tan infantil, la señora Yoshikawa se mostró maternal y bordeó la cuestión, limitándose a sonreír, lo que revelaba que había dado con la clave del problema.

—¿Qué piensas realmente de Nobuko? —le preguntó ella.

Tsuda se acordó de la respuesta que le había dado a O-Hide cuando le preguntó lo mismo casi con las mismas palabras. No tenía preparada ninguna respuesta especial para la señora Yoshikawa, pero con ella se sentía libre de contestar lo que mejor le pareciera. De hecho, no se esforzó en mostrarse complaciente, pero era incapaz de imaginar qué esperaba ella en realidad. Perdido y desconcertado, sonrió. La señora Yoshikawa dio un paso más.

—¿Tú elegiste a Nobuko, verdad?

También en ese punto las defensas de Tsuda flaqueaban. Si se trataba de tomárselo en broma, se las podía arreglar sin problemas, pero si tenía que hacerlo en serio y ofrecerle una respuesta directa que la complaciera, la cosa era bien distinta. Los sentimientos que albergaba hacia O-Nobu le permitían responder de manera que podría salir beneficiado, o no. En otras palabras, podía decir que la amaba, pero sin perder el juicio.

El gesto de la señora Yoshikawa era cada vez más serio. Repitió su pregunta en un tono más imperativo.

—Respóndeme con franqueza. Esto quedará entre nosotros. No te pregunto nada complicado. Me daré por satisfecha con que me digas simplemente lo que piensas de ella.

No sabía qué decir. Cada vez estaba más perdido en sus conjeturas.

—¿Me estás provocando? —le espetó la señora—. ¿Por qué no hablas como un hombre? ¿Por qué no dices lo que tengas que decir? Después de todo, no te pregunto nada difícil.

A Tsuda no le quedó más remedio que responderle.

—No se trata de que no tenga una respuesta, es que su pregunta es muy vaga.

—De acuerdo, entonces. No me das más opción. ¿Quieres que te lo diga yo? ¿Te parece bien así?

—¡Cómo no! Adelante, por favor.

Antes de hablar, se entretuvo en otro circunloquio.

—¿De veras te parece bien? Soy sincera por naturaleza y a menudo me arrepiento demasiado tarde de lo que digo.

—No me importa.

—Si te enfadas, lo dejaré. No quiero decir disparates que luego no pueda remediar.

—¿No le basta con que le diga que no hay problema?

—Si puedo estar segura, por supuesto.

—No se preocupe. Cualquier cosa que pueda decir, sea cierta o no, no va a lograr que me enfade. Le ruego que hable con total sinceridad.

Tsuda pensaba que sería mucho más fácil si él asumía toda la responsabilidad. Miró a la señora Yoshikawa urgiéndola a hablar. Ella solo comenzó después de asegurarse varias veces más de que él no iba a molestarse.

—Por favor, discúlpame si me equivoco, pero creo que en lo más profundo de tu ser no la mimas tanto como parece. ¿No es así? En eso no estoy de acuerdo con Hideko. Lo pienso desde hace tiempo. ¿Y bien? ¿Es correcta mi suposición?

Tsuda no le llevó la contraria.

—Acierta; por supuesto. ¿No le he dicho antes que en realidad no me ocupo tanto de O-Nobu?

—He interpretado que lo decías por modestia.

—No. Quería decir lo que he dicho.

Ella se empeñaba en no aceptar la verdad de sus palabras.

—No me engañes, ¿de acuerdo? ¿Puedo continuar?

—Se lo ruego.

—Aunque no te ocupes tanto de ella, al actuar así parece querer demostrar al resto que sí lo haces.

—¿O-Nobu le ha dicho eso?

—¡No! —negó con rotundidad la señora Yoshikawa—. ¡Eres tú el que acaba de decirlo! Es tu actitud la que lo demuestra de forma clara.

La señora hizo una pausa para añadir a continuación:

—¿Qué tienes que decir? Puedo ver a través de ti. Sé exactamente por qué te empeñas en mantener esa fachada.

136

ERA LA PRIMERA VEZ que Tsuda escuchaba a la señora Yoshikawa hablar de esa manera. Se veía obligado a admitir que no le había importado cómo viera ella su relación con O-Nobu. Debía habérselo explicado todo antes, pero prefirió escuchar dócilmente cuanto ella tuviera que decir.

—Por favor, le ruego me diga con toda sinceridad lo que deba. Me será de gran utilidad en el futuro.

Dado que la señora Yoshikawa solo había revelado la mitad de lo que pretendía, nada la habría detenido hasta terminar.

—Te ocupas de Nobuko porque te inquieta lo que piensen mi marido y el señor Okamoto, ¿verdad? Si quieres que te hable con franqueza, sabes que soy muy capaz de hacerlo. Aparentemente, te entregas a ella, pero en el fondo no es así. ¿Me equivoco?

Ni remotamente hubiera sospechado que podía llegar a tratarle con semejante sarcasmo.

—¿Algo en mi carácter o en mi actitud le hace pensar eso?

—Sí.

Sintió como si le atravesara con una espada. A pesar de las heridas, le preguntó la razón de tanta crueldad.

—¿Por qué?

—Sería mejor que dejases de esconder tus verdaderos sentimientos.

—No tengo nada que esconder...

La señora Yoshikawa estaba convencida de haber acertado con sus suposiciones. Los comentarios de Tsuda demostraban que apenas aceptaba una parte de lo que le decía y solo tenían el efecto de dejar una sensación ambigua en la atmósfera, lo cual podría convertirse en futuros malentendidos. Repitió lo mismo una y otra vez para llevarle por donde quería.

—No puedes ocultármelo. Si lo haces, no te diré nada más.

Tsuda quería escuchar lo que tuviera que decirle. No le quedaba más remedio, por tanto, que aceptar sus condiciones y darle la razón.

—¡Lo ves! —exclamó ella antes de continuar—. Hay algo que no llegas a entender en todo este asunto. Crees que me he puesto de acuerdo con mi marido y que él lo ha hecho con el señor Okamoto, pero estás profundamente equivocado. En lo que respecta a ellos dos, de acuerdo, pero

¿cómo es posible que pienses eso de mí? Eres inteligente. No es propio de ti.

La señora comprendía cuál era su postura, pero aún no las implicaciones ni la relación que pudieran tener con ella.

—¿No te parece que tú y yo tenemos una relación especial, única?

Tsuda sabía bien a qué se refería con «relación especial», pero no era ese el problema que les ocupaba. Precisamente, aquel vínculo había conferido cierto color y tono a sus encuentros hasta la fecha. No podría abordar el problema hasta que averiguara cómo su relación determinaba el comportamiento de la señora.

—Yo estoy de tu parte —dijo ella de súbito.

—Nunca lo he dudado —contestó Tsuda—. Confío en todo lo que usted me dice y le estoy muy agradecido por ello. Pero ¿a qué se refiere en este caso concreto? Quizá soy demasiado torpe y no la he entendido bien. Le ruego que me lo explique.

—En este caso, solo puedo hacer una cosa por ti, pero probablemente tú...

Se detuvo en ese punto y le miró a los ojos. Tsuda pensó que se burlaba de él.

—¿Vas a escuchar o no lo que tengo que decirte? —mudó su voz al preguntarle con el fin de disipar sus sospechas.

Tsuda mantenía intacto su sentido común. Pensó lo mismo que habría pensado cualquiera en su lugar, con la única diferencia de que no tenía el valor suficiente para decírselo a ella directamente. Estaba indeciso. Dudaba, incapaz de responder con un sí o un no a la pregunta tan simple que le había formulado.

—Está bien, dígame lo que tenga que decir.

—No digas «está bien». Si no te muestras más firme, no diré nada...

—Pero...

—Nada de peros. ¡Di que vas a escuchar!, como lo haría un hombre hecho y derecho.

TSUDA SENTÍA CIERTO TEMOR al no saber lo que se le exigía. De nada iba a servirle quedarse atrapado en ese apuro o pretender dar marcha atrás tras haber aceptado el reto. Intentó imaginar cómo se comportaría la señora Yoshikawa, y a juzgar por su posición social y su carácter, así como por la especial relación que los unía, pensó que no podría perdonarle. Si no lo hacía, su situación sería la de un enfermo al que niegan los cuidados necesarios en su agonía. Cautó como era, no tenía el valor necesario para adentrarse en semejante atolladero sin saber si podría salir después ileso.

Además, con ella, al contrario que con el resto de los mortales, uno nunca sabía en qué dificultades se metería a continuación. Acostumbrada desde hacía mucho tiempo a desenvolverse en un entorno en el que disfrutaba de plena libertad, ignoraba cuáles eran los límites que le correspondían. De algún modo, siempre lograba ver realizados sus deseos, y en el caso de

encontrarse con alguna resistencia, bastaba un esfuerzo de su voluntad para vencerla. Lo que le resultaba particularmente molesto a Tsuda era aquella inconsciencia, que la dispensaba de la necesidad de aclarar sus motivos. Más que inconsciencia, se trataba en realidad de un carácter indisciplinado. Como había decidido que al entremeterse en los asuntos de los demás, no hacía sino manifestar su buena fe y su amabilidad, no veía en ello egoísmo o interés personal que la inquietasen. Su capacidad autocrítica brillaba por su ausencia y tampoco prestaba oídos a las posibles apreciaciones de los demás. A fuerza de no escuchar, había llegado a ese extremo de forma natural.

Acorralado por ella, todas esas ideas no dejaban de dar vueltas en su cabeza, lo cual complicaba aún más las cosas. La señora, al contemplar su expresión, no pudo evitar reírse.

—¿Por qué estás tan serio? ¿En qué piensas tanto? A lo mejor crees que te voy a pedir un imposible, pero te aseguro que no es nada que no seas capaz de hacer. Basta con un poco de voluntad por tu parte. El resultado solo podrá servir a nuestros intereses.

—¿De verdad es algo tan sencillo?

—Sí, tan ligero como una broma. Casi se podría considerar una travesura inocente. Ten el coraje de decirme que lo harás.

Para Tsuda todo aquello era un misterio, pero si de verdad no era más que una especie de broma, pensó que no tenía tanta importancia. Finalmente se decidió.

—No tengo idea de qué se trata, pero lo haré. Dígamelo, por favor.

Sin embargo, la señora no desveló de inmediato la naturaleza de la supuesta travesura. Después de obtener la garantía de Tsuda, cambió otra vez de tema. No obstante, aquello estaba muy lejos de ser una broma: al menos para Tsuda constituía un asunto muy importante.

—¿Has vuelto a ver a Kiyoko desde entonces? —le preguntó sin más rodeos.

—No.

Tsuda se sorprendió no solo por la brusquedad de la pregunta, sino también porque la señora Yoshikawa había mencionado inesperadamente el nombre de la mujer que le había abandonado, en buena medida por su culpa.

—Bien —continuó—, entonces imagino que no sabes nada de ella.

—Absolutamente nada.

—¿Y no te gustaría?

—Por mucho que quiera, no puedo hacer nada al respecto. Se ha casado con otro hombre, como usted bien sabe.

—¿Fuiste a su fiesta de pedida?

—No, no fui. ¿No le parece que mi presencia habría resultado un tanto inoportuna?

—¿Te invitaron?

—Sí.

—¿Asistió ella a la tuya?

—No.

—¿La invitaste?

—Sí.

—Entonces, supongo que ya no hay nada entre vosotros.

—Por supuesto que no... Lo contrario supondría un verdadero problema.

—Supongo, pero hay problemas y problemas.

Tsuda no entendió lo que quería decir, pero antes de que se explicara, volvió a cambiar de tema.

—¿Nobuko sabe algo de Kiyoko?

No sabía qué responder. A menos que Kobayashi le sometiera a un completo interrogatorio, no sabía qué decir. La señora Yoshikawa formuló la misma pregunta de otra manera:

—¿No le has hablado de ella?

—No. No lo he hecho.

—Está bien. Entonces Nobuko no sabe nada de nada, ¿verdad?

—Eso es. Al menos, no por mi parte.

—Ya veo. Eso significa que vive en la más completa ignorancia al respecto. ¿O quizá sospecha algo?

—Lo dudo.

No le quedó más remedio que reflexionar, pero sus pensamientos no le llevaron a ninguna conclusión.

MIENTRAS HABLABAN, Tsuda descubrió los inesperados resortes de la psicología de su interlocutora. Nunca le había dicho nada a O-Nobu sobre Kiyoko, no solo por su propio interés, sino también porque creía que esa era la voluntad de la señora Yoshikawa. Pero ahora parecía preferir que O-Nobu lo supiera.

—Me parece que alberga ciertas sospechas, ¿no te parece?

Precisamente porque conocía el carácter de su mujer, le resultaba mucho más difícil contestar a esa pregunta.

—¿Realmente quiere saber si ella sospecha algo?

—Sí.

Tsuda no entendía sus razones.

—Si es necesario puedo hablar con ella, pero...

La señora Yoshikawa se rio.

—Si lo hicieras, lo echarías todo a perder. Tienes que hacerte el inocente hasta el final.

Hizo una pausa antes de continuar.

—¿Quieres que te diga cómo lo veo yo? Nobuko es inteligente. Algo sospecha, aunque es obvio que no puede saberlo todo. En el caso de que lo supiera, sería poco conveniente para nuestros intereses. Lo mejor, lo más apropiado es que se entere y no lo haga al mismo tiempo. Así estará justo donde quiero que esté.

Tsuda se limitó a asentir con la cabeza. No sabía cómo podía haber llegado a semejante conclusión. La señora insistió:

—Si O-Nobu no supiera nada de Kiyoko, no sería tan fanfarrona.

La señora Yoshikawa era la primera persona en criticar abiertamente la actitud de O-Nobu. Tsuda dudó de la conveniencia del calificativo «fanfarrona», pero se sentía obligado a agachar la cabeza y admitir su sarcasmo. A pesar de todo, no pudo estar de acuerdo sin rechistar. La señora Yoshikawa volvió a reírse despreocupada.

—En realidad no importa. En el caso de que no sospeche absolutamente nada, dispongo de los medios suficientes para intervenir.

Tsuda esperó en silencio una explicación de lo que quería decir, pero en lugar de eso volvió a hablar de Kiyoko.

—Supongo que tienes muchos reproches que hacerle a Kiyoko.

—No, ninguno.

—¿Ninguno?

—Ninguno.

—Eso es lo que llamo yo una mentira masculina.

Su intención no había sido mentir, pero tampoco había sido sincero.

—¿Doy la impresión de albergar reproches?

—No.

—En ese caso, ¿por qué me lo pregunta?

—Precisamente por eso, porque no parece que los tengas.

La lógica de la señora Yoshikawa funcionaba de una forma distinta a la de los demás y, sin

embargo, no había incoherencia alguna en ella. Hacía uso de su inteligencia con evidente orgullo.

—Puede que para los demás lo que hay en tu interior y lo que se ve en el exterior coincidan, pero a mí me parece que si tu rencor no se manifiesta es porque está oculto en lo más profundo de ti.

—Dice eso porque ha decidido que sí se lo guardo.

—¿Acaso estoy equivocada?

—No me gusta que saque esas conclusiones tan frívolamente.

—¿Cuándo he hecho yo tal cosa? No son suposiciones, es un hecho; un hecho que únicamente conocemos tú y yo. No importa lo mucho que puedas engañar a los demás; a mí no puedes ocultármelo. Al fin y al cabo, lo sé todo. Si solo fuera algo de tu incumbencia, de acuerdo, pero nos afecta a los dos por igual; lo recordaremos mientras tengamos memoria, a menos que decidamos enterrarlo de una vez por todas.

—Está bien. ¿Entonces por qué no lo hablamos aquí y ahora y nos libramos de ello para siempre?

—¿Por qué quieres hacer eso? ¿Por qué quieres librarte de esto? En lugar de eso, ¿por qué no tratas de revivirlo para servirte de ello?

—¿Revivirlo para servirme de ello? Da igual la situación en la que pueda encontrarme ahora, no quiero cometer ninguna estupidez.

—¿Quién habla de equivocaciones? ¿Cuándo he dicho yo que tengas que cometer una estupidez?

—¿Acaso no acaba de decirlo?

—Aún no has escuchado todo lo que tengo que decir.

Los ojos de Tsuda se encendieron por la curiosidad.

ERA COMO SI LA SEÑORA YOSHIKAWA hubiera vencido a Tsuda al mostrarle claramente las quejas que tenía de Kiyoko. Su actitud, como la de quien termina por confesar, complació a la señora y de algún modo puso punto final a la discusión. Sin embargo, en ese aspecto no era tan despótica como Tsuda había imaginado. Analizaba su psique de forma minuciosa, y una vez segura de su victoria, le ofreció una prueba de sus sospechas:

—No estoy montando un alboroto al hablarte de los sentimientos o reproches que puedas tener por ella, te lo aseguro. En lo que a mí respecta, hay algo que tengo entre manos. Me siento capaz de explicarle a los demás en qué consiste tu reproche.

Tsuda no tenía ni idea de lo que hablaba.

—Por qué no se explica un poco mejor.

—Si eso es lo que quieres, de acuerdo, pero si lo hago será como cuestionarte.

—No me importa.

La señora se rio.

—Es una verdadera molestia que no entiendas lo que dicen los demás. ¿No te parece ridículo que tú, el más interesado, no lo hagas, que me necesites a mí para que te lo explique?

Si realmente era como ella decía, sin duda, era absurdo.

—Pero lo cierto es que no lo entiendo.

—¡Claro que sí! Lo entiendes perfectamente.

—Entonces, supongo que no soy consciente de ello.

—¡Por supuesto que eres consciente de ello!

—Está bien, ¿entonces qué hago? ¿Acaso sugiere que escondo algo?

—Eso es.

Tsuda renunció. Acorralado como estaba, se resistía a admitir que tuviera algo que esconder.

—Sí, soy un terco, lo acepto. Acepto sus críticas, pero le ruego que me lo explique todo.

La señora Yoshikawa suspiró.

—¡Hay que ver! ¡Es desalentador! Después de tantas molestias como me he tomado, si te empeñas en comportarte así es como si no hubiera hecho nada de nada. A lo mejor debería marcharme sin más.

Tsuda estaba perdido en un laberinto, pero sabía que no tenía más remedio que seguir el hilo que ella le tendía. Su curiosidad le empujaba a hacerlo. Admitir que se había tomado muchas molestias por él no era, desde luego, algo insignificante. Insistió para que se lo explicara y, cuando finalmente aceptó hacerlo, la actitud de la señora era triunfante.

—Está bien, lo haré, pero déjame antes que te haga una pregunta. ¿Por qué no te casaste con Kiyoko?

Era una pregunta demoledora. Tsuda se quedó sin palabras. Al darse cuenta, la señora cambió de estrategia.

—Está bien. Te lo preguntaré de otra manera. ¿Por qué Kiyoko no se casó contigo?

Tsuda respondió como si solo pudiera hacerse eco de sus palabras.

—No conozco sus razones. Fue algo extraño. Eso es todo. Por mucho que piense en ello, no soy capaz de extraer ninguna conclusión lógica.

—Se casó de buenas a primeras, ¿verdad?

—Sí, fue inesperado, aunque quizá no sea esa la mejor manera de expresarlo. Antes incluso de tener tiempo de sorprenderme, ya se había casado.

—¿Quién se sorprendió?

Para Tsuda no podía haber otra pregunta más absurda que esa, pero la señora Yoshikawa insistió.

—¿Quieres decir que fuiste tú o Kiyoko? ¿Los dos quizá?

—No estoy seguro.

Tsuda no tuvo más remedio que pararse a pensarlo. La señora Yoshikawa continuó.

—¿No se comportó Kiyoko de forma extraña?

—Supongo...

—¿Cómo que supones? Con esa actitud no vamos a llegar lejos. ¿Qué pensaste de ella entonces? ¿No te pareció que se mostraba indiferente?

—Es probable.

La señora le lanzó una mirada cargada de reproches.

—No seas tan tibio. ¿No fue su indiferencia lo que más te dolió?

—Puede ser.

—En ese caso, ¿cómo interpretaste lo que ocurría?

—No supe cómo hacerlo.

—No supiste, pero te gustaría haberlo hecho.

—Sí. Después he tratado de analizarlo desde distintos ángulos...

—¿Y has llegado a alguna conclusión?

—No.

—Eso quiere decir que aún piensas en ello.

—Sí.

—¡Lo ves! Ahí está tu reproche.

La señora logró llevarle finalmente a donde quería.

LOS PREPARATIVOS ESTABAN CASI LISTOS, solo faltaba que el verdadero propósito de aquella conversación saliera a la luz. La señora Yoshikawa aprovechó la oportunidad y se movió poco a poco en esa dirección. Sus primeras palabras, en cambio, resultaron un tanto ambiguas.

—En ese caso, ¿por qué no te comportas como un hombre?

Tsuda suspiró. «¡Otra vez!», pensó. Cada vez que escuchaba frases como «compórtate como un hombre» o «no actúas como un hombre», en el fondo se mofaba de ella. Se preguntaba si realmente

sabía lo que significaba comportarse como un hombre. Interpretaba que lo repetía sin ton ni son con el único objetivo de reprenderle. Con una sonrisa amarga en los labios le preguntó:

—¿A qué se refiere cuando me pide una y otra vez que me comporte como un hombre? ¿Qué debo hacer?

—Librarte de tus reproches. Ni más ni menos.

—¿Por qué?

—¿Cómo piensas hacerlo?

—No lo sé.

El tono de voz de la señora subió de repente.

—¡Eres un estúpido! ¿Cómo es posible que digas que no lo sabes? Lo único que tienes que hacer es ir a verla y preguntarle.

Tsuda se quedó mudo. Si realmente tenía que verla, ¿con qué motivo podía hacerlo? Eso suponía un verdadero problema para él.

—Esta es la razón de que haya venido hoy a verte.

Al decirlo, no pudo apartar la vista de ella.

—A decir verdad —dijo la señora para retomar el hilo—, quería saber cuáles son tus intenciones. O-Hide ha venido a verme esta mañana por eso mismo y pensé que era el momento oportuno.

Tsuda no estaba preparado psicológicamente para darle una respuesta. Estaba hecho un lío. La señora Yoshikawa, consciente de ello, le miró fijamente antes de volver a hablarle.

—Me gustaría evitar cualquier malentendido. Yo soy yo y O-Hide es O-Hide. No he venido aquí porque ella me lo haya pedido. ¿Lo entiendes? Como ya te he dicho antes, pienses lo que pienses, yo estoy completamente de tu parte.

—Lo sé.

La señora Yoshikawa no tardó en desplegar la segunda fase de su estrategia, que la conduciría a la meta perseguida.

—¿Sabes dónde está Kiyoko ahora?

—Me imagino que en su casa, con Seki, su marido.

—No me refiero a su domicilio, sino a dónde está en este momento, si se encuentra en Tokio o fuera de la ciudad.

—No lo sé.

—Adivínalo.

Tsuda se calló para mostrarle que no tenía ningún interés en sus adivinanzas. Ella mencionó el

nombre de un lugar completamente inesperado. El recuerdo de aquel famoso *onsen*^[41], a un día de viaje de Tokio, no era algo de un pasado lejano. Recordó el paisaje de aquel lugar y emitió una exclamación de sorpresa, pero no añadió nada más.

La señora se lo explicó todo. Kiyoko pasaba una temporada allí para recuperar fuerzas. Conocía incluso el motivo por el que había ido: a causa de un aborto. Miró a Tsuda con elocuencia. En su fuero interno, él entendía el significado de su sonrisa, pero para ninguno de los dos representaba un problema inmediato. No quería decir nada. Optó por guardar silencio y ella pasó a la tercera de sus maniobras.

—¿Por qué no vas allí?

El corazón de Tsuda ya palpitaba con suficiente fuerza antes de escuchar su pregunta. Sin embargo, pese a su consejo, no se decidió. La señora insistió.

—¡Decídete y ve! No le vas a hacer daño a nadie. Ve y finge que no sabías nada. Eso es todo.

—Me parece justo.

—Siempre has sido un hombre independiente que ha hecho lo que le ha parecido. Si cargas con fardos inútiles como la discreción o los escrúpulos, solo conseguirás que las cosas se compliquen aún más. Por otra parte, te vendría bien pasar unos días en un lugar de descanso después de salir de aquí. Si me pides mi opinión, creo que hay razones de sobra para que vayas, en favor de tu salud. Así que ve. Ve y actúa de manera natural. Afronta de una vez lo que te duele como haría un hombre.

La señora Yoshikawa le aseguró que ella se haría cargo de los gastos.

141

CUALQUIERA SE HABRÍA SENTIDO AFORTUNADO de recibir dinero para un viaje, permiso en el trabajo para ausentarse y pasar unos días de convalecencia en un lujoso *onsen* después de una operación. En especial para Tsuda, para quien la búsqueda del placer era uno de los fundamentos de su vida, aquella era una rara oportunidad difícil de rechazar. Hubiera sido una auténtica insensatez dejarla escapar y, sin embargo, la condición implícita para beneficiarse de la propuesta, le obligó a considerarla con sumo cuidado.

A nivel emocional, era obvio qué le frenaba, pero solo percibía su fuerza visible. No disponía de tiempo para pensar en su significado más profundo. En ese sentido, la señora Yoshikawa era mucho más perspicaz que él. Al verle tan dubitativo después de pensar que aceptaría de inmediato, le dijo:

—Quieres ir, pero no te decides. Para mí esa es la prueba más evidente de tu falta de hombría.

Sin sentirse especialmente herido por la crítica, contestó:

—Es posible, pero aún debo pensar un poco en ello...

—Esa costumbre que tienes de pensar tanto las cosas es un auténtico fastidio.

Tsuda exclamó por la sorpresa, si bien ella no prestó atención.

—En una situación así, una mujer nunca perdería el tiempo y actuaría.

—¿Eso no quiere decir precisamente que actúo como un hombre?

La señora Yoshikawa adoptó un tono más severo.

—¡No seas impertinente! ¿Crees que por usar juegos de palabras conmigo vas a conseguir que me calle? Es absurdo. Me das lástima porque a pesar de todos tus estudios eres incapaz de darte cuenta de eso. Por eso te abandonó Kiyoko.

Tsuda exclamó a modo de protesta y ella lo ignoró de nuevo.

—Si no lo entiendes, supongo que tendré que aclarártelo yo misma. Sé perfectamente por qué no quieres ir. Eres un cobarde, eres incapaz de enfrentarte a ella.

—Eso no es cierto, yo...

—Espera un momento. Supongo que vas a decir que sí tienes coraje, pero que va en contra de tus principios. ¿No es así? A mi modo de ver, tanta preocupación por tu dignidad no es más que cobardía. ¿Lo entiendes? Escucha bien lo que te voy a decir. Te lo explicaré. ¿No es tu orgullo simple vanidad? Dicho de una manera más cruda, ¿acaso no te preocupas solo por las apariencias? Si eliminas esa angustia por lo que los demás puedan pensar, ¿qué te queda? Es lo mismo que si una recién casada se abstuviera de comer en su nueva casa sin que nadie le hubiera dicho nada al respecto.

Tsuda estaba estupefacto. Las chanzas de la señora Yoshikawa no acabaron ahí.

—Lo cierto es que como te consideras muy atractivo, te crees obligado a preocuparte por semejantes nimiedades. Es consecuencia de tu excesivo amor propio, por ello lo manifiestas de forma tan incongruente.

Tsuda se vio obligado a permanecer callado. La señora Yoshikawa continuó con sus despiadadas presunciones.

—Intentas pasar este trago encerrado en tu silencio, capear el temporal sin moverte, pero en tu interior te duele lo que pasó. Intenta mirar más allá. Piensas que, con un solo gesto por tu parte, Kiyoko vendría a darte explicaciones; estoy segura.

—No me atribuya cosas que yo no he dicho.

—Me da igual. No veo nada en ti que lo desmienta.

A Tsuda ya no le quedaban fuerzas para resistir y la astuta señora Yoshikawa supo sacar provecho de ello.

—No tienes escrúpulos. Estás convencido de que eso es lo que conviene a tu carrera.

—¡Por supuesto que no!

—Claro que sí. Si crees que no me he dado cuenta, cometes un gran error. ¿Qué problema hay en tener escrúpulos? A mí me parece bien que no los tengas, pero demuéstalo virilmente. Para eso

he puesto toda mi alma en estos preparativos.

—¿Para que demuestre mi falta de escrúpulos? —dijo Tsuda antes de cambiar de tema—. ¿Ha ido ella sola?

—Por supuesto.

—¿Y Seki?

—Su marido está en Tokio. Tiene negocios que atender.

Finalmente, Tsuda decidió que iría.

142

AÚN QUEDABA UN PROBLEMA por resolver entre la señora Yoshikawa y él. No podían dar por terminada la conversación hasta abordarlo. Fue Tsuda quién se adelantó.

—Si voy, ¿qué pasa con lo que me decía usted antes?

—Esa es precisamente la cuestión. Justamente te iba a hablar de ello. Si me lo preguntas, creo que no puede haber mejor solución. ¿Qué dices?

Él no respondió de inmediato y ella insistió.

—Estoy segura de que lo entiendes sin necesidad de que diga nada más.

Sin esperar sus explicaciones, imaginaba a qué se refería, pero en cuanto a cómo iba a afectar eso a O-Nobu, no tenía idea. La señora Yoshikawa empezó a reírse.

—Todo irá bien si finges no saber nada. Yo me ocupo del resto.

—¿De verdad?

Una duda le corroía. Si confiaba todo a la señora Yoshikawa, estaría poniendo el destino de O-Nobu en sus manos. Temía sus métodos porque no sabía lo que podía llegar a hacerle.

—No me importa confiarle el resto, pero me gustaría que me explicase antes qué va a hacer.

—No hace falta que lo sepas. Yo me las arreglaré para que O-Nobu se comporte contigo como una verdadera esposa. Puedes estar seguro.

A sus ojos, O-Nobu era una mujer imperfecta, pero los defectos que veía en ella no eran necesariamente los mismos que la señora Yoshikawa le recriminaba. Era como si quisiera confundirles a ambos, como si pensara que al manipular a O-Nobu, lograría crear la esposa perfecta para Tsuda. Pero había algo más. Si Tsuda lograba penetrar en su mente y atisbaba sus verdaderas intenciones, era muy probable que llegara a una conclusión demoledora. No estaba seguro de que no fuera a herirla solo porque le disgustaba, de igual manera que dudaba de que no fuera a castigarla porque la detestaba. Afortunadamente para él, no se preocupaba por lo que pudieran decir los demás ni por hacer examen de conciencia. Se mostraba optimista. «La educación de O-Nobu...» Esas palabras se le habían escapado a la señora sin rastro de vergüenza alguno. Sin haber llegado nunca a comprender la verdadera relación que mantenían las dos mujeres, no se sentía en

condiciones de ponerlas en duda. En gran medida creía en la sinceridad y benevolencia de la señora Yoshikawa, pero no podía evitar que a veces le incomodara tanta sinceridad.

—No tienes nada de qué preocuparte. ¿No acabo de decirte que cada uno a lo suyo? Espera y verás cómo me hago cargo de todo.

La señora no estaba dispuesta a darle ningún detalle. Prefería hablarle en tono didáctico, como si le aleccionara:

—O-Nobu está demasiado segura de sí misma, como bien sabes. Pero no hay armonía entre sus vidas interior y exterior. En apariencia es muy educada, pero en realidad es tremendamente tozuda. Obviamente no lo demuestra porque es inteligente, pero incluso así resulta demasiado orgullosa. Por eso, si no consigo eliminar ese rasgo de su carácter...

En el momento en el que la señora empezaba su ataque frontal contra O-Nobu, escucharon la voz de la enfermera que les llegaba desde las escaleras.

—Llamada de teléfono para la señora Yoshikawa. Es de parte de la señora Hori.

La señora Yoshikawa se apresuró a decir que bajaría en seguida. Se levantó y antes de atravesar el umbral de la puerta, se volvió hacia Tsuda.

—Me pregunto qué querrá.

Tsuda no sabía de qué podía tratarse. Regresó poco después y sin ninguna ceremonia exclamó:

—¡Qué terrible! ¡Qué terrible!

—¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo?

La señora Yoshikawa se reía nerviosa mientras se esforzaba por calmarse.

—Hideko se ha tomado la molestia de advertirme.

—¿Advertirle de qué?

—Nobuko ha ido a verla y han estado hablando hasta hace poco. Quería avisarme de que es posible que pase por aquí de regreso a casa. Al parecer salió hace un momento. ¡Qué suerte he tenido! Si llega a escuchar todo lo que decía de ella, me habría sentido muy avergonzada.

Se sentó para volver a levantarse de inmediato.

—Bueno, lo mejor es que me marche. ¿No te importa?

Después de acordar con Tsuda la estrategia a seguir, debía resultarle muy incómodo encontrarse con ella cara a cara.

—Lo mejor es que me marche antes de que venga. Salúdala de mi parte, por favor.

Se despidió con una de esas manidas fórmulas de cortesía y salió de la habitación.

Para ir desde casa de los Hori, tenía que caminar dos manzanas en dirección este, cruzar una calle ancha que formaba una gran T y llegar a otra que había detrás. Allí cerca estaba detenido el tranvía que se dirigía al sur. Por casualidad vio tras la ventanilla a una mujer que, entre todos los pasajeros, llamó su atención. Solo alcanzó a ver un tercio de su perfil, lo suficiente para desconcertarla. Creyó ver en ella a la señora Yoshikawa.

El tranvía empezó a moverse. Trató de fijarse mejor, pero no tuvo tiempo de asegurarse de que fuera ella. Después cruzó la calle en dirección este.

Continuó por calles laterales. El barrio le era familiar y quería llegar a la clínica lo antes posible por el camino más corto. Giró varias veces a la derecha, luego a la izquierda y atravesó callejones estrechos, pero después de la visión del tranvía aflojó el paso. Cuando apenas le faltaban dos o tres manzanas para llegar, decidió que lo mejor sería volver a casa sin detenerse.

El tiempo transcurrido en casa de los Hori la había deprimido. Le remordía la conciencia porque nada más llegar había atacado a O-Hide imprudentemente y había fracasado en el intento. Estaba disgustada también por haberse dejado arrastrar tras la pista de un asunto importante que había sido incapaz de desentrañar. De hecho, el no haber descubierto el misterio que escondía su cuñada le inquietaba aún más. Y por encima de cualquier otra cosa, sospechaba que había mostrado su debilidad ante O-Hide hasta el punto de revelar todas sus cartas.

Pese a todo, continuó haciendo conjeturas. Estaba convencida que habían urdido un plan contra ella y que este tenía lugar en secreto, en alguna parte. Poco importaba quién fuera el instigador. Estaba claro que O-Hide formaba parte de la conjura. No era difícil deducir que también la señora Yoshikawa estaría relacionada. Sus pensamientos la descorazonaron y se sintió sola, como si algún peligro inminente la acechara. Miró a su alrededor, pero aparte de su marido no podía contar con nadie. Lo primero que debía hacer era correr hasta él. Dudaba de él, pero aún conservaba parte de su fe. Pensó que, pasase lo que pasase, no iba a dejar que entrara en el círculo de conspiradores, y se dio cuenta de que nada más atravesar la puerta de la casa de los Hori, sus piernas se habían encaminado solas hacia la clínica.

Después se topó con la imagen del tranvía, casualidad que maldecía desde el fondo de su corazón. Si la mujer que había visto era efectivamente la señora Yoshikawa, si había ido a visitar a su marido y había aprovechado para... A pesar de su sagacidad, O-Nobu no se sintió capaz de aventurar lo que sucedería a continuación; pero el resultado fue idéntico. Su pensamiento saltó de O-Hide a la señora Yoshikawa, y de ella a Tsuda. Empezó a considerar que eran una misma cosa. «Puede que se comuniquen entre ellos de alguna forma que soy incapaz de entender.» Quiso apresurarse en busca de los protectores brazos de su marido. «Según están ahora las cosas no me conviene ir», pensó sin embargo. «¿Qué ganaría con eso?»

Caminaba en dirección a la clínica sin tener una idea clara de qué hacer cuando llegase. Era importante para ella decidir qué actitud adoptar con Tsuda. Como no había nadie para reprocharle las precauciones que tomaba con su marido, cambió de idea y fue primero a casa para tranquilizarse. Saldría en cuanto recuperara la serenidad. A mitad del callejón por el que caminaba,

cuando apenas le quedaban cinco minutos para llegar, se dio media vuelta, salió a la bulliciosa avenida flanqueada de sauces y se subió a un tranvía.

O-NOBU LLEGÓ A CASA cuando el sol estaba a punto de ponerse. Después de bajar del tranvía, caminó un trecho y sintió como la atmósfera de la tarde la envolvía hasta inundar lo más profundo de su ser. Lo que deseaba, por encima de todo, era sentarse junto al brasero, y tan pronto como se quitó el abrigo, ocupó su sitio de costumbre y extendió las manos encima para calentarlas.

Sin embargo, no iba a tener la oportunidad de disfrutar de un solo minuto de descanso. O-Toki le entregó enseguida la nota de Tsuda. Su contenido era muy simple. La escudriñó de arriba abajo y después de leerla sintió que ya no era la misma mujer. Las escuetas frases la consternaron más que si de un volumen entero se tratara. Su corazón no dejó de palpar desbocado. El humor que traía de vuelta a casa se esfumó. «¿Por qué me pide que no vaya?», se preguntó.

De todos modos, se había propuesto salir de nuevo al margen de la nota, pero se dio cuenta de que el tiempo se le agotaba. O-Toki, que le llevaba la cena servida en una bandeja, se quedó perpleja.

—Ya cenaré cuando vuelva —le dijo.

Se puso de nuevo el abrigo y salió por la puerta. En la esquina, justo antes de desembocar en la avenida por donde pasaba el tranvía, se detuvo. Sospechaba que le resultaría insoportable ir a la clínica. Reflexionó un momento sobre la futilidad de su esfuerzo dadas las circunstancias.

«Con su carácter, dudo mucho que me explique el verdadero sentido de la nota.»

Inquieta, observó el ir y venir de los tranvías que pasaban a izquierda y a derecha. Si tomaba uno de los que pasaban por la derecha, llegaría a la clínica; si por el contrario tomaba uno de los que pasaban por la izquierda, llegaría a casa de los Okamoto. Renunció a su plan inicial y decidió ir a buscar consuelo en casa de su tío, pero también eso presentaba algunos inconvenientes. De hacerlo, antes o después se vería obligada a contárselo todo. Si no exponía los fundamentos de su relación con Tsuda, mantenidos en secreto hasta entonces, no sería capaz de dar un solo paso adelante. No le quedaría más remedio que admitir ante de sus tíos que su intuición y perspicacia le habían fallado. Sin embargo, las cosas aún no habían llegado al extremo de obligarla a soportar semejante humillación. Detestaba la idea de tener que hacer un ejercicio tal de honradez que podría destruir su amor propio, antes siquiera de perder la esperanza de recuperarse.

Incapaz de decidirse, se balanceaba hacia un lado y hacia el otro. En ese mismo instante, Tsuda, ignorante de las tribulaciones que atenazaban a su mujer, estaba sentado en la cama y miraba distraído la bandeja que le había llevado la enfermera. Desde que O-Hide llamó por teléfono, se había preparado mentalmente para recibir a su mujer una vez se marchó la señora Yoshikawa. Pero como se retrasaba, dejó de esperarla en cuanto le sirvieron la cena y, ligeramente decepcionado, le dijo a la enfermera:

—¡Vaya! Al fin es hora de comer algo. El día se hace muy largo cuando uno está solo. ¿No le

parece?

La enfermera era una chica menuda con la cara pálida. Tenía una expresión peculiar que le hacía imposible a Tsuda adivinar su edad. Vestida siempre con su uniforme blanco, parecía muy distinta de las demás mujeres. No dejaba de preguntarse cosas sobre ella: cuando vestía ropa de calle, ¿llevaría el pliegue en el quimono a la altura de los hombros, típico de las mujeres jóvenes? Finalmente, se decidió a preguntárselo en tono serio. Ella se rio tontamente y le explicó que aún estaba en prácticas. Gracias a eso pudo calcular más o menos su edad.

Dejó la bandeja junto a la almohada, pero no se marchó de inmediato.

—Debe de estar usted muy aburrido —comentó con una risita antes de preguntarle—: ¿Su mujer no ha venido hoy, verdad?

—No.

Tsuda tenía un trozo de tostada en la boca y no pudo decir nada más. La enfermera, al contrario, se sentía perfectamente capaz de continuar con la conversación.

—Pero en lugar de su mujer, ha tenido otra visita.

—Supongo que se refiere a esa mujer mayor. ¿Está muy gorda, no le parece?

La enfermera no sabía cómo responder a un comentario tan grosero. Permaneció callada y a Tsuda no le quedó más remedio que continuar.

—Si vinieran a verme mujeres más jóvenes y guapas, seguro que me recuperaría antes —añadió, lo que provocó la risa de la enfermera.

—¿Qué dice? Ya le visitan mujeres jóvenes y hermosas todos los días —respondió ella—. Es usted muy afortunado.

La chica no parecía estar al tanto de la visita de Kobayashi.

—La mujer que vino ayer era encantadora.

—A mí no me lo parece, desde luego. Es mi hermana menor. Se parece a mí, ¿verdad?

Sin responderle un sí o un no, la enfermera no pudo reprimir otra de sus risitas.

AQUEL ERA UN DÍA AFORTUNADO para la enfermera. El doctor se había indispuerto y le había pedido a un colega suyo que le sustituyera por la mañana. A partir de las doce, la clínica cerró porque este no pudo quedarse más tiempo.

—Tiene guardia en otro sitio y no puede venir por la tarde.

No daba muestras de su habitual nerviosismo cuando habló. En lugar de eso, se quedó tranquilamente sentada frente a Tsuda, que parecía contento de haber encontrado en ella la charla que disiparía su aburrimiento.

—¿De dónde eres? —empezó a preguntarle medio en broma.

—De la prefectura de Tochigi^[42].

—¡Claro, por supuesto! Ahora que lo dices me doy cuenta por tu acento. ¿Así que de Tochigi, no? Por cierto, ¿cómo dijiste que te llamabas?

—No creo que deba contestar a esa pregunta.

No quería decirle su nombre. Tsuda, complacido por la resistencia que encontraba en ella, insistió.

—Está bien, supongo que entonces no me queda más remedio que llamarte «señorita prefectura de Tochigi». ¿Te parece bien?

—Sí, me parece bien.

Sin embargo, le dijo la primera sílaba de su nombre de pila: «Tsu».

—Entonces será Tsuyu.

—No.

—Vaya, estaba casi seguro. ¿Tsuchi?

—No.

—Espera un momento. Si no es Tsuyu ni tampoco Tsuchi... ¡Ah, sí! Ya lo tengo. Puede ser Tsuya, o quizá Tsune.

Recitó una larga lista de nombres que empezaban por Tsu, pero la enfermera negaba la cabeza y se reía. Tsuda volvía al ataque con cada nuevo nombre que se le ocurría. Al final se lo dijo: Tsuki^[43]. No pudo evitar hacer bromas con un nombre tan extraño.

—Tendré que llamarte O-Tsuki. Es un nombre bonito. ¿Quién te lo puso?

Ella le respondió con otra pregunta:

—¿Y su mujer? ¿Cómo se llama?

—A ver si lo adivinas.

Después de aventurar dos o tres nombres dijo:

—Creo que O-Nobu.

Había acertado o quizá ya lo había escuchado en algún momento.

—¿Eres una chica muy lista, verdad?

En el cénit de su flirteo, de repente apareció O-Nobu. La enfermera se giró sorprendida, se levantó aprisa y recogió la bandeja de Tsuda.

—¡Caramba!, ¡es ella!

O-Nobu entró en la habitación cuando la enfermera salía. Se sentó junto a la cama de su marido y le miró.

—¿Pensabas que no iba a venir?

—No, pero se ha hecho tarde y ya no estaba seguro.

No mentía, O-Nobu se daba cuenta, lo cual no hacía sino incrementar sus dudas.

—¿Me has enviado una nota, verdad?

—Sí.

—Me pedías que no viniera hoy...

—Sí. Hubiera resultado bastante incómodo.

—¿Por qué?

Tsuda comprendió la situación.

—Por nada en especial —dijo para tranquilizarla—, una nimiedad, te lo aseguro.

—En cualquier caso, suficiente para tomarte la molestia de enviármela con un mensajero. No sería algo tan insignificante.

Trató de quitarle hierro al asunto.

—Nada especial, te repito. ¿Por qué tienes que preocuparte tanto de eso? Es una insensatez por tu parte.

Las palabras con las que esperaba tranquilizarla, produjeron en ella el efecto contrario. Frunció sus cejas negras y, sin decir una palabra, se llevó la mano al *obi*, de donde sacó la nota en cuestión.

—Léela, por favor.

Él la alcanzó en silencio.

—No hay nada importante aquí —insistió sin poder evitar que su corazón desmintiera sus palabras. La nota era muy simple, lo suficiente como para suscitar el recelo de O-Nobu: había descubierto algo sospechoso.

—Te ruego que me expliques lo que quiere decir, porque aquí realmente no dices nada —insistió O-Nobu—. ¿No te parece que es lo justo? Después de todo, para eso he venido.

—¿Solo para preguntarme eso?

—Solo.

Ella no estaba dispuesta a ceder. Ante su terquedad, Tsuda improvisó una mentira más convincente.

—La verdad es que ha venido Kobayashi.

El simple sonido de ese apellido la inquietó, pero el asunto no terminaba ahí. Para calmar su

desasosiego no le quedaba más remedio que explicarse.

—PENSÉ QUE NO TE AGRADARÍA encontrarte con un tipo como Kobayashi. Por eso te pedí que no vinieras.

O-Nobu seguía sin estar convencida de lo que decía.

—Si a ti no te hubiera resultado una situación desagradable, a mí, desde luego, sí —dijo para tranquilizarla—. ¡Obligarte a estar con un hombre como ese! Por si fuera poco, ha venido por un asunto muy feo del que no quería que te enterases.

—¿Algo que no me conviene escuchar? ¿Tenéis un secreto?

—Nada de eso —respondió Tsuda tajante. Sin embargo, al sentir sus perspicaces ojos clavados en él se vio obligado a añadir—: Ha venido para sacarme dinero. Otra vez. Eso es todo.

—¿Y por qué no debía escuchar eso?

—Sencillamente porque no quería.

—Por eso has tenido la amabilidad de enviarme una nota.

—Exacto.

Los ojos ya de por sí pequeños con los que atravesaba a su marido, se entornaron aún más y no pudo evitar una carcajada.

—Muchas gracias.

Tsuda no pudo mantener la calma. Había perdido la oportunidad de anular el veneno implícito en las palabras de la nota que había escrito tan despreocupadamente por la mañana, y no era suficientemente ducho a la hora de improvisar.

—¿No te hubiera resultado desagradable encontrarte con un tipo así?

—En absoluto.

—Mientes.

—¿Por qué dices eso?

—Kobayashi te dijo algo.

—Sí.

—Precisamente por eso. ¿No te das cuenta? Insisto, no me pareció buena idea que le vieras aquí de nuevo.

—¿Entonces ya sabes lo que me dijo?

—No, pero viniendo de él imagino que nada bueno. ¿Qué demonios te dijo?, si se puede saber.

O-Nobu se abstuvo de decir nada y volvió a responder con otra pregunta.

—¿Qué te ha dicho él?

—Nada de nada.

—Eso es mentira. Me ocultas algo.

—¿No eres tú la que oculta algo? Seguro que te contó alguna historia estrafalaria, y al creértela...

—Es posible, pero mientras insistas en ocultarme cosas no puedo hacer nada.

Tsuda se quedó en silencio. O-Nobu también. Los dos esperaban a que hablase el otro. Fue la resistencia de ella la que se quebró en primer lugar.

—Es mentira —dijo en un tono cortante—. Todo lo que dices es mentira. Kobayashi no ha venido hoy, pero has pensado que podrías engañarme con esa historia.

—¿En qué me beneficiaría mentirte?

—En algo, sin duda. Por ejemplo, podrías estar ocultándome que ha venido a verte otra persona.

—¿Otra persona? ¿Qué persona?

O-Nobu miró el bonsái que estaba junto al *tokonoma*.

—¿Quién te ha traído eso?

Le había descubierto. Inmediatamente se arrepintió de no haberle dicho que había ido a verle la señora Yoshikawa. Si no lo había hecho, era por una especie de sentido de la prudencia. Cuanto había discutido con ella le avergonzaba frente a su mujer, se lo reprochaba y por eso había decidido evitar mencionar a la señora Yoshikawa.

Miró el bonsái un momento. Tartamudeó el nombre de la señora Yoshikawa, pero antes de terminar de pronunciarlo del todo, O-Nobu se le adelantó.

—La señora Yoshikawa ha estado aquí, ¿verdad?

Él respondió sin pensar.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé; te aseguro que lo sé.

Tsuda, atento a la actitud de O-Nobu, recuperó la templanza.

—Sí, ha venido. Tenías razón. Tu predicción se ha cumplido.

—Ha venido en el tranvía, hasta eso lo sé.

De nuevo logró sorprender a su marido, que pensó que había visto su *rickshaw* aparcado frente a su casa y de ahí había deducido que había tomado el tranvía. En cualquier caso, no le parecía relevante el medio de transporte que hubiera utilizado la señora.

—¿Os habéis encontrado?

—No.

—¿Cómo lo sabes entonces?

O-Nobu volvió a responder con otra pregunta.

—¿Por qué ha venido a verte?

Él se esforzó por mostrarse tranquilo.

—Precisamente de eso quería hablar contigo, pero no quiero que me malinterpretes. Eso no significa que no haya venido Kobayashi. Él estuvo antes y ella después. De hecho, salió por la puerta y llegó ella.

147

O-NOBU SE DIO CUENTA de que estaba mucho más inquieta que su marido. Renunció a discutir al convencerse de que no iba a poder vencerle si seguía por ese camino. Se dio la vuelta para no desvelar su debilidad.

—Está bien. No tengo forma de saber si Kobayashi ha venido o no. Pero dime, por favor, para qué ha venido la señora Yoshikawa. Es obvio que no ha sido únicamente una visita de cortesía a un enfermo.

—No quería nada especial. Te lo digo para que no te sientas defraudada.

—Eso me da igual. Me basta con que me aclares cómo han sucedido las cosas.

—Ha venido a interesarse por un enfermo. Cualquier otra cosa es secundaria. Entiendes lo que quiero decir, ¿verdad?

—Sí. Continúa.

Tsuda le habló del consejo que le había dado la señora Yoshikawa de pasar unos días en el *onsen* para terminar de recuperarse. Él, al igual que O-Nobu, tenía sus propias mañas y abrevió convenientemente las partes que podrían resultarle más violentas. Al final, su explicación resultó tan cándida como racional. O-Nobu no encontró un solo pero al que poner una objeción.

Sin embargo, ambos seguían muy intranquilos. O-Nobu trató de averiguar algo más y Tsuda estaba decidido a no dejarle ver nada. Una batalla en la sombra, aunque pacífica, se desarrollaba tras haberla desencadenado los nervios y las mentiras. Ya que Tsuda defendía un punto vulnerable, era natural que O-Nobu le atacase valiéndose de su ventaja. Al margen de sus atributos naturales y tomando solo en consideración sus posiciones relativas, era evidente que O-Nobu contaba con ventaja antes de empezar la lucha. Ella partía de una posición ventajosa, y si Tsuda era consciente de ello, O-Nobu también.

Era natural, pues, que su guerra particular llegara a una fase en la que todas las presunciones salieran a la superficie. Si Tsuda se comportaba honestamente, O-Nobu difícilmente podría encontrarse en un contexto más favorable, pero, si por el contrario insistía en sus artimañas, su marido podría llegar a convertirse en una fortaleza inexpugnable. Por desgracia, O-Nobu no

disponía de las armas con las que moverlo de allí, solo contaba con la presión para que su marido se sincerase y le abriera su interior.

¿Por qué no ponía punto final a todo aquello de manera elegante a sabiendas de que en su corazón ya había ganado la batalla? ¿Por qué no quería darse por satisfecha salvo que obtuviera no solo la victoria, sino que esta fuera completa? La razón era sencilla: no disponía de margen suficiente para contentarse. Tenía que considerar problemas mucho más importantes al margen de esa lucha concreta. Sus objetivos secundarios, incluso terciarios, esperaban verse satisfechos. A menos que rompiera sus defensas, no sería capaz de lograr nada.

Y no solo insistía por eso. En realidad, en lo que a O-Nobu concernía, esa batalla no tenía un significado especial, y a lo que realmente aspiraba, era a conocer la verdad oculta en todo aquello. Su meta principal era disipar sus sospechas más que vencer a su oponente. Lograrlo era esencial para su existencia, pues su principal objetivo era obtener el amor de Tsuda a toda costa. A sus ojos, eso representaba un problema tan enorme que eclipsaba todos los demás, así como cualquier solución posible.

Se sentía obligada a no renunciar a su único objetivo, y en ello ponía todo su ser, hasta el límite de sus fuerzas, de sus pensamientos, de su juicio: era propio de ella comportarse así. Por desgracia, existía otra voluntad mucho más poderosa que se extendía muy por delante de ella, muy por detrás, arrojaba su luz fría sobre la joven pareja e iluminaba el lamentable estado en el que se encontraba.

Cada vez que trataba de precisar algo, Tsuda daba un paso para alejarse de ella. Si eran dos sus preguntas, él se alejaba otros dos. Cuando intentaba elucidar la verdad de los hechos, la distancia entre ellos aumentaba. Que se complicaran tanto las cosas le frustraba enormemente. A cada paso que daba, esa personalidad anónima destruía sus objetivos. Ella lo sabía, pero no comprendía el significado completo de cuanto estaba ocurriendo. Se contentaba con decirse que no era posible, hasta que al final terminó perdiendo la calma.

—Me dedico a ti por completo y tú pareces no darte cuenta de nada.

Tsuda no podía tolerar semejante comentario.

—¡Nunca lo he dudado ni por un instante!

—Eso espero. Si dudas de mí, prefiero estar muerta.

—No hay ninguna razón para llevar las cosas a ese extremo. No hay ningún problema entre nosotros, a menos no uno del que yo sea consciente, y en el caso de que lo haya, te ruego, por favor, que me lo digas. Trataré de explicarme si es necesario, pero si ya sospechas, sin razón, de mí, no hay mucho que yo pueda hacer al respecto.

—¡No sospecho! ¡No sin fundamento! La razón de todo esto está en ti, en tus sentimientos.

—Entiendo. Kobayashi te ha envenenado con alguna historia, ¿verdad? Estoy seguro. Cuéntamelo. No tienes por qué guardarte nada.

A JUZGAR POR LAS PALABRAS y la expresión de Tsuda, a O-Nobu no le resultó difícil imaginar lo que le rondaba la cabeza. Estaba muy preocupado por la visita de Kobayashi en su ausencia, por cuanto pudiera haberle dicho. De todos modos, solo se trataba de una intuición y por eso quería sonsacarle.

Era obvio que entre ellos existía un secreto; todo apuntaba hacia tal suposición: no había posibilidad de error ni de confusión al respecto. Con toda seguridad ocultaba algo. Estaba tan claro como la luz de un mediodía despejado, pero con el sol en lo alto no había sombras alrededor. No le quedaba más remedio que otear la distancia sin llegar a saber si podría llegar a vislumbrar lo que ocurría y desentrañar aquel entuerto.

A pesar de la confusión que la dominaba, O-Nobu supo mantener la calma y respondió a su marido sin más rodeos:

—Está bien. Te diré la verdad. Conozco hasta el último detalle por boca de Kobayashi, por eso no creo que te haga ningún bien esconderme las cosas más tiempo. ¿Te das cuenta de lo horrible que eres?

Lo que decía era un sinsentido, pero el ánimo con el que lo hacía le daba un aire de credibilidad. Se había visto obligada a calificarle de «horrible», que pronunció con frialdad.

La reacción de Tsuda no se hizo esperar y dio muestras de retroceder frente al arrebató de ella. O-Nobu no había aprendido la lección después de su amarga derrota con O-Hide, pero al menos tenía el coraje de ensayar una nueva y arriesgada estrategia que tal vez en esta ocasión le reportara recompensa alguna.

—¿Por qué no me lo contaste todo antes de que sucediera? —preguntó para llevar las cosas un poco más allá.

Era una pregunta ambigua que a Tsuda le costaba interpretar. La propia O-Nobu entendía cada vez menos de lo que decía. Él contestó que no sabía a qué se refería y ella no se lo aclaró. Perplejo, Tsuda lo intentó de nuevo con un rodeo.

—No creo que te estés refiriendo a mi viaje al *onsen*. Sería muy insolente por tu parte, porque no me importa renunciar a ese viaje. Lo sabes.

O-Nobu se sorprendió.

—¡Quién ha dicho nada semejante! Si te dan permiso en el trabajo, ¿qué problema hay? ¿Cómo te voy a pedir que no vayas? ¡No digas tonterías! Yo no soy una de esas mujeres histéricas que pierde los nervios cuando su marido se ausenta unos días.

—Entonces, ¿te parece bien que vaya?

—Por supuesto —dijo mientras sacaba un pañuelo de la manga de su kimono. Se lo llevó a la cara y rompió a llorar. A partir de ahí, a oídos de Tsuda solo llegaron fragmentos entrecortados, uno por uno, sin llegar a formar frases completas, interrumpidos constantemente por los sollozos.

—Da igual lo que pienses de mí... a pesar de que dices que soy una egoísta... por hacer algo tan horrible... como voy a impedir yo que te pongas bien... siempre te he estado muy agradecida por la

libertad que me permites... Si dices que te impido... ir al *onsen* a ponerte bien...

Tsuda se tranquilizó, pero O-Nobu no había terminado. Una vez tranquila, pudo continuar sin problemas.

—De ningún modo pensaba en eso. No importa si soy mujer o si soy estúpida, aún conservo mi sentido del honor. Si soy una mujer, como mujer; si soy estúpida, como estúpida. Sea como fuere, me esfuerzo en mantenerlo y cuando algo lo amenaza...

Antes de terminar, rompió a llorar de nuevo. Después se sucedieron otra vez los fragmentos entrecortados de su monólogo.

—Si... algo de eso llega a suceder... estaría tan absolutamente avergonzada... nunca, nunca podría ver... ni a mi tío ni a mi tía... de nuevo... O-Hide y los demás... me han hecho sentir como una estúpida... tú lo sabes y no has hecho nada... te da igual... pretendes no saber nada de nada.

—¿O-Hide te ha hecho sentir como una estúpida? ¿Cuándo? ¿Hoy?

Sin darse cuenta, Tsuda había cometido un nuevo error. No tenía que haber mencionado el encuentro hasta que ella se lo hubiera dicho. Los ojos de O-Nobu se encendieron.

—¿Lo ves! ¿Qué te había dicho? Ya sabías que había ido a ver a O-Hide, ¿verdad?

No le dijo que había llamado por teléfono. En realidad, no sabía si hacerlo o no, pero ella no le daba respiro. Cuanto más desconcertado estaba, más empeoraba la situación. Sentía que estaba en la cuerda floja, pero en el momento crítico, cuando casi lo había perdido todo, se le ocurrió una brillante coartada.

—Lo sé porque me lo dijo el conductor del *rickshaw* al que mandé a casa con la nota. Es probable que se lo dijera O-Toki.

Por fortuna para él, O-Toki, efectivamente, sabía que O-Nobu había ido a casa de O-Hide. Al darse cuenta de que aquella improvisada excusa había tenido éxito, soltó un profundo suspiro de alivio.

O-NOBU HABÍA TRATADO DE ROMPER LAS DEFENSAS de Tsuda por todos los medios, pero abandonó de golpe. Todos sus esfuerzos demostraron ser inútiles ante la evidencia de que no la engañaba como tanto había temido. Decidió no continuar su asedio a pesar de lo denodado de sus esfuerzos hasta el momento. Tsuda, por su parte, supo sacar ventaja de la oportunidad que se le planteaba.

—Da igual lo que O-Hide o cualquier otra persona pueda decir. Después de todo, ella es ella y tú eres tú. ¿No te parece?

—En ese caso, tampoco importa lo que diga Kobayashi o cualquier otro, porque él es él y tú eres tú —replicó ella sirviéndose del mismo argumento.

—No, lo cierto es que no importa. Es decir, si solo me crees a mí. Pero si comienzas a hacer caso a tus sospechas, y acrecientas los malentendidos, esto no acabará nunca, se convertirá en un

auténtico incordio y tendré que intervenir.

—A mí me ocurre lo mismo. Me da igual lo estúpida que me considere O-Hide o lo frío que tu tío Fujii se muestre conmigo. Solo con que creas en mí y me seas fiel, no habrá ningún problema, pero si empiezas a...

O-Nobu se quedó sin palabras. Sin pruebas fehacientes, difícilmente podía argumentar algo sólido. De nuevo, Tsuda supo sacar partido a su momentáneo desconcierto.

—Quizá piensas que he hecho algo que te humilla como esposa, pero en lugar de eso, ¿no sería mejor que confiaras un poco más en mí y te tranquilizases?

—¡Yo quiero creerte! —le gritó ella de improviso—. Quiero estar tranquila, confiar en ti. Lo deseo más de lo que imaginas.

—¿Estás segura de que no lo sé?

—No, no puedes, porque si lo supieras cambiarías tu actitud. Por eso me tratas con tanta indiferencia.

—¡Yo no soy indiferente!

—No sientes ninguna lástima ni compasión por mí... Eso es lo que pienso.

Tsuda repitió atónito sus palabras y guardó silencio unos instantes. Cuando volvió a hablar, lo hizo con un balbuceo, tratando de sortear aquel punto.

—Dices que no me preocupo por ti y no tienes en cuenta lo mucho que lo hago en verdad. Puedes estar segura de que si hay algo por lo que deba preocuparme, lo haré, pero ¿y si no lo hay?, ¿qué se supone que tengo que hacer entonces?

La voz de O-Nobu tembló por la tensión y los nervios.

—¡Oh, Yoshio! Escúchame, por favor. Júrame que no tengo nada de qué preocuparme, te lo suplico. Ayúdame a calmarme, a despejar mis dudas. ¡Sálvame! No tengo a nadie más a quien acudir. Estoy indefensa, moriré si me das la espalda. Por favor, dime que puedo estar tranquila. Una palabra tuya me bastará. Dime que no tengo de qué preocuparme.

—Todo está bien, te lo aseguro. No te preocupes por nada.

—¿Lo dices de verdad?

—Por supuesto. Deja ya tus sospechas, por favor.

Ella aprovechó sus palabras para abalanzarse de inmediato sobre él con una asombrosa fuerza.

—De acuerdo. Cuéntamelo todo aquí y ahora. No te guardes nada. Te prometo que después me tranquilizaré de una vez por todas y para siempre.

Tsuda estaba desconcertado. La incertidumbre se apoderó de sus pensamientos y se preguntaba si debía hablarle de Kiyoko. Sin embargo, pronto llegó a la conclusión de que en realidad sus celos no respondían a una evidencia concreta. En el caso de que conociera toda la verdad,

difícilmente le hubiera empujado hasta ese punto donde estaban sin haberle asestado ya una puñalada. Su situación era comprometida, aunque todavía contaba con una vía de escape. Su moral y su egoísmo luchaban entre sí, pero la posibilidad de ir al *onsen* había desequilibrado la balanza. Se sentía obligado a cumplir la promesa que le había hecho a la señora Yoshikawa. También lo deseaba. Era un deseo surgido de la necesidad. Lo mejor, por tanto, sería no revelar nada a su mujer, no al menos hasta regresar de su viaje.

—Hablar de algo tan tedioso una y otra vez no nos va a reportar nada bueno. Solo vamos a conseguir estar siempre enfadados. ¿Por qué no lo dejamos de una vez? ¿Te serviría una garantía por mi parte?

—¿Una garantía?

—Sí, te daré una garantía. Te aseguro aquí y ahora que jamás te humillaré.

—¿Cómo me lo aseguras?

—Es mi promesa. No tengo otra forma de hacerlo.

O-Nobu no dijo nada.

—En otras palabras —continuó él—, di que me crees y eso bastará. Si algo llegara a suceder, puedes hacerme responsable de todo. Lo aceptaré sin rechistar. ¿Qué te parece? ¿Podemos llegar al menos a un compromiso en ese aspecto?

POR MUY EXTRAÑA QUE FUERA LA OFERTA DE TSUDA, en ese momento coincidió plenamente con su estado mental y emocional. Al darse cuenta, O-Nobu se calmó. Tsuda, preocupado por la posibilidad de que su mujer se volviera a alterar, experimentó un alivio momentáneo. Con tiempo suficiente pudo canalizar sus energías, controlar sus fuerzas y reconducirlas en su propio beneficio: consoló a su mujer con expresiones calculadamente complacientes. A pesar de su aparente frialdad, Tsuda era lo suficientemente hábil cuando debía adaptarse a los sentimientos de los demás si era necesario, por lo que sus esfuerzos no fueron en vano. O-Nobu encontró en él, por primera vez en mucho tiempo, al hombre que había conocido antes de casarse, y en su interior florecieron los recuerdos de aquella época: «No ha cambiado en realidad, es la misma persona», se dijo.

La satisfacción de O-Nobu fue suficiente para sacarle del apuro en el que se encontraba. El conflicto entre ambos había estado a punto de desatarse con la fuerza de una tormenta, pero al final remitió. Sin embargo, ya no eran la misma pareja. En algún momento algo había cambiado su relación sin que se dieran cuenta.

Mientras la tempestad amainaba, Tsuda tomó conciencia de algo: «No es tan difícil aplacar a las mujeres después de todo», se dijo. Le complació la desbordante confianza en sí mismo que el incidente le había reportado. Hasta aquel momento, cada vez que se peleaba con O-Nobu se convencía de lo difícil que era tratar con ella: pese a menospreciarla por ser mujer, admitía situaciones similares a diario. Jamás había tenido la oportunidad de analizar con exactitud si se trataba de la intuición de O-Nobu o de sus cálculos —cálculos que bien podían considerarse producto de su intuición—, o quizá otra cosa, pero, en cualquier caso, el hecho era incontestable. Es más, lo había ocultado en el fondo de su corazón y no se lo había revelado a nadie. Por tanto, aquella evidencia era más bien un secreto. Tsuda se preguntaba el porqué de tan singular transformación. La respuesta era sencilla: solo deseaba respetarse a sí mismo. A pesar de todo, en su matrimonio, que consideraba una guerra amorosa que siempre perdía, conservaba intacto su orgullo. No obstante, dejarse vencer por ella, en el fondo no le reportaba ningún beneficio. No se consideraba un prisionero del amor que mantenía la cabeza bien alta, sino alguien libre que se dejaba atacar por sorpresa. O-Nobu no se daba cuenta de que al hacerlo socavaba su orgullo a cambio de esa especie de satisfacción amorosa que la embargaba al salir triunfante, mientras que Tsuda, a quien no le gustaba perder, tenía que rendirse lleno de reproches y quedarse inmóvil, cada vez más debilitado.

Después de aquella discusión, en cambio, su relación se había invertido y era perfectamente natural que su idea de O-Nobu también hubiese cambiado. Nunca antes había visto a su mujer, que parecía llevar siempre una clara ventaja sobre él, rebajarse sin falsedad ni artificio. Mientras defendía sus puntos vulnerables y trataba de esquivar sus golpes, había sido capaz, por vez primera, de ser él quien asestara el golpe definitivo. El resultado estaba claro: la había engañado y eso provocaba que se compadeciese de ella más que nunca.

También O-Nobu, a su manera, empezaba a sentir los efectos de aquel choque. Nunca antes se había comportado así, y ahora se arrepentía profundamente. Se había concentrado demasiado en

atacar el punto débil de Tsuda, para lo cual había dejado su flanco al descubierto. Solo deseaba que la amara, y confiaba en sus propias fuerzas para lograrlo. Estaba decidida a no cejar hasta conseguirlo, así como a no perderse el respeto a sí misma. Un orgullo como el suyo no era algo enrevesado, sino más bien la determinación de no humillarse, de no agachar la cabeza para suplicar clemencia por muy importante que pudiera ser el amor para ella. Quería demostrarle quién era en realidad si no la amaba tal y como ella quería. Su terquedad le provocaba una tensión constante, una tensión que terminaría por ceder en algún punto y destruiría su orgullo. Lamentablemente, no dejó de presionar sin apercibirse de semejante contradicción. Tras haberla roto la presión a la que se veía sometida, se arrepintió de lo ocurrido, aunque afortunadamente para ella, el resultado no fue tan cruel como había supuesto en un principio. Exponer sus temores, trajo consigo una cierta recompensa: su marido, cuya actitud con ella nunca la había satisfecho pese a salir victoriosa de todos sus conflictos, cambió y se mostró más cercano y más amable. Había usado la palabra «compromiso». Admitía así, si bien de manera indirecta, que el secreto que O-Nobu trataba de desvelar no era fruto de su imaginación. «¿Una confesión?», se preguntó. Sin duda, una confesión próxima al reconocimiento, por muy tácito que fuera. Se sentía complacida por lo que había averiguado, al tiempo que desconcertada por saber tan poco. No presionó más. Tsuda sintió lástima por ella. Ella también sintió lástima por él.

151

SIN EMBARGO, LA SITUACIÓN era objetivamente más complicada de lo que O-Nobu podía suponer. No podían despedirse así, tenían que esperar a que la tormenta amainase por completo.

Cuando O-Nobu se tranquilizó, aunque aún persistían en ella los efectos de su discusión, como una mujer embriagada que sabe sacar partido a tal circunstancia, se dirigió a su esposo.

—¿Cuándo tienes pensado ir al *onsen*?

—Tan pronto como salga de aquí. Será lo mejor para mi salud.

—Por supuesto, cuanto antes mejor. Veo que ya lo tienes decidido.

Tsuda se sintió aliviado al escucharla. Sin embargo, ella guardaba aún una sorpresa.

—¿Te importa que vaya contigo?

La angustia volvió a atraparlo tras un breve respiro. Tenía que pensar bien la respuesta. No había contemplado la posibilidad de llevarla consigo en ningún momento y, sin embargo, le resultaba muy difícil negárselo. Estaba perdido. No sabía cómo reaccionar y mientras se preguntaba qué responderle, perdió su oportunidad: O-Nobu no estaba dispuesta a aliviar su presión.

—¿Estás de acuerdo o no? ¿Puedo ir contigo?

—Bueno, sí, pero...

—¿No puedo?

—No, no se trata de eso...

Su escasa predisposición se adivinó en sus titubeos. Un nuevo brillo de sospecha en la mirada de O-Nobu y todo se echaría a perder. Se sintió contagiado por la paranoia de su mujer. La pelea también le había dejado sus secuelas y no le quedaba más remedio que adaptarse como buenamente pudiera. Se le vino a la mente la palabra «apaciguar». «Tengo que apaciguarla», se dijo. «Solo cuando una mujer está tranquila, funcionan las cosas.» Se enfrentó a ella con su nueva estrategia preparada.

—Me parece bien que vengas. De hecho, me gustaría llevarte conmigo porque no querría ir solo. Aunque solo sea para ayudarme, es mejor que me acompañes.

—¡Oh, estupendo! Entonces iré.

—Por otra parte...

O-Nobu no pudo ocultar su decepción.

—Por otra parte, ¿qué?

—No sé qué vamos a hacer con la casa.

—Toki se queda a cargo de todo. No hay problema.

—¿No hay problema? No me gusta que uses esos argumentos infantiles tan irresponsables.

—¿Por qué? ¿En qué me comporto de forma irresponsable? Si O-Toki no te parece suficiente, le pediremos a alguien que se quede con ella.

O-Nobu mencionó a dos o tres personas que podrían resultar adecuadas para cuidar de la casa en su ausencia, pero él las rechazó.

—¡Un hombre joven, de ninguna manera! ¿Cómo vamos a dejarles solos?

O-Nobu se rio.

—¿Qué dices? ¿Qué puede pasar? Nada; te lo aseguro. Serán solo unos días.

—No puedo estar de acuerdo contigo al respecto. Desde luego, no puedo estarlo.

Mientras se esforzaba en mostrarse firme y resuelto, se esforzaba en encontrar una solución.

—Me pregunto dónde podríamos encontrar a la persona adecuada. Si conociésemos a alguna mujer de cierta edad estaría bien, pero...

No había ninguna disponible ni en casa de los Fujii, ni en la de los Okamoto, ni en ninguna otra parte.

—Está bien, lo pensaré a ver si se me ocurre algo.

Tsuda fracasó en su intento de dar por concluido el asunto. O-Nobu no le iba a dejar escaparse tan fácilmente.

—Imagina que no encontramos a nadie. ¿Qué pasa entonces? ¿Quiere decir eso que no puedo ir contigo?

—Yo no he dicho eso.

—Pero no conozco a ninguna mujer que esté disponible. ¿Tú sí? Es obvio que no. Si no quieres que vaya contigo, ¿por qué no me lo dices abiertamente en lugar de dar tantas vueltas?

Tsuda se sintió atrapado por un momento, pero se escabulló con otra excusa que resultaba de lo más conveniente.

—En caso de emergencia no creo que fuera necesario encontrar a otra mujer, pero al margen de O-Toki hay otro problema. Como bien sabes, el dinero para el viaje me lo da la señora Yoshikawa y no me parece oportuno dar pie a que piensen que nos aprovechamos de ella para hacer un viaje juntos.

—En ese caso no aceptes su dinero. Tenemos el cheque de mi tío.

—Si usamos el dinero de tu tío, no vamos a cubrir los gastos del mes.

—También contamos con lo que nos dio Hideko.

Tsuda estaba de nuevo atrapado, pero volvió a encontrar una excusa, aunque era bastante endeble.

—Tengo que prestarle dinero a Kobayashi.

—¿A ese tipo?

—Entiendo que te extrañes, pero se marcha a Corea, como bien sabes. Me da lástima y se lo he prometido. No hay nada que hacer.

No podía esperar que O-Nobu se diera totalmente por vencida, pero por el momento había logrado escapar del apuro.

152

LA CONVERSACIÓN CONTINUÓ en un tono inesperadamente tranquilo, lo cual favoreció que llegasen pronto a un segundo acuerdo. Para evitar problemas con Kobayashi y cumplir su promesa, Tsuda había decidido ofrecerle cierta cantidad de dinero del cheque que O-Nobu le había entregado. Sería su regalo de despedida antes de que partiera a Corea. En teoría se trataba de un préstamo, pero como no tenía intención de regresar, sabía que esa suma jamás regresaría a sus manos. En realidad se la regalaba. Lógicamente, O-Nobu se oponía totalmente. Dar dinero a ese patán le parecía el sùmmum de la estupidez y por mucho que lo intentara, era incapaz de encontrar en su corazón la más mínima piedad o la predisposición a ayudarle si no les daba garantías de devolverles el préstamo. Al intentar comprender por qué actuaba así, Tsuda sintió miedo de ella.

—¿Por qué tienes que ser tan amable con semejante individuo? Te aseguro que no lo entiendo.

Repitió la misma pregunta dos o tres veces, y Tsuda no dejó de insistir en su generosidad y en que no estaba dispuesto a seguirle la corriente, por lo que ella se vio obligada a dar un paso más.

—No lo entiendo. Si al menos supiera por qué crees no cumplir tus obligaciones con él si no se lo entregas, no me importaría que le dieras el cheque entero.

Eso era, precisamente, lo más complicado, incluso para él, de manera que no podía esperar que O-Nobu lo entendiera. Le contó lo unido que había estado a Kobayashi en el pasado, los recuerdos tan agradables que conservaba de esa época. Ella le reprochó que usara la palabra «agradable» para referirse a la relación que mantenía con él, y a Tsuda no le quedó más remedio que extenderse en prolijas explicaciones sobre cuán distinto había sido en el pasado. No obstante, al darse cuenta de que no le entendía, cambió de tono y, de forma pomposa, se puso hablar de la compasión y el altruismo. No se daba cuenta de que eso de lo que hablaba se reducía a cierto utilitarismo e, inadvertidamente, cayó en la trampa que él mismo había tendido. Se había colocado en una situación tal que a O-Nobu le resultaría muy fácil ponerle la zancadilla y hacerle rodar por el suelo. Con una paráfrasis que más bien parecía una apelación, dijo:

—Se encuentra en una situación difícil, como ya sabrás. No puede quedarse en Japón y solo le queda la opción de Corea; ¿no te parece bien que demuestre un poco de compasión por él? Le atacas por su carácter, pero a mí me parece injusto. Admito que es un infeliz incorregible, de acuerdo, pero si piensas un momento en la razón que le ha llevado hasta ese extremo, es fácil entender que haya acabado de ese modo. Es por sus ideas sobre lo que es o no justo. Si quieres saber por qué se comporta así, te diré que se debe a que es incapaz de ganar el dinero suficiente, no porque sea un vago o un estúpido. Al contrario, tiene la cabeza muy bien amueblada, pero, por desgracia, no ha recibido una educación correcta. Cuando me quise dar cuenta, ya se había convertido en quien es ahora. No puedo evitar sentir lástima por él. Piénsalo. No es un mal tipo, son sus circunstancias las que son malas. Piénsalo y lo entenderás. Su principal problema radica en su infortunio.

Si Tsuda se hubiera conformado con decir eso y parar ahí, todo habría ido bien pese a su falta de honestidad, pero no supo callarse a tiempo.

—Deberíamos pensar también en otro aspecto del problema. Si nos ponemos a malas con un tipo tan insensato, no sabemos hasta dónde puede llegar. Le gusta pelearse con todo el mundo, ya lo sabes. De hecho, vino aquí y se puso a fanfarronear con que le daba igual quién fuera su oponente porque él siempre sacaría ventaja. Es incontrolable, te lo aseguro. Si rechazo ahora su petición, se pondrá furioso. Si solo fuera eso, no sería tan grave, pero estoy convencido de que no se rendirá. Querrá vengarse y, mientras yo tengo que esforzarme por mantener mi reputación, a él no le importa nada malograr la suya: no puedo hacerle frente. ¿Entiendes ahora por qué actúo así?

Llegados a ese punto, su fachada de hombre compasivo se había desmoronado. De no haber hablado tanto, a O-Nobu no le habría quedado más remedio que consentir. Además, por si no hubiera sido ya bastante, continuó:

—Si solo dirigiese sus ataques contra la clase alta, si sus desafortunados comentarios se ciñeran a la gente rica en general como expresión de algún tipo de ideología, no sería un problema tan grave. Pero no se conforma con eso; no. Es mucho más práctico. Asegura que se servirá de cuanto tenga al alcance de la mano para lograr sus objetivos. Y eso es, precisamente, lo que me deja más expuesto. Da igual cómo me enfrente a él; lo mejor, sin duda, es parecer amable, hacerle sentir bien, facilitar que se marche a Corea lo antes posible y para siempre. En caso contrario, no sé qué podría hacer para meterme en problemas.

O-Nobu no pudo evitar puntualizar algo.

—Da igual lo grosero o peligroso que sea Kobayashi. Si no tienes ningún punto débil, no hay nada que temer. ¿No es verdad?

Discutieron diez minutos sobre cómo resolver el asunto. Al final acordaron la cantidad que iban a tomar del cheque para entregársela a Kobayashi. Tan pronto como lo aclararon, dispusieron el dinero restante. Tsuda aceptó que O-Nobu se quedara con parte para disponer libremente de él en su ausencia; como contrapartida, ella no iría al *onsen*. Es más, acordaron aceptar el dinero con el que la señora Yoshikawa quería hacerse cargo de los gastos de la estancia.

Finalmente, las diferencias surgidas en el seno de la joven pareja se resolvieron durante aquella fresca tarde de otoño. Se despidieron y O-Nobu se marchó.

153

EL POSTOPERATORIO QUE TSUDA se veía obligado a soportar transcurría despacio, o al menos así se lo parecía a él. Al quinto día, el doctor le cambió todos los vendajes y le dijo a modo de diagnóstico:

—Todo evoluciona a la perfección. Tan solo hay un poco de sangre a nivel superficial de la herida, pero internamente no hay hemorragia.

Al sexto día repitió el mismo tratamiento. La incisión ya estaba a punto de curarse por completo.

—¿Cómo está la hemorragia? ¿Ha parado?

—Sí; prácticamente.

Tsuda no llegaba a entender completamente el significado del término hemorragia y tampoco el alcance de la respuesta, pero le alivió suponer que estaba curado. La conversación que mantuvo con el médico, puso en evidencia, no obstante, que existían aún algunos inconvenientes.

—¿Qué ocurriría en el caso de que no llegase a cerrar por completo?

—Tendría que operarle de nuevo. Eso le dejaría una cicatriz aún mayor.

—No es una perspectiva muy halagüeña.

—No, pero no se inquiete. Estoy seguro, al ochenta o al noventa por ciento, de que curará como debe.

—¿Falta aún mucho tiempo?

—Como mínimo tres semanas. Máximo cuatro.

—¿Quiere decir para darme el alta?

—No, no. Pasado mañana puede marcharse.

Tsuda se alegró de recibir al fin buenas noticias. Decidió que nada más salir de la clínica, iría directo al *onsen*. No se lo dijo al doctor para que no le prohibiera expresamente viajar en su estado,

lo cual hubiera sido un verdadero contratiempo. Era una imprudencia por su parte poco coherente con su carácter. Estaba decidido a seguir adelante, pero ser consciente de aquella contradicción le ponía muy nervioso. Para ocultar su incomodidad, le hizo una pregunta al doctor de lo más innecesaria:

—Me explicó usted que no había cortado los músculos del esfínter. No entiendo entonces por qué me había colocado una gasa en esa zona.

—Esos músculos no están cerca del ano, sino un centímetro más abajo, y el lugar donde corté está en diagonal a un centímetro de ahí, aproximadamente.

Aquella misma tarde Tsuda empezó a comer gachas de arroz. Después de haber subsistido tanto tiempo a base de pan, el sabor del arroz aguado le resultó delicioso. En condiciones normales no apreciaba el gusto de un plato tan humilde, pero en ese momento sorbía y saboreaba como lo hubiera hecho un maestro de haiku al calor del plato en una fría tarde de otoño como aquella.

Tomó un laxante para que le ayudara a mover los intestinos, inactivos durante tanto tiempo. Era parte de su recuperación. En cuanto se alivió, se sintió más animado. Más a gusto en su propio cuerpo, se dio media vuelta en la cama y esperó paciente a que llegase el día de abandonar el hospital.

Ese día llegó muy rápido, tan solo una noche después. Nada más ver a O-Nobu, que había ido a buscarle con un *rickshaw*, exclamó:

—¡Por fin vuelvo a casa!

—No sabía que eso te hiciera tan feliz.

—Desde luego que sí.

—Te refieres a que estar en casa es mejor que estar en la clínica.

—Supongo —dijo con su habitual tono de voz. Justo después añadió, como si se acabara de acordar—: Por cierto, gracias por el pijama que me hiciste. No sé si ha sido por el algodón o porque era nuevo, pero he estado muy a gusto con él.

O-Nobu se rio.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó medio en broma—. ¿De repente te has convertido en un adulator?

Confesó que no era exactamente nuevo, pero justo en ese momento Tsuda se ponía el kimono, y el simple hecho de ceñirse el *obi* de crepé moteado alrededor de la cintura debía parecerle más importante que cualquier otra cosa. No le dio demasiada importancia a lo que le decía su mujer.

—¿En serio? —murmuró como única respuesta.

—Si tanto te gusta, llévatelo al *onsen*.

—Buena idea. Así me acordaré de ti cada vez que me lo ponga.

—Sí, pero si allí te dan uno mejor, voy a quedar en evidencia.

—No te preocupes por eso.

—Podría pasar. No hay forma de disimular algo de mala calidad, y el cariño con que te lo hice es algo que se olvida pronto.

Su sinceridad no afectó a Tsuda en el sentido que pretendía. De hecho, este apreció cierta ironía en sus palabras que le obligó a considerar el pijama como un símbolo de algo indescifrable. Le dio la espalda molesto y terminó de ajustarse el *obi* para rematarlo con un nudo grande.

La enfermera se despidió de ellos desde la entrada. Subieron al *rickshaw* que les esperaba en la puerta.

—Adiós —dijo Tsuda.

Su intensa semana en la clínica acabó con esa simple palabra.

154

EL PRIMER ASUNTO QUE TSUDA debía atender antes de marcharse era su encuentro con Kobayashi. Llegó el día de la cita y O-Nobu le entregó el dinero previsto.

—Es una lástima, ¿no te parece? —dijo con una sonrisa—. Tener que darle dinero a un tipo así.

—No se lo des entonces.

—Te aseguro que preferiría no hacerlo.

—¿Quieres que vaya en tu lugar y le diga que no?

—Te lo pediría encantado.

—¿Dónde es la cita? Dímelo e iré en tu lugar.

No sabía si su mujer hablaba en serio, pero si se lo tomaba a la ligera y no terminaba con la broma, imaginaba perfectamente el lío en el que podía meterse y del que después no sabría salir. Cuando la ocasión lo exigía, O-Nobu era una mujer que llevaba a la práctica lo que decía. Rompiera finalmente o no la promesa que le había hecho a Kobayashi, no era descabellado pensar que ella de buen grado se haría cargo de mantenerle a raya. Para evitar el evidente peligro que suponía aquello, cambió de tema con un comentario frívolo.

—Debajo de esa apariencia tan femenina hay una mujer muy valiente.

—Sí, en efecto, aunque todavía no he demostrado todo lo que llevo dentro de mí, así que ni siquiera sé cuánto hay en realidad.

—Si tú no lo sabes, yo sí. Eso basta, te lo aseguro. Si una mujer demuestra tantas agallas como haces tú, eso solo puede representar problemas para su marido.

—¿Por qué te iba a causar problemas? Si la esposa demuestra coraje, no hace falta que el marido también lo haga. ¿No crees?

—Estoy de acuerdo en que en algunos casos eso puede ser una ventaja —dijo él sin querer entrar en la discusión—, pero no recuerdo ninguno concreto.

—Tienes razón. Hasta ahora no lo he demostrado, pero mira dentro de mí un momento. Yo no soy la persona plácida y sumisa que piensas.

Él no contestó. Su elocuente silencio no la desanimó a continuar.

—¿Tan despreocupada te parezco?

—Sí, la verdad es que sí.

Ante semejante respuesta, a ella no le quedó más remedio que suspirar.

—¡Qué agotador resulta ser mujer! Me pregunto por qué tuve que nacer así.

—Desde luego no vas a lograr nada reprochándomelo a mí. Plantea tus quejas a tu padre y a tu madre.

Ella forzó una sonrisa sin renunciar a su argumento.

—Está bien. Solo te digo que estés atento uno de estos días.

—¿A qué te refieres? —le preguntó él sin salir de su asombro.

—Da igual. Solo estate atento.

—De acuerdo, pero ¿qué demonios piensas hacer?

—No te lo puedo decir hasta que no surja la ocasión.

—¿No significa eso que ni siquiera tú misma lo sabes?

—Supongo que tienes razón.

—Todo esto es ridículo. Es la advertencia más vaga y absurda que he oído en mi vida.

—No obstante, te digo que esa advertencia pronto se va a convertir en realidad.

Tsuda hizo un gesto de desdén. Ella, al contrario, se puso cada vez más seria.

—No bromeo. No sé por qué, pero últimamente no dejo de pensar en ello. Estoy convencida de que va a llegar el día en el que me vea obligada a mostrar todo el coraje que llevo dentro.

—¿Va a llegar el día? ¿Te vas a ver obligada? Te repito que todo eso no me parecen más que fantasías.

—No, no me refiero a un día dentro de muchos años ni a una vez en mi vida. Me refiero a un día cercano, a un futuro no muy lejano.

—Cada vez me pones las cosas más difíciles. Te aseguro que no me va a hacer nada feliz el día que liberes todo ese insensato coraje.

—Una vez más, te digo que lo haré por ti. ¿No es lo que te he dicho todo este tiempo? Mostraré mi coraje por ti.

Al apreciar la seriedad de su expresión, se dejó arrastrar poco a poco por su estado de ánimo. No había mucho lirismo en la naturaleza de Tsuda, justamente al contrario que en la de O-Nobu. Solo sentía la amenaza lejana de un acontecimiento desafortunado. El lirismo de O-Nobu, lo que él considera fantasía, se intensificaba gradualmente. Cuando las alas del pajarillo que hasta entonces había revoloteado a ciegas, y que él casi daba por muerto, empezaron a moverse, le invadió un extraño presentimiento y puso fin a la conversación.

Sacó el reloj de su *obi*.

—Se ha hecho tarde. Lo mejor es que me vaya ahora.

Se levantó y se dispuso a salir. O-Nobu le siguió hasta la entrada y le alcanzó el sombrero marrón que estaba colgado en el perchero.

—No te olvides de saludar a Kobayashi de mi parte.

Sin darse la vuelta, Tsuda salió al frío de la tarde.

155

EL LUGAR EN EL QUE SE HABÍA CITADO con Kobayashi se encontraba en una calle lateral, a escasa distancia de una de las avenidas más concurridas de Tokio. Para evitar la molestia de recibirle en su propia casa y lo inapropiado de ir él a la pensión donde vivía, Tsuda había optado por citarle allí.

De camino, en el tranvía comprobó que se retrasaba. Su tardanza se debía a que se había cambiado de ropa, había arreglado con O-Nobu el asunto del dinero y después se había entretenido hablando con ella, pero ninguna de esas razones constituía un verdadero motivo de inquietud para él. No quería mostrarle a Kobayashi que se preocupaba por cumplir a rajatabla las normas dictadas por la cortesía. Al contrario, al llegar tarde pretendía incomodarle, pues le consideraba liberal y presuntuoso en exceso. Su encuentro se podía considerar algo parecido a una fiesta de despedida, pero al tratarse en realidad de una cita en la que uno iba a entregar una suma de dinero que el otro recibiría, Tsuda se sentía en posición de superioridad. Era aconsejable, por tanto, que hiciese gala de los privilegios asociados y estableciera de manera unívoca los papeles de anfitrión e invitado para evitar así cualquier demostración de orgullo por parte de Kobayashi. Le resultaba apropiado, incluso, como demostración de rencor al margen de cualquier otro beneficio que pudiera aportarle.

Aún en el tranvía, miró de nuevo el reloj. Le parecía demasiado pronto para ese caradura. Se entretendría un rato en los puestos callejeros nocturnos para aumentar sus ya de por sí excitadas expectativas.

Nada más apearse, las incontables luces de los puestos, que brillaban por todas partes, le bastaron para admirarse de la incansable actividad de la ciudad al caer la noche. Se quedó parado allí en medio y, antes de girar hacia la calle donde tenía su cita, decidió pasear unos diez minutos por la avenida principal. Apartó el periódico de la tarde que un vendedor le ponía delante de la cara, echó un vistazo a su alrededor y no pudo evitar sorprenderse con lo que vio.

Kobayashi, a quien imaginaba esperándole impaciente, estaba al otro lado de la calle, en la esquina del cruce que quedaba frente a la parada de Tsuda. Sus ángulos de visión no llegaron a

cruzarse y el amparo de la noche, el gentío y las temblorosas luces de los puestos resultaron de gran ayuda para evitar que le reconociera en la distancia. De cualquier modo, no miraba a ninguna parte, sino que hablaba con un joven al que Tsuda no había visto nunca. Desde su posición, solo alcanzaba a ver dos tercios de la cara de este y un tercio de la de Kobayashi. Podía observarles sin temor a que le descubrieran. Ninguno de los dos miraba a su alrededor, estaban allí de pie, cara a cara, por lo que ni siquiera tuvo necesidad de moverse. Parecían tratar un asunto muy serio.

Detrás de ellos quedaba la pared de un edificio. No había ventanas, de manera que no caía sobre ellos luz alguna. Fue un automóvil que pasó el que les iluminó con sus faros. Por primera vez pudo ver en detalle los rasgos del muchacho. Su cara pálida y su cabello despeinado, que parecía no cortarse desde hacía meses y que le sobresalía bajo el ala del sombrero, sorprendieron a Tsuda. En cuanto pasó el coche, se dio media vuelta y caminó en dirección contraria para evitarles.

No tenía un destino concreto. Su único propósito era disfrutar de la belleza de la escena urbana. Los objetos expuestos en los escaparates diferían en función de la tienda, pero no tenía especial interés en ninguno de ellos. No obstante, la mera visión de todo aquello le resultaba hasta cierto punto estimulante. Vio unas elegantes corbatas en una tienda que vendía objetos importados del extranjero y entró. Eligió una; la contempló un rato sin llegar a decidirse.

De pronto, pensó que allí estaba demasiado expuesto, que no era seguro. Salió y volvió por el mismo camino. Aquellos dos ya no estaban, habían desaparecido. Apretó el paso. Por las ventanas del edificio de ladrillo donde se iban a encontrar, salía una luz acogedora. Eran muy altas y estaban cerradas con unas cortinas venecianas que tamizaban aquel resplandor, que solo alcanzaba a iluminar la oscuridad tenuemente. La escena en el interior reflejaba el agradable ambiente de un restaurante de moda que disponía también de calefacción de gas.

Había que atravesar un corredor para llegar hasta él. La sala era austera, no demasiado grande. Tsuda sabía de su existencia desde hacía poco. Un amigo le había comentado que la comida era excepcional, a cargo de un cocinero que había trabajado para el embajador de Japón en Francia y en otros países. Tsuda había comido un par de veces allí y le pareció un lugar apropiado para citar a Kobayashi.

Abrió la puerta y entró. Allí estaba, con el periódico de la tarde extendido delante de él, visiblemente incómodo.

156

KOBAYASHI LEVANTÓ LA VISTA y miró hacia la entrada, pero en seguida volvió a concentrarse en el periódico. A Tsuda no le quedó más remedio que avanzar en silencio hasta la mesa donde estaba sentado.

—Lo siento, llego un poco tarde. Supongo que te he hecho esperar.

Kobayashi dobló el periódico.

—Tienes reloj, ¿verdad?

Tsuda evitó mostrárselo. Kobayashi se dio la vuelta y miró el que colgaba de la pared. Las

manecillas indicaban que llegaba con cuarenta minutos de retraso.

—A decir verdad, yo también acabo de llegar.

Se sentaron uno frente al otro. Solo había dos mesas más, que ocupaban dos parejas. En una de ellas se sentaban un hombre y una mujer elegantemente vestida. Reinaba un gran silencio en la habitación. El color de la lumbre de la estufa de gas, a unos dos metros de distancia, le daba un tinte cálido a la atmósfera del impoluto salón, pintado casi en su totalidad de blanco.

Tsuda pensó en el extraño contraste que había entre el antro al que le había arrastrado Kobayashi unos días antes y aquel lugar. Se sintió orgulloso de ser él quien invitaba en esa ocasión.

—¿Qué te parece este lugar? Tiene categoría, ¿no crees?

Kobayashi miró a su alrededor como si hasta ese mismo momento no se hubiera dado cuenta de dónde estaba.

—No está mal. Al menos no parece que haya policía husmeando.

—En lugar de eso, hay hermosas mujeres, ¿te has fijado?

—¿Esa de ahí es una geisha, verdad? —respondió en un tono de voz demasiado alto.

Tsuda, avergonzado, le reprendió:

—¡No seas estúpido!

—¿Por qué? No es algo imposible. Vivimos en un mundo en el que puede ocurrir cualquier cosa, incluso ver geishas en un lugar como este.

Tsuda se esforzó por hablar aún más bajo.

—¡Las geishas no se visten así, te lo aseguro!

—¿En serio? Si tú lo dices, será cierto. Un paleta como yo es incapaz de apreciar la diferencia. Para mí cualquier mujer que se viste bien es una geisha.

—Eres incorregible. Siempre con tus sarcasmos.

Tsuda quería demostrarle que le hacía sentir muy incómodo, pero Kobayashi no se dio por aludido.

—No es sarcasmo. Un tipo tan pobre como yo es incapaz de distinguir ese tipo de cosas. He tomado a esa mujer por una geisha, te lo digo honestamente.

—Está bien, no insistas.

—Si me he equivocado, tampoco puedes hacer nada al respecto. Pero dime, Tsuda, ¿cuál es la verdadera diferencia?

—¿De qué «verdadera diferencia» me hablas?

—Quiero decir que si de verdad hay tanta diferencia entre lo que llaman damas y las geishas...

Tsuda se sentía obligado a demostrarle que estaba por encima de sus comentarios infantiles. Quería poner en su sitio a ese tipo que se mofaba de todo y encima se fingía ignorante. Quería que su respuesta fuera como un golpe seco, pero al final se contuvo, o más exactamente, no encontró las palabras adecuadas para lograr tal efecto.

—¡Para ya con tus bromas, quieres!

—No bromeo —contestó Kobayashi mirando a Tsuda directamente a los ojos. Con su mirada demostraba que una nueva idea le rondaba la cabeza: era demasiado listo como para pasar por alto su intento de zafarse de él. Tsuda no podía seguir soportando sus comentarios mientras simulaba no prestarle atención, pero era muy hábil y prefirió desviar la conversación hacia un tema más inocuo. A pesar de todo, volvió a caer en las malas artes de Kobayashi.

—¿Qué te parece la comida?

—A mí la comida de aquí o de cualquier otro lugar me parecen lo mismo. Un tipo como yo no tiene el sentido del gusto especialmente desarrollado.

—¿Quieres decir que no te sabe a nada?

—No, no se trata de eso. Está todo bueno.

—Me alegro. Resulta que el propietario es el chef y cocina él mismo, así que debe saber mejor que en otros restaurantes.

—Me da igual lo bueno que sea el chef. No tiene sentido que se esfuerce en complacerme; es inútil.

—Pero si la comida es buena, si te gusta, no importa nada más, ¿no te parece?

—Sin duda. Está buena, pero si le digo al chef que me sabe igual que la de una taberna de mala muerte de esas de a diez céntimos el plato, no creo que le haga muy feliz.

Tsuda se vio obligado a forzar una amarga sonrisa en la que también había cierta suficiencia. Kobayashi seguía a lo suyo, como si hablase para sí mismo.

—Después de todo, en la situación en la que me encuentro en este momento no me puedo permitir el lujo de perder el tiempo con estériles comentarios sobre si la comida francesa es mejor que la inglesa y cosas similares. Si llega a mi boca, solo puedo decir que me parece bien.

—Pero eso en ningún caso significa que hayas olvidado cuál es buena y cuál no.

—¡Desde luego que no! Está buena porque estoy hambriento, eso es todo. ¿Qué otra razón puede haber?

De nuevo Tsuda tuvo que guardar silencio. Sin embargo, cuando le pesó demasiado sintió que debía decir algo más. En el mismo momento en que se disponía a hablar, Kobayashi se le adelantó.

—QUIZÁ PARA UN HOMBRE DE TU SENSIBILIDAD, un torpe como yo solo merece desprecio. Me doy

cuenta; lo reconozco. Sé que no puedo hacer nada para evitarlo, pero hay un par de cosas que debo decir en mi defensa. Esa ordinariez no responde a una carencia por mi parte. Dame un poco de tiempo libre, un poco de dinero y verás la clase de persona a la que te enfrentas.

Kobayashi empezaba a sentir los efectos del sake. Su verborrea, que no se podía tomar ni en broma ni en serio, empezó a desviarse para sacar el máximo partido posible a su embriaguez. A Tsuda no le quedaba más remedio que mostrarse de acuerdo con él cuando estaba en lo cierto y adaptarse a su peculiar forma de decir las cosas.

—Tienes mucha razón en lo que dices. Te entiendo y lo sabes, estoy seguro. De lo contrario, no tendría ningún motivo para hacer lo que hago: venir a cenar contigo y entregarte una cantidad de dinero para tu viaje a Corea.

—Gracias.

—Te lo digo sinceramente. De hecho, el otro día lo comentaba con O-Nobu.

Debajo de las cejas de Kobayashi brilló una mirada de sospecha.

—¿De verdad has hecho eso? Si me defiendes frente a tu esposa, será que conservas algo de tu amabilidad de antaño. En ese caso... En fin. ¿Qué dijo ella?

Tsuda se llevó en silencio la mano al bolsillo. Al observar su gesto, Kobayashi se apresuró a añadir como si quisiera detenerle:

—¡Vaya, vaya! Así que esa es la razón de tanto empeño en defenderme. Ya me extrañaba.

Tsuda sacó la mano del bolsillo.

—Aquí está la respuesta de O-Nobu —le dijo un tanto vacilante. Se esforzó por retomar la conversación en el punto en el que la habían dejado.

—Al fin y al cabo, los hombres difieren según sean sus circunstancias.

—Lo que yo creo es que se diferencian en virtud de la cantidad de tiempo libre del que disponen.

Tsuda no pudo refutar su argumento.

—De acuerdo. También en eso hay una diferencia.

—Desde el día que nací hasta el mismo día de hoy, mi vida se ha desarrollado en el más bajo de los niveles posibles. La he vivido sin conocer siquiera el verdadero significado del concepto de tiempo libre. ¿No te parece que eso ya es suficiente para distinguirme de la gente nacida al amparo del lujo, que vive exclusivamente guiada por su egoísmo?

Tsuda sonrió apenas, pero Kobayashi hablaba muy en serio.

—No hace falta que lo pienses, no te preocupes. Estamos aquí, ¿verdad? Tú y yo, quiero decir. Compara tu situación y la mía y te darás cuenta de lo que te digo; verás los efectos de una vida despreocupada y los de otra sometida a una constante presión económica.

En su fuero interno, Tsuda estaba de acuerdo con lo que decía, pero cuanto más abundaba en ese argumento, más consciente era de que lo único que podía hacer era escuchar sus quejas.

—¿Cuál es el resultado? Tu desprecio. Y no solo el tuyo, también el de tu mujer. El de todo el mundo. No. Espera un momento; aún tengo algo más que decir. Es un hecho, un hecho irrefutable que los dos conocemos muy bien. Ocurre tal cual te lo he explicado, pero hay algo en todo esto que ni tú ni tu mujer comprendéis todavía. Aunque lo exponga ante ti aquí y ahora, no hay ninguna razón por la que nuestras posiciones deban cambiar. Quizá no tiene sentido que lo diga, pero como me voy a Corea y es posible que no viva para contarlo...

Kobayashi estaba realmente excitado. Después de una breve pausa, enseguida añadió:

—No. Es posible que me marche y descubra que las cosas pueden ser aún peores de lo que había imaginado, hasta el extremo de no poder soportarlas y verme obligado a regresar.

Semejante ataque de honestidad hizo reír a Tsuda.

—En fin —continuó Kobayashi—, puede que al menos me sirva de lección para el futuro. A decir verdad, yo te desprecio de la misma manera que tú me desprecias a mí.

—Soy muy consciente de ello.

—No, no lo eres. Puede que hayas percibido el efecto de mi desprecio, pero ni tú ni tu mujer habéis entendido lo que hay detrás. Por eso aprovecho mi despedida para explicarme, para compensar tu amabilidad de esta noche. ¿De acuerdo?

—Adelante.

—Aunque no te pareciera bien, no hay otra cosa que un tipo como yo, sin un céntimo, pueda aportarte.

—Por eso te digo que adelante.

—Escúchame sin interrumpirme. Si me escuchas de verdad, te lo diré. Tengo tan mal gusto que esta deliciosa comida francesa de la que tanto disfrutas o el sake me parecen iguales que los de esa sucia taberna en la que estuvimos juntos la otra noche. Eso hace que me desprecies, ¿verdad? Yo, al contrario, me siento orgulloso de ello y como contrapartida te desprecio por desdeñarme. ¿Ves a dónde quiero llegar? Piénsalo un momento. En ese sentido, ¿quién de los dos se siente atrapado y quién libre? ¿Quién es más feliz y quién está más constreñido? ¿Quién está en paz y quién trastornado? A mi modo de ver, siempre pareces avergonzado de algo, siempre estás inquieto, nervioso, tratando de evitar lo que te desagrada, arrastrándote tras las cosas que te gustan. ¿Por qué? Para mí la respuesta es muy simple. Porque disfrutas de tanta libertad que no sabes qué hacer con ella; porque tienes margen suficiente para ser una persona excéntrica y porque, al contrario que yo, no has tocado ese fondo donde no te queda más remedio que aceptarlo todo y permitir que la gente haga contigo lo que le plazca.

Tsuda, en efecto, despreciaba a Kobayashi. Sin embargo, pese a todo, se veía obligado a admitir un hecho: el hombre que tenía enfrente estaba hecho de un material mucho más duro que él.

EL MONÓLOGO DE KOBAYASHI, sin embargo, aún no había llegado a su fin. Después de observar la reacción de Tsuda sin inmutarse, le habló de un asunto inesperado. Volvía a lo que habían tratado nada más encontrarse, que había quedado apartado a un lado por el torrente de la conversación.

—Yo creo que entiendes lo que quiero decir y, a pesar de todo, te niegas a darme la razón. Es una contradicción, ¿no te parece? Pero yo conozco la causa. En primer lugar, se trata de quién incomoda al sensato Tsuda con todas estas cosas: no soy otro sino yo, que ocupo una posición social inferior y carezco de rango, dinero o siquiera un trabajo fijo. Si viniera de la señora Yoshikawa o de alguien de su categoría, en ese caso, por mucho que te dijeran algo que consideras innecesario, no tengo ninguna duda de que les prestarías toda tu atención sin perder detalle. No, no se trata de que yo sea parcial ni nada por el estilo; es un hecho irrefutable. Deberías pensar en ello, lo sabes. Me refiero a que soy yo el único capaz de decirte estas cosas. Harías bien en pensar que cuando se trata de algo así, ni el señor Fujii, ni su mujer, son capaces de decirte nada. ¿Por qué? Muy sencillo. No importa lo pobre que Fujii pueda ser, es un hombre sin mi experiencia. Eso, por no mencionar a toda esa gente que vive con mayor holgura que él.

Tsuda no sabía bien a qué gente se refería. Lo más probable es que pensara en la señora Yoshikawa o en el señor Okamoto. Kobayashi continuó antes de que Tsuda tuviera oportunidad de intervenir.

—En segundo lugar, tus actuales circunstancias te sitúan en una posición en la que no te crees obligado a prestar atención a mis consejos, ni siquiera a considerarlos una advertencia o algo que añadir a tu conocimiento, llámalo como quieras. Haces caso omiso de lo todo lo que te digo. Tu cabeza lo entiende, pero tu corazón se niega a aceptarlo. Pero ese es solo tu estado actual. Si lo rechazas todo con el argumento de que vivimos realidades distintas, muy alejadas entre sí, no hay nada que pueda objetar al respecto, la cosa termina ahí, pero quiero que aún prestes atención a algo. ¿Me sigues? La distancia que separa las circunstancias de la gente, sus respectivas posiciones sociales, no es tan grande en realidad. En el fondo, si tomamos a diez personas diferentes, las diez nos contarán más o menos la misma experiencia vivida de formas distintas. Déjame que te lo explique con mayor claridad. Yo soy yo, y observo las cosas de la forma más sincera. Tú eres tú, y lo haces como más te conviene. Creo que eso es lo que nos separa. Cuando quienes disfrutan de una situación acomodada sufren dificultades o algún contratiempo, se revuelven incapaces de creer en lo que ven sus ojos. Pero, aunque nieguen lo que estos ven, no pueden hacer nada por cambiar el lugar que ocupan en sus caras. ¿O acaso pueden? En resumen, lo que te digo es que seguramente recordarás mi consejo algún día.

—Está bien, trataré de no olvidarlo.

—Sí, inténtalo. Es muy probable que suceda algo que te lo traiga de vuelta a la memoria.

—De acuerdo, lo entiendo.

—Lo más gracioso es que no sirve de nada que lo entiendas.

Kobayashi soltó una carcajada. Tsuda no entendió el motivo de su risa, pero él se encargó de aclarárselo antes de que tuviera oportunidad de preguntarle.

—Supón que en este momento te dieras cuenta por pura casualidad. ¿Me sigues? ¿Serías capaz de metamorfosearte y anunciarlo a gritos ahora mismo? ¿Podrías cambiar de repente, convertirte en mí?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—¡Claro que se puede saber! Es evidente que no podrías. No te lo tomes a mal, para llegar donde estoy me ha hecho falta mucho entrenamiento. Da igual lo estúpido que pueda ser, para lograrlo he tenido que pagar con sangre.

El orgullo del que hacía gala Kobayashi le resultaba tremendamente molesto. Después de todo, ¿qué había conseguido el muy infeliz con tanto esfuerzo? Tsuda le preguntó algo sin preocuparse de ocultar el desprecio que sentía por él.

—¿Por qué diablos me dices todas esas cosas? ¿De qué me va a servir, llegado el caso?

—De nada, pero es mejor que no saber nada.

—A mí me parece que es mejor no saber nada.

Kobayashi se echó hacia atrás en la silla con una expresión de felicidad y empezó a reírse de nuevo.

—Eso es. A eso me refería.

—¿De qué hablas?

—De nada. Solo constato un hecho. Pero te lo voy a explicar, mira por dónde. Dentro de poco te verás en problemas y no sabrás qué hacer. En ese momento te acordarás de lo que te he dicho. Te acordarás y no serás capaz de actuar en consecuencia. Por eso pensarás que habría sido mejor no escucharme.

Tsuda parecía molesto.

—¡No seas necio! ¿Y qué si eso ocurre?

—Pues nada. Será mi venganza por tu desdén.

Tsuda cambió de tono.

—¿Tanta ojeriza me tienes?

—¡Claro que no! No se trata de ojeriza. Es mi buena voluntad lo que me anima. El hecho simple es que me desprecias desde siempre, pase lo que pase. Incluso si he visto lo que hay detrás de tu actitud, esas zonas oscuras que merecen toda repulsa, tú insistes en mostrarte altivo y despreocupado. En otras palabras, hablar contigo no sirve de nada. Solo aprenderás a base de golpes. Me he visto obligado a llegar hasta aquí únicamente para iniciar el combate. No hay más de qué preocuparse.

—Ahora lo entiendo. ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—En absoluto, ahora llegamos a la parte más importante.

Tsuda le miró sorprendido. Kobayashi se llevó el vaso a los labios y apuró su cerveza de un trago.

159

ANTES DE CONTINUAR, dejó el vaso encima de la mesa y echó un vistazo a su alrededor. En una de las mesas, una mujer se secaba las manos con una toalla finamente bordada, después de habérselas humedecido en el cuenco dispuesto para lavarlas después de tomar la fruta. La otra mujer, de unos veinticinco o veintiséis años, estaba sentada de espaldas a Kobayashi y de vez cuando les lanzaba una mirada furtiva. Sujetaba la taza de café mientras contemplaba el humo del cigarrillo de su acompañante, que hablaba del teatro. Las dos parejas habían llegado antes que ellos. Estaban a punto de terminar su cena y probablemente se marcharían antes que ellos. Al darse cuenta, Kobayashi comentó:

—Todo va bien. Aún siguen aquí.

Tsuda se puso alerta. Sin duda quería decir algo en voz alta para que le escuchasen, algo que seguramente les ofendería.

—¡Ya basta, te lo ruego!

—Aún no he dicho nada.

—Precisamente por eso te lo advierto. Yo aguanto tus ataques, pero cuídate de no hacer comentarios desagradables de gente que no conoces y en un lugar como este.

—Eres un timorato. Lo que quieres decir en realidad es que no tome este lugar tan elegante por una de esas tabernas de tres al cuarto que frecuento.

—Exactamente.

—En ese caso, te has equivocado al invitar a una calamidad como yo a un lugar tan refinado.

—Piensa lo que quieras.

—¿Estás inquieto, verdad?

Tsuda no contestó. Kobayashi aprovechó para mofarse de él.

—Te he marcado un tanto, ¿a que sí? ¿Qué te parece? ¿Te rindes?

—Eres libre de pensar lo que quieras.

—Eso quiere decir que me vas a rechazar aún más, pero me importa un bledo lo que pienses de mí.

—Me parece muy bien, pero tu actitud me desespera.

Kobayashi clavó la mirada en su indignado interlocutor.

—¿Al final lo has entendido? ¿Dime? Eso es lo que yo llamo batirse el cobre. Da igual el tiempo libre del que disfrutes, la cantidad de gente rica que frecuentes, los aires que te des; si caes vencido en el campo de batalla, se acabó todo. Por eso te he dicho antes que si no te has hecho hombre sobre el terreno, no eres más que un botarate.

—Es cierto. No hay nadie en este mundo capaz de vencer a un borracho sin escrúpulos.

En lugar de contestarle de inmediato, como habría cabido esperar de él, Kobayashi observó de nuevo a las dos parejas.

—Al fin hemos llegado al punto número tres. No me daré por satisfecho a menos que diga todo lo que tengo que decir antes de que se marchen estas mujeres. ¿Me comprendes? No es más que la continuación de lo que te comentaba antes.

Tsuda giró la cabeza en silencio. Kobayashi no prestó ninguna atención a su gesto.

—En tercer lugar, o por decirlo de otra manera, sobre el aspecto más importante de nuestra charla, déjame que te diga algo: hace un rato te has molestado cuando he señalado a esas dos mujeres y te he preguntado si eran geishas, ¿verdad? Supongo que es porque me consideras un cateto incapaz de ser cortés con dos señoritas. De acuerdo, soy un grosero, lo admito. Por tanto, no aprecio la diferencia entre señoritas y geishas, y por eso te lo he preguntado. Quiero saber en qué demonios se diferencia una geisha de una dama respetable.

Mientras hablaba, miró de nuevo a las dos parejas. La mujer que se secaba las manos con el pañuelo, se levantó como si fuera una especie de señal. Su acompañante llamó al camarero y pidió la cuenta.

—¡Vaya, se marchan! De haberse quedado un poco más, habrían podido escuchar lo más interesante. ¡Lo siento por ellas!

Siguió a la pareja con la mirada mientras salía del restaurante.

—¡Oh, fíjate! También se marcha la otra mujer. En fin, qué le voy a hacer. Ahora solo quedas tú para escuchar lo que tengo que decir.

Una vez más concentró su atención en Tsuda.

—Ese es el problema, lo ves. Como soy incapaz de distinguir entre cocina francesa o inglesa, como confundo una bazofia con una exquisitez, no me tomas en serio. Para mí todas esas cosas no tienen ninguna importancia, considero que lo básico es llenar el estómago. En esencia, que mis papilas gustativas estén tan poco desarrolladas como para no distinguir los sabores, es lo mismo que confundir a las geishas con señoritas.

Tsuda le miró como si le urgiera a llegar de una vez su objetivo.

—Mis conclusiones, por tanto, se reducen a esto: de igual manera que me siento más feliz que tú a pesar de que me menosprecias por mi paladar, en lo que se refiere a la evaluación de las mujeres, no dudaría en afirmar que, a pesar de tu rechazo, mi situación me concede una mayor libertad. Intenta comprender por qué. Al final acabas por decir: «esa no me gusta, pero esa sí. Tendría que

ser de esta manera o de la otra». Es el colmo del absurdo.

—Pero hay a quien le gusta eso.

—Eso es. Al fin te tengo donde quería. Si se trata del estómago te mofas de mí. Si se trata de mujeres, ni siquiera me tienes en cuenta.

—¡Ya basta!

—No, a mí me parece que no basta.

Se miraron directamente a los ojos y se obligaron a reír.

160

KOBAYASHI HABÍA TENDIDO HÁBILMENTE SU TRAMPA. Tsuda lo sabía, pero tenía su propio plan y le dejó hacer. Ambos terminaron adentrándose en un terreno peligroso.

—Por ejemplo —dijo Kobayashi—, estabas locamente enamorado de esa mujer, Kiyoko, ¿verdad? En aquella época decías que era la única, y eso no es todo, ella también estaba convencida de que tú eras el único. ¿Y qué pasó en realidad?

—El resultado es el que ves ahora.

—Eres muy perspicaz.

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Sí podrías hacer otra cosa. Podrías actuar de otro modo, pero extrañamente has optado por hacerte el inocente; a menos que escondas algo.

—¡No digas bobadas! Si sigues con este sinsentido, cometes un grave error. ¡Deberías andarte con cuidado!

—A decir verdad... —continuó Kobayashi como si quisiera preguntarle si sabía lo que iba a decir a continuación. Tsuda estaba intrigado.

—¡A decir verdad qué! ¿Qué quieres decir?

—Lo cierto es que se lo conté todo a tu mujer el otro día.

La expresión de Tsuda cambió de repente.

—¿Todo sobre qué?

Kobayashi guardó silencio unos instantes. Quería saborear la expresión y el tono de su interlocutor, pero al responder, su actitud cambió por completo.

—Es falso, te he mentado. No te preocupes.

—No me preocupa lo que puedas decir a estas alturas.

—¿No estás preocupado? ¿De verdad? Muy bien entonces. Te he dicho la verdad. Se lo conté. Le conté todo a tu mujer.

—¡Eres un necio!

La voz de Tsuda se elevó más de lo normal. La camarera, sentada a una prudente distancia, les miró desconcertada. Kobayashi quiso sacar partido de su sorpresa.

—¡Por favor! Te ruego que bajes la voz. Estás asustando a las damas. No debería beber con un rufián como tú, vas a arruinar mi reputación.

Miró a la camarera y le sonrió. Ella le devolvió la sonrisa. Tsuda no podía enfurecerse solo y Kobayashi aprovechó la situación.

—¿Cómo acabó aquella historia? Nunca te he preguntado por los detalles, ni tampoco me los has contado tú. ¿O quizá los he olvidado? En realidad no importa, pero ¿fue ella quien rompió el compromiso o fuiste tú?

—Eso ya no tiene ningún interés.

—Desde luego, para mí no. Pero seguro que a ti sí te importa, y mucho.

—Es obvio.

—Te repito otra vez lo mismo. Disfrutas de demasiada abundancia y eso provoca que tus gustos sean lujosos. Como resultado, cuando consigues lo que quieres, enseguida tienes ganas de otra cosa, y cuando algo se te escapa, te domina la rabia.

—¿Cuándo me he comportado yo así?

—Lo has hecho y aún lo haces. Es tu maldición por disfrutar de tantas comodidades. Me doy perfecta cuenta de ello. Es la ley de retribución de los pobres, que se toman así su revancha de los ricos.

—Si pretendes juzgar a los demás de acuerdo con unas normas que tú mismo has creado, adelante. No necesito defenderme.

—Yo no he puesto las reglas. Tan solo quiero mostrarte tu verdadera naturaleza. Si no lo entiendes, ¿quieres que te lo explique con ejemplos concretos?

Tsuda no le respondió con un sí o un no, pero no le quedó más remedio que escuchar.

—Te casaste con O-Nobu por propia voluntad, ¿verdad? Sin embargo, ahora ya no estás satisfecho con ella.

—Nada hay perfecto en este mundo, es inevitable.

—Y con esa excusa en mente, supongo que te dedicas a mirar a tu alrededor por si encontraras a alguien mejor.

—¡No seas tan mezquino! Eres un insolente, un sinvergüenza, como tú mismo reconoces, pero también por la bajeza de tus comentarios y de tu sarcasmo, por tu actitud burda e impertinente.

—Supongo que todas esas son razones suficientes para justificar tu desprecio.

—¡Por supuesto!

—Lo ves, precisamente por reaccionar así no se puede hablar contigo. No vas a entender nada hasta que lo sientas en tu propia carne; y sucederá. Solo espera y verás. Mi profecía se verá cumplida. La verdadera batalla empezará pronto y en ese momento te darás cuenta de que no soy tu adversario.

—Me da igual. Ser derrotado por alguien como tú, sin escrúpulos, sería todo un honor.

—Eres un terco incorregible. No será conmigo con quien tendrás que luchar.

—¿Entonces con quién?

—Tu lucha interior ya ha comenzado. Dentro de poco se exteriorizará y se hará real. Es esa holgura de la que disfrutas la que obligará a librar en vano una batalla que ya está perdida.

Tsuda se sacó bruscamente la cartera del bolsillo y conforme a lo acordado con O-Nobu, le entregó el dinero para su despedida.

—Te lo entrego ahora. Te ruego que lo aceptes porque cuanto más hablo contigo, más trabajo me cuesta mantener mi promesa.

Kobayashi extendió los billetes nuevos de diez yenes, doblados por la mitad, y empezó a contarlos.

—Hay tres.

161

SE GUARDÓ EL DINERO en el bolsillo interior del traje sin perder un minuto. En consonancia con sus penosos modales, su forma de dar las gracias resultó insolente.

—*Thanks* —le dijo en inglés—. Mi intención es tomarlo prestado, pero quizá me lo das sin esperar nada a cambio porque sabes que no dispongo ni de los medios ni de la voluntad de devolvértelo.

—Por supuesto que te lo doy —respondió Tsuda—, pero incluso ahora eres incapaz de darte cuenta de tu propia incoherencia, ¿verdad?

—Pues no. ¿De qué incoherencia hablas? ¿Te parece incoherente que acepte tu dinero?

—No se trata de eso —dijo Tsuda con actitud condescendiente—. Intenta reflexionar un poco. Hace un momento ese dinero estaba en mi bolsillo y en un abrir y cerrar de ojos ha acabado en el tuyo. Si no te gusta mi elaborado lenguaje, te lo diré más claro. ¿Quién ha provocado que el dinero cambie tan rápidamente de propietario? Intenta responder a eso.

—Has sido tú. Tú me lo has dado.

—No. No he sido yo.

—Deja ya tus acertijos sin pies ni cabeza. Pareces un monje zen. Si no has sido tú, ¿quién ha sido entonces?

—¡Nadie! Han sido precisamente esa holgura, ese tiempo libre del que disfruto y ese margen del que me acusas y que tanto criticas. Al aceptarlo sin rechistar, en realidad te doblegas ante todo aquello que cuestionas. ¿No es eso una contradicción?

—Evidentemente —respondió Kobayashi con un brillo en los ojos—. Así planteado, es probable que tengas razón, pero no tengo la impresión de haberme sometido a nada.

—Muy bien, entonces devuélvemelo.

Tsuda estiró el brazo hasta colocar la mano bajo su nariz. A Kobayashi se le antojó tan suave como la de una mujer.

—No, no pienso dártelo. El «bienestar» no me obliga a hacerlo.

Tsuda se rio y retiró la mano.

—Lo ves, te lo dije.

—¿A qué te refieres? No has entendido lo que he querido decir con que el «bienestar» no me obliga. ¡Pobre chico rico!

Kobayashi se volvió hacia la puerta y dijo:

—No creo que tarde en venir.

Tsuda, que observaba atento sus expresiones, pareció sorprendido.

—¿Quién va a venir?

—Alguien que es aún más pobre que yo.

Dio unos golpecitos intencionados a la cartera donde se había guardado los billetes antes de continuar:

—Esa riqueza que te ha permitido darme este dinero, no me obliga a devolvértelo. En cambio sí me obliga a dárselo a quien dispone de menos recursos que yo. El bienestar es como el agua. Fluye desde lo alto hacia abajo para no volver nunca más a donde nació.

Tsuda entendía sus palabras, pero no alcanzaba a interpretarlas. A consecuencia de ello, se sumió en un estado mezcla de inquietud, alerta y desconcierto. A pesar de todo, Kobayashi logró sorprenderle de nuevo con uno de sus arrebatos:

—Inclino respetuosamente mi cabeza ante el bienestar, reconozco mi incoherencia, apruebo tus sofismas. Todo eso me da igual. Te doy las gracias, te expreso mi más profundo agradecimiento.

De pronto rompió a llorar. Su dramática transformación inclinó las emociones de Tsuda hacia el desconcierto antes que hacia la inquietud. No pudo evitar recordar la escena de unos días antes en aquel antro donde le había acorralado. Frunció el ceño, pero se dio cuenta de que era el momento idóneo para sacar ventaja.

—¿Cómo puedo esperar gratitud de tu parte? Eres tú el que olvida el pasado. Yo me comporto como siempre, pero tú lo interpretas todo al revés, haces que nuestra relación sea cada vez más

difícil. Por ejemplo, el otro día fuiste a mi casa en mi ausencia y aprovechaste para decirle no sé qué a mi mujer.

Tsuda se calló y esperó deliberadamente la reacción de Kobayashi, pero como tenía la cabeza agachada no fue capaz de apreciar ningún cambio.

—¿No te parece que ya es hora de que dejes de sembrar discordia entre tu amigo y su mujer?

—No recuerdo haber dicho nada al respecto.

—No has dicho que...

—¡Solo era una broma! Me he burlado de ti solo porque tú te burlabas de mí.

—No tengo claro quién de los dos ha empezado a tomarle el pelo al otro, pero de todos modos ese no es el problema. Sería mejor si me dijeras toda la verdad.

—¡Ya te la he dicho! No sé cuántas veces tengo que repetirte que no le dije nada a tu mujer. Pregúntale a ella.

—O-Nobu...

—¿Qué te ha dicho?

—Nada en absoluto, por eso estoy tan molesto. Si lo está rumiando en su interior, no puedo defenderme ni explicarme. Y eso traerá un disgusto.

—¡Te repito que no le he dicho nada! El problema se reduce a si vas a comportarte como un buen marido a partir de ahora o no.

—Yo...

Antes de que Tsuda pudiera responder, un nuevo cliente entró en el restaurante y se acercó a su mesa.

TSUDA SE DIO CUENTA ENSEGUIDA de que era el joven de pelo largo al que había visto con Kobayashi en la esquina de la avenida. Una vez más se quedó atónito. Pese a la sorpresa, algo le había sugerido que aparecería en cualquier momento. Era algo extraño, porque en él se mezclaban la certeza de que un individuo semejante no entraría jamás en un local tan refinado y la seguridad de que cualquiera que entrara solo podría ser él.

Ya le había parecido muy extraño cuando vio su figura iluminada por los faros del coche en plena calle. Lo mirara como lo mirase, se abría un abismo insondable entre ellos: la clase social, la apariencia, la profesión, la forma de vestir... Le observó con frialdad, desde la distancia, y cuanto más lo hacía, más se le grababa su figura en las retinas.

«Así que Kobayashi se relaciona con este tipo de gente», se dijo. Se sentía afortunado de no alternar con esas personas. Su actitud hacia el recién llegado, por tanto, fue la de quien tuviera que enfrentarse al sospechoso de algún crimen.

El joven se quedó de pie junto a Kobayashi con el sombrero en la mano. Parecía incómodo por la presencia de Tsuda. Tenía un brillo extraño en los ojos, una mirada nerviosa, mezcla de resentimiento, miedo y orgullo, propia de un salvaje no habituado a la sociedad. Tsuda se sentía cada vez más inquieto. Kobayashi se dirigió al joven:

—¡Anda, quítate el abrigo!

El joven obedeció y lo colocó en el respaldo de una silla.

—Es amigo mío.

Finalmente, Kobayashi se decidió a hacer las presentaciones. Tsuda se enteró de que se llamaba Hara y de que era artista.

—¿Qué tal te ha ido? Bien, espero... No, probablemente no ha ido bien —añadió Kobayashi sin darle oportunidad de responder—. Con un tipo así, no hay nada que hacer. ¿Cómo va a entender tu arte alguien como él? No te preocupes, relájate y come algo.

Kobayashi aporreó la mesa con el mango del tenedor.

—¡Eh! Tráele algo de comer.

El vaso que Hara tenía delante pronto estuvo lleno a rebosar de cerveza. Tsuda asistía en silencio a la escena y dio por concluidos sus asuntos allí. Sería muy desafortunado por su parte permitir que aquel encuentro se alargara más de lo necesario, por lo que buscó la forma de retirarse. Kobayashi, en cambio, se dirigió a él una vez más.

—Hara es pintor. Supongo que ya lo habrás imaginado. ¿Por qué no le compras un cuadro? El pobre desgraciado está corto de dinero últimamente.

—¿De verdad?

—¿Qué te parece? El domingo podría ir a tu casa a mostrarte parte de su obra.

Tsuda no daba crédito a tanta desfachatez.

—No entiendo absolutamente nada de pintura.

—Eso es imposible, ¿verdad, Hara? En cualquier caso llévale algunos y enséñaselos.

—Sí, por supuesto, si no le molesta, quiero decir.

La irritación de Tsuda era evidente.

—Le ruego que no se moleste. Soy un hombre sin gusto en lo que se refiere a la pintura o la escultura.

Hara pareció herido por el comentario. Kobayashi no tardó ni un minuto en reaccionar.

—¿Cómo puedes decir eso? Pocos hombres en este mundo tienen un gusto tan exquisito como el tuyo, un olfato tan desarrollado para el arte.

Tsuda no pudo evitar una risa sarcástica.

—¡Otra vez con tus idioteces! ¡Deja ya de tomarle el pelo de una vez!, ¿quieres?

—No, no... Es la verdad. ¿Cómo puedes pensar que le tomo el pelo? Un hombre como tú, con ese gusto cuando se trata de mujeres, no puede ser insensible al arte. ¿No crees, Hara? Si a un hombre le gustan las mujeres, le gusta el arte. No puede negarlo.

Tsuda era incapaz de seguir soportando aquello.

—Tengo la impresión de que esta charla se va a alargar eternamente, así que me marchó. Camarera, por favor, la cuenta.

Cuando la chica se disponía a acercarse, Kobayashi la detuvo con un gesto brusco y se dirigió de nuevo a Tsuda.

—Acaba de terminar un cuadro estupendo. Ha querido entrar un momento para conocerte mientras regresaba de casa de un posible comprador. Es una espléndida oportunidad para ti, no hay duda. Mi consejo es que no debería venderle el cuadro a un impresentable como ese, que no para de regatear. Le había prometido presentarle a otro potencial cliente y por eso le pedí que viniera. Cómpraselo. No representa nada para ti.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? ¿Cómo puedes decidir a tu antojo por los demás? ¡Ni siquiera he visto el maldito cuadro!

—No te preocupes, ahora mismo te lo enseña. Lo has traído, ¿verdad, Hara?

—El hombre me pidió que se lo dejara un tiempo.

—¿Cómo puedes ser tan estúpido? Al final te va a timar.

Tsuda respiró aliviado.

163

LOS DOS HOMBRES SE ENZARZARON en una discusión sobre pintura e ignoraron por completo a Tsuda. Aparte de nombres extraños como cubismo o futurismo, que apenas conocía de oídas, escuchó también otros términos que no le decían nada. Dado su nulo interés en la conversación, se excluyó él solo sin ayuda de nadie. Al margen del enorme aburrimiento que se iba apoderando de él, algo más comenzó a irritarle. Desde el primer momento, les había considerado dos fanfarrones, especialmente a Kobayashi, entretenidos en una charla vacua sobre el arte moderno. A ese prejuicio inicial, vino a sumarse su actitud de pretendidos expertos. Nada más darse cuenta de que intentaban ponerle en evidencia, hizo ademán de levantarse de la silla, pero Kobayashi se lo impidió.

—Ya acabamos, tranquilo. Me marchó contigo, es solo un momento.

—Se me está haciendo realmente tarde.

—¿Qué necesidad tienes de humillar a la gente? ¿Acaso consideras perjudicial para tu dignidad de caballero esperar a que Hara termine su cena?

Hara se quedó paralizado con el tenedor en la mano, que acababa de usar para alcanzar un trozo de jamón y unas hojas de ensalada.

—No se preocupe por mí.

Tsuda inclinó la cabeza como única respuesta. Quiso levantarse de nuevo sin poder evitar que Kobayashi retomase su monólogo.

—¿Qué demonios piensas que ocurre en esta mesa? Dijiste que me invitarías a una fiesta de despedida y ahora pretendes dejarme aquí plantado y marcharte a casa. Es indignante, es insultante tratar contigo.

—Yo no pretendo insultar a nadie.

—En ese caso espera un poco.

—Tengo cosas que hacer.

—Yo también.

—Si se trata de comprar un cuadro, no, gracias.

—No te voy a obligar a comprar ningún cuadro. ¡No seas mezquino!

—En ese caso, te ruego que acabes lo antes posible.

—No mientras estés de pie. Compórtate como un caballero y siéntate.

A Tsuda no le quedó más remedio que obedecer. Sacó un cigarrillo y lo encendió. El cenicero lleno de colillas le pareció la imagen perfecta para recordar ese encuentro. El cigarrillo que se disponía a fumar, en los tres minutos siguientes tan solo dejaría en el cenicero una fría inutilidad.

—Está bien. ¿Cuál es ese asunto que os traéis entre manos? Espero que no se trate otra vez de dinero.

—No deberías preocuparte tanto por tu precioso dinero.

Kobayashi ahuecó la solapa derecha de su chaqueta e introdujo la mano izquierda en el bolsillo. Tanteó unos instantes sin apartar la mirada de Tsuda, quien visualizó de pronto algo extraordinario, una fantasía que se elevó desde su cabeza como el humo del cigarro que fumaba. «Este tipo va a sacar una pistola y me la va a poner en la cabeza.»

Aquel dramático presentimiento tuvo el efecto de revolver sus pensamientos y de quebrar sus nervios como si fueran una rama expuesta al viento. Al mismo tiempo, su mente analizaba la escena que él mismo había ideado como si concerniera a otra persona y se burlara de aquel disparate.

—¿Qué demonios estás buscando? —le preguntó.

—Tengo tantas cosas aquí dentro que no me queda más remedio que palparlas con los dedos para identificar qué son. De lo contrario, no voy a encontrar lo que busco.

—Sí, sería una torpeza que sacaras los billetes que te he dado antes y que no has tardado un segundo en guardarte.

—No te preocupes por el dinero. Su textura es muy especial, no hay peligro de confundirlo con

otros papeles. Está muy vivo. No hace falta más que tocarlo un poco para que salte desde el bolsillo.

Antes de callarse, sacó a propósito la mano vacía.

—¡Anda! No está aquí. Qué cosa tan rara.

Metió la mano derecha en el bolsillo izquierdo, de donde sacó un pañuelo arrugado.

—¿Piensas hacer un truco de magia con eso?

Kobayashi no hizo caso a la broma de Tsuda. Se levantó con un gesto serio, se dio unos golpes con las manos a la altura de las caderas y anunció:

—¡Eso es! Aquí está.

Lo que buscaba con tanto afán no era más que una carta.

—Me gustaría que la leyeras. Tiene que ser ahora mismo porque no vamos a volver a vernos durante una buena temporada. Por favor, hazlo mientras Hara y yo seguimos con nuestra charla. Es una petición bastante simple, ¿no crees? Debo advertirte, sin embargo, de que es un poco larga.

Tsuda alargó la mano para alcanzar la misiva, al tiempo que Kobayashi retiraba la suya con un gesto rápido.

164

ESCRITA A VUELAPLUMA en papel cuadriculado, era más extensa de lo normal. Por otra parte, si estaba destinada a Kobayashi, el remitente a Tsuda le resultaba totalmente desconocido. Miró el sobre por delante y por detrás, y se preguntó qué relación podía tener con él. Desde su fría indiferencia, en cambio, surgió cierta curiosidad, por lo que no se demoró mucho en sacarla del sobre. Se fijó en sus líneas apretadas y la leyó sin detenerse.

Ya me arrepiento de haber venido. Es probable que me tome por un caprichoso, pero esa es la diferencia clave de nuestros caracteres. No hay nada que hacer al respecto. Por favor, le ruego que no suspire, que no diga: «¡Oh, no, otra vez!». En lugar de eso escuche mis quejas. «Por favor, ven con nosotros y quédate al cuidado hasta que se arreglen las cosas con el banco, porque una residencia de mujeres no es segura por la noche. Si quieres escribir novelas, eres libre de hacerlo. Si quieres ir a la biblioteca, te daremos el almuerzo para que no tengas que moverte de allí. No hay problema si quieres aprender a pintar por las tardes. Tan pronto como el banco se haya instalado en Tokio, te mandaré a la escuela de idiomas. No te preocupes por la situación en casa. Te mandaré dinero para cubrir los gastos de la mudanza.» Me dejé seducir por todas esas condiciones favorables. Es obvio que no contaba con que todas y cada una de ellas se fueran a cumplir, pero al menos sí alguna. En cambio, cuando llegué, descubrí que nada era cierto. Todo, absolutamente todo, era falso. Mi tío pasa la mayor parte del tiempo en Tokio y yo tengo que hacerme cargo de todo día y noche, como haría el *shoshei* de mi casa. De hecho, me llama así, *shoshei*, delante de sus invitados y también cuando estamos a solas. Ahora mis obligaciones van desde salir para comprarle una botella de sake hasta quitar el polvo y limpiar el *engawa*. Sin embargo, aún no he recibido un céntimo. Cuando se rompieron las *geta*, me compró un par de doce céntimos y me obligó a ponérmelas. Me había prometido que me daría el dinero el día después de llegar, que ayudaría a que se mudara mi familia y se instalase con mi hermana, pero después de que lo hicieran, nunca más volvió a mencionar el dinero, de manera que ahora tampoco tengo una casa a la que regresar.

El trabajo de mi tío se basa en la especulación pura y dura. No tiene un céntimo. Ni su mujer ni él. Son personas frías y extremadamente tacañas. Después de instalarme, había veces que no podía soportar el hambre, y cada tres días, más o menos, tenía que ir a casa de mi hermana para que me alimentase. En muchas ocasiones, incluso, la arrocera estaba completamente vacía y no me quedaba más remedio que comer unas batatas o unas simples patatas cocidas. Como podrás imaginar, eso únicamente me ocurre a mí. Mi tía es una mujer de lo más desagradable. Lo tiene todo calculado hasta el mínimo detalle, solo se preocupa de las apariencias y no deja de sacarme defectos y de criticarme.

A pesar de que mi tío no tiene dinero, no deja de beber sake. Si va al campo por alguna razón, se pavonea como si fuera un señor o algo por el estilo, pero si uno observa con detalle lo que se oculta tras esa apariencia, se da cuenta de que es solo una pose, una representación de lo más chocante. Ha hecho montones de cosas por las que podrían llevarle a juicio. Antes de venir, no tenía dinero ni para el billete de tren, así que tuve que correr a la tienda de empeños y a casa de mi hermana para juntarlo todo. A él le dio igual, no prestó ninguna atención a mis apuros, como si creyera que con el dinero que gasta en alimentarme cumplía de sobra con su responsabilidad hacia mí.

Mi tía debió de pensar que tenía que escribir para pagarme la estancia, y cuando tengo la pluma en la mano empieza con sus insinuaciones sobre el destino de las cosas que escribo y me planta delante de las narices las ofertas de trabajo que publica el periódico.

Frente a todo eso, me pregunto por qué he tenido que venir a parar a un sitio como este. Eso me lleva a pensar en cosas extrañas. La vida que llevo en este lugar me hace sentir como si viviera dentro de una pesadilla, como si padeciera una maldición. Si se lo cuento a alguien, no creo que llegue a entenderme, lo cual me hace sentir aún peor, pues me obliga a pensar que soy el único en el mundo que vive rodeado de demonios. A veces es como si me volviera loco. De hecho, me pregunto si no me ha sucedido ya. Es aterrador. Es como si estuviera condenado en una prisión subterránea donde no solo sufro por la falta de luz, sino también por no tener pies ni manos. Por mucho que los mueva no consigo nada, todo continúa oscuro. Da igual si grito, los fríos y gruesos muros que me rodean ahogan mi voz e impiden que esta alcance el mundo exterior. Siento, de hecho, que soy la única persona en el mundo. Aunque tenga amigos, es como si no los tuviera. No puedo esperar que nadie entienda esta fantasmagoría que se ha apoderado de mi mente.

Escribo esta carta como un grito angustioso con el que pido ayuda. Conozco sus circunstancias. No pretendo ayuda material de su parte, nada de eso. Me daré por satisfecho si logro transmitirle solo una parte de mi sufrimiento, suscitar en usted un poco de compasión. Así tendré una prueba de que aún existo como miembro de la sociedad. Me pregunto si este rayo que pretendo que salga de tan endemoniado lugar, será capaz de alcanzar el ancho mundo ahí afuera; pero incluso de eso desconfío. Resolveré mis dudas dependiendo de si me llega o no su respuesta.

165

LA CENIZA DEL CIGARRO DE TSUDA alcanzó los dos centímetros antes de que se diera cuenta y se le cayera sobre la carta. Volvió en sí al verla esparcida sobre las cuadrículas azul oscuro de la hoja. Hasta ese momento no había movido la mano con la que lo sujetaba. De hecho, tanto su boca como su mano habían olvidado su misma existencia. Se había quedado, además, un momento en blanco entre el final de la carta y la caída de la ceniza, que no fueron acciones simultáneas.

¿Por qué ese lapso de tiempo? En principio, no podía haber nada que tuviera menos relación con él que esa carta. Ni siquiera sabía quién era su autor, ni la relación que mantenía Kobayashi con él. Por la situación que detallaba, todo parecía muy alejado de su realidad, de su posición social, de sus circunstancias. Era como si perteneciera a otro mundo.

Eso no significaba, sin embargo, que el asunto concluyese ahí. Estaba realmente sorprendido por su contenido. Antes de leerla, miraba hacia delante convencido de que su visión abarcaba el mundo entero, pero ahora se veía obligado a prestar más atención a su alrededor, desconcertado ante el inesperado descubrimiento de aquella existencia tan opuesta a la suya. Se esforzaba por dar forma a la sombra que había escrito aquello. Después de todo era un ser humano hecho de la misma materia que él, con una experiencia de vida muy alejada de la suya, cierto, aunque paradójicamente cercana.

Una vez en ese punto se detuvo, vencido por las dudas. No dio un paso más. A su manera, había logrado entender el significado de la carta.

Sacudió la ceniza de la hoja de papel y Kobayashi se volvió hacia él de inmediato. Tsuda escuchó unas pocas frases con las que parecía dar por concluido el asunto que trataba con Hara.

—Está bien. Las cosas se arreglarán de un modo u otro. No te preocupes —le dijo a su amigo

pintor.

Sin decirle una palabra, Tsuda le devolvió la carta. Antes de recuperarla le preguntó:

—¿La has leído entera?

—Sí.

—¿Qué te parece?

No respondió, pero quería descubrir, al menos, lo que había buscado al entregársela.

—¿Por qué razón querías que la leyera?

—¿Tú qué crees? —respondió Kobayashi con otra pregunta.

—No conozco a su autor, ¿verdad? Me refiero al tipo que ha escrito la carta.

—Por supuesto que no.

—En ese caso, ¿qué relación tiene conmigo?

—¿Te refieres al autor o a la carta?

—Da igual, lo que sea.

—¿Tú que crees?

Tsuda titubeó. Sus dudas evidenciaban que había comprendido el significado de aquellas palabras, lo cual, en cierta medida, atemperó su respuesta. Después de una breve pausa dijo:

—En el sentido que le das a la palabra, no tiene ninguna relación conmigo.

—¿A qué te refieres con el sentido que le doy a la palabra?

—¿No lo sabes?

—No, dímelo tú.

—Da igual, olvídalo.

Tsuda se preguntaba si le había endosado la carta por la misma razón por la que pretendía obligarle a comprar el cuadro. Forzarle a hacer sacrificios materiales para decirle después: «Lo ves, has capitulado», era lo mismo que insultarle. Su orgullo le impedía caer de nuevo en la trampa, al margen de la caterva de infelices con los que se pudiera relacionar.

—No sería mejor que te dejaras de rodeos y me explicaras como un hombre qué pretendes decirme.

—¡Como un hombre! —repitió Kobayashi sorprendido antes de añadir—: De acuerdo. Te lo explicaré todo. Ese tipo, la carta y su contenido no tienen relación alguna contigo. Al menos desde un punto de vista formal. No quiero que malinterpretes lo que significa «formal» en este caso. Te lo explicaré. En relación con la carta, no tienes ninguna responsabilidad.

—Eso es algo perfectamente obvio.

—Por eso digo que desde un punto de vista formal no tiene relación contigo, pero ¿qué ocurre si nos movemos al ámbito moral?

—Por mucho que lo hagas, jamás le daré dinero.

—Si es así como lo entiendes es normal, pero como mínimo sentirás un poco de compasión.

—Naturalmente.

—Es suficiente para mí. Si sientes compasión, quiere decir que, en efecto, le darías dinero, aunque, al mismo tiempo, hay otra parte de ti que no quiere hacerlo; te agita ese conflicto de tu conciencia. Mi objetivo, por tanto, está más que cumplido.

Kobayashi se guardó la carta en el bolsillo, de donde sacó los tres billetes que le había entregado un momento antes. Los extendió encima de la mesa.

—Adelante, coge lo te haga falta —le dijo a Hara.

166

TSUDA NO ESTABA PREPARADO EN ABSOLUTO para lo que Kobayashi acababa de hacer. Desconcertado, abrumado por su inconmensurable sarcasmo, se volvió hacia él bruscamente. Le atravesó el cuerpo un escalofrío que solo pudo definir como odio y una oscura sospecha iluminó su mente: «Me pregunto si estos dos no han conspirado desde el principio para engañarme».

Distintas posibilidades se arremolinaron en su mente en torno a esa conjetura con la rapidez de los fuegos artificiales, que ganan altura, explotan y se desvanecen. Las siluetas de Kobayashi y Hara de pie en una esquina de la avenida, el comportamiento de Kobayashi nada más verle en el restaurante, la aparición inesperada de Hara, la extraña conversación entre los tres... Tsuda era incapaz de determinar cuál era la causa y cuál el efecto, pero no podía evitar que la sospecha se fijara en su mente mientras observaba los billetes sin estrenar extendidos sobre el blanco mantel. «¡Así que esta es la traca final de la farsa que estos sinvergüenzas han preparado! ¡Los muy estúpidos! Desde luego no voy a volver a caer en su trampa.»

Por el bien de su orgullo herido, decidió marcharse en cuanto pudiera reconducir la situación, pero al plantearse cómo hacerlo a una hora tan tardía, cómo revertir el aprieto en el que le habían metido, se sintió desarmado, impotente.

Tras la calma aparente, su inteligencia operaba con furia sin obtener resultados. A pesar de aquella febril actividad mental, no llegaba a ningún sitio, no lograba discurrir ningún plan de acción, por lo que terminó transformándose en una simple y estéril agitación que, por desgracia, pronto degeneró en pánico.

En ese momento crítico, asistió a otro fenómeno sorprendente: el efecto de los billetes en el ánimo del joven artista. Hara los contemplaba con un brillo extraño en los ojos. Había asombro en ellos, placer, hambre y deseo; expresiones de una misma verdad. No era una parodia ni un artificio, tampoco fingía, cómplice. Tsuda estaba convencido de que su reacción era sincera.

Entonces, sucedió algo que confirmó sus impresiones: Hara no extendió la mano para alcanzar

los billetes que tanto deseaba, pero tampoco tuvo el arrojo suficiente para rechazar de plano la amabilidad de Kobayashi. La tensión que soportaba para impedir que su mano los agarrara provocaba que el dolor se transparentara en su expresión. Si ese joven pálido finalmente no los aceptaba, arruinaría la farsa de Kobayashi. Si se veía en la obligación de guardárselos de nuevo sin que Hara aceptara uno al menos, el efecto sería cómico.

La situación parecía resolverse a favor de su dignidad maltrecha. Tsuda se aferró a esa brizna de esperanza y decidió guardar silencio mientras esperaba el desenlace de los acontecimientos.

Un nuevo intercambio tuvo lugar entre Kobayashi y Hara:

—¿Qué haces? ¿Por qué no te guardas uno al menos?

—Siento lástima por ti.

—Soy yo el que siente lástima por ti.

—Sí, lo entiendo y te lo agradezco.

—Esta persona sentada aquí a mi lado también siente lástima por mí.

—Ya veo.

Hara miró a Tsuda con una expresión indescifrable. Kobayashi no tardó en explicarse.

—Estos son los tres billetes que me acaba de entregar. Aún estaban frescos en mi bolsillo.

—Precisamente por eso...

—Esa no es razón para que los rechaces. De hecho es la razón para que los aceptes. Por eso te los entrego. Me resulta tan fácil dártelos como me ha resultado recibirlos.

—Supongo que eso tiene su lógica.

—Por supuesto que sí. Si fuera dinero ganado después de una noche de duro trabajo en el periódico, a treinta y cinco céntimos la página, no podría deshacerme de ellos. No sería justo hacerlo con algo ganado con el sudor de mi frente, con mi esfuerzo. No es el caso, por eso no me cuesta nada dártelos. Es una simple limosna que la abundancia y la prodigalidad han esparcido al azar. Cuanta más gente disfrute de este dinero, más satisfaremos ese bienestar, ¿no es cierto, Tsuda?

Consultaba a Tsuda, que ya había pasado el peor trago, sobre lo más sencillo. Su consentimiento sería suficiente, al menos, para poner término, de forma razonable, a tan disparatada velada. No dejó pasar la oportunidad de evitar su humillación en la despedida.

—Por mi parte está bien.

Kobayashi insistió en sus argumentos y le entregó a Hara uno de los billetes para guardarse el resto en el bolsillo.

—De un modo tan extraño como este —le dijo a Tsuda—, fluye por primera vez el bienestar desde el fondo hacia arriba, pero a partir de aquí ya no va a ninguna parte. No me queda más que darte las gracias.

Salieron del restaurante y caminaron un trecho. Mientras esperaban el tranvía contemplaron la vasta extensión del cielo nocturno constelado de estrellas.

167

POCO DESPUÉS CADA CUAL se dispuso a tomar su camino.

—Aquí me despido —dijo Tsuda—, no voy a ir a la estación a decirte adiós.

—¿A no? Podrías hacer un pequeño esfuerzo, después de todo, tu viejo amigo se marcha a Corea.

—Corea o Formosa, me da igual. No voy a ir.

—Desde luego, para ser desagradable te las arreglas muy bien solo. En ese caso, iré a tu casa mañana a despedirme. ¿Te parece bien?

—No. Ya he tenido bastante con lo de hoy. No quiero que vengas.

—Iré, iré. En caso contrario tendré cargo de conciencia.

—Haz lo que quieras, pero no voy a estar. Mañana me voy de viaje.

—¿De viaje? ¿Adónde?

—Necesito un poco de descanso después de la operación.

—¿Un cambio de aires? ¡Eso sí que es una cosa elegante!

—En tus palabras, es un regalo del bienestar y la holgura, pero yo, al contrario que tú, estoy muy agradecido por mi buena fortuna.

—¿Te empeñas en ignorar mi consejo, verdad?

—Sí. Supongo que se trata de eso.

—Como quieras. Ya veremos quién ríe el último. Probablemente te resulte mucho más aleccionadora la fuerza de los acontecimientos que mis consejos.

La conversación que mantuvieron en el momento de despedirse se desarrolló en ese tono. En realidad expresaba el rencor que Tsuda había acumulado contra Kobayashi a lo largo de su encuentro. De algún modo, satisfacía así sus rencillas, pues ya no disponía de tiempo para escucharle. Al margen de todas las razones que, objetivamente, tenía, Tsuda, por respeto a sí mismo, tenía que rechazar rotundamente cualquier cosa que viniera de parte de alguien como Kobayashi. En cuanto se sentó en el tranvía, al fin solo, trató de imaginar cómo resultarían las cosas en el *onsen*.

A la mañana siguiente soplaba un fuerte viento acompañado de intensos chaparrones que empapaban el suelo.

—¡Qué fastidio! —comentó Tsuda.

Se había levantado a la hora prevista, pero al contemplar el mal tiempo desde un rincón del *engawa*, no pudo evitar fruncir el ceño.

—Quizá despeje a mediodía —le dijo O-Nobu, que le animaba a seguir adelante con su plan—. Si pospones el viaje un día, no será más que un día perdido. Lo mejor es que te vayas y vuelvas lo antes posible.

—Esa es mi intención.

La decisión tomada por la pareja, decisión que no había tenido en cuenta la gélida lluvia, se enfrentó así a su primer contratiempo en el momento preciso de la partida. O-Nobu sacó su ropa de la cajonera y la colocó junto a la de Tsuda.

—No tienes por qué venir.

—¿Por qué?

—Por nada en especial, pero esta lluvia te va a resultar un auténtico incordio, ¿no te parece?

—En absoluto.

La respuesta de O-Nobu fue tan ingenua que Tsuda no pudo evitar una sonrisa.

—No digo que me molestes, solo me preocupo por ti. Venir a despedirme a la estación cuando me marcho a un lugar al que no se tarda ni un día en llegar, me parece excesivo. Sin ir más lejos, anoche le dije a Kobayashi que no iría a decirle adiós por mucho que se marche Corea.

—¿De verdad? Aunque me quede en casa no tengo nada que hacer.

—Mejor. Dedícate a lo que más te apetezca.

O-Nobu sonrió amargamente y renunció a su idea. Tsuda salió de casa y subió solo al *rickshaw* que le esperaba.

Sentado en la estación, donde la tristeza provocada por la lluvia contrastaba con el bullicio reinante, contempló distraído el billete de segunda clase que acababa de comprar. Un chico con el uniforme de estudiante se plantó delante de él y le habló como si fueran viejos conocidos.

—¿Qué mal tiempo, verdad?

Era el *shoshei* de los Yoshikawa, al que había visto por primera vez tan solo unos días antes. En contraste con su distante actitud de entonces, ahora se comportaba de manera educada y correcta, o eso pensó Tsuda al ver como se quitaba la gorra en su presencia. No entendía, en cambio, por qué razón estaba allí.

—¿Se marcha de viaje alguno de los Yoshikawa?

—No, he venido para despedirme.

—¿De quién?

El chico parecía confundido.

—La señora está ocupada y me ha mandado para que le traiga esto.

El chico le mostró una cesta llena de frutas.

—¡Vaya! Muchas gracias.

Se dispuso a cogerla, pero se lo impidió.

—No. Se la subiré al tren, no se preocupe.

Cuando el tren estaba a punto de partir, Tsuda le dijo:

—Dale recuerdos de mi parte al señor y a la señora Yoshikawa.

El chico se inclinó respetuosamente sin decir nada. Tsuda se sentó en uno de los asientos libres que quedaban en un extremo del vagón relativamente vacío. «Me alegro de que O-Nobu no haya venido», pensó.

168

TSUDA SACÓ EL PERIÓDICO que O-Nobu había guardado en el bolsillo interior de su abrigo y lo leyó atentamente. Tras la ventana, el cielo continuaba encapotándose. Las cortinas de lluvia, escasas hasta el momento, se multiplicaban hasta donde alcanzaba la vista. Aquella escena le hizo pensar que el tiempo aún podría empeorar.

El agua caía desde unas nubes compactas que casi cubrían el horizonte. Cuando lo llenaron por completo, Tsuda no pudo evitar comparar el temporal desatado en el exterior con el confortable compartimento en el que viajaba. Consideraba un privilegio del hombre civilizado disfrutar de un entorno agradable, y se estremeció al imaginarse a alguien obligado a salir fuera y verse obligado a luchar contra los elementos.

Un hombre de unos cuarenta años miraba distraído las líneas que formaba la lluvia en el cristal. Dio unos golpecitos a la ventana y se esparcieron por toda su superficie. Se inclinó hacia delante y le habló al compañero que se sentaba enfrente con las piernas cruzadas. El repiqueteo de la lluvia contra la ventana y el traqueteo superpuesto del tren, no impidieron que entendiera lo que decían.

—Ha empezado a llover con ganas, fíjate. De seguir así, mucho me temo que terminará por afectar de nuevo a las vías.

Hablaba en voz alta y Tsuda escuchó también lo que decía.

—No hay de qué preocuparse. Por el simple hecho de que le llamemos el «tren destartado», no quiere decir que siempre tenga que estropearse —respondió su compañero—. Eso sí, si lo hace, será un auténtico fastidio para todos nosotros.

El hombre tendría unos sesenta años. Vestía un abrigo de lana de estilo japonés. Se cubría la cabeza con un extraño sombrero sin alas, de esos que se vendían en las tiendas de artículos extranjeros y eran tan difíciles de encontrar. De hecho, a menos que uno buscara en establecimientos especializados entre artículos tales como bolsas de tabaco, piezas de tafetán o de algodón antiguo estampado, no había forma de encontrarlo. El dueño del extraño sombrero hablaba con un fuerte acento tukiota. A Tsuda le sorprendían su vitalidad, la curiosa vestimenta y aquella manera de expresarse que rayaba la vulgaridad.

El término «destartalado», que habían usado para calificar el tren en el que viajaban, le resultó a Tsuda de lo más elocuente. Él mismo llevaba varias horas agitándose sin descanso en su interior. Imaginó que los dos hombres viajaban en la misma dirección y prestó más atención a lo que decían. Estaban obligados a elevar el tono de voz y a acercarse si querían escuchar lo que decía el otro.

—No imaginaba que iba a hacer tan malo. ¿Y tú? De haberlo sabido, habría sido mejor posponer nuestro viaje unos días —dijo el más joven de los dos, un hombre de apariencia plácida que llevaba abrigo de pelo de camello y sombrero de fieltro.

—¡No es para tanto! —respondió el otro enseguida—. Solo es un poco de lluvia. ¿Te preocupa mojarte un poco?

—Me preocupa el equipaje. Está expuesto en esta cafetera.

—En ese caso, cámbiate tú por el equipaje.

A los dos les hizo gracia la ocurrencia. El más mayor habló de nuevo:

—¿Te acuerdas del lío que se organizó la otra vez cuando la máquina tuvo una fuga y se vio obligada a parar? ¡Qué desastre!

—¿Cómo llegaste finalmente a tu destino?

—Vino otro tren a buscarnos. Nos encontró en mitad de las montañas. ¿No te lo había contado?

—Sí, pero no recuerdo bien qué le pasó a la locomotora estropeada.

—Se quedó allí bloqueada.

—Tienes razón, pero en ese momento no nos preocupábamos por eso. Anochecía y hacía frío; todos temblábamos.

Las conjeturas de Tsuda se confirmaron. Estaba seguro que se dirigían a alguna de las estaciones termales que quedaban a lo largo del recorrido del tren. Sin embargo, de ser cierto que el tren, que ya circulaba desde hacía dos o tres horas, estaba tan maltrecho como aseguraban, no era seguro que llegase a su destino y pudiera librarse de las molestias que le ocasionaría un fallo mecánico bajo aquella intensa lluvia. Las palabras del hombre mayor, en cambio, tenían ese punto de exageración tan característico de los oriundos de Tokio. Tsuda quería preguntarle si de verdad el tren era tan poco fiable como aseguraba, pero al caer en la cuenta de ese detalle se rio para sus adentros y se ahorró la molestia. Ese mismo tren desvencijado era el que había tomado Kiyoko: si una mujer sola podía llegar sana y salva a su destino, no tenía por qué preocuparse ni seguir escuchando la conversación de aquellos dos.

POCO ANTES DE LLEGAR A SU DESTINO, el tiempo, que tantos quebraderos de cabeza había dado a sus compañeros de compartimento, empezó a despejarse. Tsuda observó el cielo a punto de abrirse, la agitación de las nubes en su precipitada carrera de un lado a otro. Se desplazaban veloces en dirección opuesta a la del tren y se amontonaban unas encima de otras como si se atropellaran para

dar alcance a las más adelantadas. Durante un fugaz instante, en mitad de aquella agitación se despejó una porción de cielo, que quedó completamente limpio, a la que siguieron otras parcelas cada vez más numerosas. Tsuda supo que pronto disfrutaría de un cielo radiante.

Agradecido por la mejoría, que sin duda superaba sus expectativas, se apeó para hacer transbordo a otro tren donde los dos hombres de antes ya ocupaban sus asientos. No le cabía ninguna duda de que se dirigían al mismo lugar que él y se fijó en su equipaje de mano. No veía por ninguna parte las voluminosas maletas expuestas a los elementos por las que tanto se preocuparan un momento antes. De hecho, parecían completamente ajenos a todas sus angustias.

—Hace bueno. Hemos tenido suerte. Soy el talismán que debes llevar siempre que planees un viaje. De habernos quedado en Tokio habríamos perdido un tiempo precioso, y ahora nos lamentaríamos de nuestro error.

—Tienes razón, pero no estoy seguro de que se haya despejado también en Tokio.

—Eso es imposible de saber a menos que volvamos o que llamemos por teléfono. El tiempo no puede ser muy distinto. Al fin y al cabo, es el mismo cielo sobre Japón.

Tsuda se entretenía con la charla. Inesperadamente, el más mayor de los dos hombres se dirigió a él.

—Va también usted al *onsen*, ¿verdad? Hace un rato que lo pienso.

—¿Ah sí, por qué?

—Solo con observar el aspecto de alguien, uno puede llegar a la conclusión de si realiza un largo viaje o se dirige a un lugar de descanso.

Se volvió hacia su compañero, sentado junto a él. Llevaba un sombrero de fieltro. Se limitó a asentir.

Tsuda, incapaz de ocultar toda la ironía de su sonrisa, quiso dar por finalizada la conversación, pero el hombre no estaba dispuesto a dejarle escapar tan fácilmente.

—Viajar se ha convertido en algo muy conveniente en esta época, ¿no le parece? Da igual donde uno quiera ir, solo tiene que soportar unas pocas molestias y listo. Es maravilloso, especialmente para gente impulsiva como nosotros. Ni siquiera hemos traído equipaje en esta ocasión. Aparte de este bolso de mano mío y su maleta, no tenemos más que nuestros pellejos. ¿No te parece, jefe?

El hombre al que llamaba jefe, en realidad más joven que él, se limitó a asentir con un gruñido. Si no habían llevado más equipaje que aquel, quizá era porque esperaban que el tren fuera lleno a rebosar o porque realmente estaba tan destartado que no merecía la pena correr el riesgo de perderlo. Tsuda quería preguntarles, pero al final renunció y guardó silencio.

El tren se detuvo en una estación intermedia donde perdió de vista a los dos hombres. Bajó y contempló las fotografías de un anuncio del *onsen* al que se dirigía. Decidió almorzar algo en un puesto que quedaba enfrente. Se había pasado al menos una hora de la que tenía por costumbre para comer, y devoró su almuerzo. El tren pitó para avisar a los pasajeros de su inminente partida. Tsuda

dejó los palillos sobre la mesa y pidió la cuenta. Sin perder de vista el tren, guardó el cambio y se marchó. Con unos pocos pasos alcanzó la escalerilla del vagón, donde se encontró de nuevo con los dos hombres.

—¡Hola de nuevo! ¡Siéntese aquí, por favor!

El hombre mayor le hizo hueco y extendió una manta de viaje que llevaba en su bolso de mano.

—Menos mal que hoy está casi vacío.

Con vivacidad, le explicó que los visitantes abarrotaban esa ruta dos veces al año, para escapar del frío a principios del mes de enero y para escapar del calor en los meses de verano.

—Es un crimen venir con una mujer en cualquiera de esas épocas —le dijo a su compañero—. Primero, dudo de que encuentren un sitio para sus culos gordos, y segundo, no hay una que no se maree y, entonces, la cosa se convierte en un auténtico desastre y todos nos apretamos como sardinas en lata, entre vómitos. Te aseguro que es una escena terrible.

Hablaba ignorando la presencia de una mujer joven que estaba sentada cerca de él.

170

DURANTE EL TRAYECTO, la serenidad de Tsuda se vio afectada por el optimismo desmesurado de aquel hombre. Trataba de imaginar cómo sería el *onsen*, las montañas que lo rodeaban, los torrentes de agua; pensaba en su llegada al recinto y en cuál debía ser su comportamiento, pero el hombre le distraía una y otra vez de sus ensoñaciones con alguna de sus ocurrencias y observaciones.

—Aún está en funcionamiento ese puente temporal. ¡Hay que ver la calma con que se lo toman! No tiene más que fijarse en como trabaja la gente.

Le explicó que el puente de la vía se había derrumbado el año anterior como consecuencia de las inundaciones y que aún no había sido reparado del todo. Culpaba de ello a una negligencia de la empresa de ferrocarril. Señaló de pronto una casa recién construida cerca de la desembocadura de un río para captar nuevamente la atención de Tsuda.

—Fíjese en ella, las olas se la llevaron por delante el año pasado. Sin embargo, sus propietarios ya la han vuelto a poner en pie. Son mucho más eficientes que los gestores de esta maltrecha compañía.

—Seguro que se han dado tanta prisa para no perder a los clientes del verano.

—Si en un lugar así dejan pasar un verano, al final salen muy perjudicados. Está claro que, si uno no se hace cargo de su negocio, las cosas no funcionan por sí solas. Justo lo que le pasa a este tren. Como se las arreglan con ese puente temporal, los responsables se lavan las manos y no se toman la molestia de reconstruirlo.

Tsuda se sentía obligado a asentir a cada uno de sus comentarios, pero cuando no decía nada simulaba adormecerse y aprovechaba para pensar en cosas que solo a él le concernían.

Su mente se confundía con imágenes desorganizadas y fragmentadas. Una de ellas era la

expresión de O-Nobu esa misma mañana; otra, la imagen del *shoshei* de los Yoshikawa en la estación y la cesta de fruta que le había subido al vagón. Pensó compartirla con sus dos acompañantes, pero no quería más molestias ni tener que aceptar su agradecimiento. Los dos hombres desaparecieron de sus pensamientos y su lugar lo ocupó la corpulenta figura de la señora Yoshikawa. Por asociación de ideas, saltó rápidamente a la imagen de Kiyoko, el motivo principal de su visita al *onsen*. Su mente se movía sin parar de atrás hacia adelante y viceversa, al compás del traqueteo del tren.

Tan pronto como el precario tren enfiló las sierras cercanas al mar, se abrió camino a duras penas entre numerosas subidas y bajadas. Las montañas estaban moteadas con mandarinos que se arracimaban muy cerca unos de otros, dando la impresión de los cálidos otoños del sur bajo cielos radiantes.

—La fruta tiene un aspecto estupendo.

—En absoluto. Desde aquí puede, pero no desde cerca.

Mientras el tren serpenteaba a lo largo de una colina relativamente empinada, se detuvo de pronto. No había ninguna estación en los alrededores, tan solo árboles de varios tipos que moteaba la escarcha.

—¿Qué ha pasado?

El hombre mayor sacó la cabeza por la ventana. Comprobó que el maquinista y el ingeniero se habían bajado y hablaban entre sí con gesto serio.

«El tren ha descarrilado.»

Al escuchar el aviso, el hombre mayor volvió deprisa a ocupar su asiento junto a su compañero de viaje y Tsuda.

—¿No lo había dicho? Estaba seguro de que algo no marchaba bien.

Habló entonces como si fuera un profeta. Empezó a dar vueltas y más vueltas a lo mismo, haciendo gala de toda su pesada elocuencia.

—Al menos me despedí de todos en casa, así que estoy preparado para lo peor. Pero no quiero pasar mis últimos momentos en un lugar como este. Da igual el tiempo que esperemos. Estoy convencido de que no mandarán ningún tren a buscarnos. Los días son cada vez más cortos y todos estamos muy irascibles. No podemos quedarnos aquí sentados sin hacer nada. ¿Qué os parece? ¿Por qué no salimos y le damos un empujón a esta cosa?

Salió el primero, dispuesto a hacer una demostración de destreza. El resto, con gestos de extrañeza en sus rostros, se levantó para seguirle. Tsuda no podía ser el único que se quedara dentro de aquel tren de un solo vagón sin hacer nada y salió con los demás. La mujer se sentó sobre la hierba con la mirada perdida en el horizonte. En cuanto estuvieron listos, se pusieron a empujar con todas sus fuerzas.

—No hay nada que hacer. Ha descarrilado completamente.

Lo empujaron hacia atrás; otra vez hacia delante. Repitieron el movimiento varias veces hasta que lograron volver a ponerlo sobre las vías.

—Ya llegamos tarde, ¿no te parece, jefe?

—Desde luego.

—Por culpa de esta cafetera de madera, evidentemente. En este momento debería estar completamente amodorrado en lugar de empujando esta antigualla.

—Con tantas molestias me pregunto si realmente es un viaje de descanso.

—Tienes razón.

Tsuda, preocupado por lo tarde que era, se separó de los dos hombres nada más llegar a la estación de destino y se sumergió solo en la atmósfera del crepúsculo.

171

EL PUEBLO, TENUAMENTE BOSQUEJADO entre la bruma y la noche, parecía una imagen nacida de un sueño desolado. Al contemplar las débiles luces que parpadeaban a su alrededor, la oscuridad que se extendía más allá, a Tsuda le invadió la sensación de que formaba parte de él.

«Estoy a punto de vivir el siguiente episodio de esta ensoñación en la que me encuentro. Antes de dejar Tokio, o por decirlo más correctamente, antes de que la señora Yoshikawa me urgiera a venir —antes incluso de casarme con O-Nobu, si me remonto un paso más atrás, aunque eso siga sin ser suficiente; de hecho, desde el momento mismo en que Kiyoko me dio la espalda—, ya estaba maldecido por la sensación de vivir en un sueño en cuyo centro me encuentro ahora. Me pregunto si despertaré cuando llegue, si lograré desprenderme de todo lo que cargo sobre mi espalda desde entonces. Eso, al menos, es lo que piensa la señora Yoshikawa. Admito que al aprobar su idea, se ha convertido también en la mía y ahora la pongo en práctica. Me pregunto, sin embargo, si hago bien después de todo, si seré capaz de despertar por completo. Me pregunto si tengo la fe suficiente, si de verdad estoy aquí, en este lugar perdido. Me pregunto, incluso, si todas estas casas que tengo enfrente de mí, si este camino angosto que parece cubierto con grava desde hace tan solo unos pocos días, si las sombras proyectadas por las luces mortecinas, los inclinados tejados de paja, los carros tirados por caballos, con sus brillantes capotas amarillas —este frío en la piel, esta oscuridad que provoca que todo se me antoje parte del sueño—, si todos estos sentimientos, en suma, no serán más que señales del destino que me ha conducido hasta aquí. Hasta ahora todo me ha parecido un sueño. Lo que suceda a partir de este momento también lo será. Sé que regresaré a Tokio con esa misma sensación. No será el punto y final. Es muy probable que suceda así. ¿Por qué me he marchado entonces de Tokio para venir a un lugar como este? ¿Acaso por mi insensatez? Si al menos estuviera convencido de que todo ha sido una estupidez, daría media vuelta en este mismo momento.»

Las dudas y vacilaciones se agolpaban en la mente de Tsuda. En menos de medio minuto desplegó todo un razonamiento, una lógica que conectó, de algún modo, unas ideas con otras. Poco después, sin embargo, dejó de ser su único protagonista. Apareció un joven que se hizo cargo de su equipaje y le acompañó hasta una casa de té que estaba justo enfrente. Le preguntó el nombre del

hotel donde tenía previsto alojarse y si quería ir allí en coche de caballos o en *rickshaw*. El joven desplegó todo su encanto y amabilidad durante el corto tiempo que estuvo con el sorprendido Tsuda. Después se marchó.

Tsuda subió al coche de caballos que tenía la capota recogida. El mismo joven estaba sentado en el lugar del conductor. Se disculpó por haberle sobresaltado.

—¿Me llevas tú? —preguntó Tsuda.

—Sí, espero no ser una molestia.

El joven era el chico para todo del hotel donde se iba a alojar.

—Fíjese, ese es el estandarte con el nombre del hotel.

Tsuda vio una pequeña bandera roja vertical izada junto al asiento del cochero. Estaba muy oscuro y no fue capaz de leer lo que había escrito en ella. Ondeaba incesantemente, movida por el viento que también aceleraba el paso del caballo. Se encogió de hombros y se subió el cuello del abrigo.

—Ya refresca mucho por la noche.

El comentario del joven le resultó a Tsuda un tanto gratuito.

A ambos lados del camino se intuían los arrozales. Tsuda escuchaba el murmullo del agua de las acequias que corrían paralelas al camino. Las montañas se atisbaban en la oscuridad a poca distancia.

Solo llevaba una parte de la cara desprotegida y expuesta al viento. Aparentaba una actitud meditativa, como si se concentrara en luchar contra el frío. El joven, en cambio, se comportaba con naturalidad. No parecía importarle lo que hiciera Tsuda y tampoco le hablaba.

Tsuda experimentó un cambio de humor repentino.

—¿Hay muchos clientes?

—Sí, muchos. Gracias por interesarse.

—¿Cuántos aproximadamente?

El joven no supo darle una cifra exacta. En lugar de eso, le contestó como si tratara de disculparse.

—En esta época del año, no demasiados en realidad. Estamos más ocupados cuando llega el frío, desde finales de año hasta Año Nuevo. También en verano, durante los meses de julio y agosto. En esa época nos vemos obligados a rechazar clientes que vienen sin reserva prácticamente todos los días.

—Entonces ahora es temporada baja.

—Se podría decir así; sí. Podrá descansar bien.

—Gracias. Lo intentaré.

—Viene usted por motivos de salud, ¿verdad, señor?

—Sí, más o menos.

Tsuda había iniciado la conversación con la intención de preguntarle por Kiyoko, pero dejó de hablar en ese instante. Estaba confundido y ni siquiera era capaz de mencionar su nombre. Temía cometer una torpeza si lo hacía. Se acomodó en el asiento y se sumió nuevamente en el silencio.

172

EL CABALLO PARECÍA AVANZAR directo hacia una gran piedra negra, pero en el último momento la rodeó. En el lado opuesto, Tsuda vio algo que parecía bloquear el camino. El cochero se apeó y agarró al animal por el bocado.

A un lado se elevaba hacia el cielo un gran árbol. A juzgar por la extraña sombra que proyectaba en la noche estrellada, parecía un pino muy anciano. El rumor de una corriente de agua trajo viejos y olvidados recuerdos a la memoria de Tsuda, cuyo ánimo, al haber pasado tanto tiempo encerrado en la ciudad, cambió nuevamente.

«¿Por qué había olvidado que también existen en el mundo todas estas maravillas?»

Por desgracia para él, aquellos recuerdos no volvían solos. En su mente se le apareció la figura de Kiyoko, con quien se encontraría en breve. No se había olvidado de ella un solo momento durante el año transcurrido desde su separación. Si iba dando tumbos en un coche de caballos en plena noche por un camino rural, solo era porque perseguía su imagen. El joven, preocupado porque se hacía tarde, azotaba con la fusta las nalgas del pobre y famélico caballo. Tsuda deseaba con todas sus fuerzas que dejara de hacerlo. ¿Acaso en su persecución de Kiyoko no era él como aquella pobre bestia? Si el patético animal, que bufaba por los ollares, era Tsuda en realidad, ¿quién le azuzaba entonces?, ¿quién le golpeaba sin compasión? ¿La señora Yoshikawa? No. No podía afirmar que fuera ella. ¿Él mismo? Le alteraba no encontrar respuesta a esa pregunta y al final lo dejó por imposible. No pudo evitar pensar de nuevo en lo que iba a ocurrir en breve.

«¿Para qué voy a verla? ¿Para recordarla siempre? ¿Acaso he sido incapaz de hacerlo hasta ahora? ¿Para olvidarla entonces? Quizá. ¿Seré capaz si la veo de nuevo? Tal vez sí; tal vez no. El olor de los pinos, el rumor del agua me han traído a la memoria la imagen de valles y montañas que había olvidado por completo. ¿Qué efecto tendrá en mí encontrarme con ella, ver de nuevo a esa mujer que aún brilla en mi recuerdo, a la que persigo desde Tokio hasta un lugar tan remoto como este?»

El aire frío brotaba desde las profundas gargantas de las montañas; las sombras de la noche imprimían misterio al paisaje. Tsuda, que se sentía absorbido por ellas, se asustó y tembló de miedo.

El cochero aún llevaba al caballo sujeto por el bocado. Cruzó despacio un puente sobre un río que se precipitaba ladera abajo esparciendo espuma blanca sobre las rocas. Tsuda vio a lo lejos el resplandor de unas luces eléctricas e imaginó que quedaba poco para llegar. Quizá una de esas luces

iluminaba en ese instante la figura de Kiyoko. «Son las luces del destino. Solo puedo dejarme guiar por ellas.»

Poco dotado para la poesía, Tsuda habría sido incapaz de expresar sus sentimientos con tales palabras, aunque su estado de ánimo coincidiera con ellas.

—¿Hemos llegado?

—Sí, apenas faltan unos metros.

La calle principal era tan ancha que permitiría el paso del coche, pero no lo suficiente como para que el joven le pegara al caballo con la fusta. En apenas cinco minutos llegaron a la puerta del hotel. En comparación con la inmensidad de las montañas y el valle, el pueblo resultaba muy pequeño.

El lugar parecía en calma, como le había anunciado el joven. Acompañaron a Tsuda a su habitación a través de aquella atmósfera silenciosa que él no atribuía a la noche, sino a los escasos clientes alojados. Se sintió muy agradecido por haber ido en la época adecuada a pesar de que, por naturaleza, era un hombre que prefería fundirse con la multitud. La camarera se arrodilló junto a la mesa baja que había en medio de la habitación.

—¿Durante el día está todo también así de silencioso? —preguntó Tsuda.

—Sí.

—Da la impresión de que no hay ni un solo cliente.

Le explicó que era por la distribución del edificio nuevo, del anexo y del edificio principal.

—¿Tan grande es este lugar? Alguien que no lo conozca seguro que se pierde.

Tenía que descubrir en qué habitación se alojaba Kiyoko, pero de igual manera que no fue capaz de preguntarle al muchacho un rato antes, tampoco se lo preguntó a la chica, al menos no directamente.

—Me imagino que no habrá mucha gente que venga sola.

—No se crea.

—Supongo que serán todos hombres. No me imagino a una mujer aquí sola.

—De hecho hay una.

—¿De verdad? Seguro que está enferma.

—Puede ser.

—¿Cómo se llama?

La chica no estaba a cargo de su habitación y no lo sabía.

—¿Es joven?

—Sí, es una mujer joven muy bella.

—¿En serio? Me gustaría verla.

—Siempre que va a bañarse pasa por aquí delante. La verá en cualquier momento.

—Vaya, eso es estupendo.

Tsuda le preguntó en qué dirección se encontraba su habitación y le pidió a la chica que recogiese el servicio de té de la mesa.

173

TSUDA QUERÍA DARSE UN BAÑO antes de acostarse. Le pidió a la camarera que le explicara dónde estaban y cuántos había. Ella le guio a través de interminables pasillos y por infinidad de escaleras. Se dio cuenta de lo grande que era en realidad el recinto y se preguntó si sería capaz de regresar por sí mismo a la habitación.

En el baño había una serie de compartimentos separados con paneles de madera y cerrados con puertas de cristal esmerilado. Seis bañeras en total estaban colocadas a ras de suelo, alineadas de tres en tres, unas frente a otras. También había una última algo apartada, el doble de grande de lo normal.

—Es la más cómoda —le explicó la camarera.

No había nadie más allí dentro. Para evitar que el vaho lo empañara todo, tenían abiertas unas pequeñas ventanas casi pegadas al techo a través de las cuales entraban bocanadas gélidas de aire frío que hicieron temblar a Tsuda mientras se quitaba su acolchado quimono de invierno.

—¡Hay que ver el frío que hace! —exclamó sorprendido.

De un salto se metió en la bañera.

—Disfrute todo el tiempo que quiera —dijo la camarera antes de marcharse—. En la planta de abajo hay otro baño, por si le apetece —le explicó.

Para llegar hasta allí, había tenido que bajar dos tramos de escaleras considerables. No era capaz de imaginar que hubiera otra planta más abajo.

—¿Cuántas plantas tiene este edificio?

La camarera se rio, pero no aclaró sus dudas. Sí le recomendó, en cambio, que hiciera uso de los distintos baños.

—El de abajo es el más nuevo, el más recomendable para la salud. Los clientes que vienen a curarse de alguna enfermedad suelen elegirlo siempre. Además, el agua termal brota de una cascada y puede ponerse debajo.

Con la cabeza asomando apenas sobre la superficie del agua, Tsuda contestó:

—Gracias, iré la próxima vez. Le pediré que me muestre el camino.

—Con mucho gusto. ¿Está usted enfermo, señor?

—Sí, no es más que una pequeña molestia.

Cuando se marchó, Tsuda volvió a pensar en lo que acababa de decirle: «...los clientes que vienen a curarse de alguna enfermedad...». «Me pregunto si yo soy uno de esos clientes», dijo en voz baja.

A un mismo tiempo pensaba tanto que lo era como que no. Sabía perfectamente cuál era su propósito al ir allí. Había soportado la lluvia para llegar tan lejos, pero era consciente de los puntos débiles de su plan pese a gozar de cierto margen de maniobra. En ese margen creía leer un mensaje que decía: «Puedes ser quien quieras. Si deseas ser un cliente que ha venido para reponerse, adelante. Hagas lo que hagas, todo depende de ti, es tu libre elección. La libertad siempre es positiva, pero jamás arreglará nada por sí misma. Por eso produce tanta insatisfacción. ¿Quiere decir eso que debo despojarme de ella, arrojarla fuera de mí? Y después de perderla, ¿seré capaz de atrapar algo con firmeza? ¿Puedo estar seguro de ello? Mi futuro aún no está decidido. Lo sé bien. Aún tengo por delante muchos más avatares que los vividos hasta ahora. Si renuncio a mi libertad y le pregunto al futuro si las cosas van a ser como yo quiero, ¿sabré actuar con inteligencia o lo haré como un estúpido?».

Tsuda no sabía qué hacer. En el momento en el que todo iba a depender del resultado, dudaba de ese mismo resultado. Era natural, por tanto, que el temor lo paralizara.

Desde el primer momento, solo tuvo tres opciones. La primera consistía en mantener su libertad sin decidirse a hacer nada. La segunda, ir hacia adelante sin importarle si terminaba pareciendo un idiota. La tercera, encontrar una solución satisfactoria sin convertirse por ello en un necio.

Entre esas tres posibilidades, se había marchado de Tokio con la tercera en mente. Sin embargo, el traqueteo del tren, la incomodidad del coche de caballos, el frío de la montaña, el calor de la bañera que le reconfortaba en ese momento y la evidencia de que la mujer a la que buscaba estaba muy cerca de él, le hicieron reconsiderar, para sus sorpresa, la primera de ellas. Poco después, la segunda se le apareció sonriente a su lado, silenciosa. La niebla que lo ocultaba todo se deshizo de repente sin ayuda del viento y pudo ver con claridad lo que tenía ante él.

Tsuda, contra todo pronóstico, era un romántico, pero también muy melindroso; sin embargo, no era consciente del contraste entre aquellas dos facetas de su personalidad y, por tanto, no sufría los efectos de aquella contradicción. Le bastaba con tomar una decisión, pero debía librar antes una guerra interior para llegar hasta a ella. «Da igual si me comporto como un necio. No, eso no estaría bien. En cualquier caso, no hay razón por la que tenga que convertirme en uno...» Solo cuando hubiera finalizado esa guerra, sería capaz de volver a pisar la tierra firme.

Él, solo en la gran bañera, se lavó a conciencia, se frotó la espalda y se echó agua caliente por todo el cuerpo.

INMERSO EN SUS PENSAMIENTOS, ajeno por completo a lo que le rodeaba, Tsuda se sobresaltó con el ruido de la puerta de cristal al abrirse. Sacó la cabeza del agua y miró hacia la entrada. Allí,

difuminada por el vaho, intuyó la silueta de una mujer. Su corazón palpitó con fuerza en señal de alarma, pero sus repentinos temores se desvanecieron a la misma velocidad. No era la mujer que podía llegar a sorprenderle, al menos no en el estricto sentido de la palabra.

Jamás la había visto antes y se disponía a darse un baño antes de acostarse. Mostró ante Tsuda toda su desnudez sin el más mínimo pudor, algo que nunca habría hecho a la luz del día. El color vistoso de su largo quimono interior, que en condiciones normales jamás se habría atrevido a enseñar más allá del dobladillo del cuello, quedó expuesto ante los ojos de Tsuda.

En cuanto la mujer vio el cuerpo desnudo de Tsuda, que se acurrucaba como un mendigo en mitad de la bruma, salió a toda velocidad del baño.

—¡Oh, discúlpeme, por favor!

La mujer se retiró con las palabras que él debía haber dicho en su lugar. En ese mismo momento, escuchó el ruido de unos pasos que bajaban por la escalera. Se detuvieron frente a la puerta de cristal y escuchó la conversación entre un hombre y una mujer.

—¿Qué sucede?

—Hay alguien.

—No importa. Tampoco es que esté lleno.

—Ya, pero...

—Está bien. Nos bañaremos en una de las bañeras pequeñas. Seguro que están todas libres.

—Me gustaría que viniera Katsu.

Tsuda quería marcharse para no molestarles, pero no le agradaba el tono de la mujer, que parecía sugerir que no se daría por satisfecha hasta que no se quedara libre la bañera que ocupaba él. Le hubiera gustado tener el valor de decirle: «Si quiere bañarse, adelante. No tiene por qué salir corriendo». Se volvió a sumergir en el agua caliente.

Tsuda era un hombre alto. Extendió sus largas piernas para acomodarse y empezó a moverlas de arriba abajo. Las contemplaba con sumo interés mientras flotaban en el agua.

De pronto, escuchó la voz de un tercer hombre. Debía de ser ese Katsu al que se refería la mujer.

—Buenas noches. Hoy disfrutan ustedes de su baño nocturno un poco antes de lo normal.

Fue el hombre quien respondió:

—Sí, nos aburríamos. Hemos pensado irnos pronto a la cama.

—¿Han terminado ya con la lección de hoy?

—En realidad no, pero...

Tsuda escuchó entonces la voz de la mujer.

—¿La bañera grande está ocupada, verdad?

—¿Ah, sí?

—¿No hay otra preparada?

—Sí, pero quizá esté demasiado caliente.

Desde el lado opuesto escuchó el crujido de una puerta al abrirse. Un momento después, sonó la del baño donde estaba Tsuda.

—Buenas noches, señor.

La cara cuadrada de un hombre menudo apareció ante él.

—¿Quiere que le frote la espalda?

El hombre se agachó a la altura del grifo y llenó un cubo de madera con agua caliente. Tsuda le ofreció la espalda para que se la lavara.

—Supongo que es usted Katsu —le dijo.

—Así es.

—Acabo de escuchar su nombre.

—Es la primera vez que le veo, señor.

—Sí. Acabo de llegar.

Katsu sonrió.

—¿Viene usted de Tokio?

—Sí.

El hombre le preguntó en qué tren había llegado y cuándo tenía previsto marcharse. También si había ido solo, por qué no le había acompañado su mujer... Tsuda aprovechó para sacarle cierta información sobre la pareja a la que acababa de escuchar. Al parecer eran comerciantes de seda de Yokohama. La mujer de Katsu daba lecciones de *gidayu*^[44] al hombre todas las noches, y era experta también en el arte de la *nagauta*^[45]. Todo cuanto le contaba no despertaba el más mínimo interés en él. El único asunto que podría interesarle, era justamente aquel del que no hablaba, como si hubiera decidido evitar toda mención a Kiyoko. Tsuda, por su parte, no se sentía capaz de abordar el tema. El hombre no dejó de hablar de cualquier cosa mientras ayudaba a Tsuda con su baño.

—Tómese su tiempo, señor —le dijo al marcharse.

Al contemplar su figura desvanecerse, decidió que ya no quería perder más tiempo en el agua. Se secó, se vistió y salió de allí. Después de subir unas escaleras con la toalla húmeda colgada del cuello, de atravesar una zona de lavabos con espejos y recorrer un pasillo, cayó en la cuenta de que no sabía volver a su habitación.

AL PRINCIPIO ANDUVO sin saber bien adónde se dirigía. Recordar el trayecto por el que le había llevado la camarera un rato antes le resultaba imposible, pero después de recorrer en toda la longitud el pasillo por el que caminaba, vio que este no llegaba a ninguna parte y se detuvo abruptamente.

«Veamos. ¿Estaba hacia adelante o hacia atrás?»

El pasillo estaba bien iluminado. Podía caminar sin problemas en la dirección que más le conviniera. Sin embargo, no escuchaba un solo ruido, ni pasos, ni voces. Tampoco había ninguna camarera a la vista. Dejó en el suelo la toalla y la pastilla de jabón. Dio unas cuantas palmadas, como cuando llamaba a O-Nobu desde su estudio. No hubo respuesta. Sin la más mínima idea de dónde se encontraba, tampoco sabía en qué dirección podía encontrar a alguien del servicio. Como había entrado por un vestíbulo situado al fondo de un pasillo rodeado de plantas, igual que en cualquier casa de huéspedes, la localización de la puerta de servicio, de la cocina o de la oficina era un verdadero enigma.

Después de dar palmadas, llegó a la conclusión de que nadie le iba a responder. Recogió la toalla y el jabón y pensó que en realidad era una situación divertida. Sentía curiosidad por descubrir si sería capaz de encontrar por sí mismo la habitación. Aceptó la situación y empezó a deambular sin rumbo. Caminó como si visitara un hotel por primera vez en su vida.

El pasillo llegó a su fin. Tras subir dos o tres peldaños, que nacían justo allí, se llegaba a otro baño. Allí había una fila de cuatro relucientes pilas blancas llenas a rebosar de agua pura de la montaña que salía por los grifos niquelados en un torrente sin fin. Se fijó en que no solo estaban llenas hasta el borde, sino que rebosaban hasta formar unas atractivas cortinas de agua, que golpeaban al caer y provocaban que las pilas vibrasen levemente.

Tsuda, acostumbrado a usar únicamente agua del grifo, se olvidó de dónde estaba. Aquello le parecía un auténtico desperdicio. Se dispuso a cerrar los grifos para no gastar agua inútilmente y se dio cuenta de lo absurdo que era. Por alguna razón le atraían los remolinos que formaba el agua, grandes y pequeños, en rápida sucesión sobre la superficie esmaltada de las pilas.

Todo estaba en silencio, como le había advertido la camarera. De hecho, estaba mucho más tranquilo de lo que habría imaginado. En realidad, no le interesaba dónde estaban los huéspedes, sino descubrir si realmente había alguno. En aquel silencio, las luces iluminaban todos los rincones, pero tampoco producían ningún ruido ni titilaban. Tan solo se oía el agua que borboteaba delante formando un remolino antes de desaparecer por el sumidero.

Se alejó de aquel lugar y al toparse entonces con la figura de un hombre se sobresaltó. Era su imagen reflejada en un gran espejo colgado de la pared, como el que solía haber en las peluquerías. En su posición, no solo se reflejaba su cara, sino también sus hombros, su pecho y sus caderas, y lo hacían en el mismo plano, enfrentándole directamente a su reflejo. Cuando se dio cuenta de que se miraba a sí mismo, no apartó la mirada enseguida. Se veía muy pálido a pesar de que acababa de salir del baño caliente. No sabía cuál era la causa. Llevaba tiempo sin cortarse el pelo y lo tenía todo despeinado y alborotado. Estaba mojado, brillaba como si se hubiera puesto brillantina: por

alguna razón, se le antojó un jardín devastado tras la tormenta.

Era un hombre atractivo, de complexión fuerte y rasgos bien proporcionados, tan dulces, de hecho, que casi podían parecer desperdiciados en un hombre. Siempre había confiado en su apariencia, y la imagen que normalmente le devolvía el espejo no hacía sino reafirmar esa impresión. Por eso le sorprendió tanto encontrarse tan inesperadamente demacrado, ajeno a sus expectativas. Antes de reconocerse, llegó a pensar que ante sí tenía a su fantasma. El verse tan desmejorado le indujo a ponerle remedio. Abrió bien los ojos, se miró fijamente y dio dos pasos al frente hasta alcanzar el peine que había junto al espejo. Trató de calmarse. Se peinó con la raya en medio bien marcada.

Dejó el peine y volvió en sí. Aún debía encontrar su habitación. Se fijó en la escalera que quedaba frente al baño. Tenía algo especial. Para empezar, era más ancha de lo normal. Además, parecía tan sólida que ni el peso de un elefante la habría hundido, y estaba barnizada al estilo occidental.

A pesar de encontrarse perdido, al menos sabía que no había subido por allí. De tomar aquella dirección, sin duda, no encontraría su habitación. Dio media vuelta y se alejó del espejo decidido a volver sobre sus pasos.

176

ESCUCHÓ EL RUIDO DE UNA PUERTA CORREDERA que se abría en el segundo piso y un instante después volvía a cerrarse. A juzgar por la anchura de las escaleras, arriba debía de haber más de una habitación, y gracias a la nitidez con que se escuchó el ruido, calculó la distancia aproximada que habría desde donde él estaba.

El rellano de la parte alta de la escalera, visto desde su ángulo, no era muy distinto del que a menudo se utilizaba en la estructura de los restaurantes. Era amplio, aunque no sabría decir sus dimensiones exactas: a juzgar por la distancia hasta la pared del fondo, tendría un metro y medio. Sin necesidad de subir, suponía que el pasillo se dividía en dos o tres ramas a partir de ese punto. La puerta que acababa de escuchar era la de la habitación más próxima a la escalera, de eso estaba seguro; si acaso, de la inmediatamente posterior.

La puerta, al deslizarse, le hizo tomar conciencia de que había otros huéspedes en la planta de arriba. Su mente había estado ocupada hasta ese momento intentando dar con la dirección oportuna. No es que fuera sorprendente en realidad, pero era como si presenciara la resurrección de alguien a quien creía largo tiempo muerto. Quiso desaparecer lo antes posible. Le desagradaba quedar en evidencia ante otra persona por ser incapaz de encontrar el camino de vuelta. Más aún, no quería que le vieran tan desarreglado y poco atractivo.

Lo que sucedió, en cambio, fue algo más complejo de lo que esperaba. Justo en el momento en el que se disponía a dar media vuelta, pensó que quizá solo se trataba de una camarera. Reconsideró su situación, recuperó la compostura y, una vez superada la sorpresa, se dio cuenta de que tampoco importaba si tropezaba con otro huésped. «Sea quien sea, le pediré que me indique el camino.» Miró hacia lo alto de la escalera sin moverse de donde estaba junto al espejo. Escuchó unos pasos

ligeros que se acercaban. De hecho, eran muy leves, tanto que de no haber sido por el repiqueteo de las sandalias contra el talón, ni siquiera habría sido capaz de oírlos. Supuso: «Es una mujer. No es una camarera. Quizá...».

Sus sospechas se hicieron realidad. Se quedó inmóvil hasta ver aparecer a la mujer en la que pensaba sin descanso. Su sorpresa fue infinitamente más intensa de lo que imaginaba. Tenía los ojos inmóviles, clavados en algún punto en lo alto de la escalera.

La misma parálisis parecía haberse apoderado de Kiyoko, más fuerte incluso. En cuanto llegó al pie de los escalones, se quedó allí petrificada. A Tsuda se le antojo la figura de un cuadro: una imagen de ella que iba a permanecer en su memoria durante mucho tiempo, recuerdo de una impresión inolvidable.

Kiyoko le miró de arriba abajo y terminó de reconocerle, pero sendos actos, aunque parecieron simultáneos, no lo fueron, o al menos eso pensó él. A ella le hizo falta algún tiempo para asimilar su presencia. Después de que pasara la sorpresa inicial, de que el asombro y la duda se esfumaran, se quedó completamente rígida, tan callada y rígida que, con solo rozarla con un dedo, se habría deshecho como una muñeca de arcilla.

Como tenían por costumbre todos los huéspedes del *onsen*, iba a calentarse en el baño antes de irse a dormir. También llevaba una toalla pequeña en la mano y una caja niquelada con una pastilla de jabón. Más tarde, al recordar los detalles de su encuentro y su aspecto, rígido como un palo, Tsuda no dejó de preguntarse cómo no se había desmayado.

No tenía un aspecto tan desenvuelto como el de la mujer con la que acababa de cruzarse en el baño, pero en aquel lugar los huéspedes parecían disfrutar de cierta familiaridad, se saludaban sin demasiadas formalidades y ella no debía sentirse obligada a ponerse el *obi* de rigor. En su lugar, llevaba un simple cinturón de color rojo azulado caído sobre la cintura, decorado con motivos a base de finas rayas amarillas. El quimono interior alcanzaba sus pies desnudos, calzados únicamente con unas sandalias.

Al igual que le sucedía a su cuerpo, la tensión atenazó los músculos de su cara. La frente y las mejillas palidecieron. Tsuda percibió enseguida el cambio que se operaba en ella y retomó el control de sí mismo. Algo debía hacer para que no perdiera el sentido.

Quería llamarla por su nombre, pero en el mismo instante en el que se disponía a hacerlo, ella se movió, dio media vuelta y escapó a toda prisa. Le dejó plantado al pie de la escalera y desapareció por el pasillo. Las luces de la planta de arriba se apagaron y escuchó el ruido de la puerta al deslizarse en la oscuridad. En una habitación cercana, que le había pasado inadvertida, sonó el ruido de una campana que llamaba a la camarera.

Unos pasos apresurados se acercaron por el pasillo. Tsuda la detuvo y le preguntó cómo regresar a su habitación.

ignorarlos, no dejaba de preguntarse qué podía ser. ¿La lluvia? ¿Un torrente de montaña que corría por allí cerca? No oía el repiqueteo de las gotas de agua sobre el tejado y para ser un torrente bajaba muy despacio. Sus pensamientos, en cambio, estaban ocupados por un asunto mucho más grave.

Al entrar en la habitación comprobó que la camarera había extendido el futón en su ausencia. Se deslizó debajo del edredón y pensó en su reciente y accidental encuentro con Kiyoko.

Al pensar en lo ocurrido, tuvo la impresión de que se había comportado como un sonámbulo, pues había estado deambulando por el edificio sin propósito, absorto en la contemplación de unos remolinos de agua, sorprendido al enfrentarse con el reflejo de su cara en el espejo. Sin duda, se había dejado dominar por un estado de ánimo muy poco habitual en él. No recordaba muchos casos en los que, como en aquel, le hubiera abandonado por completo el sentido común. En la calma de su habitación, se apoderó de él un sentimiento de vergüenza. No fue capaz, sin embargo, de descubrir la causa última de su comportamiento.

¿Cómo se había podido olvidar, durante su errático paseo, de la existencia de Kiyoko? Esa pregunta le planteaba un enigma que le dejaba perplejo: «¿Acaso me resulta indiferente?». No. No era eso. Mientras cenaba, le había preguntado a la camarera dónde estaba su habitación.

«Ya no te acordabas de eso, ¿verdad?»

En efecto, mientras caminaba por los pasillos había dejado a Kiyoko a un lado, pero una persona perdida difícilmente puede saber dónde se encuentran las demás.

«Si al menos hubiera adivinado que su habitación estaba en esa dirección, no me habría pillado por sorpresa.»

Había perdido su primera oportunidad, era obvio. Al analizar en detalle lo ocurrido, el aspecto de ella cuando huyó, la luz que, al apagarse, le impedía seguirla y la campana que avisaba a la camarera, creyó ver numerosas señales de alarma que le aconsejaban cautela a fin de no provocar una ruptura definitiva.

Sin embargo, ella se había sorprendido. Más que él, de hecho, y no solo por ser mujer. Por parte de Tsuda, en su descuido había también cierta expectativa, mientras que por parte de ella no había sino perplejidad. ¿Se podía explicar su reacción únicamente en esos términos? ¿No había sentido la fuerza de su pasado en toda su complejidad?

Se había quedado pálida, rígida. Tsuda quiso ver la más mínima esperanza en su reacción, que se esforzaba por interpretar como una ventaja, pero acabó dándole la vuelta a sus suposiciones para analizar el mismo hecho desde la óptica contraria. Después de examinar cuidadosamente ambas perspectivas, tenía que determinar cuál era la más sensata. Sin datos suficientes sobre los que sustentar su examen, no le iba a resultar fácil. Cuando creyó llegar a una conclusión, esta se vino abajo de inmediato. Si se inclinaba por una de las dos tesis, su autoestima se resentiría. Si se decantaba por la otra, le invadiría la desilusión. Extrañamente, le parecía que su confianza, o como él prefería llamarlo, su vanidad, residía justamente en él; y al contrario, pensaba que la desilusión

siempre procedía del exterior. Convencido de observar ambas posturas de manera imparcial, quiso distinguir también lo que le era familiar y lo que le resultaba desconocido. O más bien, le parecía que esas dos características estaban marcadas desde el principio por una lejanía que constituía un atributo natural. El resultado era evidente: al tiempo que se lo reprochaba, mimaba su fatuidad; al tiempo que prestaba atención a esa señal de alarma, la aborrecía.

Su corazón estaba inquieto. No podía conciliar el sueño por mucho que lo intentara. Al final decidió aparcarlo todo hasta el día siguiente, si bien solo consiguió dar vueltas y más vueltas en la cama.

Alcanzó la caja de cerillas que estaba junto al lecho para encenderse un cigarrillo. Se fijó en la ropa de dormir que la camarera había dejado doblada en la estantería y se acordó de que O-Nobu le había guardado la suya en la maleta. O-Nobu parecía sentirse muy orgullosa de ella. La había confeccionado ex profeso para su estancia en la clínica. «Si la que te dan en el hotel, es mejor, será muy humillante», le había dicho.

La del hotel era, sin duda, mejor. A su juicio inexperto, las diferencias entre un simple tejido de algodón de fábrica y uno de seda hecho a mano, resultaban obvias. Comparó las telas. Pensó en O-Nobu y en la mujer que paseaba por sus pensamientos.

«O-Nobu y Kiyoko.»

Apagó el cigarrillo y metió la cabeza bajo el edredón.

Únicamente cuando la determinación y el esfuerzo por dormirse se consumieron, obtuvo su recompensa. A su pesar, el sueño terminó por vencerle.

178

UN EMPLEADO DEL HOTEL entró por la mañana temprano en su habitación para abrir las contraventanas, pero Tsuda continuaba sumergido en un estado de semiinconsciencia. Solo se levantó cuando el último rincón de la habitación se vio inundado por la luz de la mañana y resultaba imposible seguir durmiendo. El sol ya proyectaba sombras en el exterior, si bien a Tsuda le seguían pesando los párpados. Abrió la puerta corredera que daba a la galería mientras se cepillaba los dientes. Como un hombre nuevo que ha logrado escapar del reino de las sombras, miró fuera y contempló la escena.

El jardín que quedaba enfrente no armonizaba bien con un pueblo de montaña como aquel. El estanque, con un diseño muy convencional, estaba rodeado de pinos y azaleas. Era de un gusto corriente. Un arroyuelo fluía entre las rocas dispuestas en una colina artificial y desembocaba en el estanque por medio de una cascada. Una fuente pequeña, con cinco o seis chorros que simulaban fuegos artificiales, borbotaba en las inmediaciones. Al descubrir la causa de su insomnio, esbozó una sonrisa irónica. Aquella corriente artificial de agua resultaba, sin duda, mucho más molesta que cualquier arroyo: enseguida se vio obligado a admitir, sin embargo, que en realidad era Kiyoko quien causaba su desvelo, no el ruido del agua.

Se quedó allí, de pie al borde de la galería con la mente en blanco, el cepillo de dientes en la

boca y los brazos colgando. Un joven que recogía las hojas del jardín con una escoba de bambú se le acercó.

—Buenos días, señor —le saludó cortésmente—. Me imagino que estaría usted muy cansado anoche.

—¡Vaya! Eres el que me trajo en el coche de caballos.

—Sí, soy yo. Espero no haberle molestado.

—No, no... En absoluto. Este lugar es tan tranquilo como me dijiste, y el edificio es enorme.

—En realidad, no tanto. Hay poco terreno llano, por eso hemos tenido que levantar varias plantas en altura. Los pasillos son los únicos espacios amplios. Quizá eso le ha confundido.

—No me extraña que anoche me perdiera al volver del baño.

—Lo siento de veras, señor.

Mientras charlaban, un hombre y una mujer descendieron por la pequeña colina que quedaba tras el jardín. Caminaban por un sendero tapizado con las hojas caídas del otoño y flanqueado por las ramas desnudas de los árboles, que habían sido podadas para facilitar el paso por aquella pendiente relativamente empinada. De hecho, les llevó cierto tiempo alcanzar el jardín a pesar de que apenas estaban a unos metros de distancia.

El joven, ansioso por complacerles, dejó a Tsuda para acercarse a ellos, para lo cual corrió hasta la base de la colina.

Tsuda vio sus rostros con claridad por vez primera. La mujer era la misma que había abierto la puerta del baño la noche anterior y mostrado su figura cautivadora, pero el elaborado peinado japonés de entonces había desaparecido para transformarse en uno más simple, de estilo occidental, por lo que tardó en reconocerla. Observó al hombre que la acompañaba con la ingenuidad de un primer encuentro. Había escuchado su voz, pero aún no había visto su rostro. Lucía un elegante bigote a la moda y tenía un cierto aire de comerciante, como le había dicho la camarera. Su cara le recordó de inmediato a la del marido de O-Hide. Igual que el nombre de Shotaro Hori, que abreviaba de distintas formas para que le resultara más familiar, encajaba a la perfección con el aspecto de su cuñado, se preguntaba si el de ese hombre haría lo propio como para no desmentir las pretensiones de su mostacho. Las deducciones de Tsuda no se quedaron ahí. Su curiosidad, rayana en el cinismo, le llevó a preguntarse si en realidad eran marido y mujer. Tras escuchar que se habían levantado pronto y que, después de darse un baño, habían salido a dar un paseo antes de desayunar, creyó ver confirmada, de algún modo, su sospecha de que eran amantes. Tsuda no había cambiado de posición. A pesar de la distancia, escuchó claramente la conversación que mantenían con el joven.

—¿Sabe qué le ha ocurrido a la mujer que se aloja en el anexo? —preguntó la mujer.

—No. ¿A qué se refiere, señora?

—A nada importante. Siempre nos encontramos por la mañana en el baño, pero hoy no estaba.

—Quizá se haya quedado dormida.

—Es posible, pero nos habíamos citado.

—Entiendo.

—Además, nos había prometido acompañarnos en nuestro paseo.

—¿Quiere que vaya a informarme?

—No es necesario. Ya volvemos. Preguntaba por si ya no estaba.

—Lo más probable es que aún esté dormida.

La conversación terminó en ese punto. Con la boca aún llena de pasta dentífrica, Tsuda salió al pasillo para buscar el mismo lugar donde se había bañado la noche anterior.

179

LA PALABRA «BÚSQUEDA», en cambio, no se correspondía exactamente con la actividad que desarrolló esa mañana. A pesar de retroceder en varias ocasiones para asegurarse de que iba por el buen camino, no le costó mucho dar con el lugar sin necesidad de dar una larga y vana caminata. Entonces vio claramente su estupidez de la noche anterior.

El sol del otoño se colaba por las ventanas altas que daban luz al baño. Tsuda se sumergió hasta el cuello en el agua caliente y miró hacia allí. Justo encima de su cabeza vio en el exterior rocas y un terraplén que daba una idea exacta de que estaban bastante por debajo del nivel de suelo. Había una considerable diferencia de altura entre lo alto de la colina y el lugar donde se encontraba. Estimó a ojo que habría entre cuatro y seis metros. Si el baño antiguo estaba aún más abajo, como le habían explicado, el edificio debía de tener muchas plantas.

En lo alto había un *tsuwabuki*^[46], pero por desgracia el sol de la mañana no alcanzaba a iluminar el color de sus hojas, que solo brillaban tenuemente mecidas por el viento, provocándole una sensación de frío. También le costaba ver las flores que caían de unas camelias, pues las dos franjas de las ventanas, de apenas un metro de ancho, le impedían la visión de lo que quedaba por encima o por debajo de ellas. Ese mundo desconocido del exterior, no era en verdad gran cosa, pero por alguna razón excitaba su curiosidad. Un *hiyodori*^[47] se posó cerca del talud y se puso a cantar. A Tsuda le frustró oírle y no poder verle: una tribulación secundaria en cualquier caso. A decir verdad, llevaba tiempo dándole vueltas a un asunto que le preocupaba bastante más y que le dejaba vacío desde antes de meterse en la bañera.

No había rastro de ser humano alguno en el bien iluminado baño, ni siquiera en el desierto edificio, que parecía un reino deshabitado. Para asegurarse de que estaba solo, abrió todas y cada una de las puertas de las bañeras individuales a derecha e izquierda. En realidad, el motivo de su preocupación residía en que delante de una puerta cerrada había visto un par de sandalias. Cuando estuvo delante, dudó qué hacer. Su titubeo no era inconsciente. No quería ser descortés al abrir la puerta de golpe. Pegó la oreja a la hoja, pero dentro no se oía nada. La empujó ligeramente y la abrió. Al descubrir otra bañera vacía, se mezclaron en él un sentimiento de alivio y otro de

decepción.

Después de desnudarse y meterse en el agua, aquella sucesión de acontecimientos le generó cierta esperanza. Sonrió irónicamente y pensó en lo distinta que era su actitud de la noche anterior en relación con la de esa mañana. La mujer con el moño le había dado un buen susto, pero en lugar de mostrarse tan ingenuo, ahora estaba prevenido contra lo que pudiera pasar.

El cambio, probablemente, había sido inducido por la visión de aquellas sandalias sin dueño, pero también por los comentarios de la mujer de Yokohama y el joven del hotel: Kiyoko aún no se había levantado, no había tomado su baño. Si tenía intención de hacerlo, podía ser en ese mismo momento o sin demorarse mucho.

Su oído atento captó el ruido de unos pasos que bajaban por las escaleras. Se quedó paralizado. Los pasos se desvanecieron. Podía ser su imaginación, pero tenía la impresión de que se habían detenido de repente para volver a subir. Sabía por qué. Se preguntó si había hecho bien al dejar las sandalias delante de la puerta del baño, como habría hecho cualquiera en su lugar. Se lamentó de no haber entrado con ellas.

Volvió a escuchar unos pasos, pero en esa ocasión el sonido le llegó desde el exterior del edificio. De inmediato los asoció con los mismos que había escuchado un momento antes. Concluyó que se trataba de la misma persona. Escuchó la voz de una mujer, pero le llegaba en dirección opuesta. A juzgar por lo que veía a través de la ventana, estimó que la parte alta de la colina era una zona nivelada con una extensión de varios metros cuadrados. La única construcción que había allí, tenía que estar enfrentada al baño. Sin duda, la voz era la de la mujer que un rato antes hablaba de Kiyoko.

Las ventanas, abiertas durante la noche para ventilar el vaho de la sala, estaban cerradas. No escuchó bien lo que decía, pero, a juzgar por su tono de voz, estaba seguro de algo: se dirigía a alguien que estaba más abajo. Desde aquel lugar, sin embargo, no le llegaba sonido alguno, nada que pareciera el intercambio de una conversación normal, salvo la voz de la mujer en lo alto de la loma.

Los pasos no llegaron a detenerse del todo. Sin duda, alguien subía la colina por el camino de grava. Calzaba unas *geta* de madera. Cuando calculó que había alcanzado su destino, entrevió por la ventana un quimono que desapareció en apenas un segundo. Estaba hecho con un tejido alegre de elegantes estampados. En aquel fugaz instante, intuyó los mismos colores que había visto en el rellano de la escalera la noche anterior.

180

VOLVIÓ A LA HABITACIÓN y aprovechó para hablar con la camarera mientras esta le servía el desayuno.

—¿Los clientes de Yokohama se alojan en la habitación que queda sobre el talud que se ve desde el baño nuevo?

—Sí. ¿Ha estado usted allí?

—No, era solo una suposición.

—Está en lo cierto. ¿Por qué no va a presentarles sus respetos? Son personas amables y divertidas. Parece que se aburren y nunca saben bien qué hacer.

—¿Llevan aquí mucho tiempo?

—Sí, casi diez días.

—¿Son ellos los que cantan, verdad?

—Sí, parece que lo sabe usted todo. Les ha escuchado.

—No, todavía no. El encargado de los baños me lo ha dicho.

La chica, que no se hacía precisamente de rogar para darle cualquier tipo de información sobre la pareja, también tomaba sus precauciones a su manera. En el momento en que el la conversación parecía llegar a alguna parte, cambió de tema sin perder un segundo.

—Por cierto, ¿quién es esa mujer?

—Es una dama.

—¿Una dama?

—Claro, está casada —contestó entre risitas—. No creo que existan falsas esposas. ¿Por qué me lo pregunta?

—¿Por qué? Porque para ser una mujer normal me resulta demasiado elegante. ¿O me equivoco?

En lugar de contestarle, de pronto habló de Kiyoko.

—La otra dama que se aloja en el anexo es más distinguida.

Por la disposición de las habitaciones, la de Kiyoko quedaba detrás de la Tsuda y la de la pareja lo hacía delante, de modo que la suya estaba justo entre ambas.

—Así que yo estoy en medio.

A pesar de ser cierto, estaba algo retirada de manera que no había que pasar por allí para ir a ninguna de las otras dos.

—La dama y la pareja, ¿son amigos?

—Sí, parece que se conocen bien.

—¿Desde hace mucho?

—Eso no sabría decírselo... Pero tengo entendido que se han conocido aquí. Se ven todos los días porque al parecer se aburren. Ayer, sin ir más lejos, fueron juntos al parque.

Tsuda no quería que la conversación se le escapara de las manos.

—¿Por qué ha venido sola?

—Tiene un problema de salud.

—¿Y su marido?

—Vino con ella, pero poco después se marchó.

—¿La ha abandonado! Es una crueldad por su parte. ¿No ha vuelto?

—En unos días, al parecer, pero no sé si es cierto o no.

—Me imagino que estará muy aburrida.

—¿Por qué no le hace una visita?

—¿Cree que podría? ¿Se lo podría preguntar de mi parte?

—Desde luego —contestó la criada con una sonrisa, sin tomárselo demasiado en serio.

—¿Qué hace durante el día? —preguntó Tsuda de nuevo.

—Pues se baña, pasea, escucha un poco de *gidayu* y de vez en cuando hace arreglos florales. Pero por las noches siempre practica caligrafía.

—Ya veo. ¿Lee?

—Es probable —respondió la camarera evasiva.

Las preguntas de Tsuda eran tan exhaustivas que al final no pudo evitar reírse. Al darse cuenta, cambió de tema un poco aturdido.

—Esta mañana alguien ha olvidado sus sandalias en el baño. Pensé que estaba ocupado, pero al abrir la puerta he comprobado que no había nadie.

—¿De verdad? Deben ser del *sensei*^[48].

El hombre en cuestión era un experto en caligrafía. Tsuda se había fijado ya en la firma de los rollos que decoraban algunas paredes del hotel.

—¿Será un hombre mayor?

—Sí. Tiene una barba blanca hasta aquí —dijo ella llevándose la mano a la altura del pecho.

—Entiendo. ¿Viene aquí a hacer sus caligrafías?

—Sí. Me ha contado que tiene que grabar no sé qué en una lápida funeraria. Es un trabajo inmenso y tiene que avanzar poco a poco.

Al explicarle que iba todos los días para grabar un epitafio en una lápida, Tsuda se sorprendió y admiró mucho.

—Un trabajo así debe de ser muy duro. Un profano como yo pensaría que se termina en una tarde.

La camarera no respondió a su observación, pero Tsuda tenía la impresión de que aún no lo había dicho todo. Comparó el asunto que le había conducido allí con el que llevaba al viejo *sensei*, y también con el de los clientes de Yokohama que se dedicaban a recitar *gidayu* para combatir el

aburrimiento. Más tarde pensó en Kiyoko, que se dedicaba al arreglo floral y a la caligrafía pese a no estar versada en ello. Al final se enteró por boca de la camarera de que había un último cliente que no hablaba con nadie, no se movía de su cuarto y se dedicaba únicamente a contemplar las montañas en silencio.

—Desde luego, hay gente de todo tipo —comentó Tsuda—. Si ya es así ahora, con un grupo de cinco o seis personas, no me imagino cómo será en invierno o en verano, cuando el hotel está lleno de gente.

—Cuando está lleno, habrá unas ciento treinta o ciento cuarenta personas.

La camarera no entendió bien lo que quería decir Tsuda y se contentó con decirle el número de clientes que podían hospedar en temporada alta.

181

NADA MÁS TERMINAR EL DESAYUNO, se sentó en una mesa baja que había junto al *tokonoma*. Escribió unas frases en unas tarjetas postales que le había pedido a la camarera y escribió las direcciones: Una era para O-Nobu, otra para su tío Fujii, una última para la señora Yoshikawa. Ya era suficiente con eso, pero aún le sobraban algunas.

Con la pluma aún en la mano, miró distraído las imágenes de las tarjetas, que tenían nombres muy rimbombantes en relación con su aspecto provinciano, nombres tales como la Cascada Inmóvil o el parque de la Luna. De nuevo hizo correr la tinta y terminó rápidamente con las postales que le iba a mandar al marido de O-Hide y a sus padres en Kioto. Al retomar la escritura, sintió que lo mejor sería cumplir con sus obligaciones y hacer uso de todas las tarjetas. Pensó en nombres en los que no había reparado al principio: Okamoto, su hijo Hajime, que a su vez le recordó a su compañero de escuela, su sobrino Makoto, y otros más. Consciente de ello desde el comienzo, el único nombre que no escribió fue el de Kobayashi; entre otras razones, porque, bajo ningún concepto, quería que supiera dónde estaba. En poco tiempo se iría a Corea. Quizá él, que se jactaba de no sufrir coacción alguna, viajaba en ese mismo momento en el tren que le llevaba al puerto donde se embarcaría para cruzar el mar. Al mismo tiempo, una persona tan anárquica como él, podía quedarse en el mismo sitio incluso si ya había pasado la fecha de su partida. Si le enviaba una tarjeta (en el caso de que se decidiera a hacerlo), no estaba seguro de que no cambiase de idea y apareciera al poco tiempo por allí.

Al pensar en ese amigo suyo tan molesto, más bien enemigo declarado, se sentía como si tuviera que batirse contra un tiempo que ignoraba si estaba cubierto o despejado, y no pudo evitar encogerse de hombros. Una vez que la escena imaginaria encontró su hilo conductor, no pudo detenerse ahí y avanzó con Tsuda a rastras. Con una claridad aterradora, vio la imagen de Kobayashi que aparecía de improviso en su habitación para montar un escándalo.

«¿Qué has venido a hacer aquí?»

«Nada, solo para molestarte.»

«¿Por qué?»

«No tengo una razón ni nada que se le parezca. No tengo que darte explicaciones. Si tanto me detestas, te seguiré a todas partes.»

«¡Eres un cretino!»

A Tsuda le hubiera gustado darle un puñetazo. En lugar de resistirse, no le habría quedado más remedio que caer rendido al suelo.

«¡Me has pegado, canalla! ¡Vamos, no te reprimas!»

Allí se desarrollaría una escena como esas que solo se ven en el teatro, lo cual atemorizaría a todos los huéspedes, Kiyoko incluida. Todo llegaría entonces a su fin, para siempre.

Tsuda volvió en sí estremecido tras imaginarse aquella escena tan vívida. Se preguntó qué haría en el caso de que se hiciera realidad. Sintió la lejana amenaza de la vergüenza y la humillación. De pronto, tuvo la impresión de que sus mejillas llegaban a encenderse como símbolo de su mortificación. Sin embargo, su crítica no fue más allá. Perder la compostura delante de los demás... Si alguna vez llegaba a cometer semejante equivocación, sería una verdadera catástrofe. Ese era el único fundamento de su ética. Perder esa referencia equivaldría a arruinar su reputación. Era Kobayashi el único que podía representar el papel del malo.

«Si no existiera un tipo como él, ¿qué inconveniente supondría?», se preguntó Tsuda como si así le reprochara a Kobayashi que se hubiera colado en su imaginación. Toda la culpa de su deshonra la descargó sobre él.

Después de condenar al ilusorio criminal, cambió de humor y sacó de su cartera una tarjeta de visita. «Llegué ayer por la noche para reposar», escribió en la parte de atrás. Después, añadió: «Al parecer, también usted está aquí».

Reflexionó un poco: «Esto suena muy falso. Debería decir algo sobre el encuentro de anoche». Sin embargo, no era fácil abordar ese tema de forma anodina. Para empezar, cuanto más se complicaban sus propósitos, más aumentaba el número de palabras que le hacían falta y que de ningún modo entrarían en la nota. Quería transmitir el mensaje más simple que le fuera posible sin utilizar papel y sobre.

De repente, miró las estanterías donde había dejado sin tocar el regalo de la señora Yoshikawa. Introdujo una tarjeta en el cesto en la que había escrito: «¿Cómo se encuentra? Es un regalo de la señora Yoshikawa». Llamó a la camarera.

—¿Se aloja aquí la señora Seki, verdad?

La camarera, la misma que le había servido el desayuno, se rio.

—La señora Seki es la dama de la que le hablaba antes.

—Tanto mejor. Llévelo esto, por favor. Y si no le molesta, dígame de mi parte que me gustaría verla si no hay inconveniente.

—Ahora mismo.

La camarera salió al pasillo con la cesta de fruta en la mano.

182

MIENTRAS ESPERABA UNA RESPUESTA, Tsuda se inquietaba, como si se esforzara al cerrar un recipiente que no ajusta como es debido. Su nerviosismo aumentaba porque la camarera tenía que haber vuelto de inmediato y sin embargo se retrasaba.

«No creo que diga que no. De ninguna manera», pensó Tsuda.

La razón por la que se servía del nombre de la señora Yoshikawa era porque ya había considerado esa posibilidad en el peor de los casos. Las dos cosas juntas, el nombre de la señora y su regalo, eran sin duda una buena forma de anular las reservas de Kiyoko, especialmente por haber sido precisamente él quien le había llevado el regalo. Aun en el caso de que su verdadero deseo fuera evitarlo y esquivar los reproches que pudiera hacerle, no le quedaba más remedio que agradecer personalmente el regalo a la persona que se lo llevaba. Era lógico, por tanto, que le preocupase el retraso de la camarera. Apagó el cigarrillo que apenas había empezado a fumar y salió al *engawa*. Contempló distraído una carpa roja que nadaba en el estanque. Se agachó para tocar al perro que dormitaba a sus pies. Cuando escuchó al fin los pasos de la camarera en el pasillo, estaba tan agitado que tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para aplacar su angustia y fingirse calmado.

—¿Qué ha pasado?

—Siento haberle hecho esperar. Perdome por el retraso.

—No es para tanto, no se preocupe.

—He tenido que ayudar a la señora.

—¿A qué?

—A recoger su habitación, a peinarse. Teniendo en cuenta eso, supongo que he vuelto muy rápido.

A Tsuda no le parecía que peinar a una mujer pudiera ser tan complicado.

—¿Se ha hecho un peinado de mariposa o se lo ha recogido en un moño?

La camarera no pudo evitar la risa.

—¿Por qué no va usted mismo y lo comprueba?

—De buena gana. ¿Le ha dicho si puedo? Llevo un rato esperando la respuesta.

—¡Oh, lo siento! Me olvidaba de lo más importante. Sí, por favor, vaya a verla cuando desee.

Sintió un enorme alivio, pero quiso asegurarse. Con el gesto medio torcido le preguntó de nuevo:

—¿De verdad? ¿No soy una molestia? No quiero ir y arrepentirme luego.

—Es usted muy suspicaz. Mejor dicho: los dos lo son...

—¿A quién se refiere, a la señora Seki?

—¿No lo sabe?

—No, no lo sé.

—¿Está seguro?

La camarera ayudó a Tsuda a ceñirse el *obi* y a ponerse el *haori*.

—¿Es por aquí?

—Le mostraré el camino.

Cuando pasaron junto al espejo de cuerpo entero, el recuerdo de la noche anterior y sus vagabundeos de sonámbulo se apoderó de él.

—Sí, aquí fue.

Había hablado sin pensar. La camarera no tenía idea de a qué se refería. Sorprendida le pregunto:

—¿Aquí fue qué?

Para eludir la respuesta, bromeó con ella.

—Aquí fue donde anoche me topé con el fantasma.

—¡Qué tontería! —exclamó ella con una expresión peculiar—. ¿Cómo puede haber un fantasma en este edificio? Si va usted por ahí con esas historias...

Tsuda comprendió que había sido una broma de mal gusto. Aquel establecimiento debía atraer a los clientes, no ahuyentarlos. Miró a lo alto de la escalera y aprovechó para cambiar de tema.

—¿Es ahí arriba, verdad? Me refiero a la habitación de la señora Seki.

—Está usted en lo cierto.

—Sé que lo estoy.

—Es usted muy perspicaz.

—No se trata de perspicacia, sino de olfato. Con mi nariz puedo olerlo todo.

—Como un perro.

El diálogo se prolongó hasta que llegaron frente a la puerta de la habitación de Kiyoko, de manera que ella podía escuchar perfectamente lo que decían, algo de lo que Tsuda era consciente.

—Fíjese como olfateo para encontrar la habitación de la señora Seki.

El golpeteo de las sandalias contra sus talones, cesó de golpe.

—Aquí es.

La camarera se rio de nuevo.

—Entonces qué, ¿he acertado o no? —preguntó Tsuda.

—Por supuesto. Su nariz es infalible. Mejor que la de un perro de caza.

Se reía de buena gana. Sin embargo, en el interior de la habitación no se percibía reacción alguna ante sus chistes. Reinaba el silencio, como si no hubiera nadie dentro.

—Su invitado ha llegado.

La camarera le anunció sin llegar a entrar del todo. Se limitó a abrir despacio la puerta corredera.

—Con permiso —dijo Tsuda con toda formalidad.

Se sorprendió al no encontrar a Kiyoko delante de él, tal como esperaba.

183

LA HABITACIÓN TENÍA EN REALIDAD DOS PARTES. Tsuda estaba en el recibidor. Un cojín mullido de rayas transversales, colocado frente a un espejo de pie con un marco de madera de caqui, y un pequeño brasero rectangular de madera de paulonia producían la misma impresión a pequeña escala que el cuarto de estar de una casa corriente. En una esquina había una estantería lacada en negro. Encima, un kimono de seda doblado del que cualquier mujer se habría sentido orgullosa.

El *fusuma* que conectaba las dos piezas estaba completamente abierto. En el *tokonoma* había un arreglo floral con crisantemos de invierno que parecía recién dispuesto. Delante, dos almohadones se enfrentaban, estampados con el dibujo en blanco de unas peonías que destacaban sobre el marrón del crepé del resto del tejido. Su disposición evidenciaba que se esperaba a un invitado. Antes de sentarse, Tsuda se dio perfecta cuenta de ello.

«Todo muy formal. Me pregunto si esto no demuestra cuánto nos ha alejado el destino.»

Enseguida se arrepintió de haber ido.

¿Cómo habían llegado a distanciarse tanto? Era natural que hubiera ocurrido. Simplemente, Tsuda se había olvidado de lo evidente. ¿Por qué le había olvidado ella? Lo pensó también y concluyó que era lógico.

Imbuido en sus pensamientos, Tsuda permaneció de pie en el recibidor. Contemplaba los almohadones sin saber muy bien si sentarse o no. Kiyoko apareció finalmente por la galería representando su papel de anfitriona. Tsuda no tenía idea de qué podía haber estado ocupándola hasta ese momento. No sabía tampoco por qué razón había salido fuera. Quizá, después de recoger la habitación, mientras esperaba a que llegase, había aprovechado para tomar el aire y contemplar los resplandecientes colores del otoño. En cualquier caso, se comportaba de un modo extraño. Más que atender a su invitado, parecía haberse encontrado con él por sorpresa.

Su actitud, en cambio, no le molestó tanto como aquellos almohadones ceremoniosamente dispuestos para que se sentara o el brasero rectangular que se hallaba emplazado a modo de barrera

para frustrar cualquier contacto físico. En el fondo, su actitud no le parecía tan extraña como para no reconocerla.

La Kiyoko que había conocido un día, no era una mujer inquieta: nunca perdía la compostura. Quizá una cierta parsimonia era uno de los rasgos que mejor definían su carácter o, más bien, la actitud consecuencia de aquel. Siempre confió en ese rasgo suyo y, por hacerlo en exceso, terminó traicionándole. Esa era, al menos, su interpretación de lo ocurrido, y a pesar de todo, aunque no era plenamente consciente de ello, conservaba intacta aún una parte de esa confianza. Su inesperado matrimonio con Seki, fue tan imprevisto y súbito como el quiebro de una golondrina en pleno vuelo. Aquello era una cosa, sin embargo, y lo de ahora, otra. Al tratar de relacionarlas, de pensar en ellas sin contradecirse, se sintió muy confundido, pero si las analizaba a distancia, igual que la primera era cierta, también lo era la segunda.

«¿Por qué razón una persona tan tranquila como ella alzó el vuelo de repente a la velocidad de un avión? ¿A qué se debió esa pirueta?»

La incógnita estaba presente, pero por mucho que dudara, la verdad no dejaba de serlo jamás: ella nunca podría desvanecerse de sí misma.

Kiyoko, la traidora, era más afortunada en ese sentido que O-Nobu, la leal. Si la persona que había aparecido por sorpresa en la galería hubiera sido O-Nobu en lugar de Kiyoko, ¿cuál habría sido su reacción?

«Me gustaría que se dejara ya de truquitos.»

Sin duda habría reaccionado de forma parecida, pero si ese mismo acto lo realizaba Kiyoko, su reacción era bien distinta.

«Sigue siendo la misma serena mujer de siempre.»

No podía pensar en ella de otra manera. En realidad, no tenía otra alternativa, porque en un abrir y cerrar de ojos se había derrumbado.

Kiyoko no solo le había sorprendido. Cuando apareció por la galería llevaba en las manos la cesta de fruta que él le había hecho llegar como regalo de la señora Yoshikawa. El hecho de que la portara, evidenció que no le guardaba rencor. Es más, al pensar que la tenía con ella en la galería, que la había cogido después de colocarla en algún otro sitio, le pareció que su comportamiento resultaba muy extraño; en cierto sentido, infantil. Pero Tsuda la conocía bien y sabía que aquello era muy propio de ella.

«Es gracioso. Es gracioso porque es tan típico de ti, aunque tú no te des cuenta...»

Al contemplarla con la pesada cesta en las manos, sintió ganas de decírselo en voz alta.

KIYOKO ENSEGUIDA LE ENTREGÓ el capacho a la camarera que, al no saber qué hacer con él, se limitó a extender las manos sin decir una palabra. Tsuda continuaba en pie, pero en lugar de sentirse incómodo, como le habría ocurrido en circunstancias normales, disfrutó de la escena sin inquietarse

apenas. Observó a Kiyoko, su expresión de calma. Su conducta no se contradecía con lo que recordaba de ella. La evocación de su encuentro nocturno despertó en él, por tanto, preguntas aún más inquietantes. ¿Por qué esa mujer tan plácida y compuesta se había quedado al verle pálida como un muerto? ¿Por qué pareció tan crispada? Daba igual como lo analizase, su trastorno de entonces no encajaba con su compostura de ahora. Se sentía como si por primera vez en su vida se hubiera dado cuenta de las diferencias entre el día y la noche.

Se sentó en el lugar dispuesto para él antes de que le invitara a hacerlo. Observó a Kiyoko, aún en pie, que le pedía a la camarera que colocase las frutas en un plato.

—Muchas gracias por el regalo.

Fueron sus primeras palabras, a modo de saludo. La conversación tenía que abordar, lógicamente, tanto al mensajero del regalo como a quien había tenido la amabilidad de enviarlo. Tsuda le había mentido al nombrar a la señora Yoshikawa, pero no creía engañarla.

—Estuve a punto de darle las mandarinas a un hombre que venía conmigo en el tren.

—¿Ah sí? ¿Por qué quisiste hacerlo?

No le importó responderle lo primero que se le vino a la cabeza:

—Pesa tanto que era un engorro.

—¿La has tenido contigo todo ese tiempo?

Su pregunta le resultó de lo más ingenua.

—¿Qué tontería! ¿Crees que soy como tú y arrastraría esa cosa de un lado a otro de la galería?

Kiyoko sonrió. No había justificación en su sonrisa, sino cierta disponibilidad. El corazón de Tsuda, que había empezado diciendo mentiras, fue ganando poco a poco en serenidad.

—Me maravilla comprobar que nada te preocupa.

—Sí.

—No has cambiado en absoluto.

—Por supuesto, aún soy la misma mujer.

Tsuda quiso responder con algún sarcasmo, pero la camarera, que aún no había terminado de colocar la fruta, se rio.

—¿De qué se ríe si se puede saber? —preguntó Tsuda.

—La señora Seki es muy divertida —explicó, pero en vista de la seria expresión de Tsuda, se sintió en la obligación de añadir algo más—. Es cierto: mientras uno está vivo siempre es el mismo. A menos que se nazca de nuevo, es imposible convertirse en otra persona.

—Eso no es cierto. Hay gente que renace en vida.

—¿De verdad? Me gustaría conocer a alguien.

—Si de verdad quiere, se lo presentaré.

—Se lo ruego —dijo con una carcajada antes de señalarse la nariz con el dedo índice—. Debe de ser esto otra vez. Yo no estoy a su altura, señor. Después de todo, su olfato le ha traído hasta la habitación de la señora.

—Eso no es nada. Puedo averiguar lo que quiera: su edad, el lugar donde vive, dónde nació... Solo con esta nariz mía.

—¡Me asombra usted, señor! De verdad, me ha impresionado.

La camarera se puso en pie, pero antes de retirarse bromeó con él de nuevo.

—Estoy segura de que es usted un excelente cazador.

En cuanto se quedaron a solas en aquella habitación orientada al sur, el silencio se adueñó de ellos. Tsuda estaba sentado frente a la galería y recibía el sol de cara, Kiyoko en su espalda. Desde su posición, veía las crestas de las montañas superpuestas unas sobre otras y distinguía claramente el juego de luces y sombras que formaban. El contraste de los matices pálidos y oscuros del otoño intensificaban las gradaciones de la luz. Al contrario que Tsuda, con aquella magnífica vista frente a sí, Kiyoko no tenía dónde mirar salvo el *fusuma*, orientado al norte, que la figura de Tsuda ocultaba en parte. Su campo de visión era reducido, pero no parecía preocuparle. Estaba tranquila. Si O-Nobu hubiera estado en su lugar, ya habría obligado a Tsuda a cambiarle el sitio.

La cara de Kiyoko lucía más sonrojada de lo normal. No había rastro alguno de la palidez de la noche anterior. Tal vez era el efecto de la intensa luz del otoño en su piel. Después de contemplar el paisaje, se fijó en los lóbulos de sus orejas, teñidos de carmesí. Dadas sus posiciones, Tsuda tenía la impresión de que la luz del sol no podía alcanzar sus propios ojos sin atravesar primero la carne de Kiyoko, después de pasar a través de su sangre.

185

EN UNA SITUACIÓN ASÍ, ¿quién de los dos debía hablar primero? De haberse tratado de O-Nobu, todo habría estado claro sin necesidad de devanarse los sesos. Era una mujer que no le dejaba a Tsuda el más mínimo margen y él, a modo de revancha, no le daba tregua alguna. Ella usaba a voluntad lo que tenía a su alcance siempre y cuando quería. La fuerza de las cosas conducía a Tsuda a asumir un papel pasivo, a resistir la tensión y el esfuerzo que subyacía en sus peleas.

Pero si se trataba de Kiyoko, su actitud y su ánimo eran completamente distintos. Ella le seguía el ritmo, le respondía siempre en igualdad de condiciones. Delante de ella, Tsuda siempre se mostraba activo y era así en el cien por cien de los casos.

Hasta que no les dejaron solos, no fueron conscientes de aquella singularidad. Los recuerdos que conservaba de ella revivían en él con toda naturalidad. La torpeza que había presupuesto en sí mismo simplemente se desvaneció. Tenía a Kiyoko allí, frente a él, y se sentía muy tranquilo, como siempre antes de que huyera: al menos, lo que sentía ahora se asemejaba a aquello. Como en el pasado, fue él quien retomó la conversación después de que se hubiera interrumpido. Al actuar así, se sintió inesperadamente satisfecho.

—¿Cómo le va a Seki? ¿Sigue con sus estudios? No he podido ir a verle últimamente.

Antes de mencionar a su marido al principio de la conversación, debería haber valorado los pros y los contras, reflexionar sobre los intereses de ambos, las implicaciones y sus sentimientos. Al margen de complejas consideraciones personales, solo para estimar si podía resultar natural o no, como mínimo debería haberlo pensado un poco. Desdeñó sus escrúpulos habituales y empezó a hablar sin tomar ninguna de las precauciones habituales con O-Nobu.

Pero no era ella con quien hablaba, como bien le demostró la respuesta inmediata de Kiyoko.

—Gracias por preguntar —dijo ella con una sonrisa—. Supongo que todo sigue igual, como bien dices. De hecho, hablamos de ti de vez en cuando.

—¿De verdad? En los últimos tiempos he estado muy ocupado, sin tiempo de ver a nadie.

—A mi marido le ocurre lo mismo. Al parecer ya nadie puede disfrutar del tiempo libre. Quizá por eso hemos perdido contacto. Supongo que no hay remedio. Es el curso natural de las cosas.

—En efecto.

En lugar de decir eso, le hubiera gustado preguntarle: «¿Es así realmente? ¿Lo dices de verdad? ¿Es esa la única razón de que nos hayamos alejado? ¿Es eso lo que piensas?». Tenía todas esas preguntas en la punta de la lengua, pero no alcanzaba a verbalizarlas.

La Kiyoko que se sentaba frente a él, sin embargo, era la misma mujer sencilla y sin pretensiones de siempre. Al menos así actuaba, tan equilibrada como para haber podido mencionar a su marido sin problemas y convertirlo en el centro de su conversación: su ingenuidad le permitía pronunciar su nombre sin vergüenza. Tsuda lo había previsto en secreto, aunque en cierto modo jamás lo habría imaginado. El placer de encontrar en ella a la mujer de siempre se acompañaba de la insatisfacción provocada por el hecho de que, como de costumbre, era capaz de hablar abiertamente de su marido ante él.

«¿Por qué me disgustará tanto?» No tenía el valor de preguntárselo. Mientras Seki fuera su marido, no le quedaba más remedio que aceptar su actitud y respetarla. Sin embargo, esa solo era su reacción externa, la impresión que habría dado a cualquier observador fortuito. Detrás de aquello se ocultaba otra forma de verlo, la del verdadero Tsuda, muy distinta a la de un tercero, algo a lo que ni siquiera él se atrevía a enfrentar directamente y que atribuía a una «persona especial», es decir, a una suerte de profesional en oposición a un amateur, a un iniciado en relación a un profano, a un especialista contra un hombre de la calle. Alguien, por tanto, con más derecho que nadie a tomar la palabra.

Era natural que ese sentimiento contradictorio hacia Kiyoko se manifestara de alguna forma hacia el exterior.

Su manera de decirlo fue abrupta. Quería comprobar la reacción que provocaba en ella.

—Yo también.

Kiyoko no tardó un instante en responder. Al no detectar rastro de inquietud en ella, se preguntó: «¿Acaso no recuerda la sorpresa que se llevó anoche?». Si lo había olvidado, su misión sería en vano, para bien o para mal.

—Sentí mucho asustarte como lo hice.

—En ese caso no deberías haberlo hecho.

—Sin duda, pero no pude evitarlo. No sabía que estabas aquí.

—¿No has venido ex profeso desde Tokio para traerme ese regalo?

—Es cierto, pero no sabía exactamente en qué hotel te alojabas. Nuestro encuentro de anoche fue accidental.

—¿Lo dices en serio?

El tono de Kiyoko parecía suponer que estaba todo preparado. Tsuda se asombró.

—¿De verdad? ¿De verdad me consideras tan extravagante como para hacer algo así?

—Me dio la impresión de que llevabas allí un buen rato.

Era cierto que se había entretenido contemplando el agua de las pilas, el reflejo de su imagen en el espejo. De hecho, incluso se había peinado despreocupadamente.

—Estaba perdido. ¿Qué otra cosa podía hacer? Era incapaz de encontrar el camino de vuelta.

—Supongo que eso es cierto, pero yo no lo veo de ese modo.

—¿Quieres decir estaba ahí esperándote? ¡No digas tonterías! Por muy fino que tenga el olfato, no es capaz de adivinar la hora a la que te bañas.

—Eso es cierto —dijo como si quisiera convencerse a sí misma.

A Tsuda se le escapó la risa.

—¿Por qué razón tienes que dudar de mí?

—Lo sabes sin que tenga que decírtelo.

—De ninguna manera.

—Da igual. No es algo que merezca una explicación.

No le quedó más remedio que tensar un poco más la cuerda.

—En ese caso, dime: ¿por qué razón iba a esperarte ahí? Explícamelo, por favor.

—No puedo.

—No te acobardes. Explícamelo, por favor.

—No me acobardo. Si no lo digo es porque no puedo, eso es todo.

—¿Acaso no está en tu corazón? ¡Claro que puedes hacerlo!

—En mi corazón no hay nada de nada.

Esa simple frase desbarató el ataque de Tsuda. Al mismo tiempo, tuvo el efecto de aumentar el énfasis que ponía en sus palabras.

—¿De dónde surgen tus dudas entonces?

—Si he dudado de ti, te pido disculpas. No volverá a suceder.

—Ya lo has hecho.

—No hay nada que hacer al respecto. He dudado de ti, es un hecho. Lo confieso abiertamente. No sirven de nada las disculpas.

—Me daré por satisfecho si me lo explicas.

—¿No lo he hecho ya?

—Como mucho la mitad o un tercio, pero quiero escucharlo todo.

—Me dejas perpleja. No sé qué decirte, la verdad.

—Es muy sencillo. Por alguna razón desconfías de mí. Me basta con eso.

Kiyoko cambió de expresión como si al fin hubiera comprendido.

—¡Oh! Es «eso» lo que quieres escuchar.

—Por supuesto. ¿Por qué si no iba a insistir tanto, a causarte tantas molestias? También lo hago porque tratas de ocultármelo...

—¿Por qué no me lo has dicho antes? No quiero ocultarte nada. La razón es muy simple. Eres tú quien lo hace.

—¿El qué? ¿Acechar, ocultar cosas a la gente?

—Sí.

—No me pongas en ridículo.

—A mi modo de ver, eres así. No puedes evitarlo.

—Ya veo.

Tsuda se cruzó de brazos y bajó la mirada.

POCO DESPUÉS LEVANTÓ LA CABEZA.

—Tengo la impresión de que nuestra charla ha terminado en pelea, pero no era mi intención venir aquí a discutir contigo.

—La mía tampoco, desde luego. Simplemente ha ocurrido. No lo he hecho a propósito.

—No te culpo. Supongo que te he presionado demasiado con mis preguntas.

—En cierto sentido, sí.

Kiyoko sonrió de nuevo. Su rostro recuperó la expresión afable de siempre y Tsuda no pudo contenerse.

—¿Te importaría contestarme solo a una pregunta más?

—Lo que quieras.

Kiyoko parecía dispuesta a dedicar el tiempo necesario a responderle, preparada para satisfacer la curiosidad de Tsuda. Su postura le desanimó antes incluso de formular su pregunta.

«Esta mujer ya ha olvidado todo», se dijo. Al pensarlo, recordó que era uno de los rasgos fundamentales de su carácter y tuvo la sensación de que debía poner más énfasis del habitual al plantear su pregunta.

—Pero te quedaste pálida cuando me viste, ¿no es cierto?

—Supongo. No puedo estar segura del todo porque no me veía la cara, pero si tú lo dices, te creo.

—O sea, que al menos no me consideras un mentiroso redomado. Gracias. Admites lo que te he dicho.

—Si me quedé pálida o no, ya no hay nada que pueda hacer al respecto.

—Es cierto. ¿Te quedase paralizada, verdad?

—Sí, de eso sí me di cuenta. De haberme quedado ahí un poco más, habría terminado por desplomarme.

—En otras palabras, estabas aturdida.

—Sí; estupefacta.

Tsuda contempló las manos de Kiyoko, su cabeza, que inclinaba levemente mientras pelaba una manzana. La transformación de la carne, jugosa y ligeramente verde, al desprenderse en forma de espiral, la piel húmeda extraída por el cuchillo, le hizo recordar lo ocurrido hacía ya más de un año.

«En aquel momento, también peló una manzana para mí con esos mismos gestos.»

Su forma de agarrar el cuchillo, el movimiento de sus dedos, de los hombros al subir y bajar ligeramente, el hueco que se abría en las mangas de su kimono con los codos pegados al regazo... Era una copia exacta de la imagen que conservaba de aquel instante, aunque apreciaba en ella un detalle distinto: el anillo, en el que había engarzadas dos piedras preciosas, resplandecía en uno de sus dedos. No había nada más efectivo que aquel minúsculo destello de luz, símbolo de su matrimonio, a la hora de bloquear la relación entre ellos. Tsuda se deleitaba en la contemplación de la destreza de sus dedos, pero se vio obligado a admitir que aquel fulgor era una advertencia que lo

traía de vuelta desde sus recuerdos.

Dejó de mirar sus manos y se concentró en su pelo. El peinado que le había ayudado a terminar de hacerse la camarera, no era más que un simple recogido hacia atrás con un poco de volumen. El lustre negro dejaba ver los trazos verticales del peine.

Tsuda decidió concretar el asunto que había dejado a medias.

—Está bien, lo que quería preguntarte es...

Ella no levantó la vista. Pasó por alto el detalle y continuó:

—¿Por qué estás tan calmada esta mañana después del susto que te llevaste anoche?

Sin levantar la vista, le contestó:

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque me siento incapaz de comprender tu reacción.

Ella continuó hablando sin mirarle.

—Yo no entiendo nada de lo que me cuentas. Tan solo sé que anoche estaba así y esta mañana tal como ves ahora. Eso es todo.

—¿Eso es todo?

—Sí.

De haber querido imprimir un tono más dramático a la conversación, habría sido el momento oportuno para que Tsuda suspirara. Sin embargo, no tuvo el valor de hacerlo; estaba convencido de su inutilidad.

—¿No es verdad que esta mañana no te has levantado a la hora de costumbre?

Kiyoko le miró sorprendida.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Lo sé, eso es todo.

Bajó de nuevo la vista. Al tiempo que hundía la hoja del cuchillo en la carne de la manzana que tan cuidadosamente había mondado, le respondió:

—Tienes razón, desde luego. No es que seas adivino, es que tienes un olfato infalible.

El tono medio burlón, medio serio de su respuesta dejó a Tsuda sin palabras.

Cuando terminó de cortar en pedazos la manzana, le preguntó:

—¿Quieres?

—Cómetela tú. Después de todo, la señora Yoshikawa ha mandado toda esa fruta para ti.

—Es cierto. Y tú te has tomado la molestia de traérmela. Te estoy muy agradecida.

Alcanzó uno de los pedazos que estaban entre ellos, pero antes de llevárselo a la boca, preguntó:

—Es extraño, si lo piensas. ¿Qué habrá ocurrido?

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a que nunca habría imaginado que la señora Yoshikawa fuera a enviarme un presente y menos que fueras tú el encargado de traérmelo.

«Por supuesto que no. Ni siquiera yo lo sabía», pensó Tsuda para sí. En los ojos de Kiyoko, descubrió un brillo expectante, como si esperara una aclaración, aquel destello del que él conservaba un recuerdo especial. «¡Ah, eran esos ojos!»

Una escena del pasado, repetida en numerosas ocasiones entre ellos, reapareció ante Tsuda con toda nitidez. En aquel entonces, Kiyoko creía firmemente en un hombre llamado Tsuda. Contaba con él para todo, para adquirir nuevos conocimientos o para resolver sus problemas cuando era necesario. Daba la impresión de confiarle a él un destino que no entendía. Aunque se turbaran, en el fondo aquellos ojos siempre conservaban la serenidad. Si le preguntaban sobre algo, veía en ellos un fulgor de sosiego y certidumbre. Llegó a pensar que había nacido para disfrutar del privilegio de esa chispa, que precisamente porque él existía, existían también esos ojos.

Habían terminado separándose y ahora se encontraban de nuevo. Cuando Tsuda advirtió en ella los mismos ojos de entonces, aunque ligeramente distintos, se sintió profundamente conmovido.

«Es ahí donde reside tu belleza. ¿Pero no es acaso una belleza que ahora solo me decepciona? Dímelo, por favor.»

Sus miradas no podían ocultar las dudas. Kiyoko fue la primera en apartarla. Tsuda, en cambio, no lo hizo y vio en su huida cuán diferentes eran sus ánimos. Ella estaba tranquila, como ausente. Miró los crisantemos de invierno que adornaban el *tokonoma*.

Como no lograba atraparla con la mirada, no optó por perseguirla con palabras.

—Eso no quiere decir, obviamente, que el único motivo por el que he venido aquí sea el de servir de mensajero a la señora Yoshikawa.

—Lo sé. Por eso me extraña tanto.

—No hay nada extraño en ello, te lo aseguro. Pensé en este lugar y, por casualidad, la señora Yoshikawa me dijo que estabas aquí.

—No lo dudo. Otra cosa sí sería rara.

—No hay nada raro en ello. Ha sido el azar. Además, si piensas así...

—Ya no diré más que es extraño, tranquilo. Cuando uno entiende la razón de algo, todo se aclara

y resulta obvio.

«Precisamente para eso he venido, para preguntarte por “la razón”», quiso decirle. Ella, sin embargo, no parecía tener en mente nada especial y cambió a otro tema más concreto.

—Entonces, es que tú también has estado enfermo.

Tsuda le resumió en pocas palabras los detalles de su dolencia.

—¡Eres muy afortunado! Un jefe tan comprensivo como el tuyo no es habitual. Mi marido, por ejemplo, me da mucha lástima. Trabaja desde la mañana a la noche sin descanso.

—Claro, Seki es tan especial...

—Pobre marido mío, en cualquier caso.

—Lo digo en el buen sentido de la palabra, es un hombre muy diligente.

—¡Qué bien te las apañas para darle la vuelta a las cosas!

El ruido de unos pasos que se apresuraban por la escalera impidió a Tsuda continuar. Guardó silencio hasta ver qué ocurría. Otra camarera, distinta de la anterior, pidió permiso para entrar.

—Los señores de Yokohama me envían para preguntarle si les acompañará usted a la cascada a mediodía, señora.

Kiyoko respondió que sí. Antes de salir, la camarera miró a Tsuda.

—¿Por qué no les acompaña, señor? —le preguntó.

—Gracias. Por cierto, ¿ya es mediodía?

—Sí, enseguida les traigo el almuerzo.

—¿Tan tarde es?

Quiso decirle «señora» para excusarse, pero por descuido se le escapó «Kiyoko».

—Kiyoko, ¿hasta cuándo te vas a quedar?

—No tengo planes, pero si llega un telegrama de casa podría marcharme incluso hoy mismo.

Tsuda se quedó estupefacto.

—¿Puede ocurrir eso?

—Quién sabe —Contestó ella con una sonrisa.

Tsuda regresó a su habitación esforzándose por interpretar el significado de esa sonrisa.

[...]

Inacabada

POSTFACIO



LA ESTRUCTURA DE *LUZ Y OSCURIDAD*

por Kenzaburō Ōe

1

SOY LECTOR ASIDUO de las novelas de Sōseki, aunque reconozco, por supuesto, que no tengo nada que aportar al estudio de su obra como sí haría un investigador especializado. Cuando consulto la *Tabla cronológica de investigación sobre Sōseki*, de Ara Masato^[49], un estudio sumamente detallado sin duda, no puedo sino sentir admiración. Sin embargo, el estudio de Masato es solo uno más entre los numerosos trabajos que la crítica literaria ha dedicado a este autor, por lo demás, tan conocido. Por tanto, si como simple aficionado aporto mis impresiones en el contexto de una investigación más amplia y profunda, ¿acaso no deberán ser tomadas estas como meras opiniones personales? Hablaré como escritor, pues, para centrarme en esta ocasión en un análisis muy personal de la lectura de *Luz y oscuridad*.

¿Por qué elijo precisamente esta y no otra novela de Sōseki? Principalmente, porque se trata de una obra inconclusa. La imaginación del lector, avivada por el talento del autor a lo largo de sus más de cuatrocientas páginas, no muere cuando llega al abrupto final, sino que continúa desplazándose hacia delante, como si la novela no hubiera concluido. Sōseki nos concede la libertad de imaginar lo que a cada uno le parece, pues no existe un texto con el que confrontarla. Sin embargo, si se puede fantasear más allá es, precisamente, por el estímulo que concede esta libertad. El alcance de la inventiva que se libera al abordar una obra tan bien construida es amplísimo. Soy lector, pero también me considero escritor, y creo que puedo servirme de ambas experiencias para reflexionar sobre *Luz y oscuridad*.

Natsume Sōseki nació en el año tres de la era Keio (1867)^[50], trabajó durante la última mitad de la Meiji y murió el año cinco de la Taisho (1916)^[51]. Mi impresión general sobre Sōseki como autor se resume en que se trata del máximo representante de los escritores nacionales, no ya de las eras Meiji o Taisho, sino incluso de la Showa, un período que se cerró hace relativamente poco. A pesar de que gran parte de su actividad se desarrolló durante el siglo XIX, al contrario de lo que le ocurrió a William Blake^[52], se trata de un autor que en vida pudo disfrutar de sobrada fama y renombre.

En el año dos de la era Showa (1927), como un augurio de los tiempos inciertos que se avecinaban, se suicida Ryunosuke Akutagawa^[53]. En esa misma época, Shigeru Nakano y sus compañeros^[54] acaban de iniciarse como jóvenes literatos y trabajan a tientas con el sufrimiento y con un concepto de la Historia que hasta entonces no había interesado a la sociedad japonesa. En ese año, que merecería ser conmemorado, se funda la editorial Iwanami. Fue, precisamente, la obra de Sōseki la que inaugura su catálogo. A partir de ese momento, Sōseki fue descubierto por los jóvenes militantes de los movimientos socialistas y sus libros llenaron los bolsillos de los

uniformes de los muchachos que fueron movilizados para la guerra. También lo leerían después las personas que se dedicaron al ímprobo esfuerzo de reconstruir del país. La sombra de Sōseki, por tanto, se extiende durante la totalidad de la era Showa como si, en efecto, hubiera pertenecido por derecho propio a esa época. Shohei Ooka^[55], que vivió en primera persona los rigores y los profundos cambios de esa época, escribió a modo de despedida en su último libro: «Sōseki vivió y murió a caballo entre Japón y Occidente a pesar de su enfermedad. Como el excepcional fenómeno literario que es, su vida resulta impresionante».

2

Cuando llego a la parte inacabada de *Luz y oscuridad*, abierta para siempre, experimento una sensación que me empuja más allá del texto, allá donde no hay nada escrito por la mano de Sōseki. En general, las novelas tienen un comienzo y un final. En el caso de una novela bien escrita, la imaginación adquiere un dinamismo que extiende su alcance de forma natural a medida que avanza y que, cuando llega a su máximo desarrollo, cierra de golpe un círculo imaginario en un «todo» cargado de sentido. Los sentimientos del lector podrían representarse como si tuvieran la forma de una pera: evolucionarían desde la parte superior, más estrecha, hasta su base, más ancha. Es el escritor quien da pie a que se dispare la imaginación del lector y también es el escritor quien puede negarla, como haría alguien capaz de dar la vida y de quitarla.

En el caso de *Luz y oscuridad*, una novela incompleta pero muy próxima a su desenlace, como ya he explicado antes, la imaginación del lector se mantiene en tensión tal y como lo haría un cuerpo que se detuviera de repente en mitad de su carrera y quedase suspendido en pleno esfuerzo dinámico. Hasta ese punto exacto en que se interrumpe, *Luz y oscuridad* está escrita de una forma admirable, perfecta, de ahí que la fuerza cinética de la imaginación sea tan poderosa. Si el lector no escoge su propio final, el desenlace quedará colgado en el aire para siempre. Por eso ha habido tantos intentos de dotar a esta obra de un final; un número considerable de escritos, aun teniendo en cuenta únicamente lo que ha sido publicado. Esos esfuerzos se han realizado al compás del intuitivo ritmo impreso por Sōseki en la obra y, debido a la inercia de aquel, su cadencia no ha perdido ni un ápice de su eficacia. De hecho, cuanto más imaginativas resultan las secuelas, más se aprecia el efecto logrado por el autor.

La imaginación no sirve si muere con la inercia. No vislumbrar el fin, dejarlo abierto, es uno de los logros de una buena novela: ahí radican el verdadero sufrimiento y el poder de los auténticos escritores.

Para encontrar una salida a esta súbita interrupción de *Luz y oscuridad*, para añadir un elemento que imprima si cabe aún más fuerza a la historia, me sirvo de lo fundamental, que es la comprensión de su estructura: en otras palabras, entender lo ya escrito y utilizar la fuerza que contiene para volcarla en la parte no escrita. Para analizar su disposición me sirvo de la definición de Piaget, uno de los precursores del estructuralismo. Así, una estructura y un conjunto se diferencian en que la primera consiste en una totalidad que posee la particularidad de la composición, algo que no ocurre en la segunda de las figuras. La estructura no es algo estático, sino cambiante, y sus cambios no se producen hacia afuera, sino que permanecen siempre dentro. Además, las estructuras solo se forman

respetando esas reglas que le son intrínsecas. En ese sentido, toda estructura, tiene carácter autónomo.

Estos tres elementos de la definición de Piaget se aplican sin ningún problema al caso de la novela como género. Las partes que la conforman no se agrupan espontáneamente, sino que se reúnen gracias a su capacidad de sintetizar la totalidad del conjunto. Para escribir una novela, todos los detalles que la componen han de elegirse con tino y, además, orientarse de un modo adecuado. Si estos elementos son demasiado estáticos, la novela muere. Los ingredientes de las novelas cambian constantemente y de ese modo obligan a la historia a avanzar. Deben, como quien dice, estimular la imaginación, mantener el movimiento. El movimiento o interacción de estos componentes no se desarrolla fuera de su ámbito concreto ni se conecta con otras fuerzas exteriores. La novela se perfecciona al mantener intactas esas normas y ejercer sobre sí un determinado autocontrol. Es decir, es un conjunto que posee estructura.

Me gustaría, en primer lugar, analizar la lógica superficial de la historia narrada en *Luz y oscuridad*. En el centro de todo está un personaje cuyo nombre es Tsuda. Justo al comienzo de la novela, ingresa en una clínica a causa de una enfermedad y pronto sabemos que se casó hace menos de un año con una bella mujer llamada Nobuko (o como él la llama cariñosamente, O-Nobu). Si observamos su vida en común desde el punto de vista de esta mujer, podemos percibir que ella empieza a inquietarse cuando le surge la duda de si su marido realmente la ama. A partir de ese momento, O-Nobu siente como la familia de Tsuda la incomoda y la presiona en situaciones de lo más diversas. En este aspecto concreto, sugiero a los lectores más jóvenes que presten atención al hecho de que el peso de la familia en la vida social de los japoneses de las eras Meiji y Taisho era completamente distinto del que tiene hoy en día, muchos años después del fin de la era Showa. Sōseki no oculta en ningún momento lo pesadas y molestas que podían llegar a ser estas relaciones con la parentela. El poder de los familiares, que casi llegan a controlar la vida del joven matrimonio, se pinta adoptando tintes claramente amenazadores. El motivo de todo esto se deriva de que Tsuda termina viéndose obligado a pedir dinero prestado para poder mantenerse. Se lo pide primero a su padre, pero este no accede a dárselo. Después, valora la posibilidad de pedirselo al tío de O-Nobu, que se hizo cargo de ella desde niña y hasta su enlace. La economía familiar de la pareja se encuentra en apuros debido a que Tsuda decidió regalarle a su mujer un anillo que quedaba muy por encima de sus posibilidades. Un detalle que refuerza la impresión que los parientes de Tsuda tienen de que O-Nobu sigue siendo poco menos que una niña mimada. Si se observa con detenimiento, descubrimos que la palabra «anillo» se repite en numerosas ocasiones a lo largo del libro. Al hacerlo, Sōseki pretende conferirle un carácter simbólico: ¿no pretendería acaso servirse de este anillo de un modo eficaz y significativo en el final de la novela? También hay que prestar atención a la crisis que atraviesa O-Nobu, motivada por sus constantes dudas, sin duda alentadas por la imagen idealizada que ella misma tiene de la mujer que persigue de manera infatigable el amor.

Conforme se va volviendo más consciente de su estado, en O-Nobu se agudiza el deseo de ser amada por su marido, a quien aguarda en casa mientras él está ingresado en la clínica. Es allí, precisamente en su casa, donde se presenta Kobayashi, un amigo de Tsuda que espera de él ayuda

económica, pero que parece chantajear a su mujer al insinuarle que conoce un secreto del pasado de su marido, lo cual no hace sino agravar la crisis de O-Nobu hasta extremos insospechados.

El jefe de Tsuda, el señor Yoshikawa, es amigo de su padre. Su esposa, una mujer de personalidad apabullante y seductora, es quien maneja los hilos de la vida de Tsuda. Fue ella quien le presentó a Kiyoko, una joven con la que estuvo prometido hasta que esta le dejó para casarse con otro hombre. La señora tiene un plan para reunirles de nuevo a pesar de que ambos ya están casados, quizás con la intención de proteger la clase social media-alta a la que pertenecen Tsuda, sus parientes y su jefe. O-Nobu asume aquí en cierto modo el papel de detective, de aventurera del amor, alguien capaz de romper el rígido orden establecido por los parientes, por el jefe de su marido y por el mismo Tsuda. El plan de la señora Yoshikawa, en cambio, consiste en reeducarla y en encerrarla dentro de los estrictos límites del círculo social al que pertenecen.

El plan se ejecuta finalmente y Tsuda se marcha a un *onsen* para encontrarse de nuevo con Kiyoko. La novela se interrumpe precisamente en ese punto y queda abierta.

3

Lo que motiva que el lector no pueda dejar de pensar en cómo podría continuar la novela a partir de ese momento es esa imaginación que Sōseki estimula a lo largo de todo el texto. La clave para que esto suceda reside en su muy estudiada estructura, pero también en los personajes, en los detalles y en el papel que juegan los símbolos y las metáforas en el conjunto de la obra. Sin embargo, cuando el autor no da sentido a todos esos elementos de manera consciente, analizar el texto minuciosamente no revela nada salvo un cierto caos aparente.

En cualquier caso, el Sōseki que escribió *Luz y oscuridad* era consciente de la necesidad de dar un sentido claro a todo el simbolismo del que se hace eco en su narración. Los siguientes ejemplos lo confirman: en la novela hay tres niños que interpretan papeles secundarios; siempre que aparecen estos niños, suele haber también un perro implicado. Dejo al lector el análisis psicológico que pudiera derivarse de esta insólita relación.

El primero de estos personajes «juveniles» aparece en la misma recepción de la oficina donde trabaja Tsuda. Sōseki no nos lo presenta como un simple *shoshei*, uno de esos pupilos de la época que a cambio de hacerse cargo de los recados obtenían alojamiento y algo de dinero para pagarse sus estudios, sino como: «un chico joven, apuesto y bien parecido». Ese chico se entretiene con un perro marrón que está junto a una escalera.

Poco después nos topamos con el hijo del tío de Tsuda, esto es, su pequeño primo. Calza unos zapatos de un color extraño de los que se burlan sus compañeros de colegio. Envidia los de un amigo suyo, hechos, según se dice, de piel de perro. El tercer y último niño con el que nos encontramos es el primo de O-Nobu, Hajime, de quien Sōseki afirma que, cuando abre la boca para morder un pastel de arroz, tiene toda la pinta de un perro. En la novela se menciona en varias ocasiones a Dostoievski y si lo conectamos con el episodio de los niños en torno a Aliosha, personaje de *Los hermanos Karamazov*, quizás se pueda concluir que la idea del perro simboliza en cierto modo la inocencia de la infancia.

Para entender la estructura de *Luz y oscuridad*, me gustaría destacar, por último, el simbolismo implícito en su título. *Luz*, 明 (Mei), representa un lugar luminoso, el mundo real, el territorio que habitamos y que habitan, asimismo, los personajes de la novela. La *oscuridad*, 暗 (An), por el contrario, representa un lugar lúgubre, el mundo de los muertos, un territorio que tanto los lectores como los personajes de la novela solo recorren en ocasiones especiales y siempre de manera provisional. El mundo de la luz tiene asociado un signo positivo (+); el de la oscuridad, en cambio, uno negativo (-). Los personajes, al pasar de un lugar a otro, modifican la polaridad del signo que tienen adjudicado. Para terminar de entender la estructura de la obra, hay que añadir la presencia de elementos neutros, que habitan en ambos mundos (n) y que no cambian de valor.

En el mundo de las luces, Tsuda, por su carácter, lleva asociado un valor neutro (n). O-Nobu, que está convencida de que el amor es un principio positivo y que tiene la activa voluntad de alcanzarlo, es representada con el signo positivo (+). La señora Yoshikawa es la antagonista de O-Nobu, de quien tira hacia abajo para que no abandone el lugar que por su condición social le corresponde, lo cual la marca para siempre con el signo negativo (-).

Otro personaje que pertenece al mundo de la luz y que hace gala de una considerable determinación es Kobayashi. Es él quien ocupa el lugar más bajo en la jerarquía social que une a O-Nobu y a la señora Yoshikawa. En las coordenadas cartesianas que dividen en cuatro el microcosmos de la novela, hay dos espacios positivos a la derecha que corresponden al mundo de la luz: uno superior y otro inferior. De igual manera, pero marcados con el signo negativo, existen otras dos secciones a la izquierda para el mundo de la oscuridad. Kobayashi deambula por el sector inferior del mundo luminoso, pero, en vista de su subordinada posición social, está marcado con un signo negativo (-): «No se trata solo de que no tenga mujer, en realidad no tengo nada, ni parientes ni amigos: nada. No hay lugar para mí en este mundo».

La condición humana negada a la que alude Kobayashi, se puede confrontar con un poema chino que Sōseki escribió en la misma época de *Luz y oscuridad*: «Vivir como un hombre / existir como hombre / pies / camino / sentimiento». En el mundo de los hombres, resulta aún más evidente que él, Kobayashi, no pertenece al plano de las relaciones sociales que habita la gente normal.

La novela se acelera a medida que se acerca a su fin, especialmente entre los capítulos 172 a 175. En ellos, el estilo descriptivo de lo cotidiano pasa a describir los sueños o, más bien, evidencia un extraño giro desde la realidad hacia la fantasía. De esta forma, se narra de forma adecuada el descenso de Tsuda al mundo de los muertos, de la oscuridad.

En el capítulo 172 aparece una gran roca negra junto a un camino por el que transita Tsuda como símbolo de la frontera entre nuestro mundo y el mundo del mito. Se yerguen altos árboles y se escucha el rumor del agua en la noche de luna llena, repleta de estrellas. Tsuda, sentado en un coche de caballos que le lleva hasta el *onsen*, empujado de forma inesperada por un acontecimiento que le es ajeno, se pregunta: «¿Por qué había olvidado que también existen en el mundo todas estas maravillas?». Después se le ocurre que, como el caballo que tira del coche, también él está siendo dirigido: «Son las luces del destino. Solo puedo dejarme guiar por ellas». ¿No será ese trayecto el símbolo de un cambio, la metáfora del paso del mundo de la luz al de la oscuridad?

En el capítulo 175 describe la llegada de Tsuda al *onsen* como si en realidad se tratara de un sueño. Se pierde por los pasillos y recodos del hotel hasta llegar finalmente a un baño donde el agua se desborda: «Tan solo se oía el agua que borboteaba delante, formando un remolino antes de desaparecer por el sumidero». En ese mismo lugar hay un gran espejo que refleja su imagen: «Antes de reconocerse, llegó a pensar que ante sí tenía a su fantasma». El agua y el espejo, ¿no son símbolos que marcan el tránsito hacia una dimensión distinta, hacia un mundo onírico? La descripción simbólica que tanto abunda en estos capítulos se asemeja en cierto modo a la técnica cinematográfica. Para su mejor comprensión ayudaría mucho el visionado de las películas de Cocteau o de Tarkovski.

Tsuda, que transita hacia el mundo de la oscuridad, se topa con una Kiyoko casi fantasmal. La cesta de fruta que le ha regalado la señora Yoshikawa pasa al final a manos de ella, y con la simple acción de sostenerla entre sus brazos hace que cambie el signo de la señora en el mundo de la luz, convirtiéndola de este modo en su representante en el reino de la oscuridad.

Sōseki solo escribió hasta ese punto, pero parece más o menos evidente el camino que iban a tomar los personajes, cuyo destino ya estaba marcado por la propia estructura de la obra. Con toda seguridad, O-Nobu acudiría al mundo de las sombras en persecución de su marido, y para ello atravesaría el eje de ordenadas que divide ambos mundos. Al hacerlo, su signo pasaría a ser, por tanto, negativo (-). Allí se enfrentaría a Kiyoko, un personaje dotado de una considerable fuerza. O-Nobu, marcada por ese signo de debilidad e inestabilidad, se sumiría en una profunda crisis que sin duda acabaría por enfermarla.

Kobayashi sería el encargado de revelar el encuentro de Tsuda y Kiyoko en el *onsen* y, además, haría público su pasado en común. Se arrastraría también hacia el mundo de las sombras (podría incluso acompañar a O-Nobu) y, al hacerlo, ganaría el signo positivo (+) a pesar de que continuaría por debajo del eje de abscisas que le mantiene en el nivel más bajo de las relaciones sociales. Desde su posición, ayudaría a O-Nobu (-) en su enfrentamiento con Kiyoko (+), quien ocupa el mismo plano. Sōseki, de hecho, ya había insinuado dos posibles razones para que Kobayashi la ayudara.

En primer lugar, por todo lo relacionado con el anillo. Ese valioso objeto que deja maltrecha la economía doméstica de la pareja podría ser recompensa suficiente para un Kobayashi que necesita dinero para su viaje a Corea. En segundo lugar, Kobayashi podría ayudarla movido por una especie de empatía espontánea nacida de su percepción del comportamiento humano. De antemano, Sōseki ha provocado un diálogo entre él y Tsuda:

«—No dices nada, pero no me crees, ¿verdad? Estoy seguro. En ese caso, te explicaré lo que quiero decir. Supongo que has leído novelas rusas.

Tsuda no había leído en su vida una sola novela rusa y guardó silencio.

—La gente que ha leído novelas rusas, en especial las de Dostoievski, sabe perfectamente a qué me refiero. Todos deberíamos saber que no importa cuan abajo pueda estar alguien. De vez en cuando brotan de sus bocas, como si de fuentes se trataran, preciosos sentimientos, puros e

inocentes, totalmente espontáneos, capaces de llenarle a uno los ojos de lágrimas. ¿Crees que digo estupideces?».

Es decir, Kobayashi llora porque, pese a estar al margen de estas relaciones sociales, en ocasiones brota en él cierta empatía. Kobayashi podría así revelar toda la fuerza de su inocencia a una O-Nobu que se halla en serias dificultades al adentrarse en el mundo de la oscuridad. En su penosa lucha, empujada por un poder superior a ella, O-Nobu se empeña en conservar el sagrado cáliz del amor; razón suficiente para internarse en ese oscuro mundo.

Ahora bien, Tsuda, marcado con el signo neutro (n) en ambos mundos, al no actuar ni positiva ni negativamente, ¿qué signo adquiriría al final del relato?

Nada más empezar la novela hay un pasaje en el que él mismo confiesa no saber con exactitud dónde está el límite entre el mundo real y el psicológico: «[...] tenía la impresión de que una fuerza oscura y misteriosa le empujaba hacia la izquierda cuando en realidad tenía que ir a la derecha; le obligaba a retroceder cuando debía avanzar».

Tsuda es un personaje neutro en el mundo de la luz. Se comporta como un niño incapaz de decidir espontáneamente su rumbo y se desliza al espacio de la oscuridad sin cambiar de signo. Sin embargo, la experiencia vivida allí le impediría por completo volver a ser el mismo de antes una vez de regreso en el reino de la luz. Tsuda regresaría a la luz una vez completada su convalecencia. Junto a él volvería O-Nobu, que habría logrado mantener intacto ese amor sagrado. Este traslado de un mundo a otro habría positivado a Tsuda finalmente, y despertaría el amor por O-Nobu en él. El cambio de Tsuda de un signo neutro a otro positivo tras su experiencia en el mundo de la oscuridad, como en las ceremonias de iniciación de las que nos hablan la cultura ancestral y la antropología, o como la experiencia de San Agustín previa a su conversión, ¿no será la base de la que partió Sōseki al escribir la novela? En cualquier caso, antes de que todo esto suceda, O-Nobu afirma, como si se tratara de su decisión más importante: «No importa quién pueda ser siempre que sea un hombre de tu elección. Sobre todo si logras que te quiera».

4

En la época en que escribió *Luz y oscuridad*, Sōseki empleó a menudo el concepto *sokuten kyoshi*^[56] (則天去私) sin darle un sentido claro e indiscutible, por lo que la crítica no llega a ponerse de acuerdo en su interpretación de la novela. A lo largo de la lectura de la obra, al margen de las posibles exégesis, se va descubriendo cómo, cada vez que aparece el Cielo, tanto en su versión semántica como en la simbólica, Kobayashi habla para poner de manifiesto la profundidad de su amor propio: «Quiero que entienda que no puedo hacer nada por evitar ser la persona que el Cielo ha querido que sea, alguien que siempre molesta a los demás. Me gustaría que entendiera que no albergó malas intenciones. Que le quede claro que en ningún momento tuve un propósito concreto al venir aquí, aunque quizás el Cielo sí tenga uno y por ello me utiliza. Es posible que mi deseo más profundo sea el de convertirme en un instrumento del Cielo».

A Sōseki le preocupaba el futuro de un Japón sumido en aquel entonces en un intenso proceso de modernización. En uno de los famosos discursos que pronunció antes de empezar a escribir su

novela póstuma, Sōseki insiste en la necesidad de vivir manteniendo un constante principio de autonomía, aun a riesgo de caer en el egoísmo. No obstante, y siempre teniendo en cuenta el reflejo de la sociedad de la época que constantemente nos ofrece la propia novela, ¿cómo se podía vivir con esa autonomía cuando se estaba atrapado en el interior de un círculo social dominado por unos familiares que desempeñaban el más fundamental de los roles? ¿Cómo podía nacer así el amor? O-Nobu decide luchar con todas sus fuerzas para conseguirlo porque para ella esa es la única forma de realizarse como mujer.

Sin embargo, asumir un «yo» implica inevitablemente admitir un «otro», que también se afirma a sí mismo. No queda más remedio, por tanto, que asumir una totalidad de «yoes» que se afirman a sí mismos. Lo que preside ese conjunto de individualidades, es decir, la voluntad del Cielo, es el principio que está más allá de lo bueno y de lo malo, de lo positivo y de lo negativo, conceptos que existen en la particular dimensión que representa cada persona concreta. Sin embargo, no hay nada que hacer. ¿No se referirá a eso Sōseki cuando habla de *sokuten kyoshi*?

Respecto a la interpretación exacta de *kyoshi*, admito que no estoy de acuerdo con la opinión generalizada. Acepto que, después de reflexionar sobre la estructura de *Luz y oscuridad*, guiado por mi experiencia como escritor, la escena que más me ha llamado la atención es aquella en la que Tsuda y O-Nobu se sonríen mientras se miran a la cara tras vencer sus respectivas depresiones, y se sonríen, esencialmente, por el enfrentamiento que acaban de librar con O-Hide, la hermana de Tsuda.

«Aquellas sonrisas abrieron sus bocas, mostrando los dientes antes de desembocar en una violenta carcajada. Pronto se transformaron en algo más.» Si Sōseki se hubiera recuperado de su enfermedad y hubiera terminado de escribir *Luz y oscuridad*, ¿no habría retomado esa risa y la habría refinado aún más movido por su propia experiencia? De haber planteado algo semejante en su obra póstuma, la última interpretación que cabría dar al concepto de *sokuten kyoshi*, aunque no fuera del todo optimista, no podría ocultar, creo, una voluntad decididamente positiva y emprendedora.

KENZABURŌ ŌE





NATSUME SŌSEKI, seudónimo literario de Natsume Kinnosuke, nació en 1867 cerca de Edo (la actual Tokio). Descendiente de una familia de samuráis venida a menos, fue el menor de seis hermanos.

Cuando tenía dos años, sus padres lo entregaron en adopción a uno de sus sirvientes y a su mujer, con quienes viviría hasta los nueve años. En 1884, instado por su familia, se matriculó en la Universidad Imperial de Tokio para cursar Arquitectura, aunque acaba estudiando Lengua Inglesa. En 1886 traba amistad con el poeta Masaoka Shiki, que le inicia en el arte de la composición de haikus. Será entonces cuando adopte el *nom de plume* de Sōseki (que en chino significa «terco»).

Tras graduarse en 1893, Sōseki empieza a trabajar como profesor en la Escuela Normal de Tokio, pero pronto, en 1895, es destinado a la lejana Escuela Secundaria de Matsuyama, en la isla de Shikoku. Parte de sus experiencias en esta remota escuela rural serán recogidas en su novela *Botchan*, que publicará en 1906. Apenas un año después de haber llegado a Matsuyama, dimite de su puesto y comienza a enseñar en un instituto de la ciudad de Kumamoto, en donde conocerá a su mujer.

En 1900 se le concede a Sōseki una exigua beca del gobierno japonés y se le envía a Inglaterra. En este país pasará los años más tristes de su vida, leyendo libros sin parar, deambulando por las calles y pasando miserias sin cuento. Parte de sus sombrías reflexiones sobre la vida inglesa serán publicadas años después en el diario japonés *Asahi*. Regresa a Japón en 1902, con un contrato de cuatro años para enseñar en la Universidad Imperial de Tokio, donde sucederá al escritor norteamericano Lafcadio Hearn como profesor de Literatura Inglesa. La carrera literaria de Sōseki se abre propiamente en 1903, cuando comienza a publicar haikus y pequeñas piezas literarias en revistas como *Hototogisu*. Pero la fama le llegará con la publicación en 1905 de *Wagahai wa neko*

de aru (*Soy un gato*). Ese mismo año publica *Rondon to* (*La torre de Londres*), y en 1906 aparecerá *Botchan*, que le catapulta al éxito y que se convierte automáticamente en un *best-seller* y en una de las novelas más leídas por los japoneses durante décadas. Sōseki escribió catorce novelas a lo largo de su vida, culminando en *Kokoro*, su obra maestra. Natsume Sōseki murió en Tokio en 1916 a los 49 años de edad a causa de una úlcera de estómago. En 1984, y en homenaje a su fama y trascendencia, el gobierno japonés decidió poner su efigie en los billetes de mil yenes.

Notas

[1] *Obi*: cinturón para ceñir el quimono tanto de hombre como de mujer. <<

[2] *Hakama*: pantalón para quimono de hombre. <<

[3] *Fusuma*: tabiques móviles para separar las estancias en la casa tradicional japonesa. <<

[4] *Engawa*: pasillo exterior de madera que da acceso a las distintas estancias de la casa. Suele discurrir paralelo al jardín. <<

[5] *Genkan*: especie de zaguán donde se dejan los zapatos, ya que en las casas japonesas no se puede entrar calzado. <<

[6] *Yuzen*: técnica de estampado con pincel sobre seda blanca con vivos colores, específica de Kioto. <<

[7] *Shoshei*: pupilo o estudiante que vivía con una familia mientras se hacía cargo de diversas tareas de la casa. <<

[8] De la localidad de Kokura, ciudad al norte de la isla de Kyushu. <<

[9] Distrito de Tokio. <<

[10] La variedad de papeles para propósitos distintos en Japón es inmensa. Las cartas tradicionalmente se plegaban en forma de abanico, de manera que se iban extendiendo según se leían, siempre en sentido contrario al occidental. <<

[11] Región central de la isla de Honshu donde se encuentran la ciudad de Osaka o Kioto, entre otras.

<<

[12] *Go*: juego de mesa de estrategia para dos jugadores, de origen chino. <<

[13] *Rickshaw*: coche tirado por un hombre. <<

[14] *Sento*: baño público que, a diferencia del *onsen*, no es de agua termal. <<

[15] *Yakko-dako*: cometa tradicional que representa a un personaje vestido con kimono con los brazos extendidos a modo de alas. <<

[16] *Oolong*: especie de té chino mezcla de fermentaciones. <<

[17] *Haori*: prenda de vestir amplia y corta que se pone sobre el kimono. <<

[18] *Geta*: sandalias tradicionales de madera. <<

[19] Nombre de pila de Tsuda, al que se refieren normalmente por su apellido. <<

[20] Del antiguo feudo de Satsuma, al sur de la isla de Kyushu. <<

[21] Actual Taiwán. <<

[22] En francés en el original. <<

[23] *Oden*: cocido japonés a base de verduras, huevos, pasta de pescado y otros ingredientes. Se come principalmente en invierno. <<

[24] *Niramekko*: juego de muecas en el que pierde quien ríe primero. <<

[25] *Noren*: cortina dividida en dos que da acceso a los restaurantes o lugares públicos y que queda a media altura de la puerta. <<

[26] Barrio popular de Tokio. <<

[27] *Dohyo*: cuadrilátero de arena considerado sagrado donde se enfrentan los luchadores de sumo.

<<

[28] A diferencia de los teatros occidentales, en los japoneses de la época el público se sentaba directamente en el suelo de tatami en espacios delimitados. <<

[29] *Hakata*: barrio de la ciudad de Fukuoka, al norte de la isla de Kyushu. <<

[30] *Ikebana*: arte japonés de arreglo floral. <<

[³¹] *Akebia*: especie de planta ornamental trepadora original de Japón. <<

[32] *Meseki*: tipo de valla hecha con bambú joven y hojas trenzadas que cierra todos los intersticios.

<<

[33] *Miai*: encuentro formal con intermediarios para comprobar si una persona es adecuada para un matrimonio. <<

[³⁴] El baño diario es una tradición fuertemente arraigada en las familias japonesas. Todos comparten bañera después de ducharse por orden jerárquico, si bien en la actualidad ese orden se ha relajado considerablemente. <<

[35] *Dango*: pastel de arroz redondo pinchado en un palo a modo de brocheta. <<

[36] En inglés en el original. <<

[³⁷] Diccionario *Genkai*: primer diccionario japonés compilado entre los años 1889 y 1891. <<

[38] Distrito comercial de Tokio <<

[39] En Japón cuando alguien entrega dinero a otra persona, va siempre envuelto en unos sobres finamente adornados. <<

[40] *Tokonoma*: pequeño espacio elevado sobre un una habitación de estilo japonés con piso de tatami, en donde se cuelgan rollos desplegados decorativos con pinturas. <<

[41] *Onsen*: balnearios de aguas termales muy populares en Japón. <<

[42] Prefectura ubicada en la región de Kanto, en el centro de la isla de Honshu. <<

[43] 'Luna', un nombre femenino poco frecuente. <<

[44] *Gidayu*: un tipo de narración cantada dentro del estilo Joruri empleado en Kabuki y en el teatro de títeres Bunraku. <<

[45] *Nagauta*: literalmente, ‘canción larga’, música tradicional que acompaña al teatro Kabuki. <<

[46] *Tsuwabuki*: flor amarilla de otoño endémica de Asia. <<

[47] *Hiyodori*: especie de ruiseñor gris azulado que habita en las montañas de Japón y tiene un canto sonoro muy característico. <<

[48] *Sensei*: literalmente, ‘maestro’, aunque se usa a modo de título honorífico. <<

[49] Masato Ara (1913-1979), crítico literario. Empezó a publicar después de la segunda guerra mundial una serie titulada *Literaturas Modernas*. Fue uno de los críticos más respetados de su tiempo. <<

[⁵⁰] Época que se extiende de 1865 a 1868, inmediatamente anterior al proceso de modernización de Japón. <<

[51] El calendario japonés a partir de la era Meiji (1867-1912) empieza y se cierra con la coronación y muerte de cada nuevo emperador. A Meiji le sigue la era Taisho (1912-1926), Showa (1926-1989) y Heisei (1989 hasta la actualidad). <<

[52] William Blake (1757-1827), poeta, pintor y grabador inglés, desconocido durante la mayor parte de su vida y considerado en la actualidad uno de los más grandes artistas que ha dado Inglaterra. <<

[53] Ryunosuke Akutagawa (1892-1927) fue uno de los escritores más originales y rompedores del panorama literario japonés de principios de siglo xx. Se suicidó a la edad de treinta y cinco años.

<<

[54] Shigeharu Nakano (1902-1979), escritor, crítico literario y poeta, considerado el máximo representante la llamada literatura proletaria que se desarrolló en Japón antes de la segunda guerra mundial. <<

[55] Shohei Ooka (1909-1988), escritor, crítico literario y traductor de literatura francesa. Su única obra traducida al español es *Hogueras en la llanura*, Libros del Asteroide, Barcelona, 2006. <<

[56] Literalmente, abandonar el yo, abrazar el Cielo. En general, se interpreta en el sentido de alcanzar la iluminación, aunque otra forma de entenderlo consiste en el arte sin la subjetividad del yo, en este caso, como escritor. <<